Tomás Salvador

División 250

Lectulandia

«Fue un día de junio de 1941. Los alemanes acababan de atacar Rusia…». Desde aquel día hasta marzo de 1944, cerca de 47 000 españoles marcharon voluntariamente al frente ruso a combatir el comunismo. Militares profesionales, veteranos de la Guerra Civil y jóvenes ansiosos de aventuras —falangistas en su mayoría que, por el color de sus camisas, dieron nombre a la División—, arriesgaron y sacrificaron sus vidas por su idea de Europa. Casi 5000 quedaron allí enterrados. Tomás Salvador regresó. En estas páginas no entra a valorar los motivos políticos o ideológicos que les impulsaron, simplemente hace una emotiva, detallada y dura crónica novelada, de principio a fin, de lo que vivieron en Rusia. Es una obra coral de la vida cotidiana de aquellos hombres y de los episodios más notables de la División de Voluntarios Españoles, la División 250 de la *Wehrmacht*, la **División Azul**.

El esfuerzo de estos hombres, su extraordinario comportamiento en el frente, fue reconocido con miles de condecoraciones y la admiración del mando alemán. Pero cuando regresaron a España el panorama internacional había cambiado. Con la derrota de Alemania se intentó mantenerlos ocultos y con la llegada de la democracia poco menos que se los demonizó. Lo cierto es que en los campos de Rusia, en los que soportaron unos inviernos inhumanos, escribieron la última gran hazaña del Ejército Español.

Este libro es una cruda novela de guerra, una novela de personas, de soldados; una crónica de otros tiempos, un relato de nuestra Historia todavía reciente.

Lectulandia

Tomás Salvador

División 250

ePub r1.0
Titivillus 11.06.16

Tomás Salvador, 1954
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«Tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad».

Don Quijote Parte II, Cap. XXXI

Doce años después

Invocación. Tiempo

¿Volvemos a los recuerdos porque pretendemos enriquecernos con ellos, o, por el contrario, porque deseamos ser pobres, como entonces, como cuando éramos unos pobres hombres, unos pobres diablos, unos pobres y heroicos soldados con una pobre palabra: Europa, metida en los sesos hasta sentirnos doblemente pobres? No lo sé. Han pasado quince años y había olvidado muchas cosas. Y muchas decepciones han ocupado el lugar de los bríos de entonces. Pero he recordado al «espantajo» y los he sentido en la garganta, como entonces…

¿No sabéis a qué espantajo me refiero? Veré si acierto a expresarme con unas pocas palabras. Este Tiempo-Invocación es para él.

El espantajo o esperpento es la suma de todas las emociones que llevan al hombre al sacrificio. No es la guerra, ni la muerte… es la… no sé… lo es todo, desde el temblor de la piel a la maldición hecha plegaria. Algunos dicen que es la recompensa del soldado. Y que es una dama hermosísima y generosa con sus encantos. Pudiera ser hembra, aunque no lo aseguro, pues yo siempre le vi vestido de soldado; como nada tiene de hermoso y es tan enjuto de carnes que parece un esqueleto, me inclino a creer que se trata de un hombre.

¿Dónde diablos estaba? ¡Ah, sí! La gloria del soldado, decía, es un espantajo, medio loco, con una voz imposible llena de incoherencias y tremendas plegarias, haraposo ante el castigo eterno del viento. Cerrad los ojos, imaginad un espantajo cualquiera en un sembrado. Haced que ese campo gire vertiginosamente, entre todos los ruidos y luces de la guerra, bajo todas las intemperies… El esperpento estará siempre allí, entre los surcos convertidos en tumbas, voceando como un chiflado, rezando como el hombre que descubre a Dios en cada instante, temblando de frío. No fermenta los cuerpos con cantos gregorianos, precisamente; sólo está allí para que los caídos sientan perennemente la emoción estética más intensa que puede albergar el hombre: la del minuto exacto antes de la muerte. Ni asusta ni divierte, ni ensalza siquiera: acompaña.

Los camaradas que en Possad, y en Slutz, y en los muchos cementerios españoles lloraban al tener que abandonar a sus mejores, fueron también, durante corto tiempo, iguales al espantajo. Pero eran hombres y debían marcharse. El esperpento es también humano; pero no se marchará nunca. Estará siempre allí, para recordar, para emocionar, para responder a las preguntas sin respuesta.

Esto es lo que me obliga a escribir, principalmente. Porque pese a todo —y estoy hablando en nombre de mi generación frustrada— me ha bastado abrir un resquicio al recuerdo para encontrarme enseguida con la cara de los muertos. He visto la sombra del espantajo, eternamente fiel, agitando sus harapos y murmurando sus terribles imprecaciones y heme emocionado. Con ello he comprendido que nunca podré renegar de las horas pasadas, aunque mi experiencia actual me haga ver la tremenda

ironía de un libro de guerra reviviendo lo que estaba muerto, recordando lo que se tiene empeño en olvidar.

Hubo un imbécil que aseguró que se emocionaba más ante una cuna que ante una tumba. Es posible. Pero es que ese hombre nunca llevó un fusil, ni nunca vio un hombre con los intestinos helados antes de morir. Lo curioso es que tampoco tuvo hijos nunca.

¡Bah! Quería decir que es natural que la invocación surta este efecto. El peligro crea una tensión exaltada; crea, también, una camaradería capaz de sobreponerse al paso del tiempo, plena de solicitudes. El recuerdo juega con estos factores y levanta su reflejo sentimental, con luz suficiente para colorear nuestras grises existencias posteriores.

Recurso fácil y efectista parece la invocación a los muertos. Que Dios me perdone si en su nombre desbarrare. Pero es que en ello el recuerdo se hace memoria. Una memoria lacrada y cruel porque nos duele su muerte y su pérdida total, ya que sus cuerpos están, casi sin excepción, en tierra enemiga. Y ello demuestra que en la nebulosa trágica de la guerra existe algo más terrible que la muerte: la indiferencia y el odio cavando la fosa común de los camaradas abandonados.

Tiempo pasado

En estos años, malaventurados años, pasados entre conflictos posbélicos, la aventura de una División de Infantería que luchó en los frentes de Rusia ha sido objeto de muchos comentarios y maniobras, haciendo subir y bajar la presión de los hornos donde se cuecen las habas políticas.

Me refiero a la DIVISIÓN 250, unidad de la otrora poderosa *Wehrmacht*, también llamada DIVISIÓN ESPAÑOLA DE VOLUNTARIOS, DIVISIÓN AZUL, o, simplemente, la «División», que a ningún español de nuestro tiempo se le necesitan aclarar mucho las cosas. Para unos, la División fue una reencarnación de los Viejos Tercios; para otros, la versión moderna de los lansquenetes de antaño. Hasta una persona tan ajena al asunto como el exembajador de los Estados Unidos en España *Mr*. Carlton J. H. Hayes, metió su cuarto a espadas agregando la sangre de los muertos —¡Ay, Señor!— al cociente de una simple operación comercial liquidadora de deudas antiguas.

Muy bien. Pero, y los divisionarios, ¿qué han dicho, o qué dijeron? ¿Quiénes creían ser? ¿Les preguntó alguien su opinión? ¿Qué hicieron para merecer elogios o denuestos? ¿Tenían conciencia de su misión?

Conste que una vez acabado este prólogo, a modo de justificación de recuerdos, no volveré jamás sobre los problemas políticos de la División Española de Voluntarios. Los hombres que fueron a Rusia no vivían por adelantado. Y todos sus problemas nacían y morían en manos de la acuciante necesidad del instante. El que ellos y sus camaradas alemanes resultasen, a la postre, vencidos, no les cabía en la imaginación. La realidad, como siempre sucede, les dejó con la cabeza caliente y los pies fríos.

El fenómeno de los voluntarios encuadrados en unidades extranjeras, llevados por la comunidad de ideas o, más genialmente, por la simple intuición del porvenir, ha tenido recentísimamente tres manifestaciones absolutamente diferentes, por lo menos en sus resultados. Me refiero al Cuerpo de Tropas Voluntarias, a las Brigadas Internacionales y a la División Española de Voluntarios.

De los tres, los voluntarios italianos han sido los más olvidados, las Brigadas Internacionales las más glorificadas, la Unidad española la más discutida. ¿Por qué? Es una puerilidad suponer que la política internacional guarda reconocimiento y recoge sentimentalismos. Una victoria puede ser frustrada y una derrota ensalzada. Y los hombres que apostaron una baza pueden ser olvidados o relegados hasta que un nuevo viraje de la política los saca al candelero.

En este juego de oportunidades el voluntario se desconcierta. Obviamente, si además de soldado fuera político, podría sacar más provecho de su aventura. Y aclaro que «la Idea» como acicate de voluntades suele ser de lo más impolítico que se conoce.

Uno, la verdad, se hace un lío tremendo con estas cosas. Sobre los veinte años que tenía entonces, los doce transcurridos son demasiados. Lo curioso es que los eclécticos de la Historia dicen lo contrario, que para fijar los sucesos en la necesaria perspectiva se necesitan muchos más. ¡Vaya usted a saber!

Pero lo cierto es que la DIVISIÓN 250, vista a los doce años de su entrada en línea, ofrece dos de las tales perspectivas, ampliamente desorbitadas las dos, tanto la favorable como la enemiga, puesto que si los adversarios calumniaban aceradamente, los propios se perdían en la maraña de una literatura oficial, fría, ñoña y llena de lugares comunes. De este tejemaneje, la realidad humana de la División Española ha salido perdiendo.

Y sin embargo, el secreto de la División Azul es muy sencillo. ¿Intentaremos decirlo en cuatro palabras? Veamos. La DIVISIÓN 250 estuvo en su día formada por dieciocho mil hombres, mitad veteranos de nuestra Guerra Civil, mitad muchachitos escasos de talla y estrechos de pecho, pero que allí ensancharon los pulmones y criaron margaritas en el pubis; falangistas y no falangistas, universitarios y gañanes, soldados, idealistas y sinvergüenzas —que de todo hubo en la viña del Señor—, valientes unos, fanfarrones otros, quienes fueron se hallaron encuadrados en una disciplina de guerra en tierra extranjera y en condiciones dificilísimas de clima y ambiente.

Lo grande y lo sencillo al mismo tiempo, de esta amalgama, es que de ella salió una unidad típicamente española, con todos los defectos y virtudes de la raza.

Nada más. En todo momento, a miles de kilómetros de la patria, sin retaguardia amable, en condiciones de vida absolutamente inacostumbradas, los voluntarios moldearon a su condición racial cuanto les rodeaba.

Este sentirse español en la bravura y en la picaresca, ante el propio y el extraño, fue la más acusada faceta de la División 250 de la *Wehrmacht*, primeramente encuadrada en el XXXVIII Cuerpo de Ejército, del XVIII Ejército (Sector Nowgorod-Wolchow) y después en el XLIV Cuerpo de Ejército del mismo Ejército (sector Leningrado), desde el 12 de octubre de 1941 al 8 de octubre de 1943. Después se quedó La Legión, hasta el día 21 de marzo de 1944, en que el último puñado de españoles entregó sus armas a la Plana Mayor de Enlace alemana.

Hocicando en mis recuerdos, ahora, recojo en la antena de mi sensibilidad, sobreponiéndose a cualquiera otra impresión, esta faceta humana. Eso era entonces…

Tiempo presente

Ahora, digo y repito, la «División 250» se ha quedado vieja en el recuerdo. Ahora sentirse divisionario no es volver al tiempo pasado. Las armas de nuestro tiempo son otras. La amable presión de muchos camaradas y el aperreado oficio de escribir le colocan a uno ante la disyuntiva de «hacer algo», que dicen ellos.

Uno, la verdad, no tiene competencia ni talla para hacer la gran historia de la División Azul, unidad militar con problemas logísticos, enseñanzas castrenses y ejemplo vivo de movimientos tácticos y estratégicos, con sus listas de altas y bajas, ascensos, recompensas y cartografía de Alto Estado Mayor. Uno no tiene a su disposición los partes militares, los secretos del Servicio de Información que necesitaría dicha historia. Uno, para terminar, tiene algunos mapas, algunos libros, muchos recuerdos personales y algunos datos que le permiten seguir, un poco forzadamente, el hilo de los acontecimientos. Varios camaradas me han ayudado, y también el que fue nuestro general don Emilio Esteban-Infantes, y el comandante Morón Izquierdo. A todos ellos, mi agradecimiento y el deseo de no defraudarles.

Es un jaleo, lo confieso, tener que puntualizar tanto. Pero hay que perdonar la luz por la claridad. Habiendo empezado es preciso terminar de una vez.

Eckmann-Chatrian, a través de *Un quinto del 1808*, enseñaron cómo un soldado puede ver una batalla. No alcanzará a discernir las decisiones del mando, ni siquiera las más sencillas. Pero en su retina se grabarán indeleblemente los pequeños acaecimientos; habrá sido testigo del golpe de mano, de la muerte del camarada, del júbilo de la victoria o de la amargura en la derrota. Serán las suyas sensaciones pequeñas, problemas chicos con los cuales irá engrosando el río de los grandes sucedidos.

Eso es todo. En este libro habrá muchos ríos pequeños, aportaciones entre literarias e históricas al gran caudal de lo pasado. Y para no ocultar nada quisiera hacer unas advertencias, ríos menudos de mi problema particular, problemas al filo de estas páginas, que más vale dejar aclarados.

Problema es, en este tiempo presente, el lenguaje del tiempo pasado. El lenguaje de los divisionarios en el ejercicio de su cargo fue un verdadero follón. Incorporaron a sus idiomas de leche unas docenas de palabras alemanas, polacas y rusas que, con el añadido de unos cuantos modismos del más puro sabor cuartelero, formaron un estupendo plato lingüístico. La salsa tiraba a lo picante y estoy seguro que el regusto de aquellos galimatías dejará sin resuello a muchos camaradas de los que hoy doblan el espinazo delante de las damas. ¡Si ellas supieran!

Pero no era esto lo que deseaba decir. Quería avisar que no hurtaré el pecho a dicho lenguaje. Además, aclaro: los escritores, comúnmente, al reseñar o dialogar, entrecomillan las palabras dudosas, los barbarismos o neologismos. Lo hacen, pasándose de listos, para advertir que son hombres cultos y que no ignoran lo

pontificado por la madre Academia. Yo no voy a poner una sola comilla. Los vocablos extraños ahora, entonces no lo eran; sencillos, expresivos, contundentes, formaban parte del diario expresarse de los que allí estaban y no tenían vuelta de hoja. Naturalmente, no respondo de la ortografía, la fonía y demás sindéresis. Ocurre que tanto los alemanes como los rusos empleaban, y emplean, demasiadas consonantes para decir las cosas más sencillas. Allá ellos. El «Auf Wiedersehen» era para nosotros «o firensé»; y el rotundo «Ja Wohl», un «Ya voy» cualquiera que levantaba ampollas. Y así hasta ciento y la madre.

Pero eso no deja de ser natural. Como lo será el que yo confunda un pueblo por otro y me vaya por las nubes al poner nombre a un cerro. Muchos de los protagonistas, a quienes interrogué, ni siquiera recuerdan los nombres de los pueblos que tuvieron a sus espaldas. No creo que tenga mayor importancia.

Mayor la tendría dar nombre a los actores, vivos y muertos. Recuerdo a varios, conozco a muchos, tengo listas. Pero olvidaría por lo menos a otros tantos. No voy, pues, a citar nombres, excepto aquellos que por su dimensión histórica o por su sacrificio son de por sí, cronológica e históricamente hablando, contrafiguras reales de lo que de imaginado habrá en esta relación. Este libro, además, no tendrá un solo protagonista. Es decir, lo será la División entera a través de sus soldados. Uno acá, otro acullá y el de en medio, paso cojo. Nombres fantasmas en cuerpos reales, que es lo bueno, pues los que luchan y sufren son los cuerpos y las almas, no los apellidos.

Pido al Dios de los soldados que me vaya abriendo camino. La narración irá detrás. Lo demás se nos dará por añadidura. Hasta lo que necesite toda vuestra capacidad de disimulo, de cordialidad.

Fue hace… años. Un día de julio de 1941. Los alemanes acababan de atacar a Rusia y un estremecimiento sacudía al mundo entero…

1941

Nota del Editor: En el mapa están marcadas las fronteras actuales, que no se corresponden necesariamente con las del año 1941 que menciona el texto (especialmente Polonia).

El Vagón

15 de julio

Estaba sudando. Era un sudor el suyo parecido al de las calderas. El calor iba por dentro y en las manos le vibraba la tiritera del desconcierto. Se terciaba gritar, y gritaba, que reír, y reía… El cantar no se tenía en cuenta. Llevaban el día entero cantando y la única manera de desatenderse de la canción era gritar. Y vuelta a empezar. Delirio, calor, contagio del camarada vecino y un discreto retirarse a un rincón para dominar en lo posible el temblor de la piel.

Costaba Dios y ayuda asomarse a la puerta del vagón. Aferradas a cada palmo de aristas había dos o tres manos. Manos que se agarraban ansiosa, desesperadamente. Recordaban, seguramente, cómo en el instante de la partida el ansia de asomarse todos a la vez estuvo a punto de provocar una caída colectiva.

Encontró un hueco entre dos peludos antebrazos y reclinó allí la cabeza. Se dio cuenta de que los demás también sudaban. Algunos se habían despojado de sus guerreras y lucían sus camisas azules, recogidas las mangas. Vio la hora en un reloj cualquiera: las cuatro de la tarde. ¿El día? Un catorce de julio de mil novecientos cuarenta y uno.

El convoy avanzaba fatigosamente. Llevaba lo menos treinta unidades, con ochocientos tíos en sus vagones, sin contar el coche de segunda, allá en la cabecera, donde iban los oficiales. Eran vagones de ganado. En la estación habían desentonado: charangas, autoridades, discursos, movietones, familiares llorosos o entusiasmados… Todo eso. Podía alguien imaginarse que a la Gloria se iría en coche-cama… A la Gloria, quizá; pero a la guerra…

Vagones como aquéllos, decía la Prensa, habían salido o iban a salir de toda España: de Sevilla, Barcelona, Valladolid, Burgos… Todos con un mismo cargamento humano y un idéntico destino: Francia primero, Alemania después. Y al final, Rusia.

Los camaradas cantaban. Cantaban por enésima vez: «¡No me marcho por las chicas, que las chicas guapas son…, guapas son!». Y las chicas aquellas que no podían impedir la salida de la muchachada, sonreían, un poco desconcertadas, sin comprender demasiado, pero conmovido su instinto maternal. «¡Adiós, España; España de mi querer…!». «¡Adiós, guapa!». «Dejadme sitio…». «¡Un hueco, camaradas, para esta botella…!». «¡Hasta la vista!».

Toda la simplicidad pueril y convencional de las despedidas asomaba en cada palabra, en cada mirada. Suburbios; camiones, carros, muchachos en bicicletas que se apoyaban con un pie en tierra y se quedaban absortos, mirando, quizá sin ver. En un paso a nivel se arracimaban unas mujerucas y tal que cual zanquilargo. Debían de

tener familiares en los vagones porque empezaron a mover los brazos como si fueran aspas y a llorar como magdalenas. Todos se miraron, diciéndose: «Yo no soy, que me registren».

¿Llorar? Santo y bueno. Pero que fueran ellas. Los voluntarios no tenían tiempo. Ni querían. Para llorar se queda uno en casa. Calor. Vuelta a sudar. Ronquidos en lugar de gritos. Botellas de coñac y envoltorios de galletas. Era necesario comer para mantener el terrible desgaste de las emociones. Los macutos por los rincones señalando el lugar escogido. Los veteranos sabían bien dónde colocarse. Al final todo sería igual. Además, ¿podía alguien pensar en dormir aquella noche, mientras irían desfilando las tierras de España, quizá para no volver?

¡Claro que se podía dormir! Horas más tarde habría de saberlo. Acurrucados; sintiendo en los huesos el choque de los metales. Pero sería más tarde. Mientras, era gloria pura empezar de nuevo las eternas canciones, augurar la llegada a un pueblo, descubrir el vecindario al lado de la vía y bajar a repartir achuchones.

En las cuestas y revueltas de la sierra, cercanas a la capital, el tren lo tomó con calma.

—Vamos a llegar con la guerra acabada —murmuró Bautista Macuso, un poco irritado.

Le miró, un poco extrañado de que le hubiera pisado la frase. Macuso ni se enteró. Aquello le sirvió para calmarse un poco y observar a los restantes camaradas. Poco o mucho los conocía a todos. Llevaban una semana viviendo juntos. Segunda y tercera sección del 2.º Batallón de Fusileros… Faltaba comprobar si aquella compañía se habría de conservar.

Macrino y Jesús Lozano cuchicheaban, nerviosamente, en un rincón; Apis y Manterola habían improvisado un timbal con el plato de aluminio y unas cucharas… Otros cuantos, apoyados en las tablas, desparramados, fumaban atropelladamente. Encima de una manta se había organizado una partida de monte; tenía la banca el sargento Veiga y cada carta que soltaba le costaba un dolor, como si estuviera pariéndola.

Más aislado, con el macuto por delante, Francisco de la Torre se afanaba anotando algo en un cuaderno… ¿Diario? Posiblemente él también llevaba uno, encuadernado en hule. Le hubiera gustado escribir él también algunas cosas, cuatro tonterías que reflejasen lo que estaba sucediendo… ¿Y qué estaba sucediendo?

—Anselmín, hijo, ¿qué haces?

—Nada.

—¡Chico, esto es estupendo!

—¿El qué…?

—¡Esto, hombre!

Y Ortega se alejó, un poco enfadado. Con mucha razón, desde luego. «Esto», era esto, ¡diablos!, lo que estaba sucediendo: un uniforme, despedidas, charangas, cantares a todo pasto, mozas que se dejaban abrazar…, exactamente lo que estaba

sucediendo, lo que había pensado escribir en el diario…

En la portezuela quedaba un hueco libre y se sentó, dejando colgar las piernas. El vecino resultó ser Carmelo Gil, un muchacho de Talavera, que le miró amistosamente, sonriendo, pero sin decir ni pío. Por su parte, tampoco tenía ganas de hablar. Le dolía la garganta, como si estuviera forrada con papel de lija. Curiosamente, la sensación colectiva reaccionó igual y se abrió en abanico un silencio impresionante. Algunos cambiaban impresiones, brevemente, retorciendo las palabras.

Pero aquello no podía durar mucho. Una voz empezó a canturrear: «Un estudiante a una niña, le pidió…, / ¿qué le pidió? / Le pidió su linda cosa y la tonta se lo dio… / Aaaalaralalalá…». Un soldado español no sería español, ni soldado, si estuviera más de media hora sin armar follón, pensó. Aquello del estudiante tenía mucha miga, sí señor, y el que no lo supiera, que aprendiera haciendo, por lo menos, bulto en el coro. Vuelta a empezar. El Cara al sol quedaba reservado para las despedidas.

Al anochecer, después de atravesar una llanura polvorienta, se llegó a Ávila. Los oficiales saltaron al andén, en vano intento de que la gente no se desparramara. Pedían a voz en grito que se formara: «De tres en fondo. ¡Vamos…! Alinearse con el codo…».

Se tardó su buena media hora en quedar bien. Los conspicuos de la ciudad, atónitos, contemplaban el despliegue. Una charanga, colocada junto a la sala de espera tocaba a la arrebatapiña, tan pronto «Los Voluntarios» como un chotis verbenero, contribuyendo, en buena parte al desorden. Una turuta soltó la consigna del batallón y a continuación la llamada a fajina[1].

Anselmo se sentía un poco a disgusto con el plato en la mano, sintiéndose blanco de infinidad de miradas. Creíase un héroe en trance de despedida y la prosaica formación, cara a los admiradores, le traía a mal traer. La cena, por lo demás, fue un desastre. Habían instalado una cocina de campaña en una plataforma, con todos los requisitos, verdad era. Pero nadie había contado con el fervor patriótico de los rancheros… ¿Y qué importaba todo aquello…? ¿Deseaba alguien comer? ¿No? ¡Pues entonces!

Bailoteo. Los notables de la ciudad apretando manos y mirando nerviosamente al reloj. Los jefes locales de Falange intentando convencer a un grupo de voluntarios cómo ellos eran tan imprescindibles que habían sido obligados a quedarse en España. Las dos horas de parada se convirtieron en cuatro, cinco… Al filo de las tres, partida. Últimos restos de las cajetillas, de las botellas, de las canciones. Los vagones, sin luz; brotes nerviosos de charlas incipientes dejadas en suspenso.

Anselmo estiró las piernas por donde buenamente pudo. No quería dormir. Deseaba estirar aquellas horas —últimas horas— de permanencia en la patria. Al mismo tiempo, rugiéndole el deseo, hubiera deseado que todo terminara, llegando. En resumen: confusión. La noche resultó de aúpa. Dormitar a ratos y a ratos asomar la jeta cuando las luces de una estación anunciaban una parada.

Terminó por soñar. Soñar que aquel vagón era una inmensa olla donde, al fuego lento del entusiasmo, se iban cociendo todos los camaradas. Las camisas se desteñían, los huesos se descarnaban y desprendían. Al final, sólo quedaban las cabezas, agrupadas como en un cuadro del Greco, con un brillo en los ojos entre báquico y místico, cantando: «La Parrala»…

Amaneció en Burgos. Un relente suave en los andenes. Las chicas de la Sección Femenina repartían café en unos gigantescos termos; café calentito, bien edulcorado, abundante. Y un chusco de pan candeal, crujiente y dorado. Las agujas de la catedral, visibles desde cualquier punto, vigilaban el trasiego de soldados.

Paco de la Torre seguía apuntando en su diario. ¿Qué apuntaría? Todo seguía siendo igual. Cambiaban las tierras, pero los hombres seguían siendo los mismos. Despedidas, canciones, ronquera y entusiasmo. El segundo día había de ser igual que el primero. Existía, sin embargo, una diferencia. Aquellas despedidas, multiplicadas en todas las entrevías de la ruta, habían perdido la fragante emoción del primer adiós. No acudían familiares llorosos, poniendo, quizá, un freno a las expansiones soldadescas, pero insuflando una íntima ternura al trance inevitable. Allí estaba la diferencia. Aquéllas eran las despedidas oficiales, arrastrando el inconfundible tropel de curiosos. «Son voluntarios y marchan a la guerra», decían. Y en los ojos de no pocos se adivinaba, a poco que se quisiera adivinar, la curiosidad impenitente de los que atisban el paso de la caravana circense para disfrutar gratis la presencia de las fieras.

Frontera

Julio, 15. En mi vagón duermen casi todos. El día anterior ha sido de eterna borrachera, con todos los alcaloides capaces de trastornar al hombre. El tren marcha muy despacio. Escribo diez minutos cada dos horas, las mismas que me paso sentado en la portezuela contemplando el paisaje. Necesitaremos dos días para atravesar España. Y me digo que esta patria nuestra es muy larga, muy ancha y muy abrupta. Todo lo larga, ancha y empinada de sus caminos y nuestro propio andar.

Anselmo Magán me preguntó antes si escribía un diario. Le dije que sí y hame respondido:

—Ya sé lo que son esas cosas. El primero y segundo día escribes diez páginas. Así una temporada. Al año, ¿entiendes?, una página cada ocho días. Y más tarde, una línea cada mes. Es la vida.

Creo que tiene razón. Y para no hacer el ridículo he guardado mi cuaderno. Al cabo, aunque sólo sea para decir que el tren marcha muy despacio, repetir, mejor, lo recojo de nuevo. Hace calor. Cantamos. En las estaciones debemos dejar paso libre a todos los trenes habituales. La resaca de la noche anterior se manifiesta en la muchedumbre que cerca toda fuente que se pone a mano.

Una de la tarde. Hemos dejado atrás Miranda de Ebro. Lo mismo de siempre. Música, cantos y baile. Dos horas de parada. Me escapé con Quiteño y Luis Altuve hasta una cantina. Bebimos tintorro y llenamos, de paso, las cantimploras. Se dice que el dinero no valdrá para nada dentro de poco y se desperdicia de mala manera. Contagioso entusiasmo por todas partes. Menos, todo sea por la verdad, en algunos sujetos. Me dicen que en Miranda existe un campo de concentración y comprendo.

Antes, al atravesar el desfiladero de Pancorbo, la grandiosidad de todo aquello nos dejó sin habla. Después, túneles y graciosos que chillan como mujeres asustadas.

Quisiera hacer un recuento con todos los camaradas del vagón, pero me doy cuenta de que apenas los conozco. Todos llevamos el mismo uniforme, algunos con pasadores y medallas de veterano y sería una tontería querer adivinar lo que dará de sí el material. Nadie sabe si la formación que llevamos será definitiva y en consecuencia no vale la pena escoger el camarada que uno desearía llevar al lado.

Vitoria. Recepción un poco fría. Nos dejan ir a la ciudad. Es muy pequeña y muy limpia. Paseo solo. En ciertas calles dudosas se apelotonan los voluntarios. Es la despedida. Los oficiales aseguran que los alemanes castigan al que enferma de venéreo. ¿Quién piensa en eso? Vuelvo al vagón al poco tiempo. En la cocina reparten el rancho que se quiera. Está un poco mejor que el de la noche anterior.

Partimos otra vez. Por milagro no queda nadie en tierra. Anoto: suaves y onduladas colinas, verdor de pradera en la canícula. Fábricas en las orillas de los ríos; Salvatierra, Alsasua, Ormaiztegui, Villafranca de Oria, Tolosa…

Decae la tarde. Un fondo neblinoso en los valles, labrantines de quebrado color,

caseríos en las laderas de las montañas y un suave y dulce olor de patria en despedida atravesando la compacta muralla humana de las portezuelas. Vamos despacio. Paradas interminables. Andoaín, Hernani, Oyarzum, Rentería… ¡El mar!

Ante la mágica palabra por poco se caen los hombres a docenas de los vagones. Muchos de esos hombres son de tierra adentro y no han visto el mar en su vida. Miran ansiosamente y hasta respiran con cómico entusiasmo. Orive asegura que el mar huele igual que los mariscos. Anochece. La luna platea las aguas, entrevistas morosamente al fondo de las cañadas. Acabo de escribir una cursilería. Tacho.

San Sebastián. Nos curamos en salud la más que probable larga espera y salimos en bandadas. Magán, Carmelo y yo vamos juntos. Nos detenemos en medio de uno de los puentes que unen las riberas del Urumea. Pero es tontería vestir de caqui y suspirar a la luna. Terminamos en un hotel o restorán del centro. Cenamos para terminar con las últimas pesetas. Muchos refugiados franceses; judíos también, quizá, matan nuestros deseos de armar barullo. Magán, que ha tenido mal día, quería pegarse con un sujeto bien trajeado. En fin, nos hemos estropeado el vino.

Regresamos, despacio, repitiendo consignas. Nos tumbamos en el vagón, casi vacío. Con las manos en la nuca, divagando, dejamos pasar el tiempo. Poco a poco van regresando todos, cansados pero cantando. Nos dormimos…

Despierto con una sacudida brusca del vagón. Magán está sentado en la puerta, con los pies colgando. Pregunto:

—¿Dónde estamos?

—Irún —responde.

Me acerco. Creo ver casas chamuscadas por los incendios. Recuerdo las acciones de guerra pasadas. Me siento a mi vez. Quedo abstraído un rato. El mar, como fondo, a lo lejos. Y un faro. Recuerdo y me asusto. Me levanto, dando gritos y repartiendo patadas.

—¿Qué sucede?

¿Qué sucede? ¡Oh! Estamos recorriendo los últimos metros de tierra española. ¿No queréis despediros de España, voluntarios? ¿No os tira del corazón la montaña y el mar? Y vienen todos. En silencio, casi angustiados…

Un livor de amanecer descubre las siluetas de las montañas. Luces espaciadas brillan mortecinamente señalando el camino. Los vagones serpentean y, de repente, chocan entre sí y se detienen.

Una pareja de guardias civiles queda enfrente nuestro. Nos miran y los miramos.

—¿Qué es esto? —preguntamos.

—El puente internacional.

Otra sacudida. El tren empieza a rodar suavemente. Los civiles se cuadran y saludan. El «Cara al Sol» brota, incontenible, tremendo, de todas las gargantas. Cantamos como locos, como dioses, mientras las ruedas golpean las viguetas de hierro. El Bidasoa, a nuestros pies, se hace ancho y angosto al mismo tiempo. Es una armonía rota la que emborracha nuestros corazones. Miramos la tierra que va

quedando atrás.

Nos detenemos, al cabo. Frente a nosotros creemos ver los mismos guardias de antes. Nos fijamos mejor y descubrimos el casco de guerra alemán, tan observado en fotografías. ¡Soldados alemanes! Miramos con ojos agrandados por el asombro. Nos saludan. Gritamos en su honor.

Unos oficiales recorren los andenes. Dicen que preparemos los equipos, pues vamos a abandonar el tren. Revuelo, confusión. No hay luz y cada uno se apaña como puede para descubrir su macuto y su manta. Por fin, encienden una vela. Empiezan las formaciones al lado de los vagones.

Antes de abandonar el mío, suelo de España aún, quiero estampar mi despedida. Estoy solo. Lucho largo rato con las ideas rebeldes. Al fin escribo: DÍA 16, A LAS CUATRO DE LA MAÑANA, CRUZAMOS EL PUENTE INTERNACIONAL. ADIÓS, ESPAÑA.

Nada más. Lo único que puedo hacer es subrayar las últimas palabras.

Francia

¡Por fin, gracias a Dios, descansaban! El nuevo convoy no se parece en nada al anterior. Bueno, quizá fuera una exageración afirmarlo, pues un tren se parece a otro tren como un huevo a otro huevo y es una misma su misión: devorar kilómetros por la montaña y el llano.

La diferencia consistía en los vagones. Los soldados iban ahora en unos estupendos coches de tercera clase, tercera francesa, y ellos en segunda. La velocidad también era mayor.

En Hendaya habían permanecido tres horas. Allí le habían metido en su engranaje la colosal máquina alemana. Después de formar las compañías en los andenes, un intérprete alemán les había traducido la salutación de una comisión militar. Apretones de mano, miradas subrepticias al uniforme que pronto habrían de vestir ellos y una pequeña marcha con rumbo ignorado.

La marcha terminó en los sótanos de un edificio. Era preciso ducharse. Los trámites se sucedieron a una velocidad increíble. Hasta repelía un poco aquella eficacia. Mientras una compañía permanecía bajo las duchas, la siguiente se quedaba en cueros vivos. Los soldados tiritaban, no tanto por el frío como por la impresión de sentirse encadenados ya en la disciplina de un ejército en guerra.

No se había perdido ni un alfiler, el agua estaba caliente y las toallas limpias. Los soldados habían terminado por acostumbrarse y gritaban entre chapoteos. Ellos, los oficiales, se habían duchado después, en cabinas individuales.

Luego, vuelta a la estación, entre rápidas miradas a las calles francesas, desiertas en la bruma del amanecer. Nada nuevo, el clásico «Café de la Gare», las mercerías, las panaderías, los pequeños comercios provincianos.

En la estación se había repartido a los voluntarios un sopicaldo espeso y reconfortante. Los rancheros alemanes se habían reído de los platos de aluminio. Los oficiales habían comido en la cantina, sentados en torno al comandante.

Unas muchachas, evidentemente alemanas, habían repartido un extraño obsequio: una bolsa de papel. Cada soldado tenía la suya. Para los oficiales las dejaron en el vagón.

Había despedido con un cachete a su asistente, que se acercaba en demanda de órdenes y subido a su unidad. El tren empezó a recorrer sus primeros metros de tierra francesa. Las *froilan* que en la estación habían repartido el sopicaldo agitaban las manos. Y los soldados saludaban, tiesos como palos. Únicamente los paisanos parecían desatenderse de aquellos…

—Son los franceses, hombre… —musitó junto a su oreja, sorprendiéndole, el alférez Torrubias.

—Claro, los franceses y las francesas —respondió, a lo borrico.

Se retrepó en su asiento. Marcelo Six tenía buena estampa de soldado. Lo sabía.

Y un pasador en la guerrera lleno de cintajos. Dios mediante, cuando volviera, si alguna vez volvía, habrían aumentado las condecoraciones. Las condecoraciones eran así. Caían sobre los pechos como las hojas secas de la otoñada en los paseos. Sólo había que recogerlas, estando allí, claro, que aquello tenía su matraca y no todos estaban dispuestos a tocarla.

Cuando el coronel Rubio reunió a la oficialidad del Regimiento en la vieja sala de armas del no menos viejo cuartel, el que más y el que menos ya sabía lo que se estaba cociendo. ¡Bah! Un paso al frente y un salto nervioso para colocarse en primera fila…

—¡Marcelo! ¿Qué piensas, hombre? Fíjate estos *doiches* qué tíos más buenos son. ¡Hasta caramelos!

El teniente Agüero tenía entre las manos —y no paró hasta metérsela por los ojos— una de las bolsitas que las alemanas uniformadas repartían en la estación. Agüero vació la saca encima de un asiento y empezaron a brotar estuches y fundas de celofán: sardinas noruegas, queso empastillado, pan de forma cuadrada y desagradable, mantequilla, salchichas, caramelos, un paquete de tabaco… al parecer.

Lo era, efectivamente. JUNO, decían unas letras negras sobre fondo blanco. Vaya usted a saber quién sería el tal Juno…

—¡Qué tíos! —repetía Agüero.

Encendieron un cigarro. El capitán Toribio, Sotero, Arribas, Conde, Trifón y todos los demás, por lo que pudo ver, estaban encendiendo los suyos.

Todos estaban, desde luego, dispuestos a asombrarse ante todo lo alemán. Como soldados que eran no podían por menos. Estaban, además, atravesando un terreno conquistado por ellos; un terreno donde los españoles habían triunfado muchas veces, aunque no todas. Se imponía lo alemán. Lo alemán estaba en el aire, en los huesos, en las ideas… Y bien, pues…

Se animó un poco el cotarro, comentando lo visto, que era mucho, y lo entrevisto, que era mucho más. Marcelo se asomó a una ventanilla.

El tren corría suavemente. Un paisaje nuevo se iba sucediendo; tierras bien cuidadas; cementerios a lo largo de la vía, bien ordenados, como si fueran jardines; un cielo clemente de primavera adelantada… Estaba todo tan bien ordenado… ¡Tan bien ordenado! No interesaba demasiado ver aquello… Alemanes en un puente… Recordó haber visto alemanes, en parejas, acompañados de un gendarme en bicicleta, apostados en la entrada de los pueblos. Como si fueran guardias civiles, totalmente como si fueran guardias civiles…

Cuando hubo comunicado a Celia su alistamiento en la nueva división empezó lo bueno. «¿Por qué?», había preguntado. «Mujer, por todo». «¿Por qué?». Bueno; pero que muy bueno… «¡Verás, mujer; todos iban y yo no podía quedarme, como comprenderás!». «¿Por qué?». ¡Demonio con las mujeres! «Total, un año y en casa. Fíjate el paso que llevan esos alemanes. Un añito nada más. Quizá vuelva de capitán». Pero ella no acababa de comprender. «Marcelo —había dicho, llorando—,

¿y si no vuelves?». ¡Diablo! «Entonces podrás casarte con otro…». Una animalada, desde luego. Celia se había quedado blanca. E intentó arreglarlo: «Nena. Era una broma, mujer. Volveré, como dos y dos son cuatro. Y tú me esperarás…». «¿Estás seguro?», dijera, devolviendo la pelota. «Bueno. Celia… Es la gran ocasión». «¿Qué ocasión?». «La guerra es la ocasión del soldado, no lo olvides…». E intentó colocarle el disco de las ventajillas, según el banderín de enganche. «Haber de la Legión, más un treinta por ciento, en reichmarcos; haber español para los familiares, subsidios. Abono doble del tiempo de campaña…». «¡Calla, Marcelo, calla!». «Está bien…». No, no estaba bien; las mujeres sólo servían para arrugar al más pintado. La había apretado muy fuerte, sin reparar que estaban en un parque público y era de día, y se había embadurnado la cara con las lágrimas de ella…

Toribio, a su lado, le sacó de abstracciones metiéndole un codo en el costado.

—¡Ya está bien, hombre!

—¿El qué…?

—De mujeres y todo eso…

Y sonrió contagiosamente. El capitán Toribio estaba casado. Y tenía dos hijos. Bueno… Y allí estaba, sonriendo. La procesión iría por dentro. Le preguntó:

—¿Esto es el extranjero?

—Creo que sí —respondió el capitán, asombrado.

¡El extranjero! Siempre había pensado que el extranjero tendría una «forma» física diferente. Y todo era igual. Quizá fuera porque iban en un tren, muy rápido, en busca de otras emociones más fuertes.

El capitán terminó por arrancarle de la ventanilla y se generalizó la conversación en torno a las noticias de un periódico francés.

Al filo de las doce llegaron a Burdeos. Según las instrucciones, era necesario formar a la tropa para la comida. Desde la estación se veían las agujas de una catedral rodeada de un bosque de chimeneas. Costó media hora formar a los voluntarios, chulones ellos con sus boinas coloradas entre la hostilidad manifiesta de los concurrentes. Los alemanes, una vez los españoles sentados en las mesas de la cantina, sirvieron una de sus famosas sopas, espesas como el chocolate, donde los trozos de zanahoria y carne parecían submarinos.

Los falangistas cantaban entre bocado y bocado, dispuestos, tanto como los oficiales, al asombro. Terminado el yantar, repartieron cincuenta francos a la tropa, cien a los suboficiales y ciento cincuenta para ellos. Y dieron cierta libertad de movimientos durante la hora y media que el tren estaba obligado a esperar Dios sabría qué maniobra.

Los soldados se desbandaron en grupos alborotadores. Los oficiales les imitaron, más circunspectos. Pronto se dio cuenta que con sus francos apenas tenía para unas copas, un recuerdo en forma de Torre Eiffel y unas tarjetas para Celia y sus hermanos. El comandante le había rogado vigilase a la gente. En expediciones anteriores habíanse desarrollado trifulcas y pedreas con los rojos franceses. Nada

pudo observar en la ciudad; una ciudad de vida intensa, donde la guerra pasada no había dejado ninguna señal, excepto en la abundancia de coches y refugiados; éstos, fáciles de descubrir en los grupos que llenaban las calles y les miraban entre despreciativos y asustados.

Volvieron a la estación con tiempo para organizar la salida. Se había reunido una gran muchedumbre, silenciosa, donde no era nada extraño el ver surgir un puño cerrado, saludando a lo moscovita, entre la indiferencia de los alemanes. Aquella indiferencia alemana hacia las palabras y gestos franceses había, luego, de tentar al comandante para enjaretarles una conferencia acerca de la psicología de vencedores y vencidos.

Habíanse sorteado con fortuna los escollos diferenciativos de posición ideológica, de situación en la vida, entre franceses y españoles. Solamente con el tren en marcha, cuando únicamente cabía el intercambio de insultos, los obreros franceses levantaron los puños y escupieron sus resentimientos. Alguien se propasó en español y un voluntario, desde su ventanilla, le rompió una botella en la cabeza. ¡Vaya por Dios!

Vuelta otra vez al devorar silencioso de kilómetros, entre los sopores de la digestión y el sueño retardado. Curiosamente, casi nadie deseaba asomarse a las ventanillas. Mientras corrieron por España había sido diferente. Se despedían de una tierra que era la suya. Y Francia les era ajena. Su paisaje tenía el valor de lo pintoresco, de lo anecdótico, de lo superficial. Y el sueño no se detenía ante esos valores. Solamente el comandante, con dos o tres íntimos, discutían abstractos problemas, mezclando Racine con Pétain y Napoleón con la Tercera República. Allá ellos…

Se despertó cuando el tren interrumpió su caminar. Orleans, leyó o le dijeron. Bueno… Los soldados tenían pocas ganas de bajar en busca de aventuras. Estaban cansados, sin duda.

Anocheció lentamente. El tren reanudó la marcha hacia el Este. ¡El Este! Un destino como otro cualquiera. Se encendieron las luces del departamento, azules. Aun así, era categórico bajar las persianas y negarse a observar el mundo que circulaba.

—Estamos en guerra, no lo olviden —dijo el comandante.

Aquella palabra, guerra, y la impresión de que estaban adentrándose en una nueva coyuntura, dejó hoscas y retraídas las caras de la mayoría. Comieron en silencio el rancho preparado en Bayona y encendieron los últimos cigarrillos alemanes. En la semipenumbra, cercado por la aureola azulina y los círculos neblinosos del tabaco, el rostro lloroso de Celia, «¿Por qué?», repetía por enésima vez. «Mujer. Es necesario. No puedo volverme atrás». No podía, era la verdad. Y allí estaba, con los ojos cerrados, un poco deprimido…

—¡Al diablo todo! Vamos a dormir.

Y la pequeña ciencia soldadesca de adaptarse a las circunstancias se impuso.

De madrugada el tren se detuvo. Fue necesario formar a la tropa en unos andenes llenos de material, con luces escasas de farolillos de petróleo. Somnolientas, las

compañías repitieron la consabida fórmula de tres en fondo y con los oficiales al frente se encaminaron a un enorme edificio, entre árboles, no lejos de la estación.

Había llovido. Grandes charcos de agua y el clásico olor de la tierra mojada. Nadie sabía dónde les llevaban los enlaces alemanes. Secreto, secreto de guerra… Eran soldados… «¡Achtung! ¡Achtung!», decían grandes letreros… La humedad y el relente hacían temblar a los hombres. También, un poco, el asombro de lo desconocido.

El edificio era un viejo castillo, hospital o cuartel alemán. Grandes mesas, rústicamente dispuestas, esperaban entre los árboles. Allí vieron por primera vez oficiales de alta graduación. Coroneles, generales o algo por el estilo. Habrían de familiarizarse con los entorchados germanos. Toribio, que apenas se separaba de su lado, calculó con mucho gracejo el equivalente de sus tres estrellas. Los alemanes, no menos asombrados, se deshacían entre reverencias y taconazos. Marcelo observó que el uniforme español era más elegante que el alemán. Pero la gracia estaba en saber cuál resultaba más práctico.

Brindis, discursos, felicitaciones, prensa, chapoteos de los intérpretes, canciones, música alemana en su salsa… Todo ello en una ciudad francesa. ¡Bueno…!

Vuelta al tren. De aquel día habría Marcelo de conservar una impresión muy confusa. Como todos, empezaba a estar harto de tanto estar enchiquerado en un departamento. Solamente las señales de la guerra, en puentes destruidos donde el convoy circulaba pausadamente, los aeródromos, los parques militares, atraían ya su atención.

Cuarto día de viaje. No sabían dónde estaban. Carrasco apuntaba todos los nombres de ciudades en su agenda. Alguna vez, para satisfacer una curiosidad sin médula, le preguntaba por la última estación…

Nuevamente, al anochecer, se formó a la tropa para cenar. Creyó palpar un cambio en el ambiente. Otra vez el tren, a la luz azul, a los cigarrillos, a las charlas, al recuerdo…

Alemania

El nuevo día trajo la sorpresa. Las pequeñas estaciones se sucedían, maravillosamente limpias y risueñas, pasando como si caminasen en puntillas, para no despertar el sueño de los voluntarios.

Ortega, el intelectual, fue el primero que se dio cuenta. Apenas las luces del alba dejaron sin sustancia a las bombillas azules se despertó, asomando la gaita por la ventanilla. Algo había cambiado. No podía ser otra cosa que un trastrueque de países; Alemania en el horizonte y una nueva música en el aire. Pero le costaba trabajo admitirlo. Le dolía no haber sentido en el corazón un pinchazo, un dolor, algo, en fin, que le hubiese señalado el paso de la frontera.

Ortega era un pensador y por lo tanto sabía que las fronteras eran las consecuencias de muchos siglos de lucha, de intrigas y sangre. Una frontera no podía pasar desapercibida porque simbolizaba el cambio de un mundo a otro, un dejar atrás un concepto humano y penetrar en otro absolutamente diferente, hostil la mayor parte de las veces. ¿Cómo podía cruzarse una frontera sin que ellos, hombres sutiles, hombres latinos, no sintieran el atracón de los siglos y las vidas tirando cada uno por su lado?

Solamente cuando descubrió, subidos a unos taludes inmediatos, a unos chiquillos con los uniformes característicos de las «Hitler Junge», se convenció.

—¡Alemania, chicos; estamos en Alemania! —bramó, despertando a los durmientes, sabiamente distribuidos en suelos, asientos y rejillas del vagón.

A la voz mágica se auparon los cuerpos. Casi la misma sorpresa de los días pasados, cuando iban dejando atrás las tierras españolas.

La más importante señal de la nueva tierra la ofrecía el aspecto de los habitantes. El gesto indiferente y hostil de los franceses había sido sustituido por una alegría casi infantil. Muchachitas madrugadoras corrían a lo largo de las vías, ofreciendo su sonrisa y la visión de su rubia cabellera castigada por el viento. Mocetones tan altos como los soldados españoles, y con pocos menos años, largaban sus cometas adornadas con banderines españoles.

En las estaciones todo eran caras alegres, gritos guturales y miradas tímidas de las muchachitas, que alargaban sus flores y apretaban las manos de aquellos soldados extranjeros. Empezó el eterno intercambio: boinas rojas por brazaletes con la esvástica, insignias de latón por pañuelos, emblemas falangistas por fotografías…

Ortega se encontró, flanqueado con Carlos Porlier y Chito Carranza, diciendo barbaridades a tres alemanitas, pelirrojas, de trenzas colgantes a la espalda, llenas de pecas y rústicos colores. Terminaron en la cantina, tomando cerveza y gritando «Heil Hitler» a todo pasto. Las muchachas terminaron, como los *kinders*, pidiendo las gorras.

—*¡Quepi! ¡Quepi…!*

A Ortega le dio por la pedantería:

—Tienes razón, muchacha, en llamar *quepi* a esta boina roja como la sangre. Porque era prenda femenina y nosotros la hemos rescatado para más altos destinos, lo puedes decir; porque restituida a su destino militar, que es el destino de nuestra juventud, de nuestro renacimiento, lo puedes decir… Y yo…

Porlier soltó redondo una palabrota y le dio un meneo al orador:

—¡Mira, tú, menos cuento! Dale la boina a las chicas…

—¿Y si no quisiera?

—¿Tienes marcos para pagar la cerveza? ¡Entonces, hombre…! Paga con la boina y vámonos, que el teniente Campuzano está pegando alaridos.

Las chicas se ponían tontonas y se empeñaron en escribir sus nombres y direcciones en las agendas del trío. Al final, ni Ortega, ni Chito, ni Porlier sabían distinguir a la suya de las otras; el simple nombre de Hilde, o Elsegarda, o Greta, no permitía distinguir la espigadilla de la bajita con hoyuelos a los lados de la boca.

Cuando arrancó el tren todos los del vagón estaban como atontados, saturados de miradas admirativas, de cabellos rubios, caramelos y gritos infantiles.

—¡Qué gachises! —decía Collar.

—¡Esta Alemania, qué grande es! —retrucaba Moralillos.

Ortega se asomó a la ventanilla, un poco cortado en sus razones por la emoción. El tren subía lentamente por una pendiente, buscando las altas cumbres de las montañas. Montañas llenas de arbolado, de luces y de colores, de perfumes y de ariscada melancolía. Intentó clasificar los árboles y no pasó del intento; aquellos gigantes de la selva no se parecían a los de las intrincadas marañas españolas; los pinos, hayas, nogales o carrascos ibéricos, creciendo en las oquedades en lucha con la codicia del hombre, se tornaban allí en árboles exóticos, casi nórdicos, de blanca corteza y ramas verdes de peinadas agujas, creciendo amorosamente escalonados, como los innumerables soldados de un ejército vegetal. Por fin recordó un árbol semejante: el árbol de Noel, trasudado extranjero de los Nacimientos hispanos.

Alemania. Estaban en Alemania y una nueva tierra se les metía por los ojos. Posiblemente fuera aquélla la Selva Negra de los románticos, la Baviera tradicional y representativa de la gran marca alemana…

No pudo seguir enlazando resabios de lecturas o recuerdos. Los del vagón estaban armando un tremendo follón. Sonrió, comprensivo. El amanecer en tierra amiga, entre abrazos, admiraciones y regalos había levantado el entusiasmo mozo de aquella gente. Pero —y aquí Ortega frunció el hocico— el entusiasmo de los españoles nunca se sabe qué cauces tomará. Aquellos bárbaros, en vez de canciones de reconocimiento y salutación, de canciones españolas que unieran las dos tierras, estaban cantando una ranchera, aquella barbaridad de la mujer que ya no soplaba: «No me fastidies ni me vengas con tus cosas, / ni molestes en pensar en mi querer. / Quiero que sepas que ya tengo otra piocha / y que tú ya no soplas como mujer…».

En fin. Suspiró y a poco era absorbido por el coro: «Ese tiempo feliz ya no me

importa. / Hoy no es ayer…».

Al mediodía, con las viejas ronqueras otra vez amenazando, llegaron a una ciudad, Karlsruhe, según los letreros de las marquesinas. La estación era muy grande, baja de andenes, toda electrificada al igual que los ferrocarriles franceses.

La sorpresa —media sorpresa, la verdad, pues ellos no estaban dispuestos a sorprenderse de nada— nació de la estupenda acogida. En los andenes había una enorme muchedumbre, una nutrida representación de uniformes; gallardetes y, lo que era bueno, unas mesas hábilmente dispuestas y soberbiamente aderezadas. El jaleo de todas las formaciones, entre los resoplidos de una banda de música que apenas permitía escuchar las voces de mando: «¡De tres en fondo…! ¡Vaaamos! ¡Dejad las mantas arriba…! ¡Fiiir… mes!».

¡Zas! Los manotazos en los pantalones. El teniente Campuzano decía siempre: «Quiero que las palmadas resuenen como bombas. ¿Entendido?». Bueno…, pero como bombas muy modestitas, desde luego, y al otro se le engarabitaron los ojos.

Por fin terminaron de alinearse al lado de las mesas. Ortega se encontró haciendo compañía a Luis Martín, Olaso y Chito, frente a un velador enmantelado, lleno de churruscantes panecillos y tentadores platos de mantequilla. La música atacó briosamente el himno alemán y luego, con menos salero, el español, mientras soldados y concurrencia permanecían firmes como palos. Luego, empezaron los discursos, de bienvenida y todo eso… Un jaleo, la verdad, pues lo interesante era la manducatoria.

Chito no pudo resistir y agarró un panecillo, que devoró de dos mordiscos. Los carrillos le abultaban sospechosamente, mientras escuchaba componiendo un tipo plenamente entregado a la unción de escuchar aquellas hermosas palabras. Pronto se generalizó el gesto y las mesas quedaron limpias por completo, al extremo que, después, las alemanas que servían las mesas se recriminaban mutuamente por haber olvidado el pequeño detalle de los panecillos.

Por fin les dejaron sentarse. Encima de las mesas ondeaba, amenazando caerse, una pancarta repleta de hermosas letras, góticas y tal. Pero lo interesante estaba debajo. Se notaba que muchos divisionarios comían por primera vez mantequilla. Y las alemanitas se asombraban de aquellas rebanadas con la grasa más gorda que la costra de pan. Y las dulces mermeladas, y las rodajas de salchicha, y los cigarrillos.

—¡Vengan guerras! —decía Olaso.

—No creas que luego te van a poner manteles en las estaciones.

—Por eso me aprovecho ahora.

Y a fe de voluntario que se aprovechaba. Sirvieron café con leche con las mermeladas y tocino y salchichas después. Salchichas sobraron para llevar al vagón. Al final repartieron cigarros y los eternos caramelos, redondos y ensartados como las aspirinas de un tubo. Más discursos, más canciones y vuelta al desgaire de los saludos de hermandad hispano-alemana, donde se perdían los abrazos y los pellizcos.

Toque de atención, saludo nacionalsocialista y pañuelos en despedida. En el

vagón, más de la mitad de los voluntarios no tenían ya boina y casi ninguno los emblemas falangistas. Las admiradoras se lo llevaban todo. Los voluntarios aprendieron las primeras palabras de su argot universal: *kuss*, por besos; *verboten*, por prohibido; *bitte bier*, por queremos cerveza; y *Stalin kaputt*, por lo que no hace falta traducir. ¡Ah! Y que División Azul era *Blau Division*.

El sargento Panduro aseguró, cuando se hubo calmado la efervescencia de la salida, que por la mañana llegarían a un lugar desconocido, donde tendrían el campamento. Otros batallones divisionarios ya habían llegado.

—¡Cuernos! —Gruñó Batista. Se habrán soplado toda la cerveza y acaparado a las mujeres.

Como ninguno estaba muy seguro de aquello, el porvenir dejó una sombra de preocupación en todos los semblantes. Ortega intentó urdir un tremendo discurso acerca de lo que ellos, los voluntarios de la División Española, habían venido a hacer en aquellos andurriales. No le hicieron caso, no señor.

Fue cayendo la mañana, entre resplandores de un sol amable en una naturaleza bravía y hermosa al mismo tiempo. Los voluntarios acabaron por aceptar las señales de afecto como la cosa más natural del mundo. En las agendas se iban agrupando los nombres de poblaciones y en la memoria el agridulce sabor de unos paisajes y de una arquitectura rural llena de indefinibles encantos. Ortega se decía que la visión que ellos atesoraban de Alemania estaba influida por su condición de Soldados. Pero el ver las cosas así también tenía su significado. Quizá, con un poco de suerte, podrían acabar la guerra y volver a la vida normal. Los recuerdos que ahora pudiesen ir recogiendo serían, en el destino de todos, el fermento de sus levaduras íntimas.

Baviera, con su cielo azul, casi andaluz, su olor a manzanas, sus casas atravesadas por viguetas, sus canciones apacibles —aquellos *lied* escuchados algunas veces en los conciertos—, sus iglesias, sus católicas iglesias y su panorama urbano casi de cuento infantil, representaba una Alemania agrícola y sensata, incapaz de ir a la guerra si no era por una causa justa. Hans y Grestchen asidos de la mano, amores rubios, cielo tenue al atardecer entre praderas y montañas llenas de pinos y abetos…

Los voluntarios seguían recogiendo la admiración germana. Ortega se decía que era un poco pueril que admirasen en ellos a los soldados, teniendo como tenían los mejores; pero, indudablemente, eran admirados. Quizá fuera el contraste; robustos bávaros contemplando en silencio al pequeño y moreno representante de una raza arisca y legendaria; panzudos cerveceros, amables *schupos*, artesanos maduros por el reuma… Todos veían en ellos a los nerviosos hijos de una tierra soleada e indómita. España, desde luego, tenía cartel en Alemania. En cada gesto lo denunciaban los alemanes. Aunque, diciendo toda la verdad, eran admirados de la misma forma que el español corriente admira la salvaje independencia de los gitanos, asombrándose, pero sin ganas de cambiar sus destinos.

Posiblemente fuera aquélla una buena fórmula de comprensión. Cada hombre en su destino y Dios en el de todos. Ortega elucubró tanto que acabó con la cabeza como

un bombo. Al llegar la noche, el tren seguía corriendo por las domesticadas praderas. Alemania, las luces apagadas, disciplinada y serena, dormía sus noches de guerra.

Campamento

Fue al amanecer. Siempre un amanecer en todas las llegadas. Hacía un poco de frío. Los soldados, formados, esperaban.

El capitán Hermoso había llamado a los oficiales y luego éstos formaron corro con los sargentos, como siempre. De los oficiales de aquel batallón únicamente conocía al teniente Campuzano, a los alféreces Diego y Tortajada y al capitán Hermoso, todos de su Regimiento. Los sargentos ya eran más; de su compañía tenía con él a Rubio, Panduro y Vilches Carrasco. Algunos otros había en las restantes compañías e, incluso, en otros batallones.

A última hora, ellos, los sargentos, también habían formado a la cabeza de todos aquellos señoritos. El teniente Agüero le había llamado:

—Sargento. Cuide que ninguno se desmande. Vendrá el coronel a recibirnos. Este apeadero es nuestro punto de llegada.

Y el coronel se estaba retrasando. Los soldados —para él siempre serían soldados y ya estaba deseando bajar los humos a alguno de aquellos falangistas ensoberbecidos— disimulaban como podían el frío del relente. Tenían todos las mantas recogidas, bien enrolladas, descansando en el suelo al lado de los macutos. La ordenación se había resquebrajado un poco.

En la linde del bosque había camiones y piezas de artillería. En aquella estación no se veían paisanos. Se notaba claramente que ya estaban acabándose todas aquellas mojigangas de discursos y banderolas…

El capitán —¿dónde estaría el comandante?— salió de una caseta y ordenó que la gente se colocara bien macutos y mantas. Y que se alinearan en debida forma. Notó que en las demás compañías también se preparaban los avíos.

El Batallón, por fin, formó en columna compacta. Un cornetín dio la consigna y la señal de firmes. Un coronel español —Rodrigo—, todavía con uniforme caqui, se acercó y saludó a los oficiales. Venían también varios enlaces alemanes. Los soldados observaban con el rabillo del ojo. Unas palabras de bienvenida; una banda alemana que rompe con «Los Voluntarios» y un cornetín que avisa: «¡Maaar… cha de frente, Ramón Catalán… va!».

Como no llevaban fusiles, el desfile tenía muy poco aire. El sargento Muñoz estaba un mucho avergonzado. Menos mal que el desfile se transformó en marcha de maniobras, sin interrupción, y el bracear deslucido se tornó en frotar de manos ante la inminente llegada.

El Batallón marchaba por un camino bien cuidado, entre el bosque, marcando el paso y cantando lo que buenamente se podía. Pronto, el apeadero se perdió en la distancia y los miembros ateridos entraron en calor. Debía de haber llovido la noche anterior, pues los árboles rezumaban agua y la atmósfera aparecía transparente a punto de empalago.

La carretera terminó, bruscamente, ante unas garitas. Junto a ellas formaban los centinelas alemanes, acompañados de guardias civiles españoles. Los centinelas saludaron y continuó la marcha, ahora entre los caminos de una auténtica ciudad, solitaria y silenciosa.

—Muñoz… —le llamaban desde la izquierda—. ¿Qué es esto?

—Será el cuartel; vamos, digo yo…

No estaba demasiado seguro. Aquello era una ciudad. O cuando menos, un pueblo. Arquitectura rural alemana; pabellones de dos y tres pisos; caminos asfaltados; trazado geométrico de plazuelas y edificios.

Vieron, de pronto, uniformes españoles que salían corriendo de uno de aquellos pabellones. Recordó la expedición que había salido el día antes. Bueno, aquéllos ya habían llegado. Ellos, desde luego, también, y no tardarían en ser alojados.

Los llegados anteriormente saludaban a gritos. Se interrumpió la marcha y durante unos instantes fue un completo desorden. Reconoció a varios suboficiales, aunque se abstuvo de abandonar la formación. Un sargento se acercó.

—Chicos… Ya os esperábamos. ¡Veréis qué cuartel! Cada batallón, una plaza entera. Los dos edificios grandes, para las compañías. Allí nos alojamos, en cuartos con literas, taquillas y mesas. ¡Estupendo! Allí está la cantina y el otro pabellón es el comedor. Pero el desayuno se puede ir a buscar con unos cacharros y desayunar en la cama…

Pero el oficial aposentador se impacientaba y se reanudó la marcha hasta una plaza inmediata. Allí, la primera y segunda compañías fueron destinadas al pabellón de la derecha, mientras la tercera y cuarta se alinearon frente al de la izquierda. Los soldados y los que no eran soldados fruncían los hocicos contemplando todo aquello.

Por fin, el capitán dio orden de que la compañía entrara en el edificio. Una escalera central descubría una red de pasillos. Puertas de hierro y departamentos con literas de dos pisos. Cabían doce hombres. Un pelotón y dos hombres agregados, machacantes y tal.

El sargento Muñoz se creció a la sombra del cuartel. Allí estaba en su lugar. El desbarajuste de los días anteriores acabaría. Los soldados sabrían al fin lo que era disciplina. Enderezó el gesto. Perdió la sonrisa.

Su sección, la sección del teniente Agüero, se alojó en el segundo piso del ala derecha. Después de dejar a los soldados en sus aposentos, comprobando el grado de elasticidad de sus literas, los sargentos ocuparon un departamento absolutamente igual. Escogió, al desgaire, una cama cualquiera. La arquilla estaba abierta y dejó en ella su macuto. La manta quedó encima del camastro.

Panduro estaba descubriendo los alicientes del alojamiento: una estufa de largo brazo, doce banquetas, y una bombilla con pantalla verde. ¡Ah! Y un extraño artilugio que enseguida congregó a todos los suboficiales tratando de descubrir su utilidad: era una tabla sobre un taco de madera que, casi a un extremo, dejaba la parte más ancha al aire; esta parte estaba dentada en ángulo. Apoyada en el suelo parecía un lagarto

abriendo la boca de derecha a izquierda, en vez de arriba abajo, que es lo bueno.

Por fin, Vilches Carrasco descubrió el misterio.

—Es un sacabotas, muchachos.

—¿Qué botas? —preguntó Cubero, absolutamente pez en la materia.

—Las que se ponen en los pies, burro…

Cubero se encalabrinó, diciendo que él nunca había necesitado más que las manos para descalzarse; pero el otro le tapó la boca diciéndole que las botas alemanas tenían muchos pelendengues y que si tal y que si cual…

Resonaron unos pasos y entró el capitán Hermoso.

—¿Muñoz…?

—A sus órdenes.

—Busque al teniente Campuzano. Es el oficial de semana. Le dará instrucciones. Es preciso ordenar la compañía, pues estaremos aquí, cuando menos, un par de meses. Nombrará usted cuarteleros e imaginarias para esta noche, enseguida, antes de que la gente se desmande.

—Bien, mi capitán.

Apenas el oficial se hubo marchado, los sargentos volvieron a su discusión. Muñoz descubrió agua en el jarro de aluminio y se chapuzó brevemente, ajustándose acto seguido el correaje. Se volvió a sus camaradas.

—Adecentad esto y dejad las literas en condiciones.

—Está bien, hombre, está bien.

Muñoz, sin responder, abandonó la estancia abanicando la puerta. Panduro, preocupado, se quedó mirando. Terminó por comentar, encogiéndose de hombros:

—Parece que le gusta…

Gott mit uns

Habían transcurrido cinco días desde la llegada al campamento, llamado Grafenwör[2], según unos letreros indicadores, y la vida se deslizaba dentro de una rutina que rompían los atractivos contactos con lo desconocido, que era mucho. Las plazoletas se iban llenando de gritos y denuestos que llenaban de asombro a los bancos de las cantinas, acostumbrados a otros modales más cohibidos.

Julio Serrano tenía en la mano un extraño objeto. Lo había escogido al azar de un babélico montón que llenaba las cuatro esquinas de su manta. Era una chapa o hebilla, gris, con un escudo redondo en el centro y una leyenda en torno al escudo. Le picó la curiosidad y deletreó: «Gott mit uns…». ¿Qué diablos sería aquello? Alemán, desde luego, como alemán era el restante equipo que yacía en el suelo, esperando su catalogación. Pero Julio no sabía alemán…

Quien sabía alemán —o por lo menos eso decía él— era Sintas. El día anterior le había llamado… ¡hum…! *Gefraite*… sí, efectivamente, diciéndole que los cabos en la escala alemana se llamaban así. Sintas pertenecía a otro pelotón y en aquellos momentos estaría recogiendo su equipo… Ya lo buscaría más tarde.

El aposento del pelotón resultaba pequeño para albergar a la manada de locos que se alborozaban ante cada objeto debidamente identificado. Había algunos, desde luego, que no se necesitaba tener los sesos de un Einaudi para sacarles el jugo, tales como el casco, el gorro, la guerrera y el pantalón, la mochila con su tapa peluda de piel de cabra, las botas, el capote…

Pero existían infinidad de objetos pequeños que ni Dios sabía por dónde agarrar: cepillos para parar un tren, cajas redondas de plástico anaranjado, trinchas, tirillas…

Barbudo se impuso alzando una extraña cacerola.

—¿Qué es esto?

Era la marmita. Los alemanes la llamaban así. El clásico plato español quedaba desplazado por aquel artilugio, bastante complicado, aunque muy práctico, como después habrían de saber todos. El cacharro tenía un litro de capacidad lo menos, y una tapa articulada que podía servir para recoger el segundo plato… si es que una vez en el frente los rancheros servían segundos platos, cosa que llenó de asombro a más de la mitad.

Los calzoncillos y las camisetas estuvieron a punto de provocar la deserción de todo el pelotón. Eran, exactamente, los mismos modelos que Serrano había visto utilizar a un abuelo suyo. Pero mucho más grandes, desde luego. La camiseta podría haber rodeado el perímetro torácico de un atlante y puesta sobre barriga voluntaria llegaba hasta las rodillas, amén de tener que recoger las mangas hasta alcanzar las muñecas. Los calzones… Bueno, los calzones puestos por encima del uniforme se ataban exactamente debajo de los sobacos, y eso sin estirar mucho, pues sabido es lo que el punto da de sí a poco que uno se empeñe.

José Rubini se endosó las dos prendas interiores y comenzó a bailar un Rascayú inmejorable encima de la mesa, mientras el coro batía palmas: «¡Rascayú…! ¡Rascayú…! Cuando muera, ¿qué harás tú…?».

El alférez Palmita interrumpió la juerga asomando la jeta por la puerta. Rubini se quedó con una pierna en el aire y los brazos en actitud de rascarse la espalda.

—¡Muy bonito, hombre, muy bonito!

Pero Palmita tenía fama de buena persona y Rubini no se inmutó ni poco ni mucho.

—Mi alférez… ¿Pero es que tenemos que ponernos estos calzoncillos? ¿Y esta camiseta? ¿Usted ve hasta dónde me llegan?

—Dentro de unos meses ya me dirá su opinión.

Serrano pensó, como casi todos, que unos meses después estaría la guerra acabada. Palmita también lo debía de creer. Pero era su deber insistir.

—Habrá que ponérselos…

Por fin, con la ayuda de un alemán que se agenció Cabelludo, gran partidario de la hermandad hispano-alemana, se pudo tener una idea aproximada del equipo. La guerrera, por ejemplo, necesitaba armarse por etapas. Por ciertos agujeros en la espalda y los costados se introducían tres abrazaderas de alambre, que sostenían al cinturón y eran a su vez reforzadas por unos tirantes de lona. Cuando el capote —prenda demasiado delgada y de poco abrigo, como no dejaron de notar— se colocaba encima del uniforme nuevos agujeros facilitaban la operación de ajustarse el correaje.

El cinturón estaba graduado y la hebilla se colocaba a discreción. Había multitud de pequeñas anillas y correas y pronto comprendieron todos que el equipo alemán se cargaba, excepto la mochila grande, sobre la cintura, colgando o apoyándose en el cinto. Allí, aprovechando bien el espacio, podía colocarse y se colocaba el pequeño macuto con la ración del día y los chismes de aseo; la lona —una lona triangular que lo mismo servía de impermeable individual que de tienda de campaña, juntando cuatro de ellas—; la pala articulada; las cartucheras —más pequeñas y flexibles que las españolas—; la careta antigás, y la lona de iperita; el casco, la marmita, la cantimplora y la pistola —para oficiales, sargentos y cabo y primer proveedor del ametrallador—. Pese a tanto engorro, y una vez entendidas sus dificultades, quedó demostrado que aquella forma de equipo resultaba muy práctica y muy fácil de quitar y poner.

La manta era muy mala, pero se contaba con la española. Y las botas desilusionaron por completo. Todos esperaban las clásicas botas alemanas, altas hasta la pantorrilla, popularizadas por el cine y los diarios; pero les entregaron borceguíes corrientes, tobilleras, que los zapateros se encargaban de llenar de inmensas tachuelas. Para convertir el pantalón liso, de paseo, en prenda de campaña había unas polainas de lona encerada, verdes, que recogían los bajos del pantalón. No era lo mismo, no señor. Y el que más y el que menos frunció los morros, desilusionado.

Las guerreras, de paño verde, eran muy buenas. Algunas tenían un cuello de

terciopelo oscuro precioso. Eran las más buscadas. Generalmente, todo el equipo era tan nuevo que daba asco. Hasta los veteranos del Pingarrón y los legionarios del Batallón Ceuta, que había traído Esparza, parecían pipis[3] antes de jurar bandera.

Julio Serrano, una vez familiarizado, parcialmente, con su nuevo uniforme, echó de menos los galones de su categoría. Después de pelearse con el brigada de vestuario consiguió que le diera un añadido para pegar en la manga derecha de la guerrera, apenas un trozo de tela oscura con un ángulo plateado.

Después, cuando se hubieron cambiado las prendas demasiado grandes o enmendadas las que tenían enmienda, el brigada repartió a los jefes de sección el escudo divisionario. Un escudo de seda encerrando las tres franjas de la bandera, con una leyenda: ESPAÑA, estampada en blanco sobre fondo negro. El uniforme español, que algunos habían soñado en llevar al frente, con boina roja inclusive, quedaba reducido a aquella bandera. Sin embargo, no se puede decir que ninguno lo sintiera. Vestir el uniforme alemán, aunque fuera un poco camuflado como lo era aquél, tenía sus atractivos. Para recordar la estirpe latina de las nuevas milicias estaban los arriscados modales divisionarios, y estaban, además, las insignias falangistas y universitarias. Con todo aquello bastaba y sobraba para sentirse español, pues la raza iba de pellejo para adentro y no de pellejo para afuera.

Con todo, la prenda que más gustaba a los voluntarios era el gorro; un estupendo y aerodinámico gorro de paño verde, ribeteado con hilo de colores y adornado con un ángulo y una escarapela. Los colores del ribete indicaban a simple vista el empleo del soldado, sustituyéndolas insignias españolas. La infantería lo llevaba blanco; la artillería, colorado; zapadores, negro; transmisiones, amarillo; antitanques, rosa.

La formación de retreta de aquel atardecer se hizo ya con el nuevo uniforme. Firmes, los brazos en alto, el «Cara al Sol» cotidiano tenía acentos nuevos y una nueva emoción. Siempre se formaba frente al pabellón —D-3—, mientras el amarillo sol alemán se desvanecía entre arrumacos de viejo romántico buscando los aleros pizarrosos del chalet. Los gritos de ritual rompían el eco de la canción y despertaban las ensoñaciones voluntarias.

Después de la formación, Serrano buscó a Sintas:

—Tradúceme esto.

Sintas, que, debía de haber respondido muchas veces a la misma pregunta, contestó rápido y pedante:

—*Gott mit uns* quiere decir, Dios con nosotros. Nosotros somos los soldados de un orden nuevo, y…

—Sí. Y llamamos al viejo Dios para que nos ayude —interrumpió.

No era demasiado propenso Julio a enredarse en las marañas del pensamiento. Pero aquella noche apenas pudo dormir. Se iban cumpliendo los plazos que acortaban su marcha de soldado voluntario a un frente de batalla; le habían dado un uniforme y había encontrado a Dios prendido en él. Julio estaba bastante desconcertado. Julio no era, precisamente, un intelectual y en saliéndose de los cotidianos problemas se

armaba un taco de los gordos. El problema religioso propio de su condición hispana se parecía a un círculo donde se encerraban cielos, infiernos, santos y demonios, intolerancias y desconocimientos absolutos de la vida espiritual fuera del cerrado círculo. Tenía la vaga impresión de que los alemanes eran herejes. Y siendo la católica la única religión verdadera, ¿dónde encontraban los alemanes al Dios que invocaban?

Además, ¿por qué los soldados, simbolizando la destrucción y la muerte, los eternos odios encadenando a los pueblos, se amparaban en Dios y pedían al Dios del amor infinito, al Dios de la paz, de la ilusión, del perdón y la humildad que fuera con ellos? ¿Existía un Dios diferente para la paz y la guerra? ¡No! Quizá fueran ellos quienes cambiaban. Y necesitaban, más que nunca, al Dios de todos los hombres.

Julio se prometió buscar al páter al día siguiente. Le preguntaría muchas cosas. Entre ellas, si sería lícito olvidar las viejas formas de rezar y buscar a Dios en los pliegues escondidos del alma. Recordaba las oraciones que su madre le enseñara, suaves, pacíficas, llenas de la suave unción del instante, cuando el calor maternal alejaba los fríos presagios de la vida. Aquel recuerdo le haría más mal que bien en el futuro, cuando se encontrara en la tremenda coyuntura de la guerra, en el fango y la sangre de las batallas. Necesitaría entonces una plegaria menos suave, más ardiente, más primitiva, más…

¡Eso era! Necesitaría volver al alarido telúrico; al balbuceo del hombre aterrado, empequeñecido, acobardado; necesitaría el contacto físico de Dios, en su espíritu, en su miedo, en su fe; necesitaría encontrar unas palabras estremecidas, locas, angustiosas, que cambiaran el olor tremendo de la muerte en eterna presencia de Dios; unas palabras que sirvieran para atraer las divinas del Cordero, el aliento que dijera: «Aquí estoy. ¿Qué quieres?». Y entonces, decir, procurando superar la angustia del instante: «Señor… Perdóname que te haya llamado. Te necesito; te necesito a mi lado… Déjame que recuerde lo que quería decirte. No comprendo nada de cuanto me está pasando y tengo miedo, y estoy sufriendo. Sólo Tú, Señor, puedes calentar mi alma aterida. Te llamaba porque siento tambalearse mis convicciones y quiero, Señor, volver a ser el niño que buscaba tu mano… No le temo a la muerte —no mucho, Señor, y puedes creerme—; le temo a tu rostro enojado porque he matado, porque he blasfemado, porque he dudado de encontrarte en esta miseria, en esta sangre… ¡No me desampares! ¡Devuélveme, Señor, las lágrimas que he perdido en la dureza de esta vida! Soy tan sólo un hombre que está luchando y sufriendo. Y sólo quiero que me digas si es llegada la hora de la tormenta y si mis minutos han transcurrido. ¡No me olvides! ¡Aparta la muerte de mis manos, la soberbia de mi corazón y devuélveme la señal de tu camino, la humildad de tu plegaria…!».

Julio Serrano acabó durmiéndose con la hebilla del cinturón en la mano apretada.

Juramento

31 de julio

El batallón de Donato había pasado por extrañas vicisitudes. Vicisitudes, claro, que para el Mando no serían extrañas. Pero el Mando no acostumbraba a contar sus cuitas a los soldados. Y hacía bien, que algunos eran unos cotillas.

Donato, precisamente, no es que lo fuera. Pero había sido asistente y es sabido lo que esta sufrida grey tiene de común con el no menos sufrido gremio porteril. En fin, Donato sabía algunas cosas porque algo se pegaba entrando y saliendo del cuarto de los oficiales. Donato, por otra parte, había llegado al campamento formando parte del Regimiento Esparza, batallón del comandante Bañuls.

La División tenía cuatro regimientos: Esparza, Vierna, Rodrigo y Pimentel, sin contar la Artillería y los especialistas. Pero como se terciaba quedar encuadrada dentro del mecanismo alemán, resultaba que sobraba un regimiento. Durante unos días los coroneles habían temido por el suyo, temor muy lógico, pues ellos le habían dado su nombre, le habían organizado, reclutado y trasladado, luchando con las recomendaciones en la hora de escoger mandos y tropa.

Por fin, el general había dispuesto que se disolviera el Regimiento Rodrigo, destinado a ser segundo jefe, pasando sus batallones a los restantes regimientos, uno por cada y conservando su estructura. Lo bueno venía al tener cada coronelía completos sus batallones. Para coger al agregado tenían que disolver uno de los suyos, cuyo puesto ocupaba el nuevo.

El trasiego de personal traía locos a los oficiales aposentadores. Y no menos a los Jefes. Tenían que procurar no desprenderse de sus especialistas, cuidar que fuesen amortizadas las plazas de todas las unidades, acoplar a los recién llegados, etcétera. Las secciones de Caballería habían sido mandadas al Grupo de Exploración; el Grupo de Antitanques recibió una buena parte y la mayoría pasó a Transportes.

Donato había perdido su oficial. Durante un par de días había vagado, en unión de otros muchos, de pabellón en pabellón. Y contestado muchas preguntas, algunas de ellas tontas, a su manera de ver: «Que si sabía conducir un carro; que si entendía de motores; que si montaba en bicicleta; que si sabía idiomas…». Y como Donato no sabía montar en bicicleta, ni conducir un carro, ni entendía de motores, ni se expresaba en alemán, iba respondiendo negativamente. Donato venía como infante y en infantería deseaba seguir. Le resultaba desagradable, habiendo venido voluntario, enchufarse para ir al frente.

En resumen, los restos del batallón disuelto, más otras gentes de los restantes regimientos, pasaron destinados a última hora al Grupo de Transportes, Compañía de Mano de Obra.

Nadie sabía lo que significaba Mano de Obra. El nuevo capitán sí debía de saberlo y el hombre estaba que trinaba. Cuando el oficial aposentador llevó a la Compañía a un nuevo pabellón, el capitán había dicho, con la unidad formada:

—Ya saben ustedes que ésta es la Compañía de Mano de Obra. Por lo visto seremos algo así como peones de albañiles. Y les han mandado aquí porque en ningún otro sitio cabían ustedes. Ni yo tampoco, por lo visto. No somos infantes, ni especialistas, ni nada; sólo el residuo de la División. No iremos al frente ni cavaremos trincheras, que para eso están los zapadores. Quizás nos dejen limpiar letrinas o descargar los camiones de Municionamiento o Intendencia. Muy bien. Yo estoy muy orgulloso. Espero que ustedes también lo estén. Y al avío. El que desee volver a España, que lo diga…

Nadie dijera nada. Sorpresa y todo eso. Muchas cábalas y, después, nada entre dos platos. Dos días después estaba todo olvidado viendo que ellos hacía la misma instrucción que los demás y recibían el mismo equipo. Instrucción que, por otra parte, sin armamento, se reducía a la agrupación en fondo cerrado de las marchas de aproximación.

Se corrían rumores en el campamento Norte, donde estaba el grueso de la División, que el general deseaba abreviar el tiempo de la preparación. Con ello no hacía otra cosa que patentizar el deseo de todos. El que más y el que menos tenía miedo de llegar tarde. El ejército alemán seguía avanzando por las tierras rusas y se hablaba de ingentes cantidades de material destruido y de hombres apresados. Todo parecía indicar la próxima hecatombe rusa.

Por eso todos tenían prisa. Pero había muchos problemas que resolver, se decía. El material llegaba muy despacio y las dificultades del idioma hacían más largos los trámites. Los más optimistas señalaban un plazo de dos meses como necesario. Contra ello entró en actividad la capacidad o defecto español de las improvisaciones.

El día 30 de julio, siete después de la llegada a la base, con los uniformes ya repartidos, pero sin armas, hubo ensayo general con todo. La Compañía Mano de Obra, al igual que todo el Grupo de Transportes, se preparó. Donato, como casi todos los voluntarios, conocía lo que se podía y no se podía conocer del campamento; éste estaba en un llano, entre bosques, cerca del pueblo de Grafenwör —si bien el campamento Sur, donde estaba el Regimiento Vierna y dos grupos de Artillería, se encontraban más cerca de otro llamado Wilsek—, y era enorme, sembrado de polígonos de tiro y de lugarejos abandonados donde hacía prácticas la artillería.

El campo grande de maniobras era una inmensa explanada. Las compañías fueron saliendo de sus acantonamientos. Llevaban el nuevo uniforme y por todo equipo, la lona de la tienda, enrollada y colgada del cinto, en la espalda. El tiempo estaba inseguro y llovía a ratos, encharcando el campo y molestando a los soldados. Las lonas se aprovecharon para hacer impermeables, metiendo la cabeza por un agujero y abrochando en los costados los botones de metal que tenía.

Se formó en fondo de batallón, cerrado, agrupándose después los regimientos y

los grupos especialistas. El ensayo se limitó a los movimientos, toques de atención del cornetín y situación de los altavoces. Después, cada mochuelo volvió a su olivo, entre risas y algazaras, gracias a Dios, que no era todavía llegada la hora del llanto.

Amaneció el día 31 con bastantes nubes. En el pabellón de la Compañía Mano de Obra estaban armando un tinglado de cien mil demonios. Resultaba que todavía algunos ganapanes no tenían cosido el escudo, o el casco no les entraba en la cabeza, o las botas les mancaban. Los dos alemanes agregados a la compañía se volvían locos atendiendo consultas y los oficiales, nerviosos, iban en fila india asomando las cabezas por los departamentos.

—¡Vamos, muchachos! ¡Las botas como espejos! Y el que tenga ronquera que pase por la cabina a tomar claras de huevo…

Por fin estuvo la compañía formada. Se emprendió la marcha. Un camión de altavoces de la Compañía de Propaganda salpicó de barro a la columna y levantó airadas protestas. Pero como eran alemanes no se enteraron de nada.

Donato, como todos, llevaba el casco bien sujeto; el uniforme, impecable; careta antigás y tienda de campaña. Le empezaba a parecer que el casco pesaba mucho, más que porque así fuera en realidad, porque lo habían estado comentando.

Se llegó a la explanada. La compañía se detuvo cien metros antes de llegar a la línea marcada. Se formó, se alineó; se volvió a formar y se volvió a alinear, quedando, por fin, en su lugar descanso. El casco seguía pesando… La División completaba poco a poco todos sus huecos, formando una masa compacta en forma de rectángulo roto, pues uno de los lados quedaba sin cubrir. Los Regimientos Vierna y Pimentel, en bloque, formaban un lado; Esparza, con el Batallón 250, divisionario, formaba el otro, y el palo grande lo ocupaban los exploradores, Sanidad, Intendencia, Transportes y Antitanques. En el espacio que quedaba libre formó una compañía alemana de honores, al pie de unas improvisadas tribunas.

Desde su puesto, empequeñecido por el número, Donato divisaba a vista de pájaro toda la agrupación. El sol empezó a romper las atosigantes nubes y en la esmeralda de los campos la marea verde de 16 000 soldados parecía moverse también al soplo del viento. Los soldados de Transmisiones, con el carrete de hilo a la espalda, enlazaban los distintos bloques con la tribuna central. Los altavoces empalmaban las piezas musicales y un suave murmullo de multitud impregnaba el ambiente.

Un cornetín dio un punto de atención… «Tarati… ti…». Donato se quedó como un palo. Vagamente escuchó a los oficiales recomendar atención: «No metáis la pata ahora, que viene el general». El cornetín ordenó marcha y todos los bloques, en compacta formación, avanzaron cien pasos. Quedó entonces cerrado el rectángulo. Se redujo la distancia, pero aun así quedaban trescientos metros de cuadro. Mirando a los lados, Donato no veía más que cascos inmóviles.

La tribuna empezó a recoger gente, invitados, llegados de Berlín muchos y alguno de España. Una banda alemana empezó a tocar una marcha de pausados sones. De una esquina del bloque se desprendió una compañía. Eran alemanes. El paso de la oca

lo denunciaba. El movimiento era tan perfecto que resonó un murmullo de admiración. Panero, que estaba junto a Donato, dejó escapar un silbido. Al llegar al otro extremo de la formación, hicieron alto, como un solo hombre. Salió entonces la bandera con su escolta y se colocó al lado de la tribuna. Salió después la bandera española, mientras la música entonaba el himno nacional, colocándose junto a la alemana.

Cesó entonces la banda y ordenaron descanso. Así se estaba más cómodo y los soldados podían desparramar la vista por doquier. El general Muñoz Grandes apareció en la tribuna con su Estado Mayor. Luego, entre la comidilla de los voluntarios, demasiado lejos para apreciar grados, llegó un personaje alemán, rindiendo honores la compañía germana.

Mandaron otra vez firmes y tras un carraspeo de los altavoces un alto oficial español leyó la fórmula del juramento. Donato no podría recordar enteramente lo escuchado, pero sí que se pedía obediencia ciega al Führer alemán en su lucha contra el comunismo. Y gritó: «¡Sí, juro!» cuando lo gritaron todos. Fue un alarido estentóreo. Un enorme silencio cayó después.

Enseguida, en la tribuna, unos instructores alemanes desenvainaron unas espadas y el general y los coroneles extendieron la mano, repitiendo el juramento. Después… Donato habría de conservar toda su vida un confuso rumor de alocuciones, en alemán y español; un eterno fluctuar de las filas, despegándose del bloque como el fuelle de un acordeón, desfilando en una eterna marea que tardó dos horas en terminar; y una retirada a los alojamientos entre canciones enardecidas.

Más tarde, recordando unas palabras del general español: «Lo que un español jura, lo cumple». Donato sintió que envejecía diez años de golpe. Juramento…, fidelidad…, deber. Y al pie de estas tres palabras, otras dos, muy cerca: gloria y muerte. Y él, como todos, para llevar adelante la palabra empeñada, tenía que entregarse a una lucha sin cuartel.

Quizá el juramento fuera un nuevo casco. En la protección y en el peso; Donato empezaba, por lo pronto, a sentir el corazón oprimido. Donato era joven. No tenía aún veinte años. No había prestado nunca un juramento. Y el primero que empeñaba era de muerte. Sabía, por su padre, de esa ceremonia española, sencilla y alegre del patio de un cuartel, donde se besa una bandera cuyos colores han sido siempre representativos, donde se reconoce el humano deber de luchar por la patria.

Pero aquel juramento le parecía diferente. No era ya la patria, entidad física delimitada por las fronteras y acunada en las costumbres y el idioma. Era la intuición, la Idea… Y tenía miedo. Miedo a que las calamidades le ablandaran los huesos, le desengañaran, le hurtaran el contenido mítico de sus ideales; a que la angustia ciega de su voluntad fallara en la coyuntura…

¿Y la muerte? Posiblemente sólo en ella se encontrara descanso, porque sólo estando vivos la cobardía y hasta el perjurio se pueden justificar.

Los hipomóviles

La casi paradisíaca paz que gozaba Carlos Langarica en la 1.ª Batería del 2.º Grupo artillero se rompió el día que llegaron los caballos y los mulos. Si todas las palabrotas que pronunciaron a cuenta de los tales pudieran ser reunidas… ¡Bah! ¡Para qué hablar de lo imposible…!

El desconcierto fue espantoso, epopéyico, digno de ser cantado por el vate más insigne. Fue todo un terremoto de malas artes solípedas alborotando las tranquilas aguas de un lago. Un lago como aquel que había en el centro del campamento, donde se bañaban las muchachas de los servicios auxiliares y algunos divisionarios, por aquello de hacer méritos. Pero aquélla era otra historia.

La real, para Langarica, empezó cuando Radio Macuto —el que nunca se equivocaba, aunque mucho exageraba— dio el notición de que la División no sería motorizada, como había sido la creencia general, sino hipomóvil. Aquello de ser hipomóviles tenía mucha miga; la palabra se prestaba a mucha guasa, sí, señor. Pero cuando las explicaciones de los entendidos concretaron su significado, que era, nada menos, que un panorama caballuno gateando por las cuestas del camino, se arrugaron muchos ombligos.

Un movimiento de pánico acunó las altas y bajas esferas. Creyéndose en la motorización de la unidad se había procurado escoger en la recluta una gran cantidad de conductores y mecánicos. La tracción a sangre significaba un desempleo general o una adaptación a marchas forzadas.

Desgraciadamente —fatalmente, según Langarica—, todo se confirmó. Los varios trenes diarios que descargaban el material empezaron a llenar la base de carros y armones con la clásica lanza de tiro.

La Artillería era la que recibía el palo más gordo. Todas las piezas y afustes serían de arrastre hipomóvil, con su acompañamiento de carros baleros y carros de sección. Lo cual, naturalmente, significaba un número tan fabuloso de caballos que hasta el más flemático perdía la cabeza. Los oficiales y demás mandamases, cabos inclusive, conocían el paño. Pero en Artillería se habían infiltrado muchos recomendados, muchos Langaricas, estudiantes de Derecho, escribientes, cobradores de facturas, etc., que en su vida sólo habían visto el caballo del lechero. Pero aunque hubiera sido sólo uno el infiltrado, el mala pata, éste, se decía Langarica, era él.

Para colmo, los semovientes procedían de requisa, no estaban domados y venían medio muertos de hambre a causa del prolongado viaje. Poner estos animales en manos inexpertas significaba una guerra chica en medio de la guerra grande. Y todo esto, con el tiempo apremiando, pues el general quería abandonar el campo antes de un mes.

Langarica hubo de conocer varios arrestos por su peculiar manera de entender la doma. La culpa la tenía un caballejo serbio, con tanta mala idea en la mirada que

Carlos se sentía insultado en sus más próximos parientes.

—¡De quién serás tú hijo, mamón! —le gritaba, golpeándole en los dientes con el revés del machete.

El caballo, antes de quedarse sin dentadura, le arreó un mordisco que le dejó paralizado un brazo. Aquello fue una declaración de guerra. Para ver a Langarica sacar de la cuadra al semoviente venía gente hasta del campamento Sur.

Carlos, por las noches, soñaba que el caballejo crecía enormemente, se le venía encima, le apresaba entre sus patas y se entretenía babeándole y mordiéndole, mientras un corro de chicas guapas se reían sin compasión. Posiblemente este sueño fuera un reflejo de la realidad. Sucedía que en las escasas horas que tenía tiempo y ánimos para bajar al pueblo, terminado el adiestramiento cotidiano, para gozar de los tremebundos jarros de cerveza de las *brauerei*, era rechazado implacablemente por los propios compañeros.

—¡Quita de aquí, marrano, que hueles a cuadra!

Las camareras, aunque no comprendían, olían. Y se reían, propinándose tremendas palmadas en las nalgazas. Langarica tenía que reconocer la verdad: olía a cuadra desde una legua. Y hasta la misma cerveza a su lado, terminaba por parecer la enorme meada de un caballo enfermo de epizootia.

Hubo, también, de renunciar a las excursiones por los alrededores, donde otros voluntarios aseguraban existían planes de buten, con gachises románticas que se despepitaban por los soldaditos morenos y nerviosos. Todo aquello, desde luego, era puro cuento. Pero no por eso Langarica se sentía menos desgraciado. No podría, cuando volviera a España, contar sus amores con las Erikas, Hildas, Bertas y Elfriedas que reían en bandadas, alegrando las orillas del lago azul y las tardes melancólicas de los heroicos soldados prestos a ofrendar su vida en los campos de batalla.

Toda la culpa era de los caballos. Quizá en el frente, cuando su batería rompiese el fuego y el olor de la pólvora atormentara su garganta, quizá, entonces, recobrara su destino de luchador. Pero estaba seguro que después, apagados los bélicos sonidos, el único, el enorme recuerdo sería para los caballos. Y estaba seguro, también, que cuando le preguntaran sus hijos o nietos por sus hazañas en la guerra, por su unidad de combate, habría de responder, bajando la cabeza, avergonzado:

—Yo, hijos, estuve en hipomóviles.

Tiempo

Era el tiempo. Tiempo para todo y para nada. Tiempo alegre de juventud; tiempo de cantar; tiempo de reír; tiempo de adiestramiento, tiempo de añorar.

—Paulino, ¿qué piensas, hombre? —le preguntaban.

Y no sabía qué responder. Sería un empeño demasiado grande explicar todo lo que sentía. O, posiblemente, demasiado fútil concretar cómo se estaba vaciando su yo interior para dejar paso a un hombre nuevo. Un hombre que estaba aprendiendo un nuevo oficio: el oficio de matar, de aprender el camino más corto para llegar a la muerte, de abreviar el inseguro momento de la emoción paralizante, del miedo acechando cada uno de los movimientos de la mano encargada de arrojar una bomba o de apretar un gatillo.

Tiempo… Un tiempo que volaba y el mismo tiempo que se hacía leve, suave, inmaterial. Un tempo que se hacía distancia, como aquella que le separaba de su patria, de los suyos. Un tiempo que se distendía o se anulaba, como había sucedido al recibir las primeras cartas.

Habían llegado el día 8 de agosto. Hasta entonces sólo ellos, los soldados, mantenían vibrante el hilo del tiempo. Y las cartas habían llegado. Quince días después de la salida de España. Hasta entonces no había podido ser. Podían escribir ellos, llenar tarjetas, misivas largas como novelas; pero no podían esperar contestación hasta que sus señas fueran firmes. Desde entonces lo serían. Aunque las unidades se desplazaran constantemente. Ya no eran hombres civiles, ciudadanos afincados en una urbe de calles larguísimas; eran soldados, tenían una dirección militar, un *feldpost*; un número cabalístico, conjurando el cual la emoción humana vertida a miles de kilómetros les llegaría con toda su intensidad.

El número de su *feldpost* le hizo cavilar. Le sonaba a cosa conocida, amiga: el 8128. Después de unas horas de intensa meditación cayó en la cuenta: el número 8128 era un viejo y amistoso problema; el número 8128 era el quinto y último de los números perfectos descubiertos por el hombre. Un descubrimiento que no valía para nada, desde luego, salvo para justificar a los filósofos de las matemáticas.

Paulino lo era. Sabía que los números tenían su ética, sus reglas, sus excepciones. La perfección de un número no consistía en su moralidad, o en su estética; nacía de la perfecta conjunción de sus divisores. El 8128 era perfecto porque era suma de todos sus divisores, excepto él mismo. Y porque, desde Euclides hasta el año primero de la Segunda Guerra Mundial, los matemáticos sólo habían encontrado cinco números cuya suma de divisores fuera su misma cantidad.

Paulino gustaba mucho de estas cosas. Paulino era un hombre serio, tan serio que por eso mismo hacía reír más a sus camaradas. Como había pasado aquel día, en que, estando en el campo de tiro, ante la obligada postura en que le había colocado el instructor alemán, se le había escapado un viento sonoro que dejara asustado al

germano y asombrado a un teniente de Regulares que también soplaba lo suyo.

Todo iba quedando diluido en el tiempo. Un tiempo que transcurría veloz, aunque a los impacientes se les antojase impasible. La ansiada hora no tardaría en llegar. Los números impasibles de la esfera se sucederían ante sus ojos. Ojos que tenían abiertos para ver y sentir, para captar las enseñanzas de sus prolongados minutos, cada uno de ellos lleno de sugerencias.

Aparte de los ejercicios de tiro, donde, la verdad sea dicha, había tanta aglomeración que sólo se disparaban tres tiros y quedaba listo el asunto, en el pequeño cine del campamento aprendían a desmontar y volver a montar el complicado esqueleto de las ametralladoras, a manejar los teléfonos de campaña y las señales ópticas más urgentes. Fueron también, en una ocasión, a la cámara de gas, para comprobar la eficacia de las respectivas máscaras…

Generalmente, excepto el patear las carreteras a la voz de: «¡Derecha… ar!», «¡izquierda… ar!», «¡media vuelta… va!» —que no costaba nada— las restantes experiencias se aprendían con cuentagotas, una vez, dos a lo sumo… Los oficiales decían… Los jefes decían… Bueno, decían que el genio español de la improvisación bastaba y sobraba para cubrir todas las contingencias; y que un español, después de oler la madera de un máuser, valía tanto como cualquier veterano alemán.

Paulino sabía que aquello no era cierto; que los números y el tiempo tenían una rígida concepción y un sencillo mecanismo de desarrollo donde todo error, insignificante al principio, se va agrandando después, a medida que se va separando el camino divergente. Paulino sabía que aquellas prisas, aquel entusiasmo, aquella fiebre de llegar cuanto antes, se pagarían en sangre y en sufrimientos.

Las clases de teórica, en los grandes desvanes de los pabellones, se invertían, mayormente, en contar chistes verdes, en dormitar por los rincones oscuros, en aprender canciones y grados militares. Algunos veteranos se empeñaban en conocer el mecanismo de las bombas de palo; pero las bombas de mano para la instrucción, nunca mejor dicho, de verdadero palo.

Paulino sabía que el brigada de Material recibía grandes cantidades del mismo, acompañado de hojas impresas con las instrucciones. Pero las prolijas relaciones venían en alemán y el solo intento de traducirlas hubiera empleado más tiempo del que disponían. En el almacén, pues, se iban quedando las pistolas de señales, con sus cartuchos rojos, verdes, blancos…; las sirenas de mano; las destelladotas; las telas y paneles para señales a la aviación; los trípodes para convertir las ametralladoras en antiaéreos; los banderines de señales morse…

Todo era complicado; todo exigía un tiempo que se escapaba desesperadamente por todos los requisitos; un tiempo que todos se empeñaban en acortar, desde el general al simple soldado.

Por ser todo tan complicado, lo era hasta la cocina. Paulino, desde un principio, se sintió atraído por los carros-cocina. Eran unos artilugios parecidos a las antiguas locomotoras tipo «Comet»; lustrosos de betún y grasas, tenían dos ollas, una para el

café o té, y otra para el plato caliente, único, que los alemanes servían al mediodía, dejando para las cenas el rancho en frío. Recibían el calor indirectamente. Un pequeño horno calentaba una masa de glicerina, que servía de baño maría donde se deshacían, al vapor, las viandas. Paulino se explicó de esta manera aquellas espesas sopas alemanas que se podían comer con tenedor. Además, todo muy bien colocado, limpio, nuevo.

Las cocinas, en fin, eran de una simplicidad suma. Por aquella parte no se podía temer. Aunque quizá echaran de menos los voluntarios las fritangas de sus cocinas regionales. Pero los alemanes desconocían las frituras. Aquello se tenía que arreglar. Y se arregló. Surgieron peroles, sartenes, especias, furrieles encargados de suministrar los alimentos escasos en Intendencia.

Paulino demostraba tanta afición a los problemas culinarios, se empeñó de tal modo en demostrar la tabla de calorías, era tan meticuloso con el tiempo necesario de cocción, que fue nombrado furriel. Después de algunas vacilaciones aceptó. En la panza de la cocina pintó su número cabalístico: el 8128.

—¡Hombre, el *feldpost*…! —decían quienes lo veían—. No está mal. Así no lo olvidaremos.

Pero Paulino no pretendía estimular la mala memoria de sus camaradas. Había querido, únicamente, recordar el tiempo real, el tiempo que era despreciado; había querido protestar, mudamente, con la euforia del instante, que es sólo una parte del tiempo, como la cocina era únicamente una parte de la impedimenta y el número una parte del todo. Pero tanto el número como la cocina tenían una rara perfección.

La explicación era un poco complicada. Paulino no intentó siquiera hacerse comprender. La simbología venía a terminar así: número y cocina eran la suma de sus divisores; el número de sus dígitos y polidígitos y la cocina de sus viandas, aglutinadas, deshechas, desleídas, espesadas por el vapor. ¡Ojalá la División empleara el común denominador de su entusiasmo en simplificar su quebrada estructura, su tiempo quebrado, sus horas imperfectas…!

Fil Temperament

La 11.ª Compañía del regimiento era la ciclista. Pero había también ciclistas en el Grupo de Exploración, en las planas mayores del batallón y compañía. Demasiados ciclistas la verdad…

Había, por decirlo así, demasiado de todo. Gervasio Jurado sabía que los artilleros quejábanse de los muchos caballos, los infantes de los muchos carros, los especialistas del mucho material. El caso era quejarse de todo…

Gervasio pertenecía a la 11.ª Compañía y tenía una bicicleta en usufructo. Gervasio había acogido jubilosamente la burra, que decía él. Era la tal una máquina pesada, maciza, indestructible: era alemana, en una palabra. Gervasio se había dejado en España una bicicleta casi nueva, de llantas de madera y guía de carreras. La que ahora poseía tenía llantas de acero, manillar de paseo y pesaba diecisiete kilos.

Pero Gervasio estaba contento. Lo estuvo antes de que empezaran las agujetas, antes de que llegara el material, cuando el teniente Morcillo explicaba en la teórica la misión de las unidades ciclistas. Las guerras modernas, decía, eran guerras de carreteras. La excesiva motorización de las unidades, la enorme cantidad de pertrechos necesaria, la rapidez de la estrategia moderna, etcétera, exigían las carreteras como los niños la teta. Tenía más importancia una autopista que una ciudad, excepto que ésta fuera, naturalmente, nudo de carreteras. Los soldados no motorizados podían suplir en parte su falta de velocidad en los desplazamientos utilizando las bicicletas.

Todo aquello, que estaba muy bien, había alegrado mucho a Gervasio. Y a sus camaradas. Pero a los dos días se comentaba en alta voz que bien podían los alemanes construir bicicletas más ligeras, y que si tal y que si cual…

Pero las verdaderas pegas de la bicicleta como medio locomotriz nacían en las formaciones. Sucedía que las unidades completamente de ciclistas se iban defendiendo, marchando a una velocidad uniforme; pero aquellas mixtas, como las compañías de infantería pura, con sus enlaces ciclistas, tenían grandes apuros. Los montados estropeaban todas las formaciones, tanto si iban a la cabeza de ellas como si se ponían en la cola.

Aquellas pegas, gracias a Dios, se resolvían con buen humor. En realidad, todos resolvían sus pegas de la misma manera: los zapadores, los antitanquistas, los especialistas de Transmisiones; todos tenían una sonrisa a flor de labio cuando un chubasco empantanaba los campos o un cocinero dejaba quemar la sopa.

La última y más consecuente pega de Gervasio fueron las agujetas, amén de unos agudos dolores en el hueso dulce que le obligaban a andar de costado. Por experiencia sabía que las agujetas se curaban practicando mucho, endureciéndose… y tomando mucha glucosa. El dulce lo proporcionaban los potes de miel sintética suministrados por Intendencia. El endurecimiento tenía que venir solo.

Iban corriendo los días. El tiempo se mostraba inseguro. Llovía un día sí y otro no, en el cine del campamento daban una película titulada «Gasparone» que sirvió para improvisar una jacarandosa marcha militar; los artilleros hacían prácticas de tiro, llevando sus armones al galope; se hacían escapatorias a Grafenwör y se cantaba, por las tardes, en las cantinas, a las órdenes de los instructores alemanes que se empeñaban en enseñar a viva voz sus canciones de guerra y paz.

El día 10 de agosto pagaron el plus. Según explicaban los oficiales, en el ejército alemán los soldados cobraban un plus de guerra que era: dos marcos en el frente y uno en retaguardia, aparte del haber, que se entregaba a los familiares y que montaba a dos marcos al día. Cobraron veinte días, veinte marcos como veinte soles.

Considerando que una botella de cerveza venía a costar veinte *pfennig* y una buena comida, en el pueblo, un marco, veinte unidades de la misma moneda significaban un capital. Se podía ir a la cantina, donde había tabaco de pipa, hojas de afeitar, pasta de los dientes, libretas y demás bisutería… Pero el gasto más noble era la cerveza. ¡Aquellos vasazos que no se los saltaba un gitano!

Gervasio sabía que la cerveza únicamente sabía buena tomándola en el pueblo. Allí, si se tenía suerte, hasta se podía pedir merienda: unos enormes trozos de pastel que hablaban muy alto de la repostería germana. Gervasio había oído hablar, a algunos afortunados, de los tales pasteles.

Gervasio aprestó su bicicleta para llegar antes que nadie. Gervasio sabía que estaba prohibido llevarse la burra. Los muchos abusos habían impuesto la medida. Pero siempre había alguna buena razón para una buena pregunta: «Busco al capitán Martínez para entregarle un parte». «Servicio de enlace, sargento…». Y así hasta ciento y la madre.

Iba muy despacio, muy despacio… Sentía un agarrón en las pantorrillas cada vez que necesitaba apretar el pedal. Pero se podía remediar marchando piano y apeándose en las cuestas. Iría a Wilsek, despacio, dejando atrás el lago, las ruidosas avenidas del campamento, buscando la soleada quietud de los caminos.

Ellas, las chicas, venían en dirección contraria, también en bicicleta. Las vio desde lejos. Y se dio cuenta enseguida que eran jovencitas y que iban en pantaloncitos y con una leve blusa agitada por el viento. Muy pronto pudo ampliar detalles. Había una, rubia, esbelta, de ojos cerúleos, que estaba estupenda. La melena iba suelta, flotante, sobre unos hombros redondos y suaves, adivinados perfectamente bajo una blusita a rayas blancas y azules. No era preciso pasarse de listo para saber que las líneas eran auténticamente puras y que no llevaba ropa interior ninguna. De las otras, dos más, apenas se dio cuenta; reían y charlaban mientras avanzaban y al llegar frente al español se detuvieron.

Gervasio, no faltaba más, también se paró, puso los ojos tiernos y se enderezó el gorro. Pero Gervasio sabía muy pocas palabras alemanas y las que sabía, creía, no eran recomendables para saludar a unas chicas. Se calló, pues, hasta que ellas se animaron. Comenzaron a chillar como gorriones, riéndose y señalándose. Gervasio,

por si le preguntaban cuál era la más guapa, o la que prefería, señaló a la rubita.

Hubo una explosión de carcajadas. La muchacha se acercó peligrosamente. Por el escote de la blusa, Gervasio divisaba el nacimiento y algo más del nacimiento del pecho.

—*¿Name…? ¿Name…?* —insistió la chica.

Gervasio cayó en la cuenta de que le estaban preguntando cómo se llamaba. Pero Gervasio le parecía un nombre muy feo y respondió:

—Manolo.

La muchacha dio a entender que se llamaba «Qual», cosa que hizo reír mucho a las otras. Pero daba igual. Gervasio, para entretener el tiempo hasta recobrar el equilibrio, se señaló el escudo de la manga.

—Español…

—*Ja… Ja… Spanien, gut junge Mann…*

Y así muchas cosas, hasta que las otras se impacientaron, al parecer. Entonces ella le indicó que iban en dirección contraria, cosa que ya sabía, pues tenía ojos en la cara.

—*Das Bad…*

No entendía… Luego, escuchando una palabra: «*See*», que sabía era lago, pudo darse por enterado que iban a bañarse. Lo confirmó practicando los oportunos gestos natatorios.

—*Ja… Ja…!*

—Me voy con vosotras —dijo, dando la vuelta.

Las alemanitas aprobaron con todo alborozo. Formaron de cuatro en fondo. Partieron raudos, risueños; Gervasio, además, con el corazón henchido de dulces presagios.

Apenas pasados cien metros, el primer aviso; un tirón en el muslo que le obligó a una mala maniobra, causa primigenia de un batacazo general. Se sobrellevó el accidente con filosofía de la buena y volvieron a la carretera. Pero con precauciones. Por lo pronto, las chicas no quisieron volver a la formación. Empezaron a pedalear de firme y empezó Gervasio a quedarse retrasado.

Cerrados los dientes, aguantando los dolores a punto de reventar en alaridos, Gervasio conservó las distancias durante unos minutos. Después se dejó caer en la cuneta, con las lágrimas a punta de pestaña…

—Manolo… *kommen…!*

Le llamaban. Se levantó. Aparejó la burra. Cien metros más y nueva costalada. Las mujeres le adelantaban con suma facilidad y cuando intentaba recuperar lo perdido, los dolores le agarrotaban las piernas y tenía que frenar aunque no quisiera.

Le esperaban. A la tercera o cuarta vez las niñas dieron muestras fehacientes de impaciencia. Qual intentaba defenderle, pero Gervasio notaba que el escepticismo empezaba a ganarla. El quinto abandono fue coreado con risas.

—*Spanien*… —carcajada— *nicht Feuer*… —carcajada—; *Spanien*… —carcajada— *nicht gut*…

Intentó explicarles lo que le pasaba. Pero las piernas le temblaban tanto que tenía que sentarse. Y volvían las risas.

—*Spanien… Kaputt!*

Hasta Qual frunció el hocico. Gervasio no pudo más y reventó por donde pudo.

—¡Españoles… mucho de esto y mucho de… lo otro! ¿Qué os creéis vosotras?

El estallido le dio un calor interior que le permitió levantar la bicicleta por encima de la cabeza y arrojarla contra un árbol. No le bastó, y empezó a saltar encima, gritando como un loco, hasta dejarla hecha un churro. Las *froilan*, asombradas, abrían dos palmos de boca.

Cuando hubo terminado, Gervasio, muy severo, señaló a su víctima:

—*Machina… nitch gut!* —dijo muy digno.

Ellas entendieron, pero el susto lo tenían dentro. Qual murmuró, alejándose unos pasos:

—*Spanien… fil Temperament!*

Y se marcharon, dejándole solo. Hubo de cargar con la bicicleta y volver al campamento, donde necesitó prolijas explicaciones para convencer al teniente de semana que había sido un accidente. Aun así, pasó arrestado a la guardia de prevención, por haberla utilizado sin permiso.

Arrestado también estaba Darío Gomella, un andaluz muy aficionado a las faldas. Terminaba de contar su aventura de la noche anterior.

—Y ella me dijo que tenía *fil temperament*…

«Otra bicicleta rota —pensó Gervasio—. Un asco. La vida era un asco; las mujeres, unas tontas perdidas, y las bicicletas… ¡Ah, las bicicletas…!».

—¿También tú tenías agujetas? —preguntó, por preguntar algo.

—¿Qué dice este hombre…?

—Nada, hombre, nada; que yo tampoco podía con la bicicleta…

—¿Qué bicicleta?

—¡Qué bicicleta va a ser! ¡La que todos tenemos!

Darío se le acercó hasta tocar con la punta de la nariz.

—Mi bicicleta está perfectamente. No le pasa nada, para que te enteres, que yo soy perro viejo en la materia. Si tú eres tonto, allá tú. ¿Te enteras?

—Sí —respondió Gervasio, suspirando.

Y volvió a suspirar. No podía hacer otra cosa.

Cantinas

Las cantinas eran lugares de reunión, refugio, descanso; ágoras de libre discusión, mercadillos de variado cambalache y templo de resonancia de canciones no siempre edificantes. Había muchas; general del campamento y en los comedores de tropa. En las horas libres, que no eran muchas, los voluntarios se reunían allí, excepto los que buscaban los alicientes extraoficiales, que sólo podían hallar fuera del campamento. Los tales alicientes eran las sonrisas bobas de algunas camareras y el placer de burlar a la vigilancia.

Jacinto Casañas sabía bien lo que era una vigilancia. Desde su llegada al campamento, y pronto se iba a cumplir un mes, no había hecho otra cosa que vigilar. Casañas había cruzado la frontera como guardia civil, y ahora se encontraba convertido en un imponente *Feldgendarm*, siempre con el casco atornillado en la cabeza, con la imponente gola colgándole del pescuezo como si fuera un escudo.

Empezaba a gustarle el empleo. Por lo pronto, le habían convertido en un importante personaje, un *Unteroffizier*, que en el ejército alemán tenía mucha más importancia que su equivalente en España: el sargento. Un suboficial alemán tenía una verdadera vara de mando en la *Wehrmacht*. Descargaban muchas de las ocupaciones que en otros ejércitos tenían los oficiales y eran, en realidad, los auténticos representantes del soldado germano.

Casañas sabía, porque se lo había dicho persona bien enterada, que en Alemania era más fácil ser nombrado Teniente Coronel que *Unteroffizier*. Un ingeniero movilizado podía ser un alto oficial inmediatamente; y quien dice un ingeniero, un magistrado o un fabricante. Pero llegar a suboficial estaba reservado a los veteranos, a los sensatos, a los curtidos en la vida militar. Un suboficial era la genuina representación del Ejército Alemán. Podía fallar un Estado Mayor, pero nunca un *Unteroffizier*. Esto que en otras latitudes hubiera suscitado un mundillo de pleitos y murmuraciones, era aceptado con la mayor naturalidad, con la mayor familiaridad del mundo. Tanto era así, que los suboficiales eran llamados madres; madre de la Compañía, del Batallón, del Regimiento…

Jacinto Casañas no se sentía, precisamente, madre de nadie. Además, por proceder de donde procedía, le habían asignado una misión algo diferente. Lo curioso era que decían que una vez en el frente continuaría lo mismo: vigilando las entradas de los campamentos o Cuarteles Generales, exigiendo el pase o permiso a los soldados, dirigiendo la circulación en la bifurcación, custodiando indeseables y vigilando estaciones.

Todo esto estaba haciendo ahora. El trabajo resultaba un encarguito de cuidado. ¿Quién se mostraba severo con muchachos que muy pronto estarían dando el Callo en el frente? ¿Cómo enfadarse con un pintoresco borracho empeñado en cantar Ana María en horas de templanza? Era necesaria mucha cordura, mucha miopía, mucha

diplomacia. «No comprometáis, muchachos. Tenéis que haceros cargo. La vigilancia alemana está por ahí y me vais a buscar un bollo…».

La vigilancia interior también tenía sus inconvenientes. Pero mitigados por el hecho de tener casi siempre cerca un oficial, a quien llamar en caso de apuro. Las cantinas, por ejemplo, por aquel entonces, cuando ya se rumoreaba que estaban preparando los trenes que habrían de trasladarlos al frente, eran los micrófonos permanentes de Radio Macuto.

En las cantinas, dejando caer la tarde entre cascadas de dorada cerveza y canciones sentimentales, se podría uno enterar de cuanto ocurría en el campamento, desde los caballos muertos en las cuadras hasta los blancos obtenidos por la artillería en los polígonos, pasando por las calaveradas de algunos voluntarios. Hasta el menor incidente era saboreado, hasta la pequeña amargura del incidente era compartida, como al desgracia acaecida poco antes en el 2.º Batallón de Esparza, donde un chaval había tirado una bomba de mano como el que tira un hueso de melocotón, resultando herido grave un teniente, del cual se decía que habría de volver a España. Mala Suerte, sencillamente.

Las reuniones, corrientemente, empezaban en las cantinas a las siete de la tarde, después de la cena. Se podía beber cerveza y un vino amarillo que decían del Rin. Los oficiales tenían unas salas y la tropa otras; pero, corrientemente, estaban mezclados. Los españoles tenían una forma turbulenta de divertirse a gritos, pero las cantineras decían que eran buenos muchachos y, sobre todo, muy generosos. ¡Ya lo creo que eran generosos! Las cantineras sólo se fijaban en los marcos que derrochaban; pero la auténtica generosidad de aquellos hombres consistía en su sangre, sangre ardiente, turbulenta, que estaban dispuestos a derramar de la misma manera que gastaban el dinero.

Tenía que vigilar Casañas, el *Unteroffizier* Casañas, de la *Feldgendarmerie*, que se distribuyera equitativamente la cerveza, que empezaba a escasear, dado el desaforado consumo que se hacía. En aquellos días sólo se despachaba una hora después de la comida y dos después de la cena. Y había colas. A las diez de la noche tenían que estar cerradas las cantinas. Su misión era presentarse media hora antes. Su sola presencia, con la gola reluciendo sobre el paño verde, indicaba que era llegada la hora de terminar aquellos gratos instantes.

Algunas veces, la verdad, le dolía tener que hacerlo. Pero su colega alemán era insobornable. Pero aquello que no podía saborear llevando la placa sobre el pecho lo gustaba en los días libres. Podía entonces sentarse en una mesa cualquiera, después de agenciarse en el mostrador un jarro de cerveza; podía escoger sus ocasionales compañeros de mesa, bien entre los tremendos sevillanos de la 14.ª de Esparza o los tranquilos catalanes del 2.º de Vierna.

—¡Hola, muchachos!

—¡Hola, sargento!

Ya estaba todo. A cantar: «Aaana Mari ¡Qué valiente soy! / A la guerra voy. /

Cuando estoy lejos de ti / siempre pienso en ti / Ana Mari… / por que te quiero a ti / Ana Maríií…».

Los alemanes habían suministrado un magnífico acordeón por compañía; pero había pocos que supieran utilizarlo. Los alemanes también habían traído al campamento su canción favorita, aquella de «Lili Marlén»; pero no había salido todavía el traductor que vertiese la cuita de la alemanita despidiéndose de su amor y no acababa de encajar. Todo se iba arreglando. Todo se cantaba, mientras los días de agosto, aquel agosto de 1941, iban pasando lentamente.

El día 20 un único rumor ocupaba todas las cantinas. Se partía al día siguiente. Las camareras tenían las caras largas como cirios y los españoles abiertas las sonrisas de oreja a oreja. ¡Por fin! Los jefes y oficiales se reunían en una de las cantinas para celebrar con una cena la despedida. Los soldados no podían cenar en gran gala. Pero sí podían celebrarlo a su modo, entre cantares, entre sueños de gloria y propósitos de llegar hasta donde llegara el mejor.

Aquella noche no hubo vigilancia. Las cantinas estuvieron abiertas hasta las dos de la mañana. Y las canciones mejores brotaron ininterrumpidamente, llenando de ecos nostálgicos los viejos rincones bávaros del campamento. Terminaban los días del duro aprendizaje, el aporreo de domar caballos, de arrastrar los antitanques por la plazuelas, de inventariar material, de registrarse la sangre en grupos afines, de llenar *personalausweis*, de marchar fingidamente por los campos en busca del táctico enemigo…

Una singladura cumplida, un nuevo obstáculo eliminado. Es preciso correr… ¡Sí, un momento, camarada alemán, elevaré contigo mi jarro, y gritaré esa palabra tuya que entiendo sin entender! *¡Prosen!*

Es Europa llamando a sus mejores. ¡Ya vamos! ¡Enseguida estaremos listos! «¡Con el cuerpo y con el alma, con las armas en la mano!». «¡Mañana! Ana Mari… / Por Europa lucharé, / y la defenderé / hasta morir. / Ana Marí. / Y a tu lado volveré, / porque siempre pensaré / en ti, / Aaana Maríií…».

—¡Otro brindis, camarada! ¡Por tu guerra, en tu cuartel, con tu cerveza!

—*¡Prosen!*

Soldados al frente

21 de agosto

A la unidad de Bartolomé Moreno le correspondía montar la vigilancia. Era la 4.ª del dos-seis-tres y tenía montadas las ametralladoras, máquinas que se decía, para abreviar. Unas máquinas que iban dispuestas de modo que pudieran servir para fuego de protección en tierra y en el aire, colocándolas para lo último en su trípode portátil.

En el larguísimo tren de embarque había tres plataformas defensivas contra aeronaves: cabeza, centro y cola del convoy. Con ello se pretendía defender al personal y al material que viajaba y que podía ser atacado con todas las de la ley, pues eran ya soldados camino del frente. Moreno, sentado en su sillín, estaba pensando en ello. Sabía lo importante de su misión. Casi sentía que no hubiese un avión enemigo a la vista para poder demostrar la absoluta coordinación alcanzada en los entrenamientos en el manejo del complicado armatoste. Pero… mejor estaban las cosas como estaban.

Las operaciones de embarque se habían realizado en la estación de Weiden, cerca del campamento. Otras unidades habían utilizado otros, simultáneamente, previa una marcha de acercamiento.

La operación de embarcar tanto material como llevaban había sido laboriosa y plagada de incidentes. Cada compañía necesitaba un convoy para ella sola, para sus carros y caballos, para sus motos, para sus coches y para su personal. Los vagones para la tropa eran de ganado, y con ganado tenían que compartir los ignorados días que durara el traslado. Medio vagón lo ocupaban ocho caballos y dos carreros y en la otra mitad iban colocados quince hombres con su equipo.

Aquellos vagones iban muy bien preparados. La parte destinada a la tropa llevaba unos bancos de quita y pon que con las cajas de herramientas de las unidades se arreglaban enseguida; tenían percheros y cajetines numerados donde dejar las armas y montones de paja que los soldados se apresuraban a hurtar de las pacas destinadas al ganado, no para comer ellos, como alguno insinuaba, sino para que sirviera de colchón.

La carga se hacía simultáneamente, extendido el tren a lo largo de un apeadero. Había pasarelas y tacos de madera para facilitar las operaciones, algunas pesadas, como llevar los camiones, que iban cargados, o como empujar a los caballos rebeldes. Los instructores alemanes se veían desbordados muchas veces, acostumbrados a un ritmo más lento en todas sus cosas. Bartolomé Moreno estaba seguro que los alemanes suspirarían por todo lo alto cuando les perdieran de vista.

Pero el caso es que todo estaba hecho. Desde su plataforma, Moreno podía divisar todo el convoy. En cabeza iba el material, en grandes plataformas de paredes laterales

muy bajas; en el centro, el ganado, y en cola los vagones de personal sobrante. Había también un coche de primera para los jefazos y un furgón para los ferroviarios, que estarían con ellos todo el tiempo del viaje. La cocina iba en un vagón sin techo, y era la mar de curioso ver salir humo de aquel embudo. Finalmente, en la cola, iba la pieza donde el pelotón de Bartolomé Moreno montaba guardia.

Ya estaban todos los soldados en sus respectivos vagones; ya estaban amarrados en sus bateas los carromatos; ya estaba embarcada la última paca de heno. Eran las cinco de la tarde del 21 de agosto. Desde su puesto, moreno aventaba la emoción del instante. Los ferroviarios recorrían los andenes. Un oficial pasó recogiendo a los centinelas. Luego… otro, que había de haber olvidado un recado para el retrete y que volvió al minuto escaso con los pantalones desabrochados. ¡¡Paf…!! ¡Píií! ¡Chaufchaufcuaf…! ¡Píií…!

Los instructores alemanes y algunos intérpretes quedaban en el andén, empequeñecidos, firmes; uno de ellos con las últimas cartas escritas ya con un pie en la guerra. En los vagones, los voluntarios cantaban: «Adiós, Grafenwör, Grafenwör de mi querer, mi querer / Adiós, Grafenwör, cuándo te volveré a ver…».

Fue un momento enorme. Casi tan grande como la salida de España. Ahora eran soldados; el casco les pesaba en las sienes y bajo sus pies sentían vibrar las ruedas que irían acortando las distancias: «¡Acortar distancias… ar!». Grito de combate, grito de ansiedad, grito de juventud que tiene prisa por morir.

Moreno sentía un peso enorme en la boca del estómago. El aire le castigaba en plena cara y le traía el quejido herrumbroso del material lamentándose de sus amarras. Despacio, muy despacio, como correspondía a tren lleno de pertrechos; seguro, muy seguro, como era justo lo estuviera un tren de soldados, el convoy iba reptando por las cuestas, atravesando el follaje, silbando en los llanos…

Moreno estaba contento. Sabía que él formaba parte de todo aquello, que él también tenía su misión en la orquesta tremenda de la guerra, en la disonancia de los viejos materiales. Moreno, allá en España, había sido músico en una orquesta de sala de fiesta; sabía que estaba en la patria de la música y sabía que cerca de Grafenwör había una ciudad llamada Bayreuth, donde un teatro a la memoria de Wagner tenía una fuerza de símbolo. Moreno no había podido desplazarse. Pero no le importaba gran cosa. Por lo menos no le importó hasta entonces. Estaban en guerra. La guerra era una necesidad imperiosa. Todo lo demás podía esperar. Hasta Bayreuth con su coliseo wagneriano.

Sólo entonces, mientras el tren arreciaba su seguro caminar, cuando las sombras de la noche iban sumergiendo los taludes en la masa gris de la oscuridad sin fronteras, empezaba a enterarse de que la guerra no tenía en sus pensamientos tanta importancia como había llegado a suponer. Todo lo que iba quedando atrás le estaba doliendo en el corazón. Un gigante asqueroso y brutal le estaba hurgando en el pecho, arrancándole la carne, los recuerdos, las promesas olvidadas. Hasta entonces no se había dado cuenta de que podía perder todo cuanto había significado algo para él y

para cuantos significaban algo en su vida. Hasta entonces no se había enterado de la completa anulación a que se acababa de entregar. Podía haberse vuelto atrás, renunciar, volver a la patria… Y desde aquel instante —quizá fuera antes, cuando el juramento le había maniatado, aunque sólo entonces se daba cuenta de lo irremediable de su destino— se enteraba de que el tren no volvería a Grafenwör, a Francia, a España. Y que estaba atado a su pieza con la misma seguridad de los carromatos calzados en las plataformas.

Cada minuto que robase al sueño, a los pensamientos de guerra, a las ansias de llegar, servirían para recordarle lo que iba dejando por los rieles paralelos, para despedirse de una civilización que era la suya, para abrir el pecho a las sensaciones cuyo sólo recuerdo sería, después, una ofensa a sus tareas de guerra.

Sin saber por qué, como un bobo, Bartolomé Moreno apoyó la cabeza en la culata de la ametralladora y comenzó a llorar.

Otros muchos convoyes como aquél, uno delante, otros detrás o por vías paralelas, seguían la misma ruta. 18 000 hombres, con sus armas y pertrechos, se apiñaban en sus vagones.

Últimas fronteras

Lorenzo Barracuda, de la 1.ª de Cañones, iba apuntando en su diario el nombre de las estaciones. Lorenzo ocupaba, con toda su batería, un vagón. Los cañones iban aparte, en las bateas, no faltaría más. Bueno hubiera sido que hubiesen ido en los vagones, como los caballos.

Había transcurrido la noche sin novedad. Y sin luz, pues estaba completamente prohibido, aunque para arreglar las yacijas encendían por unos instantes aquellas velas tan raras que les habían dado.

El último poblado anotado antes de acostarse había sido… ¡Hum! ¡Caramba…! No se entendía; había una w, dos ch y una t… Las prisas, Señor. En lo sucesivo tendría más cuidado. Sin embargo, tenía bien anotada la población donde habían amanecido y desayunado: Chemnitz.

Habían, también, desalojado el vientre, pues los dichosos vagones no tenían agujeros y si bien las aguas menores podían evacuarse por las portezuelas, las otras no había manera, ni aunque le sujetaran a uno media docena de brazos. Barracuda dudó antes de estampar aquellos problemas fisiológicos, o escatológicos, que decía Miranda, en su recordatorio; al cabo, se abstuvo. No eran cosas para ser contadas. Y máxime cuando se habrían de repetir y perder novedad. Ya se irían arreglando.

Después de Chemnitz el tren se fue tragando uno tras otro un montón de pequeños pueblos. Había pocas paradas. Los trenes funcionaban bien, maravillosamente bien.

El conglomerado de voluntarios tomaba las cosas con resignación. Recortados en la paja hurtada a las caballerías se mostraba poca curiosidad por ver lo que pasaba a ambos lados de la vía. No faltaban barajas. ¿De dónde diablos saldrían las barajas? La Intendencia no las suministraba, desde luego. Pero cada voluntario se debía de haber traído un paquete. ¡Claro, habían pasado por Vitoria!

Mariendorf, una gran ciudad, o así lo parecía. Tejados alemanes, pizarra y buhardillas asomándose al espacio. Tiranía de los ferroviarios. Un río, una pradera y unos hangares al final; en el horizonte, otra ciudad extendida a lo largo de unas crestas, todo siluetas.

—¡Un campo de aviación, muchachos! —gritó Lahoz, atrayéndose medio vagón.

Sí, parecía un campo de aviación. Un poco después, volando muy bajo, apareció un «Junker». Todos conocían la vieja estampa del «Junker», caballero, en verdad, en la Guerra Civil. Volaba muy bajo y antes de que tomara tierra, el tren estaba muy lejos para apreciar detalles.

Primera comida en Elstewerda. Parada y fonda. Vuelta a empezar. De cuando en cuando, trenes corrientes que se adelantaban. Calor en el vagón.

—Dime, Barracuda, ¿dónde vamos? —preguntó Mundate.

—Al frente.

—Ya lo sé, hombre. Quería decir que por dónde.

—Oí decir al teniente que pasaríamos por Berlín y por el pasillo de Dánzig.

—¡Caramba! Eso es…

—Por allá arriba —contestó de cualquier manera, pues no sabía hacerlo mejor.

El solo nombre de Berlín atrajo a muchos camaradas a las portezuelas. Había unas barras de seguridad, pero podían sentarse en el suelo, dejando los pies colgando; otros podían colocarse detrás, en segunda fila, utilizando los bancos. Nadie sabía cuándo se llegaría a la capital. Ni siquiera si se entraría allí, para una última despedida, como soñaban algunos, no satisfechos todavía con lo pasado.

—No seas primo —hubo de decir a Manuel Benito, que ya se veía desfilando bajo la puerta de Brandeburgo—. Todo eso ya se acabó. Ya lo verás. Ahora, el chopo y el tubo…

Se notaba que Alemania también tenía regiones que se diferenciaban entre sí, como las españolas. Aquélla por la que pasaban difería, fijándose bien, de la amada Baviera. Las casas estilizaban sus líneas y lo que perdían a lo ancho lo ganaban en lo alto; los tejados disminuían la altura de sus buhardillas y se coloreaban de rojo y verde manzana. Las iglesias perdían sus románticas ojivas y las catedrales la gótica encajería de sus agujas, volviéndose más… protestantes, ésa era la palabra: protestantes. Era Prusia.

Aumentaba el tráfico y las paradas eran más frecuentes. Pero poco se ganaba con ello, pues el tren se detenía en apartaderos lejos de los andenes centrales, donde nada se veía y por nadie eran vistos. Más edificaciones, autopistas, canales con esclusas y barcazas panzudas en sus barrosas aguas. Una ligera niebla a media altura. Grandes bloques de viviendas de un modernismo subido. Siglas y números en los apeaderos.

—Chicos, esto debe de ser Berlín.

Hubo una profunda decepción. Otro apartadero. Detención prolongada. Nada se veía. Orden de aguada para los caballos. Otra vez en marcha. Un río o el canal de antes, con las mismas barcazas. Más niebla. Muchas bicicletas. Muchachas vestidas con pantalones, entrevistas o adivinadas, pues la vía discurría por un talud elevado.

—¡Precioso! ¡Es precioso este Berlín! —dijo alguien, expresando irónicamente el desengaño general.

Nada de marchar a desfilar por la Puerta de Brandeburgo; nada de charangas: rancho en frío y agua para los caballos. Se estaba rodeando la ciudad. Eran unos de tantos de los muchos soldados que congestionaban el tráfico camino del frente.

Poco después anocheció. Calor, desgana…

—A dormir, muchachos.

Amaneció lívidamente, sin reflejos verdes por los resquicios de la madera. Barracuda se asomó a la puerta. Estaban llegando a una ciudad. Pero el tren no se detuvo. Atronando los andenes continuó marchando hacia el Este. Creyó distinguir unos gráficos que no eran alemanes, pero no estaba seguro. Algo, desde luego, estaba cambiando. Por fin, el tren se detuvo en un apartadero. La turuta llamó a formación y

repartieron el café.

Aquella ciudad era Lastwitz para los alemanes; Laskowitz para los polacos. Unos y otros habían mantenido derechos sobre ella. Y el resultado había sido la guerra. Aquello era el pasillo de Dánzig.

Barracuda hizo el descubrimiento a sus camaradas, pero no le hicieron caso. Únicamente Tovas Sambat le escuchó en silencio, abriendo los ojos. Después, cuando el tren reanudó la marcha se colocó a su lado para hablar de todas aquellas cosas importantes que eran las fronteras, los pasillos, las nacionalidades, las ramas étnicas desgajadas del tronco materno, heridas supurando en la piel de la Tierra.

Un gran río. Barracuda le estaba esperando: el Vístula. Y una ciudad al otro lado: Graudenz, castro fortificado de la vieja frontera que debió de ser el río desde los tiempos antiguos…

Recordando aquellas cosas se fue pasando el tiempo, lo mismo que se pasaban las fronteras. Paradas largas. El segundo día en el tren amenazaba transcurrir igual que el primero. Y con el tercero sucedería igual. Se hubiera deseado tener una capacidad enorme de retentiva para ir acumulando en la memoria aquellos paisajes, aquellos nombres, aquella historia; pero eran simplemente soldados. Muchas veces el atractivo de una timba vencía a la raíz del tiempo, a la coyuntura histórica.

Era humano que sucediera. Como soldados, sólo el partir o el llegar tenía importancia. Las estaciones intermedias se perdían inevitablemente, aunque estuvieran rotuladas con nombres cargados de sangre e historia, como aquella de Olsteburgo, como aquella de Straburg. Entre la tremenda incógnita de la llegada y el estirón de la partida, el suave futuro no tenía importancia, no tenía importancia…

El día 24 de agosto amaneció, decididamente, polaco. Estaban en Polonia, no había duda. Otra frontera atravesada. Todavía tendrían que cruzar otra: la convencional entre la Polonia alemana y la Polonia rusa, desde la cual había partido la ofensiva alemana.

A las ocho de la mañana en Augustow Port; a las nueve en Kamienna Nova. Pocas ganas de cantar. El que más y el que menos sentía un profundo respeto por Polonia la mártir, la insensata, la desgraciada, la católica. Recordaban su fulminante derrota meses antes, o años quizá, la que, sin embargo, no había manchado su nombre. ¡Aquella Caballería arremetiendo contra los tanques!

Los polacos parecían, y eran en realidad, gentes de otra raza. Barracuda recordó que eran católicos y todos se alegraron, sin saber bien por qué y de qué. El tren atravesaba vastas llanuras, bosques de pinabetos y ríos de fangosas riberas. Cabañas de paja asomaban por el horizonte, eran rebasadas enseguida y enseguida volvían otras a ocupar su lugar.

A las tres de la tarde se llegó a una ciudad grande. Ocurría que todas las ciudades alemanas parecían grandes, hasta que quedaba demostrado lo contrario; con las polacas sucedía al revés. Lo que llamó la atención de los artilleros fueron las destrucciones. Por primera vez veían las tremendas huellas de la guerra. Un puente

destrozado, la estación bombardeada y recompuesta, las casas quemadas, los gestos huraños de los vencidos…

En aquella ciudad vencida hubo sorpresa. Ordenaron formar y descarga general. Barracuda preguntó el nombre del burgo y no le hicieron caso. Al cabo se enteró: era Grodno.

Allí vieron también los primeros prisioneros. Ayudaron a desembarcar las piezas. Se trabajó de firme, sin tiempo para preguntas u observaciones. Urgía dejar libre el apeadero para otras unidades. Vino después el atalaje de los caballos, el arrastre de las piezas hasta unos grandes edificios, pasando por una carretera con casas destruidas al costado. Pasaban entre la indiferencia de los paisanos, algunos de los cuales llevaban una extraña marca amarilla en la espalda.

—Son judíos —le dijo Tovas.

¿Judíos? ¡Caramba! Habría luego de saber que los alemanes les colocaban aquella señal infamante.

Se hizo de noche preparando el alojamiento. A Barracuda le tocó la primera guardia. Puesto a las nueve y a las cinco de la mañana. E instrucciones severas. Tiro limpio al que se acercara. Estaban en terreno ocupado.

De aquella noche habría de conservar siempre un recuerdo imborrable, aunque otras, posteriores, hubiesen de estar más cargadas de acontecimientos. Había hostilidad en el ambiente. Y una tristeza que no se podía definir. Quizá, con la llegada del día, desapareciera todo aquello, quizá… Pero aquélla era la primera guardia de guerra, aguzando el oído, paralizando la respiración… ¡Aquellos tiros! ¿Quién disparaba en la noche polaca?

El eco de aquellos disparos tenía desgarraduras atroces, pesimistas. ¿Quién estaba muriendo en Grodno aquel amanecer?

Polonia

La 7.ª del dos-seis-nueve desembarcó en Suwalki el día 26 de agosto. Todos respiraron de contento. Ricardo Coronel suspiró como el que más. Cuatro días de tren, impacientes como estaban, eran suficientes para cansar a cualquiera. Bien estaba el descansar unos días.

Pero Ricardo, al igual que sus camaradas, se habría de llevar una profunda sorpresa. Habían creído en un descanso oportuno. Pero el capitán les dijo, en la formación, que allí se acababa lo bueno. Y entonces, Ramón Castilla, un empollón, había dicho: «Mi capitán… ¡Pero si estamos en Polonia! ¡En la frontera ruso-alemana!». «¡Ya lo sé!», dijera el capitán. «¿Pues entonces…?», insistiera el otro. «Estamos muy lejos del frente», «Ya lo creo; casi mil kilómetros», dijera con zumba el oficial. «No lo entiendo». «Pues está claro. Desde aquí iremos a pata». «¡No!». «¡Sí!». Y después de un instante de desconcierto el capi había aclarado: «Iremos andando. Los alemanes dicen que hemos pasado poco tiempo en el campamento y que por el camino nos entrenaremos». Y él, Ricardo, había dicho: «Así, llegaremos con la guerra acabada». Y el teniente Valgoma respondió: «Y que, según dicen, los alemanes están cerca de Moscú…».

Bueno, la caraba era todo aquello. Pero como donde mandaba general no mandaba soldado, a callar y a obedecer. Y a procurar adaptarse a las circunstancias.

Aquel mismo día quedó completo el batallón, alojándose todos en las barracas de un campo de aviación. El 1.ª tuvo que ir a un pueblo llamado Krasnopol y el 3.º no había llegado todavía. Los alojamientos estaban bastante bien. Literas de madera y todo eso, agua tirando de bomba, alambradas, mucho bosque. Y unas barracas, algo separadas, que albergaban prisioneros de guerra.

Todo el día estuvieron ocupados arreglando las barracas, que estaban muy sucias. Nadie sabía el tiempo que se estaría allí; unos decían que una semana y otros que dos días. Por la tarde dejaron salir. Sólo había un local, reservado a los soldados, donde se podía beber cerveza. Ricardo, con Albarrán, Núñez y Abreu agotaron un par de jarros en compañía de un cabo, chófer de uno de los oficiales aposentadores, que llevaba ocho días allí y estaba ambientado. El fulano les dio dentera hablándoles de las mujeres que, según él, tragaban de lo lindo.

Tres días permanecieron allí. Poco a poco se iban aclarando las cosas. Evidentemente, se preparaba una marcha. Ricardo tenía miedo de que les hicieran andar cargados con el equipo; pero el alférez Romero Moza dijo que las mochilas grandes y la manta irían en los carros de compañía, llevándose encima las armas y su dotación —escasamente cinco cargadores—, la careta, la lona —con sus clavos y palitroques—, la bolsa pequeña y el casco. Aconsejó el alférez que se repasaran las botas, pues la marcha sería dura y una simple rozadura se podía convertir en una llaga dolorosísima. No hicieron mucho caso.

Se pasaba bien en Suwalki. No apetecía gran cosa salir del campamento, donde se podía estar en mangas de camisa, cortando leña por el solo placer de manejar el hacha. Aquello de cortar leña, que para Ricardo y sus camaradas constituía una novedad, parecía ser allí una obligación. Se veían acá y acullá grandes pilas de estacas, trozos de pino y abeto amontonados de cara al invierno. Los prisioneros no hacían otra cosa que cortar leña. Los inviernos debían ser muy rigurosos en aquella región. Los divisionarios contemplaban los montones de maderos como si pertenecieran a un mundo aparte. Preferían bañarse en las aguas de un lago que había en las cercanías.

Descubrieron, también, el placer de ir por las casas comprando huevos, mantequilla —a la que se habían acostumbrado todos por las muchas aplicaciones que tenía—, leche, quesos y un pan negro, enorme, como la rueda de un carro, que se podía adquirir por poco dinero. Aquello era Jauja. Ricardo no sabía la razón, pero el caso era que diesen de comer en la cocina lo que diesen, siempre tenía hambre. El descubrimiento del estómago es cosa de soldados.

El día 29 se formó para marchar por compañías y secciones, el capitán delante, a caballo, y después los enlaces ciclistas, precediendo a los infantes, de cuatro en fondo. Ricardo cuidaba del carricoche donde iba el mortero y parte de la munición de la sección; los carros marchaban detrás, entre maldiciones y denuestos.

Se bordeó la línea férrea y pronto entraron en una carretera de pedruscos apisonados a la buena de Dios. Según la dirección tomada, parecía como si se volviera para atrás. Efectivamente, irían a Grodno, para buscar la carretera de Vilna. En Grodno, se decía, había otros divisionarios. Mejor para ellos, no tendrían que andar tanto.

—¿A qué frente vamos, mi teniente? —preguntó Ricardo al de su sección.

—A Moscú. ¿Te gusta?

—Pchts… —dijo, y al oficial le entró una risa tremenda.

Cuando se le hubo pasado le propinó unos golpecitos en la espalda, diciendo:

—Así me gusta, muchacho. Si te dejaran a ti solo…

La marcha empezó cantando. Y se cantó hasta que el sol estuvo ya muy alto sobre los campos. Llevaban el fusil terciado a la espalda. Algunos querían imitar a los alemanes, que lo llevaban colgando del pescuezo, sobre el pecho, pero no podían aguantar mucho tiempo. Sería cosa de acostumbrarse.

Harto de cantar y un poco cansado, se abstrajo un poco. Algunas veces no acababa de comprender que estaba ya entregado a su oficio de soldado. Ricardo Coronel necesitaba tiempo para digerir las cosas. Ahora estaba caminando por tierras polacas. ¿Y qué era, dónde estaba Polonia? Y necesitaba mirar a su alrededor para enterarse. Polonia estaba allí, en aquellos pueblos asomados al borde de la carretera, en aquellos paisanos temerosos que se apartaban para dejar paso, en aquellas tierras casi negras, feraces, pero maltratadas por todas las guerras. Polonia estaba allí, en las iglesias sin puertas, tristes y abandonadas.

Pero aquello, en realidad, era muy poco. Polonia tenía que ser algo más, mucho más. Si la visión de una nación se obtuviera de sólo caminar dos días por sus campos los hombres se conocerían mejor, se amarían más o, cuando menos, se respetarían mutuamente, porque los campos, los caminos, los bosques y los amaneceres eran iguales en todas las partes. No. Polonia tenía que ser «algo más», aunque para Ricardo y sus camaradas fuera tan sólo el estrecho horizonte de una caravana en tránsito.

Aquel primer día no fue demasiado pesado. Resultaba que la Artillería caminaba delante y entorpecía la marcha, obligando a frecuentes descansos. Menos mal. Por ser el primer día podían ir tragando la píldora poco a poco.

Comieron tumbados en las cunetas el rancho servido por la cocina, si bien casi todos tenían un suplemento en la bolsita de costado: la mantequera llena, queso y algún huevo endurecido al rescoldo.

Se pernoctó en Augustow Port, a las orillas de un lago. Todavía el sol estaba alto cuando llegaron. Existía un palacio por los alrededores y muchos edificios, como si fuera aquello un lugar de veraneo. Se las prometían muy felices; pero hubo un trabajo extra: sacar los carros que se habían atascado al abandonar las carreteras. Por fin todo se arregló y pudieron quitarse el polvo del camino en el lago.

Hubo alojamiento para todos, bajo techado. Ricardo, con los enlaces y la escuadra del mortero, fue a parar a una granja, donde sólo había mujeres. Escogieron, de propio intento, el pajar y, dejando allí al sargento Codillero cuidando del equipo, previamente retirado del carretón de la Plana Mayor, salieron en busca de los restantes camaradas. Pronto se desgajó el grupo; el sargento de los enlaces, Rejas, quería hablar con el capitán; los dos cabos, paisanos, procedentes de Milicias, se largaron a otra compañía en busca de unos amigos. Ricardo, con Benítez, enlace, después de husmear entre las fogatas, se decidieron a buscar el núcleo del poblado, buscando lo que no se les había perdido.

Aparte de un atestón de divisionarios llenando todos los rincones, no encontraron nada, ni siquiera mujeres. Los oficiales, desde el primer día de estancia en Polonia, no hacían otra cosa que recomendarles prudencia. Estaban en terreno enemigo. Y los polacos eran peligrosos; había guerrilleros y los soldados que eran sorprendidos en despoblado lo pasaban mal. Decían, también que había muchos judíos y que éstos eran especialmente peligrosos. En resumen, quedaba prohibido alternar con mujeres polacas, abandonar los alojamientos y aceptar bebidas en lugares extraños.

Fueron aquellas prohibiciones, precisamente, las que encandilaron a todos los divisionarios. Pero aunque se buscaban con afán las aventuras, éstas no llegaban. Las mujeres se escondían y los feroces guerrilleros brillaban por su ausencia. Y en cuanto a los judíos, Ricardo, la verdad, no podía imaginarse que aquellos hombres o mujeres resultasen peligrosos para soldados como ellos, jóvenes, amantes del peligro, bien armados. Los pocos judíos que Ricardo había visto en Suwalki y en los pueblos de los alrededores no podían ser más insignificantes; pobres, sucios, miserables,

caminaban apresuradamente, llenos de miedo, como si fueran gusanos en busca de un agujero. Se hacía evidente que los alemanes llevaban su antisemitismo más allá de la verdad. Ricardo, con la mano en el corazón, no podía por menos de compadecer a aquellos infelices.

Volvieron al alojamiento desengañados. Allí les esperaban con las caras largas, miedosas, las mujeres. Pero los pocos años, las carantoñas y gritos de los soldados, aparte de los escudos en las mangas, acaban por convencerlas de que los españoles no se comían a la gente. Y, un poco agradecidas, les agasajaron. Aquella noche comió Ricardo huevos fritos, auténticos huevos fritos, no menos de media docena, que fueron pasando a fuerza de pan.

Era de noche todavía cuando Ricardo y sus camaradas hubieron de abandonar el pajar. La cocina sirvió café caliente y enseguida se reanudó la marcha. El día no había de diferir, en sus rasgos esenciales, del anterior; como tampoco los futuros auguraban nada especialmente nuevo, ajeno a sus marchas en busca de otros horizontes.

Los días del soldado eran así; se caminaba cantando o gruñendo; había horas buenas y horas malas, horas en blanco donde los kilómetros se iban sucediendo sin sentir, y horas difíciles, con las sensaciones abiertas a toda intuición, donde cada metro recorrido suponía un esfuerzo. Lo de siempre.

Por la noche se acampó en pleno campo, por no encontrar alojamientos suficientes. Las carreteras y los pueblos estaban llenos hasta la congestión. Se montaron las tiendas, ordenadamente, como se recordaba de las prácticas de Grafenwör, y se encendieron las fogatas, luminarias del soldado.

El tercer día, mediando la tarde, se llegó a una ciudad. Mucho antes de llegar se anunciaba la aglomeración urbana. Pero no en las señales acostumbradas en otras tierras: suburbios, vías férreas, fábricas. Lo que denunciaba la importancia del poblado eran las señales de la guerra reciente: casas quemadas, material abandonado y, sobre todo, tanques destruidos. Ricardo vio allí los primeros tanques destrozados de su vida. Después habría de ver muchos. Pero aquellos tanques de las cercanías de Grodno, que tal era la ciudad, le impresionaron sobremanera.

Yacían de cualquier manera, destripados, rotos sus aceros, desprendidas sus orugas, abrasadas sus entrañas. Algunos tenían dentro los cadáveres medio consumidos de sus tripulantes. Todos eran rusos, pintados de verde, con una estrella roja en la torreta.

—¡Vaya tomate que hubo por aquí! —comentó alguien.

¡Menudo! Y lo curioso era que no había ningún carro alemán; o no habían tenido ninguna baja, o habían sido retirados. Pasó aquello. Grodno, como se decía en la columna, aparecía ante ellos. De lejos semejaba una ciudad blanca, brillante, acogedora. Todos soñaban con descansar allí, donde habría aventuras que buscar en las calles apagadas por la guerra.

Se atravesó un río enorme, el Niemen, como dijo la voz ignota que todo lo sabía, por un puente medio desmochado. Empezaron a desfilar los arrabales, las casuchas

miserables, los tranvías desvencijados. Pero la marcha no llevaba trazas de parar.

—¿Qué pasa? ¿No dormimos aquí? —preguntó Ricardo al sargento Codillero.

—¡Yo qué sé, hombre! ¿Crees que el coronel me cuenta sus planes?

No, naturalmente. Y se hacía evidente que estaban atravesando la población. Grodno le produjo a Ricardo una curiosa sensación. Se le antojaba que aquella ciudad, muy vieja, evidentemente, era la Toledo polaca; una Toledo más triste, más opaca, más silenciosa. Quizá fuera la guerra, con sus tremendas secuelas: el hambre, las destrucciones, los hombres divididos en razas, una de ellas la maldita. Sí, posiblemente fuera aquello: una ciudad ocupada, destruida, ausentes sus mejores hombres y sometidas las mujeres al arbitrio de los vencedores, de cara al invierno y siendo cruce de caminos que llevaban a la guerra.

La marcha, aquel día, fue muy pesada. Se buscaban los alojamientos y éstos no abundaban. Eran demasiadas las destrucciones. Al fin se hubo de recurrir a los alojamientos mixtos; algunos suertudos consiguieron un tejado; los demás hubieron de montar las tiendas.

Se estaban encendiendo las hogueras, y eran muchas las que brillaban a lo largo de la carretera, cuando sonó una explosión tremenda. Fue algo imprevisto, algo que sobrecogió incluso a los veteranos. Antes de que nadie se moviera de su puesto, los oficiales, a la expectativa, ordenaron se mantuvieran donde estaban. Fueron unos minutos de ansiedad.

Por fin fueron llegando noticias, nadie sabía si abultadas o disminuidas, pero dolorosas, tremendamente dolorosas e irritantes. Había estallado una mina, allá abajo, donde acampaba una de las compañías del mismo Regimiento, por un lugar donde habían pasado ellos, y había desmochado toda una sección que estaba reunida junto a una hoguera. Había muertos, había heridos…

Todos querían saber más; todos tenían amigos o hermanos en otras compañías; todos deseaban saber quién era el enemigo, para vengar, si era posible, a los camaradas caídos.

—Es la guerra, hermanos —comentaba un veterano—. ¿Pensáis que nos van a regalar confites?

No, desde luego, nada de confituras. Ricardo empezaba a saber que estaba en guerra. Siempre empezaba a saberlo; cada nueva sensación o experiencia le daba la impresión de ser la definitiva. Pero siempre quedaba abierta la capacidad para asombrarse o asustarse de nuevo. Y no sabía si aquello era una suerte o una desgracia.

La marcha

Tienda de campaña

En un lugar de Polonia

Ampliación a mi diario de campaña.

He subrayado las anteriores palabras para recordar lo que tienen de divagatorias. Las otras, las de verdad, son éstas, que copio porque son muy pocas, tan pocas en realidad que estoy avergonzado.

Día 28 de agosto. Nos despiertan a las doce de la noche. A las cuatro de la mañana ya estamos danzando por la carretera. Treinta y dos kilómetros. Dormimos en Gliniany.

Día 29. Descansamos. Pero no descansamos, pues salimos de bureo por los alrededores. Anoto cuatro palabras nuevas: masla —mantequilla—; pan —señor o equivalente a nuestro don—; pania —señora—; yaicos —huevos—.

Día 30. Maniobras.

Día 31. Domingo, misa y descanso. Dos palabras más y el idioma polaco en el bolsillo: panienka —señorita—; meleko —leche—.

Día 1 —de septiembre—. En marcha. Todo el día andando. Acampamos al aire libre.

Día 2. Nos amanece en el camino. Todo el día andando.

Día 3. Otro día de marcha. Cuarenta kilómetros.

Día 4. Marcha. Pasamos por Lida. Está destruida. Dormimos en el campo.

Día 5. Marcha, Estoy aspeado. Acampamos al aire libre.

Día 6. Descanso.

Y, amplío. Hoy, día de descanso, después de oír misa, desesperado porque no viene correo, escribo una docena de cartas. Y echo un vistazo a mi diario, que está, él pobre, más seco que un higo. Y me digo que debo ampliarlo. Pero es más fácil prometer que hacer, y los infiernos están llenos de buenas intenciones.

Haré un esfuerzo. Podría hablar, o escribir, de los cuatro fusiles en pabellón armados frente a nuestra tienda de campaña; podría hablar, de la MARCHA. Así,

con mayúsculas. No está mal; por lo menos me ayudará a refrescar las ideas.

Eso de marchar tiene mucha miga, sí señor. Porque empieza uno el día andando y lo termina de la misma manera. Acaso sea innecesario advertirlo, por lo menos me parece a mí, que estoy de marchar hasta… el cogote. Desde luego, resulta muy bonito caminar por la carretera, un camarada delante otro atrás y el capitán delante, montado en caballo pío. Estéticamente… ni una palabra más: es precioso. Se lleva el fusil terciado, se canta, se pisa fuerte en terreno conquistado, se siente uno fuerte y todo eso…

Pero cuarenta kilómetros son muchos kilómetros. Y aun así, no se dice todo, porque cuarenta, a cinco la hora, total ocho horas: la jornada de un peón. Pero la marcha no es tan sencilla. Resulta que muchos cuartos de hora se nos pasan esperando… Esperando a que un carro volcado vuelva a su vertical, a que se reorganice una compañía; a que pase una batería de cañones que se había despistado, etc., etc. Y resulta que tienes luego que correr.

Los oficiales dicen que la División sólo tiene trazada una carretera y que está congestionada. Y que los Jefes han tratado de encontrar otras vías paralelas, para adelantar, sin conseguirlo, pues sólo encuentran caminos donde los carros se atascarían cada dos por tres. Y tenemos que ir por donde vamos. Y cuando por una misma ruta marcha tanta gente, con velocidades distintas, pues vamos juntos o alternados infantes y ciclistas, carros y automóviles, sin contar la artillería, que puede ser de tiro rápido o tiro pesado, el resultado es bastante caótico.

Pero los soldados no vemos eso. Los soldados sólo vernos las espaldas del compañero. Y sentimos ta tremenda dureza del calzado llenando de llagas nuestros pies. Echevarría, Julián Alfonso y mi entrañable Rafael Noaín tienen las extremidades hechas cisco. Se arrastran mejor que andan. Pero los oficiales no quieren saber nada. Dicen que sólo estamos empezando, que suframos con paciencia, pues lo bueno vendrá más tarde. Y a uno se le ponen los pelos de punta, aunque no falta quien dice que peor que la marcha no puede ser nada.

Marchar es empezar con tiritera el día. Siempre nos amanece en el camino. Dejamos atrás las hogueras con verdadera pesadumbre. Y nos decimos que el mes de septiembre, en España, hace humear las rastrojeras. Pero aquí trae escarcha por las mañanas y un vientecillo frío durante todo el día.

Algunas veces lo olvidamos todo. Es cuando sale el sol, las piernas se nos han calentado y la Intendencia reparte unos cigarrillos filipinos residuo de la guerra de España. Entonces cantamos, o piropeamos a las panienkas, o nos metemos con los judíos. En el segundo pelotón de la primera sección hay un gachó que se llama Samuel Tarragano. El pobre lo está pasando bastante mal, pues somos muy malitos. «Samuelito, hijo —le dice el malasombra de Cudillero—; no te alejes mucho». «¿Por qué?», dice el otro. «Te van a pescar los alemanes y te van a colocar una estrella amarilla. No te separes de mi lado, que yo te defenderé…». Y el pobre Samuel despotrica por todo lo alto. Y nosotros nos reímos en grande.

Pero no siempre nos reímos. Algunas veces nos duelen las tripas, pues los rancheros son unos guarros y por no limpiar las calderas hacen las comidas unas sobre otras, al extremo que la mitad más uno de la compañía tenemos cagalera. Esto lo arregla el capitán metiendo al furriel en una perola.

Por las tardes, antes de que se acueste el sol, terminamos la jornada. Algunas veces encontramos alojamiento en una granja donde nos metemos cincuenta donde caben veinte; otras veces no. Y entonces nos es preciso dormir sobre el santo suelo, armando las tiendas de campaña.

Pero ¡alto! Esto de las tiendas de campaña merece ampliación aparte.

Dice mi amigo Chamorro, y yo lo creo, que algunos idiotas hacen lo que hacemos nosotros por puro gusto. ¡Ya les daría yo!

Montar una tienda de campaña no es fácil ni difícil. Depende de muchas cosas. Pongamos el ejemplo. Llegamos, al caer la tarde, hechos migas, con una mala leche espantosa, a un punto en el mapa que maldito si nos importa conocer, aunque algunos pedantes digan, para señalar algo positivo, que si Radum y que si el gran corso… Las casas están ocupadas, como se puede suponer, por una cuadrilla de mandantes que bien pudieran estar cavando trincheras en vez de castigar a las mozas. Y nos llevan a una pradera. Hay que ayudar a descargar los equipajes, a llevar leña a los vagos de la cocina; a colocar el material y los carros estratégicamente; a establecer los enlaces, las guardias y las imaginarias…

Luego, a montar la tienda. Ya está. Ya está dicho, vamos, que hacerlo es otra cosa. Para montar una tienda es preciso reunirse cuatro. Yo aconsejarla, dolido por mi propio ejemplo, que se mirase bien antes de elegir la compañía. Me ha caído en suerte a los tres gandules de la compañía: Julián Alfonso, Chamorro y Batanero. Aliento la vivísima sospecha de que me dejan los trabajos más rudos, la manta más pelada, el lugar más sembrado de pedruscos…

Pero, bueno; habré de empezar antes de acabar. Para montar la tienda es preciso reunir los palitroques que todos llevamos. Con los cuatro se forma una vara de un metro de altura, que se hinca en el suelo. Luego se cosen o abrochan los trozos individuales de lona, operación que le deja a uno los dedos acorchados. Cuando está formada una superficie la mar de rara, se encaja en la vara por un centro metálico reforzado.

Para tensar las paredes hay que clavar unas agujas de aluminio, largas, que todos llevamos. Todos, menos si alguno las pierde, como empezó diciendo ayer Batanero, aunque él decía que se las habían robado y luego resultó que las tenía colgando en el cinto, de donde vino a resultar que el capitán le pusiera imaginaria. Empezamos a clavar las tales y Julián que se equivoca en medio metro. Chamorro le increpa: «¡Oye, pedazo de tal, que te adelantas!». «¡Escúchame, tú, pedazo de cual, eres tú quién se retrasa!». «¡Tú madre!». «¡La tuya!». Intento poner paz diciendo que los dos están equivocados y me lo toman a mal. Suerte que soy paciente de lo mío.

Al estirar las lonas el cafre de Batanero se lleva el armazón por su lado. Y lo que

él decía: «¿Tengo yo la culpa de que seáis unos mierdas?». Por poco nos pegamos. Quiero decir Batanero y Julián. El cabo Díaz se acerca para llamarnos berzotas a todos. Vuelta a empezar. Es ahora Chamorro el que se pilla un dedo y chilla como si se fuera a morir. Porque le decimos que menos cuento y al tajo, ¡Jesús, cómo se nos pone! Por fin, después de muchas maniobras, con la noche encima, terminamos. Es preciso buscar heno, esquivando al sargento Gutiérrez, que dice que los caballos son los primeros. Y tenemos que sortear los puestos, dos a cada lado del palitroque.

Luego, a dormir si no tenemos guardia, o imaginaria, o hay alarma. Pero el dormir tiene sus más y sus menos… ¡Maldita sea! ¿Pero es posible que algunos lo hagan por gusto? Se organiza un follón tremendo porque el espacio es poco y cada uno cree que le corresponde más de lo que le deja su compañero.

El centinela se acerca arreando patadas y acierta con Batanero, el único que dormía. Se incorpora de un salto y no se acuerda dónde está hasta que ha derribado la tienda…

Cuando, por fin, empezamos a conciliar el sueño, defendiéndonos de los rigores del relente apiñados como las obleas, la corneta empieza a tocar diana que, para mayor escarnio, es floreada. Y nos levantamos llenos de malas intenciones, resquebrajada la camaradería por las malas artes de una tienda de campaña. ¡Y dicen que algunos lo hacen por deporte! ¡Malditos sean…!

Se nos empieza a olvidar todo cuando el calor de la marcha nos hace reaccionar, cuando las canciones salen de nuestras filas como los hongos en la otoñada: «¡Qué polvo tiene el camino; / qué polvo la carretera; / qué polvo tiene el molino; / qué polvo la molinera…!». Y así hasta cansarse, hasta tropezar en las espaldas del camarada, hasta olvidarse uno de que tiene los pies en carne viva…

Pero… Me parece que ya hablé antes de todo esto. ¡Pues, Señor, no sé qué más ampliar! Hablaré de los polacos.

Se acerca Julián. Y me dice: «Oye, tú, ¿no tenías un jersey?». «Sí, pero no te lo dejo». «No me hace falta —dice, muy digno—. Es para cambiar. He encontrado una granja que por un jersey de lana nos dan tres gallinas». Me incorporo de un salto: «¿Tres gallinas, dices? ¿Y por un par de calcetines fantasía? ¿Qué crees tú darán por unos calcetines?».

Su gesto es tan prometedor que, decididamente, prefiero continuar estas notas otro día. Será mejor. Tendré más cosas que contar. Por ejemplo, cómo se dice gallina en polaco. O huevos fritos, que también es una frase maravillosa…

Los Carreros

El Coronel había pasado por la compañía como un vendaval. Sus gritos se escuchaban a medio kilómetro y el capitán no sabía dónde poner la manos.

—¡Este Batallón es el que peor trata a los caballos! ¡Y de todo el Batallón ésta es la compañía que más animales me estropea!

—Mi coronel…

—¡Qué coronel ni que ocho cuartos! ¡Al primer caballo que me aspen lo sustituyo por los carreros!

Los carreros eran ellos: Francisco Duez, Arturo García, Isabelo Pardo, Cascajares, Metelo, Andrés… Hasta una docena. Unos carreros que no habían visto un carro en su vida.

Aquel Batallón, y tenía razón el coronel, había sido el que, en la reorganización de Grafenwör, reuniera más gente de la ciudad. Posiblemente entre otros hubiera más gente campesina, pero en aquél, en el 1.º, casi todos procedían de milicias y sus profesiones eran las más dispares posibles, alejadas todas cien leguas del contacto con los animales y sus problemas.

Porque los animales eran unos problemas vivos, reconocía Duez, profesor de Historia en un instituto. Algo se había aprendido en el campamento, pero muy poco, pues el material había llegado apenas cinco días antes de abandonarlo. Y todo se tenía que improvisar en la marcha. Y sobre la marcha. La terrible marcha a pie de la División, empezada hacía quince días, y la que Dios sabría cuando habría de terminar.

Los soldados marchaban mal; pero estaban empezando a acostumbrarse. Pero los caballos iban de mal en peor. Muchos movimientos inútiles; mucho bregar por terrenos enfangados; mucho material… Lo peor de todo era que ellos, los carreros, no sabían cuándo un animal estaba agotado. Sucedía que, de repente, el caballejo de varas se detenía, se abría de patas y empezaba a temblar. Algún insensato le castigaba. Y el animal se desplomaba, muchas veces sin tiempo a despojarle de sus arreos. Luego, esas bajas era preciso cubrirlas mediante requisa. Y sólo por no ver la expresión desolada de los campesinos, Duez hubiera dado cuanto llevaba encima. ¡La guerra! Era la maldita guerra…

En los primeros tiempos, Duez había maldecido profusamente, y en todos los registros, su destino, que le había empujado al pescante de un carro de compañía. Pero después, viendo las fatigas de los infantes, escuchando sus ruegos o sus insultos a «los enchufados», se fue conformando en parte, por lo menos en parte.

Pero el viajar en el pescante era la única ventaja del carrero. Los carros se rompían porque eran muy débiles de lanza y se tenían que componer entre los reniegos del capitán, apartados a un lado del camino para no entorpecer la marcha de las otras unidades, siendo preciso después exponerse a un vuelco para volver a

reincorporarse. Por las noches, en las acampadas, mientras los de a pie sólo tenía que buscar heno para sus camas, o todo lo más armar sus tiendas cuando no se encontraba alojamiento, ellos, los carreros, tenían que empezar a trabajar de firme. Muchas veces la medianoche les encontraba acarreando agua, o heno, o cebada; limpiando o componiendo arneses; vigilando a algún animal enfermo, etcétera, exponiéndose a patadas o mordeduras de los bichos aquellos.

Todo iba saliendo adelante, como Dios disponía. Los paisajes se iban sucediendo y las jornadas consumiéndose entre lamentos y cantares. Para un profesor de Historia no faltaban alicientes en el camino. Sabía que estaban penetrando en Rusia por la ruta de las grandes invasiones. Duez se decía que ellos no eran invasores, sino libertadores, aunque faltaba que los rusos abundaran en la misma opinión. Habían dejado atrás la Polonia mártir; la frontera lituana, con una ciudad, Vilna, entrevista en una mañana lluviosa; y ahora estaba siguiendo la ruta de la *Grande Armée*, por Smolensko a Moscú.

Media historia europea discurría por aquellos caminos. Pero Duez no sabía si por estar influido por su presente situación, ya que no era lo mismo explicar Historia que vivirla, encontraba que la épica moderna tenía mucho de amargor y de suciedad en sus entretelas. Judíos obligados a permanecer en sus *ghettos*; pueblos enteros destruidos, granjas donde sólo había mujeres o ancianos. En Molodeczno habían encontrado a tres hombres colgados en una horca, a la entrada del pueblo. Los alemanes los habían ejecutado.

Pero no siempre tenía tiempo Duez para filosofías. La dura realidad de la marcha estaba acechando siempre en cada paso que se daba. O en cada parada que se sufría. El que iba delante, obligado por alguna maniobra de su predecesor, se detenía. Pero lo hacía sin avisar, o de avisar no se podía enterar nadie ante el cúmulo de bultos que atestaban las traseras. Choques, lanzas rotas, portezuelas astilladas.

Los carros rotos eran de más difícil reposición. La requisa no dejaba provecho, porque eran carromatos muy diferentes, casi primitivos, y de haber alguno más moderno se lo llevaban las compañías que pasaban delante. Cuando un carro no tenía compostura, se apartaban las caballerías, se descargaba el equipaje y se volcaba en la cuneta. Un carromato menos. Y las caballerías pasaban a otro vehículo, lo mismo que el equipaje; sólo que, en este caso, la sobrecarga se traducía en nuevas averías. Hubo de habilitarse algún medio para quitarse de encima tanta impedimenta. Precisamente, al pasar por Molodeczno, que era un nudo de líneas ferroviarias, se había cargado en un tren parte del material.

Y es que había muchos carros: carros de sección, de compañía, de batallón, de Plana Mayor, de mortero, de pelotón —para llevar las municiones—, carros para las ametralladoras antiaéreas, que podían separarse del tronco, carros cocina, armones de la batería de acompañamiento, carros de transmisiones… Y dos camionetas por batallón, que iban y venían con los suministros. Estas camionetas terminaron arrastrando los carros que se habían quedado sin tiro. En fin, un jaleo de arrastres…

Así resultaba que sólo un batallón se extendía a lo largo de tres kilómetros de carretera, si se iba apretado, y hasta cinco marchando con holgura. Una compañía necesitaba casi un kilómetro para desenvolverse. Las distancias parecían mayores. Un soldado miraba de cabeza a cola, y veía la serpiente humana arrastrarse, interminable; y se ennegrecía su humor.

Francisco Duez lo veía bien desde su pescante. Aquellos camaradas marchaban, animosos algunas veces, pesimistas otras. Cuando la desazón corroía sus almas, brotaban las contestaciones nerviosas, los gestos de mal humor que resquebrajaban las amistades mejor templadas. Todo era, quizá, porque se les antojaba que estaban sufriendo en vano; el enemigo estaba lejos y no había un peligro inminente que justificara los padecimientos.

Los carreros no tenían la culpa de nada. Pero recibían las miradas rencorosas de los aspeados, de los que tenían que aguantar los chaparrones, las solaneras, el polvo o el barro de los caminos.

Al llegar la noche no terminaban las dificultades. Se imponía buscar acomodos. Aquellas regiones que se sucedían, monótonamente, eran eminentemente agrícolas; los pueblos, dedicados a la labranza, tenían muchos edificios destinados a cuadras. Pero había pasado la guerra por allí. En algunos lugares, especialmente en los pueblos grandes o en los nudos de carreteras, la destrucción era espantosa. La inmensa mayoría de las casas eran de troncos, con sólo la enorme chimenea de mampostería, que era precisamente la que subsistía, elevando su muñón ennegrecido al cielo indiferente. No faltaban los tanques destruidos orillando las carreteras; cantidades fabulosas de tanques, interminables teorías de chatarra y huesos quemados, cadenas orugas y planchas de acero con los latigazos de la metralla en los costados.

Por las mañanas, amaneciendo, tiritando, con los huesos quebrantados, se imponía atalajar de nuevo, recoger los equipos, engrasar los ejes y volver al camino. El veterinario examinaba a los caballejos, aunque poco podía hacer. Y salía el sol, se sucedían los pueblos, los tanques destruidos, las fronteras. Francisco Duez sentía cómo se iba embruteciendo. Sólo aspiraba a descansar, a hurtar el cuerpo a toda aspereza; sólo contaban los placeres de llegar, descansar, comer y dormir…

El fenómeno del embrutecimiento… Los jefes decían que se endurecían. Pudiera ser. Francisco Duez no se sentía con ganas de discutirlo. ¿Endurecimiento? ¿Embrutecimiento? Todo era igual: predominio de los instintos más elementales sobre la inteligencia; destierro de los recuerdos ante las realidades.

Y caminar, caminar siempre por la cinta abierta de la carretera. Un desvío cualquiera podía significar hundirse en el pantano; un retraso, falta de coordinación de movimientos; un desfallecimiento, cobardía. Puentes destruidos y recompuestos por los zapadores; vados en los ríos pequeños; cuestas suaves pero interminables, mala alimentación…

Pueblos: Lida, Osmani, Zuprany, Narbutow, Molodeczno… Todos iban quedando atrás. Y un buen día se enteraron de que estaban ya en Rusia. Ninguna frontera

visible lo señalaba. Los garabatos del alfabeto ruso lo fueron denunciando. Los camaradas se sorprendían. Esperaban encontrar algo diferente, extraño, sombrío quizá. Y era una tierra como todas. Con el mismo cielo, los mismos pueblos destruidos, los mismos hombres.

Francisco Duez puso el mingo diciendo que aquélla era la llamada Rusia Blanca, Bielorrusia, que en otros tiempos había sido polaca y que junto con Ucrania, era una de las repúblicas soviéticas más adelantadas y mejor guardadora de su personalidad étnica.

Aquello de ser blanca estaba muy bien, si señor. Cuestión de matiz. Nada de rojo subido. Albura en las nubes y en las florecillas de las cunetas…

En realidad: un punto más reconquistado, una dificultad vencida. Estaban en Rusia. Pronto se llegaría al frente.

Suministros

En Minsk se detuvo cinco días el escalón avanzado de Intendencia. También estaba el de Estado Mayor; pero aquél no contaba para Juan Villarín. Villarín sólo sabía que por una chiripa colosal, parte de su compañía, que pertenecía a Transportes, había sido agregada a Intendencia. Y allí estaba él, trabajando como un burro, pero llenando la barriga de mantequilla, durmiendo bajo techo todas las noches y viajando en camión.

No comprendía gran cosa del asunto. Ni deseaba comprender. Estaba bien lo que estaba bien. Una cosa estaba clara. Intendencia suministraba a las unidades a medida que éstas iban desfilando. Había dos escalones, por decirlo así, por decirlo como lo decía el sargento Bueno, que era del Cuerpo. Uno se encargaba de suministrar en los grandes depósitos del Cuerpo de Ejército alemán a que estaba adscrita la División; el otro se encargaba del menudeo a los regimientos, en plena carretera. Villarín estaba en el segundo.

La cosa, desde luego, resultaba eficaz. El primer escalón dejaba sus depósitos al segundo y se marchaba a suministrar nuevamente, quedando citados para volver a encontrarse cien kilómetros más allá. Entonces, el segundo grupo, bien con los depósitos en tierra, bien sobre los mismos camiones chatos, «Renault», esperaba a que fuesen pasando las unidades, a las que se iba suministrando según los estadillos. El suministro no se hacía por regimientos, ni siquiera por batallones; suministraban independientemente cada compañía, cada grupo, aunque fuera de quince hombres.

Iban pasando los hombres, las unidades; el oficial de cocina se acercaba con su furgoneta: tanto de tanto y cuanto de tal cosa. Se marchaban y venían otros. Y así tres días, tres días que tardaba en desfilar toda la División. A Villarín le parecía imposible que fueran tantos los españoles encuadrados. Pero era cierto. Iba ya conociendo las unidades, el orden de marcha, la proporción de sus cuadros atendiendo los suministros. Cuando, terminado el reparto, los camiones remontaban la columna, tardaban dos o tres horas en llegar de cabeza a cola, sorteando carros atravesados, secciones agrupadas que miraban con malos ojos a los enchufados que viajaban en camiones.

Villarín, por otra parte, se iba familiarizando con los suministros cotidianos: los bloques de mantequilla de cinco kilos —cincuenta gramos por soldado y día—; los macarrones; el arroz; las patatas; las salchichas y el fuagrás del rancho en frío nocturno; los caramelos; el tabaco; la miel artificial en bloques —uno cada cuatro soldados—; las latas de mermelada; las sardinas noruegas en tomate; las velas —para oficial y soldado, aquéllas blancas y alargadas, éstas unas pequeñas tazas de papel con un pabilo en el centro, como si fueran lamparillas—; el azúcar y el queso.

Hasta el pan suministraban. Decían que había una compañía de panificación. Pero resultaba que no tenían hornos, ni los tendrían hasta que al relevar a alguna unidad

alemana ésta dejara los suyos, y los panaderos caminaban a pinrel, como todos. El pan, novecientos gramos en bloque para dos soldados, lo iban recogiendo de las panificadoras alemanas. Villarín había ido más de una vez a los hornos. Cada camión cargaba tres mil panes de aquéllos, que los alemanes iban arrojando en cadena, como si fueran ladrillos. Era un servicio bastante enojoso, pues se tenía que vigilar a los germanos e ir cantando en voz alta los panes que iban entrando, haciendo una raya cuando se llegaba a ciento. Aun así, raro era el día que no faltaban un par de docenas de aquellos adoquines, que luego los *doiches* regalarían a sus barraganas. Era la vida. Villarín se decía que él, si le dejaran, haría igual.

—¿Qué tal va eso? —decían los veteranos de Intendencia.

—No está mal —respondían los agregados, Villarín entre ellos.

No estaba mal, desde luego. Trabajar, se trabajaba; pero se comía. Todos los que acudían a suministrar se quejaban. «Pasamos hambre —decían—. ¿No podría mejorar el suministro?». Y el sargento Bueno respondía, siempre igual: «Son los alemanes, chicos. Nos dan la misma comida que comen ellos». Y los furrieles suspiraban por la grasaza, la carnaza y las judiazas de los ranchos españoles. «Paciencia, hermanos», recomendaba el alférez Huertas.

En Minsk se reorganizó un poco la División, que marchaba bastante aspeada. Se pusieron al día los suministros y se repararon en lo posible las averías. Intendencia repartió allí la cantina, que era un suministro adicional que se tenía que pagar: cigarrillos y puros, hojas de afeitar, cepillos y crema para los dientes, betún para el calzado, papel de escribir, caramelos y otras baratijas.

De Minsk, capital de la Rusia Blanca, poca cosa podía contar Villarín. Una ciudad muy grande, con edificios modernos y barracas, con mujeres, rusas, desde luego, que no estaban mal, Pero no había tiempo de conquistas. Un campo de aviación en las cercanías llenaba las mañanas de ronquidos. Muchas destrucciones y soldados rusos retirando escombros de las calles. Se decía que las vanguardias alemanas habían pasado por allí escasamente veinte días antes.

El día 18 de septiembre salió el segundo escalón. Nueva sorpresa para Villarín: una soberbia autopista extendiéndose en recta interminable. Podían ir tres coches en cada dirección. Por allí no habría dificultades. Obviamente, la División podría avanzar cómodamente y con menos esfuerzos. Pero también se ofrecía un blanco estupendo a la aviación enemiga. Se ordenó se enmascararan los coches con grandes ramas. Luego habría de comprobar que las compañías también se camuflaban. Resultó, más tarde, que por el asfalto marchaban mal los caballos y se tenían que buscar los andenes, afortunadamente también muy anchos.

Escalón en Borissowo, una ciudad casi destruida, en la curva de la autopista, al borde de unos grandes bosques. Había un río, el Berézina, y un hospital alemán, muy grande, con un cementerio adjunto.

Se instaló una especie de tenducho, con una lona muy grande. Una báscula ocupaba media entrada y los sacos y las cajas se amontonaban en el interior. Hasta

muy entrada la noche fueron llegando las furgonetas y algún que otro carromato.

En dos días quedó completo el suministro. Aguardaron otro más, por si se presentaba algún imprevisto y al atardecer del tercero se recogió en los grandes camiones el resto del suministro. A poco, por la estupenda carretera, se pasaba por una original revista a la División extendida en orden de marcha. Podía comprobarse, a medida que se iba pasando, cómo las unidades, dentro de su uniformidad, tenían una personalidad distinta; batallones del Sur y del Norte, compañías catalanas y gallegas, grupos de muchachos imberbes cuya pinta de intelectuales se hubiera distinguido mejor de no llevar encima tanta roña.

Según las últimas noticias, los alemanes estaban francamente asombrados ante los españoles y dudaban mucho de su eficacia guerrera. Se decía que habían amonestado al Cuartel General por el desaseo y la aparente indisciplina de la tropa. Los camaradas habían puesto en solfa esta prevención, cantando a grito pelado, cuando había germanos a la vista, una vieja canción bilbaína que sólo conservaba la música: «Ellos creían que / que con alemanes tropezarían. / Se equivocaron, / eran españoles los que allí había, / ¡vaya un tiberio que se formó! / ¡Raurrau!».

Todo aquello se veía bien desde los camiones de Intendencia. Hasta la misma tierra rusa se veía mejor. La marcha de los chatos era un tejer y destejer por carreteras. Adelantarse y quedarse retrasados; recoger las vituallas de la Intendencia General alemana y establecer un depósito en lugares donde no habían visto nunca españoles. Todos quedaban asombrados ante ellos. Los alemanes no eran, por cierto, los menos sorprendidos.

Villarín tenía su opinión sobre los alemanes. Estaban criando fama de antipáticos, engolados y tal. Algo de eso había, sobre todo considerados individualmente. Se estiraban y estiraban hasta perder toda su naturalidad, al contrario que el español, que doquiera que estuviese se comportaba como en su casa. Decía Villarín que los alemanes, mientras callaban y pensaban, se sentían superiores al resto de la humanidad; pero cuando tenían que hablar o separarse del rebaño, se encontraban muy inferiores a los demás. En resumen: que tenían una timidez espantosa que disimulaban poniéndose tiesos. Cuando se divertían se tornaban ingenuos hasta la tontería. Gustaban mucho de los cantores españoles, especialmente de una habanera que para ellos era el no más allá de lo español. Precisamente en Minsk, mientras inventariaban la cantina, se había presentado en el alojamiento una verdadera comisión militar de alta graduación.

Querían, según explicaron pacientemente, que los españoles entonaran para ellos algunas de sus bellas canciones, algo de la patria, de la *haimat*, que decían ellos, aspirando la hache. Así, en frío, no tenían muchas ganas, la verdad, pero cualquiera se negaba ante aquella cantidad de estrellas. Tratando de ponerse a tono empezaron con el himno de la Legión y terminaron con «Gasparone». Los *doiches* escucharon en silencio, pero insatisfechos. Ellos querían algo de *mia taube*, y venga con la *taube*. Por fin entendieron: querían La Palomita. El cabo Ramos, que tenía una excelente

voz de barítono, empezó en plan de divo: «Si a tu ventana llega una paloma… (Fueron los propios alemanes los que iniciaron el coro) / Lara lal lá, / trátala con cariño que es mi persona. / Lara lal lá. / Corónala de flores bien de mi vida… / Lara lal lá. / Cuídala con cariño que es cosa mía. / Lara lal lá, lara lal lá».

Aquéllos eran los momentos agradables. Algunos había que lo eran menos. Pero todo se iba quedando atrás, lo agradable y lo desagradable, del mismo modo que se iban perdiendo las ciudades y los pueblos destruidos, los tanques quemados, las interminables columnas de prisioneros, los días tibios del septiembre agonizante. Las noches representaban un bajón de temperatura y el amanecer encontraba tiesas las lonas de las tiendas, cubiertas de escarcha las sendas del bosque y llenas de brumas las orillas de los ríos. Y, claro, las luces del alba también sorprendían a los soldados pateando al lado de las hogueras, soltando chorros de vapor por boca y narices.

Se hacía evidente que se acercaban al frente. Mil señales lo delataban: pueblos con los escombros aún sin ordenar, mayores cantidades de prisioneros que los alemanes conducían como si fueran ovejas, columnas motorizadas que, armando un ruido de cien mil demonios, adelantaban a la División. Villarín, desde la trasera de su camión, empezaba a creer que avanzaban a saltos: tres días aquí, cien kilómetros más allá.

El penúltimo escalón, precisamente, lo montaron en una ciudad antigua a la orilla de un río muy grande, de aguas terrosas. Bueno, en la ciudad misma, no, sino en la carretera, como siempre, para que las unidades abastecieran sin interrumpir la marcha. Orscha era el nombre del poblado; y por allí terminaba la autopista, o cuando menos su parte asfaltada. La autopista tenía el inconveniente de buscar los terrenos favorables, dejando los pueblos bastante alejados. Villarín sufría al no poder merodear, como siempre había hecho. Hasta que se dio cuenta de que estando en Intendencia no necesitaba desprenderse de los calcetines para tener mantequilla.

La segunda noche hubo una alarma aérea. Las ametralladoras de las unidades y las más poderosas *flaks* de los alemanes sembraban los cielos de balas trazadoras. Cayeron varias bombas, sin causar daño. Villarín, panza arriba, contempló todo el fuego de artificio con un temblor indisimulable recorriéndole todo el cuerpo.

Por la mañana, Radio Macuto emitió sus últimas novedades. La División ya no iba a Smolensko. Se daría la vuelta y en una ciudad que no se nombraba, se volvería al ferrocarril como transporte para acudir a otro frente. Al parecer la ofensiva alemana sobre Moscú había fracasado o estaba detenida. Había empezado a nevar y las operaciones se tenían que suspender. Todo el conglomerado enorme del ejército alemán estaba sorprendido. También lo estaban los españoles. Parecía, meses antes, que la guerra habría de terminar antes de la llegada del General Invierno. Y no era así. El invierno había llegado o estaba llegando, Rusia continuaba en pie, pese a sus terribles pérdidas, y la guerra habría de conocer una fase distinta.

Por lo pronto, los españoles irían a otro frente.

Última etapa

2 de octubre

El Batallón 42, que había salido de Lérida, era en aquellos momentos el 3.º de Vierna. Magriñá pertenecía a la 12.ª Compañía de máquinas. Lejos ya, los días de aprendizaje de Grafenwör y no tan lejos los penosos de la marcha, el 3.º Batallón esperaba en las cercanías de Vitebsk el momento oportuno para embarcar con destino a un nuevo frente. Decían que la marcha podía darse por terminada, aunque Magriñá no estaba muy seguro.

Hacía frío, francamente frío. Estaban acampados en un patatar y gracias a ello se iban reponiendo de las fatigas pasadas. En la cocina siempre había un saco de patatas cocidas. Se podía ir en cualquier momento y llenar la marmita. Luego, con un puñado de sal en las entrañas de los tubérculos, se improvisaban las grandes comilonas, aunque faltaba la cerveza.

Vitebsk era un punto en la distancia. No tenía pérdida. Una niebla muy espesa lo cubría siempre. Debía de haber un campo de aviación allí, pues el mosconeo de los trimotores era continuo, así como las alarmas aéreas. Magriñá siempre recordaría a Vitebsk como una ciudad ruidosa, llena de sonidos. Pero unos sonidos lúgubres, desgarrados, militares, concentrando en esa palabra los disparos de los antiaéreos, el eterno ruido de los camiones y los pacos sueltos que en la neblina nocturna tenían un acento muy característico.

Las guardias, por la noche, tenían consignas muy severas. Decían que en Vitebsk había muchos judíos y mucho enemigo emboscado. Magriñá, cuando hacía su puesto, se distraía contemplando el lejano resplandor que anunciaba la ciudad. En primer lugar le atraía una maciza silueta de algo que parecía un volcán; de día aquello era un edificio muy grande que humeaba, pero en plena noche semejaba a un volcán en erupción. Los cinco días que llevaban allí presentaba la misma escenografía. Magriñá no sabía lo que pudiera ser aquello.

Le atraían, después, los poderosos reflectores del campo de aviación, escudriñando los cielos en busca de los aparatos enemigos. Aquellos pincelazos taladrando el negro lienzo nocturno tenían una variedad de tonos y movimientos, según encontrasen una nube o cielo despejado, avión enemigo o espacio infinito, que le dejaban absorto. Nunca se cansaba de contemplarlos, lo mismo que nunca se hartaba de mirar las movedizas llamas de la hoguera.

Era la guerra. Una guerra espectacular, casi preparada por un escenógrafo experimentado. De no ser por el frío, que se adentraba en los huesos a poco que se descuidara uno, se hubiera creído en un cine. Aquella guerra le gustaba a Magriñá. La tierra quedaba inmersa en una neblina azulada, donde los muertos flotaban

recobrando una nueva vida. Ellos, los vivos, los que lucían en las solapas y en los ojales las cintas de las cruces de Hierro, se erguían delante de los muertos, acariciando las culatas de sus ametralladoras, saludando con descargas todo lo que merecía saludarse, que podía ser el enemigo, que podía ser el nuevo amanecer…

Todo era sueño, desde luego. El día 1 de octubre hubo despiojamiento y limpieza de armas. Se decía que vendría el coronel a pasar revista. Un rato de instrucción. No vino nadie. Pero hubo una excelente comida, como siempre que se anunciaba que el coronel había de venir. El día 2 hubo más limpieza y otro banquete, con carne fresca. Algunas escapatorias a Vitebsk. En una de ellas se emparejó con Antonio Llorens. Sólo llevaban los machetes al cinto.

Conocían la técnica de las escapatorias. Podía buscarse comida o podían buscarse mujeres. Para lo primero eran mejores los pueblos, los *koljoses* o granjas, donde sobraban huevos y faltaban zapatos; las aventuras amorosas —a Magriñá le daba vergüenza llamarlas así— se encontraban mejor en las ciudades. Se tenía, entonces, que llevar comida: una lata de carne, o varias de sardinas, y un pan. Se llamaba a una puerta. La primera que el olfato señalaba. Si había mujeres jóvenes se entraba. «¿Mosna…?», se decía. «Da, da», contestaban. Y adentro. Al avío. Al salir se decía: «Dosvidaña, Viera». O Klavia, o Katia, o Mariuska…

La aventura de Vitebsk le dejó a Magriñá un peso en la boca del estómago. Lo mismo le sucedía a Llorens. Tenían poca imaginación y no sabían vestir las juergas. Eran catalanes y las cosas las veían como eran: mujeres que se entregaban porque tenían miedo, hambre o estaban pervertidas desde la cuna. Los castellanos y los andaluces se sacaban de la manga unas estupendas corridas amatorias, bien con alemanas, polacas o rusas, que se daban por amor, ¡desde luego!, a los bravos españoles.

Para entrar en la parte vieja de la ciudad necesitaban pasar un río muy ancho. Todos los puentes estaban destruidos y uno que los zapadores habían recompuesto tenía vigilancia. Optaron por llamar a un viejo que tenía una barca amarrada en la orilla. Por cinco rublos se avino a trasladarles al otro lado, un poco sorprendido ante unos soldados tan rumbosos.

Los españoles sorprendían siempre. Los primeros sorprendidos eran los alemanes. Encontraban a sus camaradas hispanos en parejas y hasta en solitario por barrios donde ellos sólo se atrevían en grupos y fuertemente armados. Los españoles sólo llevaban los machetes, y caso de ser proveedor del fusil ametrallador, la pistola. Les sorprendía también su audacia, su alternar de igual a igual con los rusos en una casa cualquiera. Les sorprendía, era la verdad, su inconsciencia. Lo curioso era que no se tenía noticias de que ninguno de aquellos desharrapados hubiera sufrido algún percance.

Magriñá y Llorens, por un laberinto de casas viejas, encontraron su casa y sus mujeres. Magriñá, una joven que tosía mucho, y Llorens, una rubia, con trenzas, que estaba sentada en un sofá y allí se pasaba las horas muertas, cantando unas canciones

muy bellas y acariciando la cabeza del español, que sorprendido y agradecido, pensando haber encontrado la aventura perfecta, dejaba hacer. Alexandrona, que así dijo llamarse la rubia, sabía bastante alemán, que con las palabras de ruso de Magriñá y su amigo sobraba para entenderse.

Lo bueno fue que al cerrar la noche, diciendo que iban a buscar vodka, les dejaron solos. Cuando ya se empezaban a impacientar llegaron otras dos muchachas, mal vestidas y con cara de hambre, que llevaban un petifón. No supieron o no quisieron contestar a las preguntas de los españoles y dejaron que los sones del gramófono hablaran con ellas.

Pasado el momento de deseo, tanto Magriñá como Llorens se encontraban incómodos y avergonzados. Las rusas cambiaban frases entre ellas, empleando su idioma, a través del estrecho pasillo que separaba las dos camas. Empezaron a reír también. Una risita procaz e irónica que sentaba a los divisionarios como un trozo de plomo en la boca del estómago. Magriñá no pudo resistir más y llamó a su compañero.

—Antonio…, ¡vámonos!

Las prisas de Llorens por secundarle acabaron con todas sus dudas. Las rusas, sorprendidas, trataron de retenerles, sin conseguirlo. Los españoles se apartaron de mala manera y se marcharon, dejando encima de una mesa los víveres que habían traído.

Una vez en la calle, una calle con negruras de aguafuerte y ecos de encrucijada, Magriñá consultó su reloj: eran las tres de la mañana. Hacía frío. La eterna niebla de Vitebsk se movía en oleadas, siguiendo los impulsos de un vientecillo cortante y seco. El sempiterno ruido de la aviación. La «machina», —que decían las rusas—, se aplastaba contra las ruinas mientras los reflectores hocicaban en la cuenca abierta del cielo. Un rumor de bombardeo llegaba desde la otra parte del río. Era un sonido quejumbroso, manso, como lamento de judío, que entonaba demasiado bien con el frío, la hora y las ruinas.

Renegando como desesperados, muertos de frío y abrumados por el asco, emprendieron una retirada apresurada por las callejas, buscando el río y la barca del viejo. A poco, estaban corriendo francamente, como si las sombras estuvieran pisándoles los talones. Se calmaron al llegar a la cinta barrosa del Dvina. No se distinguía ningún signo de vida.

Vagaron por las orillas hasta encontrar un pequeño desembarcadero y en él amarrada una especie de balsa, de las utilizadas por los rusos para trasladar carruajes. Un doble pasamanos protegía los costados y un grueso cable la enlazaba con la orilla; este cable, fijo en una cabria, permitía ir halando el armatoste hasta acercarse a la ribera de enfrente. Tardaron media hora, desollándose las manos, en cruzar el río.

Nuevamente, sirviéndoles de orientación las luces del aeródromo, reanudaron la caminata, buscando la carretera y las afueras de la ciudad. No tenían frío. Sudaban copiosamente y su miedo se había cambiado en un temor agobiante a perderse, a

llegar tarde a una cita comprometida. Sufrieron numerosos altos de los centinelas y patrullas, que si bien abandonaban la ciudad vieja a su suerte, vigilaban con todas las reglas del arte los edificios colosales de la parte nueva y las carreteras. Hubieron de enfrascarse en múltiples explicaciones, aguardar en el centro de la carretera, con las manos en alto, a que el centinela los identificara; esperar el encogimiento de hombros, cómplice de calaveradas; hubieron de apretar de firme hasta distinguir las primeras casas del pueblo donde estaba el batallón.

Llegaron cuando toda la compañía, en pleno desbarajuste, levantaba el campamento. Los oficiales reunían sus secciones y los soldados desarmaban las tiendas y buscaban sus pertenencias por todos los rincones. El teniente Romano los miró y apretó los labios, pero no dijo nada. Los compañeros de tienda les sacaron de apuros.

—Nos vamos —dijeron—. Embarcamos en Vitebsk. Salimos dentro de media hora. ¿Qué tal os fue?

—Estupendo…

Lo de siempre. Bien, pues a recuperar el tiempo perdido. Magriñá no pudo encontrar su capote. Cosas por el estilo ocurrían todos los días. Había quien pensaba que el invierno no llegaría nunca, o que lloverían las prendas como por ensalmo… El caso era que los capotes y las botas se quemaban, se perdían, se cambiaban por *masla* y *yaicos*. Paciencia…

La media hora se dilató hasta los ochenta minutos. Después, en columna de marcha, carreterita adelante hasta la ciudad, frotándose las manos y cantando, para no perder la costumbre. Se marchaba bien. Los días de holganza y las patatas habían traído las vacas gordas del sueño de Faraón, o, por lo menos, los rabos.

La compañía empleó cerca de cuatro horas en alcanzar la ciudad, por el mismo camino que Magriñá y Llorens invirtieron dos. La niebla se fue levantando poco a poco y los grandes edificios, todos con los cristales rotos y los balcones desprendidos, fueron apareciendo. Por lo visto eran ciertos los toros. Se iba a la estación, o lo que restaba de ella.

Los embarcaderos habían sido concienzudamente bombardeados, primero por los alemanes, por los rusos después; todo aquello era un puro caos de rieles levantados, carruajes destruidos y depósitos de hulla incendiados que todavía humeaban. Los alemanes, desde luego, no habían perdido el tiempo rehabilitando toda la estación. Limitaron la cosa a amontonar la chatarra en algunos andenes y dejar expeditas un par de vías, levantando unos tinglados para el embarque de piezas artilleras. La compañía hubo de esperar hasta las cinco de la tarde a que su convoy estuviera listo. Al fin, dos compañías por unidad de transporte, quedó todo terminado para colocar el tren en un desviadero, esperando ruta libre.

Toda la vida se habría de acordar Magriñá de aquel viaje. Los vagones eran rusos, más anchos que los alemanes, pero de tablas mal encajadas, con rastro de la metralla en los costados. Allí habrían de permanecer ocho días, dos en Vitebsk, esperando la

señal de partida, y cuatro más por el camino. Un camino que se acercaba al frente, con paradas eternas en las estaciones donde un viento crudísimo azotaba los andenes, con un frío enorme penetrando por los rincones del vagón, con guardias al aire libre al pie de las ametralladoras antiaéreas.

El día 8 se llegó a un poblado destruido que debió de ser importante, Dno, que los camaradas llamaban Deno; poco después se llegó a otra ciudad: Staraja Russa. Allí apartaron el tren en una vía muerta. Otros trenes fueron llegando e iban siendo desalojados, emprendiendo los divisionarios una nueva marcha, que era acogida con satisfacción por todos. El tren había comenzado a convertirse en un potro de tortura y era preferible caminar a soportar el frío y el humo, pues las únicas estufas que pudieron improvisarse eran simples fogatas sobre el piso protegido con unas chapas de hierro o acero que abundaban mucho.

Nadie sabía lo que estaba pasando. Empezó a nevar. Un aguanieve que no llegó a cuajar pero que dejó temblando de frío hasta las piedras. En los vagones no había otra ocupación que esperar, nadie sabía qué. Estaba prohibido hacer excursiones, por escándalos anteriores. La comida empezó a bajar de tono de un modo alarmante, aguándose los caldos y empequeñeciéndose las raciones en frío. Los oficiales decían que en la estación donde ellos tenían que desembarcar había un atolladero imponente, producto del mucho material que se debía de apear, sin estar la estación en condiciones, que apenas era un muelle de unos metros de longitud, donde sólo podían colocarse dos vagones.

El día 11 empezó a rodar de nuevo el convoy, para ir a detenerse en un descampado, donde todos los vientos fríos de la meseta del Waldai parecían haberse dado cita. Espera de mayor o menor humor, inmersos ya en un clima total de guerra. El día 12, fiesta de la Raza, empezó a nevar de firme. Ya no se habría de interrumpir la nevada, cuajándose la que caía que, algo bueno tenía que tener, iba cubriendo tanta fealdad como en el suelo había.

Empezaron a escasear los suministros. Un día después ordenaron, ante la falta de pan, que se echara mano de las raciones de reserva, unos panes envueltos en papel celofán, muy harinosos, que se podían conservar mucho tiempo. Magriñá estaba aquel día de puesto en una pieza. Es decir, debiera de estar; pero el frío y la falta de capote le habían obligado a buscar una garita donde los carreros tenían medio bidón de gasolina lleno de brasas. No se enteró del jaleo que se había armado en la compañía buscando los panes, que faltaban, según demostró una apresurada requisa.

Se mandó formar la compañía en los andenes. Se preguntó por el pan. Nadie sabía nada. Todos se habían comido el famoso rancho de hierro, el que, según las instrucciones, no se debía de tocar más que en caso de extrema necesidad. Pero de los panes no se sabía nada. Se mandó buscar a los centinelas. A Magriñá se le encontró en la garita. Y el pan, precisamente, iba en la batea descubierta donde montaba puesto.

El teniente Romano formó a los centinelas delante de la compañía.

—Han desaparecido cinco sacos de pan. ¿Quién ha sido? Ustedes estaban de guardia. ¿Quién se acercó a los carros esta noche?

Nadie sabía nada. Por decir verdad, no podían saberlo. El que más y el que menos abandonaba el puesto para calentarse. El teniente leyó esto en las cara de los culpables.

—¡Claro! ¡Han abandonado ustedes los puestos! ¿Tenían frío, verdad?

—Sí, mi teniente —contestó Magriñá.

La contestación le valió un fustazo que le dejó los ojos llenos de estrellas.

—Tiene usted frío… ¡Vamos! ¡Le aseguro que entrará en calor enseguida, sin abandonar el puesto! ¿Dónde está su capote?

—Me lo robaron en…

No pudo terminar. Una serie completa de fustazos le cerró ojos, boca y nariz.

—¡En la División no hay ladrones! —gritaba el teniente.

—No, señor…

—Lo habrá perdido…

—Sí, señor.

—Muy bien. Pérdida de equipo y abandono de puesto… Vaya usted a buscar un trípode.

Lo mismo dijo a los demás centinelas. Se refería, naturalmente, al de las ametralladoras, un artilugio que pesaba treinta kilos.

Magriñá y los restantes culpables hubieron de permanecer impasibles mientras el cabo Turmo les amarraba el tres pies a las costillas.

—¿Listos…? ¡Paso ligero… ar!

Magriñá aguantó dos horas. El cabo, que procedía de La Legión, igual que el teniente, se encargaba de activarle a verdascazo limpio. Se desplomó al lado de un montón de desperdicios. Le quitaron sus arreos y fue conducido a su vagón.

Y lo que decía luego Llorens, con más razón que un santo.

—Es la guerra, hermano, la hermosa guerra…

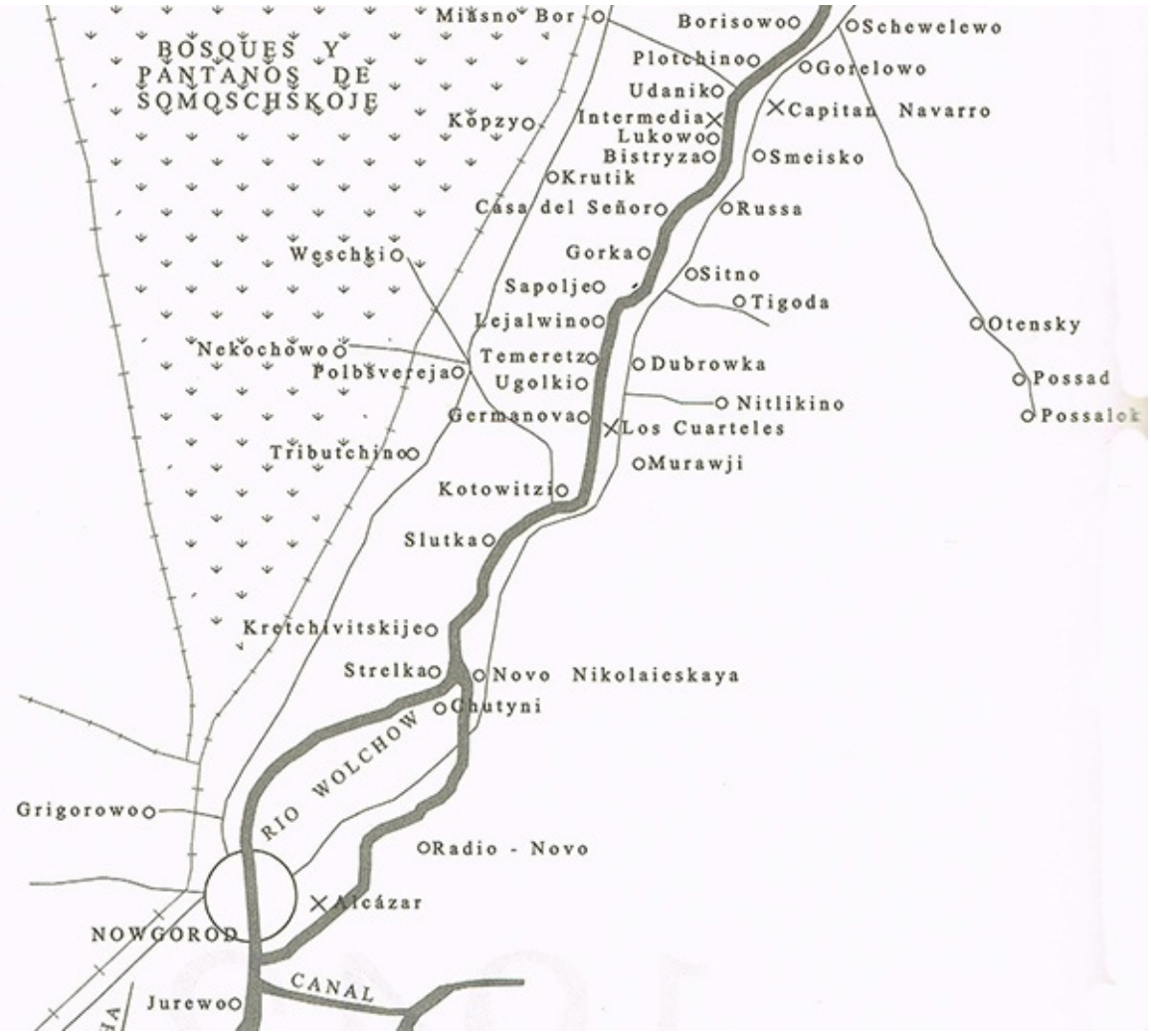
Que motivó que su amigo lo enviara a un sitio muy feo, al que no fue, desde luego.

Por fin, dos días después, el tren reanudó la marcha. Por un paisaje nevado, entre lejanos ecos de morterazos y fusilería, se alcanzó una ciudad, Nowgorod, y un pueblo, Grigorowo, donde se decía que estaba el Cuartel General de la División. Se descargó el material y aquella misma noche se marchó hasta alcanzar un poblado, pasada una carretera de mucho tráfico. Había otros camaradas deambulando por allí.

—¿Dónde está el frente?

—Allí.

Y señalaban un punto al otro lado de la carretera. No se veía nada. Si acaso, por decir la verdad, una zona oscura entre campos nevados. Pero era suficiente… porque de allí llegaban unos tremendos sonidos. Y los ruidos del frente son inconfundibles.



Frente de Nowgorod. Zona Norte (Nota del E. D.)

El frente

La «Casa del Señor»

Los alemanes habían dicho que aquella posición se llamaba *Herren Haus*. Y los españoles se apoderaron del nombre del mismo modo que se apropiaban las trincheras. Pero españolizándolo. La Casa del Señor. Estupendamente. Un nombre magnífico. Un nombre que habría de entrar por la puerta grande en la historia chica del sargento Domingo.

Aunque, pensándolo bien, el nombre tenía algo de irreverente. El Señor, para los españoles, sólo podía ser Dios. Y su Casa, la Iglesia, la *Domus Dei* de todos los creyentes. Pero en Rusia sucedía otra cosa, por lo visto, pues aquella Casa del Señor no tenía nada de sagrada. Era, o había sido, un palacio campestre, una granja, una posesión rural de algún duque o archiduque del tiempo de los Zares. El señor de marras, vamos, que hasta fuera muy posible que tuviera esclavos. Con los sóviets había sido *koljós* y hogaño era posición adelantada donde unos soldados españoles esperaban al enemigo soplándose los dedos amoratados por el frío.

La posición estaba muy cerca del río Wolchow, sobre una eminencia del terreno, a la izquierda del cruce de caminos de Gorka a Udarnik y a Nowaja Bistryza. El frente, en aquellos lugares, discurría a la par del río, que separaba las posiciones antagónicas, que, en el peor de los casos, se encontraban a un kilómetro unas de otras. Las infinitas casas esparcidas por ambas orillas y las crestas de las colinas señalaban, con toda seguridad, la línea del frente.

El 2.º Batallón ocupaba una línea muy extensa de dicho frente, enlazando por el Norte con la División 18, alemana, como decían todos los voluntarios que no acababan de acostumbrarse a la idea de que sólo ellos, la *Blau Division*, eran la excepción. No dejaba de tener gracia el asunto: «Es una división alemana —decían—. Más abajo hay una división alemana. Por arriba hay una división alemana…».

La división germana se extendía hasta Schudowo. Cerca de Udarnik enlazaba con el 2.º Batallón del dos-seis-nueve, que, por Staraja, Nowa Bistryza, Casa del Señor y Gorka llegaba hasta Petroskoye, donde ya empezaba el 1.º Batallón.

Y en la Casa del Señor se encontraba, desde hacía tres días, el sargento Domingo con su pelotón. Mucho terreno. Demasiado. Si decía él, o decían los del Batallón que tenían diez kilómetros de frente por compañía, serían motejados de embusteros, como buenos andaluces. Verdad era —no se podía negar— que la casi totalidad del Batallón procedía de Sevilla, aunque maldita la gracia que tenía el que se lo echaran a uno en cara apenas abría la boca.

Cada vez que Domingo recordaba a su Seviyiya —y eran setenta y siete veces al día— se le abrían las carnes. El callejón de las Aguas, con sus tapias llenas de flores

y sus cancelas embrujadas atrayendo los pasos perdidos de todos los enamorados, le tenía enmohecido el recuerdo. Tenía que tragarse aquello como se tragaba otras muchas cosas, pues Rusia no dejaba lugar para el recuerdo. Pero se salvaba la alegría. ¡Que nadie dijera que los sevillanos se achicaban un tanto así porque hacía frío! ¡Mentira! Cuando el frío se hacía intolerable se cantaba mejor. ¡Er mundo, mi niño!

El 2.º Batallón era el más veterano en la *Blau*. Había entrado en línea la noche del 11 al 12 de octubre. No mucho antes, la verdad. Pero con todo y ser pocos los días transcurridos, ya había conocido el bautismo del fuego. Fuera la noche antes, un poco más arriba. Un batallón enemigo, enterito, había intentado atravesar el río con el fin de averiguar quiénes eran los extraños huéspedes que sustituían a los tranquilos alemanes. Se habían encontrado con un cacao tremendo. Su batallón de incautos había quedado para los restos… Cerca de cien prisioneros y muchos muertos en las dos orillas del río; porque, eso sí, había llegado a cruzarle para volver a repasarle enseguida.

Pero todo aquello había sido más arriba. El sargento Domingo no había intervenido. Sin embargo, se consolaba; aquella noche entrarían él y los suyos en el fregado. Por eso estaba armado de punta en blanco, con los peines rebosándole las cartucheras y los bolsillos, con las bombas colgando como palillos; por eso aguardaba. Aquella noche intentarían un golpe de mano. Era preciso reconocer la orilla opuesta, la misma orilla que se divisaba desde allí, sin señales de vida.

Aguardaban. Tenían que aguardar. Las mejores horas para las sorpresas eran las que precedían al amanecer, cuando reinaba una oscuridad completa y se relajaba la vigilancia. Habrían de reconocer el terreno y hacer prisioneros. Prisioneros, desde luego, desde la noche antes, tenía de sobra el oficial de Información; pero decían que querían más. Bueno…

En un rincón, monstruosamente hinchadas, se ocultaban unas canoas de goma. Con ellas se atravesaría el Wolchow. Aquellos alemanes eran unos tíos enormes y seguro estaba que en aquellos chismes navegarían como las señoritas por el Guadalquivir. Quizá, al volver, tuvieran alguna prisa más que al ir. Cosas de la guerra. Esperaban. El tiempo pasaba muy despacio.

Recordaba Domingo los días anteriores, el relevo apresurado, los alemanes que les miraban, a ellos, los españoles, como si fueran habitantes de la Luna. Recordaba aquella carretera, llena de tanques cuando ellos pasaban, tanques que iban al frente de Leningrado, allá arriba; recordaba todos los detalles de organización guerrera en el frente y en la inmediata retaguardia: hospitales, *comandatüres*, Planas Mayores, *Feldgendarmes* en los cruces, cantinas y cocinas humeando.

Aquello quedaba atrás, no mucho, la verdad. El frente estaba allí, delante de sus ojos. Una cosa lo igualaba todo: la nieve. Una nieve que en los caminos lo volvía todo negruzco, helado, donde los soldados tenían que caminar a saltos, como si fueran pajaritos. Lejos de los caminos la nieve permanecía blanca, ocultando las desigualdades del terreno, enmascarando los setos y los parapetos.

La escuadra del fusil ametrallador ocupaba una chabola. Casi toda la compañía residía en la Casa del Señor; pero los ametralladores tenían que cubrir unas profundas barrancadas que se abrían perpendiculares al río. No existían, en realidad, trincheras ni líneas corridas de frente. Las unidades se apoyaban en los caseríos desde los cuales, en pleno día, era fácil la vigilancia; por la noche, algunas patrullas mantenían las comunicaciones.

El relevo se había hecho sin demasiadas ceremonias. Los guías alemanes se ponían delante y, ¡vamos!, tú por aquí y yo por allá, iban todos quedando encajados. Los soldados no se preocupaban gran cosa. El jaleo era para los capitanes y los enlaces; unos que marchaban y otros que llegaban; tenientes que buscaban a los capitanes, capitanes en pos de los comandantes y éstos corriendo tras la sección de Estado Mayor que les aclarara las dudas, porque los germanos, por un ejemplo, se llevaban las líneas de transmisiones, barriendo para casa que daba gusto.

Todas esas cosas les tenían sin cuidado a Domingo y sus camaradas. Allá se las entendieran las Planas Mayores con los itinerarios, los escalones de aprovisionamiento, la circulación, el aprovisionamiento y las vigilancias en retaguardia. Los problemas del frente eran otros, los de siempre, los eternos: el frío, las comidas, el material, que si parecía abrumador durante las marchas, ahora parecía escaso.

Las noches eran tranquilas. Menos la anterior, naturalmente. El amanecer se singularizaba por carecer de toque de diana. Amanecía tarde. Las noches eran muy largas. El día se caracterizaba por una grisalla imperando sobre todos los contornos, igual que la nieve, la dichosa nieve. El cielo, encapotado, gris, parecía una mala pesadilla. De cuando en cuando parecía que arrojaban puñados de nieve. Al anochecer empezaba a soplar el viento, que en la depresión del Wolchow se encajonaba y dejaba tiritando a todo bicho viviente. ¡Aquel viento! Domingo recordaría toda su vida las horas pasadas en la orilla del río, sufriendo el constante azote del helero en pleno rostro. Algunas veces se calmaba y todos se miraban, como si no acabaran de creerlo. Enseguida volvía, levantando nubecillas de nieve, de cristales de agua, polvo blanco, inhumano, que se metía por todos los resquicios y helaba las respiraciones.

Allí se empezaban a pagar, todas juntas, las impremeditaciones, los galleos. Domingo conservaba bastante bien su capote, lo mismo que Basilea, y que Agullana, y que Urumea; pero Montañar y Bernabé, por no ir más lejos, los tenían recortados y desgarrados por cien sitios, sin contar el chaval del segundo pelotón, que lo había perdido. Estos últimos se pasaban el día entero con las manos en los bolsillos, pateando como desesperados.

De todas formas, con capote o sin él, se tenía más frío del que parecía humanamente posible aguantar. Aquellos días de la segunda decena de octubre fueron demasiado fríos. Con sus botas quemadas o rajadas —a fin de procurar alivio a los pies durante la marcha— y sus abrigos insuficientes, los soldados acudían al recurso

de colocarse por encima de la cabeza la manta, como viejas pueblerinas acudiendo a misa de ocho.

Los días se soportaban con paciencia. Las noches eran francamente malas. No podía ser ningún consuelo pensar que podría haberlas peores. Se vivía dentro del instante, que era lo que importaba. Y algunos instantes parecían eternos, como cuando los rusos tiraban sus bengalas que obligaban a las patrullas a aplastarse contra el suelo. Había tiempo, en el minuto escaso que duraba la intensa iluminación, para pensar en lo pasado y lo que tenía que pasar.

El frente era así. Y los españoles eran como eran. Unos buscarruidos. Los rusos, por lo visto, estaban desconcertados. No sabían quiénes tenían enfrente. Por eso, sin duda, la intentona de la noche anterior. Poca paciencia… Que esperasen unos días y lo sabrían todo. Alemanes no podían ser unos soldados que caminaban por encima de los parapetos y fisgaban por todas las enfiladas como si estuvieran en la calle de las Sierpes…

Aquella noche no dormía nadie en la Casa del Señor. Ni en la vaguada. La sección de Asalto del teniente Galiana se encontraba a dos pasos, esperando. Decían que el coronel también estaba esperando, en la quinta, el resultado de la operación. En la Casa del Señor había algunas habitaciones tibiamente acogedoras. Hasta tenían luz eléctrica, con las baterías de los coches.

¡Otra bengala! Los rusos parecían inquietos. Se acercó un sargento de la sección de Asalto para preguntar la hora. Eran las tres. Las patrullas empezaron a arrastrarse a la orilla, con los botes de goma, hasta donde estaban los escuchas.

Se acercó un teniente.

—¿Frío?

—No. Miedo.

—Me alegro…

¿De qué se alegraría el teniente? ¿De que tuvieran miedo? ¡Caramba! ¿Sería porque el miedo se disimulaba temblando? En fin de cuentas, tanto daba la tiritera por una cosa que por otra.

Sobre las tres y media dieron orden de acercarse todos al Wolchow. Tenían que reunirse junto a los montones de paja. Domingo conocía aquellos montones, donde los escuchas se tumbaban, haciendo menos penosa la espera. Las canoas se ocultaban allí mismo. La noche era oscura. No hubo bengalas en un buen rato. Al cabo, surgió una, como por compromiso. Al apagarse pareció acentuarse la oscuridad. El oficial estaba de pie, en la orilla, calculando la deriva. Se imponía navegar oblicuamente. Con un poco de suerte se podría alcanzar una playa doscientos metros más abajo. El Wolchow tendría en aquel punto unos cien metros de anchura. Las aguas bajaban mansas, próximas a la congelación. Domingo pensó que peor que un tiro sería mojarse el culo.

—¡Vamos!

Empezaron a embarcar. El bote se tambaleaba peligrosamente. Los pies y las

manos tocaban en blando y la sensación era muy rara. Salpicaduras. Algunos se mojaban hasta las rodillas. Menos mal que en la orilla quedaban los escuchas para empujar. El fusil ametrallador se colocó delante. Con unas paletas muy anchas se empezó a maniobrar.

Fueron apenas unos minutos. Eternos, desde luego. Los botes, con la gente agazapada, parecían monstruosas tortugas. Salpicaduras de los remos, y al que le tocaba, le tocaba… rechinar los dientes, se entiende.

Un topetazo indicó que habían llegado. Fueron los segundos; antes arribara el bote del oficial. Llegó el tercero. Los soldados del primero ya estaban desparramados, esperando la reacción enemiga. No la hubo. Tendrían frío o se habrían dormido. Mejor.

Se quedaron tres hombres junto a los botes, tumbados. El teniente ordenó la sección en tres direcciones. A Domingo, con su pelotón, le tocó subir. Tendrían que explorar a lo largo y a lo ancho, sin abrir fuego más que en caso necesario, para no comprometer a los demás. Caso de encontrar resistencia, se retrocedería. Cubrirían, entre todos, cerca de medio kilómetro.

Aquella orilla del río era más baja que la española, con más barrancas donde el Wolchow se debería de atragantar en los deshielos. Comenzaron a rastrear, apretando los dientes para interpretar toda sombra. El viento soplaba de lado, con su gemido característico. Algunos árboles chascaban como si fueran a reventar, quemadas sus maderas por el frío. Cuatro pasos, pisando como los ángeles —como, después, habría de contar Domingo—, buscando el arrimo de un tronco caído o un desnivel, detención obligada para aspirar el aire y tomarle el pulso a la noche. Nada, no se escuchaba nada…

Abandonaron por fin las inmediaciones del Wolchow. Terreno bastante despejado, con suaves ondulaciones, arbustos pequeños y charcos helados donde las botas resbalaban. Ninguna señal del enemigo.

Casi empezaba a sentirse chasqueado. Media hora después se encontraban ante una senda bien trazada. Un grupo de casas se recortaba a lo lejos. Según sus cálculos, habían recorrido un kilómetro desde el río. Señales de pasos y hogueras. A la derecha quedaba un pequeño montículo, a la izquierda un barranco. Se reunieron todos en la prominencia. Iba a disponer que dos soldados se arrastraran hasta las casas cuando una ráfaga de ametralladora, seguida de un bombazo de mano resonó un poco más abajo.

Hubo unos instantes de profundo silencio. Empezaron después, sin orden ni concierto, a resonar disparos. Pudo impedir que su gente le diera gusto al dedo. Unas bengalas, arrojadas a toda prisa, iluminaron el espacio. A su luz vieron abandonar el grupo de casas a unos cuantos soldados. ¡Los rusos! Arrastraban una ametralladora y venían en su dirección. Sin saber cómo, se encontró disparando. Los rusos, desconcertados, volvieron a las casas. El fuego se había generalizado en un pequeño sector. La orilla amiga seguía silenciosa.

Detuvo el fuego para cambiar el peine. De las casas no salí ningún disparo. Se le ocurría que podrían los rusos haberse retirado, temiendo ser atacados por fuerzas más numerosas. Hizo una señal a los chicos y tiraron para adelante, con frecuentes tripadas en la nieve. Las bengalas brotaban ahora ininterrumpidamente. Una de ellas se quedó inmóvil encima mismo del pelotón, meciéndose en su invisible paracaídas. Se apagó, al cabo, y una última carrera les llevó hasta las casas. Las rodearon antes de entrar. El cabo Basilea se adelantó con cinco hombres. Acompañado de Agullana fue pasando, como un huracán, por las casuchas, apenas miserables refugios arruinados por los morteros y vueltos a reparar. Todas tenían un discreto fuego en el hogar. Pero en aquellos instantes estaba sudando y maldita la falta que le hacía más calor. Equipos, mantas, unos papeles en un rincón, que estrujó y se metió entre los botones del capote, un gato negro acurrucado junto a una estufa…

El concierto empezaba a tomar grandeza. Un endemoniado fuego de ametralladoras batía el sector. Algunos impactos en las casucas indicaron que estaban en zona batida. Al salir se encontró con Basilea, el que, con más gestos que palabras, le dio a entender que cien metros más allá había una carretera y unos edificios de ladrillo, desde los que disparaban.

Había que volver. No llevaban prisioneros. Para decir verdad, ni siquiera habían encontrado muertos o heridos. Tampoco tenían bajas propias. Para retirarse no guardaron ceremonias. Después de soltar unas ráfagas saltaron hasta la barranca y desde allí, buscando los desniveles, la orilla del río. La artillería rusa comenzó a disparar a tontas y a locas, barbeando la corriente sin demasiada puntería.

El teniente y los restantes hombres de la sección fueron llegando con bastante prisa, pero sin novedad apreciable. Buena suerte. Cambio rápido de impresiones y el oficial que dispara una bengala de señales. Y vuelta a las embarcaciones. Las luminarias rusas comenzaron a iluminar el bosque, sin localizar enteramente el lugar de la sorpresa. Estupendo.

Los botes, en la corriente, navegaban a saltos. Nada de particular tenía que cada metro en avante dieran tres vueltas en redondo. Dependía. Dependía de la fuerza que pusieran en los remos los que remaban. Bien fuera la banda derecha o la izquierda, bien fuera la fuerza de cada cual, la maestría o en canguelo, que también del miedo se sacaban fuerzas, y hubiera sido tonto decir que no se tenía su correspondiente parte de pánico.

Esperaba el coronel. El teniente se encargó de dar el parte de la descubierta. Domingo entregó sus planos, que estaban escritos en ruso, cosa que les sorprendió a todos…

Media hora después, Domingo y su pelotón se encontraban en una habitación bien caldeada, despachando como podían las numerosas preguntas que se les hacían. Les dieron café. Lo exigieron, para ser más exactos, so pena de cerrar la boca. Les hacía falta. Pasada la calentura del combate, las mojaduras y el cansancio imponían la acostumbrada tiritera. Había español que empezando a tiritar nada más llegar a Rusia

esperaba regresar a España para entrar en calor.

El resumen de Domingo fue el siguiente, que fue escuchado con toda reverencia. Los rusos no tenían línea corrida de frente. Por aquel sector ocupaban, como ellos, caseríos que albergaban la casi totalidad de las fuerzas, excepto las patrullas sueltas y los centinelas cerrando los espacios vacíos. Centinelas que, por otra parte, aquella noche debían de estar durmiendo o corriéndose una juerga con algunas *panienkas*. En resumen: la orilla del Wolchow estaba débilmente guarnecida. La línea del frente podía considerarse siguiendo una carretera, paralela al río, a una distancia algo superior al kilómetro.

Comienza la ofensiva

18 de Octubre. «Posición Navarro»

La ofensiva propiamente dicha empezara al atardecer del día 18, por el sector del 2.º Batallón. El cabo Elaspe lo sabía mejor que nadie, excepto los jefes, naturalmente. Cuidando su radio portátil, en la orilla del Wolchow, había observado las maniobras de la sección de Asalto cuidando los botes de goma y la zona del desembarco. Era exactamente lo que estaba haciendo entonces, mientras la sección del teniente Escobedo se partía el pecho en la altura aquella noche donde se estableciera la cabeza de puente.

Un soldado de transmisiones, con sólo tener cabeza para ir ordenando los tremendos partes que pasaban por sus manos camino del PC, tenía más que suficiente para tener el miedo en mayor cantidad que el soldado de primera línea. Elaspe no era ninguna excepción. Escuchaba el tremendo fragor de la batalla y empezaba a dudar de todo. La operación fracasaría, el desastre no tardaría en producirse y ya podrían prepararse para salir corriendo.

Siempre ocurre igual. En los parapetos, manejando el chopo y tirando bombas de mano, el soldado no tiene tiempo para pensar en el miedo. Los escalones inmediatos lo sufren por él. Escuchar el silbido de las balas, el susurro de los morterazos y el eco de las propias detonaciones sin una intervención directa, supone siempre una visión pesimista del jaleo.

Desde el puesto de mando pedían noticias cada instante. Las soltaba él, por medio, o mediante estafetas, aprovechando los viajes de la sección de Asalto. A su vez, recogiendo las antenas del viento, se iba haciendo su composición de lugar. De vez en cuando le llegaban algunos heridos y prisioneros, que completaban las informaciones.

El día anterior, el teniente Aragón había iniciado la operación con una sección, ocupando la cresta a un kilómetro del río. Pero no se había podido sostener ante los contraataques del enemigo y se había retirado, llevándose, cosa curiosa, más prisioneros que fuerza propia. El teniente Escobedo había repetido la operación el 19, al atardecer, con una sección para ocupar la posición, otra, la de Asalto, para sostener las comunicaciones, y unos hombres para enlazar por radio y teléfono.

Elaspe había quedado junto al río, con su aparato de radio, lanzando nerviosos partes, mientras escuchaba tiros por todos los lados. El primer envío, sin tiempo para cifrados, había sido para anunciar la toma del objetivo. Después, para manifestar que la posición se mantenía y procuraría mantener toda la noche hasta que, al día siguiente, fuera reforzada.

Aquello se decía en pocas palabras. Pero había un mundo de sensaciones

intermedias; sensaciones que, de puramente personales, no se podían tener en cuenta, no importaban, pues el que tuviera miedo un soldado sólo le podía importar a él. Y disimulando, que es gerundio.

Las dos primeras horas fueron bastante tranquilas. El cruce del río se hizo sin novedad porque una revuelta en la corriente protegía el avance. Primero pasaron los hombres y luego los de Asalto se encargaron de volver con municiones. Y la sección del teniente Escobedo había partido hacia un punto que desde donde se encontraba Elaspe no se divisaba. Recordaba a los soldados, cargados como acémilas con las máquinas y las cajas de munición, persignándose antes de empezar el avance. Media hora después habían empezado los tiros. Emoción. Tensa espera. Y el parte: «Posición ocupada». Y un aviso para los que fueran llegando: «Zona minada en los barrancos». En el asunto de las minas, según decían, los rusos tenían mucha práctica.

Cuando empezaron a llegar las bajas, un muerto y siete heridos, la vista de la sangre le trastornó un poco. Había ayudado a trasladar los heridos a los botes y se había manchado. La sangre le recordó que dos días antes un suceso había conmovido a toda la División: un impacto directo de mortero sobre una casa había matado al jefe de la Cuarta Compañía, capitán Navarro, al sargento Javier García Noblejas y a cuatro falangistas más, todos de Madrid. La casa había ardido como la yesca y su resplandor atraído el homenaje de todos los camaradas. Cosas de la guerra.

Al oscurecer se sentó a su lado el sargento Archilla. Le ofreció tabaco. El sargento estaba agotado. Todos estaban agotados. Parecía imposible que pudieran resistir. La sección de Asalto estaba llevando un tute tremendo. De aquí para allí, según explicó Archilla, cuatro noches sin dormir: golpe de mano en la Casa del Señor, golpe de mano en Germanowa, cabeza de puente en aquellos instantes.

—¡Y la noche que se prepara…! —murmuró, tiritando.

Elaspe asintió. Empezaba a creer que ni llegarían vivos al amanecer. Aunque, bien mirado, peor lo pasaría la sección que estaba dando el callo.

Con la noche cerrada empezó el jaleo. Fue una sesión espantosa de disparos, tableteos incesantes de ametralladora y sonidos secos de bombazos. No se podía hacer nada. Esperar a que fueran llegando partes. Desde el PC apremiaban para que fueran cursando noticias. No se sabía nada.

Las noticias llegaron al decrecer el combate. La llegada de treinta o cuarenta prisioneros, conducidos por cinco españoles, dio la pauta del instante. El contraataque enemigo había sido rechazado. Atacara un batallón entero, pero la sección estaba bien parapetada y las máquinas tiraban como demonios. Los camaradas volvieron a marchar, llevándose munición y dejando los prisioneros. Elaspe no reparaba mucho en los rusos, aunque sí pudo darse cuenta que ayudaban a trasladar municiones y parecían impasibles ante su suerte, casi sin vigilancia. Ocurría que todos ellos, los soldados españoles, habían deseado enfrentarse con los rusos. Ahora los tenían delante, vencidos, y nadie parecía darles la menor importancia. Nadie les maltrataba y ellos parecían mostrar su agradecimiento como si fueran soldados propios.

Noticias para el Mando: «Muchas bajas enemigas. Prisioneros abundantes. Demasiados. Seguramente pasados, pues se presentaron en grupos». «Nuevo contraataque a las diez de la noche, rechazado sin dificultades. Más prisioneros». Y respondían felicitando: «Bien, muchachos. Aguantar hasta mañana, cueste lo que cueste». También interesaban, nerviosamente, noticias sobre la reacción enemiga.

A las doce arreció el follón. La artillería enemiga entró en acción, castigando la orilla del río Wolchow. Los pepinazos que caían al río levantaban un surtidor de aguas heladas. Trataban, sin duda, de impedir la llegada de refuerzos, señal de que atacarían decididamente la posición. Desde la situación de Elaspe no se podía ver gran cosa; si acaso, las balas trazadoras y las bengalas iluminándolo todo. Pero se podía escuchar. Y el ruido era tremendo. Las ametralladoras españolas cantaban incesantemente. Hubo un instante en que una de ellas cesó. Se escuchó seguidamente el estallido de las bombas de mano. Se estaba luchando cuerpo a cuerpo.

Parecía imposible que se pudiera aguantar aquello. Elaspe, en su agujero, temblaba como un azogado, bajo un ataque de miedo. Otra vez la sensación aplastante de que todo estaba perdido, de que en aquellos momentos el enemigo acababa de aniquilar a los camaradas de la posición y estaba rebasando la carretera, marchando al encuentro de los que cubrían la cabeza de puente.

Pero el jaleo no amainaba. Volvían las ametralladoras… «rararatataa… rataratararratata…». ¡Se resistía! ¡No, no podía ser, imposible! No podía el corazón humano resistir aquello. Del PC mandaban entonces… «¿Qué sucede? ¡Vamos!». «Contraataque enemigo. No se tienen noticias». «¡Hay que resistir!». «¡Está bien…!». «¡Noticias!». «¿No podrían venir refuerzos?». «¡No es posible ahora! ¡Mañana!». «¡No se podrá aguantar…!». «¡Hay que aguantar!». «¡Está bien…!».

En una de las ocasiones se le fue la fuerza por la boca y radió, sin clave: «Situación imposible…». Y enseguida empezaron a llegar llamadas: «¿Qué sucede, vamos? ¿Quién da el parte? ¿Fue el teniente?». La callada por respuesta. El coronel envió un recado… urgente: «Me dará cuenta enseguida de la situación». «¡No se puede resistir…!». «Le voy a pegar a usted una patada en tal parte… y en cual…».

Poco después fue cesando todo. Disparos aislados fueron punteando la noche. Casi sorprendía el silencio. Los de la sección de Asalto, nerviosos, se aprestaban a patrullar. Era la una. En sesenta minutos había transcurrido todo. Parecía imposible.

Y como siempre después de los ataques, empezaron a llegar los heridos: ocho, todos leves. Y la verdad del asunto: ataque enemigo rechazado; un batallón aniquilado.

Respiró Elaspe, respiró el PC, respiraron todos. Y la noche fue transcurriendo sin más novedad. El enemigo debía de haber agotado sus reservas y no eran de temer nuevos contraataques. Mejor, mucho mejor. Se podría respirar, descansar un rato, aunque entonces, calmado el fuego del combate, el frío volviera a recobrar sus viejas prerrogativas.

A las ocho de la mañana empezaron a llegar los refuerzos. Primero, en los botes

de la sección de Asalto, pasó una compañía. Los hombres iban agotados. La artillería enemiga cañoneaba sin demasiada pegajosidad. La compañía de refuerzo salió enseguida para la posición. Los cañones rusos empezaron a bombardear en aquella dirección.

No pasó más fuerza en toda la mañana, que se ocupó en traer municiones, evacuar heridos y prisioneros y tender líneas telefónicas directas con la posición. Elaspe, con su radio, quedó en situación de emergencia. Podían romperse las líneas. Además, cuando se reanudara el avance volverían a necesitarse sus servicios; tal le dijo el oficial de tren. En resumen: repasaría el río y con el grupo de transmisiones quedaba agregado a la Plana Mayor del comandante Román, Jefe del Batallón. No irían solos. Habrían de esperar a que pasaran el río las compañías que tomarían parte en la ofensiva.

Por lo pronto, todo parecía inmovilizado. La artillería enemiga sacudía de vez en cuando la orilla del Wolchow. Un poco más arriba se escuchaba también un jaleo más que regular. Se decía que los alemanes estaban atacando por el sector de Kussino.

Hacía frío. Una ventisca empezó a soplar por el cauce del río, convirtiéndose a eso del mediodía en un aguanieve sumamente molesta, que enfangaba las riberas y los caminos, aunque era señal de que la temperatura había subido un poco. En la orilla española empezaron a llegar las restantes compañías que iban a reforzar la posición, sin pasar el río, pues decían que una compañía de pontoneros alemanes estaba a punto de llegar, si bien no llegaron hasta las tres de la tarde.

Las compañías que debían de cruzar el río ofrecían un aspecto lamentable; aspeados, sucios, muertos de frío y de hambre, los divisionarios se encontraban más dispuestos a dormir que a combatir, especialmente las dos compañías del dos-seis-tres, la 11.ª y la 12.ª, que venían directamente de la estación al frente. La noche anterior habían llegado a Grigorowo y en camiones habían sido transportados a Polbsvereja y desde allí, con todo el equipo, por caminos llenos de fango, a la orilla del Wolchow. La 11.ª, ciclista, había dejado sus máquinas en cualquier ignorado almacén y presumían todos no habrían de recuperarlas nunca más.

Llegaron por fin los pontoneros alemanes y en una hora dejaron expedita la vía de entrada al terreno enemigo. Tenían botes de goma de sección, y una balsa, que montaron colocando una plataforma de madera encima de cuatro botes de goma. Este artilugio era remolcado por un bote de asalto con motor, que en diez minutos llevaba a una compañía a su destino.

Todavía encontraban los soldados humor para cantar: «Por el río Wolchow bajaba una gabarra, / con setenta falangistas / gritando Arriba España. / Rumba la rumba, la rumba del cañón».

Las piezas de artillería de la batería regimental —cuatro piezas del siete coma cinco— no pudieron embarcar en la balsa, debido a que las orillas no ofrecían consistencia, empezando seguidamente los alemanes la construcción de un muelle que no habría de terminarse hasta el día siguiente.

A las cuatro de la tarde, justo el tiempo para llegar las unidades de refuerzo a la cabeza de puente, empezó el ataque, que duró escasamente una hora. El fragor del combate se fue alejando y los que esperaban en la orilla, ayudando al traslado de municiones, Elaspe entre ellos, no supieron el resultado hasta que el teléfono que unía las posiciones indicó que se había ocupado el pueblo de Smeiko, a dos kilómetros del río, en la carretera de Nowgorod, sin haber encontrado una resistencia seria.

Dos horas después, ya de noche, con hogueras en las dos orillas del Wolchow a riesgo de un cañoneo, empezaron a llegar los evacuados por herida o congelación. Venían amoratados por el frío, calados hasta los huesos y con unos vendajes improvisados sobre la marcha. Enseguida eran trasladados a la otra parte, donde esperaban las ambulancias. Los alemanes se admiraban ante aquellos andrajosos que apretaban los labios para impedir que temblaran. Un par de ellos sacaron botellas de vodka y las ofrecieron a los heridos y éstos las apuraron hasta donde les permitían las fuerzas, cobrando de esta manera una elocuencia especial para responder a las preguntas que se les hacía.

—Buen jaleo, ¿verdad?

—¡Vaya!

—El cacao ha sido tremendo. ¿Hubo muchos muertos?

—¡Digo!

—¿Estáis cansados?

—¡Ozú…!

Eran andaluces, desde luego; ya se notaba en lo charlatanes que venían.

Adelante

Smeiko, Sitno, Russa…

El jaleo había sido intenso y el desenlace rápido. Smeiko acabó por ser ocupado a las cinco de la tarde del día 20, cuando ya la noche llegaba, como los enemigos del Este, trayendo consigo, además de la oscuridad, un bajón de la temperatura.

Ardían dos casas en las afueras del poblado, llenando el claro donde se escondía Smeiko de un agradable olor a resina. El pelotón de Armengol, segundo de la tercera sección, 12.ª Compañía, del Regimiento Vierna, después de haber intervenido en el follón, se disponía a pasar la noche lo mejor que se pudiera. Se decía que por aquel día ya había bastante. Al Siguiente se reanudaría la ofensiva, siguiendo adelante por aquella carretera que cruzaba por en medio del pueblo.

Armengol no podía con su alma. Poco más o menos a todos sus camaradas les sucedía igual. Por lo visto su Batallón estaba destinado a la reserva. Por eso habían sido los últimos en incorporarse al frente, llegando ocho días después que los primeros. Pero al llegar, por aquello de ser la única fuerza disponible hasta que el reajuste de posiciones liberara a otras unidades, habían sido escogidos para acompañar a los andaluces del 2.º de Esparza.

Del combate anterior tenía Armengol una idea bastante confusa; la que pudiera tener un hombre con mucho frío y mucha gazuza. No habían comido en todo el día. Ni era de presumir que cenaran aquella noche. Cosas de la guerra. Se necesitaban más las municiones para las máquinas que los embutidos…

A las tres de la tarde habían cruzado el Wolchow, en una balsa arrastrada por un bote de asalto alemán. Por un camino entre bosques, siguiendo las huellas de otros camaradas, habían alcanzado aquella posición que decían del «Capitán Navarro», donde una sección al mando de un teniente se había defendido toda la noche, permitiendo el establecimiento de la cabeza de puente. En la posición, una vez ambientado, escuchando las instrucciones de los oficiales sobre los campos de minas, habían atacado.

La posición estaba en una altura y desde allí se divisaba, una carretera, con dos o tres pueblos en el radio de visión. Un veterano le enseñó a Armengol el nombre de los lugares: Smeiko, Russa, Sitno y, muy lejos, Tigoda. No había líneas de frente, en el sentido tradicional de la guerra, con trincheras y fortines, sino la misma línea que marcaban los pueblos, con algunas casas de mampostería como reductos especiales. El ataque se redujera a la conquista del primero de los pueblos, cuyas casas, una vez abandonada la altura, costaba trabajo identificar, por lo menos hasta que las casas empezaron a arder.

Armengol había visto los primeros muertos, heridos y prisioneros de su vida. Se

decía que aquello, precisamente, era la guerra. Aquello y un temblor en todo el cuerpo que no era frío, ni miedo, ni asombro. Temblaba sin saber por qué, excitado, nervioso, apretando su fusil. Antes de empezar había estado a punto de provocar un espectáculo. Por lo menos lo creía, temiendo acobardarse, no estar a la altura de las circunstancias. Luego, en realidad, todo había sido de lo más sencillo. Sin ver al enemigo, guiándose por el sonido, avanzó cuando los demás avanzaban y se tumbó al tiempo que los vecinos lo hacían.

Nada del otro mundo. Casi lo mismo que en las prácticas. Como segundo proveedor tenía fusil y había disparado en algunas ocasiones, no muchas, la verdad. La única vez que sintió verdaderamente la certeza de la guerra fue viendo cómo a su derecha un fusilero pisaba una mina y saltaba por los aires como un muñeco roto.

Sentado en el refugio, poco después de terminado el jaleo, se acordó de aquel soldado, desconocido, que había visto morir. Porque debería de estar muerto, aunque no le constara. Un hombre no podía hacer aquella pirueta trágica sin haber dejado escapar el ánima.

El refugio consistía en una chabola alargada, a cien metros del pueblo, construida indudablemente para fines guerreros. Conservaba un olor a humanidad que tiraba para atrás. Allí, acurrucados, deberían dormir los soldados rusos. Aquella noche lo ocuparían los españoles. Apenas se podía estar encorvado y sobresalía medio metro en la superficie. Apenas un agujero. Luís Martí había intentado encender fuego y el resultado fue espantoso. No se podía respirar. Mejor era pasar frío —aunque fuera un frío tremendo— que asfixiarse. Se terminó por encender la hoguera en la puerta, alfombrando con paja todo el refugio. No se podía hacer otra cosa. Las restantes casas y demás refugios estaban ocupados.

El cabo Castelló pasó nombrando patrullas para la noche. La línea defensiva se montaba al otro lado de la carretera, trescientos metros adentrados en el bosque. Se instalarían máquinas y patrullas, en previsión de un contraataque. La primera guardia quedó montada enseguida. Armengol pechó con la última.

Solventados los asuntos de guerra, Vaquero quiso saber si aquella noche se comería.

—El que tenga una lata en la mochila, sí —contestó el sargento Lorenzo, frunciendo el hocico.

Nadie la tenía, naturalmente. La requisa en las casas del poblado había demostrado que los rusos comían berzas crudas. Los prisioneros, por lo que se veía, no tenían aspecto de estar demasiado nutridos. Demasiado mohínos para gruñir apenas los hombres del pelotón se acurrucaron en torno a la fogata. Fue entonces cuando Cecilio Añó se presentó con un prisionero no sujeto a los convenios de Ginebra. Lo llevaba bajo el brazo y el interfecto mayaba como un desesperado.

Un gato. ¿Y qué podían hacer unos soldados con un gato? Rincón insinuó algo de una mascota. Añó le pulverizó con unas tremendas palabras, soberbias de ironía y sarcasmo.

—¿Unas mascota? ¡Bobo!

Bobo rematado, desde luego. Para matar al minino hubo sus más y sus menos. No era cosa de utilizar la ametralladora, no señor; apareció un saco y se introdujo al prisionero. Añó mismo se encargó de dar golpes hasta que cesaron los estremecedores maullidos. Después, despellejado, ensartado y chamuscado fue saboreado con todas las de la Ley. Armengol dijo, y fue aplaudido, que los gatos rusos le inspiraban una cordial simpatía, porque eran muy buenos, buenísimos… Y tenía razón; mucha razón; más razón que un santo.

No hubo novedad durante la noche, excepto algunos disparos aislados de la artillería enemiga, dirigidos principalmente hacia el Wolchow. Por la mañana siguiente se repartieron algunas provisiones y algún café, que hubo de calentarse, pues estaba helado. A las fuerzas que operaban se unieron las 9.ª y la 10.ª del Regimiento dos-seis-tres, con lo cual estaba completo todo el 3.º Batallón de Vierna. Armengol saludó a algunos amigos y fue de un lugar a otro hasta que llamaron a formar. Se reanudaba la ofensiva.

Luego resultó que la carretera estaba estropeada. No la carretera propiamente, sino unos puentes que salvaban los frecuentes barrancos que iban a terminar al Wolchow. Como la batería del siete y medio tenía que apoyar el avance, éste se retrasó hasta que los prisioneros y algunas secciones de fusileros practicaron unas desviaciones. Mientras esto sucedía, los de Transmisiones con su tambor en las costillas enlazaban el pueblo con la posición «Capitán Navarro», se amontonaban las municiones y se enterraba a los muertos.

Hacía mucho frío. Los soldados llevaban las mantas sobre la cabeza y las manos en los bolsillos. Algunos se metían tanto en las hogueras que diríase que deseaban tostarse.

Por fin, a las once, dieron la orden de continuar el avance, instante que fue saludado con canciones y gritos de toda clase. La compañía de Armengol avanzaba por el flanco derecho, siguiendo siempre la carretera. La artillería propia tiraba sosegadamente por encima de sus cabezas. Una batería rusa inició un fuego de contrabatería. Las explosiones sacudían la nieve depositada en las ramas de los abetos. Había niebla y hacía mucho frío. Armengol caminaba casi encorvado bajo el peso de dos cajas de municiones, sin contar el fusil y su dotación y los dos cañones de repuesto de la máquina. Sabía, lo que no dejaba de ser un consuelo, que no iba inmediatamente en primera línea. Los fusileros-granaderos caminaban delante, abriendo paso. Solamente en caso de encontrar resistencia se detenían para dejar que las ametralladoras se emplazaran, protegiendo sus movimientos.

Así sucedió al cabo. Las casuchas de un pueblo aparecieron a lo lejos. Hubo un movimiento de expectación en la columna. Una niebla producida en parte por la humedad y en parte por la pólvora cubría el final de la carretera. El enemigo hacía resistencia. Armengol vio pasar a algunos grupos llevando heridos. Para transportarlos los tumbaban en las mantas y se agarraban las cuatro esquinas.

Las máquinas y los morteros se adelantaron. Armengol vio cómo la suya, manejada por el cabo Castelló, consumía trescientos tiros en unos minutos. Castelló intercalaba las ráfagas largas con las cortas, empleando mucho el «Copita de Ojén» y el «Date el bote, caradura». Armengol vio cómo los infantes rodeaban el pueblo y cómo, tras una breve resistencia, éste era ocupado.

El avance se detuvo para reorganizar algunas compañías que habían sufrido bajas, cosa que se hizo en el mismo pueblo, Russa según decían, al amparo de las casas, bajo las bocanadas de aire caliente de unas casas ardiendo. Siempre ardían unas casas, lamentablemente. Lamentablemente, porque casa destruida, un refugio menos en los días sucesivos. Por eso se procuraba dañar las menos posibles, aunque aquellas condenadas isbas ardían como la yesca apenas una bomba de mano estallaba en su interior.

El avance se reanudó enseguida. Armengol consultó su reloj. Eran las doce. Vuelta a caminar por la carretera. El sargento Babás decía que avanzaban en dirección a la cabeza de puente que había en Nowgorod. Y decía también que cuanto más avanzasen, más fuerzas, de las que guarnecían la línea al otro lado del río, quedarían libres para apoyar el avance. Podía ser verdad, podía ser mentira…

Vuelta a caminar bajo los árboles, aspirando el olor de la pólvora quemada, sudando como fogoneros cuando se saltaba de barranco en barranco, helándose en las frecuentes detenciones en espera de un avance continuo de todas las unidades. Esta peculiaridad de saltar del sudor a la tiritera era lo que hacía penoso el avance. Por lo demás, la marcha no dejaba de ser una pequeña operación. Dos batallones, apoyados por algunas baterías, seguían una carretera, con dos pueblos como fruto.

A las tres de la tarde, cuatro kilómetros más allá de Russa, se endureció la resistencia enemiga. Más morterazos sembraban de metralla las cunetas y un número superior de máquinas cruzaban sus disparos en todas las direcciones. Armengol comentó con su cabo la clase de armamento que utilizaban los rusos.

—Tienen muchas ametralladoras.

Era verdad. Muchas máquinas, toscas, pesadas, pero duras y eficaces. En los dos días de avance se habían recogido lo menos doscientas, de varios tipos, algunos conocidos, como el llamado «ruso» de la guerra española. Y un tipo de fusil ametrallador que empezó a llamarse «naranjero».

Por lo que se pudo saber, atendiendo a que la noche estaba al caer, el avance se suspendía. Quedaban algunas unidades guarneciendo lo conquistado y las demás se retiraron a Russa. La compañía de Armengol fue retirada y alojada en la iglesia, uno de los pocos edificios de mampostería, y por eso mismo, uno de los más endiabladamente fríos. A las cuatro y media era ya de noche. El sargento de víveres repartió rancho en frío —una lata de mortadela para ocho, otra de sardinas y el pan de dos días, que tocó a pieza por barba—. El pan se encontraba helado, mojado, aplastado y enmohecido; pero tostado en los hogares y embadurnado con mantequilla constituía un alimento digno de soldados hambrientos. No faltaban, además, coles,

que los rusos conservaban en unos barriles, y patatas. Lo suficiente para llenar la barriga. El sargento aseguró que al día siguiente habría comida en serio.

Sobre las seis, establecidas las comunicaciones y evacuados heridos y prisioneros, empezaron a llegar más fuerzas: la 9.ª y 10.º del Tercero de Vierna y la 8.ª del Segundo de Esparza, fuerzas que fueron hostigadas por el flanco cerca de Smeiko.

Transcurrió la noche entre alarmas y confusas instrucciones que no impidieron dormir a los que tenían sueño… y se escabullían de las vigilancias, que eran muy duras, cubriendo puesto en pleno bosque para proteger los pueblos y la carretera.

Amaneció el día 22 entre nieblas y frío. Una ventisca suave levantaba nubecillas de aguanieve. Los divisionarios ofrecían un aspecto tragicómico: sucios, sin afeitar desde hacía varios días, algunos de ellos habían cambiado, por las buenas o por las malas, sus botas con los prisioneros rusos y se hacían lenguas de su eficacia. Primero las ametralladoras, después las botas… No faltaban algunos que también se ponían los orejudos gorros de los enemigos muertos, aunque a los oficiales esto les sentaba como un tiro.

Los pelotones, congregados por los sargentos, permanecían en sus alojamientos esperando la hora de avanzar. Llegó la sección de Asalto del dos-seis-nueve, con muchos ánimos y tres piezas antitanques. También algunos rumores: que se había establecido una nueva cabeza de puente más abajo, por la Casa del Señor, y que desde allí avanzaba el 1.º de Esparza. También se decía que las cocinas habían tropezado con un campo de minas. El comandante del Batallón giró una visita y se marchó para hacerse cargo del mando en Smeiko.

A las once empezó el jaleo. Unas unidades seguían la carretera, hacia Sitno, y otras profundizaban en el bosque, hacia Tigoda, para ensanchar el terreno conquistado. La compañía de Armengol era de las primeras. El terreno, muy boscoso, exigía cien ojos y cien piernas. Pronto se echó de ver que el enemigo ofrecía una resistencia más seria. Había tenido tiempo de utilizar sus reservas y no hacía falta ser muy listo para prever una verdadera ensalada de tiros. No obstante, la operación no hubiera ofrecido mayores dificultades, si no fuera por el frío. Entre caerse, levantarse y volverse a caer, todos los soldados tenían el uniforme convertido en una pasta de barro. La nieve no era lo suficientemente espesa para mantener oculta la tierra y el paso por los terrenos bajos, vaguadas y barrancos era una tortura.

Armengol perdió los guantes en una tripada y las asas de metal de las cajas de municiones le abrasaban la mano. Con todo, no tenía miedo. La artillería amiga sacudía de firme y había algunos que aseguraban haber visto aviones. En un bosque se topó con unos nidos de ametralladora medio enterrados. Las piezas antitanque se emplazaron enfrente, y la sección de Asalto, llevando explosivos en la punta de unas perchas, comenzó a arrastrarse en aquella dirección. Hubo muertos. Armengol vio cómo los españoles caían casi al pie de las ametralladoras enemigas. Pero se consiguió hacerlas callar y se reanudó el avance. Uno de los muertos era el teniente Galiana, un tío con unas pelotas enormes. Lo evacuaron en una manta sus propios

soldados, con los rostros demudados.

El avance fue fácil entonces. La artillería alargó sus disparos y los españoles persiguieron a los rusos en dirección a Sitno. En las cunetas, sentados, con las manos encima de la cabeza, algunos rusos esperaban clemencia. Las explosiones festoneaban de negro los lugares nevados y los muertos escurrían sus últimas gotas de sangre a los lados del camino. Sitno se anunciaba en algunas casas ardiendo por efecto de la concentración artillera.

Sobre las cuatro de la tarde se llegó al poblado, ocupando las casas junto a la carretera, aunque las situadas cerca del río permanecían en poder ruso. Armengol siguió a su ametralladora, emplazada en una casa, batiendo el terreno despejado. Los fusileros se escondían por los bosques. Hubo bastantes bajas. Al caer la noche quedó ocupado todo el pueblo.

Al hacerse el recuento de las bajas se comprobó que eran bastante elevadas, aunque no alarmantes. Armengol hubo de pasar por el dolor de encontrar muertos a dos de sus mejores amigos: el cabo Blas y el teniente Mulet. Y varios otros: Darío, Méndez, Albuera, Castejón y el cabo de su máquina, Castelló, que tenía dos balazos en plena cara.

Pero lo peor aún habría de venir. Se temían siempre los contraataques rusos al filo de la medianoche. Se les tenía preparado un gran recibimiento. Pero las horas fueron transcurriendo sin que hubiera más que algunos tiros sueltos, entre patrullas que se asustaban mutuamente. Relajada un tanto la vigilancia, al filo de la madrugada, cuando los españoles dormían con el sopor del cansancio, estalló en el centro mismo del pueblo una tremenda batahola. El enemigo se había infiltrado y estaba dentro del pueblo. Cinco minutos después hervía todo el pueblo.

Empezaron a arder algunas casas y con esa iluminación y la supletoria de las bengalas que tiraban los de la Plana Mayor, se fue localizando al invasor. Fue una batalla casi de posiciones caseras, de edificación entre edificación. Atreverse a salir era acaparar más plomo del que se podía digerir. Se disparaba contra todo bicho que se moviera. Las casas incendiadas daban una luz muy potente y no poco calor. La artillería enemiga comenzó a batir las casas del pueblo, cayendo sus proyectiles con absoluta imparcialidad, uno acá, otro allá, y el del centro en la diana.

Poco a poco, a costa de muchas bajas, principalmente entre los que se equivocaban de casa y por ampararse en una propia se metían en la ajena, se fue localizando al enemigo. Era éste muy numeroso —decían que un regimiento—; parte de él había penetrado, casi formado, por un barranco donde los centinelas propios debían de haberse dormido, y dos compañías se atrincheraban en varias casas. El resto de los enemigos había sido detenido en los alrededores, aunque sus disparos contribuían a hacer más confusa la situación.

Fueron dos horas de pesadilla. Pero de auténtico combate. Nunca habían combatido tan alegremente los españoles. No se sentía el frío, ni se temía la muerte, ni el cansancio atormentaba ¡Por fin se tenía al enemigo al alcance! Se agotaban las

municiones y era preciso una verdadera odisea para procurarse más, escabulléndose por las esquinas. Hubo quien cayó prisionero una vez, y escapó, volviendo a caer en el garlito poco después, para liberarse definitivamente o cascarla, no menos definitivamente.

La máquina de Armengol, emplazada cerca de un molino, por donde se había infiltrado el grueso de las fuerzas enemigas, agotó todas sus reservas y se hubieron de defender con los fusiles. El sargento ordenó replegarse hasta una isba, donde se sabía ciertamente que estaba el puesto de mando de la Compañía. El mismo sargento resultó muerto y el cabo resultó volteado por una granada, resultando ileso pero conmocionado.

La luz del día trajo un recrudecimiento del combate, una vez establecidas las posiciones. Las casas arrebatadas por los rusos fueron conquistadas a golpe de bomba. Armengol vio a un capitán español combatir con una vara en la mano por todo armamento, si bien detrás suyo tenía a su asistente que manejaba una ametralladora rusa de disco como si fuera el mismísimo dios Marte.

Aparte de la niebla normal en aquella época, los nubarros de los incendios y de las explosiones tendían una capa sobre el pueblo. A través de ella se veían moverse confusamente las siluetas, agazaparse, caer, arrastrarse en un rincón, sin que hubiera tiempo después para continuar observándoles, pues otros objetivos movientes reclamaban la atención.

Por fin, con la llegada de algunas reservas, la situación se decantó por el lado español. Una característica rusa que Armengol, como todos, iba aprendiendo, era el desmoronamiento rápido de sus unidades, una vez iniciado el fracaso de lo que se proponían. Combatían como fieras, sin que nada hiciera presagiar el derrumbamiento, y de repente empezaban a huir en grupos o, levantando las manos, se entregaban en masa. Generalmente, los prisioneros eran respetados, pues la experiencia había demostrado que una vez en cautividad eran serviciales y fáciles de manejar, ayudando al traslado de heridos y municiones. Los que escapaban se encontraban con todos los tiros que se perdían y allí era donde los rusos sufrían sus mayores bajas.

Por fin quedó restablecida la situación. Hubo desbandada y persecución hacia el bosque, donde se fueron espaciando los disparos. Los efectivos españoles dentro del pueblo, embriagados todavía por la pólvora aspirada, recorrían las casas gritando y cantando. Los amigos, separados por el fragor de la batalla, se abrazaban con grandes aspavientos. Hasta los heridos se apoyaban en las paredes para cantar.

Se impuso la tarea de inventariar los daños. Muchas bajas. Ésta fue la primera impresión, que puso sordina a la alegría general. Los heridos recabaron las primeras medidas de atención, siendo evacuados hacia el río por la parte de la Casa del Señor, donde los pontoneros alemanes habían instalado sus botes. Los prisioneros ayudaron en esta tarea. El material enemigo fue recuperado. Había fusiles, de antigua fabricación, con unas bayonetas triangulares, largas y afiladas como estoques; minas; granadas de mano; morteros y ametralladoras.

Las casas incendiadas se fueron apagando por consumición. Era inútil querer apagarlas. No había agua, y aunque la hubiera sería lo mismo. Aquellas casas de madera ardían como teas. Lo mejor era permanecer apartado de ellas, pues no era raro que estallara algún proyectil en ellas almacenado, como ocurriera en una, donde debió estallar todo un saco de bombas de mano, resultando muerto un soldado y herido un sargento.

Llegó el Coronel del Regimiento, repartiendo abrazos entre los oficiales y lamentaciones ante los muertos: el capitán Benítez y otros muchos, los mejores, como siempre sucedía. El capellán, llegado con el coronel, atendía a los heridos graves.

Aquella visión del Páter atendiendo a los heridos fue la última que Armengol recogió. Cayó desvanecido y al ser reconocido se comprobó que tenía un balazo en una pierna, nada grave, desde luego, pero sí con mucha pérdida de sangre. Un sedal y pare usted de contar.

Tigoda y «los Cuarteles»

Ser oficial de órdenes no siempre resultaba llevadero. El coronel, pequeño, rechoncho, enérgico —quizá demasiado enérgico algunas veces—, parecía incansable y presto a estallar como una carga de dinamita. Nunca se sabía cómo reaccionaría ante cualquier pega que se le presentase. Conservaba la calma en los follones, cuando el fragor del combate asustaba a los mandamases del Estado Mayor, y se enfurecía ante cualquier equivocación.

El teniente Veloz vivía cuarenta y ocho horas cada veinticuatro, justas las que se concedían de antigüedad por tiempo de campaña. ¡Ah, los sabios legisladores! El Jefe del Regimiento, tan pronto estaba en Bistryza como en Smeiko o la Casa del Señor. Y arrastraba consigo a su cuadrilla, como él decía. Y por decir, quedaba dicho. Pero mucha más miga tenía el empujar el auto por los caminos embarrados, mojarse el trasero en el río o esperar interminablemente por las noches a que se resolviera una situación comprometida.

Después de los combates del Sitno, el día 22 se estableció una relativa calma en la cabeza de puente. El sector ocupado se había alargado y se imponía su consolidación y división en sectores para su mejor maniobrabilidad. Al otro lado del Wolchow había en aquellos momentos cuatro mil hombres, en diversas unidades, que planteaban una sinfonía inacabable de problemas de toda índole, logísticos, tácticos y estratégicos, algunos de los cuales tenían solución y otros parecían tenerla.

En aquellos días de fiebre, el teniente Veloz aprendió la mucha diferencia que existe entre planear y ejecutar. En una mesa, ante mapas desplegados, se establecía una cobertura con tal y cual unidad. Pero luego venía la realidad. Las unidades se retrasaban, el barro atascaba los camiones, el frío maltrataba a las gentes y el enemigo también decía lo suyo, que no era precisamente lo que se hubiera deseado.

Noches inacabables, durmiendo dos y tres horas encima de un montón de paja o de una silla; tráfago de notas y notines, palabras gruesas y telefonazos urgentes; enlaces inoportunos planteando rollos; soluciones sobre la marcha y maldiciones en todos los estilos. Sin embargo, peor estaban los del frente, verdad era. Y procurándose no parar mientes en los caídos, algunos de ellos fraternos camaradas.

Los soldados respondían. Gruñían como demonios, pero respondían. El sector del frente hervía en soldados que esperaban seguir adelante, quedarse quietos o retroceder, las tres alternativas del soldado, sin contar las de caer muerto, herido o congelado. Menos hartarse de reír o de comer, todo podía ser.

Después de los combates de Sitno se había trabajado en colocar adecuadamente los peones con vista a una nueva partida. La situación del frente era, poco más o menos: al Norte, se enlazaba con los alemanes del sur de Schewelevo hasta Russa, con fuerzas del 3.º Batallón del dos-seis-nueve y la 9.ª, 10.ª y 11.ª del Regimiento dos-seis-tres, más la Plana Mayor del último Regimiento, en terreno de la cabeza de

puente, bajo el mando del Comandante Suárez; al Centro: desde Russa hasta el molino de Sitno, se agrupaban las compañías del 2.º Regimiento propio, más la primera del 1.º y dos secciones de la Ciclista del dos-seis-tres, también en terreno ocupado, bajo el mando del comandante Román; el sector Sur comprendía desde Sitno hasta tres kilómetros más abajo y el cierre en línea recta con la orilla del río, con el Batallón 250, divisionario, una compañía de zapadores y dos secciones de ametralladoras de la 12.ª del dos-seis-tres y dos pelotones de morteros bajo el mando del comandante Osés.

El resto del Regimiento cubría frente desde la Casa del Señor hasta Kotowizy, en la orilla izquierda del Wolchow, sin atravesar el río y sin tomar parte en la ofensiva, excepto con sus baterías y golpes de mano. Se tenía el proyecto de ir incorporando fuerzas a medida que se fuese ocupando la ribera derecha.

Enfrente se tenía, según los interrogatorios, los Regimientos enemigos 848 y 1004, y en el resto del frente divisionario los numerados 1001 y 1002, sin contar la artillería y las reservas, cuya cuantía se ignoraba. Los rusos, en la cabeza de puente, tenían fuerzas en doble número a las españolas. Partiendo del axioma número dos, de re militar, consistente en recuperar posiciones perdidas, en contraataques inmediatos, se esperaban acontecimientos rápidos. Por dicha razón el teniente Veloz estaba hasta la mismísima coronilla de gritar ante el teléfono y de ser gritado antes, mientras y después del teléfono.

Los acontecimientos previstos llegaron en la madrugada del día 27. Ocurría siempre que antes de que los enlaces dieran la noticia los rumores del frente la adelantaban. El Puesto de Mando —PC para los íntimos— del Regimiento estaba en Bistryza. Una ruda concentración artillera enemiga al sur de Sitno indicó las intenciones enemigas. Veloz apenas había dormido aquella noche. Se tenía que vigilar a los prisioneros rusos que trabajaban para mejorar el paso de la Casa del Señor, acomodar a un batallón de la Organización Todd enviado para reparar caminos, establecer depósitos de municiones en la Casa del Señor, preparar un hospital regimental en Krutik y llevar a buen término los aprovisionamientos de víveres. Nunca se terminaba una cosa sin que empezara otra.

La artillería enemiga tiró de sus camastros a todo el mundo, sin que pudiera considerarse como una sorpresa. Empezaron a llegar noticias. El ataque enemigo se hacía con importantes efectivos, en dos direcciones: una frente a Sitno y otra al sur de dicho pueblo, en la zona de enlace con el río. El combate duró una hora. Los partes fueron comunicando escalonadamente rechaces parciales y numerosas bajas propias y enemigas. Pero la situación no quedaba muy clara.

Veloz comentó con el oficial de suministros los adelantos tácticos enemigos: ataque al amanecer, que permitía colocar la fuerza en posición en la oscuridad y atacar con luz suficiente, y fijación de las reservas dejando un punto amenazado. Sin contar el conocimiento enemigo del terreno.

El coronel estaba tranquilo. Había fuerzas propias suficientes para rechazar el

ataque, no siendo de prever sorpresas. No obstante, ordenó que del sector Centro bajaran algunas fuerzas y que la artillería se atuviera constantemente a las indicaciones de los observatorios adelantados.

Por lo visto, aunque rechazado el ataque, los rusos intentaban fortificarse en algunos puntos, abandonando la táctica de posiciones. Aquello no convenía. El avance español se habría de reanudar y no interesaba desgastarse en combates aislados. Sin embargo, la artillería divisionaria no podía castigar debidamente a las tropas enemigas, pues estaban demasiado cerca. Y se llegó a una situación complicada. Los rusos infiltrados —dos batallones— estaban pegados al terreno junto al molino de Sitno y en la orilla del Wolchow, causando bastantes bajas por enfilar los caminos de evacuación.

La artillería y unos amagos del Batallón 250 hicieron que los rusos del río se replegaran hasta Dubrowka, donde, por el momento, se les dejó. Quedaba restablecer la tranquilidad enfrente de Sitno. El coronel subió a un observatorio artillero, acompañado de Veloz y otros cuantos.

Los heridos comenzaron a llegar en grandes cantidades. En la orilla del Wolchow se hacían cargo de ellos los prisioneros, llevándolos hasta una hondonada a dos kilómetros de la Casa del Señor, donde esperaban las ambulancias. Un enorme camión alemán apto para todo terreno se encargaba de remolcar los vehículos que naufragaban en el barro. Los heridos se iban acumulando en un pajar, sufriendo más del frío que de sus heridas.

La artillería, especialmente los pequeños canes del siete y medio, que ladraban incesantemente, se portaba bien y quebrantaba al enemigo casi tanto como la infantería.

No acababa de despejarse la situación en Sitno, con los rusos pegados al molino. Había nerviosismo en las altas y las bajas esferas. Hasta la noche no se restableció la situación con un golpe de mano que limpió el terreno del flanco y sembró de muertos las cunetas. A las dos de la mañana anunciaron por teléfono desde Smeiko, que todo había terminado, si bien los heridos estuvieron llegando hasta la madrugada.

Veloz pudo dormir hasta la salida del sol. Desde el Cuartel General ordenaron movimientos propios de avance hacia Tigoda y Nitlikino. Jaleo de ayudantes y enlaces, fuerzas en movimiento y órdenes a la artillería. El 3.º Batallón que se retrasa y el Cuartel General que se impacienta. Más impaciencias, pues ni a las diez ni a las doce de la mañana había empezado el ataque. El coronel bramaba e insultaba al teléfono y el puesto regimental bailaba al son de los acontecimientos.

A las trece horas el coronel decidió ir en persona a la cabeza de puente. No se podía pensar en el coche y se trasladaron caballos al otro lado del río. Se llegó a Sitno. El comandante del sector indicaba las muchas bajas sufridas, especialmente de oficiales, que duraban menos que unos zapatos, debido a su afán de gloria. Veloz, harto de escuchar palabrotas, abandonó la casa donde tenía lugar la conferencia y buscó a los amigos. Pero enseguida ordenó el coronel se buscase al comandante del

batallón que debía de apoyar el avance, que estaba preparado y prometió empezar el avance hacia Tigoda.

Por fin quedó todo en regla. Comenzaron a escucharse los impactos de los morteros y la artillería. Y las convincentes bombas de mano. Y las no menos persuasivas ráfagas de ametralladora.

A las cuatro quedaba ocupado el pueblo de Dubrowka, continuando el avance. Interesaba conocer la situación del 3.º Batallón y Veloz fue enviado para allá, en un caballo que tenía más miedo que vergüenza. A poco, el miedo y la vergüenza iban equitativamente repartidos entre jinete y montura. Una línea muy batida, con minas por todos los lados, ruidos impresionantes de pacos amenizando el camino y camilleros presurosos retirando heridos. Alcanzó un pueblo donde nadie estaba para responder a muchas preguntas, aunque el enviado fuera teniente y enlace del coronel.

Haciendo trabajar su capacidad deductiva sacó en cuenta lo siguiente: el pueblo ocupado se llamaba Tigoda, había muchos prisioneros y la situación estaba lejos de ser clara, pues el enemigo hacía fuego desde el bosque, casi cercando el poblado. El pueblo de Nitlikino estaba amenazado, pero no ocupado, pues había fuerte resistencia enemiga.

Casi anocheciendo y de puro milagro, regresó a Sitno, donde el coronel no se conformó con las noticias. Pero no había otra. El combate se generalizó en todo el sector Sur. Frente a Dubrowka existían unos edificios grandes de mampostería, que costaron un descalabro al intentarse ocupar creyendo estaban abandonados.

La noche trajo un montón de inquietudes. Vueltos al puesto de mando de Bistryza un montón de papeletas a resolver dejó en claro la noche. Al otro lado del río el horizonte se teñía de encarnado en las casas incendiadas. La temperatura dio un bajón y un viento cargado de nieve azotaba la piel hasta dejarla tirante y dolorida. Veloz, pensando en los combatientes tumbados en los pozos y en los heridos que aguardaban en la orilla del río ser hospitalizados, sintió que un nudo le oprimía la garganta.

Del hospitalillo de Polbsvereja comunicaban que todo estaba lleno. Afortunadamente, desde allí hasta el hospital de Grigorowo las comunicaciones eran fáciles por la carretera. No sucedía lo mismo desde la Casa del Señor a Krutik y a Polbsvereja. Gracias al camión de los pontoneros alemanes, las ambulancias podían transitar por los infernales caminos. Veloz, por una parte, deseaba que helase definitivamente de una vez, endureciéndose el terreno; pero un aumento de frío suponía mayores sufrimientos para los infantes. Un verdadero círculo vicioso.

Después del fracasado golpe de mano a los edificios de Dubrowka, que los soldados empezaban a llamar «los Cuarteles», por los muchos soldados enemigos que allí había, el frente se paralizó un poco.

Más tarde, en su hora favorita del alba, el enemigo atacó desde los dichosos cuarteles. Los cuarteles habrían de traer horas muy amargas, debido a la defectuosa información y al excesivo entusiasmo de algunos jefes. Era creencia general que estaban desocupados o con escasa fuerza, como hacía presumir el fuego que desde los

edificios se hacía en las últimas horas de la noche.

El día 29 de octubre tuvo un nombre para Veloz: los Cuarteles. Se encontraban los tales no lejos de la orilla del río, entre Dubrowka y Murawji. El Batallón 250, de Reserva Móvil, unidad sin ametralladoras pesadas, estaba situado enfrente. Se había ordenado que se mejorasen las posiciones y se ocuparan los edificios en caso de estar abandonados.

La orden de mejorar posiciones fue interpretada muy ampliamente, intentando el asalto directo. Del Cuartel General querían que se aclarasen las cosas y las cosas no se aclaraban. Otra vez las prisas de gloria. Se había de encontrar una resistencia seria, inquebrantable con los escasos medios de que se disponía.

El general del Cuerpo de Ejército se dejó caer hasta Sapolje, tratando de ver qué clase de hombres eran aquellos españoles. Su presencia no mejoró la situación. El empeño era no quedar mal ante un personaje de tal calibre. Del Cuartel General propio río subía nadie, aunque la comunicación telefónica era constante.

Los heridos iban dando la pauta del instante. Las tres compañías del Batallón de Reserva llevaban varias horas atacando. Los cuarteles tenían rectos muros y la artillería no causaba grandes daños. Enfilados todos los claros del bosque, la infantería avanzaba, se incorporaba para el asalto final y desde los pisos altos se desencadenaba un verdadero infierno. Muchas bajas en el asalto y en los intentos de retirar los heridos. El enemigo no respetaba a los camilleros ni a nadie. Se llegó a alcanzar los edificios, siendo preciso retirarse.

Y así una y otra vez. Entre asalto y asalto la tropa esperaba tras los árboles. Hubo muchos casos de congelación. Las bajas entre oficiales eran crecidísimas. Sección había que era mandada por un cabo. Desde Sopolje se escuchaba el tremendo jaleo, algunas veces decreciente, lo que hacía concebir esperanzas. Los soldados, en posición, escuchaban absortos. El mayor gasto de ruidos lo hacían las ametralladoras. Su rítmico tic-tac se apagaba algunas veces, crecía otras, se convertía en un aullido constante en ocasiones y en todo momento tenía ecos de trágica grandeza. Estremecía pensar que alguna de aquellas ráfagas pudiera estar segando vidas españolas.

A las tres de la tarde ordenó el coronel que se suspendiera el asalto y que el Batallón 250 pasara a reserva, ocupando la línea de Dubrowka el Batallón del comandante Román. Así se hizo, al cabo, después de muchas dificultades, pues los españoles rodeaban los edificios y costaba localizarlos. Se abandonaron los muertos demasiado lejos para ser rescatados. Los rusos gritaban sus «¡hurras!» y los españoles respondieron con cantos rabiosos. El jefe alemán se retiró, prometiendo *stukas* y más artillería para el día siguiente.

La noche trajo problemas de abastecimiento y un doloroso cómputo de bajas. Las bajas por congelación, que hasta entonces habían permanecido por bajo de las traumáticas, aumentaban pavorosamente, amenazando sobrepasarlas. Las especiales condiciones del ataque a los Cuarteles lo imponían. Los heridos contaban y no acababan. Horas enteras tumbados en la nieve, entre ataque y ataque, calentándose las

manos en los cañones de las ametralladoras; rachas alocadas de ataques rabiosos ante unos muros que escupían fuego; un aguardar bajo la metralla la orden de retirada; minas que estallaban en cadena, dejando en la nieve su gigantesco girasol; heridos que era preciso abandonar, por lo menos hasta que aclarara el fuego enemigo, pues su rescate costaba algunas veces dos o tres heridos más. En fin, contaban y cantaban lo que era la guerra.

Lo malo de todo aquello era que los ataques podían considerarse definitivamente postergados. La resistencia enemiga había sido muy superior a la que se esperaba y aún serían de esperar los consabidos contraataques. La temperatura había descendido mucho y el Wolchow comenzaba a helarse, impidiendo el paso de los botes, pero sin consistencia todavía para permitir el paso a pie enjuto. Podía darse por terminada la ofensiva. Una ofensiva en la que sólo había tomado parte un Regimiento.

Nitlikino

Día 31 de octubre.

No sé ni cómo tengo humor para escribir. Supongo que será para verter en el papel las barbaridades que dichas en alta voz me expondrían a ser devuelto a España como indeseable. Pero como no es cosa de manchar un diario con palabrotas, éstas las escribo aparte y luego me las trago. Tragar, tragar mecha, como decimos por acá, es lo que estamos haciendo desde que estamos aquí. Y este aquí no sé hasta «cuándo» llega. Puestos a sacar la cuenta con los dedos, mi compañía, la 12.ª del dos-seis-tres, lleva en el frente diez días. ¡Diez días…! Ahora con interrogante: ¿Diez días…? ¡Mi madre! ¡Si tenemos canas, reuma, arterioesclerosis y demás síntomas de senectud…!

Nitlikino es en estos instantes un lugar muy tranquilo. Hace media hora que no suenan disparos. Con un poco de suerte llegaremos a la noche sin ninguna alarma. Esto me hace pensar en el bruto de Riquelme, que tiene una filosofía estupenda. Dice: «¿La bala que me haya de matar? Primero tiene que estar fabricada. Luego, entre las novecientas divisiones de las Krassnija Armija, deberá ser entregada a la que tenemos enfrente, y, precisamente, a un ruski llamado Dimitri Vanka, de la 5.ª compañía del 2.º Batallón, Regimiento 848. Dimitri la tiene que disparar contra mí un día que vaya de patrulla o escoltando los suministros…». «Bien —le decimos—. ¿Y por qué no ha de tener Dimitri esa bala?». «Puede que la tenga. Pero a Dimitri le casqué yo ayer en el camino de Dubrowka».

Así razona el camaleón de Riquelme. Y nosotros le decimos que sí, que tiene razón, que se calle. Y vuelvo a lo mío. Estoy muy cansado, agotado, por decirlo mejor. Y tengo más frío que un perro. Menos mal que ahora estoy en la doma, frente a la chimenea. Lo peor es cuando haya que salir a buscar la comida a Sitno, o a llevar heridos, o a patrullar. Sólo tengo un guante. Esta mañana, el sargento Rubio, que nos tiene rabia a los señoritos, me quería buscar las cosquillas: «¡Vaya! ¡El señorito ha perdido un guante!». «No, sargento; el niño se ha encontrado un guante». Toma paquete, pues parece lo mismo pero no lo es.

Después de los combates del 28 y 29 de octubre, cuando ocupamos Tigoda y Nitlikino, dejamos de atacar. Muchas bajas. No quiero apuntar los nombres de los camaradas muertos… ¡No me da la gana…! Nuestro batallón y el 1.º de Esparza han quedado reducidos a la mitad y ahora los han fusionado en una cosa que llaman «Agrupación Oriental». Cubrimos frente en posición avanzada desde Sitno a Dubrowka, con el título batallón cubriendo Tigoda y nosotros Nitlikino. Estamos esperando. Esperando que el enemigo contraataque, vamos, lo cual tiene mucha gracia.

Los ataques se esperan de día. No he visto atacar de día desde que estoy aquí, excepto las patrullas. Esto de las patrullas nos vuelve locos. Los ruskis vienen de

noche a dar la lata. Y a dejarse, de paso, alguna mina por los caminos. Por la mañana vienen los camilleros, o los antitanques, creyendo que los Zapadores han limpiado el terreno y, zas, se dejan un caballo o un tío que se levantó con el pie izquierdo.

La 9.ª Compañía ha salido esta mañana de exploración —escribo por la noche—. Se trata de observar si los enlaces están asegurados y de comprobar la situación del enemigo. Carmelo, un amigo de Alicante, me dice que han pasado dos horas por el bosque, hasta cerca de un lugar que llaman Rosdchinovo, al Norte, sin encontrar señales de hostilidad. Todo hace presentir que los rusos están hacia el Sur, seguramente por los Cuarteles, donde nos hicieron mucho daño el otro día.

Está nevando. Salgo un momento a llenar una marmita de nieve.

Ya estoy aquí. Beberé cuando el fuego la haya fundido y si tengo ganas me lavaré la cara. Se oyen tiros en dirección a Dubrowka. Ha llegado la 1.ª del dos-seis-nueve y nos tenemos que estrechar para alojarles. Claro que esta noche estaremos anchos, pues mitad por mitad, todos los hombres disponibles estaremos patrullando. Dicen que los puestos serán de una hora. No es posible resistir más a la intemperie. Bueno. Ya escribí bastante por ahora.

1 de noviembre.

La noche pasada fue de aúpa. Y dicen que esta que asoma lo será peor. Está bien. Hemos pasado el día fortificando. No hubo manera de descansar, salvo pequeñas escapadas para calentarse un poco. Pero enseguida vienen los que mandan arreando tortazos. Estoy aborregado. La tierra está tan dura que los picos saltan por el aire y hubo dos heridos del rebote. Una herida poco honrosa, pero que sirve para rebajarse. Tenemos prisioneros trabajando. No acabo de entender a estos ruskis. Es imposible odiarlos. Me refiero a los prisioneros. Se da el caso de que algunos que apresamos nosotros en, Russa y Sitno han estado dos días por la retaguardia preguntando por nosotros. Y han venido a Nitlikino para trabajar. No lo entiendo. Van y vienen en aparente libertad. Va a llegar un día que antes de disparar contra un ruso tendremos que mirar antes si lleva armas o no. Cuidan de los heridos y hacen de asistentes. Y hasta chamullan algunas palabras en español. En la Plana de la Compañía tenemos dos, Mischa y Volodia, que hacen de cocineros.

Hemos tenido bajas esta tarde. De mi compañía, Nicasio, Ortega, Cueto y Barrionuevo. Resulta que vino una compañía de Zapadores con unas maquinitas para cortar árboles, unas sierras mecánicas que hacen mucho ruido. El enemigo se ha debido figurar que venían camiones y tanques y atizó con artillería y morteros. Después, mandó unos curiosos para que observaran mejor. A ésos los recibimos a modo. Nuestra artillería del siete y medio también ha tirado.

Nada más. Si estuviera en España escribiría una novela con lo sucedido en el día de hoy. Como estoy en Nitlikino, me aguanto. Tengo un montón de capotes rusos. Los dejé en la nieve dos días para que se helaran los piojos. Veremos si es verdad…

Día 2 de noviembre.

Hemos tenido jaleo. Estoy en Sitno, donde he bajado con unos heridos. Me quedaré aquí hasta que se forme una sección para Tigoda.

El enemigo atacó a las nueve de la mañana, cuando mejor dormíamos, después de una noche de abrigo. Montamos la ametralladora en la misma casa que ocupamos. Algunos han corrido a ocupar las fortificaciones que tenemos a medio construir. He visto dar la voltereta a varios hasta acomodarse en la trinchera, una trinchera que no llega a un metro de profundidad. Nosotros tiramos por encima de las cabezas de los que están allí, hacia el enemigo, que ha venido precisamente en la dirección explorada ayer y que se creía libre.

Ahora —son las tres de la tarde— me encuentro un poco confuso pera relatar lo visto. Y, sin embargo, nunca he visto a los ruskis más cerca. He disparado a cincuenta metros. Hoy tengo la seguridad de haber matado a más de un hombre. Una alegría salvaje me emborrachaba cada vez que un enemigo se aplastaba como un trapo en la nieve.

Los rusos se infiltraron por un ángulo y llegaron hasta la isba de la Plana Mayor y los enlaces y morteristas han luchado a culatazos. En nuestra casa no ha pasado tal cosa, pues nada hay mejor que una máquina cantando para mantener las distancias.

Cada vez entiendo menos a los rusos. Vienen en manadas y no se agachan hasta que los oficiales hacen las señales con un pito muy agudo. Si un oficial la diña, no saben qué hacer y entonces se entregan fácilmente. Como resisten bien el frío, se pegan al terreno como ladillas y hay que cazarles uno a uno.

A las once ha terminado todo. Tenemos cuatro muertos y treinta heridos, algunos congelados también. Los heridos en las fortificaciones tienen heridas graves, pues como se protegen poco, todas las heridas son de cabeza y pecho. Los rusos han dejado bastantes muertos.

Vuelvo a la posición. Estoy tan agotado que temo quedarme dormido en una cuneta. Entrego todo mi dinero a Larita, que tiene una herida en un hombro. Le he dicho que me traiga un reloj de Riga. Veremos si se acuerda.

Día 3 de noviembre.

Jaleo de patrullas por la noche y ataque por la mañana. Grupos enemigos de dos o tres secciones, armados de naranjeros. Aumentan los heridos y congelados. He tenido que bajar a Tigoda buscando el suministro y municiones. Tenemos muchas municiones.

He traído conmigo a unos carreros. Vienen arrestados a pasar dos días en primera línea. Los hombres vienen echando chispas y con más miedo que siete viejas. Resulta que hace dos meses era denigrante ser carrero, pero ahora todos querríamos estar allí. Y cuando vienen al frente los carreros es porque son arrestados. Arrestados a luchar. ¡Vaya por Dios! Los tales me dicen que se mueren los caballos,

pero que no tienen ellos la culpa; hace mucho frío y todo eso. Desde luego. Han retirado al 1.ª de Esparza y ha quedado sólo nuestro Batallón. O sus restos, para ser más exacto. Muy bien…

Día 6 de noviembre.

Ha venido el General y lo hemos recibido cantando: «Y nos meten en Tigoda / Ocairí ocairá / Y después en Nitlikino / Ocairí… ocairá / los que volvamos a España / cabrán en un topolino / ocairí ocairá, ocairí ocairááá…». Se ha sonreído y no dijo nada. Por lo menos que yo le entendiera, aunque dicen que le ha gustado lo nuestro y que habrá recompensas.

Quedamos cuarenta y dos hombres en una compañía de doscientos. Estoy asustado y contento al mismo tiempo. Me he librado de buena, con sólo un amago de congelamiento que me trataron a tiempo; pero otros camaradas han caído para siempre. Hemos recogido sus cuerpos y están ahora frente a la casa del capitán esperando. ¿Qué podrán esperar unos muertos? Solamente la decisión de ser enterrados allí mismo, a estilo alemán; o unos kilómetros más atrás, a estilo español.

No quiero pensar en ello. Me duelen los ojos. El practicante me dice que tenga cuidado. La refracción de la nieve puede dejarme ciego. ¿Será posible que la nieve, tan blanca y pura, encierre tanta maldad? Esta atmósfera transparente, límpida y sonora como el mejor, cristal, llena de luz, ¿podría apagar, mis ojos?

Hemos tenido tres días de antología, como dice Gargalló. Especialmente ayer, el enemigo amenazaba con tragarse el mundo. Hubo bombardeo de aviación y todo, el primero que he visto en esta maldita guerra, aunque deba de aclarar que la aviación era rusa. La artillería nos dio un tute enorme. Anoto a título de curiosidad que no resultó incendiada ninguna casa. Hacia Sitno, sí; pero en Nitlikino tuvimos la suerte de no asarnos.

Las bombas de aviación y las grandes granadas han dejado el aire cargado de cordita y se respira con dificultad, al menos con aspereza, tosiendo cuando la inhalación es demasiado profunda. La nieve, la pura y casta nieve, se encuentra manchada de negro y mezclada con tierra removida en un kilómetro de contorno. Los embudos no son muy grandes, porque la tierra helada lo impide; pero esto mismo hace que los efectos de los impactos sean más considerables.

Ayer, a estas horas, hervía el pueblo entero. Los heridos se amontonaban en las casas. No se podía pensar en evacuarlos. El practicante les ponía unos remiendos encima, quejándose de lo insuficientes que eran las bolsitas individuales de cura, esas bolsas que todos llevamos en el bolsillo donde los felices mortales de la ciudad llevan las cerillas y el papel de fumar. No cabía pensar en evacuar a nadie, primero porque los caminos estaban enfilados; segundo, porque se necesitaban los brazos sanos para la defensa. La situación no llegó a ser desesperada, aunque sí pasamos el miedo consiguiente. No sé cómo, pues disparábamos a mansalva y caían como moscas, los rusos llegaron hasta las casas más cercanas al bosque, amenazando con

envolver a los que combatían en los refugios del sector Sur. Hubo de salirse a su encuentro. Un teniente cayó herido y su asistente luchó como una fiera contra cuatro rusos para rescatar su cuerpo. Recuerdo este episodio aislado porque, teniendo al enemigo a tiro, no me atrevía a disparar. Acudieron otros dos camaradas de la 9.ª y el asunto se solventó por las buenas.

Pegados a un talud de la carretera había dos secciones de reserva que intervenían cuando la situación empeoraba, envolviendo a los ruskis. Cuando se había solucionado una cuestión se planteaba otra, porque los bolcheviques se mantenían pegados al terreno y cuando amainaba la granizada iniciaban otra carrerita. Pero ellos también sabían tirar con sus endemoniadas máquinas de carro. Utilizaron balas explosivas en ocasiones. A Mazo le abrieron un boquete en el pecho.

Los muertos se quedaban helados en cosa de minutos. Hoy, al recogerlos, si se les quiere enderezar los miembros retorcidos, hay que rompérselos. Y a uno le duele. Es como una crueldad innecesaria, sobre todo con los camaradas. Oscar, de la 11.ª, tenía el fusil agarrado con las dos manos. Los dedos crujían como sarmientos y no volveré en mi vida a escuchar Un sonido tan desgarrado. El teniente Servando me ha encargado que recoja las chapas de identificación. No sé si tendré valor.

No tengo ganas de escribir más. Dicen que el General prometió relevarnos. Y que iremos a Gorka. No sé dónde está ese pueblo. Debe de estar al otro lado del río. Es igual. Dondequiera que esté habrá de ser Jauja comparado con Nitlikino. Es el frío y el cansancio lo que nos agobia. Y el notar tantos claros en nuestras filas, antes tan nutridas.

Hace dos días creía, y conmigo muchos, que el trabajar en las fortificaciones, las guardias una hora sí y otra no, los oficiales que se comían la mantequilla y las enemistades de tal que cual sargento eran lo peor de la guerra. Hoy veo que no es así. Todo eso se aguanta. Lo que desmoraliza de verdad es la muerte. Y el salir ileso de los combates no basta para compensar. Es verdad. Cada día se encuentra uno más solo. Caen a derecha e izquierda los camaradas. Y uno se dice: «La próxima vez seré yo. No puede fallar». Y se tiene miedo. Un miedo que antes no se tenía porque éramos muchos. Muchos sin la muerte y pocos con ella, cuando ella comenzó a rondar nuestras cabezas. De ahora en adelante será peor. Tendrá «Ella» menos donde escoger… El primer cañonazo… ¡Quedamos tan pocos!

He vuelto a recoger las chapas. Tengo una en las manos que me hace temblar. Dice: «División 250, núm. 11 317». Es la placa de Riquelme. Tenía él, mi buen camarada, un balazo en el corazón. Uno solo y exacto. Dimitri Vanka debía de tener un sosias en la acera de enfrente.

Los tres días de Possad

12, 13 y 14 de noviembre

Recobró el conocimiento porque no podía respirar. Él hubiera jurado que sólo estaba durmiendo. Galo Madrid tenía tanto sueño atrasado que siempre estaba durmiendo. Cada instante. Siempre que podía. Hurtándole unos minutos al frío, a la intranquilidad del claro abierto en el fuego enemigo. Y solía despertar de mala manera cuando algo o alguien rompía la inquietud del instante.

El agobio de aquel momento tenía una nueva raíz. Había tanto humo en la habitación que no se podía respirar. No estaba seguro al principio de que fuera una habitación o un pozo de tirador. Lo mismo importaba. Tan pronto estaban en una como en otro. En aquel instante se encontraba en un refugio. La deducción se imponía porque estaba acostado todo lo largo que era. Y sin fusil. ¿Dónde diablos estaría el fusil? No pudo pensar mucho en ello porque la asfixia era más urgente.

Al toser sintió un latigazo de dolor subirle desde las piernas. Renunció a moverse hasta haber despertado por completo. Levantando la cabeza divisaba una neblina ocupando el lugar del aire. Al mover un brazo el humo se apartó, como si fuera una cortina. Un par de velas ardían en un rincón… Muchos camaradas dormían sobre montones de paja, cubiertos con sus mantas. Ninguno parecía darse cuenta de nada.

Comprendió de repente. Algunas veces, en las horas anteriores, había llevado heridos a aquella habitación, un sótano en un edificio de ladrillo. Le había tocado ahora ser transportado. Estaba herido. Se olvidó hasta de respirar. Por otra parte, una vez despierto, se respiraba mejor. En todo caso, la atmósfera no estaba mucho más cargada que aquella respirada en días anteriores, cuando en el pozo se llevaban unas brasas y se cubrían con una manta.

Estaba herido… ¿Grave? Recordó el dolor en las piernas. Intentó moverse y se repitieron los pinchazos. No muy fuertes, pero lo suficiente para quitarle las ganas de provocarlos por mera curiosidad. Ya se lo diría el sanitario. Estaba tranquilo. Una herida significaba escapar del infierno desencadenado sobre Possad en el último día.

Le intranquilizaba, sin embargo, el que no hubiera nadie atendiendo. Un fragor sordo de disparos y un pepinazo del doce coma cuatro le indicaron que se estaba combatiendo. Temblaron aparatosamente las paredes y hasta la estufa se tambaleó. Varios heridos se incorporaron. Alguien, en un rincón, hipaba como si se estuviera muriendo. Seguramente se estaba muriendo.

Carlos García, de la 3.ª, le tocó en un brazo, dándole el gran susto. Le tenía al lado y no le había visto.

—¿Qué tienes?

Lo pensó antes de contestar. Y contestó la verdad.

—No lo sé. Deben de ser las piernas. ¿Y tú?

—¿No lo ves?

Lo veía. Un brazo astillado. Unas vendas mantenían el miembro herido pegado al pecho. Tenía la guerrera destrozada. Los practicantes metían el cuchillo a las ropas para llegar antes a la pupa.

—Somos muchos —comentó.

—Hay más. Por ahí —contestó vagamente García.

—¿No nos evacúan?

El otro no respondió. No importaba. Volvió sobre el viejo agobio.

—¡Esa maldita estufa! ¿No puedes hacer algo? No consigo mover las piernas.

García se arrastró unos pasos y maniobró en el fuego. Tenía un brazo sano y podía hacerlo. Cuando se hubo reintegrado a su sitio le ofreció tabaco. Fumaron unos instantes en silencio.

—Oye, Galo —preguntó García—, ¿qué día es hoy?

Reflexionó. El día 10 de noviembre habían relevado a los alemanes de la División 18. Aquella misma noche habían dormido en Possalok y aquella misma noche habían sufrido el primer bombardeo de artillería. Pero lo difícil era situar si el día 10 quedaba muy lejos o muy cerca. No se acordaba en absoluto.

Arreció el combate. Se escuchó crujir una escalera y, a poco, tosiendo, entraron dos hombres llevando a otro herido. Casi no había sitio y dudaron antes de dejarle en un rincón. El herido iba sin sentido con la cara llena de sangre. Algunos de los cuerpos tumbados se reanimaron.

—¿Qué pasa ahí fuera?

El sargento, pues era sargento uno de los que trasladaban al herido, respondió mientras se calentaba nerviosamente las manos en la estufa.

—Aviación.

—¿Qué día es hoy? —preguntó García, machaconamente.

El otro se encogió de hombros y se marchó.

—¡Nadie me quiere decir…!

—¡Cállate de una vez!

García le miró sorprendido, pero se calló. Fueron entrando más heridos, ahora por su pie. Tíos suertudos con un tiro sedal, seguro. Ninguno de su compañía. Le inquietaba aquello. Su compañía. ¿Dónde estaba su compañía?

Empezaba a recordar. Su compañía había ocupado Possalok el día 10 por la noche. Otra compañía había quedado en Possad y otra más en un monasterio que quedaba bastante a retaguardia. Los alemanes habían cedido sus posiciones sin ocultar su alegría. Mucho frío. Para mayor ironía al pelotón suyo le habían acomodado en una sauna, uno de aquellos baños de vapor que existían en todos los poblados rusos. El baño quedaba a trasmano, a la derecha de una carretera, enfrente de un río llamado Wischera. Enfrente de la caseta existía una pequeña trinchera con tierra removida y trapos abandonados.

En el río, helado, se mostraban unos puestos, sobre unos montones de paja al resguardo de unos árboles caídos. Bosque a derecha e izquierda. Una carretera que debía de ser importante y unas casas esparcidas. Tal era el panorama completo. Reinaba un silencio muy raro, donde los morterazos sonaban como desgarraduras y los disparos sueltos como petardos.

Habían llegado cansados, muertos de frío e irritados. La compañía tenía ciento ocho hombres disponibles. El pelotón suyo, cinco, con el sargento Barrios como Jefe. Ningún cabo. Había que montar puestos…

—Hay tres refugios llenos de heridos —estaba diciendo uno de los heridos menos graves.

Una de las velas se apagó bruscamente. Los que podían mirar, incorporándose, trataron de inquirir la causa del apagón. Se había caído, sencillamente. La estufa ya no hacía humo, pero el frío se dejaba sentir solapadamente. La paja estaba humedecida. Había sido arrancada de los pajares destruidos y el poco calor del refugio había licuado la escarcha que la cubriera.

Allá afuera disminuía el jaleo, El ruido de las descargas se iba haciendo más pausado. Solamente las granadas persistían en buscar carnaza entre las ruinas. Llegó un oficial con la ametralladora colgando del pescuezo.

—¿Qué hay, muchachos?

Nadie contestó. No le conocían. Insistió…

Ha venido la Primera a reforzarnos…

—Nosotros estamos heridos —contestó Varea, el cabo Varea, desde un rincón.

El oficial reprimió un gesto. No sabía, sin duda, dónde se había metido. Galo preguntó:

—¿Cuándo nos evacúan?

—Veremos si esta noche puede ser…

Dejó temblando las últimas palabras. Carlos volvió sobre su tema:

—¿Qué día es hoy?

—Hoy… Estamos a doce, muchacho; a doce. Ya es de noche. ¿Qué te pasa?

—Nada.

Se marchó el teniente. Algunos comentarios se desataron. «Nos evacuarán esta noche». «¡Esta noche…!».

Galo estaba preocupado. Tenía unas ganas enormes de orinar. La herida o heridas no le dolían. Tenía ganas de orinar. Se estaba aguantando las ganas desde el amanecer… Porque aquella noche, cuando salía a orinar, había empezado el jaleo. No se acordaba si había satisfecho su necesidad. No se acordaba de nada. Casi de nada. Todo había sido tremendo… Poco después de medianoche una cortina de fuego había caído súbitamente sobre Possalok. De la sauna empezaron a salir los del pelotón. Apenas tuvieron tiempo de arrojarse contra el trincherón. Una tremenda marea de rasos estaba cruzando el Wischera. Sobre el estrépito de las granadas se escuchaban sus gritos y cantos.

No se esperaban los ataques de noche. Era la primera vez que sucedía, excepto los golpes de mano. Y el impacto era tremendo. La ametralladora había comenzado a cantar. Pero los enemigos eran muchos. Antes de cinco minutos varias posiciones españolas a derecha e izquierda quedaban anegadas por la marea humana, vociferante y terrible. Algunas casas ardían en el pueblo. Empezaron a recibir impactos en gola. Eutiquio se dobló sobre un tronco con un balazo en la frente. Barrios ordenó la retirada, cargando con la máquina y con las municiones.

Apenas alcanzado Possalok se desencadenó el infierno. Los pozos y las casetas avanzadas habían sido pulverizados. Galo recordó haberse tirado de cabeza en una cuneta. Un casco de mortero le había rasgado el capote. En la cuneta había doce hombres de la tercera sección. Las casas, ardiendo; las trazadoras y los impactos luminosos de las grandes piezas iluminaban todo aquello como si fuera de día. Hacia el pueblo grande, Possad, se escuchaba idéntico fragor.

Un sargento ordenó rápidamente los fuegos. La carretera recogía todos los disparos. Los cañonazos levantaban la tierra helada y los cascotes parecían trozos de acero. Un antitanque español tiraba detrás del grupo. La helada agrietaba los rostros y las salpicaduras de nieve cegaban. Para recibir una orden era preciso que ésta fuera gritada al oído.

Desde donde estaba, Galo disparaba en dirección al cruce de carreteras. Otros lo hacían contra el río. Grotescas figuras humanas se movían entre el humo. Algunas, alcanzadas de lleno por una descarga, se desmoronaban como una tienda de campaña cuyo palo se rompiera. Los restos de un tejado volaron por los aires y fueron a caer en el centro del grupo. Un soldado comenzó a chillar con un tronco en los riñones.

Galo había ayudado al camarada. Apenas dejado éste a cubierto, cinco rusos habían saltado la carretera, creyendo no encontrar resistencia. Fueron acogotados en una lucha breve pero desesperada. Un español recibió un bayonetazo en plena cara. Galo se agarró con uñas y dientes a un enemigo desconcertado. El sargento le había sacudido, no recordaba si segundos u horas después: «¡Déjale ya!». El ruso estaba cubierto de sangre. La que iba brotando desprendía una extraña humareda…

¡Ahora la estaba viendo! ¡Un vapor humano escapándose del cuerpo roto! La sangre, casi hirviendo en comparación con la temperatura exterior, formaba un vapor más intenso que el de la respiración, que ascendía casi medio metro hasta condensarse, hasta que el rojo líquido agujereaba la nieve y se perdía de vista…

Dos horas después todas las casuchas ardían. Las infiltraciones enemigas dentro del poblado habían sido rechazadas. Pero éste se encontraba cercado. Los restos de la compañía española se aplastaban al terreno teniendo las casas ardiendo a sus espaldas. Los enlaces se hacían atravesando las hogueras entre las nubes de humo. El enemigo también estaba pegado al terreno. Algunos pequeños grupos hostilizaban desde las saunas y el grueso de las fuerzas ocupaba los bosques. El incendio iluminaba los pasillos cortafuegos que dividían el arbolado. Bultos negros de cadáveres punteaban la nieve. La artillería propia tiraba débilmente.

Poco antes de amanecer los rusos desencadenaron otro ataque, desordenado y feroz, como todos los suyos. Casi todas las máquinas españolas estaban inutilizadas, por falta de munición o por bajas en sus servidores. Se tiraba con fusil, escogiendo la víctima. Los rusos, sembrando de muertos el terreno, fueron ocupando la parte de Possalok más cercana a la carretera de Radowscha. Un teniente iba recorriendo a saltos los grupos españoles que resistían. Al llegar al grupo de Galo, reducido a siete hombres, dijo que quedaban cuarenta y cinco hombres útiles de la compañía. Y que se preparasen a retirarse hacia el camino de Possad. Los heridos iban siendo retirados a un refugio intacto, en las últimas casas del pueblo, pues aunque la aldea estaba rodeada, el hostigamiento era más débil por allí. Los heridos eran pocos. No llegaban a docena y media. Pero eran graves; los menos graves y los leves resistían como los demás.

Se agotaban definitivamente las municiones. Poco a poco, los grupos dispersos se iban reuniendo. Las casas incendiadas distraían al enemigo, que continuaba inundándolas de metralla. Los rusos aullaban como condenados, señal, más de otra cosa, de que estaban muy castigados. Los españoles callaban y apretaban los dientes. Casi todos tenían heridas e iban sucios, llenos de barro y ahumados. Los capotes, mojados circunstancialmente, se helaban enseguida, poniéndose tiesos y crujientes.

La retirada comenzó. Desde Possad se iba abriendo camino una sección, según anunciaba la radio. Desde Possalok, diez hombres útiles se encargaban de hostilizar el bosque a derecha e izquierda. Los heridos iban en dos trineos y algunos en mantas, arrastrados por la nieve y a hombros. Galo cargó con un andaluz menudo y consumido que se quejaba cuando se detenían. Iban por la cuneta, agazapados, esperando que las patrullas de protección dieran la señal de avanzar. Dos máquinas iban retrasadas, disparando rafagazos. Los rusos no demostraban mucho entusiasmo en entorpecer aquello.

Se corría y se arrastraba… Un salto y cuerpo a tierra. Una mina estalló a cincuenta metros más allá de donde Galo jadeaba con su herido. Un camarada la había pisado. Al llegar allí encontró al herido que gritaba como un loco, en el centro de un manchón de sangre y pólvora. Galo gritó también. El herido tenía un pie convertido en una masa informe. Sus gritos se iban debilitando. Llegaron silenciosamente dos españoles y recogieron al cuitado, rasgando un capote para oprimir con sus tiras la pierna mutilada.

Quinientos metros después encontraron las avanzadillas que habían salido de Possad. Todo había sido más rápido después. Algunas casas aisladas ardían en las afueras del pueblo, mucho más importante que Possalok, y los cuerpos de algunos rusos tenían ya en las costillas la escarcha del amanecer.

Dijeron luego los camaradas de la 2.ª que por allí también habían atacado los rusos, pero más débilmente y sin duda para impedir que acudieran en socorro de Possalok. Había sido rechazado el empujón y en aquellos momentos sólo la artillería castigaba el pueblo.

Los heridos fueron trasladados al refugio. Galo fue ayudado a llevar al suyo hasta el sótano, aquel mismo en que se hallaban. Se acordó de él y trató de identificarle. No lo consiguió. Todos los heridos parecían iguales. Unos tenían la manta sobre la cabeza y otros se incorporaban apoyados en la pared; pero todos se perdían en el anonimato de la sangre y el dolor…

Le acuciaba de nuevo la necesidad. Sentía el vientre oprimido y en los flancos un latido muy fuerte. En el refugio no había nadie. No se escuchaba rumor de combate. Intentó cambiar de postura para conseguirlo. Las piernas…

Se escucharon voces y a poco se arrastraban varios soldados por los escasos peldaños, llenando el sotanillo. Galo escuchaba un poco asustado. Uno de los hombres empezó a dar órdenes en voz baja. Debía ser un oficial. Los otros dos camaradas comenzaron a revolver entre los cuerpos hacinados. Otros más asomaban por las escaleras. Retiraron cinco cuerpos. Su rigidez no ofrecía dudas. Quedó más sitio. Se encendieron más velas y alguien trajo una palada de brasas. La atmósfera se calentó un poco y las palabras fueron subiendo de tono. Todos los que podían incorporarse miraban.

—Bueno, machotes —comentó el oficial—. Vamos a ver si sois tan valientes aquí como allí fuera. Por lo pronto os vamos a calentar un poco.

—¿No nos evacúan?

—Más tarde, hombre…

Surgió un cacharro con agua caliente y mientras dos camaradas colocaban unas cajas en un rincón, un sargento empezó a hacer equilibrios entre los heridos. Llevaba una botella en la mano. Soltaba palabrotas y elogios, repartidos imparcialmente. Los heridos de vientre se quedaban sin beber. Aquello era la calefacción interior.

Al llegar a Galo levantó las mantas y miró. Galo le observaba tratando de recoger en su expresión la naturaleza de su herida. Pero el suboficial rizó su mejor sonrisa y le ofreció la botella. La recogió y chupó hasta que un golpe de tos le hizo devolver parte del líquido. El sargento se echó a reír y se iba a marchar cuando Galo le hizo una señal.

—¿Qué quieres?

—Una marmita.

El otro comprendió enseguida y llamó a uno de los curiosos. Galo escondió el recipiente bajo la manta y orinó hasta llenarlo. Se sentía un poco cohibido. No porque entre soldados fuese aquélla una acción extraña. Pero le dolía encontrarse tan inútil para apartarse unos pasos.

El médico empezó a practicar unas curas rápidas, amenizando su labor con palabras gruesas. A la luz de las velas se veían gigantescas sombras en el rincón donde estaba el improvisado quirófano. Galo deseaba y temía al mismo tiempo que le llegase el momento de la cura. Se hizo el propósito de ahogar todo lamento. Lo mismo debieron de pensar los demás, porque en cuanto a los heridos respectaba no se escuchaba una palabra. Las telas desgarradas y pegadas a la carne crujían

endemoniadamente. El doctor, o sanitario, o lo que fuera, sudaba copiosamente.

Los que presentaban congelaciones eran retirados. Los practicantes pedían ayuda. Se necesitaban brazos fuertes que golpearan aquellos miembros ateridos. Como el combate parecía haber cesado, no faltaban camaradas que acudían, unos en busca del hermano, otros de los amigos o componentes de su pelotón.

Galo esperó su hora entre las nieblas de la fiebre. Escuchaba al oficial preguntar a los heridos la causa de su herida y hacía esfuerzos para recordar «cómo fuera lo suyo». Debió de ser aquella misma mañana del día 12 de noviembre. Pero no recordaba… No recordaba… Casi sollozó cuando el cirujano le interrogó, y el otro hubo de animarle.

Se desmayó cuando sintió que al par de su ropa se desgarraba su carne.

Cuando despertó todo continuaba igual. Todo igual… todo igual… Tardó mucho tiempo en comprenderlo. Era el mismo refugio, la misma chimenea que humeaba, la misma paja húmeda bajo el cuerpo, las mismas detonaciones haciendo crujir las paredes… Sudaba. Estaba sudando. Parecía extraño, pero era la verdad.

Tenía la cabeza apoyada en un morral: ¿el suyo? No, no era posible. Todo lo suyo había quedado en Possalok. No tenía ni fusil en aquellos instantes. Le dolía la cabeza, le dolían las piernas. Sabíase vendado y creía notar que las vendas estaban demasiado apretadas. Sintió deseos de fumar y revolvió como pudo los bolsillos hasta encontrar unos cigarrillos muy arrugados. Le faltaban cerillas. El vecino de al lado le tocó con la mano. Había estado observándole.

—Toma.

Cerillas rusas, de madera. Recordó como un relámpago la sorpresa de los prisioneros cuando veían las españolas de papel.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

El camarada se encogió de hombros.

—Chico, esto es un degolladero. Entramos ayer y ya me han cascado. Soy de la Primera…

—¿Ayer?

—Bueno. Anoche… Esta noche… ¡No sé cuándo, demonios!

—Está bien, hombre. No te enfades.

—No me enfado.

Escucharon el jaleo. Era fuerte, sobre todo por los impactos de la artillería. No… Era aviación. Le vino a las mientes que nunca había visto en acción a la cacareada *Luftwaffe*. Se lo dijo al otro.

—Estos *ruskis* tienen unos aparatos que suenan igual que las motocicletas. Van por las carreteras y se colocan detrás de los coches. El chófer se cree que es algún enlace y se apresura a dejar paso. Menudo recado dejan entonces los mamones esos. En mi compañía…

Un estampido muy cercano hizo temblar todo el refugio. Los heridos que dormían se sobresaltaron. Algunos intentaron agarrar un imaginario fusil. Se escucharon gritos

afuera. A poco, bajaron entre dos a un cabo, hecho un guiñapo. El vecino de Galo lo olfateó con suficiencia de veterano.

—Ése está muerto. No lo dejéis aquí.

Se lo llevaron. Quedaron solos. Galo se extrañó de la soledad.

—¿Dónde están los sanitarios?

—Se los llevan. Cuando empieza el follón se los llevan. Hace falta gente. Vienen después…, si vienen.

Se puso en claro que había habido un ataque muy fuerte poco después de medianoche. Y otro se estaba desarrollando en aquel momento. Eran las seis de la mañana. Uno de la 2.ª que conocía bien Possad, podía ir localizando los ruidos. Muchos de los heridos eran recientes, del ataque anterior, aunque, en realidad, la mayoría de las bajas las causaba el bombardeo.

—Dicen que está herido el comandante…

—¡Vaya…!

Todos hablaban. El que más y el que menos había sido testigo de mucho y bueno. Se podía decir lo que se quisiera de los españoles, todo, menos que no sabían combatir. Possad estaba situado en un claro del bosque. Una carretera de cuatro kilómetros llegaba hasta el monasterio de Otensky. La línea del frente se quebraba por allí. Todo aquello era una cuña metida en el costado enemigo. En Possad estaban los restos del 1.º y 2.º Batallón y varios antitanques. Se decía que otras compañías vendrían por allí. Nadie dudaba que el pueblo se mantendría. Estaba bien aquello. Los rusos ya sabían que eran los españoles que defendían el pueblo. Entre ataque y ataque acercaban un camión con altavoces. Luego emitían música española, pasodobles y todo eso, para terminar con soflamas y discursos en castellano. Se decía que algunos prisioneros o pasados habían incitado a sus camaradas a entregarse: «Moscú es el camino más corto para volver a España», decían.

Y hablaban del frío, del terrible frío; y de los muertos, y de las malas comidas. Pese a todo, se aguantaba y se aguantaría hasta que los jefes dijeran basta. Aquélla era toda la ciencia de la guerra: aguantar. Aguantar con el frío en los huesos, con la metralla en el cuerpo, con el miedo en el alma. Un cantar aquí y una blasfemia allá, mordiendo las palabras, los insultos, los lamentos… ¡Vamos, soldado! ¿De qué te quejas? ¡Muérete de frío, pero aguanta! ¡Aguanta te digo, resiste! ¡Quédate ciego después, pero apunta bien ahora, que están aquí!

Al terminar el jaleo, poco después, empezaron a llegar heridos. La sangre fresca olía profundamente. Hablaban todos, convertidos en manojos de nervios. Venían muertos de frío, asustados o enardecidos. Y querían hablar. Gritar… Algunos lloraban; otros reían. Nervios… Nervios sueltos de la guerra, educados para matar o morir. Chillaban, viendo las casas quemadas, el blindado escondido detrás de una isba hostilizando la carretera, las infiltraciones enemigas. Se imaginaban estar en sus pozos de tirador, llenos de carne española, sucia, miserable, doliente y magnífica.

Algunos camaradas acompañaban a los heridos. Venían tan agotados que casi

parecían ellos los heridos. «Descansaremos un poco —decían—. Sólo un poco». Y se acurrucaban entre dos cuerpos. Se quedaban dormidos. Un impacto fuerte los despertaba. Aquello sucedió después de un modo menos espontáneo. Venían y se quedaban. Estaban agotados, era la verdad. Y afuera, después de combatir, se tenía que fortificar, que cavar tumbas, que abrir brechas entre las casas para establecer comunicaciones… Venían los sargentos y los oficiales en su busca; algunos juraban y se llevaban a los hombres casi a rastras; otros, decían sólo, casi con ternura: «Vamos, muchachos». Y los muchachos se levantaban, agarraban el fusil y salían, tambaleándose.

Todo lo iba recogiendo Galo, menos cuando la fiebre le castigaba. El refugio pasaba por instantes de euforia. Llegaba un sanitario y decía que el último radio aseguraba para aquella noche la evacuación; llegaba otro cualquiera y decía que los rusias bombardeaban Otensky. La estufa humeaba; los ojos de todos estaban hinchados y las heridas comenzaban a infectarse. Los cuerpos se hacinaban y abrazaban, buscando el calor animal del contacto. Olía a humanidad sucia y miserable. Olor a sangre, a deyecciones, a vómitos, a paja podrida. Olor a estiércol. En las vaharadas calientes del fiemo la piel se ulceraba; pero los instintos vivían más profundamente. La suciedad, el estiércol, el extracto de la vida y la muerte eran los fecundadores. Y los heridos vivían, y los muertos y los héroes, todos de la gran suciedad de la guerra fecundadora de la Historia.

Se repartió alguna comida. Al caer la tarde llegó una mala noticia. «Las malas noticias —se dijo Galo— siempre circulan entre los soldados, siendo imposible evitarlas». En el camino a Otensky había sido atacada una sección que venía con ambulancias y material de evacuación. Los rusos habían matado a los camilleros, a todo el personal sanitario; habían volcado los trineos y los caballos se desangraban en la nieve. Podía darse por fracasada la evacuación para aquella noche.

Casi inmediatamente los rusos desencadenaron un fuego de gran estilo sobre el pueblo, cañones del doce cuarenta, del siete y medio, antitanques, morteros, ametralladoras pesadas. Y aviación, volando impunemente sobre los escombros. Los heridos quedaron otra vez solos.

Galo sentía en las piernas una palpitación constante que iba en aumento. Los pies le parecían sobrehumanamente alejados, como si estuvieran al final de unos zancos, aquellos zancos que se ponía cuando niño para asustar a sus hermanas con la hombrada. Se resistía profundamente a gritar, a dejarse llevar por el miedo. Podían, en cualquier momento, asomar los rusos infiltrados por las escaleras del refugio; podían arrojar un manojo de bombas que les dejaran a todos enterrados… Podía suceder, era la verdad. Pero quería sofocar el miedo, tener el corazón entero para ser testigo del instante.

Esto lo había aprendido de un camarada de la vieja Falange madrileña, en una celda de la Modelo, esperando la muerte de un momento a otro. Matías Alonso, que así se llamaba el camarada, decía, decía siempre: «Nunca cierres los ojos. Es preciso

mirar, ser testigo. En lo más tremendo, en lo más terrible, encontrarás un hecho de que puedas dar fe. Aunque estés muerto, porque morir, camarada, es sólo la ocasión de volver a empezar».

Ahora lo comprendía muy bien. La muerte era el comienzo de una nueva vida. La semilla está muerta cuando se arroja al surco; la córnea muerta revivía en el trasplante. La semilla nueva no germinaba; la córnea de un vivo se moría al trasplantarla. Misterios de la vida y la muerte, de la biología, de la fe.

El bombardeo aportó nuevos heridos. Hombres con los rostros quemados por la melinita, muchachos destrozados por la metralla, casi niños sollozantes y aturdidos con balazos en el pecho. Los que resultaban ilesos caminaban encorvados, envejecidos. Llevaban dos día sin comer ni dormir, muriendo y matando, sepultados en pozos de tirador y cavando zanjas en una tierra dura como el acero.

Galo supo que era de noche por el parpadeo de los que entraban, asombrados de que allí hubiera una luz, aunque fuera una vela alemana de taza. En algunos instantes del bombardeo, los hombres ilesos se amontonaban en la escalera, esperando a que pasara el chaparrón. Tenían todos las mantas sobre la cabeza, donde la humedad de la respiración se congelaba inmediatamente. Tenían las armas apretadas y en los bolsillos y el cinturón todas las municiones que podían recoger. Hablaban de granadas rompedoras que estallaban a unos metros del suelo. Hablaban del blindado que, por fin, había sido incendiado por un antitanque. Y decían de algunas escaramuzas para limpiar los nidos enemigos que molestaban demasiado.

Los heridos eran ya más de cien, amontonados todos en refugios. En algunos de éstos no se podía encender ningún fuego y los hombres se helaban. Se tenía mantas. Mantas de los muertos, los enemigos, y paja. Así se combatían los veinte grados bajo cero.

La noche fue transcurriendo lentamente, entre alarmas y arrechuchos de la fiebre. Galo sentía cómo se le iba debilitando la vista. Muchas veces eran sólo manchas borrosas lo que divisaba: las sombras se agazapaban en los rincones, subían, monstruosas, por las paredes y hasta el vapor que se escapaba del plato colocado sobre la estufa tenía un color verdoso, sofocante y denso.

Explosiones, gemidos. Un andaluz. —¿Quién es? Le conozco. Es de mi compañía; pero no recuerdo su nombre…—, empezó a cantar, bajito, unas bulerías… —¡No recuerdo su nombre, Señor…! Es de la Palma. La Palma del Condado… Pero no recuerdo su nombre—. El canturreo tenía golpes de martillo y sonidos de fragua: «De pequeñitos se conocieron / en la alegre plazuela de Santa Ana. / Y de quererse siempre, promesa hicieron / a la Virgen morena que hay en Triana…». ¿De quererse siempre? ¿Desde niños? Él también había tenido un amor niño. Ahora se daba cuenta de la tremenda sencillez del amor niño. Tú eras para mí, yo seré para ti. Te aguardaré siempre, siempre… ¡Siempre! Y un año, y otro, y muchos…

—¡Calla, andaluz!

No callaba… Ni siquiera le escuchaba. Y se estaban torciendo los amores:

«Fueron palabras vanas sus juramentos / que el viento a poco se los llevó. / Y al compás de los golpes de su martillo, / va sangrando la herida de aquel amor. / No llores, Curro Molina, / de los gitanos calé, / que los gitanos no lloran / por una mala…».

—¡Calla, andaluz!

—¿Qué pasa, hombre?

—Nada. No pasa nada: Canta otra cosa.

Y el otro comenzó a cantar la Romería del Rocío, la de las blancas carretas, la de la dulce Paloma, la de la ermita en la sierra, la de los alegres romeros… Y Galo empezó a llorar, silenciosamente, con un terrible nudo en la garganta… «Marismeña del Rocío, / eres la blanca Paloma…».

—¡Calla, andaluz!

—¡Pues, hijo, no sé qué quieres…!

¿Querer…? Silencio. Silencio para los que van a morir. No añadir el dolor de la patria lejana. ¡Calla, andaluz! ¡No quiero llorar; deseo seguir siendo el hombre entero de siempre…!

Pero se quedó dormido con el llanto en las mejillas. Al amanecer le despertó un estertor. Recordó. A su derecha habían colocado a un camarada de Madrid llamado Víctor. Se había refugiado en una zanja y una bomba de aviación, estallando demasiado cerca, había estrechado la trinchera, oprimiendo al desgraciado. Tenía varias costillas rotas y estaba casi reventado. Se moría.

Gritó para que acudiera alguien. Nadie respondió. Al agonizante le faltaba aire y respiraba afanosamente. Hilillos de sangre le escurrían por la cara. Pensó Galo en huir, en escapar de cualquier modo. Pero recordó al camarada Alonso. «Sé testigo. No huyas. Mira fijamente Quizá encuentres el secreto, quizá encuentres la verdad».

Y durante una hora fue testigo, observando cómo la muerte invadía el rostro del camarada, comiéndose el color, resecando la sangre, paralizando el corazón y la lengua, alargando los sufrimientos… Un tartamudeo inapresable, un girar de un lado a otro la cabeza, un mantener desesperadamente abiertos los ojos, tal era el secreto, la verdad. El cadáver quedó con las mandíbulas desencajadas.

Galo aguantó hasta el fin. Fue curioso del horror. No cerró los ojos, ni el entendimiento. Fue testigo. Al final, estaba casi insensible, como una piedra. Le volvió la fiebre…

El día 14 trajo el fin del combate nocturno. Regresaron algunos hombres, o fueron mandados a cuidar a los heridos. Se retiró a los muertos. Todos iban recorriendo los sótanos, para descansar, para buscar al amigo, al hermano, al componente de la sección.

Tenían los nervios a flor de piel. La falta de sueño hacía que sus movimientos parecieran obedecer a un resorte.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. No ha pasado nada.

Bien. Otro día de respiro. No podían fallar los refuerzos otra vez. Se evacuarían los heridos. El refugio se llenaba de alegría. Estando heridos se temía más a la incógnita del combate. Los que estaban arriba aguantaban el frío y la metralla, pero sabían dónde se escondía el enemigo. Desde abajo, aunque ninguno lo hubiera confesado, se temía a cada instante que aquello acabara mal. El estruendo podía acabar, el silencio hacerse… y los rusos asomarían sus bayonetas agudas. Los matarían a todos.

Galo tenía períodos de lucidez. En ellos se enteraba que los rusos estaban muy quebrantados y que estaban cañoneando Possad con granadas incendiarias. Querían, por lo visto, dejar a los españoles a la intemperie. La artillería propia tiraba hacia el bosque. Los heridos sumaban ya ciento cincuenta. Y esto contando los heridos incapaces de manejar el fusil. Entre congelados, muertos y desaparecidos se sumaban otros tantos. De los quebrantados batallones quedaban trescientos hombres.

Ardían casas. Buena ocasión para calentarse. Se aguantaba, no faltaba más. Se amontonaban tierra y nieve sobre los refugios de los heridos. Aquellos chamizos no hubieran resistido un impacto directo, pero siempre que no fuera así podían resistir.

Más tarde, Galo se encontró naufragando en un mar de fiebre. Al levantar un poco las mantas creyó percibir un aliento a carne corrompida. Tragó saliva y calló. No pudo tragar un vaso de café que alguien acercara a sus labios.

Fiebre. Alguien se cayó encima de sus piernas y le sacó un alarido. El torpe se disculpó, lívido, hasta que se dio cuenta de que no era escuchado. Galo estaba muy lejos; lejos de la guerra. Soñaba que estaba junto a un estanque. Allí veía los rostros de las personas que habían sido alguien en su vida. Algún maldito, un desgraciado, arrojaba de cuando en cuando piedras en el agua y las figuras amadas desaparecían. Tenía que esperar a que se calmaran las ondas. Él, Galo, ya no era un niño, como muchos de los que agonizaban por allí. Tenía treinta años y muchas borrascas sobre el corazón. Los rostros que se mantenían —algunos desaparecían para siempre— movían los labios como si estuvieran hablando. Pero el agua se tragaba los sonidos. Intentó adivinar, seguir el movimiento de los labios, pero fracasó. Llegó, no obstante, a producir un rumor apagado, como un rezo sin palabras. Todo se le estaba negando. Quizá fuera mejor mirar hacia dentro, rezar, sí, mas con palabras…

Al caer la tarde del día 14 se encontraba muy débil hasta para mover la cabeza. La fiebre le poseía casi constantemente. En un instante de lucidez se enteró de que había novedades. Un teniente había llegado con una moto sin ser hostilizado. Aquello significaba que el camino a Otensky estaba despejado. Pero los que resistían en Possad no podían evacuar ellos solos a sus heridos, que eran tantos como los sanos. No se podía dejar desguarnecido el poblado. Bien… Se esperaría otro poco más… ¡Aquella noche! Por la noche serían retirados los heridos. Cuando se lograra coordinar los movimientos entre Otensky y Possad, cuando se consiguiera mantener abierto el camino de la evacuación.

Ya las sombras iban cayendo sobre el estanque. La agitación era casi permanente.

Muy pocos de los rostros resistían. Sin embargo, él se obstinaba en permanecer de bruces ante el agua, resistiéndose al deseo de marchar o arrojarse definitivamente al agua. Empezaron a sacudir el mortecino espejo unos fuegos artificiales, ramalazos de luces verdes y rojas que podían ser también balas trazadoras. Un frío enorme iba llegando desde el bosque. El estanque se helaba. Le dolían las piernas. Nevaba… La nieve parecía hecha con cristalillos diminutos… Aparecía una mancha diminuta, roja, que… que humeaba, que al extenderse dejaba escapar un vaho rojizo. El vapor se elevaba hasta cierta altura, entonces se licuaba y comenzaba a caer una escarcha color violeta.

Deseaba rezar… «Señor… Morir… morir… morir… No puedo, Señor, ser delicado porque mis piernas están destrozadas y mi cuerpo cansado. Y mis ojos se han bañado en el odio y mis oídos se han endurecido… Señor; pero si es preciso morir para verte… estoy dispuesto. Yo soy testigo… ¡TÚ ERES EL TESTIGO ETERNO! No cerrarás tus oídos aunque blasfeme; no cerrarás los ojos aunque me resista al sufrimiento; desearás ser Testigo de esta sangre mía que es tu sangre, de este cáliz que es tu cáliz, Tú lo sabes… No desmayaré. Sólo te pido que no dejes mi cuerpo abandonado. Recoge mi sangre. Y limpia la sangre extraña que haya en ella. Llegando hasta el final, hasta el límite, espero encontrarte… Señor… Señor, que mis manos no abarcan; Señor, que mi mente no comprende… Señor, que mi corazón llama…».

Al anochecer se estableció el contacto entre Otensky y Possad, Hubo un corto y arriscado tiroteo en las márgenes del bosque, allí donde los pasillos cortafuegos imponían su utilidad de camino. Los rusos debían de estar destrozados caminando por el bosque. Los españoles no deseaban dejarles asomar a la carretera. Eran tres los días transcurridos desde el ataque…

Lograron pasar los camilleros, una ambulancia y varios trineos. No llegaron al poblado. Aguardaron en una hondonada la llegada de la noche. Empezó la evacuación de los heridos más necesitados. Se tendrían que hacer varios viajes.

Al refugio de Galo llegaron los sanitarios. Casi, no podían creer en aquélla chacinería humana. Uno de ellos se puso lívido y vomitó la primera papilla. Otro se acercó a Galo. Levantó las mantas, casi tiesas, y descubrió las piernas hinchadas. Mal aspecto ofrecía aquello. Tomó una muñeca para apreciar el pulso. El cuerpo aún estaba caliente, pero el corazón no latía. No se entretuvo demasiado. El tiempo urgía. ¡Otro, vamos…! Los muertos podían esperar.

Otensky

La batería estaba instalada en lo que fuera el jardín del monasterio. El cuerpo del edificio quedaba atrás, a la derecha, con sus murallas y sus torreones. El bosque… Bueno, el bosque estaba en todas partes, rodeándolo todo. Cerca, pasaba el camino a Possad. Y al otro lado, la carretera a Schewelevo.

En aquellos momentos acababa de detenerse en la explanada de la puerta principal un camión de Intendencia. En los sótanos de una isba que había delante, y que por casualidad estaba intacta, se almacenaban los víveres. Juan Luis Aledo sabía que en estas ocasiones el sargento Gomara se volvía loco buscando tíos que ayudaran a descargar el camión. Nadie quería. Estaban todos tan agotados que necesitaban una nube de improperios y otra de amenazas para echar mano a un saco de patatas. Y los de Intendencia siempre tenían prisa. Y miedo, la verdad sea dicha. Desde la puertas de su refugio los veía, asomados a la trasera del vehículo, dejando resbalar su mirada asombrada por todos los rincones, especialmente hacia el bosque, hacia la casa quemada la noche antes que humeaba cien metros más adelante.

Juan Luis no deseaba descargar camiones. Como todos, deseaba dormir, no trabajar. Pero si se quedaba en el refugio no tardaría en llegar el sargento, levantando a todo bicho viviente. No le faltaban palabras. Buenas palabras, desde luego: «¡Vamos, muchachos! Se tienen que marchar antes de que se haga de noche. Se llevarán a los heridos…».

Se llevarían a los heridos, naturalmente. Todos los días había heridos. De Possad les llegaba un chorreo continuo. No era ya el matadero de los tres días primeros, durante los cuales el fuego había sido continuo y la incertidumbre constante. Aquello se había sorteado. Por estar en contacto su batería con Possad sabía bien lo que fue aquello. Possad era el observatorio adelantado de la artillería. Habían llegado a un acuerdo. El fuego lo solicitaban de una manera casi elemental, casi para no sentirse abandonados: «Disparar base cuadrícula 24-13, ángulo superior… ¡No, no! ¡Más a la derecha…! ¿Qué pasa? ¿Estáis durmiendo acaso?». «Fuego con las pequeñas sobre Possalok. Han llegado camiones…».

Bien. Cosas como aquéllas eran ya rutinarias. La radio había sido inapreciable en algunos casos. Las líneas de teléfono eran rotas todas las noches por los rusos, que se llevaban el cable, seguramente para atarse los calzones. Los de Transmisiones se tiraban a las cunetas para empalmar los trozos, si los encontraban, que lo más seguro era topar con alguna de aquellas minas que los malditos dejaban cubiertas con una guerrera vieja o con un capote. Algunos picaban… Entre los de teléfono había alemanes. Los hombres, entre los españoles, parecían peces fuera de su elemento. Se pasaban el día musitando palabras gruesas o, si no lo eran, lo parecían… «Grosse Scheisse… grosse Scheisse…!».

El día 25 de noviembre estaba transcurriendo sin mayor novedad. El enemigo

debía de estar muy cansado. Possad sufría todos los días fuego de artillería, amén del fuego de las armas ligeras. Otensky sufría todos los días unas cuantas pasadas de la aviación rusa. La alemana también había venido, días atrás, Juan Luis no recordaba el día exacto —pues sólo había sido uno—. Se esperaban grandes ataques, como siempre. Los pequeños no faltaban.

Los españoles estaban tan cansados que sólo pegando tiros se recobraban. Dormían de día, si se podía, si no era necesario bajar a las posiciones intermedias, que nunca acababan de fortificarse. De noche era preciso meterse en los pozos de tirador, toperas heladas donde sólo se podía resistir un cuarto de hora. Pero se resistía una horita completa. La noche era un continuo trasiego. Los que relevaban no tenían tiempo ni para cerrar los ojos: enseguida eran llamados para cubrir puestos otra vez. La cellisca soplaba crudamente en los lugares descubiertos. La nieve ofrecía la tremenda tentación de su abrigo blanco. En los pozos, los tiradores encendían pequeñas hogueras, tapándose con una manta. Parecían brujas, hombro con hombro, adorando las minúsculas brasas. Se les hinchaban los ojos, quemaban la ropa y ennegrecían los pulmones. Cuando no se podía más, se levantaba la manta y se dejaba que una racha de viento helado se llevara el humazo acumulado.

Una alarma lo encendía todo. Tiroteo en la retaguardia, hacia Schewelevo; follón gordo en Possad; mosconeo de la Parrala. Salía la gente corriendo de los refugios y se disparaba. Poco a poco iban ardiendo las casas algo alejadas del monasterio, serrerías, graneros, baños de vapor. El monasterio mismo se iba desmoronando. La aviación dejaba siempre un regalito en sus patios, segura de hacer carne, como sucedía.

Aledo llevaba desde el primer día en el monasterio. La artillería no se relevaba. De Possad había sido retirado el 1.º de Esparza, mejor dicho, los ciento setenta hombres que quedaban. Otros habían llegado: la 2.ª del dos-seis-tres, la 7.ª del dos-seis-dos y la 3.ª de Zapadores. En el monasterio seguía el 2.º Batallón, una compañía de Zapadores y la 2.ª de Antitanques. Aparte de la Artillería, claro, la batería pesada y la de acompañamiento. Juan Luís, aparte de llevar algún cañoncito averiado a Schewelevo, no se había movido de allí. Estaba harto, todos estaban hartos. Pero como decían algunos: «Hemos venido voluntarios. No se puede llamar a mamaíta; está muy lejos y no nos oye».

El camión terminó su descarga y los heridos se apresuraban a subir. Juan Luís recordaba un viaje semejante, días atrás. Los heridos, sucios, desgreñados, iban sentados de cualquier manera, los vendajes medio caídos y las ropas destrozadas. Eran casi chiquillos, falangistas madrileños y tal, adelgazados, consumidos, casi sin fuerzas. Pero en el camino —había ocho kilómetros— la Parrala hizo acto de presencia. Aquellos hombres se habían tirado de cabeza a las cunetas, recobrando la maravillosa energía que los españoles tienen siempre en reserva. Unos alemanes de Zapadores se asombraban viendo correr a aquellos tíos con heridas en todos los lugares imaginables. Y más se asombraban viéndoles cantar. Los *doiches* no sabían aquello de los españoles cantando cuanto más fastidiados se encontrasen…

Llamaron para repartir el suministro y Aledo agarró su manta. Recogía siempre el de su pelotón. La mantequilla, como casi siempre, muy mermada, pues decían que parte de ella se empleaba para guisar. El pan le costó un sofoco. Le dieron del fondo de un saco y casi todas las piezas estaban hechas migas. El sargento rebuscaba hasta encontrar dos trozos que se completaran. Al final añadía, de propina, un manotón de cortezas. Protestó y le dijeron que cerrara la boca.

—¡Un cuerno!

En fin, lo de todos los días. Se pasaba hambre y no se pasaba hambre. Raciones había de sobra. Las bajas tardaban a veces una semana en contabilizarse y con ellas se cubrían en las cocinas; las secciones, a su vez, también callaban. El tabaco y el vodka —una botella para cuatro— era lo que más se apreciaba. Se comía desordenadamente cuando había tiempo. El pan era necesario calentarlo para que se deshelara, lo mismo que la mantequilla y la miel artificial. De los caramelos se decía… Bueno, después de todo no hacían mucha falta; no había tiempo para pensar en mujeres.

Al anochecer empezaron los de Possad a pedir fuego sobre la carretera y la cuadrícula 18-33. Aledo quedó prisionero de su pieza, un siete y medio francés que marchaba como una seda. El huerto del monasterio se fue llenando de humo. Acostumbrado y aturdido por el ruido, Aledo no podía en ocasiones así divagar demasiado; acarrear municiones y demás tenía que hacerse sincronizando movimientos. Las piezas grandes del diez y medio estaban situadas cincuenta metros más atrás, lo mismo que un cañón ruso del doce cuarenta, recuperado y puesto en servicio, pues había munición rusa de sobra.

A Juan Luis Aledo le gustaba ser artillero, aunque la compañía tuviera el número trece. Todas las compañías regimentales tenían el mismo número. Los grupos artilleros divisionarios eran otra cosa. A ras de tierra no podían observar la eficacia de los disparos. Sabía que nueve de cada diez disparos artilleros se pierden. Bastaba el décimo para hacer daño. Cuando manejaba el telémetro y veían las casas o fortificaciones enemigas pirateadas por los impactos, se inclinaba a un lado y al otro, como si le fuera posible dirigir los proyectiles ya en el aire. El teniente se enfadaba: «¿Qué diablos estás haciendo? ¡Deja ya de bailar y atiende, mariposa!». Cuando veía levantarse el pequeño volcán del impacto, bordeando el blanco o levantando astillas por los aires, prorrumpía en gritos jubilosos. Pero en los observatorios se pasaba mucho frío. No se podía aguantar demasiado. El metal quemaba como si estuviera al rojo.

El día 26 no trajo mayor novedad. Patrullas entre Schewelevo y el monasterio, y entre éste y Possad. Una de ellas se encontró con otra rusa y la hicieron correr, dejando un muerto. Era necesario hacer la descubierta todas las mañanas, por una sección que peinaba el bosque para atraer a los supuestos enemigos. Los zapadores recogían las minas. Y luego llegaban las ambulancias, los enlaces, los suministros y todo eso. En el claro del bosque, en derredor del monasterio, se fortificaba. Los

hombres gruñían como diablos, obligados a trabajar después de pasar la noche entera yendo y viniendo. Pero se tenía que hacer, pues el coronel del Regimiento tenía manía por las fortificaciones. En eso de las fortificaciones todos reconocían su absoluta necesidad, menos los que tenían que picar, claro. Algunos prisioneros ayudaban, sin mostrarse demasiado apesadumbrados.

A Juan Luís, como a todo el mundo, la presencia de los rusos le parecía natural. No se podía imaginar que aquellos hombres estaban días antes en la acera de enfrente disparando. Ahora, entregados, aparecían sumisos y resistentes, con sus capotes color tierra sucia, con sus trajes acolchonados. Anteriormente, y hasta hacía poco, en el monasterio se había alojado la población civil, viejos, mujeres y chiquillos, especialmente. No se podía comprender cómo después de la ofensiva alemana, los contraataques rusos y demás jaleos que habían convertido Otensky en una posición avanzada, todavía existieran rusos por allí. Pero así era. Y habían trabajado y bullido por todos los rincones, cuidando a los heridos y cocinando hasta ser evacuados a Schewelevo.

El día 27 fue atacada una patrulla española. Hubo un muerto, un herido y dos prisioneros. Uno de los desaparecidos era amigo de Juan Luís. Caer prisionero era algo inimaginable. No se podía pensar lo que sucedería al prisionero. Algo peor que estar muerto. Se hacía el silencio en torno a su nombre; caía, impenetrable, la losa del miedo. El miedo de todos a correr la misma suerte. Quizá. Bueno, quizá fuera obligado a hablar desde alguno de aquellos altavoces que desde el bosque aturdían con sus proclamas… Los rusos citaban nombres y unidades: hablaban de dificultades que sufrían los españoles y que ellos conocían. ¿Se rajaría alguno? ¡Santo Dios! ¡Prisionero!

Los días iban transcurriendo en Otensky sin mayores dificultades. Las murallas y los torreones se iban derrumbando poco a poco. Muy pocas de las habitaciones interiores tenían techo. El huerto iba recibiendo cañonazos enemigos y las tapias estaban derruidas en casi su totalidad. El claro hasta el bosque se manchaba todos los días con los embudos negros de los impactos. Pero enseguida la nieve piadosa cubría de nuevo el paisaje. No es que nevara mucho. Y ojalá que así fuera. Cuando nevaba subía perceptiblemente la temperatura y los grandes copos caían como puñados de plumas.

Lo peor de todo eran aquellas noche tremendas, con una luna enorme encima de los árboles. Noche interminable que empezaba a las cuatro de la tarde y duraba dieciocho horas. Se veía como si fuera de día. El humo de las chimeneas, o mejor, el aire caliente de los infinitos rescoldos que ardían en el monasterio, vibraba en el espacio. Se le veía… se podía jurar que se le veía ascender lenta, temblorosamente, hasta la copa de los abedules. La noche era maravillosamente bella, sonora en el silencio y vital en su muerte escondida. Una rama rota chascaba como un trueno y los disparos gemían como si el frío se quejara, herido.

De pronto, toda la belleza, la calma de la noche blanca y helada, se perdía. Un

rafagazo desde el bosque, un morterazo, una bala trazadora buscando el emplazamiento del antitanque… Se encendía la alarma: gritos, denuestos, órdenes, confusión… Sombras arrastrándose por los suelos, bengalas meciéndose suavísimamente, salidas lejanas de proyectiles enemigos…

Cuando todo terminaba, los nervios estaban ya en tensión y poco se podía dormir. Precisamente entonces es cuando se podía casi asegurar que no habría más novedad.

Hacia Possad, como siempre, el golpe de tos intermitente del hombre enfermo de la guerra. Llegaban los heridos. Cuando el trineo los dejaba en el patio del monasterio se veía cómo suspiraban profundamente. Para ellos Otensky era casi la retaguardia, el seguro puerto de salvación…

Hospitales

En el cruce del Grigorowo, el camión alemán de Zapadores se detuvo. El chófer se apeó de su cabina y les ayudó a bajar. El camión era un «Renault», chato, francés, con el motor dentro de la cabina. Levantando un poco el capó y colocando un ladrillo para que no se cerrara, un estupendo calor hacía innecesario el capote. Pero allí, con el chófer y su ayudante, sólo podían ir, con muchas apreturas, dos personas más.

Fulgencio, por aquello de padecer congelamiento en las manos, había obtenido un puesto. Otro fuera para Diógenes Alguaza, con heridas en… las posaderas. Rafael Mónica iba detrás, enfermo del hígado, con los ojos amarillos. Todos pertenecían a la 9.ª del dos-seis-dos e iban en busca de asistencia. Eran las bajas de aquel día.

Los alemanes se enredaron en explicaciones. Eran muy amables. Querían, por lo visto, llevarles más adelante, a un *Krieglazaret* alemán; pero, en fin, si no lo querían, por allí estaba el lazareto español. Y señalaban el camino, brillante de nieve, que se distinguía porque a los lados unas vallas de cañizo señalaban su situación. No hacía falta que se molestaran. En el mismo cruce había un letrero…

—¿Qué hacemos? —preguntó Alguaza.

Fulgencio se encogió de hombros. Podían ir andando. O esperar a que pasara un trineo o un camión. Pero una *troika* o un carro con esquíes significaban mucho frío. Era preferible caminar. Ya, en el instante que llevaban allí, indecisos, los tantos y tantos bajo cero empezaban a morder. Acababa de empezar diciembre y un termómetro colocado en la parte de afuera del PC señalaba treinta y dos grados bajo cero. Una broma, desde luego. Llevaban la media aquella que había suministrado Vestuario enrollada por toda la cara. Junto a los hocicos el aliento se iba congelando y formando una capa de nieve. El que subía se detenía en las cejas y pestañas, cuajándose de la misma forma.

Diógenes Alguaza no quería caminar. Sus heridas le molestaban. Había tenido el hombre más suerte que un ahorcado. Un morterazo le había estallado justamente entre las piernas, cuando estaba sentado, comiendo en su marmita; había salido por los aires y, cuando esperaban recogerle hecho un guiñapo, resultó que sólo tenía multitud de arañazos. Un suertazo, mírese por donde se mire…

—Nos vamos a quedar helados. Marchemos de una vez. Sólo son tres kilómetros.

Fulgencio sabía que tres kilómetros por la nieve, por una carretera batida por la cellisca, resbaladiza como un demonio, no eran tres kilómetros normales. Pero en peores se las había visto. Diógenes refunfuñó un poco, pero se conformó y tiró para delante, caminando lo mismo que Charlot. Fulgencio sabía que en el botiquín le habían destrozado el pantalón por atrás y que llevaba el culo poco menos que al aire. Menos mal que el capote salvaba las apariencias…

Mónica no decía nada. No acostumbraba a ser muy locuaz. Tenía el hígado hecho migas. En España le decían los médicos que no tomara grasas. Y en Rusia había que

tomarla a puñados, como el mejor remedio contra la inclemente temperatura…

Fulgencio llevaba las manos metidas en manoplas rellenas de algodones. En aquellos momentos no las sentía. Evitaba tocar en cualquier objeto y, cuando resbalaba, dejaba que el cuerpo entero besara la nieve como un saco de paja; y permanecía quieto hasta que le ayudaban a levantarse.

La carretera general de Nowgorod a Leningrado fue quedando atrás. Caminaban encorvados, Rafael Mónica delante y Diógenes el último, renegando continuamente. Fulgencio apenas le escuchaba. Hacia arriba, por la cabeza de puente, tronaban los cañones. El viento soplaba de lado y traía, muy precisos, los ruidos del jaleo. Más de treinta días llevaba aquel sector del frente en ebullición. Los nombres de Sitno, Nitlikino, Otensky y Possad eran familiares en toda la División. El Regimiento dos-seis-nueve y algunas compañías del dos-seis-tres habían cargado con los platos rotos. En cambio, el Regimiento Pimentel había pechado con la fastidiosa guerra de posiciones en torno a Nowgorod. Habían estado preparados. El ataque tenía que haberse extendido a su sector; pero detenidos los españoles ante los cuarteles todo había pasado a mejor vida.

La lucha en aquellas condiciones carecía de gloria y no ahorraba ninguna de las miserias de la guerra. Las guardias interminables, el frío, el hambre, las sorpresas, las bajas casi inadvertidas pero continuas, que, pasado algún tiempo, sorprendían por lo elevadas…

Pasó un camión con cadenas en las ruedas traseras. Levantó una nube de diminutos cristales y les obligó a pegarse a las cunetas. Las cunetas ofrecían la particularidad de que estando al mismo rasante si se pisaba en ellas se hundía uno hasta las corvas.

—¡Cornudo! —chilló Diógenes.

Fulgencio disculpó al chófer. Iban sin armas, no parecían heridos… Bueno, podían ser turistas que regresaban de la ciudad.

Continuaron andando, encorvados. Los gruesos zapatones resbalaban y tenían que caminar como las viejas. Mónica se había llevado la manta y acentuaba su parecido con una anciana. Él no había querido. Piñeiro, el amigo Piñeiro, se la pedía con mucha insistencia: «¿Para qué la necesitas tú ahora?». Y se la dejara. Aquella manta española, asombro de los alemanes…

El camino se extendía por un terreno despejado. El bosque quedaba un tanto alejado… Un bosque joven, de árboles esbeltos creciendo muy juntos, con las ramas cubiertas de escarcha.

—¿No llegamos?

No tardarían, quizá… Era muy raro que no encontraran a españoles por allí. Sabía que el Cuartel General estaba más allá. Y en el Cuartel General había mucha gente. Se los habría tragado la tierra.

Fulgencio no recordaba cuándo sus manos habían empezado a endurecerse. Pudo haber sido mientras estaba de puesto, o mientras recogía el suministro en el PC de la

sección, o mientras extendía alambre espinoso delante de la trinchera. Podía… ¡Un cuerno! Los oficiales no mostraban mucha simpatía por los congelados. Podía ser un truco para ser evacuados, o, en el mejor de los casos, una imprudencia inadmisible. En fin, estaba en la carretera, en retaguardia, por primera vez en casi dos meses…

—Mira; son rusos —señaló Rafael Mónica, deteniéndose.

Sí, eran rusos, prisioneros. Estaban limpiando la carretera. Cincuenta tíos, con los pies envueltos en trapos, con cara de hambre, manejando unas palas de madera. Dos soldados, con supercapotes, les custodiaban. El detalle de los supercapotes le indicó que podían ser alemanes, seguro que eran alemanes.

—Anda —pinchó Diógenes—, pregunta si está lejos el hospital.

Porque una vez dijera que hablaba el alemán sus compañeros le ponían siempre por delante. Y lo cierto era que su alemán no lo entendía ni Dios. Bueno, preguntar por un hospital no tenía dificultades. Se acercó a uno de los custodios.

—Camerade… ¿Lazareto…? ¿Espanien lazareto…?

—¡Ya… Ya!

Y el alemán se enredó en palabras, seguro de que era entendido. Lo único que sacaban en limpio era que el hospital quedaba más adelante, lo cual lo sabían ya.

—¿Qué dice este tío?

—Nos falta un poco todavía…

—¿Cuánto?

—No sé… No le entiendo bien.

—¿No entiendes el alemán?

—Bueno… Sí… Pero este hombre debe de hablar en… dialecto prusiano. Ya sabes que los prusianos…

—¡Mierda! ¡Déjame a mí!

Diógenes se adelantó a los prisioneros, que habían suspendido el trabajo y contemplaban la escena con infantil curiosidad.

—Esluse, camarada… ¿Espanki hospital? ¿Sudá?

Los rusos comenzaron a reír. Uno de ellos se golpeó el pecho:

—Da da… Hospital… Tan, na daroga… na prava daroga.

—¿Esñoka verstas?

—Da da… verstas, ayín… va… va verstas.

—Spasiva balsoi, tovarich.

Ya estaba arreglado. A la derecha de la carretera, a dos kilómetros, un poco menos. Los alemanes se reían también. Fulgencio se decía que eran tontos. Si hubieran reflexionado les habría dolido que sus camaradas hispanos se entendieran mejor con los exenemigos que con ellos. Pero los alemanes eran algo duros para la ironía.

Vuelta a caminar, resbalar, caer. Diógenes, por lo mal hablado, se parecía a su tocayo, el que, según decían, no se callaba ni una aunque hubiera señoras delante…

Por fin, blancos de respiración helada los tapabocas, llegaron a unos edificios. Era

el hospital, no cabía duda. Un cementerio adosado, donde las tumbas se alineaban con simetría, lo indicaba. Más prisioneros cavaban nuevas huesas. A Fulgencio le entró una tiritera tremenda.

Preguntando, preguntando… encontraron a un sargento malhumorado que después de mirarles sospechosamente les interrogó sobre sus heridas. Enseguida los separó: Rafael fue destinado a una sala, Diógenes a otra. Fulgencio quedó relegado a una habitación inmensa, fría, donde una estufa devoraba enormes troncos sin ofrecer apenas nada en cambio.

Si esperaba encontrar solicitud se equivocaba de medio a medio. Le vieron entrar como si fuera un extraño; era un extraño. Se acercó a la estufa. Tenía hambre, tenía frío, tenía miedo. Sin necesidad de preguntar se fue enterando de todo. El hospital tenía sus categorías; los heridos lo eran todo, los enfermos nada. Los heridos tenían cuatro salas: una para heridas de cabeza, otra para pecho y extremidades, y las demás, sin contar la especial de oficiales y amigos, para heridos leves y graves.

La tensión y camaradería de las trincheras se relajaba en el hospital; heridos leves y enfermos se comportaban brusca, miserablemente, disputando por un buen lugar en el fuego, por una colchoneta, por la comida. El personal se comportaba como si los hospitalizados fueran enemigos que venían a robarles lo suyo: la calma, la cama caliente y las buenas comidas. Algo de verdad había. Desde el comienzo de la ofensiva, sin tiempo para organizar aquello, había llovido una turbamulta de traumáticos y enfermos. Había días que las ambulancias dejaban su carga en las escaleras y pasillos. Los cirujanos trabajaban día y noche, agriado el carácter y poco amable el gesto. Nadie sabía quién tenía la culpa. Faltaban mantas, cordiales, caloríferos, la Biblia en pasta…

Dos horas después de llegar, sin que nadie le hubiera atendido, Fulgencio buscó a sus amigos. Diógenes estaba como pez en el agua. Se encontraba en una sala grande, de los heridos leves, disputando con un sanitario. Le habían asignado un camastro junto a una ventana y dos mantas, dos mantas alemanas, insuficientes a todas luces. Diógenes le llamaba al otro de cabrón para arriba y éste tragaba quina murmurando: «Si fueras un enfermo…».

Fulgencio esperó la terminación del jaleo. Diógenes, envuelto en su capote y con el gorro encasquetado, como todos, terminó de arreglarse la colchoneta.

—¿Qué pasa? —preguntó, indiferente.

Fulgencio no supo qué contestar. Los heridos de aquella sala parecían encontrarse en la sala de un cuartel. Buscaban mantas, cucharas y vendas. La habitación era enorme, como un teatro. En un rincón había un bidón de gasolina cuya utilidad resultaba evidente. Diógenes dijo que durante el día no podían utilizarlo. Sólo de noche. Entonces los orines se acumulaban, helándose y desbordándose bajo las camas.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—¡Bah! Peor se está allí…

Sí, bueno… Pero Fulgencio no estaba demasiado seguro. En aquellos instantes estaría el sargento Eutiquio nombrando los turnos de patrulla. En la chabola habría un buen fuego; los camaradas tendrían los correajes colgados a los pies de los camastros y estarían reunidos en torno a la estufa, viendo el inacabable baile de las llamas. Empezaría a anochecer lentamente, a nevar quizá; las arpilleras de la puerta se moverían agitadas por la ventisca; alguien murmuraría: «¡Vaya! Lo menos estamos a cuarenta…». Lo menos, naturalmente, pues siempre convenía exagerar. El samovar requisado por Pirulo estaría chiflando suavemente…

Volvió a su alojamiento. Los auxiliares rusos se movían por los pasillos, recogiendo basuras. Fulgencio vio a cuatro o cinco hombres tirados por los rincones, sobre un colchón. Se acercó. Eran rusos. Llevaban los vendajes muy sucios, los pies y manos envueltos en trapos y se acurrucaban bajo un capote color tierra, el mismo capote que Fulgencio viera a *ruskis*, vivos o prisioneros. No eran prisioneros. Eran pasados, rusos amigos, y por eso tenían derecho a estar en un hospital español. A permanecer nada más, desde luego. Y tirados en sus rincones, sumisos como perros, miserables, esperaban la ayuda de Dios para morir.

Por fin le llevaron a que le examinara un capitán médico. Le obligaron a jugar las articulaciones. No sentía nada. No quiso mirar. Le embadurnaron con algo y le colocaron una tarjeta en la solapa. El capitán tenía la mirada ausente. La costumbre le había endurecido. Fulgencio estaba seguro que aquellos ojos sólo se humedecerían ante alguna calamidad demasiado terrible, ante alguno de aquellos muchachitos que llegaban con los miembros destrozados y llamaban a su madre mientras eran operados, apretando los dientes para no llorar.

Vuelto a la sala, sin comprender demasiado, esperó a que la señalaran una cama. Algunos enfermos jugaban a las siete y media; otros preferían deambular por los patios y los menos permanecían en sus literas, abrasados por la fiebre y gimiendo bajo las mantas.

Ya anochecido les dieron una sopa espesa y de agrio sabor: chucrut, coles fermentadas. Y también café, muy caliente, del que llenaron las cantimploras. Los camaradas que llevaban dos días allí decían que el café se helaba por las noches. Después de la cena se volvió a jugar a las cartas, a deambular, a llamar a los sanitarios, que ni siquiera respondían.

Fulgencio se acostó vestido, sin quitarse siquiera las botas. Sin darse cuenta se encontró llorando, silenciosa, hondamente. Un camarada se dio cuenta —las literas estaban muy juntas— y le llamó.

—¿Qué te pasa?

—Nada…

—No seas tonto.

El otro intentó entretenerlo. Dijo que se llamaba Andrés de la Pira y ser de Zamora, que pertenecía a la 6.ª del dos-seis-tres y que tenía tiesos los dedos de los pies. Le habló del frente, como todos hablaban del frente, sin entusiasmarse pero

convencido de que se había luchado bien. Contaba de los rusos atacando Nitlikino y gritando sus «¡Hurra, hurra, hurra, pobieda…!»; y también hablaba mucho del frío que había hecho, estaba haciendo y haría…

Se quedó dormido. Despertó, tiritando, con una extraña sensación en la boca del estómago. Diríase que olía al enemigo. Reinaba un silencio muy intenso. Únicamente, sobre el frente, se escuchaba una intensa preparación artillera. Los cristales temblaban ligeramente. No tenía motivos para alarmarse, estaba en el hospital… Sin embargo…

Fue primero el batir de la puerta; unos pasos arrastrándose; una respiración nerviosa… Un ruso… Se había adentrado en la estancia… Llevaba en la mano un naranjero… ¡Se acercaba!

Se incorporó. El ruso murmuró unas palabras incomprensibles y sonrió. Se acercó a la estufa y dejó caer el… naranjero. No; era un manojo de troncos. El ruso limpió el fuego y se acercó a Fulgencio.

—*Ruski prillatiel* —dijo.

—*Da, da. Panimaio*.

Volvió a dormirse. Al amanecer le despertó un alarido. Algún herido que se quejaba. Pero el lamento, muy agudo y sostenido, estaba mezclado con sollozos y palabras rusas. Era una mujer. Algunos enfermos se levantaron para apoyar las espaldas a la estufa. Cuando entró el ruso de imaginaria le preguntaron que quien era aquella mujer. Sin demostrar indignación o pesadumbre, el prisionero contó lo que sabía, como si hablara a un habitante de otro planeta. Se trataba de una muchacha, había recibido un tiro en la pierna, más arriba de la rodilla. La chica no había ido al hospital hasta tres días después. Gangrena… Le habían cortado la pierna por el muslo. Y gritaba… *¿Poschemú?* ¿Para qué quería una mujer sus piernas?

Aquella noche llegaron más heridos, treinta, lo menos. En el quirófano se quemaba alcohol en un plato, continuamente, para calentarlo. Habían muerto dos soldados y un teniente. Habían venido agonizantes, era la verdad. La Parrala había bombardeado el Cuartel General… Noticias… Todo se sabía. Todo el mundo tenía el prurito de sacar punta a los detalles más crudos. Eran tíos machos; no iban a asustarse por tan poca cosa… Uno de los rusos del pasillo había permanecido difunto dos días antes de que nadie se diera cuenta… Bueno, ¿y qué?

Se repartió café por la mañana. Un practicante pasó, colocando el termómetro en los sobacos. Algunos enfermos, cuando el otro no miraba, se lo bajaban a la entrepierna. La temperatura exterior había bajado algo. Estaba nevando. Fulgencio se recostó en su camastro, con las mantas sobre las piernas, sintiendo cómo las manos le latían dolorosamente.

Un piquete soltó una descarga al aire. Era en el cementerio. Estaban enterrando al oficial y los soldados. Se asomó. Un capellán murmuraba unas oraciones y dos rusos arrojaban tierra sobre las fosas, de prisa, porque hacía frío y manejando la pala se entraba en calor. Un grupo de españoles, heridos leves, contemplaban la escena.

Se evacuaban heridos. Cada ambulancia se llevaba cuatro en las camillas y varios sentados. Nadie se quejaba. Fulgencio buscó a sus compañeros. Rafael estaba más amarillo y se le pegó al lado, sin hablar. Era inútil pedir nada a nadie. El agua caliente para lavarse se tenía que ir a buscarla a la cocina. Pasaban administrativos con manojos de fichas. Los médicos, cansados, salían con un cigarrillo en la boca buscando un poco de aire. El combate de la noche anterior, noche de Santa Bárbara, había sido en el monasterio de Otensky; y por el eterno Possad, y por Tigoda, y por Schewelevo, donde los rusos habían atacado el puesto de mando del coronel. Todos los ataques habían sido rechazados.

A Fulgencio le empezó a rondar una idea desesperada. Nadie le hacía caso; nadie le haría caso nunca. Pasarían los días, uno tras otro y siempre permanecería igual, escuchando por la noche los pasos del ruso encargado de las estufas, oyendo las salvas a los muertos, los ruidos de las ambulancias, las malhumoradas respuestas de los sanitarios. No tendría amigos. Los que hiciera durante la noche se los llevarían al día siguiente. Le despreciarían porque se había dejado morder por el hielo.

La tarde y la noche fue una repetición de la anterior. Se respiraba un acre olor de humanidad gangrenada, rotos los pudores íntimos ante el dolor, ulceradas las carnes por el desconsuelo. En vano se decía que un hospital de primera línea no podía ser otra cosa: un lugar de primera cura y evacuación. Los heridos no inspiraban piedad porque eran muchos, casi todos… Pero aquella improvisación española…

Buscó a Rafael y le dijo:

—Vámonos.

Mónica asintió. Recogieron sus macutos y salieron. Nadie les dijo nada. El camino no tenía pérdida. Era el mismo que habían recorrido el día antes, sólo que a la inversa. Encontraron los mismos rusos quitando nieve, los mismos camiones rechinando en la nieve, los mismos bosques cargados de escarcha, los mismos sonidos del frente…

En la carretera general aguardaron el paso de un camión, un camión alemán. Hicieron señas. El vehículo se detuvo.

—*Bitte*, camarada… ¿Tú *haben* llevarnos… *Lazaret*? ¡Hospital!

—*¡Ya, ya…! Spanien*… —contestó un *feldwebel*, señalando el cruce.

—Nitch… Doitch, alemán germano…

—Spanien lazaret nitch gut?

—*Gut, gut… Fil ferwurden…* Muchos heridos; *monoga* heridos, blessi… rañen…

Alemán, español, ruso, francés… Galimatías puro, bueno para soldados. El germano se rascó la barbilla. Y abrevió:

—*Ya… kommen!*

Retirada

8 de diciembre

Los tres últimos días de Possad habían sido igual que los primeros. Un ataque constante y una posición que se mantenía por encima de todo. En Otensky había aumentado la presión enemiga. El monasterio estaba destruido totalmente, lo mismo que las isbas de los alrededores y la casa donde se guardaban los suministros, alcanzada por una bomba de aviación. Los ataques rusos se hacían ahora de día y de noche. Aquel mismo día, 7 de diciembre, el fragor hacia Possad había sido muy fuerte. La artillería rusa castigaba despiadadamente el pueblo enteramente derruido ya. Los españoles aguantaban el bombardeo cuerpo a tierra, confundidos con la nieve.

Dionisio, metido en la nieve hasta las rodillas, suspiró. No podía, aunque quisiera, alejar el recuerdo de los lugares donde se estaba luchando, tan cercanos y lejanos al mismo tiempo. Casi se creía a cubierto, pese a que a dos pasos de donde se encontraba existía un gran manchón de sangre, no sabía si de amigo o enemigo.

El blocao Vértice estaba a dos kilómetros de Otensky, en el camino a Schewelevo; otro más, el llamado Minas, se escondía tres kilómetros más allá, sobre el mismo camino. Ambos habían sido creados para proteger la ruta, el rabo de la sartén que era Otensky. Una sección los guarnecía. Los pomposos blocaos no eran otra cosa que una trinchera circular, un poco de tierra amontonada y varios troncos formando parapeto, todo al lado del sendero. Schewelevo quedaba a derecha y el monasterio de Otensky a la izquierda. Más allá del último lugar se encontraba Possad, parrilla al fuego ruso donde se asaba la carne española.

Dionisio era poeta. Por lo menos en España lo era. No estaba muy seguro de serlo en Rusia. No había tenido tiempo de pensar siquiera en serlo, y empezaba a dudar de que lo hubiera sido nunca. Sentado en un tronco, con el fusil en las rodillas y dos bombas al lado, con la bolita asomando por el mango, prestas a ser arrojadas, tiritaba sin saber enteramente lo que le pasaba. El bosque lo envolvía por completo. Cien pasos más atrás estaba la posición y unos metros más a la derecha otro puesto avanzado, donde montaba guardia Antonio, un camarada madrileño.

Consultó el reloj: eran las nueve y media de la noche. Media hora llevaba de puesto y tardarían otro tanto en relevarle. No se podía resistir más de una hora de puesto, y eso a cambio de grandes sufrimientos. Pero una hora después habría de volver al mismo sitio. Y así toda la noche. No, toda la noche no… Quizá fuera aquélla la última noche que montara guardia en el blocao, en el camino de Schewelevo a Otensky. Por eso estaba temblando.

La increíble noticia había llegado apenas una hora antes, cuando los que no montaban puesto estaban acurrucados junto a unas brasas. Había llegado un enlace…

—Esta noche nos retiramos.

—¿Qué dices, hombre?

—Hay orden de abandonar Possad y Otensky. También las posiciones intermedias y estos blocaos. A las nueve empezará la evacuación de Possad. Se retirará hacia Otensky… Después pasarán los de allí. Por aquí vendrán. Media hora después de pasar toda la fuerza os retiraréis sobre Minas, y desde allí, la sección, a Schewelevo. Ya os darán órdenes allí.

—¿Vamos a Schewelevo?

—No. Volvemos al otro lado del Wolchow…

El enlace se había marchado. El teniente había pedido ampliación por teléfono. Del PC lo habían confirmado todo. Los blocaos Vértice y Minas debían de redoblar la vigilancia aquella noche. Tenían como misión mantener limpio el camino.

Media hora… Le faltaba media hora… ¿Para qué? ¿Para esperar en la carretera a que fueran pasando los camaradas en retirada? Media hora… Tenía frío… Notaba algo extraño, algo que flotaba en el ambiente… Silencio… ¿Silencio? ¡Qué extraño! Nunca, desde hacía un mes, había encontrado un solo minuto que no llevara una detonación o un lamento. Y en aquellos instantes reinaba un absoluto silencio sobre el bosque, sobre Possad…

Era un secreto a voces que la obstinada resistencia española ante Possad era una cuestión de prestigio. La operación de avance por aquel sector se había suspendido, fuera el frío o la creciente superioridad enemiga. La cuña de Otensky y Possad era una espina clavada al enemigo; pero una espina de carne viva. Los centenares de muertos, los heridos, las reservas consumidas, lo gritaban noche y día; gritaban los soldados; aullaban los rusos por sus altavoces. Pero decían… Decían que los españoles no podían retirarse.

Y, sin embargo, aquella noche, cuando nada lo hacía esperar… Dionisio estaba seguro que todos los camaradas pensaban lo mismo que él. Horas antes hubiera clamado por terminar con aquel heroico sacrificio. Pero ante lo inevitable, puesto de bruces ante el deseo, su instinto, su idea, su amor y su odio le hacían sentirse infinitamente desgraciado. Temblaba… Tenía frío y ganas de llorar.

Silencio… Silencio sobre Possad. Callaban los cañones, las ametralladoras, Jos fusiles… Increíble. Todo el día había sido un continuo alarido de guerra. Del PC, por el teléfono, no cesaban de pedir noticias que interceptaban… «Ataque rechazado…». «Fuego de artillería…». «Sesenta bajas…». «Ataque rechazado…». «Reservas enemigas en Possalok…». «Ataque rechazado…». Y así hasta el anochecer. Después, entonces, el silencio. Un silencio casi más temible que el ruido.

Ellos mismos, desde el blocao, habían rechazado un ataque. Dos secciones rusas que venían a volar los puentecillos. Llevaban minas, que habían arrojado entre los árboles cuando fueron recibidos con descargas. Dionisio mismo se veía apuntando cuidadosamente a un ruso que, valientemente, permanecía en pie disparando su naranjero. El ruso había pegado un cabezazo contra la nieve… Pero aquello quedaba

muy lejos, increíblemente lejos… El silencio. Lo que importaba ahora era el silencio. Y los camaradas… Y los muertos.

La idea de los muertos se le impuso, rotunda. ¿Serían evacuados? ¿Serían abandonados? Sotomayor… Ruiz Vernadi. Galo… Martían… ¡Dios! ¡Santo Dios…! ¡Maldito Dios! ¡No…! Los muertos… No serían abandonados. Sabía que los últimos días no se habían podido enterrar y que permanecían en un refugio esperando… ¿Esperando…?

A Dionisio le empezaba a doler el silencio. Como si fuera hielo sobre el corazón… Quizá se estuviera atormentando en vano. Y, después de todo, los muertos importaban más que los vivos. Bien. Aguardarían. No sabía lo que tenía que aguardar, pero aguardaría.

Casi como un alivio le llegó un sonido. Un ruido parecido al de una motocicleta… Si, buena motocicleta… La aviación. Hacia Otensky. Se encendió enseguida una bengala. Hasta allí llegaba su resplandor, alargando las sombras de los árboles. El ruido llegó hasta muy cerca. El avión se pasaba, indudablemente; pero enseguida se ciñó en curva de regreso. A poco, una, dos, tres bombas. Un estrépito desgarrador estremeció la escarcha de las ramas. Torció el pescuezo…

—Dionisio… —musitaron.

Se sobresaltó. El relevo. Lo había olvidado. El sargento Niño se acercó, llevando consigo al amigo Talavera. Casi se cayó al intentar levantarse. Estaba entumecido por el frío.

—No hay novedad.

—Me lo figuro —respondió Niño, irónico.

Dejaron allí a Talavera. En el blocao se encontraban cinco hombres: Martos, Jacinto Gasa, Olmos, Emeterio y Planas. Les dejaron un sitio casi encima de las brasas. Aunque llovieran bombas tenían que mantener la hoguera. Entonces, con la Parrala por encima, se apagaron las ramas algo grandes y quedó un rescoldo diminuto que disimulaban haciendo techo con las mantas.

—Bombardean Otensky —murmuró Olmos.

Asintieron. El rumor aumentaba. Eran tres, por lo menos, los aparatos. Los círculos de cada pasada se acercaban a veces hasta casi envolverlos. Uno de los aviones se destacó hasta Schewelevo. Aguantaron sin moverse. Una bomba cayó cerca, por el lugar donde un camión volado por una mina yacía junto al sendero. Más bombas sobre el monasterio…

—¿Y los de Possad? ¿Habrán llegado ya?

Llegado al monasterio, se entendía. Seguramente. Y buen recibimiento tenían. Sin embargo, nada se escuchaba sobre el pueblo. El teléfono llamaba cada diez minutos, o quizá menos. «¿Qué sucede?». Y el sargento respondía: «Bombardean Otensky con aviación…». Y así, sin dejarlo de la mano: «¡Atención, Vértice, atención! Despeguen hasta el bosque…». «Muy bien». «¿Novedad?». «Ninguna…». «Atención, Vértice, cubran camino. Guarnición Possad debe estar llegando. Rota línea teléfonos con

Otensky. ¿Pueden salir a repararla?». «Sí, ahora vamos».

El sargento destacó a Emeterio, que se marchó por la cuneta dejando resbalar el hilo por el guante. Así encontraría el lugar de la rotura.

Media hora después, sin que regresara Emeterio, pasó una motocicleta. Barahona, desde el puesto avanzado, dio el alto. Salieron todos. Era un teniente de la Plana Mayor regimental. El sargento dio la novedad.

—Cuidado ahora —dijo el oficial—. Los de Possad ya han salido y han llegado a Otensky. Pasarán en camiones los heridos y la impedimenta que se pueda. Ustedes cubrirán los flancos.

El teniente se fue. Mientras, había cesado el bombardeo y las bengalas. Estaban tiritando. Nadie sabía qué hacer. Niño dejó dos hombres junto al puente: Dionisio y Gasa.

A los diez minutos, con los faros apagados, pasaron cinco camiones que no se detuvieron. Después, dos coches antitanques… Más tarde, poco más tarde, aparecieron los primeros soldados. Una sección de exploración en dos hileras.

—¿Quién va?

—¡España! Séptima del dos-seis-tres.

Se acercaron. Venían con la manta encima de los hombros y las ametralladoras en la mano.

—¿Qué tal, muchachos?

Se encogieron de hombros. Un alférez llegó, apremiando: «¡Vamos!». Algunos venían heridos. Todos, huraños, con las ropas destrozadas, agotados. El grueso de la compañía… diez…, veinte…, treinta…, cuarenta hombres… Una compañía. Trineos; algunos arrastrados por caballos, otros por prisioneros y los mismos españoles; carritos de municiones y los morteros… Más hombres… Un antitanque arrastrado a brazo… cincuenta… otra compañía… La 1.ª…, la 3.ª…, zapadores… treinta y dos hombres… sesenta…

Juramentos ahogados. «¿Falta mucho?». «No, no falta mucho». «¿Cuánto falta?». «Falta poco». Rezagados, prisioneros sin custodia… retaguardia. Dionisio los miraba pasar, asombrado. Los conocía, eran los suyos. Aquellos hombres eran los suyos. Faltaban muchas caras.

Preguntó:

—Escucha, camarada, ¿dónde están los muertos?

—¿Qué muertos?

—Los muertos. Los muertos míos; los muertos todos…

—¡Déjame en paz!

—Escucha, camarada… Son los muertos, ¿no comprendes? ¿Dónde los dejasteis?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Rodríguez, Sierra, Baracaldo… Arroyo, el sargento Betera… ¿No los recuerdas? Nosotros estamos vivos… Y ellos deben estar en alguna parte. Están muertos…

—Nosotros estamos vivos.

—Nosotros estamos vivos. Y ellos han muerto. Y se han quedado allí. Escucha, camarada…

El otro soltó una impresionante blasfemia y se largó. Dionisio quedó atontado, hasta que Gasa se acercó para decir que no se veía venir a nadie más. Fueron juntos al blocao. El sargento estaba comunicando con el PC «Han pasado… Sí, mi coronel, todos… Sí, sí, señor… ¿Media hora? Sí… A sus órdenes…».

Nuevamente frente al arbolado. Una cellisca mordiente comenzó a sacudir las ramas. No se oía nada. Tenía frío… El viento murmuraba: «Muertos, muertos míos de mi sangre y de mi raza…». «Rocas heladas, raíces ocultas de extremada primavera…». «Muertos de Otensky, Possad, Tigoda y Nitlikino…». ¡No…! ¡Sí…! Si salía vivo, algún día…, mañana…, otro día cualquiera…, ¡siempre…! Daría forma a su angustia. Amasaría su verbo y sus lágrimas, sus rocas de madera y sus árboles de sangre. Los cuerpos se alzarían… Descubrirían sus caras hundidas en la nieve, sus bocas llenas de tierra, sus miembros destrozados… ¡Los estaba viendo! Entre las ruinas, entre los árboles, entre las cenizas de los eternos fuegos; en las fosas vueltas a descubrir por la metralla y el odio, en los pozos, en el campo infinito, sembrando la tierra, quemando las raíces; atormentando el recuerdo.

¡Sí! ¡Allí estaban todos! ¡Con la última sonrisa, con el último canto, con la postrer palabra…! «¡Muertos míos de mi sangre y de mi fe crucificados…!». Sombras todas envueltas en llamas, en ruidos atroces de guerra, en ladridos rencorosos…

Y veía algo más. Levantándose sobre la nieve, sobre los bosques, inmenso, gigantesco, esquelético, sin sangre y sin sexo, absurdo, junto a las tumbas… ¡Un pelele! ¡Un espantapájaros…! Sí…, sí… Retuvo el aliento, las palpitaciones. Era un espantajo. Pero estaba vivo, tremendamente vivo. Y tenía forma y gritos humanos. Haraposo, increíble, desgarrado… Mantenía los brazos abiertos y musitaba terribles imprecaciones. Destacaba en la oscuridad; agitaba las manos y movía continuamente la cabeza. Vestía de soldado… El viento restallaba en sus harapos, en sus palabras, en sus sollozos. Estaba plantado como un árbol; pero estaba vivo; y gritaba; y cantaba; y murmuraba un hilera interminable de nombres. Escuchó:

«—¡Aaaahhh! ¡Muertos, muertos todos! ¡Poneos de pie! ¡Poneos en pie os digo! ¡Aaaahhh! ¡Vosotros, los interminables, los malditos, los olvidados…! ¡Ja, ja, ja…! ¡Ja, ja, ja! ¡Arriba los muertos! ¡Soldados míos, que me pertenecéis, que sois mi sangre y mi madera! Yo estaré siempre con vosotros. ¡Destrozada simiente de mi carne! ¡Aaaahhh…! ¡Harapos de mi gloria, cúpulas de mi cielo abierto en vuestro dolor! Vosotros —os hablaré bajito, para que nadie se entere—, sois el castillo de mi tierra, mi mies siempre madura, mi puente, mi laguna. ¡Muertos! Estaré con vosotros. Cantaré vuestras locuras, cuajaré vuestra sangre y calmaré vuestra sed de ausencias. Nunca os abandonaré porque estoy anclado en vuestra sangre… ¡Os digo que yo no me marcharé! ¡Os digo…! ¡Os digo…! ¡Fuera! ¡Fuera…! ¡Nada quede adentro…! ¡Yo con vosotros! ¡Camaradas! ¡Aaaahhh! ¡Camaradas…! ¡Dejad que los que vivirán

con vuestra muerte os olviden…! ¡Os olvidarán, os digo, después de haber prendido una medalla en los pechos de vuestras madres…! Hans…, Manuel…, Vhasa…, Giulio…, John…, Henri…, Igor… ¡Muertos todos bajo los árboles! ¡Poneos en pie…!».

El esperpento terminó poniéndose de rodillas. Dionisio vio cómo agitaba los hombros, como si su esqueleto fuera sacudido por los sollozos. Musitaba palabras tan débiles que no alcanzaba a entenderlas. Las bengalas ardían permanentemente detrás del espantajo. Un ventarrón muy fuerte empezó a aullar entre los pinos, entre los pingajos de la aparición, que se tambaleaba y se agarraba a un cadáver para no dejarse llevar. El espantajo terminó enfrentándose con el vendaval, gigantesco, absurdo, esquelético, sin sangre y sin sexo, meciéndose violentamente junto a los muertos, espantando los cuervos de la muerte, vigilando su cosecha segada…

Dionisio comprendió. Comprendió entonces que los muertos no quedan nunca solos. Y el esperpento era la gloria del soldado, la auténtica gloria del soldado, tremenda, desharrapada, insensible, con la única misión de acompañar siempre a los caídos, de gritar junto a sus tumbas la tremenda importancia de su sacrificio. Tremenda importancia, sí, porque en contra de lo mentido por algunos imbéciles, los soldados mueren siempre por una causa maravillosa. El espantajo conservaría para ellos el último gesto, la mejor emoción, la bala más caliente.

Y Dionisio comprendió también que el dolor de los vivos debía de ser más suave, más humano, más limitado. Como una canción melancólica… Como aquella que cantaban algunas veces: «Yo tenía un camarada, / entre todos el mejor…». Canción-recuerdo del camarada anónimo cuyo paso había sido paso propio en la marcha, en el combate. Un recuerdo agridulce, perdido en la distancia, en la bruma del sentimiento. Cuando pasaran los días, y los meses, y los años, el dolor se iría remansando, flotando sobre el lago de los recuerdos. Los versos que él hiciera algún día, serían como una ofrenda, sencilla ofrenda, a los sencillos camaradas de los días peligrosos. Los camaradas que habían pagado el más alto precio por vivir siempre en el recuerdo: cuanto poseían.

El sargento estaba gritando: «¡Dionisio…!». Se las arreglaba para gritar sin levantar la voz. Se acercó. «¿Qué te pasaba?», preguntó. Pero sin darle tiempo a contestar, añadió: «Avisan que ahora vienen los de Otensky. Baja a la carretera».

La guarnición de Otensky, dos compañías en aquellos días, más los antitanques y la artillería, empezó a desfilar, ocupando los dos lados de la carretera. La luna, en cuarto creciente, tiritaba de frío encima de los árboles. Los españoles iban tapados con sus mantas, ocultando las monstruosas jorobas de sus mochilas. Los artilleros habían dejado sus cañones pesados en el huerto del monasterio. El sargento, desde su teléfono, iba dando cuenta del paso de las unidades. Unos prisioneros tiraban de un cañón y varios caballejos arrastraban sendos trineos con impedimenta y heridos de última hora.

La aviación volvió sobre Otensky. Lucían las bengalas y los estallidos se cortaban

en la sequedad del aire, casi sin eco. A ningún aparato se le ocurrió adentrarse en el bosque. El sonido asmático de los motores se quedaba prendido en las ramas y sacudía la nieve depositada. Dionisio consultó su reloj. Eran las dos de la mañana. Hacía frío. Un frío espantoso. Afortunadamente, no soplaba viento y se podía caminar sin adoptar la postura inclinada obligatoria en tales circunstancias.

Una sección cerró la marcha, recogiendo los hilos telefónicos, avivando a los rezagados. Se detuvieron un instante a descansar en el blocao.

—¿No queda nadie? —preguntó el sargento.

—Me parece que no[4]…

Al cabo de media hora ordenaron que el blocao Vértice se retirara, llevándose todo, incluso lo que recogieran por el camino, donde nunca falta alguien a quien le sobra hasta el fusil.

El camino fue largo y penoso. Los seis kilómetros hasta el cruce de Schewelevo se hacían interminables. Se resbalaba en el hielo, en la nieve emborronada, en las ramas quebradas y resbaladizas. El saber que detrás de ellos no quedaba nadie hacía que por sus espaldas serpenteara un escalofrío de algo que si no era miedo lo parecía mucho. En el mejor de los casos, aunque el enemigo se fuera quedando clavado en sus posiciones, a muchos kilómetros, existía el vacío, una dilatada franja abandonada, blanca, imposible de rellenar con el calor del combate. Aquel espacio abandonado semejaba una ventosa… Succionaba, se agarraba a los jirones del recuerdo, atraía con la gravidez de los malos instintos y se imponía con su tétrica realidad.

Y además, aunque remansados en el estupor de su descubrimiento, estaban los muertos abandonados. Dionisio necesitaba volver la cara cada pocos pasos. Veía entonces, agitado por todos los vientos, maltratado por todas las lluvias, al espantajo, fiel, absurdo, increíble y magnífico. Dionisio sentía entonces que el corazón se le paralizaba, sin sufrimiento, pero dejando que toda su sangre se agolpara en el cerebro, con la tremenda impresión de estar siempre apretando un gatillo o arrojando una bomba de mano.

El sargento interpretó a su modo el gesto.

—No vienen, hombre —dijo—. ¿Tienes miedo?

Y no quiso decirle su verdad porque deseaba que él mismo la descubriera. Aquella noche u otra cualquiera, cuando se detuviera a meditar en la muerte, en los camaradas caídos.

A las cinco de la mañana llegaron a Schewelevo. Algunos camiones evacuaban las unidades ya reunidas o en trance de reunirse, pues no era raro encontrar a un grupo cualquiera preguntando dónde estaba la suya. El depósito de Intendencia había sido abierto y los soldados se llevaban lo que deseaban. Hacía frío…

Las casas del poblado estaban llenas de soldados, cargados con sus cosas. Algunos grupos, excitados, sombríos, entraban y salían de los pajares. No deseaban retirarse; les dolía la retirada; casi lamentaban no haberse quedado allí, con los muertos. Dionisio, que conocía a muchos, se extrañaba de lo que habían cambiado

aquellos hombres. Un mes, había pasado algo más de un mes. Nada… casi nada. Isidoro, Orfila, Blas…, Carmelo, Ausencio…, tenían diecinueve años cuando… Los había visto en la ciudad, aseñoritados, presumiendo de estudiantes, de lo que fuera… Ahora, desgreñados, sucios, quemados por el hielo, envueltos en sus mantas, ¿eran los mismos?

O mejor fuera preguntar: ¿Volverían a ser los mismos? Quizá; el olvido y una buena ducha pueden quitar mucha y muy gloriosa suciedad de encima. Y mucha amargura. Como aquella de la primera retirada en la noche del 7 al 8 de diciembre… ¡Possad! ¡Otensky!

Nochebuena

Los intendentes habían repartido un pavo para cuatro y una botella de champaña para dos. También la cantina había dejado el regalo de varias botellas de coñac, un coñac infame con tres estrellas, lo que le sirvió a Buitrago para ironizar: «Capitán tenías que ser, hijo mío…». El chisme se lo sirvieron al capi los chivatos de costumbre, y éste, después de probar el tal, lo degradó por completo arrancando la etiqueta.

La Nochebuena, aparentemente, se presentaba con ciertos visos de tranquilidad. El Regimiento ocupaba casi las mismas posiciones que antes de cruzar el río, excepto por el sector de Schewelevo, donde se conservaba la cabeza de puente y se enlazaba con la 126 División, alemana.

Después de la retirada del día 8, que los rusos no llegaron a advertir hasta el día siguiente, se fueron retirando las demás fuerzas. El día 10 de diciembre ya estaba formada la nueva línea y se construían algunas posiciones intermedias. El nuevo sector corría desde Udarnik y Borissowo hasta Kotowizy, pasando por Gorka, con puesto de mando en Koljzy y el 1.º Batallón, el más castigado, repartido entre Miasnoi Bor y Witka, en reserva.

Pero todo aquello no importaba demasiado. Allá se las entendieran los jefazos. Tampoco importaba que aquel mismo día, 24 de diciembre, el enemigo hubiera ya tanteado las nuevas posiciones atacando por Udarnik y Gorka, donde el 3.º Batallón del dos-seis-tres había resuelto la situación con verdaderas ganas de pasar unas Navidades tranquilas.

La sección de Asalto había tenido que limpiar el bosque al norte de Gorka, rastreando por la nieve en busca de los enemigos que se suponía infiltrados. Labor penosa, aunque excitante, pues se tenía que rebuscar entre la maraña, llenándose de nieve hasta el forro de los pantalones. Por el bosque no valía aquello de buscar senderos más o menos conocidos. Era necesario pringar desde el principio al fin, metiéndose de cabeza en hondonadas, tragando escarcha y sacudiendo ráfagas contra los lugares sospechosos para provocar la reacción enemiga.

Por fin, casi al anochecer, se dio por terminada la operación, volviendo la sección al Puesto de Mando con dos docenas de prisioneros, los mismos prisioneros de siempre, desharrapados y famélicos, desconcertantes en todas sus cosas, que hincaban sus fusiles en la nieve y se colocaban las manos sobre la cabeza…

El resultado de la operación, para los que en ella habían tomado parte, fue que, por no haber tenido tiempo para comer, se les juntó el almuerzo con la cena. Se sabía por la prensa que llegaba, y por las cartas, que en España se había recogido un importantísimo regalo para los divisionarios. Pero lo cierto era que del dichoso aguinaldo nadie sabía nada. Lo que sí había llegado era el regalo del Jefe del Estado español, consistente en tabaco y coñac, que se repartió a toda marcha.

En Witka, en Teremetz, en Miasnoi Bor, en Koljzy, en… todos los lugares donde

había españoles, enracimados en las casas rusas, se preparaba la Nochebuena con más voluntad que medios. Por otra parte, desconcertaba un poco aquella Navidad lejos de la patria y de los seres queridos y se tenía miedo a no saber adaptarse a las circunstancias… ¿Adaptarse? La palabra tenía bastante miga. Se podía celebrar el día con una borrachera, con una oración o con un acto político-folklórico. Como fuera; como fuera cayendo… Era preciso vivir el instante. No se necesitaba ser muy sensible para recordar dónde se estaba, lo que había pasado y lo que podía pasar.

Espina, Solís, Manolo y Gasulla habían decidido emborracharse. Pertenecían al mismo pelotón y el alférez de la sección los llamaba «Los Cuatro Jinetes de la Poca Lacha». El alférez era muy leído y por eso sabía lo que se hacía. Espina, Solís, Manolo y Gasulla procedían de Caballería, eran la peste, el hambre, el terror y… la monda. Los cuatro estaban propuestos para la Cruz de Hierro y habían tenido la suerte de salir ilesos de los mayores follones. Con dificultad se hubiera encontrado cuatro españoles más desharrapados y gandules. Sólo limpiaban sus armas cuando disparaban y tenían la suprema habilidad de escurrir el bulto cuando tocaba tirar de pico y pala. Para enlaces, custodiar prisioneros e ir en busca del suministro no tenían precio. Sabían hablar ruso como moscovitas, o por lo menos lo parecía, y con los alemanes se entendían por señas.

Witka rebosaba de gente. Las cincuenta o sesenta casas del poblado hervían de soldados que llamaban «mamá» a todas las viejas y ponían ojos tiernos a todas las jóvenes. Todos aprovechaban el alojamiento del frente para saborear con delectación los placeres que quince días antes eran un sueño inapresable. Sobre todo, el calor. Las estufas se atiborraban de leños, ante las miradas asustadas de los rusos, que temían ver arder las casuchas de un momento a otro. Pero los españoles habían soñado demasiado en cocerse vivos en un baño caliente, despojados de los capotes y las botas, del armamento y las preocupaciones. Y aquello se estaba consiguiendo. Lo que viniera después no importaba.

Gasulla ponía los ojos en blanco, fumando dos *farias* a la vez. Espina se encargaba de cambiar tabaco por vino o coñac, pues se le antojaba insuficiente lo que tenían. Pero encontraba pocos dispuestos al sacrificio. Y lo que decía él: «En esta División hay demasiados borrachos. ¡Vergüenza les debiera dar…!». Manolo y Solís vigilaban la puesta a punto de todas las viandas.

Al grupo se habían reunido dos sargentos, Barquero y Losada, y tres amigotes de la 1.ª, dispuestos a pasarlo bien. Sentados en bancos y camastros, pegando lametazos a una botella de coñac, aturdiéndose a gritos y cantos, parecía que en su vida lo hubieran pasado mejor. A las diez de la noche, uno de los agregados estaba, el hombre, como una sopa. «¡Si sólo lo has olido, hombre!», decía el sargento Losada. El otro, hipando terriblemente, se empeñaba en demostrar que se había bebido cinco botellas, cinco, y allí estaban los cadáveres para demostrarlo. La verdad era que sólo estaban vacías tres, lo cual era un jaleo, pues ni viendo doble se explicaba aquello, ya que tres y tres son seis. Claro que el borracho era un mentiroso. Tan mentiroso que

era el único de los presentes que no había ido a Rusia por el ideal. Los demás decían y gritaban que ellos en su casa tenían tanto de esto y tanto de lo otro, «pero que mucho mucho», y que si estaban pegando el callo contra el comunismo era por el ideal, sí señor. El que más y el que menos era hijo de conde y marqués. Sólo el animal de Villota, que así se llamaba, decía que había venido porque había estropeado el auto de papá y tenía miedo a que éste le regañara. Bueno, eso decía.

Espina deseaba que el borracho se durmiera para tocar a más en el reparto. Pero Villota, en el momento oportuno, salió a la calle y vomitoncita va, vomitoncita viene, quedó con el estómago más limpio que una patena.

En todas las casas del pueblo resonaban risas y cantares. De cuando en cuando se abría una puerta y una sombra oscura salía berreando para vaciar el estómago o la vejiga. Una de estas sombras se encontró luego con que no recordaba de dónde había salido. Se puso a llorar a gritos en medio de la nieve y allí lo encontró Gasulla, que venía de la casa del teniente.

—¿Qué te pasa, hombre?

—¡Yo quiero ir a casa!

—Está bien, no llores; todos queremos ir a casa. ¿Dónde vives?

—Gaztambide, once, segundo, derecha —contestó el amigo, saliéndose por el barrio de Argüelles.

—¿Por qué no coges el metro?

—¡Es verdad!

Y se acercó a los varales de un carro, tropezando con una tabla y pegándose el morrón padre. Se levantó…

—¡Hip…! ¿Quién ha empujado…? ¡Su padre…! ¡Hip! Quiero ir a casa. ¡Deje pasar, taquillera…! ¿Pagar? ¿Dice usted que pagar? ¡Hip! ¡Qué gracia…! ¡Soy un divisionario! ¡Hip…! ¡Mi madre! ¡Mi-mi-mire usted, señori-ri-ri-ta… Los voluntarios no podemos pa… pagar…! ¿Qué dice…? ¡Hip! ¡Un cuerno! Para e-e-eso luchamos… ¡Qué paguen los enchufados…! ¡Porqué yo he venido a Rusia…! ¡Hip! ¡Quiero ir a casa…! Mi-mire usted, señorita… mi mi mi pobre madre me está esperando…

Después de cinco minutos de forcejeo se echó a llorar apoyado en los varales. Gasulla ya se había marchado y estaba discutiendo con Espina. Éste, más sereno, creyó escuchar un rumor de puertas afuera. Se llevó el dedo a la boca y reclamó silencio. Se escuchaba claramente un rugido cercano.

—¡Son lobos! —gritó Manolo, que desde su tierna infancia, leyendo a Julio Verne, estaba convencido de que los lobos corrían por las calles rusas y se encontraba amargado por no haber hallado ninguno hasta entonces.

—¡Lobos! —repitieron todos, entusiasmados.

Y se cargaron de bombas de mano… Gasulla abrió la puerta y… el borracho se le abrazó al pescuezo:

—¡Papá…!

Costó trabajo desprenderle, pues se empeñaba en besuquear al pobre Casulla que,

no teniendo nada de francés se estremecía como un gusano ante cada ósculo. Por fin todo se aclaró. Pero el andoba no se quería marchar y aunque tiritaba de frío se empeñó en decir que hacía mucho calor. Le dijeron que sí, que tenía razón y entonces se empezó a quitar ropa de encima, ante los gritos de las rusas, hasta quedarse en calzoncillos. Menos mal que al verse de aquella guisa se creyó que se preparaba para dormir y se durmió, efectivamente, en un rincón.

El sargento se empeñó en dar la tabarra.

—Éstos son, hijos míos, los peligros del alcohol.

Por fin se terminó de cenar y empezaron los cantos. Espina y Manolo se liaron con unos villancicos muy tiernos. Los rusos, también alegrillos, gritaban:

—¡Christus! ¡Christus!

Y trazaban en el aire las tres cruces del rito ortodoxo. Hasta los niños, uno llamado Basili y una niña coja nombrada Vera, gritaban y rezaban con grandes aspavientos.

Cerca de la medianoche, se dejó caer el capitán.

—En el Puesto de Mando hay una misa del Gallo. El que quiera puede ir. Pero, ojo, el que esté borracho será mejor que duerma la mona.

—Aquí no nos emborrachamos —dijo Manolo, muy serio, demasiado serio.

—Mucho mejor.

El Puesto de Mando estaba en Koljzy, no muy lejos, pero tampoco demasiado cerca. Se discutió si se iba o no. Por fin se acordó ir en la *troika*. El sargento Losada dijo que él pediría al estarosta del pueblo un caballo, o dos, o los que hicieran falta. Para dar mayor énfasis al asunto, se inclinó ante Manolo:

—El señor, ¿cómo quiere los caballos de su carroza, blancos o negros?

—¡Hombre…! Mitad y mitad, digo yo, vamos…

—Muy bien, señor.

A poco estaba de vuelta con un jaco tan sarmentoso que por eso le había respetado la requisa. Traía también dos rusos prisioneros que arrancó de la cocina. Ellos se encargarían de conducir el carromato.

Se encaramaron todos, cubiertos de mantas, con las botellas y los fusiles por si éstos eran necesarios. Las botellas lo eran, desde luego. Durante el camino se cantó por todo lo alto. Para descansar se contaban mentiras. Espina se empeñó en decir que un piojo le estaba molestando, lo cual nada tenía de extraño. Pero él decía que el animalucho estaba mutilado, con una pata de palo y que cada vez que se paseaba le hincaba la pata de madera: «Top… top…». Si bien se miraba…, podía ser verdad. Muchas balas, más de dos y más de tres, le habían raspado la sesera. Nada de extraño tenía que una de ellas se hubiera llevado por delante la extremidad del piojo. Por lo pronto, todos quisieron ver al animalito. Detuvieron la *troika* y alumbrándose con cerillas buscaron entre la pelambrera, sin ver nada, pero consiguiendo Manolo quemarle una oreja a su compañero, que se enfadó por todo lo alto y le desafió a singular duelo en medio del camino.

—¡Porque a ese tío me le como yo las tripas!

—¡Anda, ven por ellas…! —decía «ese tío».

Por fin, el sargento consiguió aplazar el mutuo destripamiento hasta el día siguiente. Y llegaron tarde, pero llegaron. El PC estaba iluminado con una batería y hervía aquello de estrellas y de ponderado respeto. Los «Cuatro» y sus amigos entraron cantando un villancico: «A esta puerta hemos llegado / cuatrocientos en cuadrilla, / si quieren que nos sente…». Todos los presentes torcieron el gesto. Un teniente se colocó delante, con un dedo delante de la boca: «Chiiitttsss», tan largo que todas las letras eran dobles. «¡Chist!», repitieron ellos.

En aquel instante sonó la campanilla y todos cayeron de rodillas, menos Gasulla, que cayó de bruces. El páter alzó la forma y en su albura, de cara a los soldados, Dios sonreía.

Terminada la misa, el páter del 2.º ofreció un crucifijo para que lo besaran. Todos, hasta los que tenían las entendederas algo atrofiadas, se estremecieron ante lo que aquello significaba. El Dios-Niño de sus iglesias españolas se había convertido en el Dios-Hombre agonizando en la cruz. Y con los ojos humedecidos besaron los pies del Redentor, le embadurnaron de mocos, de saliva, de vinazo y de amor. Los músicos, unos músicos que se habían incorporado a la División durante las marchas, creyendo participar en un desfile y que en Rusia no hacían más que suspirar por su repatriación, manejaban sus instrumentos procurando tiritar lo menos posible. Iodo terminó bien, con un emocionado recuerdo a los caídos.

El regreso fue más silencioso. Hacia el Wolchow sonaban tiros aislados y algunas bengalas iluminaban crudamente el terreno. Hacía frío. Tenían frío. Y sueño. Pero aquella noche no se podía dormir. Era preciso aprovecharla. Como fuera, pero aprovecharla, Los días malos volverían. Los días malos lo serían todos. Menos aquél…

Udarnik y posición Intermedia

27 de diciembre

Eran las tres de la mañana. Ramón dormía, con el sabor de un buen latigazo de coñac entre pecho y espalda. La isba era un refugio grato y apetecible en contraste con la baja temperatura del exterior. Udarnik dormía lleno de españoles del 2.º Batallón del dos-seis-nueve, siendo el pivote de aquel sector. El teniente Amoedo sacudió la puerta de la isba y sacudió al primero que encontró a mano.

—¡Vamos!

Un minuto después todo el mundo estaba en pie, fumando nerviosamente. Los días navideños habían dejado un rastro de coñac y galletas. Se apuró todo. Afuera reinaba una calma absoluta, rota solamente por las patrullas que se estaban formando. Nadie sabía lo que sucedía. Por lo visto el enemigo estaba cerca. Se había infiltrado entre Udarnik y Lubkowo. Lo demás se debía de averiguar.

Ramón terminó de colocarse toda la impedimenta. Escuchaba los comentarios sin comprenderlos enteramente. Sólo sabía que horas antes Radio Macuto había anunciado el inmediato relevo por un batallón alemán. Y, por lo visto, en vez de alemanes venían los rusos. Una sorpresa. Pero una sorpresa que podía considerarse fracasada desde el momento en que ellos estaban alerta. Lo demás… ya podía venir. Peor que Possad no podía ser aquello.

—¡Vaya suerte! —comentaban.

Era verdad. Todos los golpes iban a la mano enferma. Y la mano enferma de la División era entonces el Regimiento Esparza. ¿Por qué no atacaban los malditos en otra dirección?

La sección, reunida por fin, y bastante completa, pues muchos heridos se habían ido reincorporando, pateaba para mantener los pies calientes delante de la casa del comandante. Ramón, como todos, observaba con el rabillo del ojo el ajetreo que allí reinaba. Gritos al teléfono, oficiales en danza y luces temblorosas ahuyentando las tinieblas. Soplaba un viento cargado de nieve que obligaba a mantener el pasamontañas subido hasta los ojos.

Salió por fin el teniente, que ellos llamaban Alcalde, porque, efectivamente, lo era de algún pueblo o ciudad allá en España. El sargento Frías se acercó para darle la novedad.

—Forman treinta y dos hombres, mi teniente.

—Bien. Vamos…

La sección abandonó Udarnik en grupo compacto, mientras otras patrullas descubrían terreno en dirección noroeste. Casi era imposible hablar entre la ventisca y lo duro de la marcha, pero el teniente logró poner al corriente de lo que sabía a sus

hombres. El enemigo había cruzado el río, entre Lubkowo y Udarnik, y había sido visto dirigiéndose a este último lugar. Se trataba de fuerzas importantes, quizá dos regimientos. El viento desfavorable había impedido que el jaleo se escuchara. Porque había habido jaleo y lo estaba habiendo, por las posiciones que jalonaban el terreno entre los dos pueblos.

Precisamente el camino que llevaban era el de Lubkowo. Muchas veces lo había recorrido Ramón. Aquella mañana mismo, de patrulla entre la segunda posición y Udarnik. Por la noche no se hacía patrulla porque el teléfono permitía comunicarse con ella. Pero en aquellos instantes el hilo parecía estar cortado.

La ventisca hacía insoportable la marcha. El camino era apenas una serie de pisadas que habían hundido la nieve. Se caminaba por allí, agachando la cabeza, confiando en el que iba delante. Si éste caía, caía el inmediato. Resbalar significaba dar una costalada en la nieve. No se escuchaba nada, salvo el roce de la nieve en las ramas de los árboles y los juramentos ahogados de los que resbalaban.

La sorpresa fue mutua. Antes de arrojarse violentamente a un lado del camino, Ramón pudo distinguir al enemigo. Venía en formación cenada por el mismo camino que ellos, en dirección contraria. Ramón se encontró acurrucado contra un árbol desmochado. Vio cómo los rusos se iban arrojando al suelo. Enseguida comenzó un nutridísimo fuego de fusilería. Ciertos eran los toros. Los rusos se habían infiltrado.

Pocos minutos después había ya cinco bajas entre los españoles, heridos más o menos graves, que no estaba la ocasión para hacer averiguaciones.

El teniente dio orden de replegarse. Se iban escapando a saltos, aprovechando las vaguadas y algunos caminos cubiertos. El enemigo se daba cuenta algunas veces y otras no. Ramón sudaba copiosamente. Al saltar junto a un montón de madera cortada una granizada de balas levantó la nieve a su derredor. Los rusos seguían sus pasos, pero sin atreverse sin duda a rodear. Y atacaban siguiendo el camino. Cayó herido Beltrán, del fusil ametrallador. Un balazo le hizo dar dos volteretas. Pero sólo tenía un rasguño en una mano.

La sección se había dividido en dos grupos. El de Ramón marchaba por la derecha. Los rusos gritaban a lo lejos. El teniente —debía de ser el teniente— disparó una bengala, y luego otra. De Udarnik ya deberían haber escuchado el jaleo. No tardarían en salir a su encuentro.

El enemigo podía haber aplastado a la sección, pero se mostraba muy cauto en sus movimientos. Su actitud permitía despegar con cierta tranquilidad, mientras un pelotón cubría terreno con su ametralladora. Una lluvia de balas batía el bosque en todas direcciones.

Por fin se consiguió despegar lo suficiente para que la sección se reagrupara. Ramón vio entonces que el teniente iba sostenido entre dos, con una herida de bala en el pecho. Otros doce camaradas tenían heridas. Se cargó con los que no podían andar. Ramón calculaba que les faltaría menos de un kilómetro para llegar a Udarnik. Los heridos y quienes les ayudaban adelantaban camino, mientras un pelotón cubría su

retaguardia. Antes de alcanzar las primeras casas hubo otros dos pequeños encuentros con exploradores rusos, que fueron obligados a permanecer quietos, si bien hirieron a otros dos españoles.

En Udarnik les estaban esperando. Los heridos fueron inmediatamente trasladados a la iglesia y el comandante recibió la novedad correspondiente. Las dos compañías del pueblo, con escasamente ciento sesenta hombres, se preparaba a defender la posición. Ramón, con los restos de la sección, pasó, al Puesto de Mando, donde el comandante Román estaba en comunicación permanente con el coronel del Regimiento. Nadie hacía grandes aspavientos. Se sabía que los *ruskis* llegaban sin artillería, posiblemente sólo con morteros, y en estas condiciones, el hueso era para ellos, que deberían permanecer en el bosque, donde, por otra parte, debían ya de llevar varias horas en la marcha de aproximación. El único peligro era la escasez de personal, que motivaba que algunas de las casas quedaran sin cobertura.

Los *ruskis* tardaron una hora en presentarse. Lo hicieron tímidamente al principio. Fueron rechazados y se extendieron por el bosque, rodeando el pueblo. Se escuchaban disparos muy atrás, hacia Miasnoi Bor. Y fuego de artillería, lo que indicaba una profunda penetración. Pero Udarnik suponía un peligro para el flanco enemigo. Fallada la sorpresa, los rusos tenían que retirarse o apoderarse de los pueblos. No podían seguir en el bosque, exponiéndose a que las reservas españolas iniciaran un movimiento de Udarnik a Lubkowo que les estrangulase.

Ramón consultó su reloj; eran las cinco y media de la mañana, día 27 de diciembre. Suspiró. Poca había sido la tranquilidad. Soplaba un viento que llevaba la nieve de un lugar a otro, penetrando por las ventanas y puertas abiertas. A las seis hubo un ataque que generalizó el fuego intermitente reinante hasta entonces. Ardía una casa y el humo envenenaba el aire. Los rusos ocuparon unas casas al sur del poblado y, desde allí, hostilizaban con nutrido fuego de ametralladora. Desde la casa de ladrillo algunos pelotones españoles desencadenaban un tremendo fuego, especialmente contra el bosque, impidiendo que llegaran más fuerzas a las que ya estaban en el pueblo. Las balas rebotaban por todas partes, algunas explosivas, que se desgajaban al tocar con madera o carne.

Ramón tenía dolorido el hombro de tanto disparar. La noche iba cediendo poco a poco. Sin llegar a ser de día, una claridad lechosa asomaba encima de los árboles… Mentira: tardaría más de tres horas en ser de día. El comandante tenía en las manos una pistola ametralladora y atisbaba de ventana en ventana. Los *ruskis* ejercía presión sobre todas las casas. Posiblemente la isba del PC era la que menos castigada estaba.

Pegando fuertes tripazos en la nieve, llegó un teniente. Ramón disparaba delante para protegerle. El oficial empezó a charlar con el comandante, hablando vehementemente. Ramón no entendía gran cosa… El jefe pasó a la otra habitación para hablar por teléfono… Un grupo de rusos pretendió infiltrarse en las casas de la derecha y Ramón disparó hasta agotar la munición. El grupo enemigo se disolvió como un azucarillo.

Estaba rompiendo con el machete una caja de balas cuando salió el Comandante. Inquirió por los hombres que había en aquellos instantes, en la misma casa o tan cerca que pudieran ayudar inmediatamente. Eran unos treinta, entre la sección de Ramón y la Plana Mayor. Cinco bajas…

El Comandante dio unas breves instrucciones. Se tenía que arrojar a los rusos de las casas que habían ocupado. Se irían agrupando y haciendo presión de adentro afuera, no importando que las casas del centro quedaran sin protección. La presión se haría especialmente en la parte noroeste, sobre los caminos de Miasnoi Bor y Witka, por donde venían refuerzos de la 1.ª y la 11.ª. Se empujaría a los rusos sobre el camino de Lubkowo y el río, sin taponarles la salida, sino más bien ojeándoles en dicha dirección.

—¡Vamos!

Salieron en dos grupos. Ramón, con el grupo del Comandante, se encontró bajo unos pajares. Los rusos quedaban a la derecha. Ramón se encontró corriendo furiosamente, pegando una costalada en la esquina de una casa. Enseguida le cayó encima otro camarada. Aguardaron unos instantes y soltaron una bomba de mano en la revuelta. Con la nieve desprendida cayendo todavía, emprendieron otra carrera hasta una cuneta. Desde allí dispararon contra la pared trasera de la casa; tres rusos que intentaban salir se doblaron en la nieve. Aguardaron unos instantes. Otros españoles estaban atacando la casa de frente… Apareció una mano agitándose. Señal amiga. Corrieron allí y penetraron por una ventana. Había un humo tremendo y costaba trabajo respirar. Un ruso agonizaba junto a una ventana. Fueron llegando más españoles.

Desde allí se saltó hacia un huerto, con matojos asomando encima de la nieve. El tiroteo era muy fuerte. Alguien se cuidaba de arrojar bengalas y la cruda iluminación obligaba a permanecer inmóvil. Soplaba viento y nevaba a grandes copos. Restallaban las ramas heladas y las balas levantaban pequeños surtidores de nieve.

Poco a poco la cuña fue profundizando. Los rusos fueron retirándose hacia el bosque. No esperaban, indudablemente, una reacción semejante. Empezaba a tronar la artillería a lo lejos. Se escuchaban muchos gritos. Se llegó a la linde del bosque. No se veía a diez metros, pero el sonido de los disparos indicaba que se peleaba ya fuera del pueblo.

Ramón vio caer a dos camaradas. Una bala le dio a él en el casco, tocando una campanada tremenda. Quedó aturdido unos instantes, pero sólo había sido un refilonazo. Sin avanzar más, se procuró enlazar a derecha e izquierda. A las siete de la mañana quedaba Udarnik desalojado de enemigos y se mantenía una línea sobre un riachuelo. Los disparos rusos fueron cesando. Un grupo enemigo rezagado inició unos saltos entre la arboleda; se disparó y unos cayeron y otros escaparon.

Se ordenó se mantuvieran aquellas posiciones. Las ametralladoras se fueron colocando entre los fusileros. Se iba sintiendo el frío del amanecer, muy agudo. Entre el bosque y el pueblo quedaba una clara, sembrada de cuerpos inmóviles. Transcurrió

una hora o algo más. Las manos y los pies se helaban. Se pegaban patadas y puñetazos contra los troncos. Alguien se acercó hasta las casas y regresó con dos botellas de coñac que se apuraron entre sofocos. Ramón ingirió su parte sin hacer caso de la mordedura fría del casco en los labios. Se cantaba. Pelotones patrullaban incesantemente para enlazar las posiciones.

La situación permanecía confusa. Infiltración enemiga, desde luego. Pero entre Udarnik y Lubkowo quedaba una brecha. Se ignoraba la profundidad alcanzada por el enemigo. En los bosques de Miasnoi Bor había un grupo alemán de Artillería. Posiblemente hasta allí… Por un golpe le suerte que la guerra no acostumbra a prodigar, el teléfono no había sido cortado. Por él se sabía que venía el 1.ª Batallón, que estaba en reserva.

Un nutrido grupo enemigo que se retiraba hacia Lubkowo fue hostilizado con mortero y ametralladora. Pero no se atacó. Debían llegar los refuerzos. A las ocho de la mañana llegó la sección de Asalto. Una hora después, la 11.ª, ciclista, y la 1.ª. Había claridad suficiente. El día era frío, perfectamente insoportable. Enseguida comenzó el contraataque, en dirección a las posiciones que jalonaban la brecha entre Udarnik y Lubkowo. Se tenía la impresión de que estas posiciones lo habían pasado mal, muy mal, aplastadas por el alud ruso.

Los recién llegados pedían detalles. Se les contaba lo que se podía. Y que llevaban seis horas pegando más tiros que un tonto. La marcha en la nieve fue penosísima. Una patrulla abría huella y el resto procuraba pisar encima. El bosque estaba lleno de restos, cadáveres, cascos y armas abandonadas, los muertos ya tiesos, medio cubiertos por la ventisca. Cerca del lugar donde había sido el encuentro de la noche antes, Ramón vio el cadáver de un cabo español, muy popular porque habiendo sido hecho prisionero, logró escapar. Recordó que iba en la sección y sin duda había sido capturado de nuevo, siendo acribillado entonces.

Apareció una pista, trocha en la nieve, abierta sin duda por los rusos, reagrupados. Siguieron por allí, azotados por la ventisca, hasta alcanzar una vaguada. Se escuchaban disparos hacia Lubkowo. Tiros aislados salían del bosque. Muchos enemigos debía de haber por allí, pero la orden era de avanzar hasta la llamada Posición Intermedia, donde la sección del alférez Rubio había quedado sumergida.

A las diez se llegó a la Intermedia. Consistía en una loma apenas fortificada, con unos agujeros para los ametralladores y un chamizo donde refugiarse. Otros españoles habían llegado ya y sus gestos indicaban que allí no quedaba nadie con vida. Al aproximarse, Ramón encontró todo aquello revuelto. Armas, casquillos, mantas y capotes, muertos… La nieve aparecía manchada de sangre y pólvora de las bombas de mano. Todo apareció derruido, semicubierto por la nieve. Los defensores españoles estaban muertos todos. Alguien se había cuidado de reunir los cadáveres, despojados por el enemigo, que se había ensañado con ellos golpeándolos con picos y bayonetas. Grandes manchones de sangre lo cubrían todo.

Otras fuerzas, partiendo de Lubkowo, llegaron a la Intermedia, restableciendo la

línea. Se decía que gran parte del enemigo se había retirado, pero algún batallón quedaba por los bosques. La artillería acercaba las piezas y disparaba sobre el río y la maraña. El terreno era muy dificultoso, pues abundaban las lomas, los riachuelos y las cortaduras.

En Lubkowo había sucedido lo mismo que en Udarnik, pero en menor escala. Se concentraron allí algunas fuerzas, mientras las demás limpiaban el bosque. Las antiguas posiciones intermedias tenían cubierta de nuevo la plaza. La más cercana a Lubkowo, junto a un arroyo, se llamaba Capilla Vieja, por una ermita que allí había, junto a un cementerio. Unas lomas se alzaban entre esta posición y el bosque, a sus espadas. El río quedaba a cien metros.

La sección de Ramón se alojó en una casa de Lubkowo. Estaban tan agotados que, recostados en las paredes, con todo el equipo, se quedaban dormidos.

A las dos de la tarde se desencadenó un tremendo fuego. Un batallón enemigo había surgido del bosque, se había abalanzado sobre las lomas y en aquellos momentos hostilizaba la posición Capilla Vieja, que le impedía el paso hacia el Wolchow. Ramón se encontró corriendo por la nieve, por un riachuelo helado que protegía contra las balas. Retirándose por el río venían parte de los españoles que cubrían la posición de la ermita. Llevaban heridos y dijeron que los rusos ocupaban la posición.

Ramón se encontraba tan aturdido que horas más tarde no recordaba muy bien lo sucedido. Siempre pasaba igual. El combatiente de primera línea apenas veía un cachito de frente, estando, además, demasiado ocupado para tomar nota de nada. El recuento, el enlazar las cuentas del rosario, venía después, si se continuaba vivo, escuchando a uno y a otro, escuchándose a sí mismo.

La recuperación de la Capilla Vieja fue cosa de diez minutos. Lo que tardó en llegar un antitanque que aupado por una vaguada tiró directamente sobre la ermita. Las ametralladoras cubrían fuego y los rusos resistieron, como debía de ser su intención, hasta que el grueso del batallón abandonó el bosque y tomó por un quebracho hacia el Wolchow. La artillería propia tenía enfilado el río y retrasó algo el tiro para castigar también la Capilla.

Cinco minutos después los españoles cubrían a grandes zancos el espacio abierto de la vaguada a la loma. Aquella operación, plenamente ofensiva, les complacía. Y el recuerdo de la Intermedia les hocicaba.

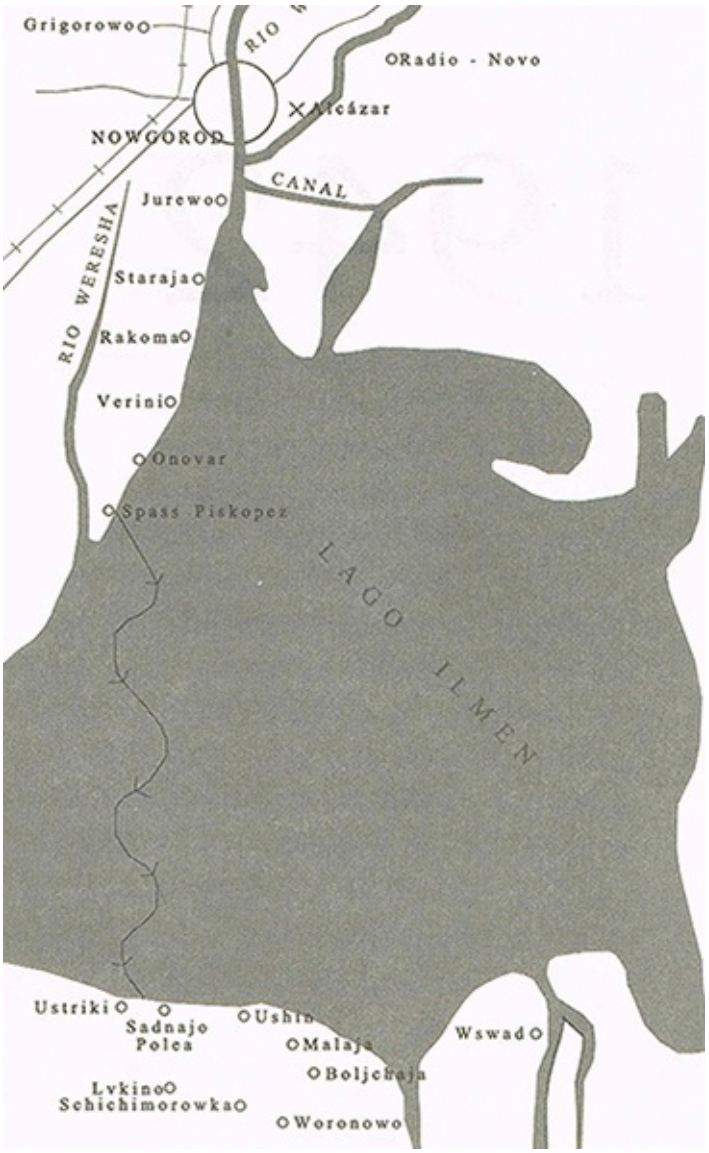
Los rusos fueron sorprendidos retirándose, una sección cubriendo la retaguardia y el resto del batallón en la misma orilla del río. Ramón se encontró sobre la cresta de la colina. El batallón enemigo se retiraba en formación, no creyendo ser hostilizado tan pronto. Empezó a disparar a doscientos metros. Llegaron otros camaradas y todo eran gritos de alegría. Unos heridos rusos pretendieron reincorporarse y fueron acribillados. Los enemigos que cruzaban el río no pensaron en resistir y aquello se convirtió en una cacería. Tiraba la artillería, el antitanque y las máquinas desde la Capilla Vieja, Lubkowo y otras alturas cercanas al Wolchow. El río helado se cubría

de sombras que resbalaban, caían y se levantaban. Las explosiones de la artillería bordeaban la orilla de allá, levantando surtidores de nieve. Los rusos se metían en sus propios campos de minas y entre una cosa y otra se debió de perder casi entero el batallón.

Al anochecer todavía se arrastraban algunos heridos, que nadie recogía, esperando sin duda la noche. Una sección de la 3.ª quedó en la ermita, mientras las compañías se retiraban, unas a Lubkowo y otras a Udarnik, menos el 1.º Batallón, que regresó a Witka. No había muchos muertos, excepto los que habían resistido el primer golpetazo enemigo en las posiciones intermedias. Se descubrieron, en cambio, muchos congelados. El frío seguía siendo el peor enemigo, un frío de finales de diciembre en el norte de Rusia.

Aquella misma noche los alemanes se hicieron cargo del subsector.

1942



Frente de Nowgorod. Zona Sur. Lago Ilmen y alrededores (Nota del E. D.)

Lago Ilmen

Había bajado mucho la temperatura. El frío era algo absorbente, total. Que flotaba en el aire como el aire mismo. Esto, desde luego, era una tontería y Pedro lo sabía. El frío era el aire mismo que se había helado. Lo milagroso era que no se condensara, lo mismo que el hielo, que el aliento, que los orines. Milagro puro todo.

En Kurawistchino, donde estaba el PC del Batallón y la compañía de Plana Mayor, la guerra apenas se notaba. Los combates quedaban mucho más al Norte, donde el Regimiento Esparza estaba siendo diezmado desde los combates de octubre. Los nombres de Sitno, Russa, Nitlikino, Possad, Otensky y Udarnik eran nombres fabulosos. Pero eran nombres que quedaban demasiado lejos. En la orilla noroeste del lago Ilmen, Ilmen See, que decían los alemanes, llegaban las noticias como llegaba la niebla, nebulosas y fabulosas. Radio Macuto decía… decían los heridos españoles que ocasionalmente llegaban al hospital alemán de Worobeika… decían los zapadores con depósito en Nowgorod…; en fin, decían todos que la cosa estaba que ardía.

La distancia agrandaba lo sucedido. Pedro, algunas noches, cuando montaba guardia o patrullaba, sentía miedo, más miedo, de seguro, que los que estaban disparando, muy lejos, en aquellos instantes. Aunque la distancia era mucha, más de cuarenta kilómetros, en las noches blancas de nieve y de estupor llegaba un confuso rumor de guerra salvando la mole destruida de Nowgorod. Algo flotaba en el ambiente. Un soldado conocía los ruidos de la guerra. Debiera conocerlos, por lo menos. Y la guerra estaba en todos los lugares. Menos en las orillas del lago Ilmen.

Decían los oficiales, y Pedro lo había escuchado más de una vez, que los rusos estaban atacando. Atacando por el sector español del Wolchow y por el alemán de Staraja Russa-Weliki Luki-Demyans, a ambos lados del lago, lago helado en aquellos primeros días de enero. El propósito enemigo estaba claro: aliviar la situación de Leningrado y cortar las comunicaciones a todas las fuerzas alemanas de la zona báltica.

En los últimos días, especialmente, los rumores de combate se habían recrudecido en la parte alemana, bajo las alturas que llamaban de Waldai, cerniéndose sobre la carretera y el ferrocarril a Leningrado. Los oficiales decían que eran de temer ataques parciales por Nowgorod y su zona del lago para fijar fuerzas.

La orilla del Ilmen, hasta la desembocadura del Weresha, era una constelación inacabable de poblados, muchos destruidos. Seguramente debía de ser aquélla la zona de más densidad demográfica de Rusia. Cuando llegó el Regimiento, allá por octubre, con las aguas del lago sin helar, los pueblos aparecían pardos, hoscos, entre nieblas matutinas y cortaduras de los innumerables riachuelos y lagunas que festoneaban toda la orilla. El invierno había caído con su capa blanca de hielos, desmochando los árboles, ocultando las suciedades. Ahora, todos los pueblos parecían iguales: Troixa, Babki, Sdrinoga, Kurawistchino, Suponoff-Bor, Rakoma, Chramsino, Lukinscheno,

Jurenowo… Las isbas se ofrecían calientes y amables, con sus *mamuskas* y *malenkis*, con su chimenea sabiamente atiborrada. Los pequeños patinaban en el hielo, ajenos a los dolores de la guerra. La carretera, aquella carretera que algunas noches se convertía en una pesadilla de ventisca y camiones volcados, era una recta interminable que para los guripas del Regimiento dos-seis-dos terminaba en Nowgorod, la vieja ciudad de las torres con cúpulas en forma de cebollas, una de las cuales, decían todos, era de oro. Eso decían. Y cuando el sol picaba oblicuamente, con un poco de imaginación se distinguía un destello dorado.

A Pedro Audilla le dolía la inactividad. No es que deseará combatir constantemente. Los entusiasmos primeros se habían mustiado mucho en las duras realidades del frente. Pero en las orillas del Ilmen, aparte de algún bombardeo artillero y un recrudecimiento de la vigilancia cuando las aguas se helaron permitiendo la sorpresa, las armas descansaban demasiado. Y los nervios trabajaban, sobre todo en la noche clara, cuando los resplandores de los incendios lejanos, a derecha e izquierda, permitían adivinar la situación de los sectores vecinos. Nada existe que oprima más a un soldado que la posibilidad de ser copado sin combatir. Todo pudiera ser…

La noche del 9 de enero se presentaba igual que todas. Con vientecillo cortante y seco, con una luna enorme alumbrando casi como el sol. Se veía cómo el calor se escapaba por las chimeneas, en recta temblorosa. Hacia el suroeste del lago veíanse resplandores de incendio y llegaba un rumor de machaqueo artillero.

Anochecía a las cuatro y media de la tarde. En el PC nombraban los servicios y en las isbas se perdía el tiempo jugándose los marcos a las siete y media o cantando aquello: «Cuando regrese, / sé lo que voy a encontrar, / que mi chavala no lo ha pasado tan mal, / pues se ha buscado un Delegao Provincial / que como buen camarada se ha quedao en mi lugar, / que como buen camarada se ha quedao en mi lugar…».

Aquel día, Pedro había estado en el Cuartel General, suministrando. Ropas y todo eso. Las ropas procedían de la población civil alemana. Una recolecta había inundado los frentes de prendas muy poco militares. De Intendencia decía que a la División le había correspondido un tren entero: jerseys, chalecos, pasamontañas, guantes y manoplas, bufandas, calcetines de lana, prendas interiores. Habían cargado para la compañía con dos trineos. Y él se había apoderado de unas manoplas de lana, pertenecientes sin duda a un esquiador, pues el punto estaba adornado con esquíes, piolets y todo ese jaleo de los que disfrutan bajando y subiendo montañas heladas.

El entumecimiento de tres horas de camino le tardó en desaparecer a Pedro un buen rato, mientras comía delante de la estufa, escuchando un poco somnoliento una discusión entre Agapito Bueno y el cabo Simón acerca de una sota que debiera de haber salido y se había retrasado.

Serían las diez y media cuando el teniente Heredero entró en la isba. Pedro dormía, igual que todo el pelotón, menos Regino Matutano y Elíseo, que tenían

patrulla. No eran raras las visitas, especialmente para pillar en falta a la patrulla, que acostumbraba a refugiarse en cualquier casa, sobre todo al amanecer. Pero entonces era demasiado pronto.

El teniente despertó a todos. Los rusos, desde lo alto de su chimenea, asistían a la escena. El oficial los mandó que siguieran durmiendo y se quedó plantado en medio de la habitación. Al cabo, señaló a Pedro y al cabo Simón.

—Venid conmigo.

Maldiciendo por todo lo bajo, Pedro se calzó, imitado por el cabo. El teniente indicó con pocas palabras que recogieran todo el equipo. Aquello se ponía bueno. Un traslado o una ausencia definitiva. Audilla y Simón terminaron sus preparativos. El cabo preguntó si se llevaba el fusil ametrallador.

—¡Naturalmente! ¿Dónde cree usted que va?

—No lo sé…

—Ya se lo dirán.

A la casa del teniente fueron llegando soldados. Se hablaba en voz baja y todos presentían acontecimientos. «¿Qué pasa?», preguntaban algunos. «No sé, chico».

Aunque se reunieron bastantes más, pronto se echó de ver que sólo diez de los presentes estaban comprometidos. Un pelotón, en total: sargento, escuadra del fusil ametrallador y escuadra de fusileros-granaderos.

—Se trata de lo siguiente —empezó diciendo el teniente—: al otro lado del lago hay un grupo alemán que necesita refuerzos. Vamos a ir nosotros, que somos los que más cerca estamos. Ustedes han sido elegidos…

—¿Por qué, mi teniente? —preguntó uno.

—Porque son los más guapos. No tengo mucho que decirles. Se equiparán con lo mejor que tengamos. Y esta misma noche, enseguida, deberán concentrarse en Spaspiskopez. Creo que irá personal de todo el regimiento. Ustedes representarán la Compañía. El que se porte mal se las entenderá conmigo. Vayan preparándose…

El sargento del vestuario les fue entregando a cada uno toda la ropa que quiso: supercapotes, botas, guantes y mantas. En material les dieron un carro de sección, con ruedas de neumático, tirado por un peludo caballejo cuya piel, al relente, humeaba como una caldera. En el carricoche cargaron los equipos, las cajas de munición para los fusiles ametralladores, éstos, un trípode antiaéreo y dos cajas de bombas de mano.

Pedro, en silencio, temblaba bajo la montaña de ropa que le cobijaba. La noche se presentaba muy clara, pero muy fría; un vientecito cortante afeitaba en seco la escasa porción de piel a la intemperie; las ropas crujían, apelmazadas. Se tardó más de una hora en terminar. Mientras, se había corrido la voz y casi toda la compañía andaba metiendo los hocicos. Algunos intentaban bromear sin que las bromas cuajaran.

Desde Kurawistchino a Spaspiskopez había, en línea recta, poco más de seis kilómetros. Spas, que decían para abreviar, estaba en la orilla misma del Ilmen. Se debía de atravesar el Weresha y, por un delta cuajado de barrancos y cortaduras, llegar al poblado. Se tardaría dos horas en llegar.

Se partió sin ninguna ceremonia. Pedro, de buena gana, hubiera encomendado a Martiniano, su mejor amigo, que cuidara de sus cartas y demás cosas, y que en caso de no regresar… ¡Bah! Aquello equivalía a conjurar el desastre.

La verdad era que tenía miedo. La imprevista marcha acababa de cortar una rutina que, ahora que la perdía, empezaba a comprender que no estaba mal del todo. Al día siguiente, sábado, tenían proyectado asistir a un baile en Staraja Rakoma; al día siguiente…

El viaje, como se presumía, fue duro. El supercapote, sólo utilizado hasta entonces para guardias semiinmóviles, y las superbotas, ídem de lienzo, aprisionaban el cuerpo y lo anclaban en tierra. Se sudaba. Y cuando una detención obligaba a levantar al caballo o a cualquiera de los camaradas, el sudor se helaba y un escalofrío recorría la espina dorsal. Al filo de las dos llegaron a Spas. Luces amortiguadas por todos los sitios, mucha gente, trineos, caballos y jaleo. Después de una espera, resguardados por una esquina, el sargento los llevó a una isba, donde se alojaban otros soldados equipados por el estilo. Se dejaron caer, apoyando las espaldas en la pared. Las puertas se abrían y cerraban. Se escuchaban gritos y, de lejos, llegaban truenos lejanos de artillería.

Por lo que iba viendo Pedro, allí había gente de todas las compañías: 11.ª Ciclista, 12.ª de Máquinas, 13.ª de Cañones, Plana Mayor… Le dijeron que había más representaciones del Regimiento. Por lo visto iban sacando tantos de esta compañía, cuantos de esta batería y el resto de especialidades. Los capitanes cedían lo mejor que tenían o lo que les sobraba.

Algunos, más enterados, decían que los rusos se habían infiltrado al otro lado del lago y que era necesario atravesar éste para ayudar a una guarnición que lo estaba pasando mal.

Pedro se durmió. Durmió a ratos, recostado en la pared, escuchando entre sombras pisadas que hacían estremecer las maderas del piso, voces con sordina, golpes… Le sacudió un sargento:

—Vamos…

Le costó rechinar los dientes recobrar el uso de los miembros entumecidos. En la sala vacilaban las sombras a la luz de las velas. Formaron en la calle. Una sección. De otras casas fueron llegando más pelotones; dos… tres… una compañía. Más de doscientos tíos… Consultó su reloj con un esfuerzo: las seis. Soplaba el aire, aunque las casas resguardaban bastante. Una compañía… Tres secciones con cuatro pelotones, más la escuadra del mortero y los enlaces. Muchos trineos: uno para cada pelotón, cargados con los equipos y las armas pesadas, y las mantas.

Pedro fue nombrado segundo proveedor del fusil ametrallador, con el cabo Simón, afortunadamente. Tres sargentos; a uno le conocía: era Anselmo Ventura, buen chico. Y un alférez… «Bueno, parece que va en serio». El cabo, a su lado, murmuró:

—Somos la Compañía de Esquiadores.

—Yo no sé esquiar…

—No seas tonto.

Repartieron tabaco, café bien caliente y les llenaron de coñac las cantimploras. Llevaban víveres para tres días. Alguien —no se distinguían sus insignias bajo el superabrigo— reclamó atención:

—Si alguno se encuentra enfermo que lo diga. La marcha será muy dura y no se pueden llevar inválidos. Procurad que las ropas os vayan bien. Tenemos que atravesar el lago. Los camaradas alemanes nos necesitan. Tenemos que luchar bien. El general está especialmente interesado con nosotros.

Y luego las palabras de siempre, las que emocionan en el instante preciso y parecen ridículas diez años después. Simón, muy bajito, dijo que mandaría la compañía el capitán Ordás. «¿Es bueno?», preguntó. «Creo que sí. Veremos…».

Observó Pedro que también iban sanitarios, y un médico. Y un equipo de radio en otro trineo. Bien fardados iban. Al avío.

A las siete de la mañana se dio la salida. Era de noche. Tardaría lo menos dos horas en ser de día. Niebla baja, cellisca. En la orilla quedaban los camaradas, saludando. La compañía iba en columna de marcha, cada pelotón agrupándose detrás de su trineo o carro de sección, amparados por los caballos, llevados de las riendas.

La superficie del lago distaba mucho de estar lisa. La vecindad de las riberas dejaba troncos y aluviones, medio cubiertos por la nieve. Además, la influencia de la orilla, más caliente en su día que las aguas, hacía que la helada se formara en ondas, siguiendo casi fielmente la costa, formando escalones o pequeñas dunas. El frío era muy intenso. Pedro se dijo que entonces estaban pisando auténtico hielo. Mientras se caminaba por la tierra, aunque estuviera cubierta de nieve, se conservaba la ilusión de una tierra que por fuerza debía estar más caliente. Ilusiones…

Amaneció casi inadvertidamente, sin que el alba trajese mucha luz, cubierto el lago como estaba por las nieblas. Se caminaba muy lentamente, demasiado lentamente. Algunos lugares batidos por el viento aparecían brillantes como espejos y resbaladizos como pistas artificiales. Los trineos de cabeza se adelantaban, pero debían detenerse para esperar a los rezagados. Algunos soldados se recostaban en los trineos. Pedro resistió la tentación, aunque los pies le pesaban como el plomo. Los que subían decían que no podían resistir el hielo. Pedro dio las gracias mentalmente a un viejo ruso que le había enseñado una triquiñuela para combatir el frío en los pies: calzado grande, que permitía un relleno de paja en las punteras y unas plantillas.

Pronto hubo que sesgar camino. Grietas profundas aparecían en el hielo, no muy anchas, pero imposible de salvar con los animales. Los trineos eran, en realidad, los que retardaban la marcha. Pero en ellos iban los equipos y las armas.

La costa amiga quedaba atrás, un poco a la derecha. No se veía. La ventisca no lo permitía. Bajando a una hondonada volcó un carromato. Se recogieron todas las cosas. Un soldado empezó a gritar que había perdido un guante. No se encontró nada. Vuelta a caminar con los ojos cerrados. En cabeza de la columna, el capitán agitaba

los brazos. Algunas veces la comitiva se alargaba hasta casi perderse entre la niebla; otras, se reunían todos los trineos ante cualquier obstáculo. Poco después de las diez, Pedro escuchó gritos. Al parecer, el médico y un camillero estaban refregando con nieve la cara y las manos del conductor de un trineo. Aguardaron todos. A poco llegó gritando desde la cola un soldado. Decía que no sentía los pies. Y luego otro de los que asistían cayó como desmayado. Se trabajaba con muchas dificultades. Un trago de coñac servía de bien poco. No se podía maniobrar con tanta ropa como se llevaba encima. Mientras se caminaba, el mismo desgaste ayudaba a sostenerse. Las paradas eran terribles. El capitán, comprendiendo que no podían perder tiempo ni contar con aquellos hombres, dispuso que se volvieran.

—¡Descargad un trineo! ¡Vamos!

Se repartió la carga entre los demás de la sección. Los congelados subieron. El capitán dio unas breves instrucciones.

—Cortando por allí, todo derecho, podéis llegar a la orilla entre Junerowo y Jamok. Calculo que estaremos a su altura. Decid que seguimos adelante.

Mucho más habló, y no en tono académico, precisamente; pero tenía mucha razón, como decía él: «¡Si sólo llevamos tres horas! ¿Qué será…?». Se adivinaba lo que quería decir…

Vuelta a arrastrar los pies. Era preciso respirar con precauciones. La aspiración profunda dejaba resentidos los pulmones y la garganta. Interiormente se sentía calor. Sólo las extremidades sufrían. El sofoco y el frío producían una extraña modorra. Se tenía la impresión de que se podía dormir de pie. Y que sentándose se acabarían todas las fatigas.

Pedro vio que otro individuo se apartaba de la columna. «¿Qué le pasa a ése?», decían. «¡La radio! ¡Se ha estropeado la radio!». «¡Pues estamos buenos! ¿Qué mierda de radio era ésa?». El otro se marchaba a buen paso, solo, sin trineo, volviendo sobre las huellas. Seguiría el mismo rastro del trineo desgajado, seguramente.

Cuanto más se acercaban al centro del lago la superficie aparecía más caótica. El hielo aparecía teñido de diversos colores, violeta sucio y barroso. La presión interior levantaba pirámides llenas de aristas. Algunas grietas se podían rodear fácilmente; otras obligaban a retroceder hasta encontrar un punto de sutura. El sol se adivinaba entre las brumas, porque teñía de color mantequilla un segmento del cielo. El viento soplaba a ráfagas, trayendo o alejando la nieve, acumulando ésta en algunos lugares en tanta cantidad que hombres y animales se enterraban hasta la cintura. Hubo de aprenderse la lección, evitando estas dunas errantes.

Se iba muy despacio, poco más de un kilómetro por hora, resbalando, recogiendo material caído, iniciando pequeños trotes laterales para activar el calor. El frío era enorme. Seguramente la temperatura más baja del invierno. Todo se helaba. Un camarada, que llevaba vodka en la cantimplora, intentó echar un trago y se abrasó la boca. La bebida debía de estar bastante adulterada y se habían helado las partes

menos nobles, quedando el alcohol puro en el centro.

Ramón agachaba la cabeza, cerraba los ojos y arrastraba los pies, como si estuviera durmiendo. Los oficiales recorrían incesantemente la columna, gritando, sacudiendo a los adormilados y estimulando a los acobardados. «Ya falta poco, muchachos. Esto es una juerga…».

A mediodía se detuvieron para comer alguna cosa. El sol había aparecido, tímidamente, y el viento había cesado. Estaba helado el pan, helada la mantequilla y hasta la mortadela aparecía salpicada de pequeños pedacitos de hielo que rechinaban en la boca como granos de arena. Se encendieron unas cajitas alemanas, donde ardían unas pastillas blancas; metiendo siete u ocho se conseguía una llama potente; pero el soporte sólo permitía colocar una marmita a la vez. Había un termo de café, que, naturalmente, estaba helado. Se cortó aquello con los machetes y se derritió en las marmitas. Un trago de coñac, tabaco… No, comer no apetecía, aunque todos hacían un esfuerzo. El capitán explicaba la situación:

—Debemos de estar a diez o doce kilómetros de Spas. Tenemos que ir a Weswad —se escribía Wswad—. Allí la situación parece bastante confusa. Unidades rápidas enemigas se han infiltrado por muchos lugares. Weswad resiste pero en los poblados cercanos cambia la situación constantemente. En un principio pensaba que podría llegar a Weswad directamente, pero me parece, me parece…

Y meneaba la cabeza.

—¿Qué sucede?

—El hielo. El centro del lago es muy profundo. El hielo es más grueso. Y como el hielo tiene un peso específico menor que el agua, en los lugares de mayor profundidad tiende a levantarse continuamente. Por eso se producen las grietas. Tendremos que abandonar la idea de ir directamente. Intentaremos alcanzar…

Y sacó un mapa; los oficiales sacaron los suyos y entre todos miraron y discutieron. Pedro no comprendía demasiado. Weswad, señalado con una línea roja, estaba en una península, entre un caos de lagunas, bosques, barrancos y riachuelos. Dos ríos algo más grandes: el Lowatj y el Wergotj, formaban un delta muy escabroso que en tiempo de deshielo debía de convertir aquello en un pantano.

El descanso sirvió para descubrir cinco helados, dos de ellos en los pies y los demás en orejas y nariz. Pedro ayudó a frotar con nieve los orejas de uno. Al pobre se le saltaron las lágrimas ante el tratamiento. Después se le envolvió la cabeza en las tiras de una manta.

Pasada la hora cenital, el día comenzó a declinar rapidísimamente. Volvió la ventisca y la niebla. Se escuchaban desgarraduras interiores que infundían pavor. Se tenía la impresión de que las grietas se ensancharían hasta tragárselos a todos. Un grito demasiado agudo producía un temblor y un corrimiento de nieve helada. El lago parecía un plato de leche cuajada y cortada. Algunas quebraduras eran recientes, sin duda, y el paso de los trineos rompía la fina capa posterior, descubriendo el agua, trampa mortal donde chapoteaban los incautos hasta que se conseguía abandonarla.

Bajando un barranco se despeñaron dos trineos. Quedó todo revolcado con nieve y hielo. Uno de los caballos se rompió una pata y hubo de ser sacrificado. Pero el trineo no podía ser abandonado y tres hombres se encargaron de arrastrarlo. Más helados. Los graves eran envueltos en mantas y colocados en los mejores trineos.

A las cinco de la tarde cerró la noche por completo. Se distinguía únicamente el bulto que iba delante. No se podía pensar en nada. Se arrastraban los pies mecánicamente. La boca se resecaba y se intentaba lamer la costra de hielo formada por el aliento en el tapabocas, pero la lengua sufría una aguda quemadura. Muchas caídas, vueltas y más vueltas, ayudar al compañero que se caía, esperar al rezagado…

Algunos sargentos llevaban linternas, unas linternas alemanas de dínamo que se accionaban apretando una palanquita. Producían un hilillo de luz y un chirrido continuo que algunas veces parecía gemido y enervaba hasta donde el sopor y el frío lo permitían.

Pedro se encontró de pronto arrastrando un trineo cargado de municiones. No se veía nada. Su sentido de orientación le decía que abandonaban el centro del lago y buscaban la orilla más cercana. Se escuchaban gritos, aunque por lo regular se caminaba procurando ahorrar hasta el aliento. Los congelados iban en aumento. Los graves subían a los trineos, envueltos en mantas. Y esto retardaba más la marcha.

Pedro sabía cuándo un trineo se despeñaba porque debían recoger el material caído y llevarlo a otro o cargarle a las costillas. A las diez de la noche la Compañía encontró una barrera de hielo y se impuso un nuevo desvío. Se encontraban trozos donde era preciso contar como una ganancia preciosa cada metro que se arrancaba al hielo.

Abandonado aquel lugar se encontró otro más apacible, donde se podía ir con más rapidez, aunque el viento, cargado de nieve, soplaba con mayor fuerza. Flotantes en su día y ahora anclados en el helero, muchos troncos de árbol se presentaban como un estorbo que obligaba a rodearlos. Pero aquellos troncos indicaban la proximidad de la tierra. Todos suspiraban por hallar tierra firme, aunque la tierra significaba nieve, barrancos y bosques. Pero barrancos y nieve también existían en el lago, sin la contrapartida de la esperanza.

Se destacó una patrulla. Pedro vio cómo se perdían en la noche en dirección sur. Y se volvió al marasmo, al sufrimiento. No se podía hacer otra cosa que aguantar, aguantar siempre. No sabía la hora. El reloj se había parado. Llevaban más de veinticuatro horas sin poder darle cuerda. El gemido de las linternas, los chirridos de los trineos al cortar el hielo, el patear de las cabalgaduras… Todo… ¡Todo…! Imponía un ritmo apagado, helado. Cuando se detenían algunas veces escuchaban rumores lejanos: cañonazos, disparos de ametralladoras. Y en más de una ocasión se distinguían bengalas ardiendo a media altura.

Una casa empezó a arder, muy lejos, tiñendo de rojo todo el horizonte. Se hicieron cábalas sobre el lugar del incendio, pero aquel terreno se desconocía. Sin embargo, aquel fuego calentó moral y materialmente a la columna. Alguien hizo un

cálculo: llevaban dieciocho horas sobre el hielo; no se tardaría en llegar a alguna parte. Donde el buen Dios quisiera…

Y se llegó. De la columna partió un grito. Un trineo había volcado. El encuentro había sido con un islote diminuto emergiendo sobre el hielo. Una racha de viento se llevó parte de la bruma y se distinguió entonces la masa oscura del bosque. Se reagruparon enseguida los trineos que restaban. Una última mirada a la brújula. Hasta los congelados querían empujar. Los oficiales sofocaron con buenas palabras los entusiasmos. Se podía dar de cabeza con el enemigo. Que se recordara que la situación estaba muy confusa. «Agarrar las armas los que puedan. Y mucho ojo».

Se reemprendió la marcha. La arboleda se acercó y como la orilla era muy escarpada, se continuó por el lago hasta encontrar la desembocadura de un riachuelo. Se adentró por ella. Y entonces una voz gritó:

—*¡Halt!*

Eran alemanes. El capitán se adelantó. Y sus gritos sonaban a música celestial.

—¡España! *¡Blau División…!* ¡Somos españoles, camaradas!

Y una patrulla de asombrados alemanes asomaron entre los árboles. Había un intérprete y todo se arregló rápidamente. Los alemanes se pusieron frente a la compañía y comenzaron a batir el bosque sin perder de vista la orilla del Ilmen. Pronto se encontró una pista practicable y los guías se internaron decididamente en la maraña de esqueléticos árboles.

La marcha se hacía pesada. Se veía tan cerca la salvación que cada minuto constituía una tortura. Pedro sintió que de repente le caían en las costillas las muchas horas de arrastrarse por el hielo. Un dolor en las ingles, el mal de la nieve, convertía en complicado juego de músculos cada paso adelantado. Por fin se llegó. Ladraron unos perros y unas suaves ondulaciones en la nieve denunciaron en el humo de sus chimeneas la presencia humana. Atravesaron un sumario círculo de fortificaciones y las puertas de los búnkeres se abrieron.

Del resto de la noche guardaría siempre Pedro un recuerdo confuso. Caras asombradas de los *doiches*; un dejarse maniobrar para apreciar síntomas de congelación, gritos, olor a desinfectantes, humo, sorbos de coñac… Despertó al amanecer. Estaba sentado en el suelo, con toda la ropa encima, manchada, humedecida. Le habían quitado el casco y el pasamontañas. Quiso levantarse y un pronunciado calambre le tiró por tierra. Era la reacción del frío. Cuestión de esperar a que pasara un poco de tiempo. En los oídos le chirriaban cien calderas de tocino. La piel de la cara estaba escamosa, reseca; al quitarse los guantes observó que los pulpejos aparecían muy pronunciados. «¿Escorbuto…?». Pero la realidad es que ni siquiera sabía lo que era escorbuto. Algo había leído en las novelas…

Después, todo fue entrando en la normalidad. Los alemanes, de la División 31 ocupaban con una sección el poblado de Ustrika, donde habían arribado. No sabían nada, los alemanes, claro. Pero se portaron muy bien, trabajando toda la santa noche. Media compañía española presentaba síntomas de congelación. Algunos se

recuperaron. Otros, necesitaban ser evacuados. Y una docena estaban graves, posiblemente sin recuperación. Los alemanes repetían: «Ya ya; kalt… fild kalt». Querían decir que hacía mucho frío, cosa que sabían todos.

Los oficiales españoles estaban muy ocupados. Siguiendo las huellas de la columna el sargento de la radio había regresado con un nuevo generador. Pedro estaba presente cuando comenzó de nuevo el nervioso morse a llenar de puntos y rayas el espacio. El operador pulsaba su chicharra y luego aguardaba. Llegó un mensaje del general que fue trasladado al capitán.

A las nueve se formó la Compañía. Pedro fue viendo salir a todos sus camaradas, acusando en los rostros y ademanes las fatigas pasadas. Faltaban muchos. Se miraron unos a otros, casi con estupor. No menos asombrados estaban los alemanes. Se recontó la gente y prepararon las armas.

Aquel mismo día se marchó hasta Sadnajo Polja, apenas unas chozas de pescadores, pero desde el cual partía una pista que comunicaba con Borissowo, pueblo importante donde los alemanes tenían un destacamento sanitario. Los congelados fueron evacuados. Poco a poco fue pasando el estupor. Se había llegado, aunque fracasara la intentona de llegar directamente a Weswad. Se decía que se iría por tierra.

Sadnajo Polja estaba en un claro, cerca del lago. Los alemanes patrullaban incesantemente y en retaguardia habían levantado algunos búnkeres. Todo el día 12 se empleó en dormir y en recobrarse. El tiempo seguía hosco, con amenazas enemigas. Los alemanes decían que los enemigos ocupaban los lugares boscosos y que Weswad quedaba al otro lado del río Tuleblja, en un terreno difícil. Los oficiales sabían mejor la situación.

El día 13 amaneció cerrado, inhóspito, cargado de ventisca y vientos helados procedentes del lago. Pedro ocupaba un antiguo refugio con doce camaradas más, cinco de su antigua compañía y los restos del pelotón del mortero y los enlaces. Llegó un capitán del Cuartel General con órdenes precisas. Partió una patrulla de exploración en dirección a Ushin, sobre la costa del lago, que regresó sin encontrar enemigos. Otra fue mandada en dirección contraria, regresando muy tarde. Dijeron que la situación estaba muy confusa. Había alemanes y letones en algunas partes y el enemigo estaba situado en una zona muy boscosa que empezaba en un lugar llamado Woronowo. Desde allí, en dirección nordeste, hostigaba los pueblos de los alrededores: Lukino, Schischimorowka, Boljschaja y otros que ni el diablo entendía. En resumen: que los rusos estaban infiltrados en toda la zona sur y que el terreno más despejado era la orilla del Ilmen, donde los grandes estuarios, desnudos de vegetación, impedían la sorpresa.

Toda la zona ofrecía una densidad grande de población, con muchos caminos convertidos ahora en pistas estrechas. Weswad quedaba a unos veinticinco kilómetros en línea recta, salvando barrancos y vaguadas y espacios de terreno abandonado donde era posible la sorpresa enemiga.

La verdad era, por lo que veían todos, que los alemanes no parecían muy apurados. El vértice de los grandes combates debía de encontrarse más abajo, sobre Staraja Russa, alcanzando la zona sur del lago los coletazos del ataque. Los alemanes seguían su táctica de no formar una línea continua, basando su estrategia en disponer sus reservas de modo adecuado.

Los rusos, por lo que se veía, estaban bien equipados y eran numerosos. Se habían encontrado cadáveres cerca de Wereskowo y partiendo de la península de Lowaj hacían incursiones sobre la costa amiga.

Aquella noche se montaron patrullas en derredor del pueblo. No hubo mayor novedad que un lejano fragor de combate y unos rumores de vehículos, como si fueran tanques o camiones, en los bosques del sur.

El 14 amaneció más frío, si era posible. Había mucho cabildeo en la chabola del capitán. Pedro esperaba, como todos, los acontecimientos. Llegaron alemanes y la Compañía se dividió en dos, marchándose en dirección opuesta al lago. La marcha era muy pesada porque se llevaban las armas encima y las cajas de munición. Hubo más congelados. Al pasar por un barranco fueron hostigados y después de un cuarto de hora de un librecambio de disparos salió un pelotón para despejar aquello.

Pedro no recordaba el nombre de los lugares que iba dejando atrás. Se incorporaron alemanes y un capitán de esta nacionalidad tomó el mando del grupo. No era raro encontrar a rusos civiles escondidos en el bosque, esperando a que se aclarara la situación. No faltaban chozas aisladas que era preciso ir reconociendo. Excepto las ocupadas por la población civil refugiada, las demás ofrecían el aspecto de haber sido ocupadas de noche y abandonadas durante el día.

A las doce se llegó a un pueblo pequeño, sobre una carretera. Estaba ocupado por los rusos que creyéndose atacados por más fuerzas abandonaron el lugar, refugiándose en el bosque. Casi no hubo tiroteo y los españoles y sus camaradas fueron ocupando las casas con las debidas precauciones. En una isba se hallaron varios heridos. Y el grupo de Pedro encontró a un *ruski* durmiendo tranquilamente sobre una estufa. El ruso no despertó hasta que el griterío de los españoles se llevó la tranquilidad de la choza. Se le interrogó rápidamente y empezó a hacer grandes gestos, señalando el bosque: «Monoga, monoga, camerade…».

Los rusos, poco conformes sin duda por haber cambiado el pueblo por el frío y la aspereza del arbolado, iniciaron un ataque, sin muchas ganas, la verdad, de llegar al cuerpo a cuerpo. Agotaron su carga de municiones y, ante una salida española, volvieron al bosque. Hubo bajas. Pedro recogió de la nieve a un camarada, herido de bala en el pecho. Se llamaba Agapito Osma y era de un pueblo de la provincia de Madrid. Se fueron reuniendo más heridos y congelados.

Se aguardó a la noche para la evacuación en dirección a Borissowo, en pequeños trineos. La marcha nocturna fue penosísima. Los prisioneros empujaban los trineos y ninguno de ellos mostró deseos de recobrar la libertad, bien fácil de conseguir en algunas ocasiones, cuando la ventisca obligaba a cerrar los ojos y se caminaba a

ciegas.

En Borissowo, los españoles quedaron alojados en un refugio de artillería alemán, donde los componentes de una batería quemaban munición disparando hacia un ignorado objetivo. Pedro y su pelotón durmieron de cualquier manera, sin deseos de comer, agotados, insensibles.

El día 15 empezó con una subida de la temperatura. Pedro se lavó la cara después de muchos días. Los alemanes miraban a sus camaradas como si fueran bichos raros. Había uno que chapurreaba español, cuajado de modismos criollos. Se llamaba Helmut Spita y había estado en la Argentina. Con su ayuda todo fue fácil. Se encargaba de ir traduciendo los deseos y preguntas de unos y otros. Dijo que había orden de retirada y que se estaban destruyendo los refugios y fortificaciones, aunque se esperaba a que fueran retirándose las fuerzas más avanzadas. Conocían la existencia de los españoles y que éstos habían sufrido mucho.

Transcurrió todo el día en agradable ocio, esperando noticias, pues los mismos alemanes se encargaron de ir enlazando por teléfono con el PC español, que estaba en Ushin. Spita dijo que al día siguiente se tenían que incorporar a Schischimorowka y que aquella noche volverían a pasarla con ellos, a menos que quisieran pernoctar en Borissowo. Como allí se estaba bien, el cabo Luis Jardín dispuso que se esperara sin más complicaciones. La noche fue muy agradable. Los alemanes cantaban sus mejores canciones y exigían que los hispanos les dijeran las suyas. Pedro, que después de lo pasado había creído no volver a encontrar la ocasión de reír nuevamente, se sorprendió soltando gallos en pleno Rancho Grande: «Allá en el rancho grande, / allá donde vivía / yipíií… / había una rancherita / que alegre me decía… / Te voy a hacer unos calzones / ¿Cómo? / Como los que usa el ranchero. / Que se los pone de lana / y se los quita de cuero / ujujúúú…».

Al siguiente día hubo que dejar lo bueno. Con poca impedimenta se caminaba bien y a las once de la mañana se encontraban en Ushin. Se preparaba un ataque. Los reconocimientos habían demostrado que hacia el Sur los rusos ocupaban casi todo el terreno. Los españoles ocupaban Sadnajo Polja y Ushin y mantenían contacto con los terrenos al Sur. Se seguía con la obsesión de liberar a Weswad y era preciso asegurar la retirada y los flancos. El «radio» decía que el capitán Ordás había insistido en que los españoles terminaran su gesto heroico, aunque la nueva situación no lo exigiera estrictamente. Los alemanes habían accedido y las operaciones en aquella zona quedaban encomendadas a los españoles con algunos refuerzos alemanes y letones.

Pedro comprobó que las filas españolas seguían clareándose. Había poca gente, si bien se mantenían patrullas en todos los contornos. Al anochecer volvió la ventisca y un nuevo descenso de la temperatura. Abandonar tan sólo las isbas suponía un sufrimiento, pero se tenía que permanecer enterrados en la nieve, previniendo las sorpresas.

A las ocho de la mañana se formó la compañía, con los refuerzos alemanes y bálticos. Por una pista entre un bosque poco denso se llegó hasta Malaja Ustchenja,

donde el reconocimiento había señalado fuerzas rusas. Las había, pero en pequeña cantidad y se retiraron en dirección a otro pueblo, Boljschaja Utschnja, donde ya costó más trabajo y más bajas entrar.

Se entró, sin embargo, aunque se notaba que la resistencia enemiga se iba endureciendo. Los rusos no debían de esperar ataques en aquella dirección y sólo tenían armas ligeras. Los dos poblados ocupados estaban muy cerca uno de otro, en terreno despejado. Los ametralladores hacían el gasto peinando la gaba en dirección a las dunas cubiertas por una vegetación muy rara. Se avanzaba con precaución, temiendo el consabido contraataque o el clásico campo de minas, el cual, por lo visto, no había sido establecido todavía.

Nuevamente, por un terreno ampliamente favorable, se despegaron las vanguardias, en dirección a Shiloj Tschernetz, donde había unos edificios de mampostería que nada bueno auguraban. El bosque, un bosque muy espeso, comenzaba poco más allá del pueblo.

Se atacó a paso de carga. Parte de la columna española había quedado en los pueblos conquistados y en aquellos momentos atacaba una sección, apoyada por fuerzas auxiliares letonas, hombres maduros en su mayoría que se tumbaban en la nieve y no avanzaban hasta que los disparos sonaban lejos.

Los rusos tenían antitanques, pronto lo manifestaron; pero el mismo afán de proteger estas piezas hacía que se volvieran muy recelosos, evitando los combates de cercanías. Pedro temblaba violentamente. Tenía miedo. Apretaba el fusil, el fusil que él llamaba «mi número uno», porque convertía en valores positivos los muchos ceros de su instinto: las cobardías, las precauciones, las rebeldías y las imprudencias. El fusil le recordaba el instante. Lo demás venía por añadidura.

Shiloj Tschernetz estaba en una altura, un espinazo pequeño en la depresión de un arroyo, el Tschernetz, precisamente, que fue necesario atravesar para caer sobre las primeras casas, casi colgadas de los hielos. Paralela al río se alargaba la única calle del poblado, medianamente limpia de nieve, donde los rusos habían abandonado una cocina humeante. Salvando la calle, que estaba enfilada desde el Sur, donde empalmaba con el camino a Penjkowo, había otro grupo de casas, unos trincherones en la nieve y varios caminos que se perdían en dirección a un espeso bosque situado casi a dos kilómetros.

Por el Sur se encontró resistencia enseguida. Atravesar la calle suponía encontrarse con un balazo. La expansión natural del avance se lograba hacia el Este, donde el claro despejado permitía distinguir gruesos pelotones enemigos que buscaban el amparo de los árboles. Se abrió fuego con todas las armas contra los fugitivos y en el fogueo iban tomando parte todos los que iban llegando, pues no todos corrían igual. Del bosque, protegiendo a los suyos, comenzó a llegar un violento fuego de ametralladora y mortero.

Un teniente fue pasando de casa en casa, haciendo un balance de la situación. Se había roto la resistencia enemiga; la sección ocupaba Shiloj y los rusos ocupaban en

herradura, o en gola, que decía él, el terreno inmediato. Quedaba prácticamente libre el espacio situado al Norte, hacia el Ilmen. Los contraataques vendrían, con toda seguridad, desde Penjkowo, quizá inmediatamente o bien con las primeras sombras. Había seis españoles heridos, y cuatro letones.

Un enlace partió inmediatamente para Boljschaja Utschnja para dar cuenta de la situación. Se evacuaron también los heridos. El resto de la sección se apresuró a ocupar algunos puntos elevados, colocando los ametralladores entre grupos de fusileros.

El ataque ruso no se hizo esperar. Cayó primero una lluvia de metralla. Los antitancazos llegaban rasantes, susurrando como demonios. Uno de ellos dio de lleno en la cocina abandonada y la reventó entre chirridos de vapor. Pedro estaba junto a la máquina, en un recodo del camino a Penjkowo. Eran las dos de la tarde y reinaba un ambiente opresivo, difícil, indigerible. Por la carretera, casi trinchera, comenzaron a saltar incontables siluetas. Estaban demasiado lejos para que el fuego de fusilería fuese eficaz y era necesario esperar. El viento trajo de repente un ronquido de motores y un rechinar de cadenas. Un sobresalto recorrió las posiciones españolas.

—¡Son tanques!

No, por lo pronto. Era una máquina barrenieve arrojando a derecha e izquierda su blanca polvareda. Su pesada mole ofrecía protección a un grupo de *ruskis* que enseguida aprestaron una ametralladora. Se escuchaban disparos lejanos, hacia Woronowo.

El fuego se fue extendiendo por el bosque. Dado el movimiento de gente enemiga necesario para envolver el pueblo, como parecía era su intención, los rusos debían de ser dos batallones lo menos.

Enseguida se supo el porqué de la máquina barrenieve. Tres tanquetas empezaron a resoplar, acomodándose en una altura. Desde allí hostigaban la posición, disparando su cañoncito poco menos que a mansalva. El mortero español del cincuenta comenzó a sembrar sus chinitas alrededor, dispersando los grupitos que buscaban el amparo del blindado. Se fue generalizando la lucha. El sargento que asumía el mando en aquella parte ordenó que se prepararan las balas antitanques, un tambor de cincuenta perforadoras asignado a cada ametrallador que hasta entonces no habían tenido razones para utilizar.

Los rusos completaron el cerco rápidamente. Un fuego graneado de toda clase de armas comenzó a caer sobre Shiloj. Pedro se encontró corriendo de casa en casa, disparando donde encontraba un hueco. Una bala explosiva caló en la espalda de un sargento y le abrió en el pecho un tremendo boquete. La refriega impedía que llegaran informaciones. Resultaba complicadísimo cruzar la carretera, donde se estaba más resguardado por las casas que daban al bosque. Cinco rusos lograron infiltrarse hasta un barracón y disparando por sorpresa causaron tres bajas. Pedro y dos españoles más desalojaron el reducto a bombazos. Cuatro de los rusos murieron y el sobreviviente, un muchacho muy joven, se levantó con las manos encima de la

cabeza. Pero antes de que llegara a los españoles una ráfaga de ametralladora lo tronchó como si fuera una caña.

A Pedro le entró en la cabeza la idea de quemar el chamizo. Se arrastró por la nieve y llegó hasta los rusos muertos. Se sentía extrañamente contento. Había paja en abundancia y todo sería cuestión de un instante. Pero entonces se dio cuenta de que no contaba con medios. Allá, en algún bolsillo escondido, bajo el capote, debía tener un mechero, un mechero suministrado por la cantina. Y sería una operación complicada quitarse guantes, manoplas, rebuscar por los bolsillos y aplicar la llama. Se quedó unos instantes asombrado. Hubiera jurado que los incendios, tan afines a las acciones de guerra, surgían espontáneamente. No era así. Se tenía que prender, sencillamente, como si se encendiera un cigarro. No comprendía… Y le entraron ganas de llorar de puro despecho.

La misma incongruencia de la situación le hizo reaccionar. Y un morterazo abriéndose en abanico a dos metros. Tragó nieve sin ganas y se encontró riendo como un orate. Miró a su derredor. Estaba solo. Una ametralladora disparaba desde el pueblo. Se puso de pie y, caminando despacio, se retiró. Iba riendo y riendo, le encontraron los restos de una patrulla que se disponía a saltar al otro lado de la calle. Un cabo le sacudió violentamente. Sucedía que el frío inmovilizaba muchas veces la mandíbula inferior, dejando una mueca parecida a una risa sin sonidos. Pedro intentó explicarles lo que pasaba, pero no le hicieron caso.

Hasta pasada media hora, Pedro no se recobró. Se encontró en una cuneta. La sección, o lo que quedaba de ella, se retiraba en dirección a Boljschaja. Ocupaban los lados de un camino y una máquina tiraba incesantemente para fijar a un pelotón enemigo. Por lo visto se había portado muy bien, pues un sargento le estaba diciendo: «¡Muy bien, muchacho, muy bien!».

Tropezando, gateando entre troncos caldos y fosas disimuladas por la nieve, un pelotón iba en cabeza llevando entre mantas unos heridos. Se aguantó hasta que se distanciaron y luego siguieron sus pasos. Un soldado trastabilló y quedó boca abajo en la nieve. En un cruce de caminos se estableció un nuevo punto de resistencia. Los rusos disparaban desde el pueblo abandonado y se iban desbordando por las inmediaciones del camino.

Sin embargo, se llegó a Boljschaja Utschnja sin establecer nuevo contacto. El pueblo estaba siendo atacado por el Sur. Un teniente alemán ordenaba a gritos Dios sabía qué maniobras. El oficial español cambió rápidamente impresiones. De la sección en vanguardia quedaban veinte españoles y catorce letones.

Empezaba a anochecer. La sección que ocupaba el poblado tenía establecidos pozos de tirador. Hubo una pausa que los recién llegados aprovecharon para buscar municiones. No había muchas, la verdad. Se advertía cómo los rusos iban rodeando las casas. Aún se mantenía abierto un portillo. Los heridos que podían andar fueron dejados en libertad para marchar por sus medios. Algunos prefirieron quedarse y otros entregaron sus armas y municiones. Apareció un caballejo y se aprestó un trineo

donde se colocaron tres heridos graves. Se formó así una minúscula partida de hombres inválidos que iban a intentar aprovechar la noche para llegar a Malaja Uschaja. Los demás debían quedarse. Partieron los heridos, manteniéndose en pie a fuerza de nervios.

Unos disparos entre unos matorrales movieron al oficial español a mandar dos hombres con los evacuados. Pedro, que estaba recostado junto a una ventana, fue uno de los designados. No le gustó la idea y protestó. Pero no le valió de nada. El oficial se puso tieso y hubo que salir.

Las huellas del trineo se marcaban profundamente en la nieve. El cielo estaba despejado, la temperatura comenzaba a bajar nuevamente. Pedro, pasada la excitación, temblaba violentamente. El otro camarada se llamaba Daniel y le confesó que estaba herido en determinado sitio que quedaba detrás del capote. Pedro, verdaderamente, no sabía cómo se encontraba.

Hallaron rezagado a uno de los heridos. Le ayudaron a caminar y un poco más allá encontraron al trineo volcado. Los heridos, sucios, agotados, miserables, aún tenían fuerzas para discutir, españoles hasta el fin. La llegada de aquel inesperado refuerzo levantó los ánimos y todo se arregló. Uno de los más graves hasta intentó cantar por lo bajini, cediendo cuando Pedro se lo ordenó.

—¡Vaya vida! —comentó el herido—. ¡Cómo salga de ésta…!

—¿Qué harás?

El otro silbó significativamente y puso los ojos en blanco. Y se reanudó la marcha. Lo que sucedió después no habría de ser tan divertido. Una pesadilla blanca que Pedro nunca olvidaría. En cierta ocasión creyeron escuchar voces a la derecha. Daniel se encaramó y regresó unos minutos después, mientras los demás contenían el aliento. Venía el explorador blanco del susto. ¡Rusos! ¡Había rusos! Con un soplo de voz dio la novedad. A cincuenta metros había otro camino paralelo. Y una patrulla enemiga estaba pasando, caminando en su misma dirección.

Fueron unos instantes angustiosos. Nadie se atrevía a respirar. Y todos a una se acordaron del caballejo, que aplanado y cubierto por una manta permanecía inmóvil en la pista. Pero el animal estaba demasiado embebido en sus cosas para intentar alguna rebeldía.

Poco a poco fue cediendo la tensión. Daniel partió nuevamente y regresó con la nueva de que el enemigo había desaparecido.

A las nueve de la noche se llegó a Malaja Ustchenja. Una patrulla avanzada, alemana, les recogió. Allí había veinte españoles y algunos alemanes, llegados recientemente de Ushin, donde el capitán Ordás tenía su puesto de mando. Se había rechazado un ligero ataque y se esperaba otro mayor, aunque la avanzada de Boljschaja permitía un mayor respiro.

Pedro se encontró con otra orden de continuar hasta Ushin, para informar debidamente al capitán. Esta vez no protestó. Un extraño pesimismo le iba invadiendo. Había visto desaparecer a muchos camaradas. La nutrida compañía que

ocho días antes emprendiera la marcha a través del lago se iba reduciendo inverosímilmente: un destacamento en Boljschaja, otro en Malaja y unos pocos hombres en Ushin… Quizá no llegaran a cincuenta. Los demás habían desaparecido. Estaban abandonados en la nieve, o sufriendo en hospitales alemanes, con las carnes quemadas por el hielo y desgarradas por las balas.

La marcha fue relativamente tranquila. Los heridos fueron desviados hacia Malaja Ushin, desde donde partía un camino a Borissowo. Ushin, sobre la ribera del lago, quedaba más adelante, en un terreno que descendía suavemente, despejado. Aun así le costó dos horas alcanzar el puesto de mando. El capitán tenía aspecto de no haber dormido en cuatro noches; aspeado, nervioso, con los ojos inflamados y los ademanes cansados, escuchó a Pedro intercalando numerosas preguntas y comentarios, no siempre piadosos. Al fin, le mandó a dormir.

Pedro se refugió en un lugar cualquiera. Había muy pocos españoles allí, quince…, quizá veinte. ¿Qué importaba? Se arrancó el correaje mientras todos los huesos le crujían y se dejó caer en un rincón.

No despertó hasta pasado el mediodía. El capitán había salido en dirección a Malaja y no se sabía cuándo volvería. El aire estaba cargado de presagios. Los rusos presionaban por el Sur. No había una línea definida de frente. Se conservaba la ribera del lago y los alemanes reagrupaban sus fuerzas, muy castigadas.

—¿Y Weswad? —preguntó Pedro, recordando a los causantes de todas sus desdichas.

—Bien, gracias.

Por lo visto seguían aislados, aunque las operaciones efectuadas habían mejorado mucho su situación.

No hubo novedad, salvo un fragor de artillería por el sur. El capitán regresó al anochecer. Dijo que la cosa estaba muy mal, pero que se tenía que aguantar y que se aguantaría.

Había tan poca gente que sólo se mantenía una patrulla por el camino de Malaja. Cada hora era necesario relevarse y apenas se descansaba. A las cinco de la mañana un enorme jaleo revolvió las ondas del viento. Ataque… Ataque enemigo hacia Malaja Ustchenja. Toda clase de armamento andaba metiendo ruido, un ruido que calaba muy hondo y ponía pavor en todos los rostros.

Todos los hombres, con el capitán al frente, despegaron en patrulla, ocupando las crestas de unos barrancos. Los alemanes de Malaja Ushin estaban situados al suroeste. A las siete de la mañana, todavía con las sombras de la noche colgando de los árboles, el ruido se apagó bruscamente. Todos se miraron, asombrados. El ataque podía haber sido rechazado. No funcionaba el teléfono…

Se aguardó media hora. Las manos se crispaban sobre los fusiles. Se avanzó un poco hasta enlazar con un destacamento alemán. Al amanecer, el capitán dio orden de seguir adelante. Era una pena ver avanzar a tan desnutrido grupo. Una escuadra se adelantaba y se resguardaba, cubriendo terreno, y los demás continuaban por el

camino, casi trinchera.

Dos kilómetros más allá, sobre el mismo camino, se vieron a lo lejos unas siluetas. «Son nuestros», dijo el capitán, muy serio. Y era verdad. Abandonando todas las precauciones la patrulla salió corriendo por la nieve, al encuentro de aquellos soldados, que se tambaleaban.

Eran siete los hombres, cinco españoles y dos alemanes, todos heridos, aunque cuatro de ellos podían caminar y arrastraban a los otros dos. Uno, dijeron, se acababa de desvanecer en aquellos instantes, rota la tensión de nervios que le mantenían en pie.

Antes de que empezaran a hablar, todos sabían la verdad. Pero el capitán no perdonó detalle, por amargo que fuera. Pedro escuchaba, lleno de remordimiento, un remordimiento extraño, un remordimiento que se siente ante los camaradas caídos sencillamente, tan sencillamente que lo asombroso era haber quedado incólume. Porque los españoles y sus camaradas alemanes del Boljschaja Ustchenja y Malaja Ustchenja habían perecido, aplastados por la superioridad enemiga.

La guarnición del primer poblado había sido envuelta y atacada; algunos defensores lograron llegar a Malaja. Allí, aquella misma noche, apenas hacía dos horas, se había repetido la maniobra. Dos batallones enemigos apoyados por tanques y artillería atacaron ferozmente. La lucha había durado una hora. Ellos, los heridos, habían conseguido romper el cerco. Quizá hubiera otros españoles en otra dirección, pero ellos no lo sabían. Eso era todo.

Eso era todo. Y en aquellos momentos quedaban veinte españoles. Los demás habían muerto, o estarían en hospitales alemanes. Posiblemente hubiera algunos más agregados circunstancialmente a otra unidad alemana. Pero, allí, de cara a la situación, quedaban veinte hombres.

El capitán habló: sería una locura intentar recobrar los pueblos perdidos con solamente aquellos hombres. Informaría al mando alemán y pediría refuerzos, se establecería una línea que cubriese el camino al lago Ilmen en las alturas cercanas a Ushin. Y que fuera lo que Dios quisiera.

Se retiraron. Cerca del lago fue escogida la posición. Era imposible fortificar. Cabía solamente aplastarse contra el suelo y cobijarse cabe un árbol.

Aquel día, sin embargo, no hubo mayor novedad. Llegaron refuerzos alemanes y se cubrió un mayor sector de frente. Solamente al anochecer una sección rusa de reconocimiento intentó infiltrarse y fue rechazada, sufriendo bajas. De parte española se destacó una patrulla hasta tomar contacto con el enemigo, que permanecía en Malaja Ustchenja. Se observó la existencia de un numeroso cuerpo de atacantes y cómo una compañía, en formación, tomaba por un terraplén flanqueando en dirección a la costa del lago.

La noche fue terrible. Ardían bengalas sobre el bosque y en las improvisadas posiciones, y en Ushin nadie pensaba en dormir. Gravitaba un aire de muerte y amenaza que helaba como la misma bruma. Ronroneaban unos motores en la noche y

los aviones dejaron caer sus bombas en las cercanías de Ushin. Al mismo tiempo, el inconfundible rumor de fuerzas enemigas tomando posiciones comenzó a llegar del bosque. Pero el ataque no se produjo. Diríase que esperaban a que la aviación facilitara aún más las cosas. Efectivamente, volvió ésta, desmochando dunas y casas.

Pedro y sus compañeros recibieron órdenes de disparar en la oscuridad, fingiendo una potencia de tiro que estaban muy lejos de poseer. Hubo cinco heridos. Pero el ataque no se produjo. Amaneció entre un helado silencio. Absortos, asombrados de encontrarse con vida, los españoles y sus hermanos alemanes se miraban y palpaban. Un reconocimiento recogió numerosas muestras de la posición enemiga. Pero no consiguió encontrar a nadie. Los rusos se habían desvanecido.

Se retiraron las posiciones hasta Ushin. El resto del día se pasó dormitando de cualquier modo. Por la tarde llegó un alto oficial alemán que se hizo cruces ante lo sucedido. Se encerró con el capitán y luego éste dijo a los suyos que los defensores de Weswad abandonarían aquella noche el pueblo, toda vez que el cerco ruso había aflojado mucho.

Pedro casi había olvidado la misión que tenían encomendada. De haber podido cruzar el lago como estaba previsto se hubieran ahorrado aquellos diez días caóticos, días que justificaban todos los olvidos. Lo milagroso era —y le costó mucho habituarse a la idea— que había salido ileso de todos los jaleos. Apenas había una docena de camaradas que pudieran decir lo mismo.

La noche transcurrió sin novedad. Se combatía hacia el sur, muy rudamente por cierto; pero aquello no importaba, casi pertenecía a otro mundo. Pedro estaba comenzando a aprender la gran lección de la guerra: que era empeño inútil preocuparse por lo que sucedía lejos cuando bastante se tenía pensando en lo inmediato. Y que él y todos los suyos, apenas eran piezas diminutas de una gigantesca maquinaria.

Al amanecer se emprendió la marcha; una veintena de españoles, todos los que quedaban, flanqueados por algunos alemanes. Se marchaba en dirección Este, buscando la ensenada del Tulebljeski. Nevaba, sin que hiciera tanto frío como en días anteriores, aunque lo temprano de la hora dejaba caer un rocío helado que se confundía con la nieve.

El encuentro fue con las primeras luces. Los alemanes venían atravesando un bosque no muy espeso, al otro lado del estuario. Podían ser enemigos. Pero, no…, aunque fueran sólo siluetas en la distancia los amigos no se podían confundir. «Algo» en los movimientos, en el aire, en el propio centro nervioso de la intuición, lo dice, lo decía… «Son ellos; son los nuestros».

Los alemanes venían con todas sus pertenencias, con los heridos por delante. Eran muchos. Pedro no podía contarlos. Muchos más, desde luego, que los españoles. No parecían ser hostigados por enemigo alguno, aunque no descuidaban el despegue según denunciaba un movimiento de patrullas a retaguardia de la columna.

Se encontraron en el hielo. Primero se saludaron los oficiales, después se

abrazaron. Y terminaron mezclándose todos los demás. Un gigantesco prusiano agarró a Pedro por los hombros y le zarandeó durante un minuto.

—*Spanien gut, gut… gut!*

Y Pedro le dio la insigne respuesta de ponerse a reír como un imbécil.

Nowgorod

Si acaso hubiera que tomar algún día un paisaje tipo sobre el cual situar la guerra en el invierno de 1941-1942, ninguno mejor que la ciudad de Nowgorod. Nowgorod era una síntesis de la tierra rusa; de las heladas planicies, de las agrupaciones de casuchas, del río convertido en llanura, del paisaje martirizado. Nowgorod era también humanidad, historia, sufrimiento…

No es que Casto Heredero acostumbrara a filosofar demasiado, ni siquiera regular… Pero algo se quedaba escuchando a unos y otros, escrutando siempre el mismo panorama y, sobre todo, encontrando siempre los mismos muertos.

Nowgorod era un ancla en la tierra rusa, una tierra inmóvil, yerta, bajo un cielo gris que gravitaba sobre las ruinas y sobre los humanos. En derredor, las tierras primitivas, esteparias, dolientes… Posiblemente no siempre fuera así. Una ciudad viva no podía ser igual a una muerta; ni un invierno a una primavera. Pero como decía Simón Ventura, mientras se chupaba los dedos amoratados por el frío: «Lo que se siente, la pura impresión del instante, es lo que vale. La ilusión óptica o el sufrimiento táctil nos convencen que vivimos, que formamos parte de un mundo. Y esto es lo que vale…».

Nowgorod era un mundo blanco, doliente. Nowgorod era la ciudad de los españoles. Lo fue todo aquel invierno. Ninguno de los que la estaban viendo entonces la olvidaría. Los hijos de remotas tierras comprendían que estaban ante la madre de las ciudades rusas, la más rusa de todas las ciudades, la más bella.

La guerra no había respetado su belleza. Todo estaba muerto. La muerte de los hombres atacando las piedras, el monumento al milenario, el puente de hierro sobre el río, un río que para los rusos era femenino en puro matriarcado de las aguas sobre la tierra. La guerra estaba en todas partes: en la plaza, en el cruce de carreteras, en el cementerio, en las eternas ruinas.

Pero la guerra no podía acabar con todo, ni el invierno, ni la desmoralización de la muerte. Nowgorod resucitaría en su día. Aún estaban en pie las terrosas murallas del Kremlin, las bizantinas torres con sus bulbos dorados, los iconos amorosamente cuidados en una habitación antiguamente burguesa. Nowgorod también tenía su «Nietchevó» en cada rincón de su antigüedad. Su alma eslava sedimentada en el milenario histórico, aguantaba la inclemencia como habían aguantado siempre los *mujiks* las eternas tiranías.

Al cabo de poco tiempo era fácil orientarse en la ciudad. El inmenso montón de ruinas tenía algunos puntos de referencia que pronto entraban en el alma de los españoles. Las robustas chimeneas eran el bosque ciudadano. Los viejos palacios, cerca de las murallas, estaban casi intactos, con sus largos corredores propicios al eco. Y la catedral, desolada, con sus cúpulas doradas y sus naves destruidas. Y las plazas, con la estatua de Lenin derribada de su pedestal, cubiertos de nieve los

faldones de la levita.

Casi todo lo demás eran escombros, cubiertos por la piadosa nieve que todo lo igualaba, menos los renegridos muñones de las chimeneas. Diversas unidades españolas tenían allí sus puestos de mando. Y los Zapadores tenían un depósito en un caserón renegrido. Nowgorod, además, era paso obligado de todo el tráfico que subía por la carretera de Leningrado.

Las paredes picoteadas por la metralla aún conservaban vida. Algunas, por decir verdad. Parecía increíble encontrarse en las calles con rusos civiles. Casto había dejado ya de preguntarse cómo vivirían aquellas gentes, cansado de no hallar respuesta. Hasta un estarosta había que regentaba el viejo burgo. Casto lo encontraba algunas veces y siempre le saludaba. El viejo le correspondía llevándose una mano a la visera. Y así un día y otro día, en las calles arrasadas, bajo el continuo cañoneo ruso que martirizaba las ruinas y arrancaba las últimas esquinas intactas.

Casto había aprendido lo que era Nowgorod un día de requisa, día de intenso frío, ya con la nieve cubriendo los despojos. Desde entonces la vieja ciudad de Rurik era para él la Ciudad de los Muertos. ¡Siempre los muertos en la guerra! Sucedía que muchos bajaban de las posiciones por unas horas, bien a retirar petróleo, a suministrar, a recibir órdenes. Y se aprovechaban. También bajaban exclusivamente para ello algunos asistentes, oficiales, curiosos. En las casas abandonadas podían recuperarse algunos cristales, platos, mesitas o sillas, jergones, iconos… Todo venía bien en el frente. Un cristal tapaba un agujero y con un montón de tablas se construían literas. ¡La vida, Señor!

Bajaba uno y otro, revolvía entre cachivaches, escogía y se marchaba. Casto había acompañado a su buen camarada Octavio García, de la 14.ª Antitanque del dos-seis-dos. Las ruinas, cubiertas de nieve, parecían todas iguales. Pero enseguida se aprendía a conocer los pequeños detalles que separaban un antiguo hogar burgués de otro formado en la nueva Rusia. Restos de enyesadas grecas, jirones de papel colgando de las paredes, fotografías, enseres destripados y revueltos en la increíble suciedad de la guerra, libros arqueados y mordidos por la intemperie… No es que quedara mucho, la verdad; hacía varios meses que la maldita guerra se había estacionado en la ciudad. De una calle se saltaba a un jardín, de un patio a un largo corredor. En las habitaciones intactas costaba mucho trabajo abrir las puertas, pues la nieve amontonada detrás, casi hasta el techo, lo impedía.

En la Avenida de Octubre, casi en los nuevos barrios, en torno a la estación, la desolación era enorme. El viento soplaba en las enfiladas y amontonaba la nieve en otro lugar, por aquello de que nada se pierde. Octavio dijera:

—Por aquí. Una ventana… Mira.

Una ventana con los cristales rotos. Subiéndose a unos escombros lograron entrar. Era una habitación humilde. Había un palmo de nieve encima de cada cosa. El iconostasio, en su rincón, tenía un cachito de vela delante de una Virgen morena. Una cama en un rincón; y un antiguo canterazo; y un baúl; y una estufa con un cacharro

lleno de agua helada encima.

Cuando sus ojos se habituaron al cambio de luz, indagaron. Y enseguida la descubrieron. Era una vieja, arrugada, insignificante. Estaba encima de la cama, cubierta con una manta y varias prendas. Parecía una estatua. Sonreía o así lo parecía.

—Está muerta… —musitó Octavio.

Sí, muerta, naturalmente. La guerra… Casto sintió un tremendo agarrón en el pecho. Le hubiera gustado arrodillarse allí y rezar lo que se acordara, que no era mucho. Pero Octavio parecía menos impresionado y pasada la sorpresa reanudó su requisa.

Habrían de encontrar varios muertos más apenas en cien metros de radio. Uno de los cuadros era impresionante: una muchacha con un niño. Hasta un soldado había, sin duda desertor o evadido que buscando un refugio encontrara la muerte. Otros muertos existían, los sepultados o revueltos entre los mismos escombros, cuya presencia acusaban extremidades asomando entre los cascotes. Pero estos muertos no imponían tanto como los otros. Con un poco de imaginación era fácil escuchar el estallido de la granada que los enterrara, sus quejidos y el incendio lamiendo las viejas paredes.

Pero aquellos otros, los abandonados, tenían un acento tan patético que estremecía. Se necesitaba mucha más imaginación de la usual para abarcar de una vez el tremendo irse vaciando de sus vidas, su abandono, su conformismo. Porque aquellos muertos representaban el instante, el drama de Nowgorod, de la misma Rusia. Viejos, mujeres y niños… Un día la guerra había llegado hasta ellos. Fueron quebrándose a su lado todas las cosas cotidianas. Y habían visto agotarse la última patata, el último puñado de harina, la postrera palada de carbón… ¡No! ¡Algo más debía de haber! Quizá fuera la infinita desolación de la ciudad destrozada, de la patria ocupada, del hijo muerto… ¿Quién podría saberlo? ¿Quién se puede imaginar a una madre viendo morir a su hijo?

¡Señor…! Aquellos despojos humanos, llegados al límite de su resistencia, se habían metido en la cama, cubriéndose con todas sus ropas. Y allí habían muerto, conformes con su suerte, casi sonriendo, apagándose, muriéndose un poquito en cada instante. No era la suya la muerte brava y bella del soldado, sino el extinguirse doliente de una lamparilla, de un animal desnudo extenuado… La guerra.

Muchos como aquéllos había. La nieve y el frío los conservaba intactos. Nadie pensaba en enterrarlos. Cuando llegara la primavera… ¡Dios Santo! Sería un rebullir de larvas en las entrañas revividas al calor. Casto llegó a pensar si alguno de aquellos seres resucitaría con la verde marea de los campos revividos…

Casto llegó a amar la vida en aquellos muertos insepultos. Los amaba también a ellos, y a la ciudad, también insepulta. Nowgorod, en la ruta de las invasiones, sobre el viejo camino de Tilsit, en la encrucijada de las razas, en las estepas de la madrecita Rusia, la blanca, la sometida, fantasmal, yerta.

Cuando pasaran los años, si es que regresaba vivo, recordaría siempre su ciudad,

su Nowgorod abierta a todos los vientos, cotí su cielo morado, sus bulbos de oro coronando las torres, con su cruce de carreteras eternamente batido por la artillería en una consecuente y grave salmodia de odios humanos, con su dantesco hospital civil donde unas figuras alucinantes oscilaban entre la locura y la muerte, con sus murallas boyardas y su aire provinciano y sus samovares abandonados que un día debieron conocer la infusión caliente y aromática.

Desde las murallas del Kremlin podía contemplarse la puesta del sol; y las sombras invadiendo lentamente las ruinas; y la cellisca cegando los caminos; y la vida militar provocando la resurrección de otros tiempos que no podían volver.

Cruz de Hierro

El nuevo frente ardía intermitentemente. Si algo nuevo había en todo aquello, en verdad, pasaba desapercibido para Conrado Venturán. Los últimos meses habían estado demasiado cargados de acontecimientos. Le quedaba un estupor perenne en las pupilas y una conformidad fatalista en todos los ademanes.

Pero Conrado tenía una cinta en el segundo ojal de la guerrera. Los alemanes llamaban aquello con uno de sus clásicos nombres compuestos que no había Dios que entendiera. Algo así como: *Kriegsverdienstkreuz, II klasse, mit Schwertern*. Un jaleo, desde luego. Los españoles lo decían más claro: Cruz de Hierro de Segunda Clase. De todas formas, era demasiado largo. Con decir: «la de Hierro», ya estaba bien. Todo en su punto y a nadie se le ocurría confundirla con la otra: «la de Palo», que exornaba las tumbas de los caídos.

Y que a Rusia se había ido por una de las dos cruces, bien seguro de que para encontrar la una había que pasar por la otra. No era un juego macabro de palabras, era una tremenda realidad. Tanta realidad que Conrado estaba un poco confuso. En realidad, la floración de las dos clases de cruces había sido extraordinaria. Los españoles se ganaban a pulso una y otra.

Conrado, por decir verdad, se sentía confuso porque la cinta sobre el pecho le obligaba a permanecer en héroe constantemente. Y Conrado Ventarán sólo se sabía pobre diablo, humilde diablo, españolísimo diablo dado a todos los diablos en la ruda verdad de la guerra. Tenía una cruz de Hierro… ¿Y bien? ¿Qué significaba? Que había estado ALLÍ. Y «Allí» era la sucesión cruenta y dilatada de nombres: Posición Navarro, Sitno, Russa, Otensky, Possad, Udarnik, Kopzy, Mal Samoschje… Pero otros muchos camaradas también habían estado, quedándose algunos para siempre. Claro que no era él sólo quien tenía florecida la verde tela del uniforme. En su compañía había veinte cruces de Hierro. Y veinte cruces de Hierro en los ochenta hombres escasos que restaban, una vez recuperados heridos y congelados, era una cifra extraordinaria.

Febrero se decantaba en una nerviosa interpolación guerrera. Los rusos habían roto el frente, después de mucho amagar, después de mucho tantear y castigar con su poderosa artillería las líneas alemanas. Alemanas, porque para los españoles constituía una amarga satisfacción saber que por donde ellos estaban todo había permanecido. Sin embargo, los antiguos pueblos otrora con resonancias españolas y pejigueras castrenses, Krutik, Kopzy, Udarnik, Miasnoi Bor, Lenjawino y otros muchos, quedaban al otro lado. La marea de ululantes rusos, gritando sus frenéticos hurras, los había sumergido. El regimiento cuatro-dos-dos, alemán, había relevado a los españoles en los últimos días de diciembre. Y por allí, hasta cerca de Schudowo, si los macutazos no mentían, se había roto el frente.

La nueva línea, si es que podía llamarse línea a aquella confusa situación, corría a

la altura de Poslbereja; Germanowa, otrora posición frontal al Wolchow, constituía ahora el ángulo sobre el cual giraba la nueva situación. Y en los pueblos de Ugolky, Kotowizy, Kirilowa y Tributchino se cocían los nuevos horizontes de las habas guerreras españolas. Suerte mulana, que decía Ramón Casado, que por haber servido en Regulares tenía empachado el árabe.

Sin embargo, todo hacía predecir que el ataque ruso había fracasado. Había, sí, cruzado la carretera de Nowgorod a Leningrado, y tragándose mucho terreno al lado izquierdo de la misma, en dirección a los terrenos increíblemente pantanosos de Bol Samoschje. Como el ataque había sido tremendo, decían que todo un Ejército ruso había intervenido, el 2.º. Y destacamentos muy importantes de los Ejércitos 52 y 59, con grandes masas de artillería, tanques y morteros. Allí se quedarían. Entre la nieve y los grandes espacios solitarios, paralizados.

Los españoles no habían intervenido en aquellas luchas, salvo para rechazar los acostumbrados tanteos sobre el río, y para dejarse los huesos en las patrullas. Pero se había permanecido en una nerviosa duermevela, con los correajes puestos y los fusiles delante de las narices. La aviación alemana había aparecido, por fin, machacando incesantemente la penetración. Todo iría por sus pasos contados.

El Batallón Román había dado una campanada de las suyas. Una marcha de cuarenta y ocho horas, por terrenos impracticables, agotadora, hasta llegar a las escuelas de Mal Samoschje, donde unos alemanes habían quedado aislados. Conrado hubiera podido hablar de aquello, si hubiera querido. Pero no quería. Sabía que dentro de la guerra todos los combates tenían las mismas características, la misma muerte y la misma monotonía. ¿Una marcha de cuarenta y ocho horas? ¿Dos días enteros en plena retaguardia enemiga? Bueno… ¿Y qué diablos era eso? Nada, hombre, nada… ¿Los movimientos tácticos para estrangular la bolsa? Nada, hombre, nada. Todo era acostumbrarse.

Y acostumbrarse también a aquella cinta de bordes negros, franja blanca y ancho caudal rojo. Si hubieran estado siempre los mismos, los veteranos, no tendría ninguna importancia. Tarde o temprano la tendrían todos. Pero estaban llegando nuevos voluntarios. Para cubrir bajas, decían. Un batallón que se había quedado sin sitio y ahora venía tapando huecos. Los recién llegados venían dispuestos a emular las hazañas de sus mayores, como decía el alférez Olimpo mientras se arrancaba una ladilla. Para empezar, deseaban escuchar, escuchar siempre. Y abrían los ojos de becerro para entender mejor. Había quien satisfacía su curiosidad metiéndoles ruedas de molino en las gargantas.

El caso era que todo podía ser verdad. La mayor exageración podía justificarse, explicarse. Lo que no tenía justificación era una Cruz de Hierro. Por lo menos esta explicación no la encontraba Venturán. Y temía que cuando volviera un día a España la cosa sería más difícil todavía. Curiosas anomalías del hombre-soldado. Estaba orgulloso de haber merecido aquella condecoración. Pero ¿se podía uno enorgullecer a todas horas, en uniforme civil, en la vida cotidiana?

Cuando lo había escrito a su casa. «Queridos padres. Me han dado la Cruz de Hierro. Estoy muy contento…». Y allí se había atrancado. Su madre era una viejecita que se horrorizaba cuando tenía que matar un conejo. ¿Podría él decirle que en Possad había matado a muchos hombres que caían delante de su ametralladora como si fueran sombras alucinadas? ¿Podía contar, en la mesa del comedor, bajo la lámpara, cómo había en Sitno entrado en el molino destrozando carne humana a bayonetazos y hasta mordiscos? ¿Entenderían lo que significaba caer revuelto con los dos mejores camaradas, en un impacto de cañón, y recibir en la cara la masa encefálica del hermano de armas? No… Aquello no se podía explicar. Dejaría que creyesen que las Cruces representaban un aura heroica descendiendo sobre el soldado, sin saber de dónde proviene, respondiendo únicamente a los íntimos y encendidos entusiasmos. Él mismo, antes de conocer la realidad, se había imaginado que la heroicidad no necesitaba actos materiales para depositar sus laureles en las manos del valiente.

Casi, por decir verdad, la imaginación comprende mejor la heroicidad en acto pasivo, morir, por ejemplo, con una canción en los labios o con una frase sublime. Sí… Allí estaba la verdad… Nadie se imagina lo que cuesta, de verdad, ser un valiente; cómo es preciso vencer el «yo interior» cobarde y negativo, lógico y humano, que exige la inhibición ante el riesgo. Ganar aquella primera batalla era el comienzo. No bastaba ser valiente. Valiente con la imaginación, recibiendo el fuego enemigo con la sonrisa en los labios. Era necesario demostrarlo, extrovertirse, colmarse en puros actos raciales de brutalidad instintiva. Todo aquello era difícil de soñar. Necesitaba un paisaje concreto, un enemigo, una situación.

En cambio, soñar con la heroicidad pasiva, con la muerte gloriosa, eso, verdad, estaba al alcance de cualquiera, hasta del intelectual cobarde que sueña de día y reniega de noche. La muerte en aquellas condiciones era la aureola nadie sabía de dónde llegada, descendiendo lentamente sobre las frentes marchitas, como una sombra de Cambrone musitando escatológicas palabras. La realidad del Héroe era un sueño de adolescentes.

Conrado no sabía si era un héroe. Parva cosecha había recogido; y duelos; y quebrantos; y sangre en las manos. Había sufrido como un animal y aguantado como una persona. Todo tenía una explicación. Todo menos su íntimo desencanto. Había destruido la leyenda del valiente despreciando la vida. Cuantos había conocido, unos vivos y otros muertos, habíanse agarrado a la vida desesperadamente. Hambrientos, coléricos, destrozados por el frío y las balas, no pensaran nunca en morir. Ni lo deseaban. Querían vivir, como lo había deseado él y lo seguía deseando cada día más angustiosamente, comprendiendo de cara a la muerte el valor de la vida.

Aquello era muy difícil de explicar. Explicarlo sencillamente, claro, sin tópicos, sin recurrir a las frases grandilocuentes, tartarinescas. Tenía que acostumbrarse. Debía, por ejemplo, aprender a poner en orden sus ideas. La «de Hierro» en su pecho era un adorno, un símbolo. En su interior, en su río íntimo, era un cuerpo extraño

arrojado violentamente. Había apartado el caudal y bajado al fondo, había removido o sacudido las tranquilas aguas de su caudal; había, incluso, levantado el cieno del fondo. Deber suyo, en lo sucesivo, era cerrar las aguas sobre el cuerpo extraño, dejarlo alojado en las profundidades sin que desde la superficie se notara su existencia, aunque sintiendo, eso sí, el tremendo peso en las entrañas.

Toda conmoción psíquica venía a suponer lo mismo: una sacudida del alma y un desfallecer del cuerpo, como la alegría, como el miedo, como el dolor de los camaradas caídos. Era preciso dejar que la vida decantara sus impresiones, sus terribles impactos, sus tremendas experiencias. Buena escuela tenía: la guerra.

Los camaradas decían de él, en broma, vamos:

—¡Vamos a celebrarlo!

Lo celebraron con una borrachera, o media borrachera. Había llegado el aguinaldo de España en aquellos días, y aunque mucho se perdía entre Planas Mayores y furrielerías, algo llegaba. Se bebía mucho en la División; mucho, demasiado.

La primera vez, con el sargento Toledano y los cuatro de su escuadra había bajado a Grigorowo, ¡buena retaguardia!, donde los guripas del Rancho Grande tenían fama de ser los tíos más tirados de la *Blau Division*. Y en verdad. Los de Transmisiones tenían una enorme chabola, con una no menos enorme estufa, donde se armaban unos jaleos enormes y se cantaba las veinticuatro horas del día.

El Rancho parecía una casa de orates. Allí arribaban cuantos se escapaban de la previa censura y todas las patrullas que montaban guardia en torno a la alambrada del Cuartel General, que no dejaban pasar su horita sin ir a calentarse los hocicos.

Aquella misma noche la Parrala bombardeó el campamento, como casi todas las noches, terminando con la celebración de mala manera. Una de sus bombas, arrojada con diabólica puntería, había penetrado por el hueco de la chimenea del barracón donde dormían los de la Compañía de Mano de Obra, matando a veintidós de una sentada, veintidós que estaban durmiendo, sin molestarse en bajar a los refugios, porque los españoles no se molestaban por tan poca cosa.

Conrado, ayudando a retirar heridos y muertos, se acordó de una conversación que había escuchado entre su capitán y el otro alemán, en visita de cumplido. El *doiche* se asombraba del valor de los españoles, de su sentido trágico de la muerte; pero lo desaprobaba abiertamente: «Vosotros paseáis encima de las trincheras; tenéis como punto de honor no abandonar una batería, o una vez perdida quemáis una compañía para recuperarla; no bajáis a los refugios porque hace frío y se está mejor en el camastro. Nosotros no hacemos eso. Un cañón, veinte, mil… no valen la vida de un hombre, porque un cañón cuesta diez mil marcos y se fabrica en ocho horas, mientras que un hombre tarda muchos años en hacerse, y vale… lo que su carga de experiencias…».

Bueno. Todo eso decía. Y algo más, exagerando, sin duda. Conrado se hacía un taco de los gordos… Tenía una cinta en el pecho y estaba vivo. No había sacrificado

su vida estúpidamente. No creía que la vida se sacrificara estúpidamente. Y, en todo caso, no tenía miedo a que eso sucediera. Bueno, miedo sí tenía. Y más entonces, obligado a guardar el tipo, a despreciar los cobijos, a pasear encima de las trincheras, a alardear de tranquilidad cuando la muerte rondara a su lado.

Todo eso, y mucho más, lo había hecho anteriormente, casi atávicamente, sin reflexionar, siguiendo o precediendo al instinto sin saber qué tanto por ciento correspondía a cada cosa, sin miedo a las consecuencias. Lo hacía porque le daba la gana. Pero, en lo sucesivo, habría de hacerlo casi obligatoriamente. No podía defraudar a los que se miraban en su espejo, a los que soñaban con su ejemplo… ¿Por qué, Señor, por qué…?

Maldijo profusamente y se quedó más tranquilo. Posiblemente lo mejor fuera no forzar la mano de las cosas. Sí, quizá…

Correo de campaña

El cabo Gómez habíase acercado al puesto de mando del batallón y volvía con el correo. Había mochas cartas. Algunos ansiosos se llevaban una docena de ellas, y periódicos, y paquetes de madrinazgo; otros, se quedaban con las ganas.

Antonio Pardo tenía la suya. Eran dos, por decir verdad; una de un amigo y otra que le escribía su madre. Su madre le escribía mucho. Tenía poco que decir, pero escribía mucho. Antonio se sabía de memoria las cartas de su madre. Todas le producían un regusto de suave dolor, de apagadas añoranzas, empeñándose en hocicar en uno y otras para mantener vivo el amargo calor que le producían.

Corría el mes de febrero. La posición de la sexta compañía del dos-seis-tres permanecía igual que siempre, en el mismo lugar donde se había aguantado el crudo invierno del año 1941-1942. Chutyni quedaba atrás, con su amable cobijo; y el Monasterio, puesto de mando del batallón. El Wolchow afilaba la proa de la isla, donde la barca aprisionada por los hielos constituía siempre el máximo punto de referencia. El río, partido en dos, era una masa de hielos y arbustos quemados por el frío. La rama derecha, la más débil, llamada Malaja Wolchow, señalaba el frente. Detrás, muy detrás, quedaba Nowgorod. Y en la orilla rusa, Robeika y las extrañas edificaciones de Nowo-Nikolayeskaya. Por delante, se extendía la mancha helada del Wolchow y el poblado de Strelka, donde ya tomaba la guardia el 1.º Batallón.

Todo muy tranquilo, asquerosamente tranquilo; se aguantaba el frío, las patrullas, las impertinencias… Y se escuchaban los sones de la trompa de guerra que sonaban hacia el Norte, de donde llegaban los rumores de los nuevos heroísmos.

El familiar paisaje lo tenía Antonio metido en los entresijos del alma. Le hubiera sido fácil decírselo a su madre. Algún día se lo diría, claro, si volvía vivo y no había por qué pensar en que podía volver muerto. Podía describir, con más o menos palabras, su horizonte cotidiano. Palabras, palabras, palabras. Y encima, debajo, en medio, nieve, siempre nieve. Un palmo de nieve, un metro de nieve, la blanca nieve, la helada nieve…

Antonio tenía un rinconcito familiar, una revuelta en la posición, de cara a los bosques enemigos, donde, en la hora escasa en que el sol de aquellos días calentaba un poco, acostumbraba a frecuentar por aquello de rascarse la barriga, como los lagartos. Y también leía sus cartas. Y meditaba las respuestas que, invariablemente, se quedaban en el tintero. La censura no las permitiría, y siempre era mejor detener la mano a tiempo que dar pábulo a las artes del censor.

Pero aquellas cartas que no llegaba a escribir le atormentaban, le escocían. Posiblemente algún día las escribiera; sí, quizá, un día cualquiera, cuando… ¡Bah! No tenía otra cosa que hacer. Y pensaba, pensaba… enjaretaba pensamientos y, algunas veces, hasta soltaba discursos al aire sano y helado, manoteando como si pronunciara un sermón. Todo, todo, quedaba dicho en aquellas cartas orales, sin

miedo al censor: las pestes contra la vida de trincheras, el capitán forrándose con mantas su chabola mientras sus soldados tiritaban de frío, los equipajes almacenados en el Puesto de Mando del batallón desde las marchas, sin que les dejaran recogerlos pese a llevar ya cuatro meses sin poderse quitar la camiseta de encima, camiseta, la verdad, que era ya un pingajo. «Madre, llevo cinco meses sin quitarme los calcetines… Las camisas ya no tienen mangas y de azules que eran se han quedado negras. Tenemos hambre; los que están en el ajo se comen la mantequilla y los paquetes que vienen de España… Madre, tengo mucho frío… Madre, en el Norte, a veinte kilómetros de aquí, hubo unos combates muy duros…».

Aquellas cosas no se podían decir. Estaban en guerra, eran la guerra misma. No se podía Indicar un nombre, un punto en el mapa, aunque el enemigo estuviera harto de saber que tenía españoles enfrente. Y se tenía que escribir siempre lo mismo. «Estamos bien, madre; luchamos como buenos. La nieve cae mansamente y es muy bonita. Hace frío, pero tenemos buen espíritu. He visto a Jesús y está muy bien. No te preocupes por nosotros. Pronto volveremos y ya no nos separaremos nunca. Tu hijo que te quiere».

Y siempre. Juan Andrés, el hambrón de la segunda sección, había ideado, eso creía él, una fórmula para pedir algunas cosas. Puro retorcimiento y todo eso. Un jaleo… Ocurría que suspiraba por el café con leche mañanero de sus tiempos pasados. Café o malta tenían. O algo que se le parecía, pero de leche, ni hablar. Y cavilando, cavilando, dio en la extraña solución. Dijera a su madre: «Madre, quisiera que me mandaras aquellos polvos blancos que yo usaba todas las mañanas, ¿recuerdas? Los… para ponerse muy malito enseguida». «Madre, ¿qué me mandaste en el paquete? Dímelo». «Hijo, te mandé los polvos blancos para los zapatos. Papá me dijo que serían para teñirte las botas…».

Bueno… Aquello era por su parte, eran sus secretos. Los «de allá» también tenían los suyos. Mejor dicho, un solo secreto a voces, un tremendo problema, una asfixiante angustia: la preocupación, el dolor del ausente. Cada letra, temblorosamente trazada, cada giro de la idea estampada en el papel lo decía: «Hijo, hijo, cuídate…».

Antonio estaba ahora en su rincón. Tenía la carta de su madre en las manos, que le temblaban, pudiera ser de frío, pudiera ser de amor. Su madre, viuda, vivía en Barcelona, en la calle de Aribau, en una vieja casa de oscura escalera, llena de los trepidantes ruidos de la calzada. En aquella casa naciera él… Le bastaba cerrar los ojos y así veía a su madre. Eran las dos de la tarde; habría terminado de comer y estaría sentada junto al balcón, descabezando una siestecilla, la misma siesta de siempre que ella negaba casi con enfado: «No me duermo, no, no creáis. Me quedé traspuesta un rato, nada más».

La carta era como todas, empezaba igual que todas: «Querido hijo. Recibí tu carta y me alegro mucho de que estés bien, gracias a Dios. Yo estoy un poco delicada…». ¿Un poco delicada…? Antonio veía a su amada reliquia apretándose los costados,

gimiendo, arrastrándose por el pasillo. Estaba delicada…, delicada… Como las antiguallas que llenaban la casa, como el recuerdo de los dos hijos ausentes. Un día cualquiera, de mucho frío, frío para ella, aunque a él se le antojaba suavidad de atardecer, podía acatarrarse, enfermar, quedarse fría como un pájaro que descuidó la invernada… «Hijo mío, recibí carta de Jesús y también me dice que está bien, y que os veis a menudo…». No era cierto. A su hermano sólo le había visto tres veces en los últimos meses. Se encontraba en otra compañía y desde que estaban allí no habían obtenido sino raros permisos… «No te preocupes por mi. Ya sabes que soy fuerte. Sola…». Aquí estaban tachadas algunas palabras. Pero era fácil adivinarlas; diría que sólo era el temor de los hijos lo que enfermaba el cuerpo y el alma de aquella que esperaba… «Dicen por aquí que volveréis pronto. Y que podré reclamaros, por lo menos a uno de vosotros. Me han hablado de un herido, que había regresado y estuve a verle. Vivía muy lejos, en Horta, y yo le dije que era vuestra madre, y él me dijo que estaba bien. Y le pregunté por vosotros. Dijo que no recordaba bien, pero que creía recordaros, a ti y a Jesús. Le enseñé vuestras fotos y meneaba la cabeza. Me dijo que no me preocupara, que estabais bien y contentos y que para volver herido como él volvía, mejor era esperar un poco más y volver sano. Fue muy amable…». ¡Gracias, camarada! Desde luego, estaba bien, lo comprendía. Un camarada desconocido obligado a enfrentarse con los ojos ansiosos de una madre. ¡Menudos apuros! ¡Miente, miente gordo, camarada…! Estamos bien, volveremos pronto y seremos los señalados, los héroes. Habremos cumplido con nuestro deber, nosotros, los que llegamos tarde en la lucha anterior. Podríamos incorporarnos a los nuevos tiempos, con la cabeza alta, dispuestos a ser tratados de igual a igual… ¡Bah! Desvariaba… «Cuídate, hijo…». Sí, claro. Estoy fuerte, madre, y me arreo cada trancazo de coñac que se asustaría el vecino de la esquina; el muy… «Hijo, el vecino de la esquina…». ¡Hombre, qué casualidad…!, «dice que en Rusia hace mucho frío y que lo pasáis muy mal. Y menea la cabeza…». ¡Me cago en su padre! ¡Ya le diré yo a ése cuatro palabras! Es un comunista, siempre fue un comunista cobarde. Y ahora asusta a la vieja… «Pero yo no le hago caso, pues tanto tú como Jesús me decís que estáis bien y debe de ser verdad, pues si otra cosa fuera mi…». Más palabras tachadas. Sí, claro, aquellas angustiosas llamadas al recuerdo se comían la moral del soldado y los censores hacían bien… «Cuídate, hijo, cuídate…». Sí, madre, me afeito todas las mañanas y… «Me han traído vuestra paga. Os la guardo para cuando vengáis. Yo no la necesito y aquí estará para vosotros…». Bueno, madre; nos durará lo que una buena juerga… «Tu prima Juana me pregunta siempre por ti. No dejes de escribirle. Te quiero mucho…». ¡Caramba! Lo que no sabes, madre, es que Juana fue mi primer amor. Y que nos perdíamos por los rincones. Y un día se desmayó de tan fuerte que la besé. ¡Vaya susto! No sabía qué hacer con ella; pesaba de un modo terrible y yo sudaba de miedo. Luego, cuando se recobró, lloraba desesperadamente… Yo no sabía una palabra, ella tampoco… ¡Vaya jaleo! Le dije que me casaría con ella e hipaba de una manera desesperada. Más tarde

comprendimos nuestra inocencia. ¿Cómo será ahora Juana, madre? Entonces tenía dieciséis años y un cuerpo muy bonito. No es por nada, madre, pero el recuerdo me complace. ¡Si supieras cuánto nos atormenta a veces el recuerdo de las mujeres! El páter dice que nuestro grave deber de combatientes está por encima de esas miserias de la carne. Y es verdad, claro; pero… Escribiré a Juana, madre. Aquello nuestro ya pasó. Fue el amor adolescente que todos tenemos, cuando la obsesión del misterio sexual nos confunde y nos fijamos en la primera mujer que encontramos. Me hace bien acordarme de Juana, madre. Le escribiré, desde luego… Bien que lo pienso ahora, Juanita deberá acordarse mejor que yo. Las mujeres guardan mejor que nosotros estas cosas… Desde luego que le escribiré… «Cuídate, hijo mío…». Sí, madre… «Cuídate, hijo…». Sí, claro… «Cuídate, hijo…». ¡Calle, madre…! «Cuídate, hijo mío…». ¡Madre, por favor!

En aquellas palabras se decía todo: «Cuídate, hijo mío, porque si te pasara algo no sé lo que sería de mí. Cuídate, porque te necesito, necesito la espiga granada de mi amor, el calor de mi vida, la luz de mis ojos, que tú lo fuiste siempre y lo seguirás siendo hasta que mis ojos cansados se los coman las hormigas. Cuídate, hijo, porque tu madre siente tu ausencia en su carne, tu frío en su frío y tu dolor en el dolor de su corazón que te llama continuamente. Cuídate, hijo; tápate la boca cuando salgas a la calle… —¡Señor!—; no comas cosas malas, ya sabes que el vino no te va bien al hígado; no te canses demasiado… Cuídate, hijo; quiero volver a verte antes de morirme; deseo que vuelvas a mi lado para que me cuentes todo lo que hiciste lejos de mí, de tu madre que tanto te quiere; quiero recobrar con usura los eternos días de nuestra separación; quiero acariciar tus cabellos, otra vez, como cuando eras niño; quiero levantarme por las noches para ver cómo duermes; quiero que me cuentes tus secretos, tus penas, tus alegrías; quiero…».

Todo aquello y mucho más significaba el «Cuídate, hijo…». Y algo que se traslucía, algo que venía a ser una cosa así: «Cuídate, hijo, porque te quiero y deseo tenerte a mi lado. Pero ya que estás ahí, hijo, no creas que te reprocho nada. Cumple con tu deber. No pienses que lo siento…, bueno, no mucho… Estoy orgullosa de ti. Me moriría de pena si tú murieses; pero también moriría si conservaras la vida abandonando tu puesto. Estás ahí, hijo, y debemos aceptar las cosas, tú y yo, que no es tu voluntad ni la mía las que ahora mandan en los hechos. Puesto que es así, Antonio, mantén firme tu alma. Yo mantendré la mía. Seguiré creyendo que mis manos aún abrochan los botones de tu abrigo y que mis recomendaciones son escuchadas. Es el engaño pueril de tu ausencia, ausencia física, sí, porque en el alma y en el recuerdo permaneces a mi lado. Pórtate bien, hijo, aunque te pido que no te arriesgues innecesariamente».

«Cuídate, hijo mío, cuídate…».

Riga

En la cama, a su lado, Jarassa dormía, después de haber llorado un poquito, un poquito tan sólo, la verdad. En la oscuridad y el silencio, Juan escuchaba el ruido aterciopelado de su respiración y se embriagaba con el olor joven de la muchacha.

Juan había tomado una decisión trascendental: había desertado. Aquélla, ciertamente, no era la primera noche que pasaba lejos de la Casa-Descanso, donde reparaban los nervios un puñado de oficiales y soldados españoles; pero sí era la primera en que lo hacía rompiendo las amarras que le ataban a la Representación. Había sucedido todo tan suave, naturalmente, que no había tenido tiempo para reflexionar, ni siquiera para enterarse de si estaba contento o dolorido.

Jarassa tenía dieciocho años, tal era la primera verdad; él, Juan Rico, tenía veintitrés, era español, divisionario, y había desertado. Bien. Allí estaba: había desertado. Lo sabía porque los padres de Jarassa, unos peluqueros con establecimiento abierto en una de las callejas cercanas al pequeño canal, le había entregado unos pantalones y una chaqueta, prendas civiles, acolchadas contra el frío, de un tufillo nórdico que asustaba y entre las cuales se encontraba desapaciblemente inquieto. Se acordaba de los padres de Jarassa entre asombrado y agradecido. Le asombraba la facilidad con que habían aceptado el que durmiera con su hija, acogiéndole en su casa, prestándole la ropa.

A Jarassa la conociera una tarde, cuando ella patinaba, con unas amigas, en el canal grande, en el centro de Riga. Él paseaba, harto de escuchar en el «Café de la Luna» las mismas canciones de siempre, la misma algarabía políglota de convalecientes, enchufados y permisionarios de cuatro o cinco naciones. Una herida en una pierna le había llevado, primero, al hospital, donde en el equipo quirúrgico le habían extraído una esquirla de metralla de un muslo. Si bajaba un poco la mano palpaba la honda depresión que tenía; después, había pasado al *Soldatenheim*[5], con un mes de convalecencia. Pero había abandonado el uniforme.

Juan no gustaba mucho de quebrarse la cabeza con sutilezas metafísicas; ni honor, ni deber, ni otras zarandajas. Conservaba frescas en la memoria las increíbles penalidades de los meses anteriores, en Sitno, en Nitlikino, en Tigoda. Y un profundo resentimiento le regurgitaba en el paladar. ¿Quién tenía la culpa? Quienquiera que fuera, el diablo se lo llevase. Jarassa había terminado con todas las indecisiones. No sabía si estaba contento o disgustado; un poco desconcertado, sí, la verdad. Y tenía miedo. Le buscarían. Las patrullas de gendarmería peinarían las viejas calles del *ghetto* en busca del español perdido. Quizá se creyeran que había sucumbido en uno de esos ataques de los partisanos, tan corrientes en otros lugares, aunque no en Riga.

Juan lo sabía: sería buscado. Y habría de esconderse. Muchos camaradas le conocían. En los dos meses que llevaba en Riga, desde mediados de diciembre hasta febrero, muchos guripas habían cantado a su lado, o recorrido las calles del puerto, la

plaza de la ópera, o los canales, en busca de aventuras o camorras. Algunos se habían marchado, bien a España, inútiles, o al frente de nuevo. Pero otros quedaban allí. Estarían hasta que la resaca de la guerra los incorporara de nuevo a sus unidades o los desechara definitivamente. Cuando pasaran treinta días, o sesenta, casi, y el casi era porque no estaba seguro, habría otras caras nuevas y el caso del soldado Juan Rico, desaparecido en Riga, sería un expediente archivado.

No dejaba de extrañarse Juan del condenado endurecimiento que sentía. Se «veía» en peluquero, con ropas civiles, hablando el lenguaje de aquellas gentes, acostándose con Jarassa, perdiendo los hábitos españoles… Sin embargo, no le importaba gran cosa. Estaba harto. Al abandonar el uniforme no había sentido nada especial. No tenía raíces. Ni se acordaba de los muertos, ni de los vivos. Tenía a Jarassa a su lado. Escuchaba su respiración y sus gemidos, extraños gemidos. Sería barbero, desde luego. Si tenía suerte, no sería descubierto. Y quizá terminara la guerra de aquella forma…

Riga, con sus tranvías blancos, sus canales, su puerto y sus rojos edificios con tejados pizarrosos, era el sueño de los españoles. Otra ciudad había, Vilna, también con hospital hispano; pero Riga tenía más atractivos. Casi ninguno tenía grandes conocimientos históricos ni lingüísticos. No importaba gran cosa. Había establecimientos que servían comidas y bebidas, mujeres, periódicos, teatros, cines, una Opera donde se representaba Aída, con elefantes de verdad en el escenario. Aquello, para unos hombres que pensaban se había acabado el mundo o poco menos, era el desiderátum, que decía Manolo Cascán, un sevillano que en el hospital no sabía dormir entre sábanas. Un español en Riga, con el pelo al cero —la mayor de las faenas que los cabritos del hospital le podían hacer a un hombre y la única tacha que ensombrecía el panorama— se sentía el dueño del mundo. Confiterías, cafés, limpiabotas en las barberías, chiquillas patinando donde había un poco de hielo, que era en todas partes; tranvías, fachadas grises, cielos de color marfil, *papirosos* de larga boquilla y poco tabaco, cafés con orquestas y divanes azules, bulevares, el lago Peipus y el río Duna, helado, convertido en sendero hacia el Báltico de las leyendas juveniles… Toda la ciudad era un sueño, un espejismo para los hombres cansados de ver la muerte a su derredor.

El tránsito de las estepas a la risueña ciudad, risueña, sí, pese a los múltiples uniformes de sus calles, a su oscurecimiento nocturno, a su condición de ciudad de hospitales, era demasiado brusco para no acusarlo con excesiva vehemencia. No era lo mismo pasarse la noche en un pozo de tirador, llorando de frío, a quedarse repantigado en una confortable butaca asistiendo a la representación de La Viuda Alegre. En Riga había amigos, recuerdos históricos, el avión que enlazaba con Berlín y España, periódicos en español, tiendas de flores nunca vistas por los iberos, carruajes tirados por caballos matusalénicos. Llegaban los españoles por la Estación de Walk, inmediato escalón hacia el frente. La otra estación, la de Königsberg, tenía la misión contraria: la de alejar, la de llevar a España.

Los trenes militares sanitarios dejaban su carga en la primera de las estaciones; los soldados conocían el Hospital, las Casas de Reposo. Cuando sus heridas o su vestuario lo permitían se arrancaban hacia el centro, aunque hubieran de llevar arrastrando la pierna, aunque hubieran de llevar colgando el brazo. El Canal, el tranvía al puerto, la Avenida de la Libertad de la Nación, el «Café de la Luna», la Plaza de la Libertad, con su estatua desnuda coronada con tres estrellas, las barandillas del puente de Hierro. El trayecto terminaba tratando de entablar conversación con alguna mujer, o cantando en las cervecerías.

Un día cualquiera, llegaba la orden de reincorporación. Se abandonaba todo aquello. En la estación siempre había trenes dispuestos a volver al infierno de la guerra. Riga había sido un sueño, apenas una pausa, un eco suave y dulce…

Juan despertó a la mañana siguiente, y muchas otras mañanas, en la caldeada habitación, con Jarassa al lado. Se vestía sus ropas civiles y por unas horas se creía en otro mundo. Hablaba el letón lo suficiente para entenderse y ser entendido. La vida de Jarassa y sus padres no pasaba de ser modesta. Se trabajaba en la barbería, frecuentada especialmente por judíos. La muchacha también trabajaba y Juan lo intentó…

Los españoles, efectivamente, buscaron al soldado Juan Rico. Patrullas del destacamento de seguridad del Hospital recorrieron una y otra vez las calles y los cafés, registrando algunas casas. Al cabo de quince días lo dejaron y Juan respiró un poco. Un poco nada más, porque la simple aparición de un uniforme le obligaba a esconderse. Contaba con la complicidad de Jarassa y los suyos, y con no pequeña parte de los vecinos, hartos de saber que el hombrecillo pequeño y delgado de la barbería de los Nummok era un desertor.

Por las tardes, no podía evitar un desasosiego, un tremendo deseo de estirar las piernas, de salir de aquella cárcel. Se embutía un tabardo acolchonado, un pasamontañas y una gorra de visera y se atrevía a deambular tímidamente por algunas calles. Jarassa le acompañaba algunas veces. Poco a poco se fue atreviendo a salir de los barrios extremos. Gustaba de frecuentar los alrededores del «Café de la Luna», sin atreverse a entrar. Veía los grupos de soldados empujando las puertas, recibidos por una vaharada de aire caliente y una confusa mezcolanza de musiquillas y gritos. Los alemanes llegaban dé dos en dos, impecables, con sus botas como espejos y los gorros en mitad de la frente; los españoles acudían en bandadas, con ropas desinfectadas y quemadas, muchas veces sin botones, con los quepis bailándoles en la monda calavera. Se detenían en las puertas, se llamaban a gritos, hacían arqueo de sus posibilidades y entraban al fin. Si se arrimaba demasiado, o pegaba las narices a las cristaleras, distinguía a sus excamaradas, que imponían sus modales y sus canciones. La orquesta atacaba enseguida *Eine spanische Taube*, coreada por todos. El humo de los innumerables cigarros, los alalás de la habanera y las rudas interjecciones hispanas trascendían en muchos metros a la redonda, impregnando el aire de un «algo» especial. Allí había españoles. Los transeúntes se detenían unos momentos,

sonreían y se marchaban. Juan sentía entonces un tremendo agarrón en las entrañas y un imperioso deseo de unir sus gritos a aquéllos. Se contenía con un esfuerzo y se marchaba, buscando el camino más largo para serenarse.

Poco a poco fueron desapareciendo los camaradas conocidos. En las estaciones de Walk o Königsberg siempre había algún grupo esperando los trenes. Juan acudía a la *Bahnhof* para fortalecerse. Sabía que veinticuatro horas después aquellos hombres estarían pisando los quemados caminos de la guerra. Y Riga, con todas sus pequeñeces, era un ascua de oró en la suciedad y el frío.

No obstante, aquella absurda situación no podía prolongarse. Hubo chivatazo. Cierta noche, a cosa sabida, una patrulla aporreó la entrada de la barbería. Los… suegros de Juan acudieron al reclamo, mientras éste se vestía apresuradamente y Jarassa lloraba como una tonta. Se escucharon los rotundos tacos de los españoles, y sus gritos, como siempre que hablaban a un extranjero.

Juan se escondió en un patinillo, detrás de unas cajas. Temblaba de frío y excitación. Los rumores del registro se fueron acercando. Intentó escalar la tapia medianera y cuando tenía una pierna colgando, una voz con muchos humos gritó:

—¡Aquí está! ¡Alto! ¡Cómo te muevas te mato…!

Se movió, sin embargo, para dejarse caer. Se quedó pegado de cara a la pared, con las manos en alto. Una linterna le iluminó por completo, un brazo le zarandeó violentamente y un chaparrón de insultos le acarició las orejas.

—¡Mamón…! ¿Para esto viniste? ¿Por qué no te quedaste en casa? Te voy a pegar un tiro aquí mismo…

—¡Menos tiros…! —dijo Juan, un poco asombrado de ser tan valiente.

Y los otros, que si tal y que si cual, de traidor para arriba y de mamonazo para abajo. Apareció Jarassa, en camisa y llorando y los españoles se ablandaron, dejando entrever su vena sentimental.

—No te preocupes, nena —dijo un sargento—. A lo mejor no le fusilan.

No le fusilaron, en efecto. Quince días después, Juan estaba, entre dos soldados, en la estación de Walk. Tenía un plazo de cuarenta y ocho horas para presentarse en una unidad de Infantería. Jarassa no fue avisada y Juan tuvo como único consuelo de despedida las risas de sus camaradas.

No tardarían en llegar al frente, en sumergirse otra vez en la marea sangrienta de la guerra. Riga, la misma Riga, que se había reído con la aventura del español metido a barbero, quedaba atrás, con sus viejas calles del Mercado, con sus canales, con su estatua desnuda de la Libertad, con sus muchachas patinando, con sus cafés y sus circos, como un sueño, como una pausa en la suciedad y el frío.

Suspiró. Después de todo, había tenido mucha suerte, mucha suerte…

Deshielo

A mediados de marzo había subido la temperatura y todo hacía presagiar que el terrible invierno había concluido. Mentira. En los últimos días y en los primeros de marzo, un frío intensísimo sopló de nuevo sobre las chabolas y cayó mucha nieve, acompañada de un aire violento que cegaba los caminos y las trincheras. Frío, más frío, congelados, ventisca y oftalmía.

Los días se iban haciendo más largos, perceptiblemente más largos y todo anunciaba un cambio en la naturaleza. El viento iba cambiando de situación, soplaba ladeado, por decirlo así. El amanecer se presentaba vestido de aurora boreal y anochecía entre rosicleres de un cursi subido.

El frío no debía ser tan intenso como le parecía a Luis Pamparacuatro y sus compañeros de pelotón. La nieve se esponjaba como el plumón y la depositada en las laderas de los barrancos se derrumbaba estrepitosamente cuando soplaba el viento o estallaba cerca un morterazo. Era nieve suave, presta a disgregarse, a ser traída y llevada por la más ligera brisa. Posiblemente, muy posiblemente, aquello fuera el anuncio de la primavera. ¡Vaya usted a saber!

La sección llevaba más de un mes acantonada en Strelka, engordando y vigilando la cruz del río Wolchow, donde éste se partía en dos para dejar una isla en la cuña y una ribera difícil de custodiar. Más al Norte, cerca de Polsbereja, y por Germanowa, el frente continuaba en una seminmovilidad inquietante. Se decía que había frecuentes encuentros de patrullas y que el enemigo preparaba un ataque hacia Nowgorod. Se decía aquello y otras muchas cosas; por ejemplo, que pronto habría relevo.

Se hacía instrucción con el antitanque y los morteros; se limpiaban de nieve los caminos y se iba al campo de aviación de Kretchivitskije en busca de alambre espinoso para reforzar las alambradas. Allí había una Escuela de Pilotos que debía ser una cosa muy secreta, dadas las precauciones para vigilarla. En tiempo ruso, se entiende. El servicio de alambre era muy penoso. Exigía toda una jornada acudir al campo, desclavarlo de los postes, devanarlo en un tambor y trasladarlo en trineo a la compañía. Pero se tenía que hacer. El capitán nunca estaba contento: «¡Aquí faltan doce metros…! ¡No, no; demasiado adelantadas! ¡No, no; demasiado atrasadas…!».

Había su lado bueno. Las patrullas y los puestos nocturnos se compensaban atiborrando las estufas en las isbas, respirando el aire, no muy grato pero sí muy humano de la estancia repleta de camaradas, jugando a las siete y media, riendo o gruñendo a todo pasto. El que podía y quería y tenía tiempo, se lavaba la camisa. Pamparacuatro sufría los chistes a que obligaba su apellido.

El 28 de marzo pidieron voluntarios para un golpe de mano. Sobró gente. Se trasladaron al PC del 2.º Batallón de Vierna, en el Monasterio de Chutyni, para preparar aquello. El golpe sería en Novo-Nikolayeskaya, pueblo enemigo al otro lado

del Malaja Wolchow. Los preparativos, como siempre, se basaron en la improvisación. Las risibles camisetas y calzoncillos encima de la ropa exterior. Lo peor fue camuflar los cascos. Alguien dio con la solución: la pasta de los dientes. No estaba mal, aunque se necesitaban lo menos cinco tubos por casco. La sección gastó toda la cantina del mes para dejar medianamente blancos los cubrecabezas, que se tenían que conservar afuera, al aire libre, pues cuando se calentaban se ponían churretosos y no había por dónde cogerlos.

La orilla española, dentro de la isla, quedaba más baja que la rusa, lo contrario que en los restantes sectores. Un problema más a resolver cuando llegara el deshielo. La compañía que guarnecía aquel sector, a decir verdad, no había intervenido en follones dignos de tal nombre. Era preciso animarles. Tampoco la compañía de Pamparacuatro hiciera mucho más, si se quitaba tal que cual algarada, como la célebre de la noche de San Silvestre, y una más pasada en Possad…

Poco después de medianoche, tras una marcha de aproximación, la sección saltó, por el Malaja Wolchow, a la isla pequeña, «la lengua de caballo». Se llevaban armas ligeras y mucho frío. El ataque cogió completamente desprevenidos a los *ruskis* y antes de que pudieran reaccionar se ocuparon casi todas las casas. Nowo-Nikolayeskaya era una colonia relativamente moderna, con campos de cultivo y serrerías en abundancia. La facilidad del ataque demostró que los rusos, por lo menos en aquel sector, no tenían montado ningún dispositivo especial de ataque. Buena señal, pues aquella parte era la más favorable. Incluso la artillería tardó en reaccionar, señal de que estaba colocada hacia los bosques de Gubarew y Wischerkaya.

Se destruyeron cuantas instalaciones se pudo y cuando el contraataque enemigo se anunciaba desde Radio-Nowo y Savod, se repasó el río. Pamparacuatro vio entonces dos grupos que llevaban sendos heridos. En su escuadra no había habido baja alguna y llegó a creer que fuera igual en todas. Pero siempre se paga el tributo de la sangre. Uno de los transportados, Carlos Bonacasa, estaba muerto. Y puesto que no cabía hacer otra cosa por el camarada, se pretendía enterrarle dignamente en el campo español.

Después de muchas fatigas, apuntando el día, se llegó al Monasterio. Aquel mismo día, a las cuatro de la tarde, en el cementerio español de Chutyni, se enterró a Bonacasa. Nada de particular. Una de esas ceremonias sencillas que se acostumbran y que emocionaban quizá por su misma sencillez. El páter decía sus latines, los camaradas miraban fijamente y el pelotón de honores disparaba al aire su salva de recuerdos. Una cruz y un casco; y en la tierra helada el nuevo cuerpo encontraba suficiente para su ambición los tres palmos a lo ancho y hondo de la inevitable mansión.

Cuatro días después empezó el deshielo. Un deshielo fulminante que en cuarenta y ocho horas llenó de agua las chabolas, las trincheras, las barracas y el río, que se partía entre chasquidos como onomatopeyas de antitancazos. Casi se alcanzaba a ver cómo el sol y el aire caliente licuaban los montones de nieve, apelmazándolos

primero, manchándolos después, para terminar formando una masa de hielo y fango con los mil relieves de una absurda caricatura.

Las noches traían, inevitablemente, un retroceso de la temperatura. El proceso desintegrador se suspendía. El Wolchow se soldaba de nuevo y los charcos y las lagunas se helaban de una forma total. Se helaba también el fango pisoteado, formándose una alfombra en relieve, endurecida y resbaladiza que obligaba a caminar con muchísimas precauciones.

Pero cuando el sol apretaba de nuevo, y más que el sol el viento, las aguas del río, bajo la costra de hielo cada día más débil, se tornaban grises, opacas. Se derretían literalmente las colinas, escurriendo continuamente por las laderas fango y grumos de nieve sucia y consistente. Se derretían los parapetos, dejando las defensas al descubierto; se derretían las montañas de nieves adosadas a las chabolas, que se inundaban de agua; se derretían las parcelas inmediatas, donde las alambradas, antes bien sujetas, se tambaleaban y caían. Todo se hacía agua. Todo objeto, árbol, cuneta, cadáver o ruina, escurría su hielo y su frío. Y todo buscaba la pendiente del río, convirtiendo al Wolchow en receptáculo de las miles de parciales inundaciones.

En el Monasterio lloraban los tejados, tendiendo en derredor del edificio su húmeda cortina. Y lloraban, asimismo, los techos de bálago de las isbas, y los árboles, y los carros que habían amontonado la nieve de cinco meses en sus cubiertas.

Para colmo, empezó a llover. Lluvia que hubiera sido nieve dos días antes, bajo los vientos noroeste. Poca cosa era; nada de chaparrones tropicales, pero añadía a la humedad del suelo la del aire. En el Monasterio no se estaba mal, ni tampoco en las isbas del pueblo. Pero en las trincheras y posiciones, nidos de tirador y caminos más o menos cubiertos, aquello era el disloque. Nada tenía consistencia. La estaca que antes parecía bien asentada, inamovible, se desgajaba; el fango lo llenaba todo y se necesitaba ser tonto para no darse cuenta que el río iba creciendo de día en día. Las ropas se humedecían y manchaban, conservándose encima la humedad, humedad que por la noche se convertía en hielo otra vez.

Transitar por los senderos, buscar las cómodas vaguadas desenfiladas, constituía un tormento. Los vehículos de ruedas no servían, pues aparte del fango se encontraban trozos de caminos todavía helados; no valían tampoco los trineos, convertidos enseguida en una masa imposible de arrastrar.

Fue necesario esperar dos, tres días. La tierra chupó no poca humedad y por las cuestas abajo la restante se marchó al río. Quedaron grandes manchones de nieve por doquier, cuyo deshielo fue más lento. Pamparacuatro, en el mes de mayo, todavía apuntaba en su diario haber encontrado hielo en muchos lugares.

En primera línea los efectos del deshielo fueron desastrosos. La mitad de los días la gente se quedó sin comer, no por falta de hambre, hija adoptiva de todos los soldados, sino por quedarse empantanados los suministros. Pronto se hizo evidente que se habría de abandonar aquello. Ya de antiguo las posiciones estaban separadas por el río y un *no man's land* bastante considerable; pero aún quedaba demasiada

tierra baja entre las posiciones, terreno abonado a las inundaciones, los mosquitos y las incomodidades. Entre achicar agua, colocar rollizos para evitar el desmoronamiento de los parapetos y rascarse de encima el barro de toda la jornada, el que más y el que menos se pasaba el día maldiciendo por todo lo alto.

La noche del 11 dieron la orden de prepararse. Se abandonaban aquellas posiciones. Entre estampidos de los nervios desatados se amontonaban las pertenencias de cada uno, que la ininterrumpida estancia de cinco meses y el afán de rodearse de las mayores comodidades posibles habían aumentado considerablemente. Todo lo conseguido parecía imposible de abandonar. La cotidiana lucha contra la muerte y el frío había dejado en cada uno la absoluta certeza de que el único minuto que valía la pena era aquél que se estaba viviendo. Era preciso hacerlo agradable, rodearlo de las máximas consideraciones posibles. Tres o cuatro mantas, el plato de loza, la maleta de madera, los iconos, el mortero sin estallar —recuerdo de guerra—, la colección de tabaco, las botella de coñac apuradas y por apurar, las parrillas, las botas y capotes, el artilugio para alumbrarse, las barajas, las municiones… ¿Quién se desprendía de todo aquello?

Al irse reuniendo las secciones, bajo un airecillo cortante y frío, aquello parecía el último adiós de un campamento zíngaro. Había quien desaparecía bajo un montón de amadas pequeñeces. Y no menos amadas grandeces, como trípodes de ametrallador, cajas de munición y armamentos.

La marcha fue terrible. El silencio era obligado, naturalmente. El capitán, en cabeza, con las manos libres, eso sí, que para eso tenía asistente, las secciones en fila india; chapoteos, resbalones, batacazo que te crió y maldiciones en sordina. La noche era oscura. El que iba delante se detenía sin avisar…, el inmediato, y el otro, y el otro, tropezaba, se amontonaba y mascaba hierro de los fusiles sin tener malditas las ganas. Resonaba un morterazo; una bengala iluminaba una ancha parcela; se caía, bien caído, el sargento de la 4.ª. «¡Alto! ¿Quién es el camello que hace tanto ruido?». «El sargento Matallana, mi capitán», decían, piadosamente, los enterados. «Callad de una vez». «Sí, mi capitán». «¡Que no conteste nadie!». «No, mi capitán…».

Al alférez Mocho se le cayó la pistola ametralladora, el maldito trasto que en cuanto recibía un golpe se iba de aguas como un recién nacido, y una descarga atronó el ambiente. Menos mal que los disparos se perdieron en el bosque, pero el susto fue de los gordos. En la cola se creyeron que había ataque y desplegaron en guerrilla. Hubo chapoteos en el barro y todo eso…

Poco a poco se fueron abandonando cosas. Todos se hacían la misma objeción: «¡Bah! Ya encontraré otra maleta. Me la hará un *ruski*. Pero nada de abandonar más, ¿eh?». Pero a los cinco minutos se «perdía» una caja de municiones, o la careta antigás, o la silla enrejada del capitán…

Al filo de la madrugada se llegó a Chutyni, en un estado indescriptible. Pamparacuatro y los de su sección vieron llegar aquella sucesión de estatuas de barro con el mayor de los regocijos, enmascarado con frases de condolencia. Era casi

imposible descubrir tras las caretas de barro las facciones del camarada aunque fuese el de la canción. Barrionuevo, el cabo de morteros, decía que conocía a los viejos compañeros por los andares: «Aquél, no falla, es Calixto. Desde que tuvo las purgaciones desvía los pies para afuera». «No, que es Cienfuegos… Oye, ¿eres Cienfuegos?». «No, soy mi padre».

Llegó un sujeto con barro hasta las cejas. Barrionuevo apostó por Miró, un camarada de Barcelona; Pamparacuatro dijo que era Rivadavia, de Bilbao. Que sí, que no; que no, que sí… Y para aclarar el asunto se lanzaron sobre el infeliz, restregándole la cara con un saco. Resultó ser el teniente Montano, que se enfadó en todos los estilos y soltó palabrotas para parar un tren.

Y tenía razón, hombre, claro…

Jueves Santo

Un ametralladora estaba cantando a la derecha. Era española, desde luego; ni los alemanes ni los rusos sabían el secreto del «date el bote, caradura». El cabo José Santiago tenía apostado su mortero en una cuneta del camino a Sentizy. Estaba preocupado porque sólo tenía cuatro cajas con diez granadas cada una. Hubo un tiempo en que, como los grandes de la Artillería, también él tenía un depósito particular de municiones. Pero eso era antes, antes de que los condenados esfuerzos de los *ruskis* por agrandar la brecha obligaran al Batallón a estar siempre de la Ceca a la Meca.

Hacía frío. Estaban en abril y hacía frío. En marzo hubo un deshielo casi total. Pero en aquellos últimos días había vuelto la cellisca y una tormenta de nieve. Había congelados, se decía. ¡Señor, y estaban en abril! Bien… con cuarenta granadas y algunas más que se pudieran arañar en el Puesto de Mando tendría… No, cuentas no, por favor.

Hacia la derecha, sobre la carretera de Polbsvereja, se escuchaba mucho fregado. Había unidades alemanas por allí; tanques también, decían. Y unidades españolas: de Vierna, Zapadores y el obligado Batallón Román, antes 2.º de Esparza y entonces 2.º de Villalba. Era obligado que el dichoso batallón se encontrara siempre en el centro de los jaleos. Se aproximaba un ataque ruso, decían. Ataques rusos… ¡Desde hacía cuatro meses no hicieron otra cosa que rechazarlos!

La bolsa de Luga, decían, la llamaban. Quedaba a trasmano, entre los pantanos del otro lado de la carretera. Los rusos tenían allí mucha artillería. Y carros de combate, según decían los observatorios. En buen jaleo se habían metido.

Hacía frío. Estaba amaneciendo. En cuanto se viera un poco más, vería la forma de construir un tejadillo. Hasta sería posible encender unas tablas. Ya se vería… De los tres hombres del grupo, Escanciano estaba medio adormilado, con la manta sobre la cabeza; Eutiquio prefería patear un poco más allá, cerca de la posición de la 3.ª sección. Excepto el jaleo lejano, donde los impactos de veinte como tres se imponían al tono igualitario de los cochambrosos ruidos menores, reinaba una tranquilidad casi absoluta.

La 6.ª Compañía enlazaba, por el bosque, con la 7.ª. El despliegue abarcaba un buen sector, pues era cosa vieja el tener que abarcar mucho y comer poco. Algunas ametralladoras se intercalaban entre las unidades de fusileros, como mandaban los cánones.

Escanciano despertó y apartó un poco la manta para hablar.

—El páter dijo que estamos en Semana Santa. ¡Menuda Semana Santa!

Escanciano era de Valladolid, de Pucela, y el hombre debía de estar añorando las procesiones. Estaba casado y, según los rumores, sería pronto relevado, ya que los *karovos* y los *malenkis* serían los primeros. *Karova* era vaca, en ruso, claro, y *karovo*

era… lo mismo que la vaca pero en masculino, vamos, y, por extensión, todo lo que llevaba cuernos. Las malas lenguas decían que los casados de la División tenían las frentes adornadas, y por eso eran llamados *karovos*. ¡Ganas de molestar, como si dijéramos!

¿Semana Santa…? Bien; el Vía Crucis ya lo estaban recorriendo. Santiago no tenía el menor deseo de parecer irreverente pensando aquello. Lo que sucedía era que en Rusia todas las fechas eran abrumadoramente parecidas. Sólo contaba el frío y los combates, buenas cuentas…

Escanciano estaba hablando y hablando. Le escuchaba sin demasiadas ganas. Amaneció con el mismo aparato de siempre. Muy bonito. Los pinos y abedules, limpios de nieve, parecían gigantes negros y amenazadores. Poco a poco se volvían verdes y el susurro de su follaje tenía ecos de canción amiga.

Pasó el capitán, revisando los puestos. Dijo que acudiera uno con las marmitas a la vaguada cerca de su chabola, pues había una cocina alemana que repartía café. Eutiquio salió pitando, abrumado de recomendaciones: «No tardes, ¿entiendes?». «¡Claro que entiendo…!».

Entendía, pero se retrasó una hora y llegó con el café frío. Menos mal que se habían preparado unas brasas. Se recalentó el brebaje y tostáronse unas rebanadas de pan. Comieron despacio, saboreando el bocado, al abrigo de unas ramas. Comenzó a soplar un viento helado y a caer un aguanieve pertinaz y molesto.

Antes de que empezaran a hacer la digestión, empezó el jaleo. Un pepinazo del doce cuarenta hizo explosión doscientos metros a la derecha, sin hacer carne, pero apresurando la preparación de refugios. Enseguida comenzó a brotar fuego. Cañonazos había que venían el otro lado del río, otros de la bolsa propiamente, y chimpunes asquerosos del antitanque, éstos casi frontales.

Los rumores se fueron extendiendo. Los hombres se agazapaban en las cunetas, con los fusiles entre las piernas. Enfrente, en el espacio ocupado por el enemigo, una niebla baja ocultaba parcialmente la visión. Pasaron dos secciones de Zapadores alemanes, con minas de las T en las manos, perdiéndose en dirección a una vaguada, camino natural de tanques, que ya estaba vigilada por dos piezas españolas. Se precipitó sobre el bosque un ruido de aviación: «Son nuestros…».

El alférez Campos llegó para ordenar que el mortero retrocediera un centenar de metros, detrás de unas ruinas. Corrieron como gamos, cargados con la impedimenta. Balas sueltas empezaban a silbar entre el follaje. Pasaron dos sanitarios con un herido.

A Santiago no le cabía duda de que estaba asistiendo a una batalla, de esas que luego son mencionadas en los partes. Sin embargo, desde su particular punto de vista, las grandes batallas defraudaban. Sucedía que ocupaban un pequeño espacio y en ese cacho de terreno podían o no darse grandes coincidencias. Una compañía o un batallón podía atacar un poblado: follón grande, vértice del asunto. Pero podía únicamente suceder que sólo se viese correr a lo lejos a cuatro despistados. Bien; de

todas formas se había estado allí. Y mucho mejor que nada sucediera.

Pasó una compañía alemana, en buena formación. Ya los conocían. Eran de la División 126, viejos amigos. Un *feldwebel* pequeñito saludó al pasar y gritó: «¡Iván Kaputt…! ¡Alle Ivans Kaputt…!», «Ya, ya, festen», respondió Eutiquio. El alemán decía que todos los rusos… ¡zas, gañote! Los alemanes llamaban Iván a los rusos. Muy bien, aunque un poco cuesta arriba se hacía que todos la fueran a diñar precisamente aquel día.

—¡Mientras no la casquemos nosotros…! —murmuró.

—¿Qué tenemos que cascar? —preguntó Eutiquio, que estaba distraído.

Y Escanciano, temeroso, le miró de mala manera. Tenía miedo. Siempre tenía miedo. Todos tenían miedo antes de empezar.

El aguanieve era francamente molesto; soplaba racheado, pulverizando las gotas heladas contra el tubo del mortero. *¡Bangg!* Un pepinazo del veinte coma tres levantó un barrizal, no muy lejos. Por lo visto, alargaban el tiro. ¡Otro! Y otros más; árboles que se desmochan, surtidores de barro… Preparación de diez minutos. Hubo una pausa de intenso silencio. Varios camilleros salieron corriendo. Gritos. Un ulular lejano. Fuego a discreción de la infantería, especialmente por la derecha. Un intenso humazo y el característico olor de la pólvora subiendo del bosque. El paisaje se torturaba.

Orden: «Disparar a setecientos metros. Entre el riacho y la vereda de Kutrik». Ajustó el tubo. Escanciano sostenía la rana mientras Eutiquio atendía a las municiones y al teléfono. Vibró la placa base y el proyectil salió zumbando. Escanciano, que era un remilgado, se metía el dedo meñique en la oreja correspondiente.

Cañoneo sobre el Wolchow, Ataque fuerte sobre la carretera general… *¡Zassss…!* ¡Uno, otro, otro, vamos…! *¡Chas, chas, chas, chas…!* Escanciano tenía el don de ajustar perfectamente el proyectil, rozando las paredes. Muchos gritos… Una sección que se levanta, corriendo hacia la derecha. Las ametralladoras hacen el gasto. Los cañones de acompañamiento ladran continuamente. El fuego se centra cada vez más. No se ve al enemigo.

Suspenso el fuego para observar con los prismáticos. La masa inerte del bosque impedía toda visión. Nada especialmente alarmante. Se resistía en debida forma. Ataque enemigo, desde luego, intentando ensanchar la boca de la bolsa. Llegan más órdenes: los morteros a primera línea. Cargó con una caja; Escanciano se colgó el tubo y agarró la caja de respeto y Eutiquio iba dando saltos con la placa base. Cruzaron un trozo de bosque y salieron a una pequeña altura. Un grupo se les acercó: era el segundo pelotón de la 7.ª.

Los rusos se retiraban. Había muchos muertos extendidos grotescamente sobre la ligera capa de nieve. Un endemoniado fuego de fusilería perseguía el repliegue enemigo. Estallaban minas a lo lejos. Se acomodaron en un embudo abierto por la artillería. Se gritaban órdenes a lo lejos. Y brotaban soldados de lugares que parecía

imposible que los cobijaran.

Santiago consultó su reloj: eran las once menos cuarto. ¿Habría acabado todo? La preparación artillera había causado muchas bajas. Se veían heridos caminando por su pie; otros, eran llevados. Algunos cuerpos iban rígidos. No se sentía el frío.

Se fue acercando un rumor, como una ola: «¡Tanques…! ¡Tanques…! ¡Tanques…!». Santiago no había visto tanques en Rusia. Es decir, en acción, pues en simple traslado los alemanes pasaban muchos carros en dirección al frente de Leningrado. Bueno, los pasaban antes de la rotura.

La carretera quedaba cine metros a la derecha. Comenzó a escucharse un ruido de motores pesados. Se miraron unos a otros: «¡Que nadie retroceda!», gritó un teniente. «Bueno, veremos…». Se esperó, anhelantes. Y los tanques aparecieron entre las ruinas de Liubtzy. Casi no se distinguían, camuflados de blanco. Santiago contó doce, maniobrando raramente. Estaban lejos, pero anunciaban su inminente llegada. Batían la carretera… Se movían poco…

—Ya vienen.

Marchaban pesadamente, precavidamente. Antes de escucharse el estampido, se sabía cuándo disparaban por el penacho de humo que les envolvía. Un desagradable chirrido acusaba el recibo del pepinazo. Unos zapadores saltaron a la carretera, colocando unas cuantas minas. A Santiago le dolían los ojos de apretar los gemelos. En cierta ocasión se volvió para mirar atrás y distinguió a dos españoles afanándose con la máquina de cargar cintas de ametralladora. Los vio tan cerca que se sobresaltó.

Los carros se fueron acercando. Alguna infantería, no mucha, los seguía. Se rompió fuego contra ella. El mortero sacudió nuevamente. Poco podía hacer un mortero del cincuenta contra los blindados enemigos, pero sí podía castigar a la gente de a pie. Se veía derrumbarse a ésta. Hubo un instante en que los tanques se quedaron solos. Titubearon, pero siguieron adelante, zigzagueando, evitando todo cuerpo o mancha, temiendo las minas.

Santiago tenía los oídos atrofiados. Cuando Eutiquio se acercó para decirle que se habían acabado las municiones, hubo de gritarle y gesticular. Se quedó sorprendido. Tenía el cerebro vacío, como si una gigantesca aspiradora le hubiera llevado los seso por delante. Tragó saliva, apretando fuerte las mandíbulas, y un estruendo formidable le volvió a la realidad.

Lo que siguió después fue demasiado complicado. Los tanques rusos cruzaron la línea como un cuchillo cortando manteca. Grupos de españoles corrían buscando el amparo del bosque. Había algunas zonas muy frondosas de arbolado, que fueron recogiendo fugitivos. Fugitivos que no corrían para atrás, excepto algunos desgraciados, sino abriéndose ante los carros. Se tiraban bombas de mano y algunos se lanzaban hacia el blindado. Un diluvio de balas se entrecruzaba. Los tanques disparaban a bocajarro, entreteniéndose en la caza. Desde su altura, Santiago veía cómo los hocicos de los blindados se introducían en los pozos de tirador, aplastando carne humana.

Hasta entonces habían sido despreciados, u olvidados. Pero dos de aquellos monstruos se encargaron de comprometer la situación. Santiago se encontró corriendo, buscando el amparo del bosquecillo de la derecha. Delante suyo corría Escanciano; un impacto en plena espalda lo deshizo materialmente. Tropezó, cayó… saltó sobre cuerpos caídos y se lió los pies en un montón de arbustos. No podía respirar y apretó el rostro en tierra hasta lograr echar fuera el nudo que tenía en la garganta. Un salto más y se encontró en el bosque, un bosque que olía condenadamente a pólvora.

Fueron llegando otros camaradas. No vio a Eutiquio. Parte de la 7.ª y una sección de la 8.ª se encontraban en el bosque. Los tanques no se atrevieron a entrar y disparaban sin hacer mucho daño. Un teniente iba dando saltos, gritando Dios sabía qué órdenes. No había que ser muy listo para enterarse de lo que pasaba: estaban rodeados. Un teléfono, increíblemente, funcionaba cerca. Nevaba de nuevo.

Se reorganizó aquello. El bosque, no muy extenso, estaba en una altura. La carretera quedaba a la derecha y sobre ella se veían cinco carros enemigos moviéndose pesadamente, vigilando, mientras otros siete, decían, profundizaban. No se veía infantería. Los tanques, se dio cuenta, llevaban unas campanas que resonaban ininterrumpidamente.

Alguien empezó a cantar y pronto se extendió la jarana. Cada cual cantaba lo que tenía más cerca en el rincón de la memoria. Llovían esquirlas, desmochando árboles y cuerpos. Los tanques, tan pronto se acercaban como se alejaban, dejando algunos momentos de respiro, durante los cuales llegaban algunos soldados y otros se marchaban. Se empezaba a perder el respeto a los acerados monstruos, que parecían casas en movimiento, presentando los agudos hocicos de sus cañones.

Hubo un instante en el que se reunieron los doce blindados y quedaron inmóviles, cerca de la carretera. Más ruido de orugas se escuchaba a la izquierda; y ruido de antitanques.

Y de repente, disparando una andanada, los bichos aquellos volvieron grupas. Las torretas seguían apuntando en dirección a los núcleos de resistencia, pero las cadenas giraban en otra dirección. Se marchaban… se marchaban… ¡Se marchaban! La despedida fue la traca final y después sólo se escuchó el clamoreo de las campanas.

Santiago se encontró de pie, gritando. Todos gritaban. Fantasmas embarrados salían de los embudos, del bosque, de las cunetas. Se había acabado el juego de las cuatro esquinas. Llegó una sección saltando y saltando; eran alemanes. Y salieron enlaces propios. Los heridos que podían andar se reunieron. Comenzó nuevamente la artillería con sus bromas. Pero entonces no importaba. Santiago salió en busca de sus hombres. Escanciano, recordó, estaba muerto, debía estar muerto… Y Eutiquio… ¿Dónde diablos estaría Eutiquio?

Relevo

Mayo, día 6.

Ayer por la tarde salí con el teniente de la 2.ª, Grau. Fuimos al lago. Un tiempo estupendo. Llevábamos un par de bombas de mano para pescar un poco. Pero nos olvidamos de ellas. Grau es un magnífico charlatán, demasiado, quizá, pues casi no me deja meter baza. Pero no importaba demasiado, pues quien tenía cosas importantes que decir era él. Ha venido de España en el batallón de cubrir bajas. Ganados por la belleza de la tarde nos sentamos entre unos juncos y allí se han pasado las horas; España, Rusia, la primavera, los que se van, los que se quedan… Todo un resumen.

Ni un tiro siquiera, ni un cañonazo. Un aire increíblemente transparente y una belleza entre melancólica y suave en las charcas y en los arbustos llenos de savia nueva. Grau me confesaba: «Chico, estoy sorprendido. Venía a Rusia lleno de imágenes lúgubres y me encuentro con un escenario folklórico: casitas de troncos, hierba sin segar en todos los rincones, aire puro, sol brillante y unos rusos con sus rubaskas encima de los calzones, graves, serviciales y llenos de religiosidad. No, no, claro; ya sé que Rusia no es sólo esto, un día de primavera, en las orillas del Ilmen. Pero tampoco es el invierno eterno, las estepas castigadas por el viento y la nieve. Rusia es un mundo entero. Yo creo que son los hombres quienes entenebrecen las naciones. Pero los hombres pasan enseguida. Y con ellos sus ideas. Quedarán únicamente las praderas, las mismas praderas de antaño, y los lagos, y los ríos, y estos patos cruzando el cielo en bandadas. Te diré más: estoy amando a Rusia. En estas llanuras veo la tierra de Europa más parecida a España. Siento mucho que sus hombres sean enemigos de los nuestros, tan irremediablemente enemigos. Me gustaría…».

¡Bah…! Grau conserva todavía el pelo de la dehesa. Yo creo que toda esta belleza es cosa efímera y que debemos apresurarnos a gozarla. Volverán los días crudos y, como cantan los soldados, «Despístate a Riga o Königsberg / o prepárate a ver helado el Wolchow / pues te pasarás por lila / otro invierno en Nowgorod…». Es preciso gozar del brote tierno de la rama; de la brisa acariciando nuestras cabezas descubiertas; de la tierra desprovista de su fealdad, de sus muertos, esos muertos que nos hemos visto obligados a enterrar a toda prisa, pues se descomponían cuanto más florecía la vida.

El Wolchow y el lago son ahora hondos fosos. Únicamente por el Norte se está operando en la bolsa. Aquí, brotan margaritas de las piedras y los que han venido de España han traído ritmos nuevos. No tardaremos en tararearlos todos. Grau, respecto al relevo, también tiene sus ideas. Dice que la División debió o debiera relevarse de golpe. Así, como se quiere hacer, por batallones, cada vez que se desgaje un grupo de camaradas sentiremos la misma impresión desoladora, el mismo

traumatismo moral del dolor y la envidia. Tiene razón, aunque técnicamente es imposible, pues es preciso ir curtiendo los nuevos batallones, que vienen con menos instrucción que nosotros, que, por lo menos entre Grafenwör y la marcha pringamos lo nuestro. Grau asegura que esto del relevo es cosa de los falangistas. Han visto que aquí se muere de veras, que han muerto muchos y muy buenos camaradas, y dicen que ellos, o tos que quedan, los mejores, son necesarios en España. Bueno.

Por la noche hemos ido a Worbeika. Apenas unas casas en la carretera de Nowgorod, detrás de Gorka. Sanidad tiene allí un puesto de vendas al cuidado de una sección, y los de Intendencia, un depósito avanzado. Hay muchachas, rústicas y feas muchachas, pero vampiresas irresistibles para los soldados. Estoy interesado.

Bailé con una morena, basta como el papel de lija, lo más parecido a un sargento de caballería. Se llama Klava. Otra rusa, una chica que debe estar tísica, llamada María, adolescente, rubia y tal, se consagró a mi amigo. Confieso, un poco ruborizado, que Klava me llegó a impresionar. Su cuerpo, macizo y limpio, me aturdió los sentidos. Salí con ella a la carretera. La besé y me besó. Pero no hubo entre nosotros nada más. Vi entonces que tenía unos ojos claros y limpios y en ellos la lucecita intranquila de un miedo ancestral. «Ñeto, Esteban —me decía—, Klava luvliú monoga Esteban…». «¿Entonces?». «Klava malenki y chelowies krasni kaputt… Ñeto, Esteban…».

Y tenía razón, mucha más de la que sabía expresar. Si los bolcheviques volvían un día y la encontraban con un hijo, la matarían. Y nosotros no podíamos ofrecerle la seguridad de que los bolcheviques no volverían. Sólo los vencedores tienen derecho a tener hijos con las vencidas; sólo los vencedores tienen razón, son los hermosos, los buenos. Tenemos las ideas más claras que tú, Klava; pero no tenemos derecho a pedirte que tengas hijos nuestros. Nosotros nos iremos algún día, Klava, a nuestras tierras, donde hay mujeres más hermosas que tú, por lo menos más hermosas que tú en otras horas, aunque no en la de ayer, cuando me rogabas que no te poseyera. Lo único que te puedo decir, Klava, es que hemos venido a librarte de los bolcheviques. Y nos gustaría marchar sabiéndote libre de tu miedo.

Mayo, día 8.

Han dado orden a los casados de concentrarse. Y también a los menores de dieciocho años. Y a los que han perdido un hermano, o han estado heridos. Se reunirán en el PC y desde allí marcharán a un pueblo cualquiera, donde los regimientos mandarán sus relevados. Son los primeros relevados. Hace tiempo que Radio Macuto lo anunciaba, y, en realidad, todos lo sabíamos.

Mario ha venido desde Kotowizy para despedirse de mí. Hemos estado más de una hora sin saber qué decirnos, un poco asombrados. Al cabo, al filo de la despedida, hemos roto a charlar atropelladamente. Mario tiene veinticuatro años. Pero es soldado y su hermano Ernesto cayó ante Los Cuarteles con un balazo en la cabeza. Su sombra ha permanecido entre nosotros. No le hemos nombrado, pero su

recuerdo gravitaba entre los dos. Yo estoy seguro de que Mario siente la amargura de saberse rescatado por la sangre de su hermano. No lo dice; ni habla de venganzas, ni musita palabras heroicas. Bueno… Mario se marcha porque su madre le reclama. Es el último hijo de siete que tuvo.

Hay más menores de dieciocho años de los que podíamos imaginarnos. Se me acercan algunos de los que van a ser relevados: «Mi teniente, me voy para España». «¿Tú, tú también…?». «Sí, mi teniente. ¿Quiere usted algo para allá?». «Nada, gracias. Que te acuerdes de nosotros». Francisco Chávez, Hurtado, Berbegal, Luis Civil… ¿Quién podía sospecharlo? Bueno…, sin demasiado cuento: sabíamos todos que eran unos chavales. Pero la hombría en los combates es diferente a la fisiológica. No sé lo que estoy diciendo. La verdad es que siento una profunda envidia. La patria lejana me ha golpeado bajo y estoy aturdido. Estos hombres se encontrarán pronto allí, respirando nuestro aire y escuchando nuestros ruidos. Llevarán, durante algún tiempo, el tejado lleno de los ecos de esta maldita guerra. Pero se acostumbrarán enseguida. Después de todo, sólo estuvieron ausentes un año. ¿Un año? ¿Solamente un año? Menos, quizá. Es verdad. Y sin embargo… Parece increíble. Han pasado tantas cosas; han sido días tan cargados, tan terriblemente cargados. Bueno. No quiero ponerme tonto. Me voy a Worobeika. Esta vez solo. Veremos si Klava consigue turbarme otra vez.

Mayo, día 9.

Se han marchado los relevados. Algunos se llevan la Cruz de Hierro. Han dejado los fusiles y han emprendido la última marcha, cargando con toda la impedimenta, impedimenta de soldado en retirada. El capitán quiso hacer un discurso de circunstancias, pero no le salió. A mí tampoco me hubiera salido. Todo se arregló con un abrazo. Aguado, mi pobre asistente, lloraba como un becerro. Le di unos marcos y un sopapo: «¡Márchate ya, pelma!». Y se han ido todos, cantando, con sus ropas raídas y sus ganas de llegar.

Para no enternecernos demasiado he salido a pasear por la carretera, hasta el hospital alemán, cerca ya de Nowgorod. He procurado embriagarme de primavera. Las ruinas han criado verdín y entre los rollizos de la carretera están saliendo flores. Las cúpulas de la catedral y el Kremlin parecen ascuas doradas. Las mariposas vuelan torpemente. Sospecho que se alimentan en las carroñas y tanto se atracan que no pueden volar. Pasan campesinos: «Dobre utra, pan». «Buenos días, buenos días». Una caravana de troikas. El suministro de intendencia. Cada uno de los carromatos, talegas, como parece ser que se llaman, apenas puede llevar un saco. Escolta de españoles. «Paseando, ¿eh, mi teniente…?». «Sí, claro». «Pues que aproveche». «Gracias».

En las isbas, poca gente. La primavera ha echado a la calle a todos los críos. Un pope —debe ser un pope, sus barbas lo denuncian— con un libraco en la mano discursea ante un grupo de mujeres. He entrado en una casa. Tenían visita. Se han

puesto todos en pie y han saludado. Observo que tienen en una mesita unos caramelos partidos en trocitos, unas tacitas conteniendo un té muy claro, unos platillos con sal y algo de pan. El pan lo oprimen sobre la sal y luego se lo tragan, bebiendo a continuación un sorbo de té. Huele a desinfectante y un grillo chilla escandalosamente. Me he despedido ceremoniosamente y he salido. Prefiero la carretera.

Muchachas. Llevan trajes de colorines y son como la naturaleza. El crepúsculo muere lentamente. El sol, sonsa en ruso, se ha marchado hace rato. Encima del lago, la luz es de color violeta. Se escucha un fru-fru de seda: es la brisa. Los taludes de la carretera tienen agua estancada. Me asomo a ellos. Y me conturba mi expresión. Estoy triste, y más que triste, dolorido. Me duele la sangre, me duelen las florecillas amarillas, el polvo que levantan los camiones, el lago azul y las riberas verdes. Me duele el cuerpo y el alma. Es la ausencia, es la patria. Los que se han marchado, los relevados, los muchachitos de dieciocho años, los karovos, los que se han dejado la sangre de los suyos, me han dejado la semilla del descontento.

Anochece. Los mosquitos. Quietud en el paisaje. Todo está quieto. Estoy escribiendo pasada la medianoche. Pero podría reconstruir, minuto a minuto, el día entero, día consagrado a los que se han marchado. No he visto a Klava.

La Bolsa

Los días se habían vuelto tan increíblemente dilatados como antes lo fueran las noches. A las doce de la noche terminaba el crepúsculo. A las tres, amanecía; mi amanecer lento, sonrosado como trasero de querubín. El sol no tardaba en llegar y entonces empezaba lo bueno. Los marjales se llenaban de bruma. Casi podía asistirse a la evaporación lenta de la humedad, de la asquerosa humedad que todo lo manchaba.

Al lado de la carretera, en los pueblos del lago, el deshielo había traído unos días de mucho barro. Pero aquello pasó pronto y enseguida el hermoso cambiante de la primavera se adueñaba de todo. Sí, aquello, se repetía Marcelo, por sabido se calla. Lo sabían, desde luego, los afortunados mortales que allí estuvieran. La 10.ª compañía de Granaderos del 3.º Batallón, Regimiento dos-seis-dos, oséase, que decía Atilano, regimiento Pimentel, de conocer algo, lo conocía por referencias: que si tal, que si cual, etcétera, etcétera. Desde octubre hasta marzo en las posiciones del Malaja Wolchow, pelando guardias junto al puente, junto al cadáver ruso medio tapado por la nieve, menos aquella mano que Marcelo nunca olvidaría, aunque sólo fuera por los esfuerzos y maniobras a que se veía obligado para no pisarla. Desde marzo a junio de 1943, a Sopolje, al «Dedo», un regalito, desde luego. Aquello era como vivir en un embudo. Tortazo que se perdía, en «el Dedo» se encontraba. Y balas, y pepinazos del veinte coma tres que eran canela pura.

Y entonces, para terminar la canción, se veían frente a los marjales de Somoschskoje, en la bolsa, que decían todos, aunque aquello de la bolsa era tan vago que ni hablando con intérprete se entendía uno. ¡La bolsa! Ganas de poner motes… Sin embargo, el saber que allí se encontraban cercados infinidad de rusos, los mismos rusos que habían atacado el día de Jueves Santo, le hacía feliz, sin que supiera enteramente en qué consistía su felicidad. Posiblemente fuera el saber que los rusos embolsados ya no tenían otra alternativa que la defensiva a ultranza, precursora de un aniquilamiento total. Y los ruskis aquellos eran los mismos que habían amargado el invierno a la División, atacando, revolviéndose, intentando cortar las comunicaciones. Hasta la primavera habían llegado sus intentos sobre las ruinas calcinadas de Kopzy, Terepetz, Ugolky, Kotowizy…

El invierno había sido el gran aliado ruso. Hasta los tanques podían cruzar el Wolchow sin romper el hielo. Entonces parecía se iban a tragar el mundo. La primavera había traído el deshielo, el barro, la suspensión de ataques formales. El verano, entonces en su apogeo, los reanudaba, aunque Marcelo se preguntaba qué clase de ataque a fondo se podría realizar en aquellas tierras, enfangadas por los continuos y tropicales chaparrones. Parecía mentira que en Rusia pudiera llover de aquella manera…

La 10.ª Compañía era una buena compañía. Venía a ser casi seguro que las

unidades tuvieran la fisonomía de sus oficiales. Si a una le tocaba un oficial cabrito, con más ganas de regresar a España que de lucha, estaba tarada hasta el final de la guerra. Algunas había. Pero la Décima tenía un buen capitán; la 10.ª era una buena compañía. En realidad, todo el batallón era un excelente batallón. Ya se sabía: el Batallón Ramírez de Cartagena, y pare usted de contar.

En aquellos momentos, once de la noche del día 21 de jumo, precisamente, el comandante Ramírez de Cartagena se había reunido con los capitanes de su batallón. El capitán de la 10.ª, Portolés, también estaba allí. Preparaban, sin duda, las operaciones, pues no era ningún secreto que al día siguiente empezaban las operaciones de reducción de la bolsa, llamada por unos de Luga, por otros de Samoschje. Mucha gente se había reunido: todo el 3.º Batallón de Pimentel, el Grupo de Exploración y una compañía de Zapadores. Jaleo en perspectiva. ¡Y decían que se estaba concentrando el tercer batallón de relevo!

Marcelo, con la sección de Asalto del Batallón, tenía asignada una casa cerca de la carretera, hacia el camino de Weschki. Había estado lloviendo toda la mañana y la luna se reflejaba en los charcos. Muchas hogueras encendidas, no porque hiciera frío, sino para espantar a los mosquitos, los malditos mosquitos.

El sargento Metodio estaba de un humor espantoso. Sudaba como un condenado, obligado a permanecer con el uniforme completamente abrochado por mor de los mosquitos. Tenía el mosquitero encima del gorro y cada vez que aspiraba fuerte chupaba un pico de la redecilla verde. Y se cabreaba de lo lindo. Además, cuatro o cinco guripas se habían marchado de bureo, nadie sabía dónde.

—¡Los mosquitos! Abro la boca y me los trago a puñados. ¿Me quieres decir de dónde salen tantos mosquitos?

—Los mosquitos estos se llaman anofeles. Y viven en el agua. Se alimentan con sangraza de sargento. Y los alemanes los llaman Anas.

—¡Tu padre!

—No, mi padre no, atiende a razones. Te digo que los mosquitos…

Y Metodio bramaba como un toro. Y, claro, se tragaba un puñado de insectos, que decía Mariano, del segundo pelotón.

Bien… A dormir. La noche estaba tranquila. Quizá hubiera jaleo más adelante. Todas las noches lo había. Grupos sueltos de rusos desesperados que pretendían volver a sus líneas de allende el Wolchow. Se dejaban la piel, naturalmente, y costaba reservar alguno para la segunda sección.

Amaneció lloviendo. Siempre amanecía lloviendo. Marcelo, sargento de los buenos, tenía a su pelotón en un chamizo, repasando las armas y las cartucheras. Desde allí se veía el poblacho rebosante de soldados, preparándose igualmente. Habían llegado los zapadores, de la Compañía del capitán Castañeda, un montañés que por toda arma llevaba una estaca.

—¿Dónde vamos?

—Por allá. Cualquiera sabe…

Allá era la masa del bosque, en dirección Este. Todos miraban intranquilos. El bosque, los fangales, eran una nueva experiencia. Sólo se sabía que allí había muchos rusos, desesperados —se decía que habían llegado al canibalismo—, muchos mosquitos, barro y calamidades sin cuento.

Por fin se partió. Los zapadores arrearon delante. Llevaban los hombres su armamento, detectores de minas y además dos de éstas, de las llamadas de la T, que pesaban cinco kilos. ¡Pobre gente! Todo el 3.º Batallón operaba en bloque. Por la derecha le flanqueaba el Grupo de Exploración, y por la izquierda, decían, los alemanes.

Las primeras horas se caminó bien que mal, siguiendo un camino cortafuego apenas esbozado. Las compañías marchaban en fila india, con pelotones de seguridad saltando por los flancos. Había dejado de llover. Los árboles, algunos muy corpulentos, apenas permitían divisar unos metros por delante. Atravesar un pequeño riachuelo, acrecido por la lluvia, supuso llenarse de agua las botas. Los soldados fumaban y hablaban en voz baja. No se veía ninguna señal del enemigo. De cuando en cuando alguien resbalaba y chapoteaba en el barro.

El sol comenzó a picar. Se remangaron las guerreras. Empezaba el cansancio a hacer de las suyas. Los que llevaban los carrillos del mortero y municiones iban rojos por el esfuerzo. Las botas acumulaban barro. El capitán Portolés caminaba al frente de la compañía, con una pistola ametralladora colgada al pescuezo. El comandante iba y venía, impacientándose cuando alguna parada, mientras los zapadores examinaban un trozo de bosque sospechoso, paralizaba la columna.

El sol comenzó a picar. Se remangaron las guerreras. Empezaba el cansancio a hacer de las suyas. Los que llevaban los carrillos del mortero y municiones iban rojos por el esfuerzo. Las botas acumulaban barro. El capitán Portolés caminaba al frente de la compañía, con una pistola ametralladora colgada al pescuezo. El comandante iba y venía, impacientándose cuando alguna parada, mientras los zapadores examinaban un trozo de bosque sospechoso, paralizaba la columna.

Se abandonó el pasillo cortafuegos, girando en ángulo abierto en una ruta que los oficiales seguían en su mapa. Empezó entonces lo bueno. Aquello era barro y lo demás porquería. Casi era preferible encontrar el charco de agua pura; se vadeaba con cuidado y ya estaba. El enemigo seguía sin dar señales de vida. Las columnas que cooperaban en la maniobra se habían perdido de vista, aunque se suponía que marchaban paralelamente.

La marcha, aunque penosa, era factible. No llevaban impedimenta pesada y, mientras se operase de aquella forma, se podría marchar. Pero si por allí tuvieran que pasar los carros… Marcelo se signó con la mano que le quedaba libre. Una hierba alta, áspera y húmeda al tacto, cubría de pies, se humillaba en el barrizal dejando escapar su sangre verde.

Hacía calor. Un calor sofocante, pegajoso; un continuo sudor escurría por las mejillas y se perdía entre la camisa. No había mosquitos. No los habría hasta el

anochecer. ¡Zas! Resbalón… La pistola ametralladora entre el fango; miradas de reproche del alférez Campos; limpiar el arma con el forro de la chaqueta, entre jadeos y sofocos.

El silencio… El eterno silencio, sólo roto por los chapoteos en el barro, enervaba; sacudía los tendones y obligaba a los ojos a recorrer todos los rincones del bosque.

Había frecuentes paradas para reagrupar a las tropas. Una emisora de radio mantenía contacto con la retaguardia. También, la sección de teléfonos iba desenrollando sus carretes. No avanzaban mucho. Marcelo calculaba en siete u ocho los kilómetros recorridos en cuatro horas. Regresó, cubierto de lodo, un enlace. Los de Exploración, hasta entonces, marchaban bien. Sin señales del enemigo.

Las dos horas siguientes fueron infernales. Marcelo se dio cuenta, de repente, que caminaba más sueltamente, y que los árboles no eran tan agobiantes. Estaban penetrando en un claro. Silencio. Se hizo alto.

Y entonces, amortiguados por la distancia, hacia la derecha, llegaron hasta ellas unos ruidos inconfundibles.

—¡Minas!

—El Grupo de Exploración…

El capitán Portolés, preocupado, despegó a sus hombres entre los árboles, los escasos árboles. Fue a conferenciar con el comandante. Llegaron noticias, de boca en boca… «Los de Exploración han tropezado con un campo de minas». «Están pringando…». «Nosotros estamos muy adelantados…».

Agazapados en los hoyos, entre los árboles caídos, los soldados miraban sin comprender gran cosa. Poco a poco el ruido de la batalla se fue acercando. Comenzaron a sonar pitidos al otro lado del claro. Marcelo sabía que aquellos silbidos los producían los pitos que llevaban los oficiales rusos. Se escuchó una desgarradura y un cañonazo de los antitanques rusos del siete con seis resquebrajó un árbol unos centenares de metros a la derecha. Alguien, nervioso disparó una ráfaga de su naranjero… «¡Chistt!», gritaron los oficiales.

Llegó el capitán, caminando tranquilamente, sin cubrirse. Los tenientes le rodearon. Acudieron también los zapadores. Marcelo, tumbado entre la hierba húmeda, que casi le cubría, miraba sin comprender todo aquel jaleo. Pero el jaleo se aclaró enseguida: detenido el Grupo de Exploración por las minas y un campo fortificado enemigo, el Batallón corría el peligro de ser cercado, pues se habían adelantado cosa de tres kilómetros. Se imponía a toda prisa retroceder, abandonando las armas pesadas, los antitanques y los morteros, todo, en fin, que fuese un estorbo.

No faltó quien se mordía los puños de rabia. ¿Abandonar el material sin combatir siquiera? El capitán se encogió de hombros: «El que quiera y se atreva, que se lleve lo que le dé la gana. Pero si se retrasa nadie podrá ayudarle».

Una descarga cerrada tumbó a dos hombres. Los antitanques rusos comenzaron enseguida a doblar la hierba, restallando como si fuera una tralla. Una sección quedó cubriendo la retirada y el batallón comenzó a marchar en sentido inverso, despegadas

las compañías. Marcelo se encontró disparando su arma contra la copa de unos abedules. Le parecía que los tiros venían de las alturas. Seguíanse escuchando los silbidos.

La sección de Asalto protegía la retaguardia. Los rusos, evidentemente, no sabían enteramente por dónde atacar. Habían sido sorprendidos. Marcelo vio algunos corriendo entre la espesura. Los disparos del antitanque seguían buscando carne. La encontraron. Marcelo vio a un soldado con las piernas destrozadas. Y otros dos, heridos, que eran colocados sobre unas ramas.

Tres kilómetros… Tres kilómetros de pesadilla, de panzadas en el barro, de proteger la columna, tejiendo y destejiendo la madeja de los achuchones. Por la derecha el jaleo estaba a punto de caramelo… Calor, humedad…, barro, siempre barro… Los alemanes llamaban a aquellos terrenos *Moor*, que quería decir pantano o algo parecido.

Se llegó a un lugar, poco o mucho parecido al mismo panorama de siempre. Los zapadores estaban cortando hierba. O lo parecía. Eran grandes pellas de tepez, como ordenaban las circulares. El tepez no era otra cosa que la costra húmeda y herbosa de la tierra. Los zapadores marcaban con sus palas una cuadrícula y después hurgaban por abajo, como si estuvieran arrancando la cabellera del bosque. Con el tepez y algunos árboles caídos se formaban parapetos. Y detrás, se cavaban unas trincheras poco profundas, donde estando de rodillas todavía se asomaba la cabeza.

La 10.ª quedó junto al sendero, rodeando un bosquecillo, formando tantos puntos de resistencia como secciones. La Novena aprovechó el bosque para enlazar con los restos del Grupo de Exploración, y la 11.ª, la ciclista sin bicicletas, aprovechó un talud para resguardarse, con el flanco al aire, sobre un terreno muy pantanoso. La Compañía de máquinas tenía sus ametralladoras distribuidas entre las otras unidades.

El aire entre los soldados era pésimo. Casi todos habían abandonado sus mochilas, y hasta sus mantas. Se ignoraba cuánto tiempo se habría de permanecer en aquellas posiciones improvisadas, sin ninguna protección, excepto la divina. Como, indudablemente, no se trataba de formar una línea defensiva, sino hostigar a los grupos enemigos, aquello no podría durar mucho. Pero el más lerdo comprendía que sería muy dura la tarea.

La sección de Asalto se improvisó unos refugios con ramas, unos centenares de metros más atrás, cerca del PC del Batallón. Se escuchaba un tiroteo intermitente, sin que se divisara el enemigo. Los morteros buscaban blancos entre los árboles y un ruido lejano de aviación colmaba de chirridos el caliginoso aire de la tarde.

Se comió lo que se pudo. Los soldados llevaban rancho para dos días y algunas reservas más había en las Planas Mayores. Marcelo se preguntaba y preguntaba a los demás si habían visto caza, mayor o menor, en el bosque. Nadie había visto nada. Los bosques rusos eran unos extraños bosques, fangosos, silenciosos, de árboles de corteza blanca, erguidos y rumorosos.

Al filo de las cinco hubo una escaramuza entre una patrulla que enlazaba con los

Exploradores y un nutrido grupo enemigo. Se resolvió todo a bombazos de mano. Hubo tres heridos. También, antes del anochecer, un diluvio de balas salpicó los parapetos de tepez, sin que resultaran bajas.

Al anochecer, cerca de las diez, llegaron los mosquitos. En días anteriores se había llegado a pensar que los tales acudían a las aldeas atraídos por el olor humano. Mentira y de las gordas. En los bosques también los había, incontables, a miríadas. Se introducían por las mallas de los mosquiteros, obligaban a bajarse las mangas del uniforme, a cerrar los botones hasta la misma barbilla, a encender fogatas… Algo insufrible.

Se cortaban ramas tiernas, formando una tarima en el fondo de pequeños pozos para dos o tres personas. Allí se tumbaban los guripas, excepto las patrullas que recorrían las cercanías. Mal que bien, así se pasó la noche.

El día siguiente no trajo novedad alguna, excepto que enfrente, los *ruskis* parecían haber encontrado el punto de contacto, pero sin establecer línea alguna, ya que a ellos les iba bien en el bosque, donde tenían su verdadera defensa. Se presentaron algunos evadidos. Marcelo los vio en el Puesto de Mando, in creíblemente sucios y demacrados, con la ropa hecha jirones y los cabellos crecidos.

Al mando de una patrulla, Marcelo fue enviado hacia retaguardia, a fin de estudiar los caminos de abastecimiento. Apenas siete kilómetros había hasta un poblado llamado Nekochowo. Allí había alemanes y españoles, las cocinas de las compañías y un puesto de vendas. Pero los siete kilómetros le costaban a un infante tres horas de marcha. Pronto se habría de demostrar que los caballejos del suministro, arrastrando unos carromatos con las ollas y los sacos de pan, cajas de mantequilla, tabaco y demás, necesitarían siete horas.

Se partió al mediodía. Iban cinco carros protegidos por una sección. No se alcanzaron las posiciones hasta las ocho, después de una jornada tremenda, algo de lo cual Marcelo no gustaría de acordarse en la vida. En algunos puntos, los carros se atascaban hasta los ejes. Se hacía necesario el esfuerzo de todos, agarrados a las ruedas, introduciéndose a su vez hasta las rodillas en el fango. Las armas rodaban por los suelos; los caballos pateaban y los carreros maldecían. En otros lugares era preciso ir cortando rodillos para apuntalar el terreno, o descargar la impedimenta para que el vehículo, de vacío, pudiera salvar el bache. Se escuchaban tiros a lo lejos y en derredor existía un perfecto vacío.

Los animales iban cubiertos de sudor, con los belfos llenos de sangre y espuma. Cuando faltaba un kilómetro para llegar, uno de los jacos comenzó a temblar violentamente, abriendo mucho las patas. El carrero, sin darse cuenta, lo apaleó y el animal, al intentar avanzar, se derrumbó de costado, arrastrando el carromato. Marcelo acudió enseguida, viendo al animal con los ojos extraordinariamente abiertos, con los ijares estremeciéndose y sudando copiosamente. Marcelo amaba a los caballos. Marcelo procedía del campo extremeño, de Guareña, donde su padre tenía unas tierras. Marcelo sabía cuándo un caballo estaba al borde de sus fuerzas.

Aquel caballo estaba muriéndose, reventado por el esfuerzo.

Se inclinó sobre él, posando la mano en la noble testuz. El animal ni siquiera se enteró. Se escuchaba el horrible jadeo de sus pulmones, y al tratar, instintivamente, de acoplar su propio respirar al agónico jadeo, un golpe de tos le agarrotó los pulmones.

—Se muere —dijo—. ¡Os digo que se muere!

Se reunieron todos los soldados.

—Tengo miedo —murmuró uno, extrañamente.

—Habrá que matarlo —indicó Marcelo.

—¿Por qué? Si se está muriendo, ¿por qué tenemos que matarlo?

—Para que no sufra. No me gusta que sufran los caballos.

—No te entiendo, sargento. Vamos a levantarle.

—¡Te digo que no lo toques!

Era una escena extraña. Dos o tres soldados, agotados, se sentaron en el suelo: Otro, sin saber lo que hacía, comenzó a limpiar la piel del caballo con un trapo, sin que los demás se extrañaran demasiado.

—Tenemos que matarlo.

—¿Qué le pasa? —preguntó uno.

La pregunta era tan tonta que nadie contestó.

—Bueno. Supongo que hay que matarle. ¿Quién le mata?

—¿Por qué no le levantamos?

—Está bien. Vamos a levantarle.

Marcelo dejó hacer, sabiendo a qué atenerse. No pudieron ni moverlo. Uno de los soldados recibió una patada en una nerviosa contracción del caballo.

—Dejadme…

Marcelo apartó a los soldados y arrimó su pistola ametralladora a la cabeza del animal. Pero el arma estaba sucia y se atrancó. Alguien le tendió un subfusil. Apuntó a una oreja. Pero la ráfaga de cinco tiros le encontró desprevenido y las balas salpicaron la cabeza del ruano, destrozándosela. Pálido, cansado, devolvió el arma, retirándose a un lado para vomitar.

Una hora después llegaban a las posiciones. Los carros tenían que volver, y volvieron al pueblo, del cual habrían de salir al día siguiente. Un infierno, infierno de barro, pero infierno al fin. Más caballos muertos, soldados esperando el suministro; patrullas adentrándose en el bosque…

Cinco días duró aquello. Al cabo, unidos a los alemanes, unos movimientos envolventes dejaron cercados a un centenar de rusos. Muchos movimientos como aquéllos se habían realizado y se realizarían durante cinco meses… Aquel aspecto de la guerra se llamaba, sería llamado la Bolsa. Para Marcelo, la Bolsa fue el caballo ruano reventado entre el barro, al que le había disparado cinco tiros el día 23 de junio de 1942, en un pantano al oeste de la carretera de Nowgorod a Leningrado.

Prisioneros

Pese a haberse lavado concienzudamente, creía sentir en cada uno de los poros del cuerpo el infrahumano olor de los prisioneros. No es que él, Simón Álvarez, alférez de Estado Mayor, adscrito a la segunda sección del Cuartel General, tuviera el cutis delicado, ni mucho menos.

Tenía la cabeza como un bombo. Por un lado creía estar escuchando a los prisioneros, con su voz apagada y monótona; y al intérprete, excitándose a veces hasta pegar aullidos. Escuchaba muchas veces distraído, pensando en otras cosas, hasta que un detalle interesante le hacía saltar de su silla.

¡Demonios coronados! ¡Llevaba tres meses interrogando prisioneros y estaba hasta la coronilla! Siempre igual, siempre los mismos hombres destrozados, vencidos; las mismas preguntas: «¿Cuál era tu unidad?». «¿Dónde estaba el Puesto de Mando?». «¿Había baterías cerca de vosotros?». Y así hasta ciento y la madre. Algunos se contradecían, otros repetían lo que ya se sabía. De la suma de aquellos pequeños detalles los Estados Mayores hacían su composición de lugar. Aquélla era una pequeña parte de la guerra.

Corrían los primeros días de agosto. Corrían rumores de que la División iba a cambiar de ambiente. Los soldados no sabían nada todavía; pero en el Cuartel General los allegados sabían que los aposentadores habían salido para un lugar a retaguardia.

Hacía calor, mucho calor. No tardaría en anochecer. Y vendría la Parrala, como todas las noches, de un tiempo a aquella parte. No le importaba gran cosa, aunque el poco tiempo que le faltaba para ser relevado debiera haberle vuelto más precavido.

Al asomarse a una ventana vio un grupo de prisioneros, de los que utilizaba Intendencia para descargar las grandes pacas de paja y heno que todos los días llegaban al apeadero del Cuartel General. ¡Siempre prisioneros! Aquellos mismos hombres u otros, pues en el campo de concentración había una mortalidad extraordinaria, también habían pasado por allí en invierno, cortando leña en los bosques inmediatos. ¡Siempre prisioneros!

Estaba harto de prisioneros. Olía a los prisioneros desde una legua. Y hasta que se reposaban sus primeras sensaciones una violenta náusea le revolvía el estómago. No es que despreciara a los rusos. Nada más lejos de su ánimo. En los muchos meses, casi un año que llevaba en el frente, había estudiado y creía conocer a los *ruskis* todo lo bien que un hombre puede conocer a otro. En contra de la suficiencia de la generalidad de los soldados, que veían a los rusos como algo inferior, él sabía que el soldado ruso era sufrido, animoso, capaz de llegar con sus ataques hasta las mismas trincheras adversarias, sin titubeo, hasta dejar allí la piel. No, el soldado ruso era buen soldado y estaba bien armado; aguantaba las indecibles calamidades de la guerra como los mismos españoles y no parecía importarle gran cosa la muerte.

Posiblemente tuviera miedo a los comisarios políticos, quizá fuera un despertar tardía del amor patrio, o una simple resistencia animal, simbolizaba su «Nietchevó»; pero lo cierto era que resistían como buenos. Así eran los soldados. Los mandos subalternos no eran malos del todo. Casi todos eran comunistas, pues la presión de los altos jefes hacía que los comisarios perdieran intermitentemente su influencia y pasaran a ser tenientes o capitanes, cuando no sargentos. El mucho tiempo de guerrear y las muchas palias tácticas de los alemanes les habían vuelto practicones y pegajosos, asimilando enseguida y copiando toda innovación guerrera. Los altos jefes no llegaban a los servicios de información de las divisiones; los Cuerpos de Ejército se los reservaban. De todas formas el Cuerpo de Ejército se llevaba todos los prisioneros. Ya se sabía; primeramente, sobre el mismo terreno, eran interrogados por los observadores de primera línea; luego eran mandados al Cuartel General y, por último, se los mandaba al Cuerpo de Ejército con el informe correspondiente, que los catalogaba en prisioneros propiamente dichos, evadidos y sospechosos de ser agentes de la Información enemiga.

En aquellos días, desde unas cuantas semanas antes, la lluvia de prisioneros era incesante. La descomposición de la gran bolsa había llenado los campos de soldados rusos, increíblemente destrozados. Habían resistido todo lo humanamente posible, hasta que la proximidad del invierno los había acobardado. Se decía que en una de las muchas operaciones se había encontrado un campamento donde en una olla se cocían trozos de carne humana. Él había interrogado a muchos sobre este extremo, negándolo todos.

Anochecía. Calor. Un suave olor a resina llegaba del bosque. Soldados españoles, en grupo, estaban cantando. Escuchó. Era una canción rusa, la «Katyusha»: «Rastsvetali iabloni i grushi / Poplyli tumany nad rekoj…». «Volverá la primavera a reír en los manzanos, volverá el sol a salir por las mañanas, volverán los pájaros a saludar su salida, y volveré a coger tu mano para decirte que te quiero…». Los españoles tenían buena perra con aquella canción, casi igual a la tomada por los alemanes con «La Paloma». Suspiró. De buena gana hubiera salido él también a cantar.

Pero tenía que pasar a limpio los resultados del último interrogatorio. Otra vez, ante la inminencia del trabajo, le volvía el olor a ruso. Creía que los informes obtenidos eran buenos. El prisionero, los prisioneros, mejor dicho, pues habían sido dos, habían confesado a disgusto, pero confesado. Álvarez, por principio, desconfiaba de aquellos que se precipitaban sobre los mapas para señalar las baterías. Corrientemente, un soldado es incapaz de leer en un mapa, lleno de signos que sólo un experto sabe leer. El que un prisionero leyera un mapa con soltura le acusaba. No pocos falsos evadidos se denunciaban así. Peor para ellos. Cuatro tiros en un rincón del bosque…

Había una cuestión que interesaba mucho al mando. Los rusos habían traído al frente un arma nueva, que los soldados llamaban el organillo de Stalin. Precisamente,

poco antes, se había intentado un golpe de mano por la desembocadura del Wolchow, a la altura del Monasterio de Jurewo, con la intención de procurarse prisioneros que facilitaran datos sobre la nueva arma. El golpe, pese a ir precedido de una cortina de humo y fuerte apoyo artillero, había fracasado. Únicamente se sabía que el nuevo artilugio disparaba seguidamente treinta y seis proyectiles, que estaban en un reducido espacio arando prácticamente el terreno. Los soldados tenían miedo. Les preocupaba el cortinaje de polvo y acero que se levantaba en unos instantes. El nombre de órgano les venía de que eran lanzados por tubos, parecidos a los de un órgano musical.

Uno de los prisioneros había dicho que los órganos eran trasladados a las inmediaciones del frente en camiones y de allí mismo eran disparados. Nada nuevo, desde luego, pues los soldados, cuando escuchaban en la noche ruido de motores aproximándose al frente se decían: «Mañana, música». Pero el detalle interesante estaba en que los camiones, por fuerza muy pesados, necesitaban variar constantemente el emplazamiento, pues siendo corto su alcance enseguida eran localizados. Disparaban unas andanadas… y a casita. Claro, esa preocupación por el detalle implicaba carreteras o terrenos practicables, que algunas veces existían y otras no. El prisionero, un tal Alexis Furka, dijera que él y otros muchos habían estado terraplenando y ensanchando algunos caminos, al norte del lago Kakomka, junto al río Msta, más abajo de Nowgorod, entre los marjales inmediatos a la costa oriental del lago Ilmen. Alexis, que había sido artillero, movía la cabeza al explicar lo que era un organillo. No le gustaba, al parecer. Decía que eran tubos lanzallamas y lanzagases, que estaban preparados por si se hacía guerra tóxica. Y que hacían más ruido que daño. Eran proyectiles huecos, destinados a contener mucho gas a presión, sin verdadero poder mortífero, pues sólo tenían aire…

Aquello tenía aire de ser verdad. Los informes recogidos en campo propio coincidían en resaltar que los proyectiles se fraccionaban, a lo más, en tres o cuatro pedazos, siendo únicamente muy fuerte la onda explosiva, que era la que más preocupaba a la tropa, como todos los ruidos.

En fin… Localizó en su mapa el punto que el ruso, después de mucho mirar, había señalado. Cuadrícula 86-06. Bosques y marjales. Canal de Siwersow, al sur del ferrocarril de vía estrecha a Krestzy, que si bien muy bombardeado, según el prisionero, no dejaba de funcionar.

Tardó una hora en redactar el informe. Para otro día, mañana quizá, redactaría otro sobre la composición de una brigada rusa. Había observado que al referirse a uno de los batallones lo llamaba el de las pistolas ametralladoras. Claro, que los rusos llamaban pistolas ametralladoras a los subfusiles, a los naranjeros; pero era extraño que una unidad tuviera más unidades de esta arma que la División propiamente dicha, que sólo tenía dos compañías.

Detalles, siempre detalles. El Mando siempre deseaba saber lo que tenía enfrente, sobre todo las baterías de artillería, de la estupenda artillería rusa. Sobre todo de sus

emplazamientos y en especial del famoso cañón del veinte coma tres, cañones que propiamente no pertenecían al armamento de la División, sino que formaban grupos especiales, costando por eso mucho más su localización. Por lo demás, ya se sabía; cada división rusa tenía treinta piezas del siete con seis, veinticinco obuses del doce coma dos, treinta y seis antitanques del cuatro con cinco y media docena de *Flaks*, sin contar el número abrumador de morteros, más de doscientos.

Apartó todas las notas. ¡Basta de problemas! Le dolía la cabeza, estaba cansado… Claro que en las trincheras lo estaban pasando peor. Pero él también había estado en las trincheras. Todo el invierno, en el Alcázar, la zona eternamente batida por las piezas de pequeño calibre y los morteros, donde había visto caer a tantos camaradas: capitán De la Riva, el gran muchacho que era Sánchez Bilbao, su compañero de promoción Astruga… Muchos. No, no era un enchufado. No le gustaba que le llamasen enchufado.

Era de noche. Una noche tan clara que se confundía con el crepúsculo. De los bosques llegaba un suave y profundo olor a tierra satisfecha. Un prisionero —¡otro prisionero!—, éste de los rescatados de los campos de concentración y que en el Cuartel General trabajaban de cocineros, leñadores y asistentes, murmuró, mitad en español mitad en ruso: «Noche buena, pan Álvarez… jarassó», «Da da, Micha; una noche estupenda». Se dejó oír un ruido lejano: «Chest takoi, Micha?». «La Parrala, pan…». «Sí, claro, la Parrala a j… la noche». «Da da…», contestó el otro, echándose a reír.

Álvarez también rió, sin saber a ciencia cierta por qué. Y medio ahogado por la risa tiró camino adelante, hasta donde los grandes hornos de Panificación cocían sus monstruosos panes…, hasta las alambradas, donde un centinela le dio el alto, sospechando quién sabe qué intenciones.

Cambio de Frente

Agosto, 1942

La vida de Wiritza era maravillosa. Se decía que la División estaría allí lo menos un mes. Carlos Ruiz echaba sus cuentas. Habían abandonado las posiciones y acantonamientos de Schinoga el día 19 de agosto… Hasta el 19 de septiembre faltaban…, faltaban quince días justos. El viaje por el conocido ferrocarril de Luga-Nowgorod, describiendo un ángulo recto, les había dejado en las inmediaciones de Wiritza. Otras unidades habían ido a parar a Susaniwo, Romola, Nowo-Lisino… La verdad era que toda la División estaba en danza.

Al dejar su viejo nido a los alemanes bien fardados de la División 20, que observaban con ojo crítico las instalaciones, tanto Carlos como sus compañeros de pelotón, David, Anselmo, Morrúo y demás, temían que los nuevos ocupantes mostraran de una forma u otra su desagrado, con lo cual hubiera habido jaleo del bueno. Pero los *doiches* habían abierto la boca en una amplia sonrisa.

—*Ja ja… Spanien gut; fild gut…*

—Anda, salao; así me gustan a mí los tíos —dijera el Morrúo.

—¡Morrúo…! —amonestó David—. No lo eches a perder a última hora. Ten un poco de continencia, hombre.

—Sólo me interesan en su aspecto… táctico. Son entendidos en la materia.

—Pues por eso…

En fin, los alemanes quedaban complacidos por las fortificaciones que se les dejaban. Y habían tomado el trole, como el Morrúo llamaba al tren, como en los viejos tiempos. Bueno, los viejos tiempos de los demás, pues Carlos había llegado con el sexto batallón de relevo. Pero casi podía considerarse de los antiguos, ya que detrás del suyo habían llegado otros seis batallones.

Como fuera, Wiritza era una ciudad estupenda. Por las tardes podían dedicarse a pasear. Y por las mañanas también se paseaba, no faltaba más, aunque los sargentos pusieran el grito en el cielo. Otoño. Un otoño suave, magnífico. La mejor estación del año. Los veteranos decían que el año anterior por aquellas fechas ya hacía frío, aunque ellos por entonces estuvieran en plena marcha. No importaba. Wiritza era el sueño de un soldado loco. Las tardes se remansaban en una orgía de luces rojas y doradas asomando encima de los altos y corpulentos árboles, enhiestos como mástiles.

Wiritza era una ciudad veraniega, respetada por la guerra. Largas y anchas calles, sin aceras, sembradas de hoteles y casas de madera, parecían esconderse en la espesura, como pasillos cortafuegos. Perderse por allí era una delicia. Las casas tenían, todas, las ventanas abiertas. Y vivía población civil en ella. Una población

civil que no era la mísera y acobardada de las aldeas en torno a Nowgorod, sino de gente bien vestida que hablaba alto y cantaba. Jóvenes, mujeres y hombres, parecían soportar a los soldados con paciencia y buen humor. Hubo unos instantes difíciles, cuando algunos se creyeron que estaban en terreno conquistado y querían resucitar las viejas mañas de los tiempos pasados: tirarse a la ventura, recorriendo casas hasta encontrar una con la luz encendida y entrar allí, armando jarana. Pero todo se resolvió bien. Por otra parte, allí no se necesitaba buscar aventuras. Sobraban. Los habitantes mismos, asomándose a sus ventanas, llamaban al primer grupo de españoles que veían pasar.

—¡Ah, Kamerades! ¡Kommen…!

Y allá que se iban los «Kamerades». Encontraban una estancia atestada de viejos muebles burgueses: cornucopias, chimeneas talladas, divanes tapizados, viejas litografías, pieles de oso por los rincones. De primer intento, se acobardaban. Pero cuando los huéspedes, entre risas, sacaban su aguardiente de ciruelas, entraba el jolgorio hasta que las patrullas alemanas de vigilancia imponían silencio.

El día anterior, Carlos, con David y el Morrúo, después de zascandilear en el mercadillo, donde unas aldeanas les dieron una cesta de huevos por unas botas, buscaron espacio para nuevas hazañas. En una casa, como todas, de grandes troncos, un piso y buhardillas sobre la planta y pare usted de contar, vieron a dos soldados alemanes y otros hombres, civiles, aporreando un piano. Había mujeres, es lo primero que vieron Carlos y David; lo que viera el Morrúo pertenecía al secreto de sumario, porque él no dijo nada, ocupado como iba con la cesta de *yaicos*.

Fueron recibidos con grandes gritos y aplausos. Correspondieron con toda gentileza y entraron, ocupando los lugares honoríficos, pese a que los alemanes eran oficiales. Allí no se entendía nadie; los civiles eran finlandeses, al parecer, pero con las palabras de ruso y alemán bastaba para entenderse, ya que, por mal ejemplo, para pedir vodka o aguardiente sólo se tenía que alargar el vaso.

Quien más éxito tuvo fue el Morrúo. El Morrúo era más feo que una mona, pero tenía muchísimo salero y bailaba a lo gitano con ondulaciones de junco. Pronto, entre él y un teniente se estableció una corriente de simpatías que exteriorizaban con medias palabras y risotadas.

Carlos, la verdad, no se daba mucha cuenta. Fue acaparado por una muchacha de pelo leonado, que, dijera lo que quisiera, tenía perfil judío. Dijo que se llamaba Eufrosina y que era enfermera. Carlos, la verdad, era la primera vez que tenía a una mujer hermosa, por que Eufrosina lo era, a menos de medio metro. Había escuchado a los veteranos estupendas relaciones de aventuras, sin saber si decían verdad o mentira. Ahora empezaba a creer que todo podía ser verdad. Verdad era que estaban en otoño, en una ciudad intacta, maravillosa, con una mujer que olía a limpio y a fruta en sazón.

Uno de los finlandeses sacó un acordeón y comenzó el baile. El Morrúo, que todo lo sabía, también agarró el fuelle para cantar la canción de moda en España y que

llevaban al frente los recién llegados: «Tatuaje». «Él llegó en un barco / de rumbo ignorado, / lo encontré en el puerto / un anochecer…». Tan triste y feo se ponía que los otros se desarmaban de risa.

Eufrosina sacó a Carlos a pasear un poco por el jardín. Fue ella la que se atrevió, besándole experimentadamente. Carlos no necesitó muchas lecciones. Al poco rato la judía, toda sofocada, pedía cuartel. Carlos insistía… «Mañana», decía, con la segunda palabra española aprendida.

Bien… Al cabo, era un mañana que no estaba muy lejos. El Morrúo estaba repitiendo su canción canalla. Quedaron unos minutos en silencio, escuchando. Era de noche ya. La paz del ambiente era tal, y tan triste la voz del camarada, que Carlos no pudo evitar que se le humedecieran los ojos. Eufrosina le miró largamente. Y soltando su mano se arregló el vestido y la cabellera, en un gesto casi pudoroso, casto. No volvieron a besarse. Y sin embargo, Carlos hubiera jurado que estaban más juntos que antes, más unidos, respirando vida en la noche clara, vida de soldado quizá con las horas contadas. La mujer, con mayor intuición, lo comprendía mejor.

Llegó la hora de marcharse. Fue una despedida un tanto turbia de alcohol, excepto en Carlos y la muchacha. El Morrúo se olvidó la cesta de los huevos y sólo recordó la omisión cuando estaban lejos. Quería volver; pero le convencieron.

—Mañana —dijo David.

—Bueno, mañana…

—Sí, mañana —apostilló Carlos.

El mañana, el presente, no llegó. Por la tarde, cuando se disponían a salir, el capitán reunió a la compañía para decir que al amanecer, o antes, se saldría para el nuevo frente.

—Que esté todo preparado. No quiero despistes.

—¿No íbamos a estar un mes?

—¿Un mes? Dos semanas es mucho en la vida de un soldado —dijo el capi, algo taciturno.

Fue cayendo lentamente la tarde, entre rojos y dorados, como todos los días. Armas nuevas, arneses para los caballos. Municiones y mochilas… El Morrúo se escondió en un rincón, para llorar, según descubrieron Carlos y David.

—¡Cerdo! —gruñó David—. ¡Lloras por tu teniente!

—No, no, te lo juro. Es por la cesta. Te aseguro que es por la cesta.

—Es tu teniente. Me jugaría el pescuezo que es tu teniente. ¡Te voy a dar una patada en el culo…!

—No seas así, David…

—¿No ves cómo llora…?

—Déjale, David… No seas así.

Ya con las sombras de los abedules lamiendo los suelos, Carlos no pudo resistir más y se escabulló. No pudo encontrar la casa. Anduvo tres horas revisando casas, escuchando los ruidos, las músicas, las canciones que se escapaban por las ventanas.

No pudo encontrar la casa. Debió acompañarse del Morrúo, más listo… No encontraba la casa. Eufrosina estaría esperando… No encontraba la casa… Una mujer que había estado tan cerca. Tan cerca la había tenido que había llegado a quererla… No encontraba la casa… Era su primer encuentro con la mujer… No encontraba la casa… Estaría esperando… Estaría esperando…

No encontró la casa.

Frente a Leningrado

Luís Forcada había llegado con el 13.º Batallón de marcha, con el comandante Palazón, y casi inmediatamente, sin tiempo para llenar los ojos o el alma, o la experiencia, como decían algunos, se encontraba en el frente. Unos pocos días, muy pocos, de instrucción y de acoplamiento y enseguida al frente, destinado al 1.º Batallón del Regimiento dos-seis-nueve.

La necesidad de espabilar le hacía estar siempre con las orejas pinas y los ojos abiertos. No se podía dormir, no, de ninguna manera. Forcada traía de España un fondo tremendo de admiración por los veteranos. Luego, en los escasos días que llevaba conviviendo con ellos, éstos, que no eran muy modestos, precisamente, le habían aturdido más y mejor. El Primero de Esparza por aquí, el 1.º de Esparza por allá. Y vengan nombres. Sitno, Otensky, Possad, Udarnik… Y cruces de Hierro y de la jalogna, que decían ellos, adornando todos los ojales.

Cada vez que un veterano le hablaba, sentía deseos de cuadrarse, como cuando se encontraba delante de un oficial. Al llegar a las trincheras, observaba con el rabillo del ojo la postura del veterano más cercano, para imitarle, aunque a veces fuera difícil, demasiado difícil, sobre todo cuando los morteros castigaban los parapetos y los otros se empeñaban en fumar, tan tranquilos. No había muchos veteranos, la verdad; apenas veinte en su compañía, que eran mimados por los oficiales. Al llegar los nuevos, los de relevo, la escasez de hombres hacía que fueran inmediatamente para arriba, como decían todos a las trincheras; pero el casi absoluto desconocimiento que la mitad de los recién llegados tenían para las cosas de la guerra, aconsejaba tomar precauciones. Por ejemplo, una semana intensiva de instrucción para enseñar lo más indispensable; después, la incorporación progresiva al batallón o compañías que cada regimiento tenía en reserva, permaneciendo allí dos o tres semanas. Y al frente. Aunque los capitanes lo disimulaban, lo cierto era que con ellos mostraban un cuidado especial, mezclándolos con veteranos otras dos o tres semanas, hasta el extremo de hacer los servicios mitad y mitad, hasta que llegara el tiempo de campar cada uno por su lado, por ser todos veteranos, cosa que en la guerra no se tarda en alcanzar, si antes no se la diña, claro.

Forcada, en ese período timbal, había tenido a su lado a un muchacho de Ceuta, llamado Ángel Cruz, gaditano él y con más conchas que una tortuga. Forcada había aprendido muchas cosas; las estaba aprendiendo… Forcada, en sus lecturas de guerra, desde *El Fuego*, de Barbusse, hasta *Sin novedad en el frente*, de Remarque, se había forjado una idea convencional del frente: líneas de trincheras, refugios llenos de ratas, cañoneo, fango y alambradas delante de las zanjas. Nada de aquello faltaba en el sector. Lo curioso era que los veteranos no parecían estar muy contentos.

El frente del Wolchow, el famoso frente del Wolchow, decían ellos, se caracterizaba por su amplio horizonte, por sus llanuras onduladas descendiendo hacia

el río, con manchas verdes de bosques en las retaguardias y poblados semidestruidos a lo largo de las carreteras, sin líneas propiamente dichas.

El nuevo frente era todo lo contrario. De una zona rural se pasaba a los inmediatos arrabales de una gran ciudad, en una zona llena de palacios, aldeas y villas de recreo, de residencias veraniegas, con terreno más accidentado y con vías de comunicación por todas partes, especialmente de ferrocarril, que aquello parecía una red de araña.

La División, decían, ocupaba un sector de más de veinte kilómetros, relevando a la División 121, desde Alexandrowka, un poco más arriba en Puschkin, hasta algo más allá de Krassnyj Bor, en un saliente frente a un arrabal de Leningrado que llamaban Kolpino. Todo, claro, lo habían ido sabiendo poco a poco. El Regimiento dos-seis-nueve ocupaba el centro del sector. Hacia arriba, hacia el Báltico, enlazando con la 2.ª Brigada motorizada de las SS, agregada a la División 212, estaba el Regimiento dos-seis-tres, hasta un río que llamaban Slawianka. Desde allí hasta el río Ishora, unos siete kilómetros, lo ocupaban ellos. Venía después, desde el Ishora hasta el Tosno, frente a Kolpino, el Batallón 250 y el Regimiento dos-seis-dos.

Tal era, poco más o menos, lo que se sabía. Se sabía también que el Puesto de Mando del Batallón estaba junto al trincherón de evacuación, en Lipizy, y el del Regimiento en Slutz. Enfrente, claro, tenían a los rusos. No se podía decir gran cosa del frente enemigo. Una tierra de nadie increíblemente desolada, donde las malezas habían crecido salvajemente, acribillada de embudos y terriblemente árida. Desde los observatorios se veían alambradas, moles inmensas de fábricas semiderruidas y las elevadas cunetas de una vía de ferrocarril. El Slawianka hendía el frente ruso, buscando las aguas madres del Neva.

A los soldados les parecía bien el frente. Incluso los veteranos se hacían lenguas. Los alemanes habían dejado las líneas completas, con sus alambradas, sus refugios, puestos antitanques y nidos de armas automáticas. Sin embargo, los oficiales se quejaban. Decían que aquello no valía nada, pues era demasiado lineal, sin profundidad. Se veían en perspectiva trabajos de acondicionamiento. Los alemanes, por lo visto, en cuestión de guerra defensiva seguían en los años 1914-18. Claro que era digno de tenerse en cuenta, charlaban los oficiales, que los alemanes no habían pensado en defenderse frente a Leningrado, sino en atacar. Y aquellas posiciones sólo eran meros apuntalamientos, meros refugios.

Esa palabra, meros, le hacía mucha gracia a Forcada. Alguien la diñaba: un mero tiro con desgracia; uno se encontraba un tortazo a la vuelta de la esquina, meramente una mala suerte.

Pero, en fin, la cosa tenía sus pelendengues. El mes de septiembre estaba acabando. Comenzaba a hacer frío, aunque los veteranos se empeñaban en hacer el hombrín, despreciando los minúsculos tres bajo cero del amanecer. A Forcada le parecía un frío muy respetable, sobre todo después de una mojadura.

Detrás de la primera línea había algunas zanjas antitanques y unos ramales

grandes de trincheras para enlazar los subsectores. Los PC de las compañías estaban sobre la misma línea, rodeados de minas antitanques, y siempre con un observatorio cerca. Los cañones antitanques de la Catorce, más dos secciones de los antitanques divisionarios andaban también por allí, pegándose la gran vida. A Forcada le gustaban los antitanques. Le hubiera seducido mucho manejar uno de aquellos pequeños cañones. Todo se andaría…

Los trozos de trinchera enseguida se bautizaban. Los jefes tenían otros, para sus mapas. Para los soldados, eran: «Luz», que quedaba del lado del dos-seis-tres: «Luisa», «Pilar», «Esther», «Tere», «Rosita», «Inés»… y así bastantes. De modo que cuando un oficial decía:

—Date un garbeo por la Inés y si ves al teniente Manzano que te devuelva los prismáticos, que ya está bien, hombre, quince días que los tiene…

Ya se sabía que le mandaba a la segunda línea, a la batería de piezas de acompañamiento. Claro, aquello estaba muy bien; pero hasta dominar la topografía más de uno y más de dos se habían dejado el pellejo entre las minas. Y también los había que despreciando los trincherones gustaban de caminar por arriba, con inminente riesgo de que le cascaran.

De noche, el frente tenía otros atractivos. La tierra de nadie se encendía en bengalas. Los puestos de escucha se abrían sorteando las minas para adentrarse en el terreno de nadie. Aun en los momentos silenciosos un rumor de hombres topos sacudía el aire. Era un extraño ruido, entre alarido, queja y rumor siniestro de cañonazo o bomba estallando. A lo lejos, un macizo haz de luces. Allí estaba Leningrado. Algunas noches los alemanes, los aviones alemanes, bombardeaban la ciudad. El cielo era entonces un espectáculo maravilloso. Decenas de reflectores elevaban su luz, entrecruzándose, derrochando pinceladas luminosas en busca del intruso. Los antiaéreos y las balas trazadoras restallaban como cohetes. Cuando dos o más proyectores coincidían, un cacho de cielo se iluminaba y formaba un redondel movible, donde se imaginaba uno que estaba prisionero el pajarraco de acero. Entre el granizado de los cañones defensores resonaban, con estertorosa voz de león viejo, las bombas de la aviación. Después, cuando los aviones se retiraban, las luces se apagaban de repente y una enorme oscuridad llenaba el horizonte. Los aviones, de regreso a la base de Gattschina, pasaban por encima. Cruz, el veterano, decía escuchando el ruido de los motores:

—Ése va tocado. Me jugaría esto…

Y Forcada, también, creía escuchar cómo fallaba uno de los motores.

La Compañía ocupaba un kilómetro de línea. Las trincheras, una sola, en realidad, parecía tener como misión reunir a los infantes en derredor de las máquinas pesadas, dispuestas de trecho en trecho y que eran las únicas que tenían un nido fortificado. Por otra parte, la zanja era tan poco honda que se debía caminar agachado, bajo pena de recibir un balazo en la cabeza, como a más de uno le sucedió, pues al parecer los *ruskis* tenían enfrente especialistas con fusiles telemétricos destinados a cazar carne

humana, misión guerrera que a Forcada le parecía inconcebible.

Pronto se le puso de manifiesto a Forcada que la guerra no consistía sólo en pegar tiros. Se impuso el trabajar, y trabajar duramente, cegando ramales inútiles de trincheras, cavando y fortificando los emplazamientos de los antitanques y piezas de acompañamiento; instalar campos de minas y escalonar los centros de resistencia, amén de hacer zanjas para enterrar las líneas telefónicas, trabajo penoso y muy lento.

A Forcada le salieron muy pronto callos en las manos. Y muy pronto tuvo también cara de sueño, como los veteranos. Hasta adquirió, en gran parte, el gesto displicente de los antiguos, aquella mueca de hastío que encubría el sueño, el hambre y el miedo. No obstante, cuando miraba a su camarada Cruz, notaba que no estaba bastante curtido. Debía aprender a diferenciar los cañonazos que pasaban largo de los que venían justos; debería, en fin, aprender a moverse con rapidez para llegar el primero al rancho y con lentitud para ser el último ante el pico y la pala. Todo se andaría…

Doce de Octubre

Tenía frío. Y estaba temblando. Lo disimulaba como podía, que era mal, igual que Jabonero, que tiritaba a su lado, con tanto o mayor disimulo que el suyo. Muñoz, en un rincón, con la maldita bomba llena de sangre, parecía tener fiebre.

No, miedo no era; no tenía miedo, la verdad. Ni tampoco Jabonero. Ni Muñoz… «¡Deja ya de mirarte la mano, cabestro…!». La situación no había quien la entendiera; los tiros tan pronto sonaban a la derecha como a la izquierda. Pero no tenían miedo. La misión era tan sencilla que se podía cumplir con los ojos cerrados. Todo consistía en cerrar el paso a quienes viniendo de la primera línea intentaran aprovechar aquel ramal; ramal que llegaba hasta el camino de evacuación, hasta la posición del antitanque.

Los rusos debían andar por todos los lados. Se infiltraron como si fueran invisibles. ¡Y habían tenido la maldita pata de ir en la hora de la cena, cuando estaban retirando el rancho! ¡Mal rayo les quemara los hocicos! Por allí no pasarían. El capitán Portolés dijera: «El corto a Regina, Elpidio… ¡¡Vamos!!». Y allí estaban.

Muñoz parecía tener fiebre. Desde luego, lo que le había pasado tenía su miga, sí, señor. Al obedecer las órdenes del capitán y salir corriendo de la trinchera hacia el lugar de la infiltración, Muñoz se había adelantado. Él, Elpidio, con Jabonero, iba detrás. Y habían alcanzado a Muñoz cuando éste, como un loco, estaba golpeando con una bomba de mano a un cuerpo recostado sobre uno de los taludes. Los golpes sonaban apagados, secos, absorbidos por el jadeo humano de los contendientes que, sin gritos, llenaban la zanja de odio y desesperación. Se adelantó, empuñando la pistola. Tardó unos instantes en comprender. Muñoz golpeaba con su bomba a un cadáver, machacando una cabeza que apenas tenía ya forma de tal.

—¡Basta…! ¡Muñoz! ¡Déjalo ya!

Y Muñoz se había detenido con la mano en alto, sorprendido. Debió creerse que sólo estaban en el mundo él y el ruso, porque ruso era el «otro», que al ser abandonado se deslizó al fondo de la trinchera como si fuera un trapo. Muñoz, entrecortadamente, explicó que se había encontrado al *ruski* en la zanja, apuntándole con el fusil. Por un verdadero milagro había desviado el arma con una mano y con la otra, donde llevaba la bomba de palo, lo único que tenía, empezó a golpear. Hasta que le interrumpieron.

Reconocido el ruso, y despojado del armamento, entre Jabonero y él lo habían arrojado fuera del parapeto, sin perder tiempo, que no estaba el ídem para monsergas. Y allí estaban, taponando la brecha, Muñoz con su bomba y su puño lleno de sangre sufriendo con efectos retroactivos la fiebre del encuentro, y Jabonero, que temblaba, que temblaba.

No parecía que los tiros se acercaran… Buen muchacho Jabonero. Por aquello del apellido debía el hombre aguantar más que un león. Había llegado a enfadarse ante

una simple llamada. Claro que le llamaban con una mala leche tremenda:

—¡Eh, Jabonero…!

Y cuando volvía la cabeza, ellos torcían, así, la diestra mano:

—¡Aquí, aquí, Jabonero…!

Y luego las indirectas: «Es un jabonero estupendo», «yo creo que dará buen juego…», «porque en la noble lid de la guerra los… soldados predestinados…».

Y el otro, tragando mecha. Sintió deseos de disculparse, por él, por todos. La guerra…

—¡Hola, muchacho! ¿Frío, verdad…? —dijo.

—No, miedo —respondió.

¡Caramba! Muñoz se acercó un poco y se levantó para asomar la cabeza por encima de un saco terrero. Una bengala ardió en aquel mismo instante. Muñoz no se preocupó por eso y siguió observando.

—¿Qué has visto?

—Nada.

Muy bien. A esperar se ha dicho. Tenía hambre. Las marmitas las habían dejado en una especie de nicho. Con la ayuda de Dios, si salía vivo, las iría a buscar. Estando en posición, la hora de la pitanza tenía una importante extraordinaria. Un año, justo, que celebraban aquel día, llevaba la División en línea. Un año de experiencias para Elpidio. Jabonero no; era un mermelada. Muñoz también, pero menos, pues llevaba ya seis meses en el ajo.

Un año… ¿Un año…? Un día, una hora, un minuto… Todo el tiempo pasado venía a ser lo mismo. Elpidio había luchado en el Wolchow y ahora estaba delante de Leningrado, de Kolpino, para ser más exacto, teniendo a Krassnyj Bor a las espaldas. ¿Había cambiado algo…? No… Bueno, por cambiar, había cambiado la guerra. En las nuevas posiciones era todo diferente. Recordaba, de las antiguas, una frase del capitán Portolés, una noche que, algo bebido, había ido con otro oficial amigo a recorrer la primera línea. Éste, el amigo, había mostrado deseos de saludar con una ráfaga la línea contraria. Y Portolés dijera: «Por mí… Pero éstos se tienen que quedar aquí toda la noche, mientras nosotros nos marcharemos…». Quería decir que no hostilizando tontamente al enemigo éste tampoco hostilizaba.

Pero en el nuevo frente no había componendas. Aquélla era la guerra de trincheras, con toda su miseria, con sus muertes traicioneras, con las infiltraciones constantes de los rusos, sorprendiendo centinelas y colocando minas. La muerte en las trincheras.

Harto de enfrascarse en pensamientos prestó atención. Nada parecía moverse… Eran las tres de la mañana. Llevaba tres horas en aquel recodo, esperando… Sí, la muerte traicionera. El teniente Cosculluela muriendo sin darse cuenta. Era de los viejos. Era el teniente Cabestro, como él decía, como él llamaba a los demás. Era fácil y doloroso evocarle. Llenaba la trinchera. En la mano su cachava: «¡Hola, cacho cabestro! ¿Qué haces?». «Nada, mi teniente». «¡Hombre, me gusta…! ¡Ya te buscaré

yo algo, cabestro mío…!». Todo el mundo era un cabestro para él. Las malas lenguas decían que una vez dijera al comandante: «Sí, mi cabestro». «¿Cómo…?». «No, mi comandante». «¡Ah, bueno…!».

Estaba muerto. Le gustaba andar encima del parapeto y una ráfaga le había tronchado. Hacía poco. ¿El tiempo? ¿Qué era el tiempo, dónde estaba el tiempo? Poco antes, una hora antes, había muerto Pablito Arredondo. Elpidio le había visto en la chabola del capitán, sin armas, sorprendido, como todos. Y decía: «¡Iré con piedras, he dicho que iré con piedras!». Y ahora estaba muerto, un balazo…

¿El tiempo? ¿Un año? El frío entre un año y otro. Y la muerte. Y el recuerdo. Como una cometa de cola muy larga. Le repatriarían. Deseaba ser repatriado. Arredondo no había querido y… Elpidio, sí, sí quería. Y estaba asombrado. No recordaba qué otro mundo podía haber fuera de las trincheras. La acuciante necesidad de dedicar todos los pensamientos del día a la resolución de un problema vital le tenía vaciado el cerebro. Cada vez que intentaba darle marcha atrás a las ideas le costaba un trabajo tremendo, más trabajo cada día. Casi llegaba a creer que era mentira la existencia de otras tareas, otros placeres; ir al cine, sacar a bailar a una chica, dormir entre sábanas… ¿existirían tales cosas? No; el mundo entero estaba involucrado en la misma guerra. No quedaban cines, sábanas ni chicas en el mundo… ¡No…!

Debió gritar, porque Jabonero se quedó mirando.

Estalló, entonces, muy cerca, una bomba de mano. Una bengala… Gritos… Y pasos, pasos al galope, no por la trinchera, sino por arriba. Eran rusos, los gritos eran rusos; y los disparos también, que un veterano lo sabía…

Elpidio, entre Jabonero y Muñoz, se vio envuelto en un círculo de fuego. Los *ruskis* venían de frente. Un pelotón. No esperaban encontrar a nadie. Elpidio tenía la pistola ametralladora del capitán, Jabonero la dotación normal y Muñoz la bomba de mano, que arrojó enseguida, y el armamento del ruso muerto.

El grupo enemigo se disolvió enseguida. Cayeron dos y los demás desaparecieron en la niebla. La noche era oscura; pero Elpidio veía brillar los ojos de sus camaradas. Y seguro que los otros veían igualmente los suyos.

Durante unos minutos permanecieron ensordecidos por el silencio. Luego, a derecha e izquierda, restallaron los trallazos de una pieza antitanque. Uno de los rusos gemía. Se miraron. No sabían qué hacer. Muñoz quiso salir y Elpidio se lo impidió.

—¡Quieto! ¡Atiende al recodo…!

Silbaban, muy cerca, las balas. Agacharon las cabezas hasta que unos gritos, por detrás, pusieron en carne viva su curiosidad. Eran españoles. El jaleo de momentos antes, sin duda, había llamado su atención. Y venían. Elpidio rezó, muy bajito, y muy cortito, una oración. Se alegraba que vinieran, que el desconcierto se hubiera superado. Las voces decían: «España, España, España… ¡Viva la Décima!».

Y de pronto, entre los jirones de lo que no se sabía si era niebla o humo de las armas, aparecieron unos cuerpos. El capitán Portolés delante. Elpidio se acordó de una canción que tarareaba su hermanita: «Mi marido es alto y rubio / alto y rubio,

aragonés…».

Los recién llegados, una sección, se dejaron caer en la zanja, rebosándola.

—¿Novedad, muchachos?

—Ninguna, mi capitán. Venían por ahí y…

—Muy bien…

Por lo visto, según decían todos, bueno, o casi todos, la situación se estaba encauzando. El capitán, con la sección, iba recorriendo las posiciones, ojeando a los *ruskis* en una dirección, reuniendo y agrupando a los españoles antes dispersos. Hasta allí habían llegado. La situación había llegado a ser grave. Pero estaba dominada.

Bien, ahora adelante, hacia la posición Bosque, donde sonaban tiros. Salieron todos, extendiéndose a derecha e izquierda, avanzando con precauciones. Tropezaron con los rusos de antes. Estaban muertos los dos. Bien. Adelante. Buscar, reunir, escudriñar en los agujeros, en las revueltas… Un *ruski* fue sorprendido en una cuneta y le cayó tanta metralla encima que quedó convertido en un guiñapo.

Una hora después todo estaba terminado, las posiciones restablecidas y los rusos, los que quedaban, muy pocos, ahuyentados. Tropezaron con camaradas muertos… Gritos… «¡Hurra, hurra, hurra…! ¿Quién puede vencer a la Décima compañía del dos-seis-dos? ¡Hurra, hurra, hurra!».

Y Elpidio se repetía: ¿Quién? ¿Quién? ¿Quién…? «No hay quien pueda, / no hay quien pueda, / con la gente marinera, / con la gente marinera, / no hay quien pueda…». Y entonces se acordó de las marmitas. Salió corriendo. Las encontró. Pero estaban vacías. Vacías y amorosamente colocadas en el mismo lugar, para mayor escarnio. Tardó no poco en encontrar las palabras precisas. Y fueron tremendas, tremendas de verdad…

Puschkin

Los alemanes de la Kompañía —con K— de Propaganda vendían fotografías de Puschkin, del palacio de Puschkin, del parque, de los estanques. Bueno, los alemanes siempre estaban vendiendo o cambiando fotografías, ya fueran de Puschkin o de Gattschina, llamada por los rusos Krasnogvardeysk —que significaba Guardia Roja—, donde el palacio circular de Catalina la Grande tenía unos frescos y unas tallas de lo más sugerente.

Barahona estaba en aquellos momentos acordándose de las fotografías. Estaba viendo lo mismo, pero con más frío, pues las fotografías se podían admirar a la luz de una vela. Y él estaba en el último piso del Palacio de Verano. Divisaba los parques, los estanques que comenzaban a helarse por las noches, las largas avenidas llenas de villas, derruidas unas, saqueadas otras. Y más allá, el frente, y Leningrado, y una tierra oscura: el istmo de Carelia, Finlandia.

Bueno era subirse a una torre; bueno era ir conociendo el frente, aunque fuera desde Puschkin, aunque fuera desde una torre palacial. No se veía gran cosa. La imperiosa necesidad de esconder las posiciones a la observación enemiga hacía que hasta vistas del lado propio, y desde una altura, se encontraran extrañamente cambiadas. Aquella larga avenida… sí, hasta Nowaja, donde la 11.ª se partía los cuernos; la vía de ferrocarril, derecha como una saeta, partía del bosque de Kussino. Y por allá, por la izquierda, el camino a las alturas de Pulkowo señalaba la línea de trincheras. Sí, todo era acostumbrarse a la vista de pájaro. Mirando a la derecha se veía Slutz, entre jardines, bosques y carreteras, donde tenían los Puestos de Mando el regimiento dos-seis-nueve y el primer Grupo de Artillería. Hasta un cementerio había, que crecía de día en día. Más abajo, en las residencias señoriales de Proposkaya, estaba el Cuartel General.

Entrañables rincones todos, amados y odiados al mismo tiempo. Y, como un sueño, la masa informe de Leningrado, que los alemanes se empeñaban en llamar Petersburgo. Con un telémetro se veía mejor todo, desde luego… Los caminos, convertidos sus taludes en caminos de protección, los ferrocarriles, los riachos, todo, todo convergía hacia el embudo que se llamaba Leningrado. Hasta los esfuerzos de centenares de miles de hombres, con su sangre derramada, y sus odios, y sus esperanzas. El río Neva se acercaba a la ciudad, entre ruinas y chimeneas de fábricas convertidas en fortines; partía la ciudad en dos trozos desiguales y en el estuario formaba tres enormes islas que se adivinaban sembradas de astilleros, bases marinas y cuarteles.

San Petersburgo, la vieja capital de Rusia, cuando Rusia era la madrecita, la blanca… Naturalmente, Barahona no conocía Leningrado, salvo por lecturas más o menos juveniles. Se imaginaba, pues, los puentes sobre el Neva, la Perspectiva Nevada, la célebre estatua del hombre y el caballo, el Palacio de Invierno, los pétreos

barrios surgidos del capricho o la clarividencia de Pedro el Grande…

Históricamente tampoco sabía mucho más. San Petersburgo, ventana rusa hacia Occidente, la única ventana, cerrada hogaño, vencida por Moscú, la boyarda, pese a haber sido la cima de la revolución. San Petersburgo, Petersburgo, Petrogrado, Leningrado… La evolución de una sociedad a través de los nombres. La corte imperial, los palacios, la nobleza dueña de vidas y haciendas, los *rabotschi* y los monjes de largas barbas. Todo un cambio, desde el San Petersburgo de Las Veladas…, descrito por Le Maistre, con sus saraos palatinos donde los favoritos de la emperatriz se disputaban el poder con las armas del amor, al actual Leningrado, agarrado en la trampa, hambriento, reducido a puro armazón de ciudad enteramente proletaria.

Barahona, paseando por las calles de Puschkin, había encontrado en una dacha medio derrumbada, una Historia del Partido Comunista. No entendía el ruso, claro, pero las fotografías hablaban con tremenda fuerza. Aquel Leningrado había acunado la revolución. Visto desde Puschkin, que no era otra cosa que un capricho soberano, el Palacio de unos emperadores, Tzarkoie Sheló, Leningrado aparecía ante los ojos del hombre español, hombre de su tiempo, con la misma fuerza que un día debió tener. Casi se sentía Zar y Gran Duque ruso, desde Puschkin, desde Tzarkoie Sheló, al fin y al cabo refugio grato en los días de tormenta.

Los hombres, los centenares de millares de hombres ahora refugiados en Leningrado, no podían por menos de pensar que eran atacados desde aquel refugio, desde aquel palacio imperial. Y Barahona se decía que todo aquello causaba daños a la causa de Europa. Hubiera sido mejor que todo fuera al revés, para que la Historia no fuese recordada. Murawiew, Rasputín, el cura Gapón —cuya figura colgada del quicio de una puerta publicaban las historias rusas—, el zar, Zarzavin —jefe de la *Ojrana*—, María Spiridonowna, Rozienko —Presidente de la Duma—, Lenin, Kerensky, Malinowsky…, todos aquellos nombres representaban al Leningrado del 1905.

A Barahona le hubiera gustado gritar, desde el Palacio: «Mirad, vosotros, los de San Petersburgo… Nosotros estamos aquí; pero no habitamos el palacio. Está destruido y no lo habitamos. Muchos palacios están destruidos. Nosotros somos Europa, venimos en nombre de Europa. Queremos abrir de nuevo la ventana a Occidente que vuestros tiranos han cerrado… ¡Ya sé, ya sé…! Hemos venido invadiendo vuestra tierra; pero el caso es que las grandes transmutaciones de la Historia sólo llegan a producirse por la fuerza. Por la fuerza que vosotros no teníais para derribar a vuestros opresores…».

Silbó un cañonazo y se estremecieron todos los árboles. Barahona también, la verdad. Y se pasaron las ganas de discursear más. Abandonó el balcón. Caminó apresurado por los grandes salones, llenos de falsos artesonados caídos de los techos. Galopó por las escaleras. Y salió al jardín por la puerta del estanque, sobre la terraza. La tarde se apagaba. Nubes muy bajas anunciaban nieve. El invierno se había

retrasado; pero no tardaría en llegar con su cortejo de heladas y soles pálidos entre nubes de celofán.

El Palacio de Verano se quedaría solitario. Los soldados españoles vivirían, vivían, en las trincheras llenas de piojos, ante el parapeto, ante la desolada tierra de nadie que a todos les dolía en el corazón, comprendiendo que era la barrera, la eterna barrera. San Petersburgo podría ser admirado a través de un telémetro… La imaginación borraría el tremendo arrabal de Kolpino, las fortificaciones, los tranvías derrumbados, la tierra de nadie. La imaginación llegaría hasta el mar, hasta las torres de San Pedro y San Pablo, hasta la primavera rusa llena de jubilosos «¡Christus Voskris!», Cristo resucitado, Cristo recobrado en la monotonía de la inmensa llanura. Y Rusia también resucitaría. Para eso estaban muriendo muchos hombres. O, quizá, estaba soñando… Soñar y morir, cosa que, al fin y al cabo, no estaba del todo mal.

Y Barahona se marchó a su chabola murmurando: «Y con vuestro permiso, estimados enemigos, nosotros vamos a seguir soñando».

Golpe de mano

El sector que ocupaba la Sexta compañía del dos-seis-dos, dentro del que a su vez ocupaba el Regimiento —toda el ala derecha— era uno de los más peliagudos. El peligroso saliente de Krassnyj Bor, peligroso para el enemigo, naturalmente, avanzaba hacia Kolpino, saltando sobre los terrenos ondulados de Torfs y los dos Ishorka, salvando los bosques de Krassnyj Bor y Sablino.

Diciembre estaba dando las boqueadas. Detrás, apenas unos días, quedaban las alegres jornadas de Navidad, las segundas que los españoles pasaban lejos de su patria. Bueno, no todos; de los antiguos sólo quedaban dos expediciones para repatriar, apenas tres mil hombres, tres mil hombres, claro, sin contar a los que habían vuelto otra vez, como Espejo, como Urrutia, como Baldomero y tantos más, que empezaban a un tiempo el borrón y la cuenta nueva. Y contando, eso sí, a los oficiales, que no podían ser relevados al mismo ritmo que los soldados.

Diciembre había llegado y se estaba terminando. Había traído para los antiguos pocas novedades, para los nuevos no muchas más, pues la nieve, el frío, las añoranzas de la patria eran cosas que ya estaban servidas en los meses anteriores, aunque fuese en dosis homeopáticas. En plenas fiestas, si es que fiestas podían considerarse, la guerra había continuado. El capitán Portolés, de la 10.ª, había muerto. Muerto de una manera tonta, en un día de calma, un día de los «Sin novedad en el frente». Un morterazo sobre una trinchera y un hombre magnífico que se perdía. Mala suerte, asquerosa mala suerte.

Ya faltaba poco. Los oficiales estaban estudiando el terreno hasta los menores detalles. La Compañía se preparaba. La sección de Zapadores también se preparaba. Preparaba sus minas, sus explosivos, sus detectores. No tardaría en empezar el follón. Tendría la artillería que preparar el terreno. Se decía que la Artillería prepararía el asunto. Eso se esperaba.

Marcos Chinchilla esperaba, como todos. Iba cargado de bombas y municiones hasta el límite. Llevaba el camuflaje puesto, bien puesto, con la parte blanca hacia afuera. Todos lo llevaban así. El golpe de mano iba a ser de los buenos. Intervendría toda la compañía… Lo malo era que la Artillería se estaba retrasando. Le parecía a Marcos que se estaba retrasando. Claro que él no podía conocer la hora exacta. Los oficiales sí lo sabían, claro, y se estaban enfriando el puente de la nariz de tanto observar con telémetro y prismáticos el campo enemigo. Marcos tenía buena vista y no le hacían falta aparatos, aunque la capa de nieve engañaba mucho y todo lo escondía.

Desde luego, la cosa tenía mucha gracia. A la derecha de la línea férrea —la grande, la de Moscú-Kolpino-Leningrado— los *ruskis* se estaban fortificando. No tenía pérdida…, siguiendo la línea férrea, cuyos taludes estaban convertidos en cuevas de topos humanos, a la derecha, se les veía claramente, trabajando, se podía

decir así, con una enorme frescura. Las líneas rusas quedaban a quinientos metros de la posición propia, y la nueva fortificación rusa quería ser una avanzadilla, doscientos metros más adelante. Aquello no se podía consentir de ninguna manera…

Los oficiales y sargentos pasaron llamando la atención. «Todos preparados, ¡eh!», y los cabos repetían a su pelotón: «¿Todos preparados? ¡Cuidado con rajarse!». «Bueno, hombre, bueno. ¿Y la artillería?». «Ahora»… Y acertaron. Un rafagazo de fuego pasó por encima. Antes de poder pestañear, los obuses estallaron en la línea de enfrente. Marcos consultó su reloj: la una de la tarde. ¡Buena hora para un golpe de mano, en pleno día, un día frío e insoportable, pero con sol magnífico convirtiendo en diamantes los cristales de la nieve! Bueno…

Y Marcos abrió los ojos para enterarse bien de lo que sucedía, acodado en el parapeto, Y lo que sucedía no tenía nombre, o por lo menos Marcos no lo encontraba. Los *ruskis* estaban recibiendo lo suyo. Tiraba la artillería, las máquinas pesadas de las posiciones, los antitanques, todos sobre la avanzadilla que se fortificaba. Surtidores de nieve y humo se levantaban. Demasiado humo —nieblas, claro— que pronto cerraron el horizonte, el cachito de horizonte.

La preparación duró diez minutos. No había terminado de caer al suelo la tierra helada del último disparo cuando la trinchera se convirtió en algo que hervía. Los oficiales saltaban de la trinchera, entre gritos y llamadas… Los zapadores estaban apartando alambradas y señalando minas… «¡Arriba España…!». «¡Vamos, vamos, vamos…!». Y Marcos se encontró fuera del parapeto. Los primeros pasos fueron inseguros. Llevaban dos horas de inmovilidad, de impaciencia y tenía los miembros agarrotados. Pero aquello pasó enseguida. Fue un galope frenético. No se podía perder tiempo. Vagamente, a su derredor, percibía los cantos y los jadeos de los camaradas, mientras por encima susurraban las ametralladoras que protegían en última instancia el avance.

Marcos tropezó dos veces, se hundió otras dos en zanjas cubiertas por la nieve y en otra ocasión hubo de saltar sobre los cuerpos de dos camaradas, caídos muy juntos. Y llegaron… Cruzaron los límites de la zona batida, llenos de humazo y olor a pólvora recién quemada. Comenzaban a escucharse ya los disparos sueltos y las débiles reacciones enemigas.

Marcos, como todo su pelotón, sabía lo que debía de hacer. Hostigar, atacar los refugios y los ramales enemigos. La destrucción de los búnkeres y parapetos corría a cargo de los Zapadores. Ellos sólo tenían que matar, matar… y hacer prisioneros, si se podía, si se acordaban…

Estaba delante de un panorama desconocido, pero no sorprendente. Las fortificaciones eran iguales en una y otra línea. Casamatas, refugios… Picos y palas abandonados… Los *ruskis* debieron abandonarlo todo…, los que pudieron, para esconderse en los refugios. Algunos cuerpos caídos soltaban sangre todavía, entre la nieve y la tierra manchada por la metralla. Una máquina enemiga comenzó a cantar por la derecha. Un huracán de bombas de mano la envolvió, no sin que antes

mordiera a cuatro o cinco.

Siguiendo al alférez Alejandro, Marcos se encontró en una trinchera, trinchera enemiga, rusa, que olía a ruso. La zanja rodeaba un nido de ametralladoras. Se gritaba, borrachos, locos todos con la tremenda excitación. Marcos sabía que en aquellos instantes no habría fuerza humana que los pudiera detener. Eran semidioses… En una revuelta apareció una oquedad, con huellas de pisadas. El alférez comenzó a disparar su naranjero, mientras Pablitos, el pequeño Pablitos, saltaba de la zanja y se arrastraba hasta colocarse encima. Y entonces, balanceando la mano, dejó caer un atadijo de bombas. Se tiraron todos al suelo… Uno, dos, ¿cuántos segundos, Señor? Una sorda explosión desmoronó un poco más los bordes de la trinchera.

Otra vez a correr. Correr siempre. Y tirarse al suelo; y aullar; y dejarse la piel. ¿Qué pasa…, qué pasa…? Y el alférez Alejandro que agita las manos y se tira al suelo.

¡Ah, ya…! Se habían adelantado. La avanzadilla rusa que se fortificaba había sido rebasada. Y ellos se habían adelantado. No podían adelantarse. En las fortificaciones se estaba combatiendo. Los disparos y las bombas sonaban como latigazos. Y ellos estaban adelantados… Se refugiaron en el embudo de una granada. En las trincheras de enfrente los rusos comenzaban a disparar sus máquinas y sus morteros; pero sin atreverse a salir. Por lo menos, no todavía…

Tenía a la vista las dos posiciones. Entre las cortinas de humo se veían siluetas saltando y cayendo. Los fragores de las cargas comenzaron a sonar: eran los Zapadores. Un grupo se destacó y comenzó a correr. Eran rusos, que escapaban. Marcos intentó disparar su fusil y encontró sin municiones la recámara. Maldijo como un bárbaro y buscó nerviosamente en las cartucheras. Llegó a tiempo para ver cómo los rusos, desconcertados al ver salir disparos desde allí, dudaban, eran asados desde dos fuegos y, finalmente, caían como trapos. Más lejos, por la izquierda, nuevos grupos salían corriendo, seguidos ahora por españoles que los acuchillaban por la espalda. Uno de los rusos dejó caer una bomba de mano a los pies de un español. Éste intentó, con desesperado esfuerzo, apartarse. La explosión le agarró de lleno. Lo mismo que al ruso; pero el *ruski* se volvió a levantar. Y anduvo unos pasos, pocos, los que tardó Marcos en meterle un cargador en la espalda.

Y fueron llegando más españoles, escuadras, soldados sueltos con la fiebre de la persecución, ciegos, con los rostros contraídos, que intentaban seguir adelante. Debían ser llamados a voces por el alférez, por Marcos, que si también parecían locos, por lo menos estaban más serenos. Y entonces se tumbaban en tierra, jadeaban, escupían y levantaban los fusiles, disparando a todo bicho viviente.

A poco, repentinamente, se hizo el silencio. Se acabaron los gritos, los disparos sueltos, sueltos y cercanos… Quedaron todos con la boca abierta: «¿Ya…? ¿Ya terminamos? ¡No puede ser! ¡Ahora que le estábamos tomando afición al asunto…!». Hacía frío. El sol brillaba, lejano, como un hueco en el cielo. Las cargas de los

Zapadores, destruyendo la obra enemiga, fueron disminuyendo también. La artillería propia alargaba el tiro y los pepinazos cruzaban por encima susurrando, susurrando, susurrando, qué demonios…

—¡Vaaamosss! —gritó el alférez.

¿Ir…? ¿Dónde? ¿Dónde quiere éste que vayamos?

—A casita, que llueve…

Sí, claro: el follón ha terminado. Regresar. Y Marcos se levantó y volvió sobre sus pasos, agachando el pescuezo, como siempre que sentía silbar las balas. Cruzaron zanjas y vericuetos que no conocían, aunque cinco minutos antes los hubieran atravesado. La posición enemiga estaba envuelta en humo y tierra pulverizada que caía lentamente. Las destrucciones eran muy importantes. Los nidos de armas automáticas, los refugios, las zanjas, aparecían desmenuzados, ennegrecidos, llenos de cascotes y harapos, llenos de sangre algunos. Había muchos muertos. Los propios eran recogidos y Marcos vio a grupos que se las arreglaban como podían para adelantar, llevando en volandas o entre mantas a los cuerpos destrozados.

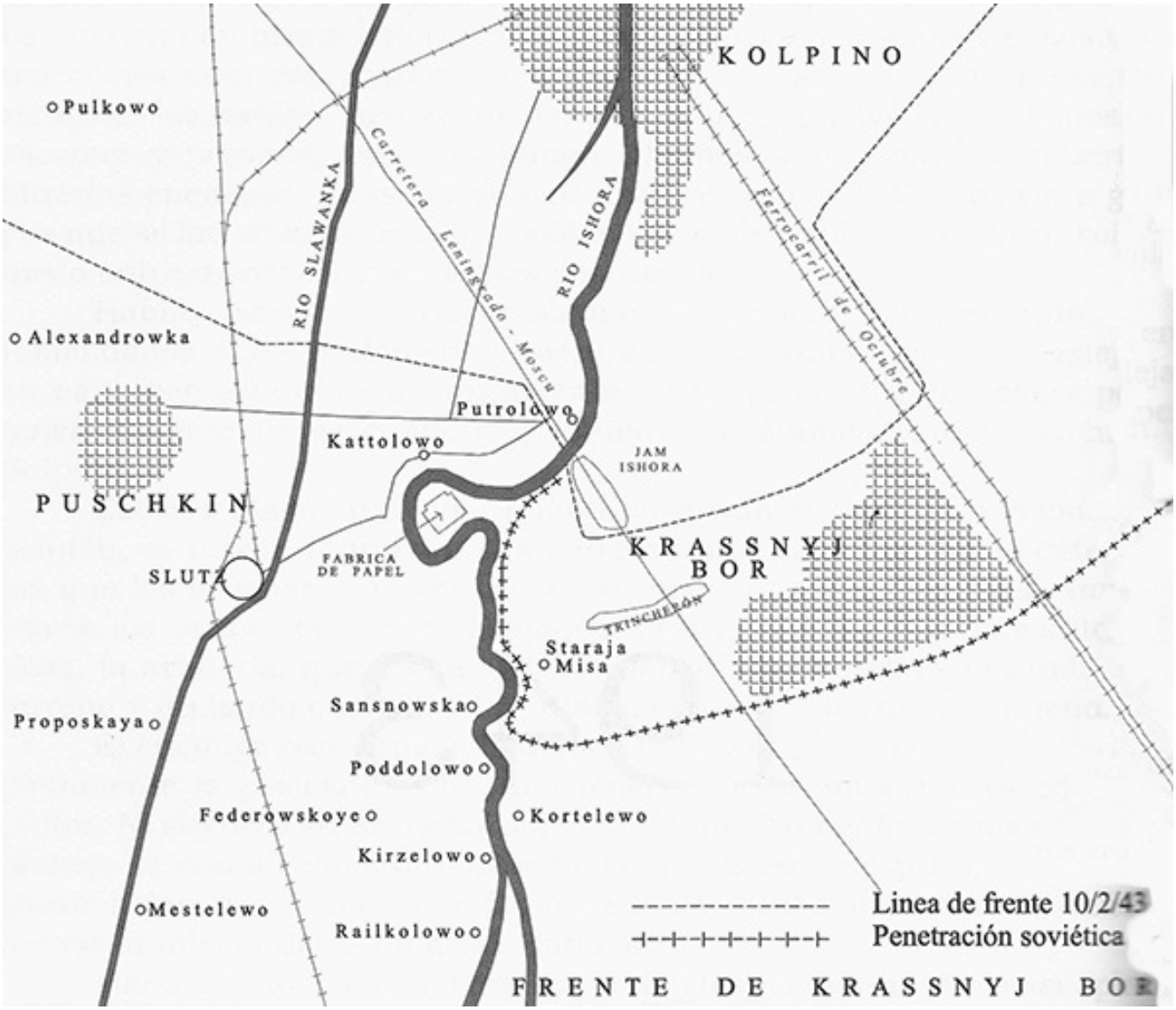
Había, también, heridos, algunos de cabeza y brazos que eran remendados apresuradamente, mientras ellos gritaban que se les dejase en paz. Bien estaba todo, únicamente… Una pena, una verdadera pena tener que marcharse cuando se sentían con ánimos de llegar hasta Kolpino.

Escalonadamente, como tenían ensayado en las instrucciones de pelotón, se fueron retirando. Los heridos no se detenían; no se detenían los que les llevaban, vamos; ni los prisioneros, que conservaban impresos en los gestos el estupor del ataque. Cubrían fuego las armas automáticas, la artillería, que ahora soltaba niebla, y los infantes pegándose al terreno y aullando como diablos, diablos muertos de frío, se entiende.

El enemigo reaccionaba débilmente. El golpe había destrozado completamente la posición y no debía tener reservas importantes en dicho sector. Ni siquiera su artillería se ponía a tono. No por lo menos mientras Marcos se veía a campo descubierto. Lo que hiciera después, cuando llegaran a las trincheras, al refugio, tendría menos importancia, más o menos la misma del bombardeo cotidiano.

Marcos saltó a la trinchera, cayendo encima de un cabo casi aplastándole, al pobre. Pero aquello no tenía importancia al lado de las eternas horas pasadas en el ataque… ¿Horas? Marcos, hambriento y todo, al consultar su reloj vio que sólo habían pasado cuarenta y cinco minutos. Claro que el reloj se lo había comprado por cien marcos al fullero de Luís Palazón. Y de un reloj de tal procedencia podía esperarse todo. Todo menos que recogiera en cuarenta y cinco minutos la muerte de muchos hombres y el desgaste nervioso de muchísimos más.

1943


KOLPINO
Pulkowo
RIO SLAWANKA
Carretera Leningrado - Moscu
RIO ISHORA
Ferrocarril de Octubre
Alexandrowka
Putrolowo
Kattolowo
JAM ISHORA
PUSCHKIN
KRASSNYJ BOR
SLUTZ
FABRICA DE PAPEL
TRINCHERON
Staraja Misa
Sansnowskao
Proposkaya
Poddolowo
Federowskoyo
Kortelewo
Kirzelowo
Mestelewo
Railkolowo
Linea de frente 10/2/43
Penetración soviética
FRENTE DE KRASSNYJ BOR

Dios en el frente

Algunos le llamaban Páter, otros Curita y los más, don Manuel. Con todos se entendía, aunque su violín sólo tuviera una cuerda.

Los soldados, lo reconocía, eran niños grandes con un terrible juego entre las manos y con ellos no cabían sutilezas: grano gordo y la ternura escondida. Procedía de las Organizaciones Juveniles, donde fuera asesor religioso de campamentos. Era joven y llevaba gafas, unas gafas que estando en la mitad de la nariz quedaban separadas cuatro dedos de los ojos y otros cuatro, claro, de la punta, lo que equivale a decir que tenía las narices muy grandes. Llevaba uniforme y el camuflaje, como todos; pero no le hacía falta llevar las insignias de su asimilación, porque todo el Batallón le conocía.

Su Batallón… El 14 de diciembre había salido de línea y estaba descansando en las múltiples edificaciones de Puschkin. No por mucho tiempo, pues ya se rumoreaba que saldrían enseguida para relevar al Tercero. El frente se comía a las unidades. Hubiera deseado que no murieran tantos magníficos muchachos, que no muriera ninguno de aquellos magníficos muchachos… ¡Señor! Todos los días alguno: balazos en la cabeza, en el vientre, en el pecho, desgarraduras de la metralla… Su absolución, en estos casos, era como un rocío sobre los despojos humeantes.

Enero. Un nuevo año. Las festividades pasadas habían traído un reforzamiento de la piedad colectiva. Purísima; Navidad, Año Nuevo, Epifanía. Lo notaba claramente en los que, por la mañana, se acercaban a escuchar la Santa Misa. Se acercaban, venían… Posiblemente, en otras ocasiones, tendría que ir él a buscarlos, a sacarlos de las chabolas piojosas de sus íntimos rencores. Ya se sabía. El Páter debía ser el consuelo, el último consuelo. Y nadie pide ser consolado salvo en caso de sentirse necesitado, necesidad que en la guerra tenía un nombre.

Pasó, cerca, Odón Vaquero, que viendo a su Páter tan cerca se dio una palmada en la frente, como si hubiera olvidado algo. Ya sabía él cuál era el olvido.

—Ni pum, páter —dijo Vaquero—. Hoy ni pum…

Le amenazó con el dedo y dejó que se marchara. Ya conocía cuándo los hombres querían estar solos. Vaquero, sin duda, tenía algún plan por las cercanías. No estorbaría. No tardarían en volver a la primera línea…

Tenía un acuerdo con Vaquero. Vaquero tenía muy mala lengua. Siempre estaba maldiciendo. Un día le reprochó esta costumbre y el otro se disculpó como pudo, que si el hábito, que si las malas compañías, que si se le venía a la lengua. Y entonces le dijera que había unas frases muy cortas, muy cortitas, que costaba poco trabajo aprender y se llamaban jaculatorias. Con ellas podía sacar almas del Purgatorio, casi sin darse cuenta. Le sería fácil habituarse y de ese modo ganar almas para Dios. Vaquero dijera que sí, que estaba bien. Y al día siguiente, en el hospitalillo, le dijo, cuando ya no se acordaba de él: «Páter, hoy he sacado a cinco». «¿Cinco qué, hijo?».

«Cinco ánimas, caramba, no me desanime usted». Y desde aquel día, siempre que se encontraban, Odón decía: «Hoy cayeron cuatro, Páter…». O bien: «Hoy, ni pum. No tuve tiempo…».

Así las cosas marchaban en la guerra. Era inútil enfadarse. La ruda religiosidad de aquellos hombres rozaba lo irreverente. Sólo la íntima ternura escondida en su corazón, y la seguridad absoluta que tenían en Dios, un Dios miope para sus andanzas de soldados, les salvaban de ser lo que no eran. Y la solución, mañana.

Pasaba lo mismo con los libritos. Una casa editorial de Madrid había impreso, y la Sección Femenina de Falange enviado, unos miles de libritos de oraciones, especiales para la División Azul, como decían las portadas. Desde el año 1941 al 1943, los libritos habían sufrido un desgaste tremendo, tanto como la División; pero todavía quedaban. Eran libros sencillos, un folleto apenas, con las oraciones más tradicionales, además de la Santa Misa. Le hubiera gustado que hubiesen incluido entre ellas la protesta de san Carlos Borromeo al Ángel de la Guarda, pues si alguien necesitaba Ángel de la Guarda a la hora de morir, eran aquellos muchachos; pero… En fin, no estaban mal: oración de la tarde, de la mañana, la Confesión, la Acción de Gracias, Oración a santo Tomás, Salmo 150, el *Anima Christi* y el Santo Rosario, entre otras. Llevaba siempre un puñado de ellos en los bolsillos, para repartir entre los desastrados que los perdían o se limpiaban el trasero con sus hojas, a falta de otro papel. Mucho se había indignado en un principio contra estos desaprensivos, que se ponían colorados cuando no podían explicar por qué faltaban tales y cuáles páginas. Un granuja había llegado a decir: «Es que la Confesión me es particularmente desagradable, Páter…». Le había dado un capón y acabado por reírse. Aquello del cura soltando capones y si a mano venía palabrotas, les gustaba a los soldados. A los soldados les gustaba que el Páter fuera un tío macho, como ellos decían. Y había que ponerse a tono, siendo después fácil arrancar su confianza. Hasta los oficiales tenían los mismos prejuicios. Y así, cuando el capitán de la Cuarta decía: «¡Vaya, Páter, usted y sus libritos! ¡Métase los libros dónde le quepan y traiga algo más sustancioso…!». Sacaba una botella de coñac que cambiaba las tornas: «Eso está bien, curita, pero que muy bien. Y para que no diga, me quedo también con un librito. Sólo para que no diga…».

¿Decir? ¡Ya lo creo que decía! Todo lo que los libritos expresaban y algo más de su cosecha, de su parva cosecha, de su madura simiente. Cuando estaba solo, que era muy pocas veces, pues siempre tenía que andar de un lado para otro, se recogía para meditar, fresca muchas veces en la retina la angustia del moribundo. Buscaba a Dios en todas las cosas, en la suma de todas las pequeñas cosas. Al Dios de la guerra colocado en la antesala de la muerte. Dios estaba en el frente en el modo primitivo de comportarse y rezar los hombres del incierto mañana.

¿Modo primitivo? Por un lado siempre iba a parar allí, como si quisiera evocar las antiguas catacumbas, tan parecidas a trincheras, a caminos cubiertos. Pero inmediatamente se detenía. Sabía que todos los herejes que en el mundo han sido, han

tenido el afán de volver a «los tiempos de los primeros cristianos». Por allí, por allí les llegaba el agua al cuello. Recordaba un chiste que le contara el comandante, hombre instruido y aficionado a la metafísica, cuando le expuso estos temores: «Mire, Padre. No respondo de su autenticidad porque yo no estaba allí, pero me lo han contado y lo cuento porque viene a cuento. Dicen que cuando Judas acababa de vender a Jesús, alguien, que la Historia no ha recogido, le preguntó la razón de la conducta. Y él. Judas, contestó: Lo hice porque deseo volver al tiempo de los primeros cristianos…».

Hacía frío. No tardaría en ser mediodía. Por las avenidas de árboles cubiertos de nieve soplaba un vientecillo acobardador. Pero el sol lucía sin trabas y valía la pena aprovechar aquellos instantes de reposo, para meditar, para descansar un poco de tanto recoger en el saco de la memoria el continuo afluir de los sucedidos. Cuando se cansara, leería a San Agustín.

—¡Don Manuel…! ¡Páter…!

Le estaban llamando. Alguien gritaba su nombre… La voz venía del estanque, cerca de un macizo de abetos enanos. Le estaban llamando. Y comprendió. Siempre que le llamaban con aquella voz era para que se colocara la estola y saliera corriendo hacia cualquier lugar de la trinchera, donde un infeliz se desangraba. Pero entonces estaban en retaguardia. No podía ser una bala perdida, o disparada por uno de aquellos aborrecibles especialistas. No había escuchado ningún cañonazo estallando cerca… Quizá… Le pareciera una mina; una mina de las utilizadas por los zapadores para hacer prácticas. Empero, estaba perdiendo el tiempo… Y alzó el grito:

—¿Qué pasa? ¡Estoy aquí!

Llegó, jadeando, un cabo de la 3.ª, Antonio Besteiro.

—¿Quién es? —preguntó.

—Vaquero.

—Vamos…

Vaquero… Media hora antes le tenía enfrente: «Ni pum, páter…». No podía pensar, no quería… Iba recogiendo del bolsillo sus ornamentos —siempre los llevaba allí— y su breviario. Su breviario, que bastaba dejarle de canto para que abriera siempre por el mismo sitio, por «La manera de ayudar a bien morir», página 670.

Mientras andaban, Besteiro le informó. Unos zapadores habían estado haciendo prácticas y se habían dejado olvidada una mina a presión 35, como el que se deja un paraguas. Vaquero la había visto y recogido. Por lo visto intentó quitar el fulminante y le había estallado. Estaba hecho unos zorros.

Llegaron. Era cerca de un llano, donde la nieve, muy pisoteada, indicaba un campo de instrucción. Cerca había dos o tres casas de madera. Allí estaba el herido, recogido de aquel mismo campo.

Vaquero tenía el rostro quemado y las ropas destrozadas. Una manta protegía la mayor parte de su cuerpo. Protegía, mejor, a los que tuvieran los gustos delicados. Se estaba muriendo a chorros. Lo milagroso era que resistiera. Se acercó, sin abrir el

breviario. No quiso hacerlo. Se puso de rodillas. Vaquero tenía los ojos abiertos y vio en ellos una mezcla de alegría y tristeza. Tenía el herido un boquete en el pecho y los pulmones debían estar llenos de sangre; no podía hablar, aunque lo intentó…

Supo lo que decía. Lo supo. Lo sabría siempre… Le estaba diciendo: «Páter, hoy he tenido un día fatal, fatal de verdad. No he sacado ninguna y además me voy yo para abajo». Y le entraron unas tremendas, unas incontenibles ganas de llorar. Se las aguantó. Se las aguantó hasta que hubo tomado la cajita de los Óleos, hasta que hubo ungido los ojos, los oídos, la boca, las manos… *¡Misereatur…!* ¡Señor, piedad! ¡Jesús, piedad! ¡Señor, piedad!

Vaquero murió con una expresión llena de asombro en los ojos. El devocionario se abrió, solo, por la página 670. Al terminar, se marchó, casi corriendo, entre el susto de los presentes. Tenía prisa. Deseaba encontrar un rincón desolado, lleno de nieve y de frío, para enfrentarse con Dios. Y le diría:

—Señor… Tú has visto cómo ha muerto. Con los ojos abiertos, llenos de asombro. Ha encontrado fácil la muerte y yo me digo, Señor, que Tú has bajado a su lado para ayudarme, Señor, Tú has estado en el frente y sabes cómo viven y mueren estos hombres en sus cavernas llenas de humo y de miseria. Ellos están también llenos de humo y miseria. Y tienen sangre en las manos y odio en el corazón, y desean vivir, no quieren estar muertos, no quieren abandonar sus escondrijos. Ellos, Señor, tienen razón. Una razón que brota de sus defectos, de sus humanas defectos, Señor, que Tú les diste y en ellos se hizo carne. Ellos tienen razón, Señor, porque no han terminado el camino de sus vidas. Son jóvenes y desean vivir. Yo lo comprendo. Comprendo que tengan miedo a la muerte y que sean valientes, porque, Señor, son valientes. Y siendo valientes y no temiendo a la muerte, temen, sin embargo, una muerte que saben no es la suya. No me entiendo muy bien, Señor, pero Tú me entenderás. Quería decirte que toda rebeldía del cuerpo lleva también la rebeldía del alma, porque así lo has querido. Y que en la rebeldía de los que no quieren morir y mueren, sin embargo, existe la disconformidad de la luz ante las tinieblas.

Todo, en realidad, es muy sencillo. Lo he pensado muchas veces. Pero ahora estoy emocionado. Debiera decirte de un modo ordenado cuanto estoy sintiendo. No lo podré hacer, por lo menos hasta que mi cabeza se haya serenado. Pero entonces, Señor, otro de estos muchachos habrá muerto, y yo habré puesto tu unción en sus sentidos. No podré nunca serenarme. Ni podrán los demás hombres. Estamos en guerra; la guerra nos ha vuelto locos; somos unos pobres locos. Largas filas de trincheras se extienden de mar a mar. Millones de hombres se han enterrado en ellas, en esas zanjas que parecen sepulturas iluminadas por las bengalas. Yo te pido, Señor, por esos hombres, por esos topos humanos, por esos locos, con tierra en las uñas y asombro en los ojos. No les abandones. Déjame que en tu nombre me acerque a ellos, con mi breviario, que ya se abre, sin que mi mano le obligue, por unas páginas que tengo grabadas en la cabeza, cuyas letras de fuego veo en mis oscuridades, cuyos salmos, tristes y monótonos, escucho en mis silencios…

Segundo Batallón del Regimiento Dos-Seis-Nueve

Posselok

El 16 de enero bajó de un modo tan sensible la temperatura que algunos de los veteranos, de los cincuenta o sesenta que quedaban, reconocían, a regañadientes, «que hacía tanto frío como cuando Possad y Otensky», lo que era mucho reconocer. Manuel Villada, que sólo llevaba cinco meses, no podía hacer comparaciones. Hacía mucho frío y tenía bastante. A las cuatro de la mañana el termómetro marcaba 23 grados bajo cero, y durante el día, a las tres de la tarde, doce. Lo cierto era que grado más o grado menos tenía importancia para las estadísticas. Puestos a temblar, se temblaba igual con los veinte que con los treinta.

El Batallón entero, quinientos hombres, uno más, uno menos, estaba en Slutz. Había sido relevado cuatro días antes, de una manera misteriosa, que hacía exclamar a muchos: «Me parece que nos espera un buen jaleo…». Pudiera ser cierto. El 2.º Batallón del Regimiento de Granaderos dos-seis-nueve estaba especializado en jaleos. Jaleos en bloque, que eran los buenos. Ya no lo mandaba el caballero Román, que decían los alemanes, sino el capitán Manuel Patiño; pero todo seguía igual. Iguales eran los hombres a través de las muchas reorganizaciones sufridas, iguales las calamidades pasadas e iguales los alientos.

Los cuatro días pasados en Slutz habían caído en paz y gracia de Dios, lejos, aunque no mucho, de las posiciones: los arbolitos, la Trinchera Aguado, el Puschkingky, Trinchera de la Encontrada, Subelemento Sevilla, posiciones Petra y Mari, Centro de resistencia Barcelona, «aceitera, aceitera» que decía Blascomana. Refugiados en Slutz se vivía bien, aprovechando todas y cada una de las horas del día para el tiempo que vinieran mal dadas.

Villada pertenecía, como enlace, a la Plana Mayor del Batallón, aunque en realidad, los enlaces tan pronto estaban en una compañía como en otra. De todas formas, el batallón se había organizado con enlaces, transmisiones, sección de Asalto, capellán y sanitarios. Todo un batallón dispuesto a pasarlo bien, o mal, según se terciara.

Quienes lo estaban pasando mal, según se escuchaba entrando y saliendo, eran los alemanes cerca del lago Ladoga, donde los *ruskis* atacaban desde hacía un mes para aflojar la tenaza alemana que por allí estaba muy adelantada. Decían los oficiales que los rusos dominaban el Ladoga y que en los meses de invierno tendían un ferrocarril completo, con sus vías y estaciones atravesando el lago. Este ferrocarril era levantado al llegar el deshielo. Y los rusos querían, por lo visto, desalojar a los alemanes de las

orillas del lago para tender el ferrocarril en tierra firme, deseo muy plausible, pues los trenes se han hecho para caminar por tierra, qué diablos…

El día iba cayendo entre ventiscas y oscuridades que hacían muy poco gratas las salidas al exterior. Villada, con el sargento Tomé y la sección de morteros pesados de la 8.ª, tenía alojamiento en una casa de ladrillo, no muy confortable pero habitable a fuerza de quemar madera. A las cuatro de la tarde, con las nubes bajas, era ya de noche. Los ruidos lejanos del frente llegaban esparcidos, sin demasiado volumen, encerrados en la neblina. El día anterior hubo intenso cañoneo enemigo, pero el presente fuera de lo más tranquilo. Tomé, que llevaba dos días con una racha estupenda, organizó una partida. Siete y media, como siempre, manoseando las cartas y esperando una sota como si fuera el primer hijo. Villada jugaba con la cara, sobre los cuarenta marcos que entregaría al día siguiente, o al otro, el pagador.

Se estaba bien allí, fumando los puritos de la última cantina y rezando por la llegada de un siete, fuera de bastos, copas o espadas. Villada tenía un muerto, en el cual depositaba sus mejores esperanzas, cuando el teniente Hernández, del Grupo de Asalto, se encargó de estropearlo todo.

—Los enlaces, ¿dónde están?

—Aquí…

—Que vayan a buscar a los jefes de compañía. El capitán les aguarda en su casa.

Villada, Tomé y Ferrán salieron pitando. Villada se encargó de buscar al capitán Masip, que ya lo sabía por otro conducto. Volvió al refugio, con pocas ganas de continuar la partida. La partida, en realidad, se había acabado. Tomé murmuraba: «¡Ay, ay…! Me huele a chamusquina». Y como tenía buenas narices, y era de los viejos, les metió a todos el corazón en un puño.

Media hora después los turutas tocaban compañía. Si no era a generala faltaba poco. Los hombres iban saliendo de todos los rincones, chabolas, refugios y casas de madera, reuniéndose al amparo de las casas. Aquello podía significar la vuelta al frente. No tenía mayor importancia; pero significaba abandonar las estufas repletas y enfrentarse con la ventisca y la oscuridad. El contraste era tan fuerte que nunca como entonces sintió Villada la tremenda pesadumbre de la guerra.

Poco tiempo le quedó después para sentir nada. Se pasó dos horas del PC del batallón al PC del Regimiento, de éste al Grupo de Transportes, por las compañías, en Intendencia, en Sanidad… A las siete, noche cerrada, con la temperatura descendiendo continuamente y un viento impregnado de nieve azotando las esquinas, las compañías estaban reunidas, con sus armas y pertrechos cerca del PC del capitán Patiño. Nadie tenía ganas de bromear ni de cantar. Lo cierto era que entre la montaña de ropa que se llevaba encima, sólo asomaban las narices. ¡No, tampoco! Quizá fueran los ojos, brillantes, cargados de temores…

Fueron llegando camiones, grandes, con cadenas en las ruedas, con los faros apagados y los conductores negándose a abandonar las calientes cabinas. Dieron orden de montar y se auparon todos, luchando con los fusiles que se enredaban entre

las piernas. Ya entonces sabía Villada, y lo sabían todos, que iban a Sablino, agregados a una división alemana.

Dentro de los camiones, ante lo irremediable, como siempre, empezaron los cantos. Se cantaba bien. Los soldados siempre cantan bien en un camión, de noche, de cara a un incierto porvenir, muertos de frío. A las ocho se salió hacia Federowskoye para enlazar con la carretera de segundo orden que empalmaba, sobre el Ishora, con la general de Moscú a Leningrado, y marchar a Ulianowsky, a Sablino, a donde demonios fuera.

El viaje había de durar toda la noche. Fue un viaje espantoso. Algo que no podría olvidar nunca Villada. Trece horas en un camión que era como pasarlas a la intemperie, envueltos en mantas, treinta o cuarenta hombres en cada vehículo, sin poder revolverse, recibiendo la ventisca por todas las grietas, aguantando los baches, las interminables paradas, el espantoso frío. Alguno gritaba. Gritaba que se estaba helando, que le sacaran de allí, por Dios, por sus madres. ¿Y qué se podía hacer? Nada. Que se aguantara, como aguantaban los demás. Algunos, pese a todo, se dormían. No podía ser. Era preciso despertarles. El sueño enfriaba los cuerpos, era una suave caricia de muerte. Y luego, los atascos, los gritos ordenando a la gente que saliera a empujar los camiones, el levantar a pulso el coche hundido en la cuneta, el limpiar de nieve algunos trozos de camino, el patear, como si bailaran, hasta que ordenaban se tuviera compostura. Menos mal que todos tenían *panienkas* de fieltro y ropa de invierno.

A las nueve de la mañana, sin que fuera de día, se llegó al nuevo destino. O así se creía. Era un poblado grande, muy destruido, lleno de tropas alemanas. Los camiones se detuvieron y la gente saltó a tierra, encendiendo hogueras con todo lo que podía arder, ante la mirada curiosa de los alemanes.

Por lo pronto, no se pasaba de allí. El resto del día transcurrió en idas y venidas, buscando alojamientos. Todo estaba destruido o lleno. Sólo la Plana Mayor y las compañías 7.ª y 8.ª encontraron alojamientos en el pueblo, Sablino; las otras dos, la 5.ª y 6.ª, debieron acampar en las inmediaciones, en el bosque, en búnkeres abandonados, serrerías o refugios de artillería.

En aquellas condiciones pasaron cinco días. Ya sabían todos, entonces, que iban agregados a la División 61, que al norte de Mga estaba sufriendo un tute atroz. Aunque quedaba lejos el nuevo frente, sus escarceos eran escuchados continuamente. La agrupación de tropas alemanas era muy grande. Y muchos los heridos que llegaban continuamente. Los rusos estaban obteniendo éxitos parciales en su intento de alejar a los alemanes del lago Ladoga y la situación era muy confusa y variable. Villada, escuchando a los oficiales, se iba haciendo una composición de lugar, aunque maldito para que le servía.

El 21 de enero volvieron los camiones, los mismos u otros, alemanes, que tanto daba. El nuevo traslado fue una repetición del anterior, o peor, si cabía, pues varios camiones sufrieron averías y ante la urgencia del paso fueron dejados a su suerte,

esperando que más tarde lograran reincorporarse. Quedaron una sección de la 7.ª y dos de la 5.ª, ordenando el capitán Patiño que los oficiales montaran en otros camiones y quedara únicamente con los rezagados el teniente Soriano. Villada mismo llevó la orden.

Se llegó a Mga a las nueve de la noche. El capitán se adelantó para recibir órdenes y las compañías iniciaron una marcha a pinrel para aproximarse al centro del jaleo, que nadie sabía dónde estaba. El bosque lo cubría todo. La caminata, en la noche, a través de bosque, aprovechando los caminos interiores y los pasillos cortafuegos prometía lo que concedió: una tremenda paliza y una angustia inenarrable, parecida a la del ciego lejos de sus rincones habituales. Afortunadamente, tenían una brújula: el frente, los ruidos del frente. En la guerra, se dijo Villada, existía una manera de orientarse y dos direcciones posibles: acudir a los tiros, o alejarse de los tiros. El capitán Patiño se marchó, dejando unos mapas y unas instrucciones, que los capitanes, claro, no explicaban a los soldados, aunque se sabía que buscaban al Regimiento uno-seis-dos, alemán, al cual iban agregados y que debía estar al sur de un poblado llamado Singawino.

Se caminó durante tres horas, agobiados con la impedimenta, destrozados por la incertidumbre y con el frío calando hasta los huesos. Al filo de la medianoche los ruidos del frente eran tan inminentes que los oficiales decidieron hacer alto, en unas alturas, en pleno bosque, al lado de unos refugios de artillería. El capitán Aranda mandaba incidentalmente el batallón hasta que volviera el capitán Patiño. Y decidió esperar. Los ruidos del jaleo, para decir verdad, se escuchaban enfrente, a la derecha y a la izquierda. Balas trazadoras surgían encima del arbolado, sin que se supiera dónde iban a caer. Alemanes, lo que se dice haber, había. Pero nadie sabía nada. Unos eran del regimiento tres-seis-seis, otros del uno-siete-seis. Los oficiales doiches soltaban tremendas palabrotas y mostraban a sus hombres, aspeados, rotos.

Por eso, cuando después de algún tiempo de no encontrar más alemanes, podía temerse que se encontraran en terreno enemigo, el batallón se detuvo. La detención trajo una nueva calamidad: el frío. Mientras estuvieron caminando, el esfuerzo y la mucha ropa que llevaban encima hacía que hasta sudaran. Pero el alto significó enterrarse en la nieve, sin poder hacer fuego alguno. Y los treinta o cuarenta grados bajo cero empezaron a hacer de las suyas. Villada no tuvo tiempo de pasar frío. Los enlaces fueron dispersados en un corto radio, a fin de orientarse y orientar a quienes preguntaran por ellos.

Patrullas con las armas dispuestas recorrían los macizos dispuestas a disparar contra todo bicho viviente que tardara un segundo en responder a la voz de alto. Para colmo, un fuego persistente de cañones y morteros comenzó a batir el bosque. No se sabía si era amigo o enemigo. Una andanada hirió al capitán Aranda y a ocho soldados, que fueron acomodados en un refugio.

Por fin, más tarde de la una, agotado, con el rostro demudado por la incesante búsqueda de su Batallón, apareció el capitán Patiño. El teniente Hernández Morrero,

del grupo de asalto, explicó luego a Villada que el capitán había reunido a todos los oficiales para explicarles la situación, que era tan confusa que no la entendía nadie. Los rusos, precisamente en aquel sector, habían logrado una infiltración y mira por dónde el batallón había caído en el centro mismo de la brecha; se quedarían, pues, allí mismo. Sólo se sabía que a cierta distancia por la derecha estaba el Regimiento tres-seis-seis, y por la izquierda, el Regimiento uno-siete-seis. El Batallón tendría que abrirse en abanico hasta enlazar por un lado y otro con dichas unidades.

Así se hizo, en plena oscuridad: la 7.ª Compañía, al mando del capitán Masip, con dos secciones propias, más el grupo de asalto y la sección de ametralladoras del teniente Casas, salía por la derecha hasta donde fuese posible; la 5.ª, incompleta, pues dos secciones se habían retrasado por los accidentes sufridos, quedaba en el centro, con otra sección de máquinas y los morteros; por la izquierda, tragados por la oscuridad, se fueron los de la 6.ª, al mando del teniente Acosta, con las máquinas del teniente Gómez Nieves. La Plana Mayor y unos pocos hombres quedaban con el capitán Patiño, que se instaló allí mismo, en los búnkeres abandonados, ligeramente retrasados con relación a las compañías.

Los enlaces partieron con las compañías, hasta que se lograra enlazar y tender la línea. Villada, agregado a la 7.ª, sufrió las penalidades consiguientes a tres horas perdidos en un bosque, buscando a los cabezas cuadradas, que decía el capitán, con la posibilidad de encontrarse con los cabezas rapadas, que decía el teniente Casas.

Se adelantaba una patrulla…, esperaba la compañía; seguía adelante un centenar de metros…, detención. Escuchas… Frío, enorme e intenso frío. Y miedo. Temor a la oscuridad, a la incertidumbre. Nieve en capas espesas cubriendo troncos caídos tapando zanjas, escondiendo cadáveres… Por fin, a las cuatro de la mañana, después de adelantarse, retroceder, buscar por los flancos y volver a adelantar, se encontraron unos alemanes. Se había enlazado con el segundo batallón, o sus restos, del Regimiento teutón tres-seis-seis. El capitán se adelantó para recibir órdenes.

Regresó media hora después. Y dijo:

—Muchachos. Ya estamos.

—¿Dónde?

—En el frente. Aquí mismo está el frente, donde estamos nosotros.

—Pero…

—No hay pero que valga. Tanto vale este sitio como otro cualquiera. Extender la Compañía. Vamos…

Y la Compañía se extendió, tocando por la derecha con los *doiches* y esperando que por la izquierda se llegara hasta la demarcación de la 5.ª, como estaba acordado. Aquello era tremendo. La noche era de boca de lobo, llena de ruidos ominosos, helada como un trozo de hielo. Hundidos hasta las corvas en la nieve, distinguiendo sólo las siluetas de los que se alejaban unos metros, sin refugios, sin trincheras, sin nada que las sustituyera, los soldados, agotados, desmoralizados, no sabían qué hacer. Un teniente se lió a dar voces:

—¡Vamos! ¡Las máquinas aquí, y aquí, y aquí…!

Comenzaron a situar las ametralladoras, improvisando a su derredor parapetos con cajas de munición y troncos caídos, cubierto todo con nieve apelmazada.

Villada se tenía que marchar. Debía buscar de nuevo el PC del Batallón para informar que la 7.ª Compañía había logrado enlazar con los alemanes y quedaba constituida la línea encomendada, al flanco del Regimiento tres-seis-seis, al noroeste del poblado que decían de Lipka.

Llegó el amanecer. Las compañías habían logrado alinearse en la forma indicada y aunque la 7.ª quedaba algo adelantada y con un trecho de bosque sin cubrir, pronto las patrullas lograron el debido engarce. El Puesto de Mando quedaba unos quinientos metros más abajo de la imaginaria línea, que los de transmisiones trataban de enlazar con sus alambres, bajo un bombardeo pegajoso.

Manuel Villada estaba tan agotado que esperando órdenes se quedó dormido, acurrucado en uno de los búnkeres. No se enteró, no se podía enterar, de que el bombardeo, chinchoso al principio, fue degenerando en golpe de fuego total con morteros y órganos. Por una verdadera casualidad logró dormir tres horas, hasta que le despertaron a patadas. Estaban llegando muchos heridos y se metían donde había un hueco.

Por lo que contaban los heridos, las compañías sufrían mucho con el bombardeo, cobijados, todo lo más, bajo unas ramas. Los muertos, en proporción, eran pocos. Heridos había ya un centenar a las doce, entre ellos los tenientes Martín Castro, Larrinaga y Ramos, y el alférez Acero, de la 8.ª. La situación seguía fluida. Nadie sabía nada. Los rusos llevaban grandes cantidades de morteros. Al amparo de un bosque acercaban los malditos tubos a una primerísima línea y desde allí machacaban a los españoles, intentando después ataques parciales con la infantería. Eran rechazados y volvían otra vez a su machaqueo.

Los enlaces iban y venían a través del bosque. El enemigo hacía verdadero derroche de municiones y el suelo aparecía sembrado de manchas negras. La 5.ª y 6.ª compañías, a mediodía, buscando la manera de protegerse contra el bombardeo, se retiraron unos centenares de metros, a la altura del Puesto de Mando del capitán Patiño. La 7.ª no se retiró y quedó aislada todo el día. Únicamente se sabía de ella por los heridos que llegaban y los enlaces. El capitán Masip estaba herido en un ojo, de metralla, pero se negaba a ser evacuado; había muerto el teniente Abraim y el alférez Casas. La situación adelantada y aislada de esta compañía la convertía en la percha de todos los golpes. El capitán había reunido toda la compañía en tres islotes de resistencia, a la manera clásica española, en torno a las ametralladoras, estando al mando directamente del más amenazado, el de la izquierda, colgado sobre el bosque.

En la nueva posición no tardó en sentirse la presión del enemigo, que después de bombardear durante unas horas el espacio vacío, comprendió la nueva situación y atacó con sus patrullas móviles que se infiltraban entre los árboles. Pero la nueva línea, entre los búnkeres, resistió. Iban llegando noticias de la 7.ª. Las bajas eran muy

grandes. El capitán Masip había perdido un ojo; más tarde, recibido un balazo en una pierna. Se negaba a ser evacuado.

La noche no trajo ningún alivio. El coronel alemán del regimiento uno-seis-dos, llegó hasta el PC con un telegrama del general español Esteban-Infantes. El telegrama circuló entre los soldados. Era muy sencillo y muy firme. Villada no recordaba las palabras exactas, pero sí su sentido, su confianza en que los españoles sabrían morir en su puesto.

Quedaban pocos oficiales; los sargentos y los mismos cabos mandaban secciones. Las órdenes circulaban entre los soldados tal y como salían del búnker del capitán. Los alemanes pedían que los españoles recuperaran el terreno abandonado, ya que el flanco derecho del Regimiento uno-siete-seis, y el izquierdo del tres-seis-seis, donde continuaba la 7.ª, estaban muy amenazados. Había que atacar. Era necesario atacar. Quedaban doscientos hombres, con dos noches sin dormir, aspeados, muertos de frío… Pero se tenía que atacar.

Se atacó. A la medianoche, saltando como diablos entre los agujeros de las granadas y los árboles desmochados, la 5.ª y la 6.ª unidas en cuña, con una sección procurando extenderse hacia las alturas donde la Séptima resistía. Villada vio cómo el capellán moría con un balazo en el pecho. Y a su lado cayó un muchacho de Madrid, llamado Conancio, que había ido a buscar la Cruz de Hierro, no queriendo ser menos que otros de su barrio que con ella regresaban a España.

Villada no podría decir cómo fue la batalla. Se combatía en la oscuridad, se jadeaba entre la nieve, excitados, los nervios a punto de romperse. Cuando se quisieron dar cuenta, las antiguas posiciones habían sido rebasadas. Los rusias, desconcertados, apenas acertaban a castigar el bosque con sus máquinas pesadas. Hubo unas horas de respiro. Se enlazó con la 7.ª. El espectáculo, pese a la escasa visibilidad, era impresionante. El capitán estaba muerto, envuelto en una manta. Había sido herido cuatro veces y en la cuarta había dejado escapar la vida. Los soldados hablaban de él con esas expresiones que tienen los hombres cuando verdaderamente admiran a otro.

En fin, la 7.ª estaba tan castigada que los alemanes del tres-seis-seis la retiraron inmediatamente de línea, llevándosela detrás del bosque, hacia Gontowoja Lipka. Sin embargo, algunos restos prefirieron volver al batallón, siendo agregados a la 5.ª, que de esta manera restableció algo sus claros. También habían llegado los rezagados y aunque el Batallón estaba reducido a la mitad, la recuperación de las primitivas posiciones mantenía una buena moral. Por lo pronto, perdido ya el miedo al bosque y sus oscuridades, se encendieron hogueras, cayera lo que cayera, aunque fueran *ruskis*. Se pudo comer algo que trajeron los alemanes, y excepto las patrullas de vigilancia, los demás, acurrucados de cuatro en cuatro, o de lo que dieran de sí las mantas, se tumbaron a dormir.

El día 23 amaneció con bombardeo, siguió con bombardeo y ataques esporádicos, y terminó con ataques y bombardeo. Pero la moral estaba recobrada. Todos lo sabían.

Los días de la guerra son abrumadoramente iguales. Casi es imposible diferenciarlos. Y el que cuenta, el que impresiona, es el primero, o el segundo. Los demás son ya repeticiones a las cuales se acostumbran pronto los hombres. Lo que hacía dura la lucha era la falta absoluta de trincheras o puestos fortificados. El desconocimiento mismo del terreno hacía que se descuidara la vigilancia en algunos puntos. Y las patrullas rusas, fuertemente armadas, irrumpían y luego costaba Dios y ayuda arrojarlas de un cacho de bosque. Hubo muertos, heridos y prisioneros. Se contaba que los *ruskis* habían sorprendido a un pelotón entero y se lo habían llevado, y a varios heridos. Empezaron a dar quehacer los congelados.

Pese a todo, se mantuvieron las posiciones, incluso un poco adelantadas hasta el límite del bosque, desde las cuales se veían las onduladas llanuras que llegaban hasta el Ladoga, con un pueblo llamado Rabotchi Posselok a la izquierda, atravesado por un río helado que luego se perdía en las posiciones alemanas.

Por la noche, Villada y todos los enlaces tuvieron mucho trabajo. Llegaba el relevo. El Batallón tenía escasamente cien hombres útiles, muchos de ellos heridos leves. Había permanecido dos días en posición y había pringado de firme. Somnolientos, cansados, muy cansados, pero contentos, fueron retirándose a la segunda línea, sobre vinos refugios, donde llegaban los ruidos del jaleo y algunos pepinazos sueltos. La marcha fue dura y cuando se llegó todos deseaban arrojarse animalmente en cualquier rincón donde se pudieran olvidar las guerras y los piojos. Contemplando aquellos hombres con los rostros demacrados, con las ropas quemadas, sin lavar y afeitar desde hacía cuatro o cinco días, Villada aprendió a verse a sí mismo. Él era uno de aquéllos, uno más a añorar, no ya la patria lejana, sino las relativas comodidades de las posiciones estables del sector propio.

El día 24 amaneció como todos, con niebla y frío. Fue de descanso completo. Los hombres se buscaban para hacer el recuento de los amigos caídos y desaparecidos. Eran tantos que hasta cansaba recordarlos. Y eran tan pocos a recordar que con cinco o seis grupos, envueltos en mantas en los abrigos improvisados o en torno a una fogata, se agotaban las tertulias. El ruido del frente retumbaba incesantemente, bien por la izquierda, por el frente o por la derecha. Lo escuchaban como quien oye llover. Los alemanes se mostraban muy atentos y venían en grupos a mirar y remirar a los hispanos, que ni caso les hacían, tumbados o tostando el pan en la hoguera.

Por la tarde se animó más la cosa. Las compañías formaron para hacer el cómputo de bajas, aunque sabidas las tenían todos. Quedaba una compañía muy justita, que quedó al mando directo del capitán Patiño. Las bajas eran: cuatro oficiales muertos, doce heridos, dos congelados y un desaparecido; entre la tropa: veinticinco muertos, doscientos cincuenta heridos, setenta congelados y veinticinco desaparecidos. Bien estaba el asunto. Y no se sabía si se continuaría allí o se volvería a Slutz.

El día 25, por la mañana, llegó un enlace alemán. Resultó que había una infiltración enemiga y se pedía un nuevo esfuerzo al Batallón. Otra vez al bosque. Se miraron unos a otros, sin alegrarse, la verdad, porque puestos a morir, se muere, pero

no cantando por alegrías. Los alemanes decían que por pocos que fueran los españoles, con sus cantares, con bravuconerías, con su facilidad para meter el cuchillo entre los matojos, parecían muchos y sus camaradas alemanes estaban orgullosos de tenerlos al lado.

Se fue, naturalmente: sesenta hombres con dos máquinas. Se ocupó una punta del bosque, frente a Posselok, al flanco de una infiltración enemiga. Villada, siendo ya innecesario como enlace, tomó un naranjero. El mismo día ya se hubo de hacer frente a los ataques enemigos, con bastante infantería y el ya cotidiano tamborileo de la artillería y los morteros. Resultó herido el capitán Patiño y Villada recibió un golpetazo, por efecto de la onda explosiva de un organillo, que le dejó atontado todo el día y parte del siguiente, 26, despertando del todo únicamente cuando se enteró que un cañonazo había caído en el Puesto de Mando y herido a casi todos los oficiales que quedaban. Y tan casi, como que sólo quedó ileso el teniente Soriano.

En ese día, también, hubo grandes ataques enemigos. Villada, entre la voltereta y el embrutecimiento, apenas alcanzaba a distinguir unas de otras las horas, todas abrumadoramente iguales, frías, cargados los nervios por la imperiosa necesidad de matar para no morir. O de morir si el pepinazo que se anunciaba estallaba demasiado cerca. Al final del día quedaban treinta hombres en condiciones de luchar; treinta hombres que se miraban unos a otros como diciendo: ¿qué pasará mañana?

El mañana, dentro de lo posible, trajo cierta tranquilidad. El enemigo, muy castigado —se veían centenares de cadáveres en el bosque y la llanura hasta Posselok— debía estar echando sus cuentas. El teniente Soriano dijo que el general pedía que volviera su Batallón y que los alemanes pedían se quedara un poco más, por el efecto moral que causaba sobre los demás soldados.

Por fin, el día 28, dejando un frente en relativa tranquilidad y sin haber perdido un solo metro de terreno, la sección, que era lo que quedaba del Batallón, fue relevada.

Y todo sucedió al revés que antes. A Mga, a Sablino, a Slutz… Pero había una diferencia: todos los que volvían cabían en un camión. En un camión volvían todos los que necesitaron veinte para ir. Casi no lo podían creer. Villada se asomaba a la trasera del vehículo para otear la carretera. Nada… Iban solos, entre la ventisca, entre el intenso frío que se abría en oleadas para dejarlos pasar. Alguien le agarró de un brazo y le dijo:

—Déjalo, hombre, no te preocupes.

—No, no me preocupo.

No era cierto. La sensación de angustiosa realidad le habría de acompañar durante mucho tiempo. Y no era sólo a sentirla. Cuando, el día 2 de febrero, en Slutz, formaron veintisiete hombres —un teniente, seis sargentos y veinte soldados— para ser revistados por el general, Villada pudo ver cómo éste, que parecía un manojo de nervios siempre en ebullición, se quedaba absorto, callado, solitario, asombrado, como lo estaban ellos, los supervivientes…

Diez de Febrero en Krassnyj Bor

En todas las compañías había siempre un «peque», un *malenki*, un pequeño, vamos, un menor de edad o escaso de talla. Y éste, que puede ser o no un chiquillo, pasa a ser el Peque con todos los honores inherentes al cargo. Si es un poco espabilado se lo lleva el capitán de asistente —si lo es mucho, ni hablar— y si es tonto se queda de machacante con los sargentos. Pero, y aquí está la muestra de la sabia Naturaleza, pocos pequeños son tontos del todo. Posiblemente su pecado sea el ser demasiado listos.

La Plana Mayor del Grupo Antitanque había sido movilizada en vista del cariz que tomaban los acontecimientos. El grupo de asalto, los conductores de coches y tractores y los servidores de los veintiún subfusiles ametralladores y las tantas y más pistolas automáticas, al mando del capitán Apeztegui, estaban agrupados en aquellos momentos en torno al observatorio, cerca del Trincherón, a la derecha de la carretera Moscú-Leningrado.

En realidad, todo el Grupo Antitanque estaba por los alrededores: la 1.ª del capitán Felipe, secciones de la 2.ª, y la 3.ª, el capitán Cantalapiedra, de reserva en las últimas casas de Krassnyj Bor, cerca de las baterías del Primer Grupo artillero. El Peque lo sabía. Podía indicar los asentamientos de casi todas las piezas. Dos días antes había estado repartiendo municiones, llegando hasta la sección, que sobre los taludes del Ferrocarril de Octubre, mantenía los cañoncitos del tres con siete en cuevas, como los topos.

Hacía frío. Anochecía a las cuatro de la tarde. Había jirones de nubes desplomándose casi verticalmente. Los globos de observación que los *ruskis* acostumbraban a levantar durante las primeras horas de la noche en aquel día ya estaban danzando por el aire, como si fueran salchichas. Decían que aquellos globos servían como observatorios y que se izaban a lo largo del río Neva… Bueno. Lo mismo daba que estuvieran quinientos metros más acá que más allá. De todas formas estaban lejos del alcance de la artillería.

Que habría jaleo, y del bueno, no se presentía, que solía ser un recurso mental de los timoratos. Se sabía. Sabíase que de un momento a otro empezaría un ataque. El Peque, desde el observatorio, había visto el movimiento de camiones hasta Kolpino. Luego, la infantería se metía en las trincheras del Jam Ishora, del ferrocarril, metiendo ruido. Y los tanques, toscamente camuflados, eran perfectamente visibles como pequeñas jorobas nacidas al paisaje, tan conocido a fuerza de dejarse las pestañas observando. Y por si faltaba poco, los altavoces rusos lo estaban repitiendo todo el santo día: «¡Españoles! Nuestro glorioso Ejército Rojo iniciará muy pronto la ofensiva. Si queréis salvar la vida, pasad a nuestras filas, abandonad las armas. Los ejércitos fascistas serán aplastados por nuestras fuerzas. El camino de España pasa por Moscú…».

La amenaza dejaba una sensación de plomo en el estómago. No era lo mismo prepararse para una ofensiva, que ver cómo los demás se preparan para ella.

—Nos las van a dar en un carrillo, Peque —decía el teniente Cartier.

—Sí, mi teniente.

—¿Cómo dices, burro…?

—Como usted dice que…

—Yo puedo decir lo que quiera. Para eso soy oficial. Si te rajas, Peque, te quito los galones. Y luego te fusilo.

El Peque era cabo y aunque poca diferencia había entre el cabo y la tropa, era algo. Napoleón dijo aquello de los mariscales con bastón de soldados… Bueno, algo por el estilo.

El día 9, con un frío muy notable, que se agudizaba en la torreta del observatorio, la sensación plomiza de la amenaza llegaba a ser tan intensa que no podía pensarse en otra cosa. Las líneas, se veía claramente, se estaban reforzando. Desde el observatorio se alcanzaba a distinguir casi toda el ala derecha del sector español, con su despliegue de fuerzas. Por la izquierda, sobre Putrolowo y el Ishora, antes del encuentro de la carretera, estaba el 3.º Batallón del dos-seis-dos, hasta el mismo río. Desde aquí, en un sector pequeño pero muy castigado, desde el río a la carretera de Leningrado, el Batallón 250 Después, la carretera se internaba en retaguardia española y el frente seguía el borde de la meseta, un poco hundido en relación con el saliente de Jam Ishora y el del Ferrocarril de Octubre; allí estaba el 2.º Batallón. Detrás estaba Krassnyj Bor, pueblo grande edificado entre el bosque —Bosque Rojo—, donde, amén de los servicios auxiliares, estaba el Primer Grupo de Artillería, con tres baterías, la Tercera de Antitanques, el Grupo de Exploración, el Puesto de Mando del regimiento dos-seis-dos y el hospital avanzado. A la derecha, siguiendo el ferrocarril, en un sector nuevo y mal fortificado, recibido de los alemanes apenas veinte días antes, cubría línea el 1.º Batallón, con una reserva de Zapadores, una compañía de Esquiadores y una sección anticarros. Bastante a retaguardia de este sector había dos baterías del Tercer Grupo, la 9.ª, con piezas del diez y medio, y la 11.ª, con ídem del quince, todos obuses de no muy largo alcance.

Con este 1.º Batallón terminaba la línea de la División española, para enlazar con la División 5, alemana. Claro, la *Blau* se extendía por la izquierda, a partir del Ishora hasta más allá de Puschkin, a través de trincheras cubiertas por el dos-seis-nueve y el dos-seis-cuatro. Todo un jaleo de líneas, subelementos y núcleos clásicos de resistencia.

El Peque, de tanto escuchar a los oficiales, sabía que en el frente había que considerar tres líneas propiamente dichas: la HKL, o Línea de Vigilancia; la HKF, o Línea Principal de resistencia, y la Línea de Artillería. Los alemanes tenían un concepto lineal de la defensiva, chocando con los españoles, que gustaban de los núcleos de resistencia y sistemas escalonados de profundidad. Los *doiches* adelantaban demasiado la HKL, mientras que los españoles colocaban la Línea de

Vigilancia en el mismo lugar que la de Resistencia, con un sistema profundo de vigilancia y reserva a retaguardia. Jaleos, jaleos y jaleos…

Casi al anochecer llegaron dos alemanes de la Plana Mayor de Enlace, que subieron al observatorio. Estando allí, un estruendo prolongado, sordo y que se iba corriendo como una traca fallera, les sorprendió a todos. Enseguida, más allá de las líneas propias, sobre las enemigas, comenzaron a alzarse grandes nubes de humo. El comandante La Cruz, que acompañaba a los alemanes, se precipitó al telémetro, observando detenidamente, mientras Peque, en un rincón, procuraba pasar inadvertido.

—Están volando sus minas y alambradas —dijo por fin el comandante—. Ciertos son los toros.

Dudoso era que los cabezas cuadradas entendieran el símil taurino. Pero el hecho de que los rusos despejaran el terreno de sus propias defensas indicaba que se preparaban para salir en masa de sus trincheras.

—Estamos viendo claramente cómo se preparan y concentran, aquí, en este sector y no hacemos nada por impedirlo. ¿Dónde está la aviación alemana? ¿Por qué no bombardea Kolpino?

Los alemanes se encogieron de hombros y poco después se marcharon. La artillería española comenzó a tirar sobre la retaguardia rusa. El campo nevado se iba perdiendo en la oscuridad, borrados todos los relieves. Los fogonazos y salidas de la artillería rusa se marcaban débilmente. Por el Trincherón pasaban soldados en dirección a la primera línea. Hacía frío.

Se durmió mal en los búnkeres de pelotón. La artillería propia se pasó toda la noche silbando por encima, sin que la rusa contestara. A las seis de la mañana, con una oscuridad completa, pero con los anuncios del amanecer pesando sobre las arterias, el teniente Cartier llamó al Peque y subieron al observatorio. El Peque tiritaba, aunque iba cargado de ropa. En la torreta había un grupo de oficiales, con rostros preocupados, dejando escapar de cuando en cuando alguna palabra nerviosa. Por oriente brotaba una claridad tenue y temerosa, preludio del amanecer que se prolongaría dos horas más. Sobre la retaguardia rusa aparecían de tarde en tarde destellos de luz. «Algún chófer idiotizado», comentaba alguien, y los demás asentían.

Hubo media hora de tensión, que se desahogaba dando patadas en el suelo, hasta temblar todo el armazón. Poco a poco, una sensación de alivio les iba ganando. Se pasaba la hora buena para atacar, y…

—No creo que ataquen hoy.

Un evadido, a las once de la noche, interrogado con el interés consiguiente, había anunciado que el ataque sería al amanecer. Y dijera que las trincheras estaban rebosantes de soldados de la 72 División, por allí, frente al Bastión, mientras que la División 63 de la Guardia atacaría el saliente del ferrocarril. Todo estaba preparado. Pero…

Y entonces fue cuando se sintió temblar acusadamente el suelo, como si fuera un

terremoto. La oscura línea del frente se encendió en llamaradas, cien, mil…

—Ya está el jaleo —murmuró el Peque, santiguándose.

Ya estaba el jaleo. Inmediatamente comenzaron a brotar en las líneas españolas volcanes de fuego: en el frente, en retaguardia. Los impactos no tenían intervalo alguno. Se sucedían como un redoble de tambor, acompasado, terrible. Generalmente los observatorios tenían como una de sus misiones contar los disparos enemigos para dar el parte diario de actividad artillera. Pero en aquellos instantes era imposible contar nada. Las andanadas se sucedían sin interrupción, tiñendo de anaranjado el horizonte. Existía cierta bárbara belleza en el tremendo fuego de artillería, en la salida, en la llegada. Lo menos estaban en acción cien baterías enemigas, sin contar los morteros y los organillos. Pronto se pudo ver que estos últimos machacaban la primera línea, mientras los cañones del doce cuarenta castigaban la retaguardia. El estruendo era grandioso, ensordecedor. La artillería propia fue absorbida por el estruendo. El redoble del tambor llegaba en oleadas. Y comenzó a llegar también el olor de la pólvora quemada, el humazo de las granadas, traído por un viento que se arremolinaba cuando la terrible aspiración de los disparos lo absorbía y calentaba.

Dieron orden de abandonar el observatorio y acogerse a los refugios. Todo el mundo estaba despierto; con las armas entre las piernas, tumbados o sentados en cualquier parte.

La preparación artillera duró tres horas. Tres horas imposibles. Parecía mentira que se pudiera mantener aquella intensidad de fuego. Mucho antes comenzaron a llegar noticias de la primera línea, por enlaces o heridos que atravesaban la lluvia de fuego. Las bajas eran muy crecidas. Las trincheras estaban siendo removidas de arriba abajo. La capa de nieve había desaparecido, manchada por las explosiones y mezclada de arriba abajo con la tierra helada.

De vez en cuando se hacía una escapada al observatorio. Se iba haciendo de día, aunque lo mismo fuera, ya que la nube constante de las explosiones lo entenebrecía todo. El castigo artillero se extendía por toda la línea, por todo el sector divisionario, y era especialmente fuerte en todo el subsector de Krassnyj Bor, sobre todo en el ala derecha, donde el saliente del ferrocarril estaba siendo materialmente pulverizado. Por detrás, hacia Federowskoye, Sansonowska, toda la línea del Ishora, Raikolovo y el bosque desde Krassnyj hasta Sablino, el bombardeo era igualmente fuerte, desorganizando el tráfico por la carretera e incendiando casas, pues se veían apuntar muchos incendios.

Atravesando la cortina de fuego comenzaron a llegar heridos, especialmente del Batallón 250 y del S2.º del dos-seis-dos, además de algunos zapadores, que por estar en posición delante del Trincherón pasaban o intentaban pasar por allí para dirigirse a Krassnyj Bor. De otras unidades era de suponer se dirigieran directamente al Hospitalillo de esta población por otros caminos.

Llegaban muchos heridos, pese a que otros tantos se quedaban por el camino, volcados los trineos o volteados los camilleros por la incesante cortina de metralla.

Venían asombrados, con las ropas destrozadas, sucios de humo y de sangre. Contaban y no acababan. Por lo visto, se habían dado órdenes de que el grueso de la tropa se retirara de la primera línea previniendo el machaqueo de ésta; pero no todas lo hicieron; al revés, acumularon todos los hombres disponibles en los refugios de la HKF. Y alguna, con buena intención, como la compañía del capitán Iglesias, se había adelantado y colocado en tierra de nadie, lo cual estaba bien, aunque privaba a los hombres de trincheras profundas donde refugiarse.

Como quiera que fuera, los heridos iban acudiendo; eran remendados como era posible y enviados para atrás. Por una de esas extrañas casualidades de la guerra, el Trincherón, que era, posiblemente, el núcleo más fuerte y mejor acondicionado del sector, situado entre el Batallón 250 y el 2.º del 262, un poco a retaguardia, como posición fuerte de reserva, recibía poco castigo en comparación con el resto del frente. El observatorio antitanque estaba en buenas condiciones, aunque un impacto se llevó parte de la escalera.

Lucía un sol claro y el aire era muy fino. El redoble de tambor artillero levantaba grandes columnas de humo y tierra, no aisladamente sino como cortinas movibles. En una de las ocasiones se observaron nueve aviones, ametrallando también el sector del 1.º Batallón. Más casas ardiendo por retaguardia.

A las nueve y media el fuego empezó a decrecer y a las diez, por lo menos sobre la primera línea, cesó por completo.

—¡Ahora viene lo bueno! —exclamó alguien.

Ya desde que el fuego fuera menos potente las tropas ocupaban sus puestos. No funcionaba ninguna línea telefónica. El humazo de los disparos se iba disipando rápidamente. Desde el observatorio se veía la Línea de trincheras convertida en una escombrera. Ofrecía un extraño contraste observar hacia terreno ruso el suelo blanco, apenas manchado —con las alambradas y minas voladas— y en terreno propio un paisaje limar, como si no hubiera nevado.

Y salieron los tanques. Se temía a los tanques. Se estaba pendiente de los tanques. Y los tanques acudieron a la cita. Desde las casas destruidas de Jam Ishora y la carretera paralela al río, brotaron las chatas fortalezas, que comenzaron a moverse lentamente. Había en total unos quince, que enseguida se escindieron en dos grupos, uno con ocho que cruzó la carretera y se dirigió a las posiciones del Batallón 250 en el segmento del río Ishora y camino de la fábrica de papel a la confluencia de la carretera misma con la línea de trincheras, y el otro, con seis, a la derecha del anterior atacando las trincheras del 2.ª Batallón.

Con los prismáticos se observaba todo claramente. La artillería había alargado fuegos y los obuses silbaban por encima. Los tanques, desconfiados y pesadotes, hacían tantas maniobras para atrás como para delante, recogiendo detrás suyo la masa de infantería, que, se veía claramente, llevaban los fusiles en banderola, pensando encontrarlo todo machacado.

Y sin embargo, entre las ruinas y los embudos comenzaron a brotar, primero un

poco aisladamente, después más coordinados, soldados y armas. No muchos, la verdad, pero sí los suficientes para hacer ruido. Los tanques avanzaron, macizos, disparando sus cañones y sus lanzallamas, entre nubes de humo que salían de las torretas. Reinaba un silencio extraño. Ensordecidos por la artillería, costaba trabajo acostumbrarse al minúsculo ruido de las armas ligeras.

Los tanques avanzando ofrecen una estampa poderosa y empavorecedora. No existe cristiano en el mundo que no tiemble cuando ve acercarse una torre blindada ante la cual se sabe indefenso. Es algo indefinible, algo que hace sudar con un sudor —sudor del miedo— maloliente, pegajoso y frío. Nunca se sabe lo que va a pasar cuando se acerca un tanque. Todos tienen miedo, todos. Y puede suceder que un grito aislado de pánico se convierta en colectivo.

Desde el observatorio se asistía, con los rostros contraídos, al desarrollo de los acontecimientos. Cerca, debajo, la segunda sección aprestaba sus armas. Y los zapadores. Seguían llegando heridos. A lo lejos, aunque el fuego defensivo no era verdaderamente muy fuerte, los tanques se mostraban desconcertados. Llegaron hasta la mismísima línea española y después maniobraron a derecha e izquierda, para terminar volviendo para atrás, ya que la infantería no les seguía.

—Me parece que se va solucionando la papeleta —comentó el Peque, sin que le hicieran demasiado caso.

Por aquella parte quedó todo en el aire. Por la derecha se escuchaba ruido de combate, mucha ametralladora y algunos chimpunes. No se tenía noticia ninguna de la retaguardia, donde seguían humeando los incendios. Después de unos minutos, más heridos del Batallón 250, que dijeron había muchas bajas y que estaban muertos los capitanes Miranda y Ulzurrum, quedando apenas ochenta hombres al mando del capitán Oroquieta. También del 2.º del dos-seis-dos llegaban varios evacuados. Había muerto el capitán Iglesias y se creía que el capitán Campos también estaba muerto; las compañías estaban casi destruidas, con los heridos en las zanjas, sin gente para evacuarlos. Habían atacado por allí diez carros, T-34, cuadrados, que habían penetrado en las líneas. Los antitanques eran inofensivos y sólo quedaba, ante las fortalezas movibles, el recurso de esconderse o escapar. Se había estado jugando al escondite con ellos, reservando los disparos contra la infantería, una extraña infantería que llevaba muchos morteros a cuestas y que cuando encontraba alguna resistencia enseguida los montaba. Por fin, el ataque había resbalado, sin profundizar demasiado y dirigido su centro de gravedad al ferrocarril, donde se decía que existían grandes penetraciones y roturas. Aquella parte de frente correspondía al 1.º Batallón.

Los oficiales no sabían mucho más. Se reservaban los soldados sueltos que iban apareciendo y que se dirigían al Trincherón sabiendo que allí había fuerzas propias.

Cerca del mediodía apareció el capitán Felipe, de la 1.ª Antitanque, y dos tenientes, que con Apeztegui y los demás oficiales de la Plana Mayor deliberaron sobre lo que convenía hacer. Seguían llegando soldados, algunos sin armas. Se derrumbó el observatorio y se quedó la Plana sin puntos de referencia. Apareció el

comandante La Cruz y dispuso que los de Antitanques salieran en dirección a Krassnyj Bor, atravesando terreno para llegar al camino de troncos que rodeaba el poblado.

Así se hizo. A las doce se alcanzó el camino, una senda de rollizos que unía el ferrocarril con la carretera Moscú-Leningrado, rodeando Krassnyj Bor. Los rollizos no eran otra cosa que árboles delgados colocados transversalmente sobre el terreno pantanoso. Había muchos caminos así en Rusia. A unos veinte metros, en la parte que miraba al frente, había unas vallas de cañizo y matojos que disimulaban bastante bien el tráfico. Tumbados a lo largo de esta valla, demudados, casi sin armamento, había un grupo bastante numeroso de españoles. Pronto se puso en claro que eran de distinta procedencia: una sección del 250; zapadores que durante el bombardeo se habían refugiado en los búnkeres de la artillería y que entonces iban de un lado para otro naufragando entre las noticias contradictorias que corrían, y diversos pelotones del 2.º Batallón del dos-seis-dos. El Peque vio cómo el comandante disputaba con un teniente, sin que los testigos parecieran prestar demasiada atención.

El teniente y sus hombres fueron encaminados al Trincherón. Y se vino a saber que los rusos habían roto el frente por el Ferrocarril de Octubre y que los tanques habían entrado en Krassnyj Bor siguiendo la línea férrea. En resumen, que si bien la parte izquierda había resistido, la derecha, especialmente por el nuevo sector del ferrocarril, estaba deshecha.

Krassnyj Bor, ocupado por los rusos, planteaba un nuevo problema. No podían dirigirse allí, directamente, sin tener un conocimiento exacto de la situación; por otra parte, no se escuchaba ruido de un verdadero jaleo. En general, lo mejor que se podía hacer era mantener libre la carretera Moscú-Leningrado, desde las inmediaciones de Krassnyj Bor hasta el Trincherón.

Mandaron varios enlaces hacia el poblado, especialmente para tratar de encontrar a las dos compañías de Antitanques, y ver cómo tenían la papeleta. Otros fueron enviados al Trincherón, para que dijeran lo que se sabía y les dijeran lo que había por allí. Los demás seguirían por el camino de rollizos hasta encontrar por abajo la carretera, en el bosque, fuera de Krassnyj Bor.

Se caminó durante una hora. La aviación rusa atacó el grupo y después de dos pasadas, que hicieron cuatro heridos, se marchó para la retaguardia. Sin hacer contacto con el enemigo, pero anunciándose su proximidad entre la densa arboleda del Bosque Rojo, se llegó a la carretera. Había alemanes por allí. Alemanes con las armas al pescuezo y que parecían contemplar filosóficamente el curso de los acontecimientos. Mucho ruido de ametralladoras y disparos —salidas— de la artillería española.

Volvieron los enlaces del Trincherón. Dijeron que allí se estaban acogiendo muchos españoles y que se habían rechazado algunos ataques. Estaban, según ellos, la 8.ª de Máquinas del 2.º del dos-seis-dos, del capitán Arozamena; la compañía de Zapadores del capitán Aramburu y dos secciones de la compañía del capitán Campos,

del 2.º, que se había reunido a la Compañía de Ametralladoras de su Batallón y ambas replegado sobre el Trincherón.

Todo esto era asombroso. Venía a significar que el frente estaba destrozado y que únicamente quedaba como núcleo de resistencia el que formaban estas unidades, sobre la carretera a Leningrado. Es decir, una brecha limpia, directamente sobre Krassnyj Bor. Si a esto se añadía lo que ya se sabía, que los rusos habían aplastado el sector del ferrocarril, media docena de kilómetros más al Este, resultaba que toda el ala derecha española estaba destrozada, quedando los flancos al aire, el que se tenía con los otros regimientos españoles, sobre el Ishora, y el que sobre el Tosno enlazaba con los alemanes de la División 5.

De Krassnyj Bor las noticias no eran mejores. Habían penetrado los tanques y se estaba jugando al escondite con ellos. El grupo Antitanque había comprobado a costa de perder las piezas, que los cañoncitos del tres con siete no valían para nada. Se decía que un tanque había penetrado en el hospital, por la ancha portalona y que había recorrido el patio aplastando a los heridos que allí se encontraban.

Detalles como éste había muchos. Una de las piezas anticarros de la 1.ª compañía había esperado hasta que un T-34 se colocó a modo. El disparo, desde cincuenta metros y a las cadenas, para mayor seguridad, ni le había molestado. El tanque, en venganza, había tenido la puñetera mala sombra de pasar y repasar encima del cañoncito hasta dejarlo hecho migas, mientras los servidores, claro, salían corriendo. En la central de teléfonos se habían presentado unos rusos, civiles, buscando refugio, decían ellos, pero que una vez allí se habían apoderado de las armas de los españoles, expulsándoles de la casa… hasta la vuelta de la esquina, pues uno de los de Transmisiones llevaba una bomba de mano y la había tirado por una ventana. Así, claro, aparte de escabechar a los rusos se había estropeado la central.

A Krassnyj Bor habían llegado sólo cuatro o cinco tanques, que se acercaron hasta las escuelas donde estaba el PC del dos-seis-dos, sin atreverse a ir más allá. Detrás de los tanques, por el boquete abierto en el saliente del ferrocarril, llegó la infantería. Se había combatido de una manera rara. Los rusos parecían llegar con hambre y lo primero que hacían era entrar en las casas para llevarse la comida. Más de uno había sido muerto con el bocado en la garganta. Por otra parte, los españoles, desconociendo la situación, se mantenían en unas casas, sin ser molestados en lo más mínimo, mientras en otras eran atacados por los tanques, como si la misión de éstos fuera únicamente cazar uno a uno a los españoles. En general, los rusos evitaban los ataques frontales y buscaban los flancos. Nada raro era entrar por una puerta mientras el enemigo salía por una ventana.

Un grupo de *ruskis* que llevaba prisioneros por el terraplén de la vía fue sorprendido y pasaron a ser ellos los prisioneros, para escabullirse a su vez cuando un tanque asomó la jeta por una vaguada. El grupo de Exploración había iniciado el contraataque, más bien limpieza de fondos, sobre Krassnyj Bor, con el fin de proteger el hospitalillo, a la sazón lleno de heridos, menos los aplastados por el tanque. Se

esperaba a la noche para evacuar a éstos. Había muchos heridos, no sé cuántos, pero muchos. Y muertos. Los muertos se dejaban donde caían, una vez comprobado que nada se podía hacer por ellos. Y como casi todos eran por efectos del bombardeo, las heridas eran espantosas. Lo suficientemente espantosas para apartar de toda duda la idea de abandonar a uno que pudiera estar vivo. Los cadáveres yacían con las cabezas destrozadas, los miembros mutilados, casi desnudos. El que tenía humor y una manta dejaba caer ésta sobre los despojos.

Krassnyj Bor, a diferencia de casi todos los pueblos rusos que el Peque conocía, no era la clásica alineación de casas a lo largo de una calle. Era muy grande y sus dachas, una por esquina, se perdían entre el bosque. Por un lado limitaba con la carretera de Moscú a Leningrado y por otro con el ferrocarril de la misma procedencia y destino. El tren pasaba por Kolpino, después de atravesar las líneas españolas, la carretera no.

Del 1.º Batallón del dos-seis-dos, al otro lado del ferrocarril, se sabía muy poco, que estaba destrozado, muerto el capitán Huidobro, del cual se contaban cosas estupendas. La compañía del capitán Muñoz, la más alejada, ya que era la que enlazaba con los alemanes, resistió bien hasta que amenazada por el flanco y perdidos casi todos sus efectivos, se replegó sobre las líneas alemanas, no para descansar sino para formar allí otra nueva línea. Se citaban muchos nombres, principalmente de oficiales, que por ser la médula de las compañías, y claro, menos que los soldados, eran más fáciles de recordar. Nombraban como muertos a Viejo, Cumper, Palacios, Céspedes, Santandreu…

Hechos heroicos se contaban muchos. El capitán Huidobro había llegado, a pedir por radio que la artillería bombardeara su posición. Los núcleos aislados de resistencia que vagaban en el fondo de la gran brecha tropezaban a menudo con unidades enemigas y se encendían el pelo mutuamente. La artillería de Reinlein había llegado a disparar a cero, hasta agotar las municiones, volando después las piezas de la Primera y Segunda batería, resistiendo todavía la Tercera. El mismo Reinlein, casi sin piezas, se había convertido en infante, mandando un grupo de artilleros y los restos de Exploración, defendiendo el bosque unas baterías alemanas.

A las cuatro de la tarde comenzó a anochecer. Decreció considerablemente el jaleo en el poblado y los alemanes que montaban guardia en los linderos del bosque se movieron hacia delante, ¡por fin, hombre!

El grupo de la Plana Mayor se había reducido bastante, unos por haber salido conduciendo heridos, otros por estar efectuando reconocimientos y algunos por haberse escabullido. Dieron la orden de acercarse a Krassnyj Bor, con precauciones, pero acercarse. Iban despegados, como si fueran por terreno enemigo, con las armas apercibidas. Encontraron a algunas unidades que iban en dirección contraria, al parecer para cubrir el flanco sobre el Ishora que la rotura del frente había dejado al aire, como los diamantes.

La marcha no fue larga, aunque sí penosa. Se alcanzó el poblado por detrás del

PC del Regimiento dos-seis-dos, donde había un tanque ruso inutilizado. Sobre la inutilización de aquel tanque había muchas versiones. El Peque no llegó a saber nunca quién fuera el autor del tanquicidio, aunque la versión más segura era la que señalaba a un teniente procedente de la Legión, nacido ruso y nacionalizado español. Como fuera, allí estaba el tanque, el único que habría de verse en aquellas horas, pues en cuanto comenzó a hacerse de noche los *ruskis* retiraron sus armatostes, seguramente para enterrarlos en algún sitio conveniente, a la usanza rusa, que así constituían los núcleos de resistencia, mientras los españoles los concentraban en torno a la ametralladora.

De la 3.ª Antitanque, del capitán Cantalapiedra, no se pudieron encontrar más que restos, lo mismo que de la 2.ª, precisamente la sección Tabú, que todavía tenían humor para cantar aquello: «Paso a la sección Tabú, Tabú. / Paso a sus antitanques. / Los tanquistas verán la luz, la luz / que despide la Tabú, Tabú, Tabú». Y eso después de haber sido ellos los que no sólo habían visto la luz, sino también la lima y las estrellas. Cosas del humor.

La moral era buena. El Peque reflexionó sobre esto y le hizo mucha gracia. Le hubiera gustado discutir con alguien las paradojas de una moral que podía ser buena o mala. Claro que en re militar, moral es concepto diferente al puramente escolástico. La moral del soldado es un estado de ánimo que repercute en su eficacia combativa; cuando alta, alto, cuando baja, bajo. Y los demás eran cuentos. Pasados los primeros instantes de asombro ante el machaqueo artillero y de rabia impotente bajo los carros blindados, se capeaba el temporal como se podía, aunque con el corazón dolorido por lo mucho y malo que se había visto aquel día. Todavía coleaba en Krassnyj Bor —coleará en otros lugares— el clásico refrán, que dijo el otro: «Cuando el español canta, o está jodido o poco le falta».

Después de unas idas y venidas se encontró el puesto de mando del comandante Reinlein, jefe de una agrupación heterogénea, por haber sido voladas casi todas las piezas del Primer Grupo de Artillería. Claro que también la 11.ª Batería —del Tercer Grupo—, que estaba un poco más alejada, al lado de la vía férrea junto a los bosques de Porowka, también había inutilizado sus piezas. La que continuaba defendiéndose era la 9.ª, situada aún más arriba, sobre el Tosno, cerca de la fábrica de cristal. Se decía que estaba cercada o que, por lo menos, los rusos habían llegado hasta allí, con sus tanques. Lo cual era señal de que la situación era muy difícil, que si los rusos profundizaban por allí, siguiendo el Ferrocarril de Octubre, llegarían a Uljanowsky-Sablino, importante combinado de poblados, carreteras y vías férreas y pivote donde giraba la situación militar del XLIV Cuerpo de Ejército. Los españoles, visto que los alemanes que montaban guardia en los linderos del bosque no tenían mucha prisa en intervenir, se preocupaban de establecer una línea-tapón de Porowka a Mischkino, siguiendo los taludes de un ferrocarril de vía estrecha que llegaba hasta el río Tosno. Este mismo río, por otra parte, podía defender el flanco de la irrupción enemiga.

Mientras los oficiales deliberaban, muy preocupados, la tropa se refugió en un

búnker de la artillería, manchado de sangre y con algunos muertos en un rincón, tapados con mantas. Se montaron algunas vigilancias y el Peque, con un subfusil, se encontró encima de un montón de escombros, frente a una casa de ladrillos situada al otro lado de una avenida.

Hacía frío. A las cinco de la tarde era noche cerrada, sin estrellas todavía. Reinaba un silencio casi absoluto, increíble, sorprendente. Se había librado y se estaba librando la batalla más encarnizada de las que había tomado parte la División española y sin embargo diríase que estaba de centinela en un puesto cualquiera de las trincheras una noche de calma. Asustaba pensar en lo que se tenía delante. Sobre un fondo de unos cuatro kilómetros con una anchura de siete u ocho, el frente era impreciso. Aquel terreno formaba entonces, en aquella hora, una bolsa inmensa donde, sin exagerar, habría doce o quince mil hombres, dispuestos a matarse, desconcertados, vagando por patrullas o compañías de un lugar a otro, maltrechos unos, eufóricos otros, todos agotados por las tremendas sensaciones del día. Centenares o miles de cadáveres y heridos se encontraban entre la nieve y la tierra removida. El aliento de estos hombres y sus máquinas, la poderosa emoción estética del heroísmo, el sudor de los miedos contenidos, el asombro, la oscuridad, las alegrías y los llantos, se resumían en una tremenda interrogante colgada en el silencio y las tinieblas.

Gravitando sobre las copas de los árboles, sobre las cosas abandonadas, sobre los rumores espaciados, llegaba la amenaza de un mañana incierto. Todo podía esperarse, todo podía temerse…

Interrumpieron sus reflexiones unos disparos. Unos disparos tan cercanos que le dejaron el corazón galopando como un caballo. Fuera una descarga rápida y completa de un naranjero, un naranjero ruso. Y los tiros iban buscándole… ¡Salían de la casa de ladrillo!

Se aplastó contra el suelo, esperando una segunda salva, que no llegó. Se arrastró como los cangrejos, rodando hasta la puerta del refugio. Entró pegando gritos.

—¡Los *ruskis*! ¡Me han disparado!

Un teniente, sin tomarse mucho calor, arqueó una ceja para preguntar:

—¿Qué dices?

—¡Me han disparado! ¡Desde la casa de ladrillo! ¡Le digo que han disparado!

—Está bien, hombre… Son unos mamones, pero debes reconocer que tienen derecho a dispararte.

Con lo cual el Peque se quedó sin habla. El teniente hizo un gesto a unos cuantos y abandonaron el búnker, con las precauciones de rigor, tumbándose frente al lugar de la agresión. El oficial reclamó la presencia del agredido.

—¿Desde allí…?

—Sí…

Y el teniente ordenó a dos que llevaban subfusiles:

—Disparad unos caramelos, andad, guapos.

Durante unos segundos acribillaron la fachada y las ventanas de la casa, sin que hubiera respuesta. Miraban todos al teniente, esperando.

—¿Vamos a por ellos…?

El oficial se limpió los mocos con la manga antes de contestar.

—No, basta con que sepan que estamos aquí.

Se reforzó la vigilancia y todos al refugio. El Peque fue relevado. No hubo más incidentes. Una hora después, hora que transcurrió entre comentarios, llegaron unos alemanes con una marmita de comida. El hecho, tan insólito —habían llegado a olvidar que no comían nada desde las siete de la mañana— les emocionó en gran manera. Los alemanes recibieron muchas palmadas a las espaldas y muchos: «*Doiche* camarada, *gut, fil gut.*… Los Ottos sois estupendos. Vuestra sopa, estupenda, *gut, fil gut.*…». Que ellos correspondían con escasa modestia: «Ya, ya festén… Doiches gut. Espanien gut, ya, ya, gut; suppe gut Alles ruskis caput…».

¡Claro que sí! Todos los rusos kaputt… Pero mira, Otto, mañana. Mañana será mejor. Estaremos más descansados. Hoy hemos tenido un jaleo atroz y no tenemos ganas de matar más rusos. Tampoco tendrán ellos más ganas de dejarse matar. De modo, Otto, que lo dejaremos para mañana.

Se agradeció la comida, que restableció el calor en el cuerpo. Pero faltaba un detalle. No había tabaco. Los pocos cigarrillos o tabaco de pipa de la ración y cantina se habían apurado hasta lo inverosímil a lo largo de las nerviosas horas precedentes. No existía ni gota de tabaco en todo el refugio, entre las dos docenas de hombres. Gonzalo, del Grupo de Asalto, tuvo una idea. Se acercó a los cadáveres y revolvió en sus bolsillos. Aparecieron tres cajetillas, una manchada de sangre. Con ellas en la mano, Gonzalo dijo a los muertos, dijo a los vivos…

—Mirad, camaradas. Tenemos muchas ganas de fumar. Necesitamos fumar. Vosotros no lo necesitáis. Es una mala suerte, desde luego. Y nosotros lo sentimos mucho mucho, más de lo que parece. Pero así son las cosas y así hay que tomarlas. Mirad, camaradas; os pagaremos el tabaco. Que nadie diga que os robamos nada…

Y entre un silencio muy grande, muy asombrado, Gonzalo sacó de un bolsillo dos billetes de diez marcos.

—Ayer se pagaban las cajetillas a cinco pavos, ya lo sabéis. Pero hoy, según están las cosas, yo creo que bien pueden pagarse al doble. Debemos ser honrados con vosotros. Os compramos dos paquetes. Este que tiene sangre, sólo tú tienes derecho a fumarlo.

Colocó el dinero en los bolsillos de donde sacara el tabaco y la cajetilla en la mano de su propietario. El absurdo discurso a ninguno de los vivos le pareció extraño, ni irrespetuoso. Era la vida… Y se fumaron los cigarros.

No hubo gran novedad hasta las ocho. De vez en cuando el silencio se rompía en un intercambio crudísimo y poco duradero de disparos. Se escuchaba, en silencio, sin dejar transparentar los pensamientos. Unos cuantos hombres se habían encontrado y se estaban matando, en cualquier lugar de aquella oscuridad, de aquel silencio.

Bueno. Sobre esa hora se abandonaron los refugios. Un teniente coronel español andaba por allí. Iba disponiendo de todos los que regresaban a Krassnyj Bor, restos de los batallones 1.º y 2.º del dos-seis-dos, zapadores, esquiadores, exploración, artilleros sin cañón, mandándoles a unos en dirección a la vía del ferrocarril, a otros sobre el camino de rollizos a Raikolovo, donde estaba el Puesto de Mando divisionario.

El grupo de la Plana Mayor de Antitanques, única fuerza que podía decirse estaba intacta, recogiendo algunos otros soldados de la 2.ª y 3.ª compañías, recibió orden de situarse sobre la carretera Moscú-Leningrado, para auxiliar si era posible a las tropas que resistían en el Trincherón o proteger su retirada.

Podía buscarse la carretera atravesando el poblado, cosa muy arriesgada, por lo que se dispuso que se internara un poco en el bosque, hasta encontrar a los alemanes y desde allí girar hasta encontrar la *daroga balsoi*, que decían los rusos. Así se hizo.

Tanto el Peque como los demás en la caminata, se dieron cuenta que estaban muy cansados. Las horas de descanso, las detenciones en las cunetas, las paradas en los refugios, nada significaban porque los nervios continuaban saltando. Caminaban como autómatas, abrumados bajo el peso de las armas y cajas de munición. Un dolor muy pronunciado en las ingles convertía en un suplicio cada paso.

Por eso, al encontrar la carretera, se dejaron caer todos como peleles en una cuneta, respirando afanosamente el viento cortante y helado, enfilado en la recta del camino. Partieron dos patrullas para reconocer el terreno. Cuando volvieron, después de haber desvelado un poco el misterio de la oscuridad a los lados de la estrada, se animó un poco aquello. Comenzaban a surgir bengalas sobre el terreno ondulado, delante de Krassnyj Bor. Se escuchaba fuego de mortero sobre el Ishora, y de cañón al otro lado del pueblo. Y se veían arder hogueras en distintos puntos. De los tanques no se sabía nada.

Aquella carretera la había paseado centenares de veces el Peque, en una y otra dirección, con precauciones; claro, pues estaba muy batida. Tan recta era que daba grima. Se decía que en tiempos de los zares habían presentado el proyecto a uno de ellos rogándole indicara el mejor de los proyectos. Y el hombre había tomado una regla y una pluma y, ¡zas!, de un plumazo trazó la carretera sobre el mapa, uniendo a las dos ciudades con una recta impresionante, que es, como enseñan en la escuela, la distancia más corta entre dos puntos. Dos kilómetros y medio más arriba, sobre la misma carretera, estaba el Trincherón, lugar abandonado por el grupo aquella mañana y entonces ocupado por otros camaradas.

Como el viento soplaba contrario poco se podía escuchar, aunque aguzando la vista algo se captaba, indicativo de que allí se continuaba resistiendo. Hubo un pequeño fregado a retaguardia, sobre el camino de rollizos de Pabussi a Krassnyj Bor que, como las velas encendidas por los dos cabos, se consumió pronto.

Al filo de las diez de la noche comenzaron a sentirse rumores al norte de la carretera, sobre el Trincherón. Medio grupo se echó a los lados del camino y el otro

medio profundizó en dirección a los rumores. Después de un cuarto de hora de profunda tensión los ominosos rumores cesaron. La tranquilidad resultaba desconcertante. Hubiera sido mejor encontrarse en el centro de un bonito jaleo. Por lo menos el frío no se hubiera sentido como se estaba sintiendo.

Poco después unas sombras se perfilaron en las cunetas. Como una patrulla estaba bastante adelantada y no había dado señal de alarma, debían ser españoles los que venían. Lo eran. Eran las avanzadillas de reconocimiento de las fuerzas del Trincherón que se retiraban. No estaba la cosa para cambiar impresiones, fumando un cigarro, ni los que llegaban tenían muchas ganas de hacer comentarios. Indicaron que el grueso de las tropas venía detrás, con los heridos y algunos muertos.

El encuentro sirvió para reanimar a todos. Los que venían porque habían permanecido todo el día completamente aislados, sin tener noticias del resto del frente, sin que contribuyera precisamente a tranquilizarles el silencio que reinaba sobre Krassnyj Bor, que les hacía suponer que el ataque ruso había profundizado mucho más de lo que en realidad había sido, apenas un exiguo resultado para la ingente cantidad de elementos que habían arrojado a la lucha. Sé, podía decir que los *ruskis* habían llegado únicamente a la tercera línea, a la línea de la artillería.

Enseguida pasaron los que faltaban, en grupos, llevando heridos en trineos, en camillas, en mantas, como se podía. Eran los restos del Batallón 250, restos exiguos pues sólo eran parte de la compañía del capitán Oroquieta. Este batallón había llevado un palo muy gordo, con un setenta por ciento de bajas, entre las cuales estaba el Páter del batallón; del 2.º del dos-seis-dos quedaban los restos de la compañía del capitán Campos y los maquinistas del capitán Arozamena; y dos secciones muy mermadas, como todas, de la compañía de zapadores del capitán Aramburu; en total, doscientos hombres, muchos de ellos heridos y todos aspeados.

Los oficiales que quedaban, que eran muy pocos, se abrazaron y cambiaron brevemente impresiones. El Peque oyó que uno preguntaba: «Bueno, chico, ¿cómo está la cosa?». «Bien, está bien. Nos han encendido el pelo, pero está bien. Creo que saldremos de ésta». «Y, ¿qué pasa?». «Como no tenemos reservas no podemos contraatacar. El general está dirigiendo personalmente toda la tropa que puede rescatar al Ishora. Teme que se metan por detrás del dos-seis-nueve…». «¡Qué día, hermano; si hoy no he muerto no moriré nunca…!». Y un tercero intervino para asegurar que los rusos estaban enterrando tanques…

No hubo tiempo para más, ya que se imponía la retirada. Por un verdadero milagro los defensores del Trincherón no llevaban a nadie a los talones… Mientras cubrían retaguardia los antitanquistas los recién llegados continuaron adelante, por las cunetas. El camino parecía despejado y no mucho más allá había alemanes y algunas ambulancias en los linderos del bosque. Pasado algún tiempo, amenizado por algunas descargas y gritos a lo lejos —gritos y hurras rusos—, la sección retiró también.

Un grupo de aviación, alemana, voló por encima del bosque, en dirección a Kolpino. Todos se acordaron de que la aviación había faltado todo el santo día —

apenas algunas pasadas antes de anochecer—. Dejando a los aviones rusos ametrallando a mansalva las ya destrozadas posiciones.

Pasadas las últimas casas de Krassnyj Bor, avanzadas sobre la carretera y donde las edificaciones eran más densas, la carretera se internaba decididamente entre el bosque. El Peque sabía que hasta llegar a Sablino no se encontraría ya ningún pueblo, apenas algunas fortificaciones y refugios de artillería. Seis kilómetros más allá estaba el poblado. Se decidió que todas las unidades continuaran hasta Sablino, único lugar en que podrían reorganizarse y descansar un poco, aunque sólo fuera hasta el día siguiente, ya que de quedarse en Krassnyj Bor, convertido en primera línea, se corría el peligro de enzarzarse nuevamente, aunque el enemigo no se mostraba muy activo.

La carretera hasta Sablino distaba mucho de ser un lugar solitario. Multitud de alemanes la ocupaban, unos dirigiéndose al frente, otros custodiando baterías y otros aguardando cerca de sus camiones. El Peque y los suyos contemplaron con envidia algunos antitanques del siete y medio, que de haberlos tenido aquel día la jornada hubiera sido de fiesta.

A la una de la madrugada se llegó a Sablino. Los heridos ya estaban allí, conducidos en camiones y ambulancias. De aquellos instantes habría de conservar el Peque un recuerdo demasiado borroso. Pese a la oscuridad había mucho movimiento de vehículos y tropa. Los alemanes rodeaban a los españoles, intentando interrogarles acerca de lo pasado. No se entendían, pues los alemanes eran torpes para hacerse entender y sobre todo para entender lo que decían los demás. En otras ocasiones, la vivacidad de los españoles obviaba la dificultad y entre gestos y palabras en dos o tres idiomas se lograba encauzar la cosa. Pero entonces los hispanos estaban demasiado fatigados y no habrían levantado un dedo aunque les hubieran puesto en la mano un billete de cien marcos.

Llegaron a una casa. Estaban dispensados de toda vigilancia. Los *doiches* seguían reuniéndose para contemplar a sus camaradas españoles. Dejó el subfusil en un armero y se sentó en el suelo. Enseguida la cabeza comenzó a darle vueltas. La neblina de los cigarros y el eco en sordina de las conversaciones le llegaba a través de un tamiz demasiado espeso. Se dio cuenta que no llevaba casco y de que no llevaba las manoplas. Las vueltas blancas del camuflaje estaban sucias de sangre y tierra. Se quedó dormido.

Y soñó que estaba en el centro de un inmenso bosque, de árboles rojos, con hojas, tronco y raíces de color escarlata, muy altos, enormemente altos, llegando hasta el cielo. Los árboles se movían. Iban gritando: ¡Hurra, hurra, hurra… pobieda! Y se convertían en tanques, tanques rojos, con la estrella de cinco puntas que giraba vertiginosamente en los costados de la torreta, al lado del cañón, que era un árbol, un árbol rojo… Los tanques se iban acercando, le rodeaban; en los arbustos de las torretas comenzaba una transformación. Se convertían en tubos de acero, iban tomando la forma, abriéndose el hueco del ánima… ¡Se movían! Cuando hubiera acabado la transformación, los monstruos dispararían. Y él sería la única diana

sensible y viva de su puntería… ¡Ya faltaba poco; ya amenazaban las negras bocas, ya rechinaban las cadenas! ¡¡Ya…!!

Lo curioso era que no tenía las menores ganas de salir corriendo.

Once de febrero en el Ishora

El día 11 amaneció lleno de pesadumbre. Los combates del día anterior habían supuesto un tremendo esfuerzo. Y los esfuerzos en la guerra se pagan caros. Se hablaba de más de dos mil bajas, y algunos heridos recuperables, enviados desde el hospitalillo de Mestelevo por la noche, no paraban de contar las calamidades sufridas, aunque muchas de las vicisitudes fueran exageradas. Pero como otras eran paliadas, íbase lo uno por lo otro.

La 4.ª Compañía del 1.º Batallón del dos-seis-tres, de ametralladoras, había visto transcurrir el día 10 de febrero entre las casas de Federowskoye y los bosquecillos de Raikolovo, cerca del Cuartel General, como inmediata reserva. El tremendo desgaste de la batalla les había llegado de rechazo, por efectos del bombardeo mañanero. El sector habitual del Regimiento 263 estaba en el ala izquierda del dispositivo divisionario, lindando con la División 215. Allí, entre las rotaciones normales de primera y segunda línea, habían ido transcurriendo cuatro meses. Fue necesaria la pregonada amenaza sobre el ala derecha española para cambiar la rutina del frente, si es que rutina podía llamarse el salir de un sitio para entrar en otro y dejarse la piel si venían mal dadas…

Un jaleo, Marcelino no se recataba para decirlo; aunque ya era tiempo de que el Regimiento hiciera algo sonado, pues siempre le tocaban los mejores sectores del frente. Marcelino era de los viejos y en el año y medio que llevaba de frente no había hecho otra cosa que salir de una trinchera para entrar en la inmediata, mientras el dos-seis-nueve, primero en Sitno, Possad, Otensky, Udarnik y Sentizy, y el batallón de Exploración en los Cuarteles, y los Zapadores, y ahora el dos-seis-dos, se dejaban las osamentas en los jaleos casi sin solución de continuidad.

Gollería sería quejarse, desde luego, y Marcelino no se quejaba, aunque le hubiera gustado hallar la fórmula de cubrirse de gloria sin derramar una gota de sangre, cosa, por lo que estaba viendo, muy difícil. Tan difícil, que la mucha que los españoles estaban recogiendo estaba costando un precio altísimo, como el pagado el día anterior, con el número de bajas que se decía en voz baja y alta.

Volviendo al día anterior. La Compañía de máquinas y la del capitán Marzo habían llegado a Federowskoye en plena noche. Las otras dos compañías no habían podido llegar y se las estaba esperando. Hacía frío y se buscaron alojamientos en las pocas casas que quedaban en pie. El bombardeo, algo terrible, había empezado a las seis y media, en plena oscuridad. El frente, por lo que sabían, quedaba bastante alejado, cinco kilómetros en el mejor de los casos, circunstancia que les había predispuesto para considerarse en plena seguridad. Pero el bombardeo alcanzó muy intensamente Federowskoye, Mondolowo y todas las carreteras y caminos de la retaguardia, atacados por los cañones del doce coma cuatro. Todavía, creyendo el bombardeo como una cosa accidental, se habían resistido a dejar las casas para

arrojarse a la intemperie, con quince grados bajo cero. Marcelino recordaba cómo el sargento Medrano dijera: «Vamos afuera, a las zanjas. He visto zanjas por la parte del bosque». Y él templara un poco: «Espera. No puede durar mucho».

¡Y vaya si duró! A las siete había veinte bajas y a las ocho más de treinta bajas en dos compañías que estaban de reserva. Como siguieran así las cosas habrían de ser relevadas antes de entrar en línea, lo cual no era mala broma. Por eso, poco más de las ocho, cuando el eterno amanecer ruso se mantenía indeciso, al llegar por la carretera de rollizos, dando un rodeo, el general jefe de la División, decían que se había enfadado mucho.

Como fuera, parecía evidente que el general tenía muchísima razón. Y las dos compañías habían abandonado Federowskoye para avanzar unos mil metros sobre el bosque, hasta el pueblo de Raikolovo, metiéndose en unas zanjas antiguas, esperando órdenes. Parte de estos movimientos se realizaron bajo el fuego de los cañones rusos, escuchando también la artillería propia, que no era manca aunque sí menos potente.

Allí habían permanecido todo el día 10. La preparación artillera había cesado a las diez, ya de día. Y luego se habían sucedido unas largas y miedosas horas, llenas de todas las incertidumbres de la guerra, cuando el soldado que está en retaguardia, ignorando lo que tiene delante, pasa más miedo que materialmente metido en el fregado. Muchos heridos, interminables caravanas de heridos, unos leves, otros graves, curados precipitadamente y desviados hacia las escuelas de Annolowo o el pueblecito de Ladoga, para desde allí ser enviados a Slutz o Mestelevo. Ellos mismos habían ayudado a trasladar a algunos. Muy poca cosa, pues no podían alejarse ni disgregar los pelotones.

Y muchos camaradas que rebasaban los caminos cortafuegos, asombrados todavía por el intenso bombardeo, sin armas, sin unidad u oficiales. En buena ley, aquellos muchachos estaban escapando. Escapando de un infierno. Eran recogidos y enviados al Cuartel General. Lo peor era los rumores. Se decía que los tanques rusos habían llegado a Krassnyj Bor, apenas a tres kilómetros de distancia en línea recta. Y que el dos-seis-dos estaba destrozado, lo mismo que el Batallón 250, y los antitanques.

Los aviones rusos volaban sobre la retaguardia, ametrallando las carreteras. Se decía que por la mañana el general había sido ametrallado y tuvieron que arrojarse de los coches, sin que, afortunadamente, pasara nada. Metidos en el bosque, poco podían temer ellos, aunque sí las dos compañías que faltaban y que llegaron en camiones por la tarde, sorteando un tráfico obstruido por los incendios y los embudos sobre la carretera.

Por fin, a las cinco de la tarde, ya de noche, el batallón había comenzado a moverse. Todo el día temiendo y deseando al mismo tiempo entrar en fuego y por fin se iba a conseguir. Fuera una marcha pesada, por el centro de un pequeño río helado, el Ishora, remontando serrerías y fábricas, por Kirzelovo a Sansonowska, a Staraja Misa, a la derecha del río.

Por allí, les habían avisado, estaban en pleno frente. No sobre la línea primitiva,

que había sido machacada, sino en uno de los flancos que el ataque había dejado al descubierto. La confusión era tremenda. Nadie sabía nada, ni siquiera dónde estaba el enemigo. Los movimientos se habían ejecutado en la oscuridad, tropezando con secciones y grupos que buscaban su unidad, o la posición que les había sido señalada. El terreno estaba sembrado de embudos y la nieve aparecía manchada de pólvora y tierra. Más arriba se escuchaba un vivísimo tiroteo y hacia Krassnyj Bor se veían bengalas esparciendo su lechosa luz.

Habían encontrado muertos. Muertos rusos. Una patrulla demasiado adelantada hacia la parte baja del río que había sido aniquilada. Los cadáveres estaban ya tiesos como tablas. No era cosa de entretenerse demasiado. Más que otra cosa, molestaba encontrarse a los fiambres porque en la oscuridad no se daba uno cuenta de ellos hasta tropezar y caer. Efectos de seguir la senda trillada, para no ir abriendo nueva brecha.

Mala noche; mala, cuajada de incertidumbres, con todos los efectivos despegados por el terreno, procurando ocupar pequeñas alturas o desfiladeros. Tiros aislados, bengalas, nuevas unidades de tropas recogidas aprisa y corriendo. Más abajo estaba el 2.º del dos-seis-nueve dejado en seco en los combates de Posselok y que no había tenido ni diez días para descansar y reorganizarse. Y una compañía con los veteranos de «Villarrelevo[6]», preparados para volver a España y que sin embargo no dudaban en volver al frente, cuando ya casi tocaban la patria con la punta de los dedos. A no dudar, más de uno y más de dos se quedarían allí, para siempre. Mal debía andar la cosa cuando se echaba mano de esos hombres…

Pensar en esas cosas era lo que se comía la moral. Marcelino tenía ganas, enormes ganas, que terminara la noche, que terminara el frío, que terminara la oscuridad. Posiblemente lo primero y lo último lo lograra de una sentada. El frío, más adelante, y quizá también, al día siguiente, cuando los ruidos no fueran tan sólo un eco multirrepetido, sino la consecuencia de un artilugio de acero apoyado en el hombro.

Amaneció, como siempre amanece, aunque en ocasiones parezca estarse burlando el tiempo, el alba, o lo que fuere… Bastante antes había entrado todo en ebullición. Había unidades españolas encajadas entre el río y el bosque, casi todas al otro lado, procurando hacer saltar con dinamita el hielo para levantar un foso natural. Sin embargo, una compañía o dos permanecían del lado de allá, sobre la llanura donde la carretera Moscú-Leningrado era una diagonal perfecta, demasiado perfecta.

Los ataques empezaron sobre la misma carretera, en cuyas cunetas estaban los rusos acogidos. Bueno, allí y en la antigua posición llamada el Trincherón; y en las líneas propias; y en las casas semiderruidas de Krassnyj Bor. Los ataques empezaron en la punta más avanzada, allí donde el frente se quebraba casi en ángulo recto, donde la carretera era alcanzada tangencialmente. Y enseguida se fue corriendo como el descosido de una cremallera, Mejor fuera decirlo al revés. Como si las márgenes del Ishora fueran atrayendo a soldados de uno y otro lado para quedar allí fijados,

cosidos.

Marcelino no veía gran cosa del frente. Siempre sucedía igual. Pasó por las posiciones el teniente coronel Robles, que decían tenía el mando del subsector. El General seguía sin dormir, recogiendo los restos de las unidades que iban llegando y que tras un remedo de organización iban siendo enviados al nuevo frente. Pese a todo, criando se empezó a estirar la línea, se veía claramente que eran muy pocos.

Marcelino tenía montada la ametralladora entre unas ruinas; dos secciones de fusileros habían cavado un poco entre la nieve para conseguir, más que otra cosa, un lugar donde ocultarse. La línea española estaba en desventaja respecto a la enemiga. Bueno; el enemigo, por lo menos basta entonces, no tenía una línea determinada. Se entendía que el terreno español estaba más bajo, ya que toda la parte del Krassnyj Bor era una meseta cuyos contrafuertes eran los terrenos de aluvión del Ishora, llenos de pedruscos en verano y de engañosas hondonadas en invierno.

Los primeros ataques enemigos fueron más bien de toma de contacto. Indudablemente no pensaban encontrar mucha resistencia, y en sintiendo en sus propios huesos lo contrario, hozaban de un lugar para otro hasta encontrar un hueco. Los rusos, se dijo Marcelino, no eran buenos soldados porque se desconcertaban enseguida ante un islote dé resistencia. No se les ocurría que aquello pudiera ser un caso aislado, no señor.

Los rusos partían de la carretera. Se acercaban en grupos, sin protección de tanques, que debían andar por las alturas. Se les dejaba acercarse y se abría fuego. Entonces se retiraban setecientos u ochocientos metros y desde allí contestaban en debida forma, destacando enseguida elementos de enlace. En general, los rusos no malgastaban a sus hombres, salvo que fueran castigados de los batallones disciplinarios, que eran mandados al degüello sin compasión.

Marculeta, un sargento de la 2.ª, sintetizó la situación con pocas palabras:

—Éstos no se atreverán a nada hasta que no tengan la artillería a las espaldas.

Era cierto. Dado el avance conseguido el día anterior era extraño que no profundizaran más. Era fácil imaginarse a batallones enteros vagando por Krassnyj Bor, esperando que alguien les dijera de pe a pa lo que debían hacer. Los muertos qué iban dejando y que eran abandonados, parecían manchas grotescas sobre la nieve. Marculeta decía que los comisarios y especialistas llevaban corazas en el pecho. Marcelino no había encontrado a ninguno en estas condiciones.

Mediado el día la aviación alemana surgió por retaguardia y se adelantó. A poco se escuchaba el sordo tableteo de las bombas sobre Kolpino. Aquello gustó mucho. Gustaba, naturalmente, no sentirse desamparado, saber que también se podía pegar duro cuando las circunstancias lo imponían.

Poco a poco se fue estableciendo el contacto, determinándose los centros de gravedad. Uno de ellos, el más cercano, era el pueblo de Staraja Misa. Quedaba del lado de allá del río, y por una mala interpretación de órdenes, como decía el sargento, a quien le gustaba teorizar, estaba mal guarnecido. Un ataque bien dirigido lo

conquistaría enseguida. Y el ataque se produjo. Estaba visto que los núcleos de población seguían siendo los imanes de todos los ataques, tanto propios como enemigos. Ya anteriormente había habido una penetración hacia Sansonowska milagrosamente rechazada, pero que había dejado al enemigo con una información precisa sobre dónde tenían al contrario. Partiendo de la zanja antitanque los rusos habían atacado y conquistado el pueblo, pero sin pasar el río. Naturalmente, esto obligó a reunir tropas en los lugares amenazados y la compañía de Marcelino salió para arriba, desde Podolowo.

Al llegar allí la situación seguía siendo peligrosa, pero se había estacionado. Ardían algunas casas y el humo, en una atmósfera de ventisca, tardaba mucho en elevarse. El enemigo castigaba mucho con mortero y antitanques la orilla del río y unos caminos que le contorneaban.

Aquella misma noche parte de la Compañía fue enviada más arriba, por un camino de palos infame que parecía apartarse del río y que sin embargo, quinientos metros más allá, lo encontraba de nuevo. Y era que el Ishora casi se enterraba en un anillo perfecto. Allí estaba la fábrica de papel. Hasta la mañana inmediata, con la luz del nuevo día, no se enteró Marcelino de lo que era la fábrica famosa, ya nombrada en días anteriores. La fábrica, en ruinas, naturalmente, estaba en el centro… —mejor sería decir que ocupaba todo el anillo interno del río— de un meandro irregular del Ishora. Éste llegaba por el Sur —era preciso no olvidar que corría en dirección a Kolpino para desaguar en el Neva—, se volvía para atrás, se retorcía formando un círculo y volvía a su depresión antigua dejando un estrecho paso o brazo, en el cual estaba situado el cuerpo principal de la fábrica y un camino que terminaba allí. Siguiendo los contornos internos del río, una pared circundaba las posiciones de la fábrica, convirtiendo en inmenso patio la parte posterior de la edificación.

La línea del frente pasaba por delante del cuerpo edificado, siguiendo más o menos el camino de acceso. El patio estaba lleno de troncos, destinados en su día a ser convertidos en pulpa. Los dos años que llevaba la guerra estacionada allí habían, por una parte, consumido muchos troncos para rollizos, madero de entibar trincheras, calefacción y demás menesteres que habían producido una merma considerable, y por otra, la misma circunstancia había desordenado el resto, de modo que el cercado era un puro caos de troncos helados, atravesados, astillados, quemados en parte…

El antiguo frente estaba muy cerca, tan cerca que en realidad por allí únicamente se había modificado en unos metros, los suficientes para permitir a los rusos enfilar con sus máquinas todos los rincones, produciendo muchas bajas. El 3.º Batallón del dos-seis-dos había rechazado el 10 de febrero muy fuertes ataques, conservando todas las posiciones. Únicamente por el sector del Batallón 250, atacado por quince tanques primeramente rechazados y después no, especialmente por haber sido cogido de revés, se había modificado la línea. No obstante, continuaba el saliente sobre Kolpino, apoyado sobre la misma carretera, el camino a la fábrica y el puente destrozado sobre el Ishora, obstaculizando todos los movimientos enemigos.

Los rusos bombardeaban mucho los caminos de acceso. En cuanto llegaba el día, la fábrica se convertía en un coto cerrado. Únicamente de noche, y extremando las precauciones, se conseguía evacuar bajas, abastecer y relevar unidades. Algo parecido a lo del antiguo Alcázar, sobre Nowgorod, donde se dormía de día y vigilaba de noche, con la diferencia de que en la Papelera, como decían algunos, se combatía, por lo menos aquellos días, a todas horas.

Casi no había tiempo para pensar. Marcelino no lo hacía. El trabajo y la tensión eran embrutecedores. Los días de la guerra, por otra parte, son abrumadoramente iguales. Un narrador, puesto a diferenciarlos, a querer establecer la historia de unos combates, tropieza enseguida con el inconveniente de repetirse. El primer día podrá contar con todo detalle lo que se hizo y dejó de hacer, los muertos y los heridos y los actos heroicos. Pero al segundo, y al tercero, y a los demás, todo se hace monótonamente igual, hasta los mismos heroísmos se oscurecen y nada tiene importancia. Únicamente un soldado no cuenta los combates. Toda la campaña es un combate. Él solamente verá la diferencia de otro modo: el día que un pepinazo del veinte coma tres se llevó por delante la cocina y la comida del día, o la chabola del capitán, porque entonces surgía la ocasión de cantar, con música de ranchera mejicana: «Ya se cayó la chabola / donde dormía el capitán. / Y ahora sí, duerme en el suelo, / y ahora sí, duerme en el suelo, / y ahora sí, duerme en el suelo / como cualquier animal».

Todo eso, y la muerte de un camarada con un balazo del especialista Basilio entre las cejas, es lo que sirve para diferenciar un día de otro. Por otra parte, a partir del día 11, el frente del Ishora y la fábrica de papel estuvieron dentro de una matraca cotidiana. No hubo ataques de gran estilo, sino pugnas por unas casas, por un trozo de camino… Machaqueo continuo del traidor mortero, el arma que más bajas producía. Líneas que se iban perfilando y llegaban a establecerse —cosa nunca vista— a menos de cien metros, donde una alambrada establecida por nadie sabía quién, llegaba a convertirse en común para los dos frentes.

Los oficiales, con los ceños fruncidos los primeros días, iban alegrando las caras a medida que las horas pasaban. El ataque del 10 de febrero se iba quedando liquidado en una pérdida relativamente pequeña de terreno. El enemigo se iba desgastando y retrayendo, conformándose al parecer con las ganancias obtenidas, pocas para el material empleado y los hombres perdidos.

El mismo día doce vinieron algunos zapadores para fortificar algunos puntos. Eran zapadores de los que ya habían estado en posición el día 10 y que eran recogidos en Mestelevo y en Sablino. Los días siguientes el Regimiento dos-seis-dos, rehecho parcialmente, fue tomando línea. A medida que éstos iban entrando se relevaban las demás unidades.

El día 15, un ataque ruso por Sansonowska, rechazado, se volvió de rebote sobre la fábrica de papel. Marcelino tenía la máquina emplazada entre unos escombros, junto al camino de entrada. Desde el Trincherón, con los morteros del ochenta y dos,

los *ruskis* habían estado incordiando toda la santa mañana. La aviación Remana había volado repetidas veces sobre Kolpino y más allá, sobre Schuchaiy, hacia Leningrado. Lucía el sol y soplaba un aire caliente, prolegómeno del deshielo. La nieve, la escasa nieve que no estaba manchada por la maldita guerra, se reblandecía. La noche anterior había conseguido afeitarse y limpiarse los dientes. Estaba contento. Se decía que pronto volvería la compañía al antiguo sector. Todo esto hacía que se fijara un poco más en lo que sucedía…

El ataque, por ejemplo, llegó por la derecha. Unas patrullas rusas corrían por la nieve. Estaban lejos para precisar el tiro. Un oficial dio orden de que se aguantara todo el mundo las ganas de disparar, aunque las armas automáticas enemigas soplaban por encima. Cuando fue llegado el momento de disparar lo supo, en el mismo instante que el teniente decía: «¡Ya…!». Recordaba con toda claridad cómo las cintas se iban vaciando y los disparos iban saliendo limpios, precisos. El grupo enemigo, una compañía, quizá de castigo, se quedó unos instantes en suspenso. Comenzaron algunos cuerpos a inclinarse hacia el suelo…

¿Qué pasó entonces? ¿Cómo era posible que se le quebraran los recuerdos? Tan claros y limpios eran que parecía imposible se terminaran bruscamente. Sólo la muerte podía arrasarlo todo de aquella manera. Y él no estaba muerto. En aquellos instantes estaba recordando… Un ruido prolongado, desgarrador… ¡Un disparo de antitanque…! ¿Cómo, entonces, el intenso vibrar del aire se había cambiado en un ruido seco, acompasado, sin modulaciones trágicas?

Aunque Marcelino logró abrir los ojos poco después, tardó mucho tiempo en comprender que estaba dentro de un tren sanitario, que le dolía un brazo, que habían pasado tres días. Que el dolor del brazo empezaba y terminaba en un amasijo de vendas. Que el brazo era trágicamente más corto que antes… Que… se lo habían cortado por el codo, ¡demonios!, y acabemos de una vez.

El día de San José

El observatorio se levantaba detrás de Kattolowo, en un montículo, en un lugar estupendo. Desde allí se veía perfectamente el sector. El sector más comprometido en aquellos días de toda la División. El saliente sobre la carretera Moscú-Leningrado, hasta Kolpino, el mismo que los ataques del 10 de febrero no habían conseguido reducir porque los del 3.º del dos-seis-dos se habían negado a dejarse convencer. Habían hecho bien, desde luego. Lo malo era lo que amenazaba, según todos los síntomas.

Lo curioso era que los ataques se estaban retrasando. Hasta el día 13 los movimientos de vehículos y personal entre Kolpino-Schuchary-Leningrado habían sido constantes. Unos iban y otros volvían. Más para quedarse y aumentar las fuerzas enemigas que para marcharse, la verdad. Todos ocultándose detrás de la inmensa pantalla de Kolpino. Marugán había escuchado muchas veces a los oficiales decir que si los alemanes hubieran conquistado Kolpino todo hubiese transcurrido de otra manera. Leningrado no hubiera podido resistir, se hubieran liberado muchas divisiones y otro gallo cantara entonces. En marzo de 1943 ya empezaban a ir mal las cosas para los alemanes. En fin, cosas de la guerra en las cuales Marugán ni entraba ni salía.

A la derecha tenía el frente del Ishora, el nuevo frente, con tres kilómetros traga-sangre de soldados, como decía Alfredo Oliva, extraña alineación de posiciones siguiendo los meandros del río, la fábrica de papel, Staraja Misa con sus calles destrozadas entre líneas, llenas de objetos abandonados y carroñas de animales. Aquel sector era, excepto en el saliente de Jam Ishora, el que tenía más cercanas las líneas enemigas y propias, y era también el más castigado por los morteros y armas automáticas. El promedio de bajas de aquellos tres mil metros no bajaba de treinta al día. Buena sangría, que en cuatro días se comía una compañía y en quince un batallón.

El observatorio estaba en un tejado. Una casa en ruinas, a la izquierda de Woiskorowo. Por un remedo de escalera se subía al primer piso y después se gateaba. Allí tenían que permanecer todo el día los observadores de artillería. Que eran los buenos. Los de infantería no valían para observar. Siempre se daban cuenta demasiado tarde. Ellos eran otra cosa. Llegaban al amanecer o al atardecer, cuidando el detalle, a fisgar, a aguantar: «Mi capitán, los *ruskis* están tendiendo teléfonos desde Jam Ishora a Krassnyj Bor siguiendo la cuneta de la carretera». O bien: «Han llegado carros de combate a Kolpino. En la Metal-fabrik han instalado organillos».

Siempre había algo que inspeccionar: trabajos de fortificación, una batería que se adelantaba, una unidad de relevo, nuevos altavoces de propaganda, más globos en la barrera, impactos propios en los grandes edificios. Los mil detalles de la guerra, interpretados día a día, como el pulso de un enfermo. Si a Carlos Marugán le

hubiesen preguntado si le gustaba aquello, si se atrevería a interpretar a su manera los diferentes síntomas del corpachón humano tendido entre alambradas, le hubiesen puesto en un compromiso. No lo sabía. Además, Marugán usaba gafas. Esto de las gafas había sido su pesadilla. Mentira parecía que un soldado llevara gafas y que fuera observador adelantado, mentira…; pero allí estaba, protegiéndose los lentes cuando la refracción de la luz era demasiado intensa, limpiándoselos afanosamente cuando se empañaban, no sabía si por la emoción o el frío.

Frío, lo que se dice frío, lo había pasado abundante. Lo bueno era que ya parecía cosa pasada. Mediado marzo el deshielo había concluido. Por la noche todavía helaba y los amaneceres ponían la carne de gallina al más pintado. De cuando en cuando soplaba, chinchoso, el viento Norte, Haciendo gemir el tejadillo. Pero el invierno había pasado, era lo cierto. Ya no había nieve. Las trincheras apenas se distinguían de la tierra; brotaban ramas y flores en todos los rincones. Y camuflajes de verdad surgían donde antes se debían improvisar.

El día 18 fue un buen día, día de calor, se entiende. El concierto artillero había sido normal por las dos partes. El movimiento de personal ruso hacia Kolpino parecía terminado, o completado. Los españoles estaban construyendo una zanja cubierta desde los bosques de Slutz al Ishora, para asegurar los avituallamientos y el paso de carros, cosa peliaguda. Marugán relevó al atardecer y pasó la noche en los refugios de su batería. Se notaba preocupación entre los oficiales y soldados. Se temía el ataque, un ataque que podía ser igual al del 10 de febrero. Y lo de febrero había sido muy fuerte, demasiado fuerte para olvidarlo así como así. Al día siguiente sería fiesta para un montón de Josés y algunos llevaban varios días buscando botellas de coñac y puritos de la cantina. Se decía que no tardaría en concentrarse el 11.º Batallón de relevo. Se llevarían a los últimos veteranos, cerca de un millar, que deambulaban nerviosamente, todos con su cinta de la jalogna y no pocos con la de Hierro y del reboten.

Al amanecer ya se encontraba Carlos en su puesto, con el teniente Morales a su lado y el sargento Vadillo. Apenas cabían los tres en el tinglado. Pero el teniente decía que deseaba tomar el pulso al día. No hubo de esperar mucho. A las ocho empezó la preparación artillera y empezó como el 10 de febrero. Nuevamente escuchó Marugán el redoble de tambor. Primero prendieron los impactos por el Ishora y se fueron corriendo hacia la carretera, por todo el sector del 3.º Batallón del dos-seis-dos, hasta más allá del triángulo perfecto que formaban los caminos a Kolpino, Slutz y la carretera a Leningrado.

El aire temblaba violentamente y pronto una cortina de humo se extendió a vanguardia y retaguardia de las líneas. El teniente se aferró al teléfono y gritó unas cuantas cosas. Enseguida, se marchó, diciendo:

—Va en serio. Veremos si puedo escapar de lo que está cayendo por ahí fuera. Creo que atacarán solamente al saliente del 3.º Batallón… Suerte, muchachos.

La artillería propia también disparaba furiosamente, hacia Kolpino, pretendiendo

desmontar el inminente ataque. No se podía asegurar movimiento alguno. Marugán asistía, temblando, al intenso despilfarro de municiones. Sobre la llanura los impactos levantaban una nube de tierra y humo. Hacia retaguardia, sobre Federowskoye, también se tiraba. Los rusos, ya era cosa sabida, tenían perfectamente localizados los puestos de Mando, fueran de batallón o de compañía. Y lo primero que hacían era inutilizarlos. Marugán sabía que la artillería rusa era superior a la propia. El mismo sargento Vadillo lo repetía:

—¡Cómo cascan estos tíos!

No se le podían pedir discursos en aquellos instantes, desde luego. Pero con aquello era suficiente. Un artillero nunca se dará por vencido o convencido. Pero podrá pensar muchas cosas. Entre ellas, que los rusos tenían estupendos aparatos detectores y que cuando se iniciaban los duelos entre baterías las propias debían callar la mayoría de las veces. Tenían más cantidad y la empleaban bien, con buen sentido táctico y ágiles movimientos que denotaban una buena instrucción. Tenían los organillos y lanza-granadas casi en primera línea… Tenían…

Un impacto al pie de la casa llenó de rumores el tejaducho. Las nubecillas blancas de las rompedoras iban siguiendo por arriba el humo de los disparos a tierra. Hacia las Escuelas y sobre Massalowo el fuego parecía de morteros pesados.

Un curioso fenómeno hacía que el tremendo y acompasado tronar de la artillería pudiera ser olvidado. Impresionaba más el cañonazo o la salva cercana, desgarrando el aire. El machaqueo constante, envolviéndolo todo, hallaba en su misma pesadumbre el antídoto. Marugán seguía el despliegue de disparos limpiándose nerviosamente las gafas de cuando en cuando, inmerso ya en la atmósfera de aullidos y estampidos que se anulaban en su intensidad. Otro tanto parecía sucederle al sargento.

Pronto se hizo evidente que el fuego castigaba el saliente del 3.º Batallón, como dijera el teniente. Era lógico. El ataque del 10 de febrero había desmontado el otro saliente, el del Ferrocarril de Octubre, al otro lado de Krassnyj Bor. No había conseguido, en cambio, desmontar el Jam Ishora. Ahora trataban de remediar las deficiencias.

Sobre el resto de la línea se hacía fuego, para fijar fuerzas. De todas formas, no era presumible la sorpresa. Pasados los primeros días después de lo de Krassnyj Bor, el sector español se había reforzado y la moral era buena. Claro que aquella cortina de disparos podía quebrantar las trincheras…

Antes de que cesara el fuego ya estaban atacando los rusos. Habían abierto, para ser más exactos, un pasillo entre el fuego y lanzado por allí uno de sus batallones disciplinarios. Esto no se vio desde el observatorio. Como funcionaba el teléfono, milagrosamente, se enteraron de ello cuando el ataque hubo sido rechazado. Los rusos siempre mandaban por delante sus castigados, que sufrían una mortandad horrorosa. En aquella ocasión habían logrado, gracias al pasillo y lo cercanas de las posiciones, llegar hasta las mismas trincheras del 3.º Batallón, causando bajas. Sin

embargo, habían sido rechazados después.

Súbitamente la artillería alargó el fuego. Los pepinazos comenzaron a caer sobre los bosques de Slutz y el Ishora. Eran las nueve. La preparación había durado una hora. No podía decirse que hubiera terminado totalmente, pues algunos morteros, los antitanques y las armas automáticas seguían disparando; pero lo gordo había pasado. Así lo comprobaron Marugán y el sargento, asombrados. Asombrados también, la verdad, de encontrarse vivos.

—Y ahora, ¿qué? —murmuró el sargento.

Marugán se encogió de hombros. Arreció el fuego de ametralladora y fusilería. Comenzaron a escucharse las granadas de mano. El observatorio no permitía ver gran cosa. Estaba orientado para observar a lo lejos, al enemigo. Sobre las casas de Putrolowo, en el cruce de caminos, se cernía una nube de humo. Se escuchó un ruido de aviación y pasaron unos *stukas* en dirección a Kolpino. La artillería propia zumbaba por todo lo alto. Por lo que se alcanzaba a distinguir, la preparación artillera rusa había removido mucho terreno, aunque mucho menos que en los ataques de febrero. Especialmente sobre la retaguardia, el cañoneo parecía haber sido menos intenso.

Hubo un instante de desconcierto. Se paralizó el fuego, como si todos los combatiente se hubieran detenido a respirar, a descansar. Fue sólo un instante. Enseguida de desencadenó el follón acostumbrado. Cerca de la casa, en dirección a Woiskorowo, pasó una sección antitanque arrastrando sus piezas. Eran piezas mejores a los primitivos tres con siete…

El sargento al mover la manecilla de llamada del teléfono soltó un juramento:

—Estropeado…

—¿El qué…? —preguntó Marugán, distraído.

—El teléfono, hombre.

—Iré a ver…

—No, deja. Iré yo…

Marugán sabía que en otras circunstancias hubiera salido él pitando. Pero entonces el sargento estaba nervioso. Él también estaba nervioso. Siempre estaban nerviosos los que debían permanecer en un puesto de observación mientras se combatía cerca, mientras les llegaba el rumor del jaleo. La impresión era parecida a la de permanecer en una jaula, aislados y mudos, mientras en derredor una invisible araña tejía sus hilos. Se necesitaba tragar mucha saliva para permanecer impasible. Apetecía más salir corriendo, aunque fuera en dirección al jaleo; pisar tierra firme; escuchar una voz amiga que lo explicara todo: «Nada, chico, no pasa nada. ¿Qué quieres que pase, si estamos nosotros aquí? Los voluntarios de la Falange, / viva la madre que los parió, / que viva el cura que los bendijo, / que son más grandes que Faraón…». Y así hasta el final, aunque cayeran chuzos de punta.

El sargento, pues, acogió como una liberación la avería. Saldría a ver lo que pasaba; enseguida vendría. «Atención a las Escuelas…». Tembló la escala y Marugán

se quedó solo, con los prismáticos colgados del pecho, un poco acobardado, la verdad… Pasaban más fuerzas por abajo; reservas, sin duda…

Se levantó un poco de aire que se llevó los últimos jirones de humo. Creyó distinguir algunos tanques moviéndose al otro lado del río, sobre Putrolowo, indecisos. Habían atacado detrás de la infantería, o intentaban atacar, y al ser ésta rechazada se detenían. Por lo que podía deducirse, no estaba clara la situación. Sucede en los ataques —se dijo— que las fuerzas rechazadas no vuelven de inmediato a las líneas propias, sino que se tumban en cualquier hoyo o depresión en la tierra de nadie y desde allí aguantan y hostilizan, esperando nuevos refuerzos o una nueva cortina de fuego. Las artillerías seguían disparando, la propia desde los bosques de Slutz y la rusa desde, la Metal-fabrik y las hondonadas del Ishora, más arriba de Kolpino. Lucía el sol aparatosamente. Mirando hacia retaguardia se veían incendios sobre el bosque, uno en dirección a Mestelevo, el pueblo de la chimenea donde estaban Intendencia y el hospital, y muchos, dada la cantidad de humo, sobre Puschkin. Lo curioso era que sobre Puschkin no parecían atacar los rusos; pero el bombardeo era muy fuerte.

Carlos tenía estupendos recuerdos de Puschkin y Mestelevo. Mirando las columnas de humo se situaba mentalmente allí. En Mestelevo, un pueblo grande, proletario, atravesado por el Slawianka, había una fábrica, la fábrica de la chimenea. La fábrica estaba casi intacta y se trabajaba en ella. Era de electricidad o algo por el estilo. Se decía que suministraba también a los rusos y que por ello no la bombardeaban. Como fuera, aquello no le importaba a Marugán. La fábrica tenía otro aliciente para él. Trabajaban hombres y mujeres. Y había unas duchas. Duchas que eran utilizadas por las *panienkas* al terminar la labor. Y allí se metía, los días en que iba al pueblo, a ducharse también, entre las mujeres, desnudos todos como gusanos, sin que ellas le dieran importancia a la cosa.

Bajo los chorros de agua caliente se retorcían y chillaban. Todo parecía sencillo. Pero si uno intentaba propasarse, enseguida las rusas se escandalizaban: «Spanki, ñeto kultur…». ¡Y dale con el ñeto kultur! Era la frase favorita de las chicas. Lo curioso era que con ella lograban más que con los gestos dramáticos, con los llantos y los ruegos. Ya se sabía. Cuando una rusa alargaba el hocico, arrugaba la nariz y decía: «¡Ñeto kultur!», un español que se echaba a temblar, a recapacitar. Y se le bajaba el sofoco. Venían las explicaciones: «Esluse, Vera; spanki monoga kultur… Lo que pasa, para que te enteres, vamos, digo yo… ¿eh?, es que venimos aquí… y vamos, ya me entiendes…». Y las rusas, claro, no entendían ni una palabra, o lo aparentaban. Se les pasaba el enfado. Se llevaban un dedo a la frente: «Spanki durak». Español, loco. Eso era lo que decían; que los españoles estaban como una cabra. Tan pronto jugaban con los chiquillos como le arreaban al estarosta una patada en el culo. Tarambas, vamos, para acabar de una vez, que llamaban mamás a todas las viejas y caminaban a saltos por las calles, siempre con las manos en los bolsillos.

Marugán tenía que ir al día siguiente a Mestelevo. Una de las chicas de la ducha,

llamada Tania, no parecía ponerle mala cara. Le había llevado, una tarde, a su cuarto. La chica debía haber pertenecido a los komsomoles y no se recataba de decirlo. Hasta tenía un retrato de Lenin, con su frente abombada y su barbita, pegado en una pared. Aquello no le importaba. Recordaba únicamente su cuerpo desnudo, un poco desnutrido, la verdad, bajo las aguas…

¡Diablos coronados! ¿Qué estaba pensando? Se estaba debatiendo la suerte de muchos camaradas y allí se perdía él en pensamientos pecaminosos. Sintió una vergüenza tremenda y agarró firme los gemelos.

La situación parecía estacionaria. Nubecillas de humo flotaban en el aire. Los rusos estaban tirando con snhapell. Unas ametralladoras gastaban munición a toda marcha.

El sargento Vadillo regresó una hora más tarde. La línea estaba reparada. Traía buenas noticias. El 3.º Batallón había resistido bien. Algunas infiltraciones habían molestado bastante y hasta se habían llevado prisioneros. Los rusos atacaban nada más por el saliente de la carretera. No se había terminado el jaleo, desde luego, pero ya era bastante que la primera embestida hubiera sido desarticulada. Los heridos contaban que el jaleo había sido bueno; que fulano se había puesto de pie en el parapeto tirando bombas de mano… Cosas, en fin: su versión del instante… En la batería se estaba gastando munición a todo pasto e interesaba que los observatorios apurasen la fiscalización.

Marugán estaba en el suelo, encogido. Al darle vuelta vio que tenía las gafas destrozadas. Lo malo era que detrás de las gafas tenía los ojos, la frente. Un casco de granada rompedora tenía la culpa. Había atravesado limpiamente la hojarasca y tropezado con las gafas de Marugán. Por lo demás, todo estaba en orden; los aparatos no habían sufrido el menor daño.

Minas

Aunque le hubieran dado todo el oro del mundo no se hubiera movido. No podía moverse, para ser más exactos. Sentía unas ganas inmensas de gritar, de llorar, de cerrar los ojos y dejarse caer para aliviar el dolor en los costados que sentía.

Pero no se atrevía. El instinto no le dejaba. Sentía enredados en los pies los malditos alambres y sabía que un tirón significaría una nube de humo, un grito desgarrador y un soldado, Álvaro del Templo, saltando por los aires. Y aun en el supuesto de que no resultara destrozado, la alarma consiguiente le pillaría entre dos fuegos… Y le matarían, le matarían, estaba seguro, sus propios compañeros.

Otra posibilidad había, que le fue llegando intermitentemente, que le consideraran desertor, que creyeran que estaba allí para pasarse al enemigo… un sudor tibio le brotaba de los sobacos y manchaba los ijares… No hacía frío.

La cosa había empezado poco antes… mucho antes… ¡No recordaba! Estaba en la trinchera; había sentido necesidad de sacar otra vez la carta de Paquita para besuquear los renglones, los sucios renglones. Ya los guripas de la chabola se habían burlado de él, pues en todo el día había leído la carta lo menos veinte veces. Y para evitar esto, y para soñar con los labios de Paquita, esos labios que ella decía que habían besado mil veces la carta, saliera al recodo de «Baltasara», la posición avanzada de la segunda sección.

Se había embriagado de luna y amor. No hacía frío… Pero hacía viento, un viento marceño, loco, que soplaba a rachas y levantaba la nieve como si fuera polvo. Tenía la carta en la mano… había cerrado los ojos para besarla… y entonces Eolo, el cabrito, se la había llevado.

Fue primero un revoloteo insignificante, como un salto, apenas fue a medio metro del parapeto. La carta se había quedado quieta, visible, perfectamente visible, alcanzable con sólo tender la mano. Pero… ¡No! No bastaba tender el brazo, era necesario arriesgar más. ¡Pronto, enseguida, antes de que una nueva racha se la llevara más lejos! El sector estaba tranquilo; tan tranquilo que al atardecer habíale parecido encontrarse en una zanja cualquiera, abandonada en un campo próximo a edificarse. Los puestos no estaban montados todavía. Podía saltar sin miedo. Miedo, naturalmente, a que se rieran de él metido a tales empeños, a «eso» sólo, claro. Porque Álvaro había saltado muchas veces el parapeto en días precedentes, no más lejos cuatro o cinco antes, cuando un amago de deshielo llenó de barro las trincheras.

Y había saltado. Al tender la mano, al casi tocar la blanca superficie, otra vez el… del viento… ¡Su padre! Otro salto… ¡Señor, pues estamos bien! Bien, pero que muy bien… Bueno, no importa, iremos también… Está allí, un poco más lejos, sobre la mata de espinos. No podrá moverse…

Pero se había movido… Otro salto… No le preocupaba. Quizá le agobiara la sensación de estar haciendo el ridi. Álvaro era muy sensible al ridi, como decía él, par

ahorrar tiempo. Pero no tenía miedo. Miedo a los rusos, a los tiros, se entiende… Un poco más, otro pasito… La trinchera se iba quedando atrás, un poco, nada más. Sólo tenía que mover el pescuezo para divisar el nicho, el hueco que escondía la pieza antitanque.

Un poco más… ¡Por Cristo! ¿Qué sucede…? ¿Iba una cartita de nada a burlarse de Álvaro del Templo…? ¡La había llegado a tocar, estaba seguro! Y se le había deslizado entre las manos, dejándole el tacto impresionado. ¡Caramba! Aquello del tacto impresionado tenía mucha miga… Lo cierto era que le renaciera el deseo de poseer nuevamente la carta. Sería como poseer a Paquita… ¡Buff! ¡Qué burrada…! Cartita, ven, monina… ¡Ven, te digo!

Le había sido preciso saltar a una pequeña depresión, llena de fango; trepar por una cuneta y rodear unas pequeñas ruinas. Y la carta había sido alcanzada. Entonces, cuando iba a regresar, enseguida, antes de que se enterara nadie y empezara el pitorreo, se había enterado. El alambre en los pies lo denunciaba… La presión era mínima, leve, casi imaginada. Y tenía enormes deseos de llorar, de soltar palabrotas y de echarlo todo a rodar. ¡¡Minas!! La horrible palabra le tenía seco. Secos tenía la garganta, las venas, el estómago… ¡¡Minas…!!

El alambre lo sentía enredado en los tobillos. Y después, no sabía si poco o mucho tiempo después, descubriera las minas, redondas, negras, cuadradas, romboides y trapezoides… Las había a cientos, a miles, a millones… Bueno, quizá no fueran tantas… Tres, cuatro…, media docena. Si estallaba una estallarían las demás, por simpatía. Eso de la simpatía lo decía el teniente Arroyo, en la teórica… «El fulminante a presión 35 es mecánico y se disuelve ante un peso aproximado de noventa kilos en el centro y cien en los bordes. Escuchad bien, camellos, para el caso de que os veáis ante ellas, que no muerden… Tienen un doble seguro: el de transporte y el de clavija…».

Sí, aquello decía el teniente Arroyo… Se decía mucho de las minas. A todo el mundo le había entrado la fiebre de las minas: minas de la T; minas magnéticas; minas de tres y un kilo; minas de palo; minas deslizadoras… Las minas eran el terror. Muchísimas de las bajas sufridas por la División, se debían a las minas. Minas ante el Wolchow, minas en la bolsa, minas ante Leningrado. Sobre todo allí, ante Leningrado, las minas se encontraban hasta en la sopa. Sé decía que los rusos hacían minas hasta de cajas de cerillas. No se podía tocar nada que estuviera abandonado…

Todo aquello estaba muy bien… Las minas eran un arma como otra cualquiera; se colocaban delante de las posiciones, delante de las vaguadas, antes y detrás de la primera línea… Pero una cosa es enfrentarse ante un chisme de aquéllos en una teórica —aunque había teóricas que se las traían, vaya si se las traían— y otra tener enredado en los pies el alambre de un fulminante, con todo eso de la simpatía, y demonios con la simpatía…

No había mucha luz. Tampoco nieve…, manchas acá y acullá, a repechones, en sitios abrigados… Las minas se distinguían. Algunas veces, de tanto mirarlas, se

imaginaba que las condenadas estaban danzando, como si fueran cartitas de Paquita llevadas por el viento majareta de un marzo cualquiera. ¿Qué hacer…? «Reflexiona, Alvarito. Tú no eres un tío para preocuparse por tan poca cosa. Tienes un alambre enganchado en la bota… ¿y qué? ¿No puede ser un cacho de alambrada arrastrado por el viento…? ¿El viento arrastrando una alambrada? ¡No seas lila, Alvarito…! ¡Bueno, hombre, quien dice viento dice una explosión del veinte coma tres! Eso está mejor. Pero… ¡Alvarito, por Dios, ten cuidado…! ¿Y si procuras agacharte y deslizar el alambre? ¿Y si te quitaras las botas…?».

Tenía cincuenta mil soluciones, hombre. No había por qué apurarse. Optimismo es lo que hace falta en el mundo. Lo mejor de todo era que tenía ya la carta en su poder. La había alcanzado allí mismo. Lo demás se solucionaría por sus pasos contados… ¡Con tal de que no se dieran cuenta en la posición! Le empezaba a extrañar que no se escuchara nada. Le parecía encontrarse en otro mundo. No recordaba haber visto nunca «aquel» paisaje… ¿Estaría más cerca de los *ruskis* que de «casa»? ¿Qué hora sería…? No tenía reloj. Lo perdiera la noche anterior, encima de una sota, para que se lo encontrara Mingote, un tío con una suerte tremenda…

Vuelta a sudar. La agüilla de siempre. Sentía calambres en las piernas, en los omoplatos, en los brazos… «¡Tienes que hacer algo, Alvarito, no vas a estarte toda la noche aquí, como un pasmado…!». Y con infinitas precauciones comenzó a mover el pie derecho, el enredado… Sólo faltaba que le diera un calambre de aquellos que le daban cuando estaba en la cama, que le dejaban la molla hecha un nudo hasta obligarle a saltar de la piltra pegando alaridos. El practicante decía que tomara glucosa, que le faltaba azúcar… ¡El imbécil! Y encima decía: «No es para tanto, hombre, no es para tanto. Es que os asustáis enseguida y queréis que os mande al hospitalillo…».

No consiguió liberar el pie, pero sí dejarle en posición más descansada. Así podría pensar mejor, si es que pensar se podía teniendo aquellas minas delante de los ojos. ¡Señor, si hasta las olfateaba! ¿Quitarse la bota? No hubiera tenido inconvenientes quince días antes, con las *panienkas* de fieltro que se sacaban en un decir amén. Pero al mejorar el tiempo les habían repartido las clásicas botas alemanas hasta media pierna. Unas botas que para ponérselas necesitaba estar media hora pegando patadas a una pared y para quitárselas la ayuda de todo el pelotón. Los alemanes decían que los españoles tenían el empeine más… ¡Demonio, basta de tonterías…! No podía quitarse la bota y sanseacabó…

¿Y si en vez de alejarse de las minas procuraba acercarse a ellas y desarmarlas? ¡Buena idea…! Procuraría recordar todo lo que se decía de las minas. Los campos de minas eran especialmente anticarros, con minas de la T, mezcladas con minas S, personales; delante de las trincheras eran lineales, sin profundidad, con la intención de frenar el avance de los primeros momentos. Bueno, eso decían… Las minas T se colocaban a un metro una de otra, anteriormente; últimamente había visto a los Zapadores colocar lo menos tres por metro cuadrado. Decían que más no podía ser

por aquello de la simpatía, y dale con la simpatía. Otros campos de minas, más extensos, había a retaguardia; pero como él estaba delante, por allí no había problema. Bueno, tenía minas a presión y minas de explosión provocada, como las magnéticas. Como las últimas sólo se utilizaban en el momento oportuno, y siempre para cazar tanques, otra incógnita que se desvelaba. Lo sentía, porque eran las que mejor conocía; sabía hasta cómo se quitaba el fulminante… Quizá fueran minas de «carga un kilo» con fulminante a presión. Lo malo era que éstas, para conseguir mayor efecto, se colocaban de cinco en cinco… Debería desarmarlas una por una. Tenía que quitar el detonador primero y después el fulminante. Para quitar el seguro debía utilizar una moneda… ¿Una moneda? ¡Señor de los cielos!

Se registró febrilmente los bolsillos. No tenía ni cinco, ni un marco —que de poco le hubiera valido, pues era de papel— ni un kopec, ni una nada. Se necesitaba la moneda para que sirviera de destornillador. Para eso, y para quitar la tapa de los mecheros cuando era necesario echarles gasolina, era para lo único que servían las monedas en el frente…

¡No tenía monedas, no tenía nada que le ayudara…! Se sintió tan enormemente desgraciado que se puso a llorar como un becerro… Todo estaba en contra suya, hasta el silencio, un silencio desacostumbrado que le dejaba en solitario con sus pensamientos… Tan acostumbrado estaba a no encontrarse nunca solo que ahora, de verdad de verdad, se ponía malo.

Se consoló… Al fin y al cabo, no era preciso atornillar inmediatamente el seguro. Basta con hacer girar la clavija del segundo seguro de modo que el punto encarnado coincidiera con la raya blanca… Lo haría; buscaría las minas y lo haría… No sabía ya cuánto tiempo llevaba allí, quieto, como un poste…

Pero… ¡Señor…! ¿Quién le decía a él que las minas eran alemanas, propias? ¿No podían ser rusas? Para estar seguro hubiera necesitado orientarse. No creía haberse alejado mucho… Y sin embargo, lo cierto era que desconocía por completo el paisaje. Nada, ni una silueta que le fuera familiar. Y había hecho muchas paradas, eternas paradas, en los puestos de escucha, tumbado sobre la manta…

Y ¿qué sabía él de las minas rusas? Poco, muy poco… ¡Ay, ay, ay…! ¡Madre! ¿Quién me mandó venir a mí a la División? ¿Por qué la idiota de Paquita habrá escrito la carta? ¿Por qué, por qué…, decidme…? Las minas rusas… Decían que eran muchas, imposibles de conocer antes de haber sufrido sus efectos… Después, las conocían los que estaban lejos. Los rusos, era la pura verdad, hacían minas de todo. De todo lo que estuviera hueco y fuese cuadrado o redondo… Hasta se decía que utilizaban cajas de bombones. En Leningrado, ciudad sitiada, era fácil imaginarse a media población trabajando febrilmente, improvisando con cualquier cosa los terribles artefactos. Había visto algunas, anticarros, llamadas B-5, de cinco kilos, en cajas de cartón impregnadas de resina, en forma de obleas; otras, las C-M, cilíndricas, hechas con tubos de canalización; las YAM-5, de madera… Improvisaciones de primera hora. Claro que en marzo de 1943 iban ya cambiando las cosas. Estaban, los

rusos, llegando ya a la altura de los alemanes. Los alemanes, que lo tenían todo tan organizado que hasta llevaban cartelitos con una preciosa letra gótica que decía: «Vorsicht, Minen». La monda, porque eso de poner minas y luego avisar…

En resumen, no sabía nada, nada, nada… Otra llorera… ¡Por Dios, Alvarito, ten un poco de continencia, hombre, que te vas a ahogar…! ¿Y qué podía hacer? ¡Nada, nada otra vez! Tenía miedo y frío; y le amagaban mareos… La vista se le extraviaba. Veía chispitas radiosas donde momentos antes había bultos oscuros. ¿Y si gritara? ¿Y si llamara la atención sobre él…? Pero ¿acaso sabía dónde estaba? ¿Serían los rusos quienes acudieran? ¿No le freirían a tiros antes de salir a investigar? No se podía mover. No podía arrojarse al suelo, buscar un embudo, parapetarse detrás de las ruinas…

Tenía el estómago reseco. Se decía que el invadido por el miedo se ensuciaba en los pantalones. Mentira. El miedo, lo estaba comprobando, contraía el estómago, resecaba la acción de los jugos gástricos e inmovilizaba los intestinos. Pero sentía mareos… Empezaba a ver la tierra por arriba y el cielo por abajo. Había escuchado en alguna ocasión, que los marinos combaten el mareo acurrucándose, con las rodillas dobladas y pegadas al estómago… Y con mucho cuidado, tardando un siglo en cada movimiento, fue doblando el cuerpo, las rodillas, inclinando las piernas. Al cabo lo consiguió. Se vio aovillado, abrazando las piernas con las manos, sudando, con el pie derecho ligeramente tendido…

Así fueron pasando unos minutos, unas horas interminables. Escuchó el paso de la aviación hacia Leningrado y el impacto de las bombas, dentro de la impresionante escenografía de los bombardeos nocturnos. También escuchó el silbido del bólido con que los alemanes, intermitentemente, castigaban la ciudad sitiada. Un cañón enorme, que necesitaba un tren entero para él solo, y que los *doiches* llevaban en plataformas de un lugar a otro, disparando aquí una docena de proyectiles y otra más allá, antes de que le localizaran los rusos. Escuchó también ruidos metálicos, de armas chocando; y susurros de conversaciones, sin entender lo que decían, sin saber si eran alemanes, españoles o rusos.

Aguantaba un rato en cuclillas, se volvía a agachar, se ponía de manos, se levantaba… Maldecía, lloraba, intentaba consolarse y reír. Se acordaba de la chabola, cuando venía de visita el asistente andaluz del príncipe de Metternich —un alférez, éste, de la Plana Mayor del Enlace, medio español, medio alemán—, que tenía un éxito loco cuando contaba sus andanzas con su oficial, en los permisos, en Viena, donde se alojaban en el palacio del príncipe y donde, según decía el andaluz, se hacían bañar y dar masajes por las criadas, atendiendo detalles que levantaban ronchas.

Pero aquello estaba lejos, tan lejos, que se imaginaba que no volvería otra ocasión semejante. Hubiera deseado acabar de una vez. Levantarse bruscamente, olvidado del maldito alambre y salir corriendo o volando. Pero no se atrevió… Tenía miedo…

Fue amaneciendo lentamente. Álvaro casi no podía moverse, entumecido. Quizá

tuviera helados los pies. Le dolían… Mejor dicho, no los sentía. Al cabo, se hizo la luz, lechosa y tal, pero luz. No podía moverse, sin embargo…

Lo que le hizo espabilar fue una voz a sus espaldas, que le llegó detonante como un antitancazo.

—¿Qué haces tú ahí…?

Era una voz española… ¡Española! Y hasta juraría que era la del teniente Arroyo… No quiso moverse, esperando, esperando…

—¡Vamos! ¿No me oyes?

Entonces se levantó, como si tuviera plomo en todas las articulaciones… Las minas. Habría de decir que estaba enredado en unas minas. Debía decirlo, sí… Y miró a su derredor… El alambre era un trozo de alambrada que no empezaba ni terminaba en ninguna parte. Si acaso, en su pierna y en una estaca… Las minas… ¿Sería posible? Dos cascos, una caja de municiones y una chapa de metal…

—¡Ven para acá enseguida! ¿No podías haber ido a otra parte, imbécil?

El teniente, se impacientaba… Dio una patada; el alambre se desprendió. Y se volvió. La trinchera estaba a treinta metros. Volvía a ver el nido de ametralladora de su sección. El teniente y dos o tres curiosos más le estaban observando. Hizo como si se arreglara los pantalones. Las apariencias…

Y emprendió un regreso eterno, eterno de verdad, donde cada paso le costaba un sudor frío.

—¿Es reumatismo, Alvarito?

—No. Se le enfrió el culo…

Se reían… Se reían… Llegó por fin. Le ayudaron a saltar. Y cuando estuvo en la trinchera se desmayó. Fue un desmayo tonto. Uno de esos desmayos tontos que sufren las boas constrictores cuando olfatean una rosa…

Diario

Últimas páginas del diario de un veterano

26 de marzo.

A las diez de la noche una patrulla roja se acerca a la alambrada, frente al grupo mío. Al descubrirles abrimos fuego con todas las armas automáticas y los fusiles individuales. Se arma un gran follón. Las bengalas se disparan una tras otra, iluminándolo todo perfectamente. Se ve a los rojos huir. Poco después salimos para reconocer el terreno y encontramos a varios muertos. Los rojos empiezan a disparar con el mortero y tenemos que volver, llevándonos dos naranjeros. Al poco rato volvemos cuatro y nos traemos a rastras a dos muertos. Cuando salimos por tercera vez en busca de los demás, oímos a una patrulla rusa que se acerca y nos retiramos. Por la madrugada saldremos otra vez. Durante el follón, me entero, ha estallado una granada del rana y ha muerto el sargento Julio, que lo estaba manejando. Por fin, al amanecer, salimos otra vez. Recogemos a dos muertos y otros dos naranjeros, un fusil individual y varias bombas de mano.

27 de marzo.

Al atardecer, llueve y más tarde nieva. Ha llegado, según se dice, el 21.º Batallón de marcha. Los oficiales ya están en la compañía. Buena señal. Señal de que no tardaremos en salir nosotros, los últimos veteranos.

28 de marzo.

No hemos salido. Quizá lo hagamos la próxima madrugada. Nos acostamos y apenas puedo dormir. Es la excitación y el miedo. Miedo a que en estas últimas horas pase algo. He debido dormir porque me despierta el sargento León para decirme que el cabo de la máquina ha recibido orden de prepararse y salir para el Puesto de Mando. Voy a verle, porque no acabo de creerlo. Es verdad. Le encuentro preparando el equipo. Vuelvo a la chabola, sin poder dormir. A las tres y media me avisan para que me prepare y vaya al PC de la compañía. Rápidamente preparo el equipo, me despido como puedo del grupo y salgo. Ahora estoy en la chabola del grupo de Asalto. Estamos cuatro reunidos en la chabola, esperando el amanecer, todos para ser repatriados. Somos los últimos, excepto los que han vuelto después. No sabemos si llorar o cantar. Pasamos las horas charlando, comiendo y sobre todo bebiendo café y fumando pitillo tras pitillo. Ya van tres paquetes. A las doce escribo varias cartas y mando fotos que acabo de recibir.

29 de marzo.

Amanece con un poco de lluvia y nublado. Mejor. La noche, aunque vista desde

una chabola, ha sido negra como pocas veces. Dentro de un rato, cuando se vea un poco más, saldremos. A las cinco nos despedimos del capitán y salimos de la posición. Pasamos por la cocina, donde nos dan rancho en frío para un día. A las seis estamos en el Regimiento. Somos los primeros en llegar. Poco a poco van llegando los demás de las restantes compañías. A las nueve estemos todos. Pasan lista varias veces, como si alguno deseara quedarse atrás. Por fin salimos pura el Cuartel General. La marcha es muy pesada. Por suerte, consigo colocar el equipo en un carro, marchando detrás. En el Cuartel General paramos y nos dan un pase para el tren. Otra vez andando. Un buen tute. Es la última marcha. Y es de cuarenta kilómetros, hasta un pueblo que está más allá de Motorowo. Nos alojamos en una casa que está habitada por rusos y alemanes. Duermo en el pajar, pasando bastante frío.

30 de marzo.

Nos lavamos. Nos juntamos con los de la Sexta y preparamos juntos la comida. Compramos dos botellas de vodka a los alemanes. No salimos. Por lo visto pasaremos aquí todo el día. Jugamos a las cartas. Charlamos, Bebemos. Hacemos café y a las nueve de la noche nos acostamos.

31 de marzo.

Sigue la buena vida. Continúan llegando camaradas de otros regimientos. Ya somos doce españoles en la casa, todos con el humor consiguiente. Cada uno cuenta lo suyo. Gran camaradería. El pueblo se llama Wyarlevo. Vienen los de veintiún años. Se dice que estaremos hasta el día seis de abril. Veremos. Nos dan café en la cocina alemana. Se dice que hoy habrá comida caliente para los concentrados. Pasamos la tarde cantando y charlando con los alemanes. Son de una compañía de Sanidad y se pegan la vida padre. Cenamos a las cinco, a sus usos. Hace mucho viento y bastante frío. Me acuesto temprano, en mi pajar. A soñar…

1 de abril.

Por la mañana, como siempre, nos lavamos, desayunamos, etcétera, etcétera. Están organizando el batallón, que será el 11.º de Repatriación. Nada de particular en todo el día. Al pajar.

2 de abril.

Al levantarnos nos sorprenden con la orden de prepararse rápidamente. Marchita tenemos. Son veinte kilómetros. Hasta Krasnogvardeysk, que los alemanes llaman Gattschina, antiguo nombre. Nos meten en unos barracones y nos duchamos. Desinfectan la ropa. Luego vamos a la estación, muy importante y con muchas ruinas. Nos alojamos en unos cuarteles muy grandes. Hay un campo de aviación cerca y los aviones no dejan de pasar. Se hace de noche. Cenamos y nos acostamos en literas individuales.

3 de abril.

Resulta que tengo los pies llenos de ampollas de la marcha de ayer. ¡Vaya por Dios! A las nueve, cantando, salimos. Pasamos por ta estación de largo. Alarma… Después de dos kilómetros llegamos a otra estación. Allí está el tren, ya preparado. Se nos pasa el día entrando y saliendo de los vagones, disponiendo la paja, las estufas, los asientos. Llegan dos heridos, con el pelo al cero, que al enterarse de que el 11.º Batallón de relevo se marchaba —estaban en el hospital de Vilna— han pedido el alta para incorporarse a él. Uno se llama Tomás Salvador. Un jaleo, pues no tienen pase, ni orden de embarque. Conferencias con el Cuartel General. Por fin les llega la orden. Salvador se queda con nosotros. Tenía un rasguño en una pierna. Nos dice que por nada del mundo se hubiera quedado allí. Se puso esos polvos amarillos que usan los alemanes y la herida tomó un aspecto estupendo. Y pidió el alta. Llegó por los pelos. Le decimos que fue tonto, ya que podía haberse repatriado desde el hospital y así podía haber viajado individualmente, pasando por Berlín, París y todo eso. El hombre se queda la mar de parado. No había caído. Anochece y nos acostamos. No puede haber luces. Charlamos. A las diez, el tren se pone en marcha. Hace frío a pesar de la estufa bastante buena que tenemos. Dormimos a ratos y a ratos nos calentamos, consumiendo carbón, que tenemos mucho. Toda la noche caminando.

4 de abril.

Por la mañana. Seguimos andando, o treneando o como se diga. No sabemos por donde, ni nadie se preocupa de averiguarlo. Nos enteramos por fin que estamos en Letonia. En los vagones no se hace otra cosa que cantar y cantar. Vamos más aprisa. Alto para comer. Bosques. A las cuatro de la tarde pasamos por Rezekne, en dirección a Dunaburg.

5 de abril.

Amanece. Y estamos en Vilna. Debo advertir que amanece muy pronto, casi no hay noche. A las tres salimos. A las once pasamos por Kaunas. Otras dos estaciones cuyo nombre no apunto, y llegamos a Virbalis, cerca de ta frontera. Los que por haber tenido permiso han recorrido esta ruta, dicen que la frontera está a un kilómetro. Comemos. Nos reparten cantina en el Soldatenheim. Tabaco; una botella de vodka por barba.

6 de abril.

Seguimos marchando con bastante rapidez. A las nueve paramos en Thorn, cruzando un gran río, el Vístula. Estamos en Polonia. Comemos en Posen. A dormir, a cantar. Hace frío. Cerramos las puertas y nos agrupamos junto a la estufa. Hablamos, contamos muchas cosas.

7 de abril.

Al abrir las puertas comprobamos que ha caído una gran nevada y que todo está blanco. Hace bastante frío. Estamos algo cansados. A las diez pasamos por Chemnitz. Sopla una ventisca bastante fuerte y desagradable que se cuela por las junturas de las tablas. Colocamos algunas mantas. Ahora vamos despacio. Estamos llegando, dicen que estamos llegando. A las dos nos detenemos. Estamos en Hof. Dicen que desembarquemos. Formación en la estación y marcha por las calles en cuesta, bajo una ventisca formidable. El frío y el equipaje no me dejan ganas de observar la ciudad. Llegamos a unos cuarteles muy grandes y nos alojamos en unos pabellones muy buenos. Somos veinte, todos del regimiento. Salvador se marcha con los de su compañía. Encendemos la estufa hasta dejarla al rojo vivo. Calentamos café con leche y nos quedamos en calzoncillos. Aparecen dos cajas de cerveza y un saco de patatas cocidas. Abriendo patatas para meterles sal y luego comerlas, bebiendo cerveza a cada bocado, charlando, estamos en la gloria. Un saco de patatas y cuarenta botellas de cerveza. No está mal. Nos acostamos pronto, entre sábanas… ¡Sábanas! Parece un saco y nos metemos dentro.

8 de abril.

Por la mañana, después de gandulear, a la ducha. Nos enteramos que las sábanas en forma de saco no son para meterse dentro, sino para colocar las mantas y formar así un edredón. Bueno. Después de comer me escapo al pueblo. Compro emblemas y un carrete de fotografía. Encuentro muchos camaradas, escapados o con pases. Vamos en grupo. Dicen que nos vamos el doce. Mujeres francesas. Hotel Strauss, donde se alojan los oficiales. Cerveza. Nos aburrimos.

9 de abril.

Por la mañana nos equipan con ropa española de lo más indecente; las sobras de todos los batallones. Dicen que se entregue toda la ropa alemana. Algunos lo hacen, otros la conservan como recuerdo. Hay quien se lleva hasta el fusil. Dicen los sargentos que no seamos tontos, que se registrarán las maletas antes de salir. Bueno. Nos dan capote, mochila y tienda. Comemos bastante. No voy al pueblo. Prefiero, y casi todos igual, las patatas con sal y la cerveza. Otras cuarenta botellas. Vienen alemanes a visitarnos y brindamos. Prosen. Les compro una pipa.

10 de abril.

Media hora de instrucción. Preparan la documentación. Dicen que cambiemos el dinero. Se puede girar a España el equivalente al dinero ganado mientras se estaba en el frente; unos mil doscientos marcos. Yo no tengo nada. Giro, a nombre de Mariano, quinientos marcos y otros tantos para Lucas. Me regalan cien cada uno. Media hora de instrucción. He cambiado las botas por otras españolas, de Aviación. Con botas y pantalón de botones estoy hecho un adefesio. Tampoco salgo. Patatas y

cerveza.

11 de abril.

Entrenamiento para el acto de mañana, el de la despedida. Me acuerdo del juramento en Grafenwör. Después de comer salgo con Lillo y vamos al cine. Encontramos dos chicas muy simpáticas. Al café con ellas. No hay nada que hacer. Volvemos al campamento. Hasta medianoche, cerveza. Han caído sesenta botellas.

12 de abril.

Por la mañana se celebra el acto de despedida. Forma todo el batallón, unos ochocientos hombres, y un general alemán pasa revista. Luego hace un discursito y contesta el comandante nuestro. Se tocan los himnos y luego desfilamos, bastante bien por cierto. Cantamos el «Yo tenía un camarada». Al atardecer preparamos el equipo y salimos para la estación. No hubo registro. El tren está preparado, con vagones de carga. Salimos a las siete.

13 de abril.

En el tren se está bastante bien. A la una pasamos por Worms. Seguramente mañana estaremos en España. Vamos a tirones por esta Europa que hace año y medio atravesamos a la inversa. En realidad, no nos damos cuenta de nada. Sólo deseamos llegar. ¡Veinte meses! La gente, en las estaciones, no es tampoco como antes. La guerra va mal para Alemania.

14 de abril.

Amanecemos en Francia. A las once llegamos a Troyes y comemos en la estación. Viaje lento. No tengo ganas de escribir. Cenamos a las nueve en Ardenes de Orleans. A las diez pasamos por Orleans.

15 de abril.

Despierto a las nueve de la mañana. Estamos en Angulema. Hace un tiempo magnífico. Comemos en Burdeos, donde paramos más de tres horas. Compro una torre Eiffel y un Arco de Triunfo con marcos de ocupación. Salimos. Vamos muy despacio. La gente viste bien. Nos parece mentira. Apenas nos miran. Parejas de alemanes en los puentes, que nos saludan al pasar. Al anochecer llegamos a Bayona. Toda la noche parados. Dormimos de mala manera.

16 de abril.

Por la madrugada el tren pega un tirón y se pone en marcha. Así nos despertamos. Está rompiendo el día cuando llegamos a Hendaya. Al otro lado del Bidasoa se ven luces. Nos forman en la estación para cambiar de tren, pues nos espera uno español adornado con banderas. A las siete se marcha definitivamente. Cruzamos el puente internacional, muy despacio. Quisiéramos abrir más los ojos…

Fuenterrabía, el mar… España…

¡España nuestra!

Un día cualquiera

Verano, 1943

La primavera había cubierto los campos de arbustos y hierbas que el verano estaba agostando rápidamente, después de dejarlos crecer hasta un metro de altura, o más, pues sobre todo en la tierra de nadie los yerbajos ofrecían un aspecto salvaje. Cuando hacía viento, la extraña mies se inclinaba y susurraba una música suave, nunca escuchada anteriormente.

Las trincheras y zanjas de drenaje se llenaban con una maleza corta y de fuertes raíces que era preciso arrancar o segar. También había sido necesario segar un poco de terreno delante de los glacis defensivos, para evitar las sorpresas. Los alemanes solían aplicar sus lanzallamas para estos menesteres.

El frente había entrado en una tranquilidad relativa, si se podía llamar, relativa a una tranquilidad que producía de 300 a 400 bajas al mes, entre muertos, heridos y enfermos. De todas formas, el calor, el verano, había traído un asentamiento de las posiciones. Se sufrían los acostumbrados golpes de mano, especialmente por el sector de «El Dedo» y «El Alcázar», posiciones del regimiento dos-seis-dos, que parecían sufrir o gozar de la debilidad rusa, algunas veces pretendiendo abrazar a lo oso, como ocurriera el día 17 de junio, en que atacaron las dos posiciones con efectivos de batallón, previo un golpe de mano, dejándose la mitad de los hombres en las alambradas.

Todo iba quedando atrás. En agosto las trincheras se calcinaban bajo el sol. Los días eran más cortos, iniciando el retroceso a las eternas noches, aunque todavía habría dos o tres meses de buen tiempo. Parecía extraño que no se aprovechase el buen tiempo para acciones ofensivas; pero los alemanes debían haber renunciado por completo a sus planes ofensivos, y los rusos…, los rusos se limitaban a esperar.

El 1.º Batallón, su batallón, acababa de entrar en posición después de veinte días de descanso en segunda línea. Desde las escarpadas orillas del Slawianka hasta los Arbolitos, en el Puschkingky Central, junto a la Trinchera Palazón, todo aquel terreno le pertenecía. El PC lo tenía junto a la brecha del río, en el vértice, al final de las dos orillas fortificadas. Después, el río cruzaba la línea de resistencia entre los puestos 14 y 13, para introducirse en territorio ruso. Junto a la chabola tenía un importante islote de resistencia. Precisamente debía estudiar con los oficiales el supuesto táctico de un ataque, obligando a reagrupar fuerzas en torno a la Trinchera Muñoz y el PC.

Por la noche lo estudiaría. Ahora le apetecía estar en mangas de camisa, mirando con ojos distraídos la instrucción de un pelotón cazatanques, de los que se iban creando. En la chabola, el asistente, sin duda, tenía puesta la radio y llegaba una musiquilla alegre que hacía volver la cabeza a los soldados.

¡Ah, se olvidaba…! Llamó a un enlace, un chico de Badajoz que parecía tener siempre sueño. El soldado saludó y quedó firme mientras garrapateaba una nota a lápiz sobre un papel cualquiera. «Comandante 1.º Batallón a Capitán 3.ª Compañía. Le envío 100 bengalas blancas. Parece ser que hubo movimientos en las líneas rojas. Han estado quitando minas. Tal vez intenten un ataque o golpe de mano al anochecer o amanecer. Tome precauciones. Mantenga comunicación con radio o teléfono con mi PC».

—Llévate la caja de bengalas que está debajo de mi cama. ¡Ojo, no la confundas con el coñac! Para la Tercera.

El otro dijo que a sus órdenes y se marchó. Suspiró. No sería nada. Pero nunca estaban de más las precauciones. Los de antitanques estaban maniobrando con el «Blend-Korper», o Cuerpo Cegador. Uno de los soldados tenía el recipiente de cristal en la mano. Al hacer un movimiento se le cayó. Se produjo instantáneamente una niebla azulada que después dé formar una alfombra en el suelo se fue levantando. Los soldados emprendieron la huida, cada uno por su lado.

No le gustó aquello y llamó al instructor del pelotón para echarle una reprimenda. Al cabo se apaciguó. No terna la menor importancia. El Cuerpo Cegador parecía un gas y por eso asustaba. Pero un pelotón cazacarros debía, precisamente, fundar su instrucción en un absoluto desprecio de todos los peligros. El valor, lo que se dice el valor, se necesitaba para aguardar al tanque, dejarle llegar a punto muerto —con los T-34 a treinta metros— y arrojarse contra él. El Cuerpo Cegador, al romperse la botella, producía una niebla que se adhería a las paredes del carro y obligaba a quienes estuvieran dentro a salir corriendo. Sólo duraba cinco minutos y el aire libre era inofensivo, aunque el tetracloruro de titanio corroía al hierro.

Llamó a los dos pelotones, que se agruparon en torno suyo. La maldita radio seguía sonando. Pidió una botella del deslumbrante, un bote de humo y una mina magnética. Con ellas al alcance les hizo ver que sobre el valor del material estaba el valor humano. Los efectos de un bote de humo podían lograrse incendiando paja; una bengala o una trazadora podía engañar a un tanque como si fuera una bala antitanque; lo que no podía engañar a nadie era la falta de valor. El valor no se suplía con nada. La pareja caza-tanques debía cimentar su eficacia, no tanto en el desprecio del peligro como en su exacta valoración en el instante preciso. Y en la camaradería. La camaradería, el poder confiar en el compañero como en uno mismo, allí estaba la base del triunfo…

—Es necesario —terminó— una estrecha inteligencia y unión entre vosotros. Llegará un momento en que vuestra vida dependerá de la coordinación de vuestros movimientos. Los jefes os enseñarán muchas cosas; a desprenderos de lo que no sea necesario, a conocer vuestras minas y botes de humo, a moveros sobre el terreno, a no atacar nunca a objetivo que no esté completamente aislado. Pero luego, cuando ya está elegida la pieza y sea preciso aguardarla, todo lo enseñado no os valdrá de nada si os fallan los nervios, si os falla la camaradería. No os creáis que pertenecer a un

grupo de cazacarros es un motivo para llevar una insignia muy bonita. Un tanque es una fortaleza que os arrollará, que deberéis aguardar como si estuvierais muertos en vuestras zanjas, para luego saltar encima y colocar vuestras minas. Que no os vea yo correr cuando un deslumbrante se rompe en campo abierto…

Continuó la instrucción. Aquello de las instrucciones había llegado a ser algo agobiante: cursillos para oficiales y suboficiales, en academias improvisadas de Ingenieros, Antitanques, Exploración. Ocurría a veces que llevaban un buen plantel de suboficiales que permanecían fuera quince días; o debían acudir un tercio de los oficiales provisionales. Precisamente, el supuesto que estaba preparando era un tema de secciones para cerrar cursillo y comprobar aprovechamientos.

No estaba mal aquello. Generalmente los oficiales eran buenos y se adaptaban, los que venían de España, rápidamente al frente, con todas sus pegas. Peores eran los suboficiales. Había algunos… ¡Señor! Era preciso enseñárselo todo: armas, instrucción de pelotón, fuego real, lectura de planos, Observaciones. Menos mal que a partir de mayo se pudieron aumentar las reservas y se podía tener en Wyarlevo una compañía por Regimiento. Lo que empezaba a preocupar al mando era la tropa. Los batallones de relevo apenas bastaban para cubrir bajas. Indudablemente las dificultades de recluta en España eran mayores, perdidos los entusiasmos iniciales y visto el cariz que la guerra tomaba para Alemania. Por una parte esto hacía que vinieran a Rusia elementos duros, con los ojos bien abiertos, no sujetos a un entusiasmo efímero; pero por otra parte llegaba una buena proporción de resaca. De un batallón de 800 hombres llegaba un promedio de 30 indeseables por sus antecedentes morales y otros tantos marxistas o con familiares fuera de España, que buscaban la manera de pasarse al enemigo.

Era preciso no cerrar los ojos a la verdad. Con todo esto y la nula instrucción o preparación, el trabajo de adaptar esos hombres a su nueva condición, para que hicieran honor a su categoría de españoles y soldados, enfrentados en una coyuntura única ante los ojos de todo el mundo, suponía un trabajo ímprobo. El general no se cansaba de decirlo: «No tenemos lo que queremos, sino lo que podemos. Hagamos que todo cambie, como si hubiera sucedido al revés».

Y se conseguía, era cierto. No podían decir los alemanes que los españoles no eran buenos soldados. Buenos en el frente, porque en retaguardia… Aquello le recordaba que tenía que escribir una circular a las compañías. Era preciso acabar con aquellos soldados desastrados que en retaguardia iban con las manos en los bolsillos y se hacían los locos para no saludar… Suspiró.

Anochecía. Hacía rato que los de antitanques se habían marchado. Recordó vagamente que el teniente Alonso le había pedido permiso. No tardaría en llegar la cena. Los rusos tenían la costumbre de perturbar el reparto del rancho. Sus mejores morterazos los reservaban siempre para aquellas ocasiones. Era preciso variar continuamente el lugar de reparto…

A la izquierda, sobre la fábrica de ladrillos, al otro lado del Slawianka, una de las

ametralladoras disparó un rafagazo. ¿Qué ocurría? Avisaron desde la chabola que llamaban por teléfono. Era desde la tercera sección. Una patrulla enemiga había sido vista. Nada de particular. Enseguida se había retirado.

¿Otra patrulla? ¿Sería verdad que intentaban algo? Haría que el batallón se mantuviera en una discreta alarma. Y estudiaría la manera de procurarse lenguas en un golpe de mano. Sí, quizá, frente a la «Esther»…

Salió nuevamente al exterior. Globos. Muchos globos de barrera y observación. Primeramente los rusos sólo los tenían sobre el Neva. En junio habían aparecido ante Leningrado y en julio sobre Kolpino. Ya estaban acostumbrados a ellos. A todo se acostumbraba uno. Hacía un tiempo magnífico. Por el Oeste, sobre los bosques de Slutz, el sol, oculto ya hacía rato, incendiaba las nubes bajas. Una franja oscura venía del Este. Una brisa suave acariciaba los rostros. Los servidores de las piezas inmediatas al PC estaban tumbados en las cunetas, charlando y fumando.

No tardarían en llegar algunos amigos. El capitán médico, el Páter, el Pagador, el teniente de Antitanques. Todo el que quisiera. Escucharían la radio o jugarían a las cartas. Sonrió. El que tenía más afición al juego era el Páter. Y una suerte loca. Su asistente decía que los marcos ganados no le cabían en la maleta. ¿Qué pretendería el cura? ¿Edificar una capilla cuando volviera a España?

Había ocasiones en que reunía a diez o doce oficiales. ¡Buen objetivo para un golpe de fuego! ¡Si los rusos lo supieran…! Aunque, por decir verdad, verdaderamente famosa había sido la serenata que habían dado el 18 de julio, en ocasión de estar reunidos muchos más, infinitamente más, jefes y oficiales. Se celebraba la fecha aniversario del Alzamiento Nacional, que el General quería solemnizar debidamente en recuerdo a la patria lejana. Hasta los generales del Cuerpo de Ejército y Ejército habían venido a Proposkaya. No recordaba haber visto nunca tantos generales, coroneles y tenientes coroneles. Fue el momento que escogieron los rusos para uno de sus golpes. En diez minutos arrojaron cerca de mil disparos. Luego se supo que habían sido catorce baterías concentrando sus disparos sobre el Cuartel General, como si estuvieran perfectamente enterados de lo que se celebraba. Era ya chiste viejo en la División imaginarse con grandes aspavientos aquella constelación de entorchados sorprendida por la lluvia de cañonazos, agazapándose por los rincones, soltando las botellas de licor para correr a los refugios o tirarse a las zanjas. Hasta el mismo General sonreía ya, recordándolo, aunque en su día fuera penoso por las treinta y ocho bajas sufridas. Y menos mal que la tropa ya se había retirado. Una representación por unidad que había estado formada en los jardines para ser revisada. Si en aquel momento…

Pasaron algunos soldados. Iban al centro de resistencia Madrid. Allí se repartía el rancho aquella noche. Bien. Quería a aquellos soldados. Con todos sus defectos y con todas sus grandezas. Este sentirse unido a ellos, a miles de kilómetros de la patria, tenía una tremenda importancia. Desde la guerra de España, muchos soldados había tenido a sus órdenes. Conocerles; conocer sus debilidades, sus puntos flacos, su

capacidad para el aguante, era lo que…

¡Bah! No quería dejarse llevar por la unción de la noche. Un día terminaba. Y terminaría bien. Aquello le permitía detenerse a pensar y sentir. Otras veces no lo lograba. Aquel día había sido uno de tantos, tranquilo, soleado, donde la muerte, si llegaba, podía venir a traición, con un morterazo cayendo sobre una chabola, con un disparo del especialista Basilio… Sería una pena morir en un día como aquél, como aquéllos. Mejor sería dejarlo para el día grande, el día que se recuerda, el día del ataque, cuando se enardece la sangre y uno no sabe si es hombre o bestia. Un día de unción religiosa, como el día del Corpus, durante la impresionante procesión que había recorrido los campos rusos, quizá por primera vez en mucho años; un día en que se sueña tener a Dios muy cerca.

¡Bah! ¿Qué tonterías estaba diciendo? ¡Lo mejor era no morir nunca! Lo mejor era dejar que pasaran los días, como el presente, con la oportunidad de ver llegar la noche. Una noche que permitía reunirse para escuchar la radio, para hablar de España, para jugarse los marcos a una sota. Un día cualquiera, donde un movimiento de patrullas justificaría un envío de bengalas, una orden de prevención; un día cualquiera, con brisa jugando con las hierbas y matojos, que permitiera recordar los tiempos idos; un día que fuese augurio de los invernales que no tardarían en llegar, permitiendo conservar intacta la impresión del instante; un día cualquiera que permitiera la broma de siempre, cuando el Páter asomara la cabeza para decir:

—Mu… g… brug… Hola. ¿Está ya la cena?

—Está la cena. Pero no comprendo cómo tiene usted hambre. ¡Si por lo menos trabajara!

—Ya trabajo, no se haga usted el gracioso. Precisamente…

—¡No! ¡Cuentos, no, páter! No, por lo menos, estando en ayunas.

—Pues vamos…

—Vamos…

Cinco de octubre

Constituía una nueva experiencia. Una experiencia rara, mezcla de ansiedad y aburrimiento. La palabra aburrimiento le sonaba a cosa sacrílega. Un sacrilegio de tipo militar. ¿Pueden aburrirse unos hombres que esperan, enterrados en sus búnkeres, que termine una preparación artillera, preludio sin duda de un ataque?

Podían… No se decía, claro, porque el miedo también jugaba su partida. Nada estaba demasiado claro. Le preguntaban: «Mi capitán, ¿qué le parece…?». ¿Qué le iba a parecer? Bien. Mientras no vinieran con noticias de bajas en tal y cual parte. Y gracias a Dios, pese a lo intenso del cañoneo, sólo tenía noticias de dos, del alférez González López y el soldado Morena Salas. Claro que se lo preguntaban para ver cómo reaccionaba. Llevaba poco tiempo en Rusia, apenas, unos días. Y los oficiales, los suboficiales, los soldados, espiaban sus menores movimientos; querían saber cómo respiraba su capitán ante el peligro…

Lo sabía. Lo sentía en los huesos. Los soldados tienen un olfato especial para adivinar el miedo ajeno. Les basta un temblor de cejas cuando una explosión mueve el terreno demasiado cerca; les sobra un titubeo al abandonar un refugio cuando una ráfaga está cantando por encima. Enseguida catalogan: «Es un tío bueno…». O bien: «¡Vaya una vaina que nos han traído!». Y nada podía torcer esa primera impresión que ha enterrado en la indiferencia a muchos oficiales, buenos oficiales por otros conceptos.

Por eso era dura la experiencia de esperar la terminación del fuego enemigo. Tenía deseos de quedar bien, de no defraudar; aquello le producía ansiedad. El aburrimiento le venía al comprobar que no había para tanto. Los soldados exageran los peligros de la trinchera. Lo cierto, lo auténticamente cierto, es que no te enteras de nada. Te matan y no te enteras; te has salvado y no te enteras. El presente no existe, es una consecuencia de un pasado. Se lo estaba diciendo al alférez Malaguida: «Un ruso está metiendo en esos instantes un pepino en su cañón. Vendrá para aquí. Si se nos lleva por delante, ¿no será una lógica consecuencia de su acto?, acto pasado en el cual nosotros no podemos interferirnos…». Y el otro decía que sí, que estaba muy bien, que no existía presente y que todo era una gaita.

Consultó su reloj: eran las diez de la mañana. Llevaban tres horas cañoneando intermitentemente. Cuando aflojaba algo salía a los parapetos, con escasos centinelas resguardados en agujeros. No se veía nada. El fuego de cañón buscaba los emplazamientos de las baterías, los PC, los caminos de retaguardia. Y volvía de nuevo sobre las trincheras, chupinazo aquí, chupinazo allá, levantando fango y trozos de alambrada.

La 9.ª Compañía del Regimiento dos-seis-nueve, 3.º Batallón, tenía a su cargo la posición llamada Puschkingky Central, desde el confín derecho de la posición «Tere», donde enlazaba con la 1.ª del 1.º Batallón, hasta el punto fuerte «Toni»,

enlazando con la 10.ª Compañía que a su vez se alargaba hasta el Ishora, guarnecido por los alemanés. La primera línea se extendía entre terrenos pantanosos, zanjas de drenaje y nidos de armas automáticas. Detrás quedaba la red de caminos, alambradas y nudos de resistencia, muy bien planteados sobre el papel, el papel que el coronel del Regimiento hacía circular, aunque algo menos en la realidad.

A las siete de la mañana, una explosión muy fuerte se había llevado gran parte del campo minado que se extendía delante de la tercera sección. Un audaz golpe de mano ruso. Habían llegado por la noche y preparado la explosión. No cabían lamentaciones. Por otra parte, los soldados, la verdad, no confiaban mucho en las minas.

La 9.ª Compañía tenía su PC en el centro mismo de la posición. Desde allí se estaba equidistante de todas las ramas y ramales. Pero en algunas ocasiones el lugar se ponía imposible, perfectamente batido. Entonces se trasladaba más a la izquierda, sobre el ramal secundario que envolvía la posición Puschkingky, cerca del observatorio y del PC del Batallón, impresionante fortaleza bien defendida por la sección de Asalto, una de máquinas, otra de morteros pesados y un grupo de antitanques. El terreno estaba ligeramente elevado y la humedad era menor, lo cual no era pequeño consuelo.

Si no le engañaban sus sentidos, la preparación parecía alejarse hacia derecha e izquierda, aunque algunos morteros seguían barriendo lo que no tenía necesidad de ser barrido.

—Vamos para allá —dijo.

Hacía frío. El barro, si se estaba dos horas sin pisarlo, se helaba. Pero hollado de nuevo, enseguida volvía a rezumar agua. Flotaba un fuerte olor a cordita. La humareda se desgajaba en hilachas. Las trincheras tenían los bordes desmoronados y en general todo el terreno parecía haber sido arado a conciencia. Tablones, sacos desflecados, pedazos de alambre y ramas de Dios sabía qué árboles entorpecían el paso por las zanjas. La compañía venía a tener un kilómetro de posición, con tres o cuatro islotes fuertes, en derredor de las ametralladoras. Había orden de agruparse en torno a éstas en caso de alarma, pero no estaba demasiado seguro de que se pudiera lograr, ya que los soldados gustan de buscarse ellos mismos los puntos de trinchera donde apoyar los codos. Y el que dice los codos, dice los fusiles.

Tardó media hora en recorrer la posición. El fuego, definitivamente, parecía alejarse, fijándose a derecha e izquierda, salvo las piezas grandes que alargaban el tiro. Los soldados iban abandonando los refugios por su propia iniciativa. Se estrechaban cuando él pasaba y le miraban fijamente.

Se apartó un poco hasta el PC No le serviría de nada. Hasta el teléfono había sido interceptado. Agarró un naranjero y se acercó a la posición «Toni», cerca de una máquina. Notó que los soldados hablaban en voz baja. Todos tenían la vista en la tierra de nadie, fisgando entre la niebla. Creyó estar observando por primera vez el terreno enemigo. Grandes malezas lo cubrían todo, excepto la parte removida por los proyectiles.

Y de pronto, como una cremallera que se abriera, una serie de rafagazos surgió de las altas hierbas y silbó por encima. El fuego venía muy de cerca, increíblemente cerca. Todos estaban esperando el ataque enemigo, creyendo verlo aparecer, como muchas otras veces, a lo lejos, saltando como si estuvieran ebrios, acercándose… Tenía, por decirlo así, los ojos demasiado altos.

Tardó un poco en comprenderlo todo. El enemigo había establecido en la preparación artillera un pasillo y dentro de él habían avanzado sus fuerzas, tomando posiciones en la tierra de nadie. Los pasillos solían ser estrechos, de cien metros. La cortina de fuego se abría, por decirlo así, y los infantes se metían en medio. Otras veces, sobre todo cuando los rusos mandaban sus unidades disciplinarias, no había pasillo ni nada; los infantes eran enviados al tiempo que los cañonazos.

Las ametralladoras dejaban poco tiempo para pensar. Comenzaron a batir los matojos. El ruido seco y multirrepetido de los disparos atronaba los oídos y sorbía los pensamientos. Lo estaba comprobando. Por eso comprendía cómo muchas veces es necesario que los jefes no estén en primera línea, para no dejarse absorber por la sensación inminente del combate. Pero…

—¡Por allí…! —rugió alguien, innecesariamente.

Innecesariamente porque todos lo estaban viendo. Un grupo numeroso de enemigos se acababa de levantar a setenta metros y estaba iniciando una galopada en dirección a las posiciones de la Tercera sección, a la izquierda. Las máquinas enderezaron sus fuegos y los fusiles individuales chascaron nerviosamente.

Se encontró disparando el naranjero hasta agotar las municiones. Las figuras pardas, con sus largos capotes y sus gorros orejudos, se levantaban, caían, disparaban sus armas y desaparecían entre las hierbas. Hubo un momento en que el enemigo quedó demasiado sesgado para tirar desde la «Toni». Comenzaron las bombas de mano a crujir. No tardaron en desaparecer los rusos, abatidos o escondidos entre la aspereza del terreno. Otros disparos sesgaban terreno, demasiado altos para hacer daño.

Aparecieron grupos sobre la primera sección. Se disparó sobre ellos hasta que se les perdió de vista. El consumo de municiones era enorme. Trajeron algunas cajas que eran rotas a patadas. No se veía gran cosa. Era preciso adivinarlas. Su instinto le decía que la lucha cargaría sobre la tercera sección, mandada por el alférez Malaguida.

Observó que los soldados ocupaban un trozo cualquiera de trinchera, pero de un modo tan natural, tan absolutamente fundidos a ella, que parecían hechos del mismo barro. Comprendió entonces que los soldados saben de guerra más que algunos coroneles de Estado Mayor. Se asomó él mismo a un trozo cualquiera de trinchera, mientras en su derredor se gritaba y cantaba. El trozo de tierra que contemplaba le parecía absolutamente diferente al visto en días anteriores. Se asomaba la cabeza; la tierra quedaba rasante, las alambradas bajas, los yerbajos, los palitroques, parecían postes inmensos. Todo era diferente, absurdo, ilógico. Estaban en un agujero y

disparaban contra los que parecían llegar por el aire, sin tobillos, andando de rodillas, desplomándose hacia la tierra como si le cayeran a uno encima.

Un soldado le tocó en el hombro. Se volvió. Era el radio, Pedro Durán, un extremeño criado en Madrid, lento, sin nervios. Traía en la mano una hoja de papel, manchada de barro. Se dio cuenta de que el soldado también estaba lleno de barro. Estaban todos llenos de barro. Él también.

Era un parte recogido momentos antes. El agua y el barro habían corrido la escritura, de lápiz tinta, que decía: «Mi capitán, el comandante comunica que hay enemigo agazapado entre unión 9.ª y 1.ª Cía. 1.ª Cía., incomunicada. Comunique por enlace con la 1.ª Cía…». Hubo de leerlo dos veces para enterarse de que nada nuevo le decía. «Ya lo sé —murmuró—. Han cedido desde aquí». Lo que parecía extraño era que la 1.ª no lo supiera. Quizá estuvieran aún en los refugios, esperando pasara el fuego artillero.

Llamó a un enlace. Le explicó lo que deseaba y el otro asintió. Despachó dos más para conocer las últimas novedades; quería saber las bajas, las máquinas inutilizadas, los contactos enemigos. Por primera vez le asustó la responsabilidad. Más de un kilómetro de trincheras para los ciento diecisiete hombres útiles de la Compañía… Un hombre cada diez metros… Menos, con toda seguridad, ya que las máquinas y los ametralladores necesitaban escuadras enteras. Aquello indicaba que grandes trozos de trincheras quedarían desguarnecidos.

No tuvo tiempo de pensar demasiado. Otro grupo enemigo, otra compañía, acababa de levantarse. Iba por el centro, pero el vendaval de fuego que se desencadenó le obligó a desviarse sobre la derecha. Surgieron más y más… Hasta de lejos llegaban. En el centro, el fuego era mortífero. Escuchaba jadeos a su espalda. Un soldado, demasiado pequeño, no podía hacer fuego con tranquilidad y se agarraba desesperadamente al borde de la trinchera. Las manos le sangraban.

Estaba convertido en un soldado más, gritaba como un soldado más, y disparaba, y pensaba y sentía lo mismo. Los *ruskis* —era la primera vez que los veía— llegaban manchados de barro hasta los cincuenta metros. Allí eran segados, o se desviaban, comprendiendo o adivinando los puntos débiles de la cortina. En el centro, que era donde estaba, se resolvía la papeleta sin mayores dificultades. Algunos españoles tiraban bombas de mano. Inútilmente, pues quedaban demasiado cortas y lo único que hacían era levantar tierra. Pero era imposible decirles nada.

Las máquinas batían terreno encima de las hierbas. El jaleo grande estaba donde la Tercera sección. El enemigo debía estar muy cerca. No se veía gran cosa. Entre vueltas y revueltas, hondonadas y pantanos, le separaban seiscientos metros. No se oían gritos ni cantos. Comprendió que un trozo grande de trincheras estaba desguarnecido. El fuego, como un imán, debía haber atraído a la gente sobre la Tercera sección. Era preciso ir…

Reunió a diez o doce soldados, emprendiendo una galopada por la zanja en dirección a Puschkingky Central. Dejó a la mitad en un recodo. Encontró a dos o tres

heridos. No había muertos. No se podía correr por las trincheras. Parecía un mal asunto. Se perdían las botas, los pies se clavaban en el barro. Alguien había tirado mantas y capotes, maletas y sacos de paja. Pese a todo, se avanzaba fatigosamente. Iban todos embarrados de pies a cabeza.

La tercera estaba a punto de resolver la papeleta. El sargento Bermejo, herido, pero permanecía en su grupo. Los soldados tenían colocada la bayoneta…, deseaban saltar…, algunos habían saltado y de rodillas en el parapeto hacían fuego. Se cantaba y gritaba. Llovían partes por todos lados. Se asomó al parapeto. Se sorprendió: los cadáveres enemigos estaban en las mismas alambradas. Los rusos se retiraban…

—¡Esperad…! —gritó.

No tenía objeto ya un ataque a la bayoneta. Los disparos se fueron espaciando. Solamente los morteros seguían chupando aire, buscando las hondonadas. Era preciso irse enterando de todo, a borbotones, como fuera. Todos deseaban decir algo, todos estaban excitados, nerviosos, gritones. Le agarraban de la mano, del uniforme, le empujaban: «Mi capitán, mi capitán…, mi capitán…». Partes; el comandante que deseaba saber… El comandante debía ser informado…, la artillería… ¡Demonios!

Se fue restableciendo la calma. Llegaron refuerzos, el grupo de Asalto al mando de un teniente. Había cesado el fuego de artillería enemigo. El observatorio comunicaba que se veían muchas ambulancias en campo enemigo. Era preciso hacer algo. Se llevó a los oficiales al PC, dejando la línea más tranquila.

Se estudió la situación. Todos estaban nerviosos y se gritaba más que hablaba. Olía profundamente a pólvora en todos los rincones. El ataque estaba rechazado. Por las fuerzas enemigas vistas, éste parecía haber sido efectuado por un batallón y tan castigado había quedado que no era probable insistieran. No había muertos propios, sólo cinco heridos. De todas formas, si no contraataque, convenía efectuar una exploración para eliminar a los grupos enemigos que hubieran quedado agazapados. Y para recoger heridos y armamento. Se dio cuenta al comandante. Radios que iban y venían, enlaces. Por fin se dispuso. Saldrían dos patrullas; una la mandaría él, el capitán, y otra el alférez Malaguida, con un sargento, un cabo y dos soldados cada patrulla. El alférez Ayudante se empeñó en ser de la partida. «Yo voy aunque sea de soldado…».

Y fue. Más radios. La artillería debía cubrir el reconocimiento. La artillería se estaba portando muy bien. Las máquinas también debían batir terreno. No se sabía la hora. Nadie se preocupaba de la hora. Saltaron el parapeto. Las patrullas se fueron distanciando, una en dirección a la 1.ª Compañía. Y otra hasta la 10.ª.

A veinticinco metros comenzaron a encontrar muertos, llenos de barro, aplastados contra el suelo, distorsionados. Se avanzaba con precauciones, escuchando el silbido de las balas pasando por encima, sintiendo en las espaldas las miradas de un centenar de soldados. Pronto perdió toda sensación ajena a la tarea que llevaba entre manos. El alférez marchaba a su lado, el sargento con un soldado iba a la derecha, el cabo con otro, por la izquierda. Iban perdiendo la orientación, sólo sabíanse perdidos en un

campo de batalla. Muertos. Silencio, extraño silencio… Fácil era conocer cuándo podían caminar con seguridad y cuándo necesitaban agacharse. Oficiales muertos, que eran registrados para quitarles los mapas o documentos que llevaran. Sensación de seguridad, falsa sensación de seguridad… Una figura postrada se incorporó disparando. El alférez se llevó la mano a una oreja… Y se encontró disparando la pistola ametralladora hasta que el *ruski* dejó de revolcarse.

No había pasado nada, la herida del alférez apenas era una rozadura. Se hizo una composición de lugar: muertos y armas aquí y allí, frente a tal o cual. Se volvería por la noche para retirar los muertos que se pudiera. No podía dejarse que se pudrieran delante de las alambradas…

—Vamos a casa —dijo.

Cuando regresaban, cerca ya de las trincheras, una violenta explosión casi le vuelca. Un grito de dolor. Se acercaron todos, sin precauciones; era el soldado Álvaro Pernía. Se revolcaba en el suelo, intentando incorporarse, mortalmente pálido, manchado por la explosión, con los ojos dilatados. Tenía un pie convertido en una masa informe. Se arrodillaron a su lado. Deseaban decirle algo; pero comprendíase que serían idiotas todas las frases que se le ocurrieran. Fue él, el herido, el que habló, entre jadeos.

—No es nada, mi capitán…, no es nada. Mala suerte. Pisé la mina… ¡Ahora que todo iba bien…! Pero les hemos vencido, ¿verdad? No es nada, mi capitán…

De la línea venía gente. Habían escuchado la explosión… Se llevaron al herido… «No es nada…, no es nada…». No, no era nada. Un pie, solamente; has perdido un pie, soldado… Nada, no era nada.

Ya estaban en la trinchera… Saltaban… Los camilleros se apoderaron del herido. ¿Noticias de la otra patrulla? Sí, las había, desagradables. Otra mina…, otra mina y un morterazo. El morterazo había herido al alférez Malaguida; la mina, pisada por el sargento Paradela, le había herido grave a él, y leve a los soldados Viera y Rodríguez Socorro.

Pero el reconocimiento se había llevado a cabo. No había rusos agazapados… Muchos muertos… El enemigo se había llevado los heridos… Barro… Fuego de morteros… Armamento abandonado.

Enlaces del comandante. Tenía que preparar el parte, de cualquier forma, en cualquier papel… «Ataque enemigo rechazado. Buen comportamiento de la compañía… Calculamos en ciento ochenta los muertos dejados por el enemigo…».

No se veía… ¿Era posible…? Y comprobó, lleno de asombro, que estaba anocheciendo. Por primera vez en todo el día consultó su reloj. Eran las tres de la tarde… Las tres, y estaba anocheciendo. Comenzaba a soplar el viento frío de todos los atardeceres. El barro se helaría… ¿Podía transcurrir el tiempo de aquella manera…? Estaba cansado, agotado. ¿Qué dirían los soldados del capitán…? No debía de olvidarse de felicitar a la artillería: se había portado bien.

Terminó de fechar el parte. Puschkingky Central. 9.ª Compañía. 5 de octubre de

1943.

Dos días después relevaban a la División. Aquél habría de ser el último hecho de armas.

Relevo

Lo difícil había sido despedirse. Lo difícil y fácil al mismo tiempo, porque todo había pasado en cinco días escasos.

En cinco días habían abandonado unas posiciones en las que llevaban más de un año. Decían que la División entera pasaba a retaguardia para descansar y reorganizarse. Todo aquello estaba muy bien y no había ninguno que no saltase de alegría. Pero entonces, ¿cómo se explicaba el tono oficial de la despedida en el cementerio de Slutz, donde hileras de cruces señalaban el lugar de descanso de los que no podrían ser relevados?

La noche anterior transcurriera entre órdenes y contraórdenes, pasos perdidos y pasos encontrados por caminos encharcados, silenciosos, flanqueados de búnkeres, emplazamientos de artillería y caminos cubiertos. Todo aquel terreno silencioso, lleno de embudos y charcos, de árboles desgarrados y ruinas, pertenecía a la extraña región donde la guerra se asentaba.

Pero en las trincheras llenas de barro, en los cruces de caminos, en los refugios y nidos de tirador, se asentaba otra extraña teoría de las humanidades doloridas, quebrantadas, acongojadas y ensoberbecidas algunas veces. Sobre los campos de minas quedaba flotando la niebla precursora del invierno. Quedaba, el recuerdo. Un recuerdo extraño, no requerido, olvidado, pero que todos sabían que podía surgir en cada instante.

Los alemanes de la División 81 se iban haciendo cargo del sector. Llegaban recorriendo las trincheras, silenciosos, apagados. Los españoles retiraban sus pelotones, entregaban sus trincheras, aquellas trincheras anegadas cuya desecación tantas maldiciones les había costado hasta momentos antes. Todo se les dejaba menos las armas y las pequeñas cosas que la costumbre había ido agregando de tal forma al cotidiano vivir que parecía imposible prescindir de ellas. En la noche, un silencio absoluto, roto por los chapoteos en el barro.

Y todas las unidades del sector, todas, pasaban ante el cementerio. Formaba el batallón y el capellán decía misa, sin repiques de campana, sin sermones, sin desfiles… A Lucio Pacheco le parecía que hasta se rezaba sin palabras. Frente a las tumbas, alineados como ellas, rítmicos, enteros, estaban vacíos de otra sensación que la puramente emotiva de mirar a las tumbas e imaginarse cómo estarían aquellos que allí descansaban.

El páter dijo algunas cosas que ni escucharon. Sus palabras eran únicamente un fondo sonoro de lo que ellos mismos estaban pensando. Alguien trajo una corona, todo verdura, sin rosas ni colores. Se alzaron los brazos para saludar cantando. Se estremecieron las filas. Pacheco aseguraba después, y los demás le dieron la razón, que también las tumbas se movieron.

Comenzó a llover, desesperadamente, como si los cielos quisieran envolver a la

tierra en una capa de barro, de agua sucia volcada precipitadamente. Y bajo la lluvia las compañías desfilaron y se marcharon.

En Slutz, en Sofija, en Tyarljewo, en Puschkin, en Federowskoye, en Mestelevo, en una docena de pueblos y residencias los españoles se fueron concentrando. Saldrían enseguida para retaguardia, se decía. Se decía que antes de salir, ¡vaya regalo!, los jefes se empeñaban en duchar a la tropa. Fue verdad.

Mientras las Planas Mayores contabilizaban vivos y muertos, ordenaban material, cargaban carros y recontaban armamento, los simples guripas se metían bajo los chorros de agua caliente en puro traje de Adán. Pacheco intentó escaparse y fue cazado de mala manera. Mala suerte, sencillamente. Además, le arrearon un azote en una nalga que le dejaron marcados los seis dedos; seis, porque Emiliano Segura tenía uno más.

Cuando, limpios y tersos, formaban para el rancho, el amigo debía dar mil vueltas para encontrar al amigo. Y allí era el jaleo, y los grandes aspavientos: «¡Mariano…! Hijo de mi alma, ¡qué pálido estás! ¿Te encuentras enfermo?». «Sí —decía el otro—. La tripa. Me duele la tripa». «¡Vaya! ¡Lo siento!». «Gracias. ¿Y tú, vienes del hospital? Pareces un convaleciente». «Lo soy. Convalezco de trincheritis. Cosa mala es…». «Terrible…». «Tremenda…».

Y así hasta el final. El capitán, cruzado de brazos, se reía por lo bajo. Terminó echando un discurso:

—Tenía ganas de quitaros la mierda de encima. Y los piojos, y esos otros animalitos que me consta amaestráis algunos de vosotros. Ya está conseguido. Bueno; conseguido en parte. Me gustaría lavaros también por dentro… Pero no sea que el Páter diga que me inmiscuyo en sus cosas. Para que os deis cuenta os advierto. Es barro de las trincheras el que os quitáis. Barro que quizá nunca volveréis a pisar ni a tragar… Nos quitaremos también el frío con tragos de coñac… No nos quedará nada. Sí, ya sé… Nos quedarán los recuerdos. Pero veréis cómo ésos se marchan también algún día, en algunos muy corriendo, en otros muy despacio. Es la vida… Pero me gustaría que supierais que yo he sentido siempre por vosotros un cariño tremendo. He procurado ser un padre para vosotros. Me gustaría que lo tuvierais siempre presente…

El hombre estaba emocionado. Y terminó el discurso precipitadamente:

—Nada más. Que os acordéis…

Y respondieron todos al unísono:

—Sí, padre.

Y se le pasó la emoción para cabrearse como en los días buenos. Cosas de la vida, que es así, que nadie la entiende.

Al anochecer fue la marcha, pian pianito, por la carretera llana, por la carretera grande, por la carretera que alejaba del frente. Los viejos de la primera División recordaron la marcha y se llenaron la boca para decir:

—¡Ahora veréis! ¡Ahora viene lo bueno! Nos llevarán a patita hasta…, hasta…

Bueno, lo menos hasta Riga. Hasta Riga, cuando lo que necesitaríamos es un descanso de tres meses, que ya está bien, hombre, de tanto tomate.

Y les daba la razón, naturalmente.

Aquella misma noche cayó la primera nevada del año. No llegó a cuajar. Y por la carretera continuó el desfile: carros grandes, carros medianos, carritos con llantas de goma, *troikas* de todo tipo. Y los viejos caballos, los caballos que habían invernado muy mal en el sector de Nowgorod y mucho mejor en el de Leningrado, tres mil caballos que volvieron a la carretera.

Gattschina, Nikolayeska, Wolosowo… Cinco días de marcha; unidades que se iban quedando en la carretera, extendidas, ocupando un frente imaginario. Era la carretera de Narva a Leningrado. Mucho antes de llegar ya funcionaba Radio Macuto. «No es un cambio de frente, chicos. Es que nos vamos para España… España… España». Se decía que el general, completamente solo, había visitado el cementerio de Mestelevo y se había despedido, llorando, de los muertos que allí reposaban. ¿A santo de qué iba a despedirse el general si hubieran de volver?

—¡A casa, muchachos, nos vamos a casa! ¡Pasaremos en España las Navidades!

Por lo pronto, la compañía quedó establecida en un pueblo llamado Gomontowo, en la misma carretera. Por las noticias que corrían, toda la División iba quedando así, acantonada en una enorme extensión, ocupando cincuenta kilómetros de carretera.

Allí empezó la buena vida. Nadie sabía lo que se tenía que hacer. Los pelotones estaban alojados en las casas del pueblo. Pacheco estaba con la escuadra del mortero y escogieron el pajar, por lo menos hasta que hiciera verdaderamente frío. Como las distancias eran tan grandes, no había teléfonos ni radio. Los enlaces iban y venían en motocicleta. Luego resultó que por allí cerca había una zona de partisanos muy grande, llamada de Oraniembaum, y que los españoles, aunque descansando, protegían en realidad la carretera, que era muy importante y unía el sector de Leningrado con la frontera de Estonia.

Debían levantarse por la mañana, formar, pasar lista, trabajar algo fortificando algunos puntos de la carretera, y esperar la hora de la comida, que fue mala algunos días hasta que los depósitos de Intendencia fueron llegando también. Pronto se dieron cuenta todos que aquella zona era pobre y con pocos caseríos. El frente de Leningrado, estacionado en las residencias veraniegas de los zares, era, hasta cierto punto, hermoso. Sólo se tenía que abandonar las trincheras, andar quinientos metros y se encontraba uno en Puschkin, en Slutz, en Petroskoye, entre jardines y palacios, villas y estanques, muy estropeados, la verdad, pero que en primavera y otoño recobraban gran parte de su perdida belleza.

Pero allí todo era diferente. La población civil parecía atemorizada, sometida a la ruda disciplina alemana, muy tensa por tener la bolsa de Oraniembaum a las espaldas. Y además, empezaba a hacer frío.

Había alemanes en el pueblo. Pertenecían a una división de Aviación y tenían como misión vigilar la llamada bolsa de Oraniembaum. Las muchachas, casi todas

acaparadas ya por los germanos, veían llenas de sorpresa la llegada de los nuevos soldados, a los que les importaba un pepino los supuestos derechos de prelación que hubieran adquirido los alemanes.

Pero otras cosas más importantes estaban sucediendo. Los rumores de que se volvía a España iban tomando estado oficial. Hasta los de Plana Mayor andaban confeccionando listas y más listas. Unas para los batallones de marcha y otras para los que llevaban menos de seis meses en el frente. Aquéllos, se decía, se marchaban, y éstos habrían de quedarse, cosa que, en principio, a nadie parecía mal. Pero luego llegaba un bocinazo y se decía que solamente se quedarían los voluntarios, los que quisieran.

Por lo pronto, la primera parte del programa se cumplía siguiendo las antiguas normas de repatriación; se formó un batallón con todos los sargentos de la primera División, como se decía, hombres que llevaban más de dos años en el frente. El relevo, una vez terminados los antiguos, que se relevaban por edad y otras circunstancias, era más fácil, pues no había más que agrupar a los batallones de marcha que habían ido llegando para cubrir bajas y demás. En doce días salieron los llamados ocho, nueve, diez y once. Hubo un parón y por fin, el 9 de noviembre, salieron otros dos batallones, el doce y el trece.

Lo curioso era que al tiempo que unos se marchaban llegaban otros, pues a últimos de octubre había llegado el 27 Batallón de marcha, con mil tíos en sus vagones que se llevaron la sorpresa padre al encontrarse con todo aquello.

La moral bajó mucho. Los oficiales estaban animados, por lo menos de capitanes para abajo. Debían saber o presumir lo que se traía en el ajo, que era la formación de un Cuerpo Voluntario que se quedaba en representación de España, pero nada decían y entre ellos formaban corrillos y discutían. Con los soldados, trataban de convencerles de que no se podía marchar de aquella manera, sin que un puñado de españoles quedasen alineados en la lucha contra el comunismo. Generalmente, estos argumentos hacían poca mella, pues a casi todos les tenía sin cuidado el comunismo; excepto una minoría, los demás estaban allí por puro espíritu de aventura. Eran hombres nacidos para la guerra.

Con todo esto, los cabildeos se sucedían, en la apacible y tristona sucesión de los días. Hubo una especie de apagado plebiscito que no dio resultado. Muchos decían que se quedarían en la Legión, que ese nombre tomaría la nueva unidad, siempre que les dejaran pasar unos días de permiso en España.

Hacía frío de verdad y la carretera era frecuentemente asolada por la ventisca. En esta tesitura, era muy grato permanecer en las isbas, charlando y cantando. No apetecía gran cosa salir en busca de bailes y mujerío. Grandes bosques orlaban la carretera y era fama que sus frondas no eran buenas para la salud. Pudiera ser verdad, o simplemente órdenes para mantener el espíritu combativo, lo cierto era que las alarmas se sucedían frecuentemente, sobre todo de noche, obligando entonces a las unidades a despegarse en el bosque, pasando unas horas toledanas. Una noche hasta

cayeron unos proyectiles de artillería que no causaron bajas, pero sí pusieron en ebullición la caldera de los malos humores.

Un día, a primeros de noviembre, Pacheco, con Carlos Lambra, Atilano y dos *feldwebels* alemanes, organizó una orgía tremenda, a base de vodka y coñac tres estrellas. Precisamente fue aquél el día que escogieron los jefes para organizar un original y muy clásico plebiscito.

Las compañías fueron formadas y alineadas a lo largo de la carretera. Se podía decir que, con excepción de algunos servicios, doce mil hombres estaban formados a lo largo de una carretera. Pasó una hora, y dos… A Pacheco se le había pasado ya la borrachera. Un toque de atención tensó el ambiente. El capitán puso firme la compañía. Nadie sabía lo que iba a pasar, aunque presentían grandes acontecimientos. El viento helado daba de lleno en la cara, ahuyentando la molicie de los últimos días. Algo debía de pasar…

A lo lejos se fue distinguiendo un grupo a caballo. Venía a todo correr, primero un caballo negro, fino, impetuoso. Cuando estuvo más cerca se vio que lo montaba un capitán, uno de esos capitanes ya casi legendarios, tipo Portolés, Tirolaipe, Huidobro, Iglesias…, capitanes, en fin, que llevaban costurones en la cara y cruces de Hierro en el pecho.

El caballo se detuvo, bruscamente frenado, caracoleando, levantando nubecillas de nieve. El capitán, poniéndose de pie en los estribos, pronunció una arenga, una sencilla y tremenda arenga. Venía a decir que sobre los acontecimientos, los cabildeos políticos, los españoles tenían derecho a permanecer junto a sus muertos, que pedía voluntarios, voluntarios sin remisión, sin posible relevo, dispuestos a morir.

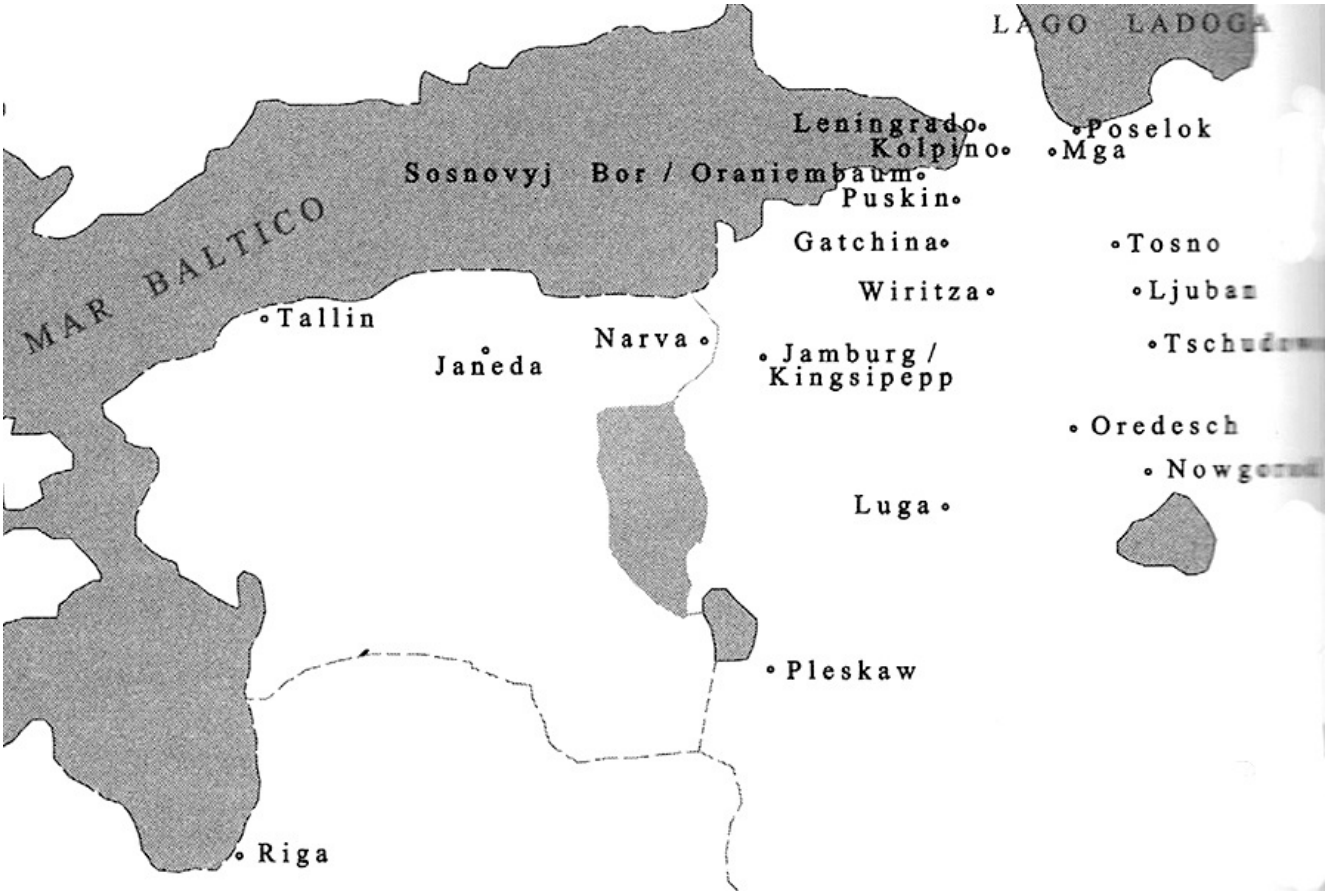
Cuando quisieron darse cuenta, el capitán ya había apretado los estribos y corría camino adelante, en busca de una unidad. Reaccionaron a gritos unos, en silencio otros. Aquello de que se necesitaban hombres para morir estaba muy bien. A un español se le dice que debe cargar un camión con alambrada o cavar un refugio y dice que vaya su padre; se le dice que tiene que morir y le parece estupendo.

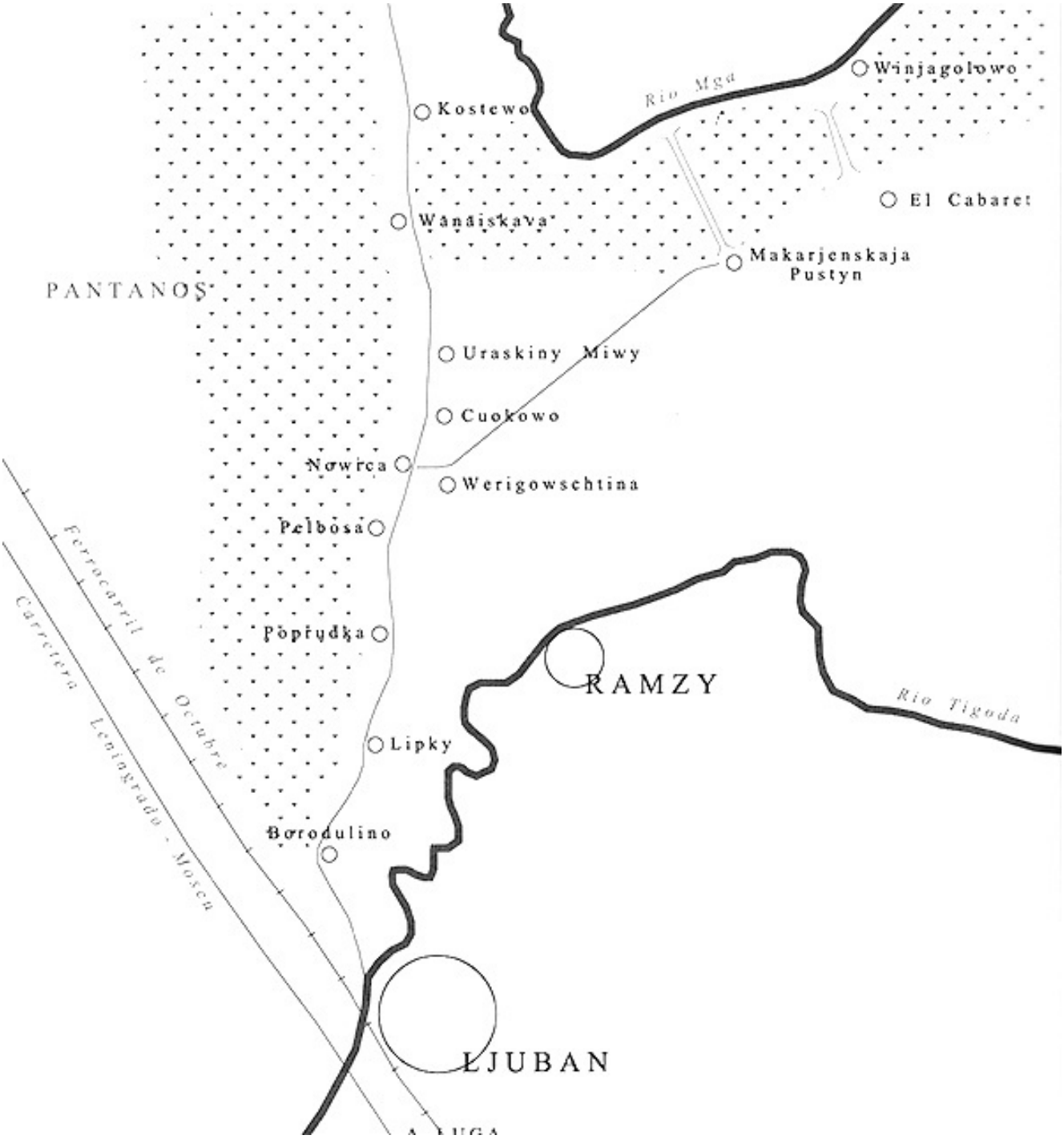
En los días siguientes hubo sus mases y sus menos, sus arrebatos y sus claudicaciones. Pero la semilla ya estaba echada. Voluntarios sin relevo. ¿Quién se marcha? ¿Quién se queda? ¡Vamos! ¡Los que deseen pasar las Navidades en España! ¡Los que comerán chucrut en una trinchera…! ¡Vamos, formad, camaradas, unos a un lado y otros al otro!

Lucio Pacheco se quedó.

La Legión

Sin idea de relevo y a extinguir en el frente.


LAGO LADOGA
Leningrado
Kolpino
Poselok
Mga
Sosnovyj Bor / Oraniembaum
Puskin
MAR BALTICO
Gatchina
Tosno
Wiritza
Ljuban
Tallin
Narva
Janeda
Jamburg /
Kingsipepp
Oredesch
Luga
Pleskaw
Riga


Winjagolowo
Rio Mga
Kostewo
El Cabaret
Wanaiskava
Makarjenskaja
Pustyn
PANTANOS
Uraskiny Miwy
Cuokowo
Nowrca
Werigowschtina
Pelbosa
Ferrocarril de Octubre
Carretera Leningrado - Mosca
Popiudka
RAMZY
Rio Tigoda
Lipky
Borodulino
LJUBAN

Cuarteles de Jamburg

Los cuarteles de Jamburg eran estupendos. Nunca habían estado alojados tan bien los españoles, excepto en los días de Grafenwör. Eran cuarteles rusos, en la frontera de Letonia, región de Kinpuisepp, frontera de paz. Ya no había fronteras y de la paz no quedaba ni el recuerdo. Pero los cuarteles seguían existiendo. Allí estaban los españoles, mil quinientos españoles de la Legión.

Antes, distribuidas las unidades en algunos pueblos, como Witino, Biogonitzy y Tchereniquino, se había acabado de limar los perfiles. Quedaba constituida la Legión Española, llamada también Legión Azul.

De las dificultades anteriores, Antonio Cepeda sólo guardaba un confuso recuerdo. Se habían quedado los mejores, de eso estaba seguro, y lo demás no importaba. Sabía también que había sido nombrado sargento y que pertenecía a la Compañía de Ametralladoras de la 2.ª Bandera. Lo demás iba llegando por sus pasos contados.

La Legión había quedado, por fin, constituida así: dos Banderas de legionarios, con tres compañías de infantería —granaderos y cazacarros—, y una de ametralladoras y morteros por Bandera, con unos efectivos de algo más de mil hombres; una tercera Bandera mixta de máquinas pesadas, con una compañía de antitanques y otra de artillería de acompañamiento, con cerca de trescientos hombres. Y una Plana Mayor legionaria que englobaba: una sección de Transmisiones, una sección de Exploración; otra de Zapadores, otra de Sanidad, otra de Transportes, una más de Intendencia y los ordenanzas y escribientes, con doscientos cincuenta hombres. Aparte de estos hombres, existían otros en retaguardia, en Riga y en Königsberg, en el Hospital, que también reducía mucho su personal.

Estas unidades quedaron estupendamente armadas, con lo que quisieron de la antigua División, especialmente en armas pesadas y antitanques, así como material de transmisiones. Mandaba la Legión el coronel García Navarro, con el teniente coronel Cabezón, de segundo jefe.

Algunas veces, cuando Cepeda se detenía a pensar en la antigua División, le dolía el corazón. Cepeda llevaba en Rusia desde el primer día, con un solo intervalo de permisionario. Cepeda recordaba los grandes nombres idos, los pueblos olvidados de tanto llevarlos metidos en los sesos. Los tiempos estaban cambiando. Habían pasado veintiocho meses, meses de guerra, que habían traído un aire de amenaza sobre Europa. El antiguo sector de la División en Nowgorod había sido ocupado por los rusos. En tierras enemigas estarían los cementerios españoles. No se debía ser precisamente un pesimista para comprender que no tardaría en pasar lo mismo con los de la zona de Leningrado. ¿Qué pasaría?

¿Qué harían los alemanes con la Legión? ¿Meterla en un frente tranquilo, consumirla en una batalla atroz que dejara en jirones las Banderas? Cepeda casi lo

deseaba. Deseaba que la empresa que los españoles acometieran no se viera sumergida en las maniobras políticas, en el fango de las maniobras políticas. Soldados eran y sólo pedían que les dejaran morir. La Legión no podía, no podría nunca compararse con la vieja y querida unidad; serían sólo un puñado de españoles. Para compensar esta deficiencia estaban dispuestos a todo. Hasta habían escogido un lema: «Sin relevo y a extinguir en el frente».

¿Sería verdad? ¿Dejarían que así sucediera? Cepeda ya se veía en superviviente, en heroico y destrozado superviviente, regresando a la patria con un rictus de amargura en los labios.

Unidad rara era la Legión. Bien mandada estaba… Sobre todo capitanes sí que tenía, treinta y cinco, tres veces más que tenientes y seis más que alféreces. Aquello fuera porque entre la oficialidad la recluta de voluntarios había sido muy grande. Todos deseaban quedarse y hasta habían tenido que hacer una especie de oposición. Bueno…

El día 20 de noviembre la flamante Legión, equipada ya de invierno, había sido trasladada a los cuarteles de Jamburg. Allí había empezado una nueva vida. Siempre que se llegaba a un sitio nuevo se empezaba una nueva vida. Instrucción, teóricas, marchas logísticas, conocimiento previo entre soldados y oficiales. De lo que era la vida en los cuarteles podía ser un indicio la orden de la Bandera que tenía en las manos, para el día siguiente, domingo: «Mañana se celebrará el Santo Oficio de la Misa, tocándose Escuadra para este acto a las once horas; Compañía (el papel decía compañía, porque las máquinas de escribir alemanes no tenían la ñ; así que decían: campana por campaña y España por España) a las 11:10; llamada, cuando se ordene. 2.º: La tropa formará sin prendas de abrigo, llevando solamente cinturón y machete. A la primera comida asistirán todos los oficiales de la Bandera, por ser ésta extraordinaria. Las compañías recogerán de Intendencia el coñac y chorizo de donativo. Firmado, tal y tal… Nota. Mañana el toque de diana será a las 7:10. Todo el personal que necesite cartas y Feldpost sobres pasará por la oficina del alférez Ayudante, a las 10 de la mañana».

Así todo. Podían diferir los detalles. Recoger cartas, asistir a misa, tener comida extraordinaria. Nimios detalles, detalles de cuartel. De no llevar el uniforme alemán, con la bandera en el brazo, y de ser imposible olvidar la patria, se hubiera creído en los tiempos no muy lejanos en que hiciera la misma vida en los cuarteles del Regimiento Farnesio.

No se sabía cuándo irían al frente. Tampoco podría decir si lo deseaba o no. Se dejaba llevar por la rutina. Por las tardes siempre quedaban algunas horas libres, horas para largos paseos y aventuras por los pueblos y alrededores. Hacía frío, la nieve lo cubría todo. El terreno abundaba en bosques y lagos, helados entonces. Existían partisanos, la Bolsa de Oraniembaum no estaba lejos.

Instrucción en orden cerrado y abierto, marchas logísticas, aseos personales en las duchas —prefería las saunas—, limpieza de material, instrucción, marchas nocturnas,

instrucción…

—Es necesario forjar hombres nuevos —decían las instrucciones—. Estos hombres, en cierto modo, tienen la mentalidad de la antigua División. Debemos hacerles comprender que la Legión es diferente, podrá ser o no tan gloriosa, tan sangrienta, pero será diferente. Es preciso arrancarles la añoranza de aquellos tiempos, los recuerdos, el barro y las ideas de regresar a España.

Instrucción, teórica, marchas… «Esta noche, imaginarias, Carmelo Roldán, Alfredo González, Evelio…».

Y de vez en cuando, la nota picaresca, en el desgarro, en la pillería, como en el caso del cabo Millán y soldados Viñas y Trigo, que requisaron una vaca —comprado, decían ellos y seguramente tendrían razón— en el poblado. ¿Para qué querrían esos tres una vaca? ¡Vamos, hombre…!

Operación Kruti Rutssji

Toda la Bandera estaba en danza. Por lo menos así lo parecía, por lo menos la Compañía estaba danzando ya. Danzaban, por decirlo así, los camiones, patinando y rechinando sobre los helados caminos. Francisco Ventalló se estremecía de pies a cabeza cada vez que el vehículo saltaba sobre un bache.

—¡Esto es la guerra, muchachos! —gritaba Garitona, uno que había llegado con el 27 Batallón y que estaba *in albis*.

¿La guerra ir en camiones…? Sí, quizá… Por lo menos así se empezaba. Llegaban los chatos «Renault» y se metían en la tripa a una sección. Frío y todo eso. Se empezaba a cantar y cantar. Las mejores canciones brotaban siempre dentro de los camiones en marcha, Ventalló lo tenía olvidado de puro sabido. Otro toque a las viejas canciones… Vamos ahora con «Lili Marlén»… ¡Chicos, fijaros qué tangazo!: «Volver… después de haber luchado / y a Europa salvado, / con rumbo al hogar…». ¡Calla, no seas bestia! Y un asturiano cualquiera —siempre hay un asturiano en cualquier parte—, abriendo la boca para meter a los demás el alma en un puño: «Pasando el Puueertuuu Payaaaares / las nubes besan el sueluuu…». ¡Calla tú también, hombre!

El viaje fue corto. Antes de que el frío les hubiera entumecido habían llegado. Estaban en un lugar desconocido, en pleno bosque, en un terreno quebrado al lado de un río. Los árboles se elevaban como postes de teléfonos, cubiertas de nieve sus ramas altas. Había un pueblo al alcance de la mano. Un pueblo muy bonito, con villas de madera de uno y dos pisos, y también con casas de ladrillo. Una humareda tenue se escapaba de las chimeneas, titilando en el aire puro y santo.

Los oficiales bajaron de las cabinas. Llevaban con ellos a dos intérpretes. Se formaron las compañías. Por las calles del poblado comenzaron a aparecer rostros ansiosos.

—¿Qué hemos venido a hacer aquí? —preguntó el asturiano del Puertu Pajares.

—No lo sé, hombre.

Los oficiales sí lo debían saber. Se formó. Tres compañías fueron mandadas por el bosque, rodeando el poblado por los caminos cortafuegos. La otra, con los zapadores y sección de asalto, tomó en dirección al poblado. La compañía de Cepeda fue ésta. Se alegraron todos. Aquello estaba bien. Ellos al pueblo, al que le tocara en el bosque que se fastidiara…

Pronto comprendió Cepeda que tenía muy poco que envidiar a sus compañeros. En el poblado flotaba un aire de miedo y opresión que llegaba a gravitar físicamente. Se ordenó un registro rápido, sin contemplaciones, con las armas dispuestas, mientras el estarosta y otras personas quedaban en rehenes.

No comprendiendo enteramente, Cepeda y su grupo entraban en las casas con las armas preparadas, sí, pero guiñando los ojos y saludando.

—*Dobre utra, mamuska*… ¿Quién hay por aquí?

No les respondían, claro. Había mujeres y niños, que se acurrucaban y les miraban temerosamente. En otras casas no había nadie. Tenían miedo. Todos tenían miedo.

Luego dieron orden de que toda la población se reuniera en la calle. Ventalló, extrañado, se veía pastor de un extraño rebaño, empujando a punta de fusil a una muchedumbre llorosa, de ancianos y niños. En una explanada se apelotonaron. Eran varios centenares. Los oficiales empezaron a sudar copiosamente. Los intérpretes repetían monótonamente su lección.

Entonces empezó a comprender Ventalló. La Alta Komandantura alemana, considerando que Kruti Rutssji se había convertido en los últimos tiempos en un nido de partisanos, procedentes de la zona de Oraniembaum, que en el pueblo encontraban refugio, alimentos e información; teniéndose conocimiento de que incluso había funcionado una radio clandestina, disponía la evacuación del poblado por considerarlo zona de operaciones.

Ya estaba dicho. El estarosta, pálido, demudado, iba de un lado para otro, hablando a los intérpretes, que se encogían de hombros, hablando a los oficiales, que se encogían de hombros, hablando a los soldados, que se encogían de hombros…

Ya estaba dicho… Pero ¿cómo se empezaba? Se notaba un evidente nerviosismo. Se tenía miedo a afrontar de lleno la situación. El asturiano le dijo a Ventalló:

—Estas cosas no son para nosotros…

Se instaló una komandantura en una casa de ladrillo. Los soldados ocupaban las esquinas de las calles. Gentes que lloraban y corrían, entraban en las oficinas y salían. Desde su puesto observaba Ventalló. Llegó, corriendo, un oficial alemán de alta graduación, seguido de una chica muy guapa, su amiga, sin duda. El oficial, un Mayor de los servicios forestales, debía estar, el hombre, a la cuarta pregunta.

Hacía frío. Por las calles soplaba el viento, un viento que después gañía entre los árboles del bosque, sin arrancarles el olor de la trementina porque el frío mataba todos los olores. Soplaba también un aire de consternación humana, de patética emoción humana que hacía tiritar a Ventalló.

Por lo visto se llegó a un acuerdo. El pueblo se evacuaría. Pero esto no se podía hacer en unas horas. La población podría recoger todas sus pertenencias y animales; todo, absolutamente todo lo que pudiera llevarse consigo, en el primer viaje, pues no les sería permitido volver. Los heridos y enfermos, con los niños, serían evacuados en los camiones; los demás, arreando sus ganados y llevando sus tesoros, irían andando.

Dos días completos duró la evacuación. Los rusos tardaban horas eternas en decidirse ante un colchón, ante un icono, ante un objeto cualquiera. En las calles, tomadas militarmente, se desarrollaban escenas patéticas, prolongación de aquellas otras desarrolladas en el interior de las casas.

Pese a todo, a Ventalló le enervaba la mansa conformidad de aquellos seres. Lloraban, sufrían, iban a perder todas sus pertenencias, y lo aceptaban. No había

rebelión, ni odio en sus miradas. ¿Era posible? No, no les odiaban. Tenían miedo, un miedo enorme, terrorífico. Lo aceptaban todo porque tenían miedo. Los soldados no podían pegar un culatazo a una mujer o a un hombre que se limitaba a mirar con ojos bovinos, a tener plomo en los movimientos.

El asturiano no comprendía tampoco y se limitaba a repetir:

—Esto no es para nosotros.

—¡Calla!

—Te digo…

—Calla, por favor. Tienen miedo. ¿No ves que tienen miedo? Tienen miedo de nosotros…

—Es natural. Los estamos arrojando de su casa…

—¿Y por qué tienen miedo? ¿Por qué no se rebelan? ¿Por qué no nos insultan? ¿Por qué ponen esos ojos? Mira, asturiano, ¡escucha, te digo! La verdad es que nos tienen miedo. A nosotros, a los que decíamos veníamos a liberarles. No. No hemos sabido liberarles. Nos tienen miedo. Existe el miedo en toda Europa. Ésta es la guerra del miedo, la época del miedo. Mañana, nosotros, los españoles, quemaremos estas casas…

—¿Qué dices…?

—¿No lo sabías? Después de la evacuación hay que destruir el poblado…

—Esto no es para nosotros…

—Calla, hombre, calla… Nosotros somos soldados. Estamos cumpliendo órdenes. Nosotros, los españoles, los que hemos sabido hacernos querer de los rusos. Ahora destruiremos estas casas. Nosotros también nos vemos involucrados por el miedo, nos vemos arrastrados por la tormenta. Es la cadena del odio, de las represalias. Europa que se destruye…

¡Que nos dejen de estas cosas!

—Nosotros… Bueno, hombre; quería decirte que nosotros somos buenos para el frente, para morir, para buscar mujeres con majeza. Somos elementales. Estamos aquí, porque somos elementales. Tenemos una hora para cada sentimiento, para cada instinto. Somos malos soldados, te digo que somos malos soldados; porque no hacemos de verdad la guerra. La guerra es esto, la guerra es el miedo.

—En España no he evacuado pueblos…

—No es igual… Nosotros llevamos la guerra dentro. Cuando nosotros acabamos creemos que todo acaba. Y no es así. La guerra está en todas partes. Estos rusos lo saben mejor que nosotros. Saben que la piedad no existe. No conocen la piedad desde hace una generación; no esperan la piedad en esta generación, ni en otra generación. Tienen miedo. Nos ignoran. Nosotros no somos los españoles, los *duraks*; nos ignoran por dentro. Nosotros somos las pellizas de cuero y la estrella; los uniformes negros de las brigadas especiales, las ametralladoras, los *ukases*, las órdenes de las komandanturas. Somos la refinada civilización del miedo permanente, somos Europa, la Europa que se destruye.

—Mira, Francisco, no te entiendo…

—No es fácil entenderme. Es que siento un dolor muy grande; el dolor mío y el de esas gentes que nos tienen miedo. Somos pastores de un rebaño inmenso. Tiemblo por la hora en que toda Europa esté llena de seres semejantes: unos pastores, insensibles pastores parecidos a guardianes, y otros, rebaño, inmenso rebaño, disciplinado, aterrador, de niños y mujeres sin risas, sin hogares…

La noche del 5 quedó todo terminado. Un silencio tremendo cayó sobre el poblado. Un silencio que dolía en los oídos. Por eso, sin duda, algunos sin darse cuenta enteramente, deseaban alborotar, remplazar la vida que se había marchado. Ventalló recordaba la caravana de seres empujando sus carritos, colmados con su impedimenta. Se había extremado el tacto; no se había pegado a nadie, a nadie se le había amenazado; pero no se había conseguido borrar el miedo de las miradas; no se había conseguido que miraran de otra manera. El comandante alemán había tratado de proteger a su entenada. Ventalló vio cómo un teniente español mandaba al mayor a tomar por donde amargaban los pepinos. A Ventalló le pareció muy bien; que la garrida moza sufriera la suerte de todos.

Los zapadores metieron dinamita a las casas de ladrillo. Se incendiaron las demás. Ventalló comprobó que era sumamente fácil encender una casa: se arrimaban unos trapos, un puñado de paja y los enseres, se vertía un poco de gasolina… El humo, el olor de la madera ardiendo producía una extraña excitación. Llegaba a olvidarse de lo que estaba haciendo, le gustaba lo que estaba haciendo; encontraba placer en destruir, en aniquilar, en saltar entre las llamas como si fueran las gigantescas de una eterna noche de San Juan.

Cuando a las diez de la mañana del seis los camiones comenzaron a engullir a los soldados, cumplimentada la orden, Ventalló contemplaba las columnas de humo que surgían del poblado y escuchaba las últimas detonaciones. Y estaba avergonzado. Avergonzado porque, ahora, en frío le parecía imposible haberse olvidado de lo que estaba haciendo, mientras incendiaba y destruía. Aquélla era la raíz del miedo, del terror, del odio; el que un soldado, un hombre decente, pudiera embriagarse ante la destrucción, con el humo del incendio. Él y todos, hombres que darían su vida por defender sus hogares, incendiaban los de los demás, y llegaban a encontrar placer, y llegaban a olvidarse de lo que hacían. Obedecían, era la verdad; eran máquinas, eran instrumentos de la guerra. Entonces…, tenían razón los que temían, los acobardados, los que sólo sabían mirar de aquella manera, los que sólo veían en ellos los instrumentos de un poder insoslayable, enorme, inhumano, que estaba destruyendo, que estaba empezando a destruirse.

Nadie, en los camiones, tenía ganas de cantar. Los del bosque habían pasado mucho frío, los demás, estaban cansados. El asturiano repetía, por enésima vez:

—Esto no es para nosotros…

Y parecía que le escuchaban por primera vez.

El orinal de los frentes

Diciembre, 1943

Ya estaba la Legión en el frente, como siempre habían deseado. Después de celebrar la fiesta de la patrona de la Infantería en los cuarteles de Jamburg con comida extraordinaria, torneos medievales, combates de boxeo y carreras de sacos, se preparaban ahora para celebrar las Navidades en el frente.

El frente era… Se decía, que los alemanes habían dado al coronel español la facultad de elegir frente, bien ante Leningrado, en la bolsa de Oraniembaum, o donde quisieran. Y el jefe español había dicho que los españoles elegían el peor de los frentes, el lugar de los máximos sacrificios. Y allí estaban, en el lugar que los alemanes llamaban el vertedero del frente, rebautizado por los españoles por el orinal de los frentes. Y era verdad: aquellos pantanos parecían el recipiente de todos los desaguaderos, el receptáculo de todas las inmundicias. Menos mal que estaban en invierno. En primavera, verano y otoño aquello debía ser algo grande, grande de verdad.

El nuevo sector, tercero que conocían los españoles, estaba tan lejos, tan abandonado de la mano de Dios, que parecía el fin del mundo. En plena zona pantanosa de Makarjewskoye, entre dunas, vaguadas, bosque y más bosque, discurría a lo largo del río Mga, teniendo como único pueblo cercano el llamado Vinjagolowo, que para más escarnio era línea de frente y además lo ocupaban los alemanes. Los alemanes o los prusianos, que decían ellos, de la 125 División.

La primera Bandera ocupaba, a la derecha, dos kilómetros de posiciones, y tres largos, a su izquierda, la Segunda. No había trincheras por la sencilla razón de que el terreno no lo permitía. No lo permitía con el buen tiempo, pues el agua brotaba con sólo frotar el dedo. Y cuando hacía frío no se podían cavar trincheras, aunque algo se hacía, especialmente para instalar las máquinas.

Un ejemplo clásico de instalaciones y fortificaciones lo ofrecía la 7.ª Compañía —Segunda Bandera—; pantano helado, aunque no mucho, pues casi se sentía el agua bajo los pies; la posición estaba formada por una red de pasarelas para circular y defenderse. Delante de las pasarelas había una barrera de rollizos —troncos amontonados y cubiertos de nieve— que servía de parapeto. Delante del muro de rollizos, decían, había minas.

No costaba mucho trabajo imaginarse lo que debía ser el lugar aquel en verano, chorreando agua por todas partes. Por una parte habría que retirar los intentos de establecer una línea continua y por otra, establecer únicamente puntos fuertes en los lugares elevados.

Con respecto a los anteriores frentes, Julio Hernández, legionario de la Primera

Bandera, 3.ª Compañía, intentó hacerse una composición de lugar en los mapas del capitán y se hizo un taco de los gordos. El río Mga, insignificante por aquellos parajes, delimitaba el frente. El río Mga nacía en los pantanos de Kowrogina, torcía por aquí, torcía por allá y se marchaba en dirección al lago Ladoga. Nada en limpio. Eran tan grandes las distancias que parecía imposible orientarse. Poco más o menos podía decirse lo siguiente: entre el antiguo frente del Wolchow y el reciente de Puschkin, el actual estaba entre los dos, en la inmensa zona verde al sur del Ladoga y a la derecha del Ferrocarril de Octubre, que como todos sabían unía Moscú con Leningrado. Y nada más. La vista se perdía en inmensas zonas verdes y azules, llamadas las primeras *wald* y las segundas *moor* en los mapas —nombre sobrepuesto sobre los originales rusos— y que se repetían abrumadoramente.

La Compañía había abandonado los cuarteles de Jamburg el 16 de diciembre, tomando el tren en la estación del pueblo. Algún día, si estuviera en condiciones y con ganas, Julio escribiría un canto a los mayores héroes de la guerra en Rusia: los ferroviarios alemanes, cuya maravillosa hazaña no merecía quedar olvidada. Pero eso sería más adelante, más adelante…

El 17 llegaron a Zug, desembarcando y pasando la noche y el día siguiente alojados en búnkeres, humeantes, malolientes y tal, mientras el capitán iba a hacerse cargo del nuevo sector. Volviera el capitán con las manos a la cabeza, diciendo pestes. Luego se habría de saber todo. El 18, una marcha de veintitrés kilómetros para la cual se necesitaron diez horas, tragando nieve y sufriendo como buenos. Habían llegado a un lugar que no estaba mal del todo, pues había búnkeres, parque de automovilismo y algunas casas. Hernández preguntó a un alemán:

—*Ist dies der front?*

—*Ist dies der Cabaret*.

Se había vuelto a los muchachos.

—¡Chicos! ¡Esto es un *cabaret*! Lo dice el *doiche* éste…

—Pues como esto sea un *cabaret* me río yo de las trincheras.

Además de reírse dijo muchas palabrotas. Bueno, en el mismo instante no, porque llegaron a las tres de la noche, y tras la caminata del día con encontrar un búnker y un puñado de paja donde reposaran los riñones se estaba satisfecho. Pero al día siguiente fue ella. Los alemanes pertenecían a la 7.ª Compañía del Regimiento de Granaderos 405, División 125 y se retiraron a Winjagolowo la mar de contentos.

Los puestos estaban numerados, y de ellos la 2.º Compañía tenía del 124 al 148, aunque no todos tenían la misma importancia ni estaban igualmente fortificados, pues unos tenían máquinas, otros ametralladoras y algunos morteros; las piezas de acompañamiento y los antitanques estaban detrás, protegiendo los PC y en los puntos fuertes. Separados entre sí estos puestos por cincuenta o sesenta metros, entre ellos no existía más que una senda que los enlazaba y otra que los unía con los PC de sección, que a su vez tenía enlace con el PC de compañía y éstas con la Bandera. Muy sencillo, todo muy sencillo.

De día se dormía y de noche se vigilaba en los puestos, con patrullas enlazando. El día 20, a las once de la noche, una de estas patrullas se encontró con otra enemiga y se gastaron una broma. Lo malo es que un legionario resultó muerto. Fue el bautismo de sangre de la flamante Compañía.

Luego, en la sucesión de los días, Julio habría de comprobar que todos los días tenían la misma rutina: vigilancia, patrullas que se ven y son tiroteadas, patrullas propias que eran vistas y ametralladas, fuego de mortero, fuego de cañón, chapoteos en la nieve para buscar el suministro, partes: «Tres soldados enemigos frente al puesto 131, que se desvían al 10/54». «Bueno, ¿y qué hacen?», decían de abajo. «Fastidiar, ¿qué van a hacer?».

Las noches tenían una extraña grandeza: inacabables, lentas, fantasmales, blancas, con una luna enorme y esplendorosa asomando encima de los abedules, tenían casi la claridad del día. Sin embargo los rusos, como si les faltara luz, trajeron unos proyectores de una asquerosa luminosidad amarilla.

El día de Navidad le estalló el fusil a un legionario, estropeándose el fusil y las narices del dueño. Luego resultó que le había hecho explosión la bala en la recámara. Lo mismo sucedió dos días después, con Manolo Cendón, por lo cual el capitán Morón se enfadó por todo lo alto y obligó a que se limpiasen los fusiles desde el punto de mira a la chapa de la culata.

Para la Nochebuena hubo suministro extraordinario. El aguinaldo de España se anunciaba, pero como siempre, vendría en febrero. Y mejor que no venga, decía el capitán, pues siempre es anuncio de desgracias: «El pasado año llegó a primeros de febrero, y hubo lo de Krassnyj Bor. Yo creo que los rusos lo huelen y vienen por las botellas». Tenía mucha razón el capitán, mucha más de la que creía. El aguinaldo alemán fue puntual. Mortadela, coñac, cigarros, pasta de los dientes y afeitar, caramelos, etcétera; más una tarjeta con una leyenda: *Ein kleiner Dank des Führers an seine Soldaten*, que alguien tradujo así: «Con la gratitud del Führer a sus soldados».

Por la noche no hubo gran cosa: beber, charlar, cantar, escuchar la radio… El día de Navidad las cocinas se esmeraron para dar una buena comida, con la ración alemana y el suplemento español, que no faltó nunca.

Julio agarró una trompa tremenda, brindando animada y consecuentemente por «su novia, la Muerte», mientras besaba la botella de coñac por todos tan admirada. La realidad es que los tablones abundaban de lo lindo, cosa nada rara estando en el bosque. A Julio le retiraron a sus «habitaciones particulares» con una ligera indisposición.

La indisposición hizo crisis a las dos horas. Julio se despertó con una sed tremenda. Sentía la lengua pegada al paladar, y el calor algo inenarrable, propio del lugar en el que estaban: la vaguada frente a Belchite, cuando la ofensiva… Tenía que beber o moriría. Estaba dispuesto a beber aunque fuera agua. Pero el agua, recordaba, había que buscarla en un pozo, situado en plena tierra de nadie, donde los malditos

rojos asaban a tiros al que se acercaba. ¿Matar a tiros esos cabritos…? ¿Al legionario Julio Hernández? ¡Inaaarguendi…!

Se metió tres bombas de mano al cinto, agarró el chafarote y se lanzó. El suelo temblaba un poco, pero no importaba. Era de noche… ¿noche? ¿Cómo oscurecía tan pronto en julio? Costaba trabajo andar… ¡Claro, hombre, la arena del desierto! Algo le chocaba que la arena fuera tan densa, tan blanda… Se metía en ella hasta las corvas. ¡Adelante… Hip…!

Así fue como se encontró al cabe Felipe, el del cuento de la gripe. Felipe preguntó:

—¿Dónde vas con esa merluza…?

Julio no tenía idea de que llevara merluza alguna. Además, Brunete no era puerto de mar. Vamos, creía…

—Teee… en… go seeed… ¡Hip! Aaaa tu tuus órr… de… nes. Voooy al… al… al popopo… zo… ¡Eso es… al poozo!

—¡Dónde te vas tú ahora mismo es a dormir la mona!

—¡Quieee… ro aa… gua!

—¿Quieres agua? ¡Pues toma!

Y Felipe le agarró por los pantalones y lo metió en la nieve de cabeza, sosteniéndose en aquella posición un porrón de tiempo. Le sacó al cabo.

—¿Has bebido bastante?

Síííí… ¡Aaah, qué fres… fres… ca es… está…! ¡Pa… parece nieve…!

No hubo más novedad. El día de los Inocentes los *ruskis* instalaron dos piezas antitanques frente a la compañía y a las once de la noche les dio por la música, propinando una serenata de cinco minutos con ametralladoras, antitanques y morteros con el único resultado de sacudir la nieve de los árboles.

El día 31 lo pasó el enemigo bastante intranquilo. Ya debía de saber —se rumoreaba que habían desertado dos desgraciados— que tenían españoles enfrente, pues instalaron un altavoz frente a los puestos de la 3.ª sección y se dieron a los discursos. Luego, por la noche, se la pasaron enterita arrojando bengalas, iluminando los enhiestos gigantes del bosque, circundados muchos de ellos de balazos. Debían estar borrachos, pues lanzaban granadas de mano delante de sus posiciones. Por la madrugada, una bala perdida mató a un legionario de la segunda sección. Fue el primer muerto del año 1944. Primer muerto español. Otros muchos soldados estarían muriendo en aquellas horas, en los miles de kilómetros del frente, desde Leningrado al Sur.

¡Primero de año…! ¿Se podía morir en tal fecha, en tal hora, mientras en otros lugares festejarían en los *cabarets* la llegada del nuevo año? Y se reprochó enseguida la incontinencia. Estaban en el frente. Allí no había periódicos que insertaran en primera página el dibujo de un hermoso niño dándole la patada de Charlot a un viejo indecente. No había año nuevo ni año viejo. Los años, los días de la guerra, se reducían a uno solo, interminable, doloroso, estúpido, con solamente horas, instantes,

de un fugaz bienestar, de una entorpecida alegría.

En los días siguientes, no hubo novedad y el capitán dispuso que una sección por día bajara a la posición «Cabaret» para ducharse. La posición «Cabaret» no era otra cosa que unas edificaciones surgidas de la guerra, búnkeres, zanjas, hospitalillos y depósitos. En un búnker grande se daban, de cuando en cuando, unas representaciones de teatro o variedades por artistas de ínfima categoría, gastados, consumidos por la triste tarea de recorrer miles y miles de kilómetros para llevar su ficción artística hasta las mismas trincheras. Era la diversión por orden superior, que decía el capitán. Por eso le llamaban el *Cabaret*.

Mucho mejor era otro búnker, donde los alemanes habían instalado un *Soldatenheim*, donde se servía cerveza, poca, pero legítima de Pilsen, que se podía consumir sentados en unos tablones. El que podía se despistaba allí; el que no, a las saunas.

Las saunas eran los baños a vapor rusos. Muchas veces se había metido allí a sudar Julio, principalmente cuando eran frecuentadas por individuas del sexo contrario, como decía redundantemente Juanito del Amo. Pero en las saunas del *cabaret* los alemanes no permitían la entrada de *panienkas*.

Las saunas eran encendidas por la mañana. Eran dos casetas o chozas, pequeñas, de gruesos troncos estopillados y suelo de tierra apisonada. En el interior, la mitad de la isba lo ocupaba un enorme fuego calentando mías no menos enormes piedras. Considerando que en aquella parte de Rusia no se veían piedras ni por equivocación, era de considerar que las traían ex profeso. Junto a las piedras se veían dos barriles de agua. Y enfrente, unos banquillos de madera.

Allí se sentaban cinco o seis tíos, todos los que cabían, desnuditos como Adán antes de pecar. El encargado de los baños, que parecía un panadero, después de cerrar bien las puertas, sin duda para que nadie escapara, sacaba agua fría de un barril y la iba vertiendo sobre las piedras calcinadas. Enseguida se levantaba un vapor que daba gusto, chirriante, blanco y tal. Se empezaba a sudar, poco al principio, según las grasas de cada cual. Esta parte del baño era agradable. Podían hablar cómodamente y hasta evocar viejos recuerdos.

Julio, sentado en un rincón, empezó a recordar:

—Yo nunca he sudado mucho. Estoy muy delgado. Pero recuerdo a un ranchero. El fulano se comía media libra de mantequilla al día y además dos botes de carne de cerdo. Ya sabéis, esos pequeños, tan chachis. Bueno, pues el hombre, cada vez que se sentada en el banquillo sudaba la gorda. Yo le veía escurrir la mantequilla, la grasa de cerdo. Empezaba a sudar por el abdomen, se le escurría la agüilla por los muslos, le bajaba por las rodillas y le bañaba los pies. Chicos, una cosa asombrosa.

Y le dijeron que se callara, que lo asombroso era que un ranchero se bañara. ¿Acaso había indicaciones en la historia de la Humanidad de que tal cosa hubiera sucedido?

Poco a poco ya no se tenían tantas ganas de darle a la sinhueso. Cepedano, que

estaba gordito, abría la boca y la cerraba; Marcos, que era estrecho de pecho, respiraba como un pez y Alarico soltaba vientos sonoros, ante la indignación de Gerardo. El fulano del cazo de agua, impasible, dale que te dale.

Llegó un instante en que apenas se veía. Julio sentía los cabellos apelmazados sobre la frente. El aire, caliente y húmedo, le abrasaba los pulmones. Sudaba. Sudaban todos. Parecía mentira que afuera se estuviera a doce bajo cero. Parecía mentira que en algún tiempo hubiera hecho frío. Cepedano no pudo resistir más y saltó hacia la puerta, abriéndola de un empujón. No paró hasta que se vio en medio de la nieve, ante las bocas abiertas de los que esperaban turno, gordito, jadeante, con la piel coloradita…

Le agarraron entre cuatro o cinco y como si fuera un pavo lo metieron otra vez en la choza. El del cazo varió entonces de táctica. En vez de arrojar el agua fría sobre las piedras se la vertió a Cepedano en la cabeza. Y muchos cazos más. Los alaridos se escuchaban en las posiciones. No podía escapar porque le sujetaban entre todos, los malditos, los malos compañeros.

Luego les tocó a todos. Era el ritual de la ducha. Vapor, agua fría, frotaciones violentas con una toalla áspera —para decir esto no era necesario mentir, pues las toallas alemanas, *ersazt*, parecían un saco—. Después, se vistieron. Y el día era agradable, la guerra se iba a acabar pronto, los sargentos unos tíos la mar de simpáticos.

Ya estaban recobrados. Por la noche tendrían patrulla. Se iba a tratar de dibujar perfectamente las posiciones enemigas. Muy bien, de acuerdo…

Armas a la funerala

Los cuarteles de Janeda no eran los de Jamburg. Y era que Janeda ya no era Rusia. El cambio era tan evidente que a Cosme Costafreda le parecía mentira. No acababa de acostumbrarse, pese a llevar quince días en aquella situación.

Estaban en Estonia, cerca de Narva; la población civil, el ambiente, la comida, la situación en general, era lo mejor que había conocido la División primero, la Legión después. Un resumen pintoresco de la situación lo podía expresar la amenaza del capitán Ruiz Molina al cocinero de su imperio, poniéndole por delante un porvenir de cabeza al doble cero si continuaba metiendo en las minutas el consabido medio pollo.

Parecía mentira que la situación hubiera tomado aquel sesgo. La llegada a Luga el día 1 de febrero, después de la marcha a pie, no había hecho más que iniciar la que tuvo lugar después. Menos mal que ésta fue en tren.

La retirada en ferrocarril no fuera muy agradable. Se acordaba Costafreda del interminable y lento viaje. ¡Cinco días para recorrer escasamente noventa o cien kilómetros! Desde Luga a Pleskaw el trayecto había discurrido como si se estuviera bajo los efectos de una pesadilla. Podía haber alguien —que lo había— a quien le hubiera parecido pintoresco, y hasta con ocasiones para engordar. Pero aquella marcha lenta, inacabable de los trenes materialmente empalmados, uno cargado de material, otro de tropa, otro hospital; el de más allá con evacuados, el de más acá con prisioneros. Y cañones en las bateas, ganado, municiones, más soldados, más heridos, más soldados, más heridos… Bueno, aquello imponía.

El menor accidente en uno cualquiera de los trenes paralizaba a los demás, bajo la nieve. En los vagones, sin calefacción, había de permanecerse envueltos en las mantas. ¿En mantas? ¡Imposible…! Servicio de seguridad… servicio de seguridad… ¡Servicio de seguridad! Bandas de partisanos que tiroteaban de lejos los convoyes; lentitud suma en los puentes, en los cruces; alarmas de aviación… ¡Cinco días!

Por fin, desde Pleskaw, había comenzado a variar la cosa. Y la Legión había llegado a Taps a las cinco de la tarde del día 9 de febrero. ¡Alto! ¡Todo el mundo a tierra! Habían llegado. Siempre estaban llegando. Era destino de soldado ser llevado y traído; estar llegando y salir, poco o mucho tiempo después. Por eso, lo mejor era no encariñarse con nada. Aceptarlo todo con filosofía de la buena y dejar que los jefes y el tiempo hicieran lo demás. Tal hacía Cosme Costafreda.

No obstante, en Janeda, en Lehtse, en Risti, en Karavate, en Aeguiidu y demás pueblos con vocales dobles y diéresis encima de la mitad de las letras, era difícil permanecer indiferente. Se vivía rodeado del halago de la población civil. Considerando que la población civil era en sus tres cuartas partes femenina, todo estaba dicho. El ochenta por ciento de los legionarios tenía un apaño más o menos afincado en el corazón. Cosme amaba y era amado por una rubita de veinte años —decía ella— llamada Salma, que vivía en un pueblecito llamado Lapt, un poco más

arriba de Janeda.

Por lo demás, la vida seguía su curso. No hubo mucho tiempo para las lamentaciones. Al día siguiente de llegar la compañía a Janeda ya se había limpiado el armamento —el que se conservaba— y al otro ya se estaban haciendo marchas logísticas por los pueblos de los alrededores, veinte kilómetros en total entre ir y volver. Desde entonces, excepto los domingos, que se oía la santa misa y se descansaba, todo los días se intensificaba la instrucción: teórica, revistas, marchas, ejercicios de tiro, marchas otra vez y así hasta quince días.

Así terminó febrero. Algunos de los amoríos iban prendiendo con tremenda fuerza. Ni legionarios ni mujeres parecían darse cuenta de lo transitoria que era aquella situación. Por las tardes, después de la teórica, que no cansaba ni muchísimo menos, cada cual se escapaba como sabía y regresaba cuando podía. Ropa limpia, cambalache de jabón y caramelos por pollos y huevos; sesiones de patinaje con las muchachas, paseos por el bosque, cerveza, cartas a España.

El domingo, día 5, Cosme había estado paseando con Salma. No se entendían, salvo en algunas palabras de alemán. La chica no hablaba ruso, o decía no hablarle. Por eso todas sus conversaciones se sostenían a punta de pestaña: miradas capaces de ser entendidas por mi chino. De vez en cuando, como uno y otra tuvieran en el pecho alguna caldera que hiciera explosión, irrumpían en tremendas parrafadas; risueñas y dolorosas expansiones del alma.

En una de las ocasiones, Salma, mientras hablaba, con los ojos encendidos, había llorado. No era difícil entenderla. Sobraban las palabras ante los gestos, ante el temblar de los labios. Le estaba contando su vida, llena de recuerdos alegres y tristes, llena, sobre todo, de miedo al futuro. Cosme la había abrazado y besado en los ojos. No sabía qué decirle. Hubieran sido inútiles todas las palabras. Pero era necesario decir algo, aunque fuera cantando la tabla de multiplicar. Cosme no era tan animal como para eso.

—Salma —le dijo—. Haces bien en llorar. A mí también me gustaría llorar, pero no puedo. Me gustaría, ya te lo digo. Comprendo como tú lo triste de nuestra situación. Yo me marcharé algún día, Salma, no sé cuándo, cuando quieran los que mandan, y no nos volveremos a ver. No me gusta mentir, Salma, por eso te digo que no volveremos a encontrarnos. Quizá tengas un hijo mío y yo nunca lo sabré. Sería tremendo que tal cosa pasara. Casi me hace vacilar, Salma, pensar en tales cosas. Sería justo que yo te dejara mis señas en España, España, entiendes, Salma, una tierra hermosa y muy lejana, para que tú me llamaras. Pero creo que no podrá ser. Es mejor que no sea así. Quizá tú y yo sufriéramos una desilusión al volvernos a encontrar, porque seremos más viejos, estaremos más cansados y no tendremos los mismos ojos que ahora. Podríamos hacer una cosa, ahora que lo pienso, Salma, es llevarte conmigo. Si no nos separáramos todo serla más fácil, todo seguiría igual. Lo peor, Salma, te repito, es romper el hilo de una vida, de un día…

Notó que los ojos de la muchacha se conmovían cuando escuchaba su nombre,

única cosa que entendía. Y se dijo que estaba perdiendo el tiempo colocando otras palabras en medio. Salma siempre, Salma de cerca y de lejos, sólo Salma… Lo demás sobraba.

Al día siguiente brotó la sorpresa. Después de la marcha, por la tarde, el capitán formó la compañía. Formaron todas las compañías, toda la Legión. Y el coronel habló. Fue el suyo un discurso extraño, dolorido. «Y ahora, legionarios, en este día en que el sol y el cielo nos recuerdan a España, voy a hablar de ella y para ella, porque esta jornada que para algunos pudiera ser aisladamente alegre, para nuestra patria es de luto, porque se ve obligada por un azar transitorio de las circunstancias de la guerra a obedecer a sus propios enemigos, a los que en la hora actual y en la continuidad de la Historia nos trataron siempre de herir y de mermar…».

En resumen: «¡La Legión tiene que volver a España! ¡Que nadie ignore este hecho! Se regresa en contra de nuestra voluntad, así como en medio del sentimiento de la mejor parte de nuestro país. Al hacerlo comprendemos la realidad trágica de nuestra soberanía mermada, puesto que cada país debe tener libertad de acción y potencia cuando se trata de sus relaciones exteriores…».

Luego, días más tarde, en la Hoja de Campaña, el discursito estaba impreso y era más fácil entenderlo: La lucha no ha terminado. España necesitará de vuestra presencia en coyunturas históricas que pronto se han de avecinar… La retirada de la Legión representa para el anglosajón una claudicación más, situada en la misma línea de la que representa el planteamiento y el fracasado intento de resolución del pleito ruso-polaco, o la que representa la presión sobre Finlandia para que firme una paz separada con Rusia…

¡Y ahora una orden, la más severa que he dado a la Legión! ¡Nadie demostrará alegría! Ya sé que no la tenéis, puesto que veo lágrimas en muchos y la emoción en todos. No podemos sentirnos alegres, por grande que fuese el deseo de regresar a España, al encuentro de nuestros familiares, de nuestros intereses abandonados allí… Nadie se alegrará. España está de luto y la Legión está de negro. El negro de la seriedad, del sentimiento, de la amargura del regreso sin haber vencido. Pero por encima del interés de cada uno, está España…

Llevaréis hoy, día de luto, los fusiles vueltos, como en los entierros, como en Semana Santa, porque, os repito una vez más, es día de luto para nosotros.

Y así fue, hasta que las armas se entregaron al pelotón de la Plana Mayor de Enlace alemana, los fusiles se llevaron boca abajo.

Los demás días, hasta quince, se hizo la misma vida. Se esperaba… Se esperaban otras órdenes, las del regreso. Aunque siguieran las marchas logísticas, aunque continuara la instrucción, ya no se preparaban para volver a la lucha. Era una tremenda ironía aquella formación militar de hombres que virtualmente habían sido borrados de las escuadras innumerables de los que buscan la gloria por el camino de la muerte.

¿Dónde quedaba el lema de la Legión: Sin idea de relevo y a extinguir en el

frente? Dos meses de cuartel, de instrucción, un mes de posiciones y una retirada. Daba pena no haberse extinguido de verdad. Envidia se sentía por los muertos, los que cumplían su palabra. ¡Siempre los muertos, siempre los mejores! Armas de España boca abajo, armas a la funerala. En la limpia ejecutoria del soldado intervienen los políticos. Armas a la funerala.

Luego resultó que los oficiales ya lo sabían. Eso explicaba el ceño de algunos cuando se les pregunta: «¿Dónde iremos ahora?». «No lo sé. Nadie lo sabe». En realidad, ya nada importa gran cosa. Ni siquiera la visita del coronel general Lindemann; ni los zafarranchos de limpieza; ni la entrega de las armas a la Plana Mayor de Enlace alemana.

Ni aun para los que sentían dolorosamente la repatriación el tiempo representaba una unidad lógica. Los días no eran ni largos ni cortos. Se iba a acabar todo. Y cuando esto sucede, cuando tenemos en la mano la medida de las horas, nos subleva la impotencia de no poder regularlas a nuestro deseo, de hacerlas largas o cortas según sean nuestras satisfacciones o aburrimientos.

El día 21 de marzo se entregaron las últimas armas y el vestuario sobrante. Al día siguiente podía considerarse oficialmente disuelta la Legión, aunque todavía habrían de pasar dos semanas más hasta que en Wilmehoff entregaran el uniforme alemán para recibir el español. Y cinco desde ese instante hasta llegar a España. Cipriano no tomó nota de los acontecimientos, no porque fueran insignificantes, sino porque pertenecían demasiado íntima y dolorosamente a la intima y dolorosa decepción de los tiempos.

Soneto final

Soneto de amor con estrambote

Me lo encontré en la calle, un día estupendo. Se alborozó por lo grande y me abrazó aparatosamente. Igual que siempre, con las mismas palabras: «¡Caramba, Tomasito, cuánto me alegro! ¡Estás asquerosamente gordo!». Él sabe que me disgusta ser llamado Tomasito y gordo por añadidura. Pero le gustan así las cosas.

Uno está harto de leer que los caracteres nobles y sencillos no hacen aspavientos, saludando con un rudo y noble apretón de manos. Todos mis amigos ignoran, por lo visto, eso del rudo y noble apretón de manos. Lo siento por el rudo y noble, etcétera…

Me llevó hasta la terraza de un café. Me invitó. Yo pagaría.

—Ya me enteré de que te estás haciendo un novelista tremendo.

—Hago lo que puedo.

—¡Naturalmente! Todos hacemos lo que podemos —se entusiasmó—. ¡Vosotros tenéis un porvenir estupendo!

—¿Quiénes…?

—No te hagas el loco. La generación del 42. Empujáis de firme.

«Sí, de un carro», pensé, casi en voz alta.

—¿Qué decías? —inquirió.

—Nada. No decía nada.

—¿Qué estás haciendo ahora?

—He terminado un libro…

Me mostraba reluctante porque sabía lo que me diría. Todos los divisionarios que me he encontrado me han dicho lo mismo: «Yo te podría decir tantas cosas…».

—¿Qué tema…?

—Los españoles en Rusia.

—¡Hombre! Te podría decir yo tantas cosas…

—Ya…

Se quedó pensativo, casi triste. Yo no tenía muchas ganas de hablar. Estaba agotado. El libro me había estado chupando la savia del cerebro durante seis meses. Él había sido teniente.

—¿Qué recoges en tu libro?

—Es novela…

—Contesta, por favor.

—Lo que he podido. Desde 1941 hasta la Legión. Hasta que la Legión colgó sus armas a la funerala.

Me miró rápidamente, casi subrepticiamente.

—Hubo más españoles en Rusia; y en Alemania. Después. En las SS.

—Lo sé…

—¿No dices nada de ellos?

—Algún día.

—Hay españoles todavía en Rusia. Prisioneros…

—Lo sé.

—¿Y…?

—Algún día.

Se disculpó con un ademán. Me estaba diciendo: «No te enfades. A mí se me han venido todos los recuerdos a la cabeza de golpe y porrazo». Le di un golpecito en el brazo. Me entendió perfectamente.

—Yo estuve en la División y en la Legión… ¿Dices que has terminado ya el libro?

—Sí.

—Entonces te podré contar algo que quizá no sepas. Algo que sucedió cuando ya no éramos legionarios, cuando volvíamos a España. Es un soneto, un soneto final, un soneto de amor. Limpio o sucio, para mí es un recuerdo que me duele a ratos. Precisamente en días como éste, veintidós de marzo. Hace justamente diez años ahora…

—Me marcho…

—No, por favor. Escucha. Debes escucharme. Quizás encuentres tú la razón de todo.

—La razón no existe…

Me observó, asustado.

—No hagas frases, Salvador, por lo que más quieras. Escucha. Posiblemente ignores que los españoles amamos a muchas mujeres y que éstas nos amaron a nosotros.

—¡Por Dios!

—Sí, claro; pero ese lado picaresco del amor tuvo una contrapartida. Verás: al ser repatriada la Legión, muchas mujeres, muchachitas, quisieron regresar con los españoles, con sus amantes. Te hablaré de mí, de Hanna. Era una estudiante de Narva. Tenía dieciocho años y estaba recogida en Lehtse, en casa de unas parientes. Me dijo que me quería una tarde de marzo, cuando ya sabíamos que debíamos regresar. No me lo dijo muy claro, la verdad, pero yo la entendí. Y entendí entonces que yo también la quería. No era el plan corriente que ya sabes. Era algo más: el deseo del hombre cansado, agotado, harto de guerras, de tener sangre joven junto a la suya, para refrescar su simiente.

Pudiera ser que algunos lo hicieran por puro afán contradictorio. Yo, te juro, quería a Hanna y deseaba que aquello tuviera una continuación. Le dije que viniera conmigo. La engañé. La hice ver que sería fácil. No estaba permitido, pero se toleraba Yo sabía que en la compañía había algunos soldados con el pelo cortado, de

cara asombrosamente perfecta, cuyo uniforme les colgaba por todas partes. No sé si el capitán estaba enterado o no. Pero los demás lo sabíamos.

Yo mismo le corté el cabello, mientras ella reía como si estuviéramos jugando. Me volví loco buscando las botas más pequeñas, el uniforme más estrecho, la camisa más holgada. Le dije que se ensuciara la cara.

El día que salimos de Janeda para tomar el tren en Lehtse, la introduje en filas. Te juro que era mi novia, no mi amante. La había respetado.

—Fuiste un tonto —le dije, crudamente.

No me escuchaba. Tan abstraído se encontraba que me hubiera podido marchar sin que se diera cuenta. No sé por qué no lo hice.

—Después de dos días de viaje llegamos a Rauroggen, en la frontera alemana. Allí empezaron a saltar mujeres. Nos llevaron a unos grandes barracones donde teníamos que ducharnos y aguardar, desnudos, a que nos desinfectaran la ropa. Allí detuvieron a Ana, una rusa que llevaba dos meses con su amante. Se quedó yerta, sin habla, sin sangre en las manos, que temblaban y temblaban… Hoy me digo que Ana tuvo, en cierto modo, suerte. Suerte de no haber llevado la ficción más adelante, donde el desengaño sería más fuerte.

Yo salvé a Hanna porque era de noche y los oficiales teníamos más facilidades. En el campamento de Wilmehoff permanecimos una semana. Allí, los alemanes descubrieron más mujeres. Se reían, pero nos las quitaban. Nos las quitaban nuestros jefes, que ante la denuncia alemana no podían seguir ignorándolas. Las muchachas eran detenidas y devueltas al lugar de origen. Eso decían. Nuevamente en tren. No quisiera cansarte con el relato de aquellas horas, cuando ella y yo nos sentábamos juntos en el vagón y temblábamos de miedo cada vez que en una estación se anunciaba una formación, una requisitoria oficial.

Hubo otra descubierta en Francia, en Metz. De mi compañía cayeron tres. Sólo quedaba Hanna, que milagrosamente seguía librando. Soñábamos con España, bebíamos España cuando soplaba el viento. Dos de las mujeres intentaron suicidarse, arrojarse al paso de un tren. Pudieron ser sujetadas y lloraban a lágrima viva. ¡Qué pena, Salvador, qué pena!

En Hendaya cayó Hanna, cuando ya el aire era verdaderamente español, cuando ya teníamos insensible el corazón a fuerza de pasar de la alegría al miedo. Yo, que si tenía miedo en el frente me lo aguantaba, no podía aguantarlo cuando estaba junto a Hanna.

Un gendarme alemán la sostenía del brazo, desnuda. Ella no se daba cuenta de que estaba desnuda, yo tampoco, nadie se daba cuenta. Yo creo que de verdad estaba insensibilizado. De otra manera hubiera reaccionado violentamente, como me ocurrió después, que me arrojaba de cabeza contra las paredes del vagón…

—Algunos —dije, tontamente— tuvieron más suerte. Fulanito se trajo una y ahora están casados.

—Sí. Y el teniente tal, y el sargento cual… Lo sé. Pero a mí me quitaron a Hanna.

Y yo me digo…

—¿Qué dices?

—Me traje de Rusia el dolor de un hermano muerto, tres heridas, el recuerdo… ¿Por qué no me dejaron traer el amor?

—Sí. ¿Por qué no te dejaron traer el amor?

—¿Por qué no pudimos volver con el amor? ¡Contesta! Mi hermano es una sombra; las heridas me duelen algunas veces; los recuerdos son ya historia pura. Solamente Hanna me duele permanentemente. Me duele mi cobardía, me duele mi frustración. Dime, ¿dónde estará Hanna?

Tenía que contestar con tacto, con cuidado. Así lo hice.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Posiblemente en un prostíbulo de Marsella o París; posiblemente la mataran los rusos después de violarla.

—¿Acaso Hanna es diferente a los millones de mujeres que han sido violadas y asesinadas? Hanna es Europa. Europa amada, Europa indefensa, Europa violada y entregada.

—No seas así…

—¿Cómo quieres que sea?

Y como vi que sufría de verdad, me calmé.

—Yo no conocía a Hanna.

Su rostro se iluminó.

—Hanna era rubia, pequeña, dulce e instruida. Hanna tenía dieciocho años. Yo quería a Hanna. Comprendí entonces que mi amigo estaba loco. Y le quise más que nunca. Y le dije:

—Hanna tendrá ahora veintiocho años, camarada. No será una niña, una primavera; pero se habrá convertido en una mujer, en un verano. ¿Recuerdas lo hermosos que eran los veranos en Rusia?

—¿Por qué no pudimos volver con el amor?

—Las noches también eran hermosas. Aun en invierno. Éramos soldados y no estábamos para romances, camarada, pero tampoco éramos ciegos.

—¿Por qué no pudimos volver con el amor?

—Un día estupendo de mayo estalló una mina y mató a diecisiete españoles. ¿Dónde está la belleza? Algunas veces dudo. ¿Está en nosotros? ¿Está en el tiempo?

—¿Por qué no pudimos volver con el amor?

—Los soldados aliados sí pudieron volver con el amor. Las novias de guerra, decían, recuerda. Corrompieron mucho, con sus cigarros, con sus chocolates, con su sonrisa de niños buenos; pero encontraron y defendieron su amor.

—¿Y por qué nosotros no volvimos con nuestro amor?

—¡Calla ya…! Me duele la cabeza de escucharte lo mismo. Nosotros no teníamos derecho al amor. Fuimos vencidos. Han pasado diez años y es hora de que te enteres.

Mi amigo se había puesto en pie y gesticulaba violentamente. Estaba llamando la atención. Le miraban los camareros. Me miraban a mí hostilmente. Él estaba

pobremente trajeado. Yo era el burgués, el que le negaba una ayuda, el que le insultaba. Sabía que estaban pensando eso…

—Escucha. Quería decirte que algún día encontrarás a Hanna. Tendrá ya veintiocho años. Será hermosa como un verano. Un verano en las orillas del lago Peipus. La encontrarás. En la estación de Walk, la que llevaba para allá. ¿La recuerdas?

—Sí.

Medité lo que tenía que seguir diciendo. Y me encontré vacío, absolutamente vacío de ideas y palabras. Un sollozo, un sofoco, algo que no podía explicar me sujetaba la garganta. Me estaba mirando. Esperaba que yo le salvase con una palabra.

Y me sacudió una rabia imponente. La rabia del que no tiene palabras, del que no tiene nada, del que todo lo ha perdido. Y entonces le dije:

—Escribiré en mi libro todo lo que me has dicho.

—No…, no…

Pero yo noté que estaba satisfecho, absurdamente satisfecho.

—Sí. Lo haré…

—Bueno. Haz lo que quieras. Pero no digas mi nombre.

—No, no diré tu nombre. ¿Qué importan los nombres?

Barcelona, 22 de marzo de 1954.

Retirada

En el «Cabaret» había un mercado negro. Campesinas rusas, que venían de Konduja, de Makarjewskaya, Pustyn y hasta de Winjagolowo. Llevaban pollos, huevos y leche. Por una pastilla de jabón se adquiría un pollo o dieciocho huevos; una gallina podía adquirirse por diez paquetes de caramelos; un carnero, por veinte rollos de caramelos y dos pastillas de jabón; por un librillo de papel de fumar y por tabaco… Bueno, lo que se quisiera.

Cipriano Olmedo bajaba algunas veces. Por ser asistente tenía mucho despiste, que aprovechaba y aprovechaban todos. En el mercadillo se adquirían raciones extras y se conseguía que le lavaran a uno la ropa. El capitán Crespo le amenazaba con cortarle las orejas. Le amenazaba los ratos que tenía libres en su ocupación favorita de matar a tiros a los sapos y ratas que invadían los búnkeres. Pero era preciso aprovechar aquellos ratos. El aguinaldo de España había llegado y algunos decían que traía mala suerte. Por si acaso, era preciso aprovechar el tiempo. No eran excesivas, la verdad, las diversiones del frente.

En las posiciones no se pasaba mal. Llevaban un mes justo en línea, sobre el río Mga. La actividad se limitaba a encuentros de patrulla, fuego de morteros y algún tantarantán de la artillería. Algunas compañías, como la 7.ª, sufrían bastantes bajas por las malas posiciones que tenían, imposibles de mejorar, aunque algo se intentaba.

Últimamente abundaban las alarmas. Las noticias del frente de Leningrado no eran buenas. Los oficiales escuchaban la radio y luego comentaban entre ellos: «No me gusta el asunto. Me marcho a casa». «Vete —decía el otro—. El taxi lo tienes a la puerta. El tren sale a las veintiuna».

Pero en aquel olvidado rincón del mundo poco podía suceder. Parecían conocerse todos; dos Banderas equivalían a tres compañías de fusileros y una de máquinas; la mixta se llevaba todos los servicios; eran un mundo, una unidad compleja. Pero todos se conocían. Por lo menos eso le pasaba a Cipriano: Lago Román, capitán ayudante; Esteban Nuevo, capitán de la 1.ª; Vallespín, de la 7.ª; Carlier, de Antitanques; Deno, pagador… Y así, hasta la totalidad. Y lo mismo sucedía con los sargentos, con muchos guripas.

Eran las seis de la tarde, de la noche, para más verdad. Llevaba dos bultos de ropa limpia y media cesta de huevos. Esperaba ser recibido con aplausos.

La verdad fue que encontró caras largas:

—Mi capitán, traigo…

—¡Quítate de delante, camello…!

Hubo de salir al PC de la Tercera sección para enterarse. Orden de retirada. Llevaban un mes de frente y llegaba la orden de retirada. Por lo visto se retiraba la División 125, a la cual estaban adscritos y debían marchar también. Se abandonaban las posiciones. Era urgente la orden. Se volarían las piezas de artillería. La tropa

recogería el equipo imprescindible.

Ya estaban en los PC cargando los trineos: parte del armamento, munición, menaje, suministros y chismes de cocina. El ambiente era deprimente. Nada importa retirarse o marchar de día; lo que apuraba era abandonarlo todo en plena noche, cuando nada se tenía previsto, cuando se esperaba que la vida, la cochina vida, la rutinaria y maldecida vida siguiera su curso. Aunque fuera para mejorar impresiona abandonar lo conocido. Lanzarse a lo desconocido era peor cantar.

Los de Antitanques se negaban a volar las piezas y estaban trabajando como negros para sacarlas del emplazamiento. Lo mismo sucedía con la artillería. Las semanas que llevaban sin moverse habían acumulado nieve, hielo y telarañas encima de las ruedas; las piezas parecían clavadas en el suelo. Los antitanquistas maldecían por lo bajo y por lo alto. Alguno estaba tratando de conseguir un coche.

Espabiló de pronto. Debía cuidar de su impedimenta y de la del capitán. Al paso que iban los acontecimientos no podía dormirse. Las dos horas siguientes las pasó luchando con maletas, mochilas y trineos. La Compañía estaba reunida. Parecía haberse apagado el malhumor, aunque no por eso llegara el bueno. Los trineos salieron por delante. Los de Antitanques seguían arrastrando sus piezas, las condenadas parecían pesar como el plomo. Seguían pidiendo, a voces, un camión. Se escuchaban estruendos lejanos; los zapadores, sin duda, metiendo dinamita. Los rusos, por su parte, arrojaban bengalas a todo tren.

Se quedó la tercera sección en posiciones, con las mochilas y las mantas encima, cubriendo la marcha de las otras dos. Eran las once de la noche. Bengalas, cargas explosivas, más artilleros luchando por salvar sus cañones.

La compañía marchaba a buen paso. Hacía frío. Nadie tenía ganas de bromear, nadie sabía lo que pasaba. Iban en dirección al «Cabaret», que se alcanzó una hora más tarde. Los búnkeres estaban llenos y los claros del bosque hormigueaban de soldados. Algunas linternas pinchaban con su lucecita las sendas, increíblemente ensanchadas. Los depósitos estaban abiertos y se repartía lo que se quería. Los españoles de la Primera y Segunda Bandera se iban reuniendo; faltaban las secciones que cubrían la retirada. Había que esperarlas, había que esperar, también, a que se despejaran un poco los caminos.

Enseguida los legionarios hicieron acto de presencia encendiendo escandalosas hogueras, ante la mirada reprobatoria de los germanos, que no se atrevían a tanto. Corrieron rumores de que la Intendencia española estaba regalando todas sus existencias, pero daba la maldita casualidad de que estaba en Winjagolowo y eran los alemanes los que se estaban beneficiando. Los mismos alemanes que ahora llegaban y ofrecían tabaco negro, tabaco negro, a los propios españoles. Ellos, los alemanes, no sabían liarlo.

Al amanecer, completas las unidades, se emprendió la marcha. Soplaba una ventisca helada que obligaba a caminar con la cabeza gacha, sin ver otra cosa que la eterna nieve, manchada, desmenuzada. El bosque lo seguía cubriendo todo, excepto

terrenos cubiertos de hielo y matojos, casi pistas de patinaje cubiertas de dunas movibles formadas por la nieve. Los caminos, hechos, claro, para circular también en verano, bordeaban estos pantanos; pero algunas veces se atravesaban para ganar tiempo. Se marchaba en dirección Sudoeste, en dirección al Ferrocarril de Octubre.

La marcha empezó a ser lenta, terriblemente lenta y más agotadora por eso. Nada menos parecido a las marchas logísticas del período instructor. Se caminaba agobiado por el frío, la impedimenta, la incertidumbre, los malos caminos que no eran otra cosa que pistas de rodillos o brechas abiertas en la nieve por la misma marcha de los soldados. Pese a todo, los alemanes mantenían el milagro de una organización casi perfecta, con *feldgendarmes* en los cruces y cocinas en las cunetas. Del enemigo…, ni señales.

La tierra era tan miserable, tan desolada, que sufría el cuerpo la fatiga y sufría el alma la soledad y la pobreza. Especialmente el trozo de camino, unos veinte kilómetros para los cuales necesitaron día y medio, desde el «Cabaret» a Werigowschtchina, era un desierto de nieve y horrores. No existían alojamientos. Se dormía donde se podía, en chozas abandonadas o al aire libre, encendiendo grandes hogueras. La temperatura amenazaba descender.

Desde Werigowschtchina se entró en un camino mucho mejor, casi carretera, de mejores perspectivas, con más y más importantes pueblos en su discurrir: Poprudka, Lipka, Borodulino, que eran etapas en el verdadero sentido, ya que se podía descansar y encontrar comida. Gran parte de la población civil se marchaba también, entorpeciendo las carreteras.

A las dos de la mañana del día 23 de enero se llegó a Ljuban. Ljuban era una importante población, que debía su prosperidad a las dos arterias más importantes de la Rusia occidental: la carretera y el ferrocarril Moscú-Leningrado, que por aquellos parajes marchaban paralelas, separadas escasamente doscientos o trescientos metros. Un río, el Tigoda, dividía en dos el casco de la población, casco, por otra parte, arruinado en su mayor parte por la guerra.

Lo importante de Ljuban era su estación de ferrocarril. La vida actual de la ciudad discurría en torno suyo, acuciada por las necesidades guerreras. Ferrocarril y carretera, los mismos que los españoles habían ocupado en tiempos, por la zona de Krassnyj Bor, eran las arterias. Desde Sablino, ocupado ya por los rusos, al parecer, pasando por Tosno y Uschaki, sobre cuya suerte nada se sabía, ambas arterias se dirigían a Schudowo y Nowgorod. Era un lío, desde luego: Nowgorod estaba ocupado por los rusos, Schudowo también… Nadie entendía nada. El Ferrocarril de Octubre sólo tenía un valor secundario, toda vez que estaba cortado más adelante. Y si más adelante estaba cortado, aquello significaba que las fuerzas del sector Leningrado estaban en trance de ser cercadas…

Todo aquello lo sabía Cipriano escuchando a su capitán, escuchando a los oficiales discutir en torno a sus mapas. El ejército XVIII estaba retirándose… La tenaza giraba sobre Luga, amenazando los países bálticos… No se sabía gran cosa.

No cabía el recurso de leer los periódicos. Las radios tenían en su mayor parte gastadas las baterías. Se escuchaba el parte alemán, que hablaba de retiradas estratégicas.

La tropa, cansada y desmoralizada, se cuidaba muy poco de todo aquello. Iban llegando las compañías, cansadas, arrastrándose. Se había perdido ya mucha impedimenta. Los trineos, los carros, los equipos de las Banderas…

Compañía del capitán Bermúdez, del capitán Vallespín… El capitán de la 2.ª venía ciego por la nieve. Cipriano vio cómo se arrastraba, apoyado en el brazo de su alférez ayudante… Pasaba el guión de la 2.ª Bandera, bajo el nombre del famoso capitán Huidobro, caído en Krassnyj Bor… Pasaban los de antitanques… pasaban…

El día 24 transcurrió en la incertidumbre. Se reorganizaron algo las compañías y se ayudó a la evacuación de material. Se decía que los rusos venían avanzando por la carretera y la vía. El *kessel*, como llamaban los alemanes al territorio ocupado y fluctuante de una retirada, se iba achicando.

El 25, al anochecer, la Primera Bandera abandonó Ljuban para tomar contacto con el enemigo al norte de la ciudad, protegiendo la retirada del resto de las tropas alemanas. La Segunda Bandera ya estaba allí, en el bosque y los taludes del ferrocarril. Habían pasado la noche en esas condiciones y estaban agotados. Del enemigo no se veía ni señal. La Segunda volvió a Ljuban y las compañías de la Primera se acomodaron donde pudieron. El desorden era enorme. Los rusos, por lo visto, no perseguían metódicamente a los alemanes, pero disponían de formaciones infiltradas que hostilizaban los flancos, amparándose en los bosques. La Segunda Bandera, el día antes, había sido atacada por una de esas bandas. Se habían perdido algunas posiciones, luego recuperadas. Luego, el enemigo se había volatilizado. Hubo varios españoles muertos. Al recuperarse las posiciones la Segunda se había encontrado con que los cadáveres tenían prendidas al uniforme hojas de propaganda rusa, hojas de colores, *propus*, como decían ellos, mariposas de la muerte posadas en cadáveres.

No se durmió. No se podía dormir. Cipriano ya no era asistente ni era nada; apenas un soldado aterido de frío y achicado el ánimo por el desconcierto de las retiradas. Mediada la noche pasaron aviones, seguramente de reconocimiento, que arrojaron bengalas sobre Ljuban. A las seis de la mañana, un enlace enviado a la ciudad, vino todo sofocado diciendo que estaba totalmente evacuada. Entonces la Bandera abandonó las posiciones y se dirigió a la estación, donde se reagrupó.

No todo estaba evacuado. La artillería alemana, quizá para quemar proyectiles, empezó a disparar furiosamente, en dirección a los bosques. Así transcurrió todo el día. No había cocinas ni posibilidades de hacer comida, pero no se pasaba hambre ya que la ciudad entera estaba llena de desperdicios de Intendencia. Bastaba abandonar la estación para encontrarse con las calles atestadas de trineos volcados o volados, camiones ardiendo, cocinas abandonadas con las cajas de mantequilla y los sacos de patatas esparcidos en derredor. Patrullas de reconocimiento recorrían las cercanías,

mientras grupos de destrucción dinamitaban la vía, la carretera, el puente y los depósitos.

A las seis de la tarde, ya de noche, con un frío enorme, la compañía recibió orden de ocupar nuevamente las posiciones abandonadas. Así se hizo. Iba toda la Bandera y otros grupos alemanes. Pero entonces habían llegado ya los rusos que, sin duda, no se atrevían a ocupar la ciudad, llena del estruendo de las destrucciones.

Los *ruskis* recibieron a la compañía con fuego de ametralladoras. Cipriano se vio corriendo hasta un tronco caído, desde el cual empezó a disparar, aunque no se veía nada. Veía, por decirlo así, as sus camaradas, desplegándose bajo el fuego, ocupando posiciones, tratando de tomar contacto. Pero el enemigo, por lo visto, sólo quería hostilizar.

Una hora más tarde, cuando los grupos trataban de fortificarse y cubrir sus cabezas con unas ramas, llegó un enlace del comandante. Otra vez para atrás. Habían dado la orden por radio. Un batallón alemán se hacía cargo de todo aquello.

No fue hasta pasada la medianoche cuando los alemanes estuvieron en condiciones de hacerse cargo del sector. Estaban tan cansados, tan llenos de frío, que ni se daban cuenta de nada. Atravesaron Ljuban, lleno de incendios, hasta unos edificios y búnkeres de artillería no lejos de la estación. Allí dijeron alto y todo el mundo, menos el desgraciado que le tocó vigilancia, se tumbó a lo largo de las paredes, aprovechando los montones de paja de los anteriores ocupantes.

Ya no importaba ni la hora ni el día. Soplaba el viento, nevaba… Seguían en el mismo lugar. A las dos de la tarde del 27, se formó. Otra vez la retirada, a pie, con toda la impedimenta y el material, por una carretera de rodillos, estrecha, azotada por el viento.

La tropa llevaba las mantas por la cabeza. Muchas botas estaban destrozadas. Los oficiales, cuando alguno les iba con tal o cual pega, se encogían de hombros y se enfurecían: «¿Qué quieres que haga, di…?».

Se marchaba en dos filas, por las cunetas. Aquella noche se mantuvo la formación y no hubo muchos rezagados. A las dos de la mañana se llegó a un pueblo importante, Oredesch, donde la Bandera se alojó atestando todas las casas. Los rusos civiles asistían a aquel trasiego de fuerzas atemorizados, temiendo las destrucciones. Al enterarse de que eran españoles, sus rostros se iluminaron. Generalmente ocurría igual en todas partes. Era un fenómeno que no podía dejar de enorgullecer a los españoles. Es más… Eran queridos hasta tal extremo que… ¡Ah! ¡Alto secreto…!

La prueba de este cariño la dieron los mismos habitantes de Oredesch, avisando que fuerzas partisanas se habían infiltrado en el pueblo. Para resolver la situación fue designada la 2.ª Compañía, mientras los demás no se preocupaban ni poco ni mucho, deseosos de tirarse al suelo aunque llegaran tanques. Por otra parte, los partisanos y en general todos los resistentes clandestinos, tenían más de leyenda que de eficacia. Podían volar un puente, pero no había noticias de que resistiesen el ataque de una unidad.

Así fue, por la mañana, antes de emprender la marcha, Cipriano preguntó a uno de la 2.ª, sin mucho interés:

—¿Qué fue lo de anoche?

—¡Bah! Nada.

Una ambulancia se llevaba, enfermo de oftalmía, al capitán Morón. Había ambulancias, buena señal. La verdad era que había otros vehículos. Los que podían, se agarraban a ellos. Ya se encontrarían en Luga, pues a Luga se iba. Uno, dos, tres…, cuatro días; la retirada, vista con ojos críticos, ojos castrenses acostumbrados a los movimientos logísticos, fue un desastre. Rezagados, adelantados —los que agarraban camiones— material que se abandonaba, ropas destrozadas, frío, hambre, agotamiento nervioso… De aquellos días habría de conservar Cipriano un recuerdo nebuloso; un recuerdo del cual era mejor olvidarse.

Las marchas, iniciadas tarde, se prolongaban hasta la medianoche. Y se llegaba a localidades ya atestadas, donde las falsas alarmas y las denuncias sobre hostigamiento de partisanos obligaban a sacar fuerzas de flaqueza. Un poco más… ¡Vamos…!

Un recuerdo merecía destacarse. El día 1 de febrero, cuando se caminaba, como siempre, con los ojos fijos en el suelo, se dio cuenta de que estaba pisando una carretera, una buena carretera; que había una circulación de coches y camiones trepidantes, casi normal; que la población civil no parecía asustada; que el sol lucía; que estaban en los arrabales de una ciudad. Levantó la cabeza. La levantaron todos. Y alguien dijo:

—Luga.

Era una ciudad destruida, amenazada, rebosante de soldados y máquinas. Pero era su punto de destino. Habían llegado.

TOMÁS SALVADOR (Villada, Palencia, 1921 - Barcelona, 1984) escritor y periodista español. A los ocho años su familia se trasladó a Madrid y él fue internado en la Fundación Caldeiro. Durante la Guerra Civil permaneció en Madrid, donde se formó de manera autodidacta, frecuentando las bibliotecas de la capital. En 1941 se alistó en la División Azul y combatió en Rusia hasta 1943. Al regresar a España, ingresó en la Policía y fue destinado a Barcelona. Se casó y tuvo cuatro hijos.

Su falta de formación académica se refleja en el estilo de sus novelas, bronco y duro, sin pulir. Además de dedicarse a la literatura, escribió en diarios y revistas, fue asesor editorial de Plaza y Janés, y colaborador del editor de la revista y la editorial Destino. Posteriormente, dirigió la Editorial Marte.

Publicó su primer cuento en 1950, y le sucedió una caudalosa narrativa corta, casi siempre de carácter humorístico y que recogió en varias colecciones tituladas con el nombre de uno de sus más famosos personajes al que llamó «Manolo».

Fue finalista del Premio Nadal con *Historias de Valcanillo*, su primer libro (1951). Junto con José Vergés escribió las novelas *Garimpo* (1952) y *La virada* (1954). Con *Cuerda de Presos* (1953) obtuvo el Premio Ciudad de Barcelona y el Premio Nacional de Literatura. Y con su novela *El atentado* ganó el premio Planeta de novela de 1960.

Fue uno de los pocos autores españoles que sintió interés por la narrativa de ficción científica; su novela *La nave* (1958) es considerada una de las mejores del género en español, además, escribió el libro de ciencia ficción para niños *Marsuf, el vagabundo*

del espacio y la obra documental *La guerra de España en sus fotografías*, publicada en 1966.

Notas

[1] Toque de formación para comer. (Nota del E. D.) <<

[2] La localidad alemana a la que hace referencia es «Grafenwöhr». (Nota del E. D.) <<

[3] Diminutivo de pipiolos; novatos, soldados inexpertos. (Nota del E. D.) <<

[4] Por la tarde del día siguiente, Dionisio se enteró de que dos soldados —por lo menos ésos volvieron— se habían quedado completamente solos aquella noche en el monasterio. Uno de ellos, dormido, de puro agotado. Otro era el destacado para dar la alarma en la torre, que había sido olvidado. Los dos, al amanecer, sin que los rusos se hubieran enterado de nada, agarraron el camino y se retiraron a Schewelevo. Cosas de la guerra. <<

[5] Hogar o club del soldado. Lugar reservado para los soldados de la *Wehrmacht* (Ejército alemán) en los países ocupados. En él, podían descansar, practicar juegos de azar, leer la prensa o ver espectáculos. Existían otros establecimientos análogos a éstos, dedicados a los oficiales de alto rango. (Nota del E. D.) <<

[6] Los divisionarios llamaban, coloquialmente, «Villarrelevo» a la población de Wyarlevo, por su similitud fonética y por tener lugar allí, en su estación, la llegada de batallones de refresco desde España, y la partida de otros que eran repatriados tras haber cumplido su periodo de servicio. (Nota del E. D.) <<